



 El último lapón  
**Olivier Truc**

DESTINO



# Laponia



**Ejemplo de tambor sami**

1693

Laponia central

Aslak trastabilló. Fue un signo de fatiga. Por lo general, su paso era firme. El anciano no soltó su fardo y rodó sobre sí mismo. El lecho de brezo amortiguó el golpe. Un lemming salió disparado. Aslak se incorporó. Echó un vistazo a sus espaldas y estimó la distancia que lo separaba de sus perseguidores. Los ladridos se aproximaban. Le quedaba poco tiempo. Retomó su silenciosa carrera. Su rostro de profundas arrugas y sus sobresalientes pómulos le conferían un aspecto místico. Tenía los ojos febriles. Sus pies hallaron de nuevo el rastro por sí solos. Su cuerpo se desdobló. Sonrió. Respiró más deprisa, hasta que la cabeza le dio vueltas, liviana, y mantuvo la mirada aguzada y el paso infalible. Sabía que no volvería a caerse. Sabía, igualmente, que no sobreviviría a esa noche fastidiosa. Le seguían la pista desde hacía demasiado tiempo. Aquello tenía que acabar. No perdía detalle de cuanto lo rodeaba: la meseta que allí se alzaba, el movimiento de las piedras, la elegante orilla del lago con forma de cabeza de oso y las montañas a lo lejos, peladas, suaves, donde sus ojos distinguían unos renos adormilados. Fluía un torrente. Se detuvo casi sin resuello. Allí. Observó el lugar. El torrente que fluía y desembocaba en el lago, las huellas de renos que se alejaban por la montaña hacia el este, donde el resplandor del sol naciente señalaba el último día de su vida. Se quedó muy serio y agarró el fardo. Un pequeño islote se alzaba en un rincón del lago. Se acercó y cortó con su cuchillo unas ramas de abedul enano. El islote estaba cubierto de brezo y arbustos. Los ladridos se aproximaban. Se descalzó y arrojó al agua las ramas para evitar dejar sus huellas en el cieno. Avanzó así hasta la roca, se encaramó a ella, apartó los brezos y escondió su fardo. Volvió sobre sus pasos y continuó su camino. Ya

no temía nada. Los perros seguían a la zaga. Cada vez más cerca de él. Los hombres no tardarían en aparecer tras la cima de la colina. Aslak miró por última vez el lago, el torrente, la meseta y el islote. Los reflejos malvas y anaranjados del sol fileteaban las nubes. Corría y, sin embargo, sentía que sus pasos ya no le hacían avanzar. Pronto le dieron caza los perros, unos perros que lo rodearon gruñendo sin tocarlo. Permaneció inmóvil. Se había acabado. Los hombres ya estaban allí, sin aliento, con los ojos desorbitados. Transpiraban; tenían aspecto maligno. Sin embargo, en sus ojos había también un destello de temor. Sus túnicas estaban desgarradas, su calzado calado, y se apoyaban en sus bastones. Aguardaban. Uno de ellos se acercó a él. El viejo lapón lo miró. Sabía. Lo había comprendido. Ya lo había visto en el pasado. El hombre evitaba la mirada del lapón y se situó tras él.

Cuando el violento golpe le hizo estallar la mejilla y le partió la mandíbula, el viejo se quedó sin resuello. La sangre brotó a chorros. Cayó de rodillas. Iban a propinarle un segundo bastonazo y el lapón se tambaleaba, conmocionado, a pesar de que había tratado de preparar su cuerpo para ello. Un hombre seco llegó a su lado. El otro detuvo su gesto y dejó su bastón en el suelo. Se quedó atrás. El hombre seco vestía de negro. Miró con frialdad a Aslak, luego al hombre del bastón, que dio dos pasos atrás, rehuendo la mirada.

—Registradle.

Dos hombres avanzaron, satisfechos de que se hubiera roto el silencio. Le arrancaron el abrigo con brutalidad.

—Vamos, maldito salvaje, no te resistas.

Aslak permaneció en silencio. No ofreció resistencia. Sin embargo, aquellos hombres tenían miedo. El dolor lo vencía. Chorreaba sangre. Los hombres tironearon de él y lo obligaron a bajarse el pantalón de piel de reno, le arrebataron los zapatos y su gorro de cuatro picos, que uno de ellos arrojó a lo lejos tras haber escupido sobre él. El otro cogió su cuchillo de asta de reno y abedul.

—¿Dónde lo has escondido?

El viento soplaba sobre la tundra. Eso le sentó bien.

—¿Dónde, espíritu diabólico? —gritó el hombre de negro con un tono tan

amenazador que incluso los que lo acompañaban dieron un paso atrás.

El hombre de negro inició una plegaria silenciosa. El viento había cesado. Los primeros mosquitos habían aparecido. El sol comenzaba a despuntar sobre la montaña. La cabeza del lapón se balanceaba, dolorida. Apenas sintió el golpe cuando el bastón le arrancó media sien.

El dolor lo despertó. Un dolor casi insoportable. Debía de haberle estallado la cabeza. El sol estaba muy alto. Sintió la pestilencia que lo rodeaba. Hombres, mujeres y niños se inclinaban sobre él. Desdentados, harapientos y con la mirada torva. Apeataban a miedo e ignorancia. El lapón estaba tendido en el suelo. Las moscas habían reemplazado a los mosquitos y se apelotonaban sobre sus heridas abiertas.

El hombre de negro avanzó y el reducido gentío se apartó. El pastor Noraeus se plantó ante él.

—¿Dónde está?

Aslak se sentía febril. La sangre empapaba su túnica sucia, cuyo olor lo aturdió. Una mujer le escupió. Los niños se rieron. El lapón pensó en su hijo enfermo, al que había tratado de salvar invocando a los dioses lapones. El pastor abofeteó al chiquillo que estaba más cerca de él.

—¿Dónde lo has metido? —gritó.

Los chavalines se escondieron detrás de sus madres. Un hombre que vestía una blusa azul celeste se aproximó y le habló al oído al pastor. Éste permaneció impasible. Luego hizo una señal con la cabeza. El hombre de azul extendió la mano hacia el lapón y otros dos hombres más lo agarraron de las axilas. Aslak exhaló un grito. Su rostro reflejaba el dolor. Los hombres lo arrastraron hacia la casa baja de madera que se utilizaba como sala común del pueblo.

—Mira esos iconos inmundos —vociferó el pastor luterano—. ¿Los reconoces?

Aslak respiraba con dificultad. Sentía que la cabeza iba a estallarle. El calor aumentaba. Las moscas lo picaban una y otra vez de manera insoportable. Su mejilla desgarrada parecía hervir de vida. Los habitantes del

pueblo se apretujaban en la sala, en la que el calor era sofocante.

—El cerdo ya está lleno de gusanos —refunfuñó uno de los hombres con un gesto de asco.

Le escupió. El gargajo alcanzó a Aslak como una puñalada.

—Basta —exclamó el pastor—. ¡Vas a ser juzgado, lapón! —gritó de nuevo descargando a la par un puñetazo sobre la maciza mesa de troncos de abeto para que el populacho callara.

Aquella gente le desagradaba profundamente. Sólo tenía una cosa en mente, regresar cuanto antes a Uppsala.

—¡Vosotros, a callar! Respetad a vuestro señor y a vuestro rey.

Su maligna mirada se dirigió de nuevo hacia los iconos de los dioses lapones y a la representación de Tor.

—Lapón, ¿te han reportado algún beneficio esos iconos?

Aslak tenía los ojos entrecerrados. Veía de nuevo los lagos de su infancia, las montañas que tantas veces había recorrido, aquella tundra espesa donde le gustaba adentrarse, esos abetos enanos que había aprendido a esculpir.

—¡Lapón!

Aslak mantuvo los ojos cerrados. Se movió ligeramente.

—Han curado —espetó—. Mejor que tu Dios.

Un murmullo recorrió la sala.

—Silencio —vociferó el pastor—. ¿Dónde está tu escondrijo? —gritó—. ¿Dónde está? Dilo, maldito, si no quieres acabar en la hoguera. ¡Habla, criatura, habla de una vez!

—¡A la hoguera, a la hoguera! —gritó una mujer que tenía un chiquillo contra su seno blanco y flácido.

Las otras mujeres la corearon:

—¡A la hoguera, quemadlo!

—¡Silencio, silencio!

—A la hoguera, lapón... ¡A la hoguera! ¡Qué se vaya al infierno!

El pastor transpiraba y deseaba concluir. La pestilencia y proximidad de aquel diablo negruzco con el rostro ensangrentado y la de los cazurros y feos

campesinos se le hacía insoportable. Dios le ponía a prueba. Tendría que recordarle a su obispo de Uppsala que en esas tierras vírgenes de Laponia había servido celosamente al Señor cuando no había ningún pastor que quisiera ir allí. Pero ahora ya tenía bastante.

—Lapón —profirió, alzando el tono y el dedo para hacer que la gente callara—, has vivido una vida de pecados y te aferras tercamente a tus supersticiones paganas.

Reinó el silencio, pero la tensión era angustiosa.

El pastor le acercó una gruesa Biblia ilustrada. Su dedo señalaba las palabras acusadoras.

—¡Quién ofrezca sacrificios a otros dioses sufrirá anatema! —gritó súbitamente, con una voz cavernosa que asustó a los presentes.

Una campesina gorda de rostro congestionado exhaló un suspiro y se desvaneció, víctima del calor. Aslak cayó al suelo.

—Este profeta o fabricante de sueños debe morir, puesto que ha predicado la apostasía hacia Yahvé, tu Dios.

Hombres y mujeres se arrodillaron murmurando oraciones, y la chiquillería contempló la escena con los ojos desorbitados; afuera soplaba el viento y arrastraba un aire caliente y pesado.

El pastor había callado. En el exterior ladraban unos perros. Poco después, también enmudecieron. Sólo quedaba la pestilencia de la sala común.

—La sentencia ha sido confirmada por el tribunal real de Estocolmo. Lapón, que se cumplan la justicia divina y la real.

Dos individuos mugrientos agarraron a Aslak y lo llevaron sin contemplaciones al exterior. La hoguera ya estaba dispuesta entre la orilla del lago y la decena de casas de madera que formaban el pueblo.

A continuación, ataron a Aslak firmemente al poste que habían tenido que transportar desde la costa, por el río, puesto que en la región no se encontraban troncos de árbol que pudieran cumplir la función requerida. El pastor estaba de pie, estoico, mientras los mosquitos lo picaban.

Los aldeanos no se percataron de la llegada de un muchacho a bordo de una barca cargada de pieles para comerciar. El muchacho comprendió de

inmediato el drama que tenía lugar y se quedó inmóvil contemplando la escena. Conocía al hombre que se hallaba en la hoguera. Pertenecía a un clan vecino.

Un campesino acababa de prender fuego a la hoguera. Las llamas alcanzaron rápidamente las ramas. Aslak gimió. Trató de abrir su párpado sano.

Frente a él distinguió el lago y la colina. Consiguió ver la silueta del joven lapón, que parecía petrificado. Las llamas comenzaban a lamerlo.

—¡Ha salvado a los demás, que se salve a sí mismo! —se burló un tuerto al que también le faltaba una mano.

El pastor lo golpeó.

—¡No blasfemes! —le gritó, y volvió a pegarle.

El hombre huyó sosteniéndose la cabeza con su única mano.

—Lapón, lapón, vas a arder en el infierno —gritó mientras se daba a la fuga—. ¡Maldito seas, maldito seas!

Un chiquillo se echó a llorar.

Súbitamente, el lapón chilló. Atrapado por las llamas, deliraba y aullaba con unos gritos inhumanos, punzantes, que eran el alarido de un hombre que ya no era un hombre. El grito se alargó en un borborigmo insoportable hasta que pareció alcanzar una frecuencia más allá del dolor, como si su voz hubiera cambiado de dimensión. Algo parecido a una inesperada armonía se desprendió del mismo, afligida por el sufrimiento pero cristalina para quien sabía filtrar el tormento.

—¡El maldito está cantando a sus dioses! —espetó un aldeano atemorizado llevándose las manos a la cabeza.

El pastor permanecía impasible. Sus ojos acechaban la mirada del lapón, como si éste fuera a revelarle a través de las llamas dónde estaba escondido lo que había ido a buscar.

El grito de Aslak petrificó al muchacho lapón de la barca. Reconoció, fascinado y aterrorizado, la voz gutural de un cántico lapón. Era el único allí que podía comprender la letra. El canto, lacerante y gutural, lo transportó

fuera del mundo. El *yoik* se volvía cada vez más entrecortado y precipitado. El lapón condenado a la hoguera infernal quería, en un último impulso, transmitir lo que debía transmitir.

Luego la voz se calló. Se impuso el silencio. El joven lapón también permaneció mudo. Había dado media vuelta remando mientras en su cabeza resonaba la letanía del agonizante. Se le había helado tanto la sangre que se le había hecho palmaria una evidencia. Sabía qué debía hacer. Y qué debería hacer su hijo después de él. Y el hijo de su hijo.

# 1

Lunes, 10 de enero

Noche polar

09.30 horas. Laponia central

Era el día más extraordinario del año, el que alumbraba todas las esperanzas de la humanidad. Al día siguiente renacería el sol. Desde hacía cuarenta días, los hombres y las mujeres del *vidda* sobrevivían con el corazón encogido, privados de esa fuente de vida.

Klomet, policía y racional, y racional por ser policía, veía en ello la intangible señal de un pecado original. ¿Por qué, de lo contrario, se habría de imponer a los seres humanos semejante sufrimiento? Cuarenta días sin arrojar sombra, aplastados contra el suelo como los insectos al arrastrarse.

¿Y si al día siguiente no aparecía el sol? Klomet era racional puesto que era policía. El sol saldría de nuevo. El *Finnmark Dagblad*, el diario local, incluso había anunciado en su edición de la mañana a qué hora acabaría la maldición. Qué bello era el progreso. ¿Cómo pudieron soportar sus antepasados no poder leer en el periódico que el sol iba a reaparecer tras el fin del invierno? Tal vez no sabían qué era la esperanza.

Al día siguiente, entre las 11.14 y las 11.41 horas, Klomet volvería a convertirse en un hombre con sombra. Y, un día más tarde, conservaría su

sombra cuarenta y dos minutos más. Cuando el sol se ponía manos a la obra, las cosas iban deprisa.

Las montañas recuperarían su relieve y su magnificencia. El sol se derramaría por el fondo de los valles, daría vida a perspectivas adormiladas y despertaría la dulce y trágica inmensidad de las mesetas semidesérticas de la Laponia interior.

Pero, de momento, el sol no era más que un brillo de esperanza que se reflejaba en las nubes anaranjadas y rosáceas que corrían por encima de las cumbres de nieve azulada.

Como en todas las ocasiones en que se hallaba frente a ese espectáculo, Klemet pensó en su tío Nils Ante, reconocido como uno de los mejores cantantes de yoiks de la región. Con su punzante canto gutural, su tío relataba los misterios y las maravillas del mundo.

Nils Ante había mecido toda la infancia de Klemet con sus mágicos yoiks, unos cuentos fascinantes que superaban con creces los libros que los pequeños noruegos leían en sus casas. Klemet no había necesitado libros. Había tenido al tío Nils Ante, pero, a diferencia de él, nunca había sabido cantar y estimaba que era indigno describir con palabras la naturaleza que lo rodeaba.

—¿Klemet?

A veces, cuando, al igual que ese día, patrullaba por aquella inmensa meseta desértica llamada vidda, se regalaba una pequeña pausa nostálgica. Sin embargo, abrumado por el recuerdo del yoik y nulo para la poesía, callaba.

—¿Klemet? ¿Me sacas una foto, con las nubes detrás?

Su joven colega le tendió la pequeña cámara que había sacado de su mono azul marino.

—¿Crees que es un momento oportuno para hacer fotos?

—No es peor que fantasear —le respondió ella pasándole el aparato.

Klemet refunfuñó. Ella siempre tenía respuesta para todo. A él, en cambio, las buenas respuestas siempre le venían a la cabeza demasiado tarde. Se quitó las manoplas. Sería mejor acabar con aquello cuanto antes. El cielo estaba despejado y, por ello, el frío era aún más riguroso. La temperatura

rondaba los veintisiete grados bajo cero.

Nina se quitó el gorro de piel de foca y pelo de zorro y liberó su cabellera rubia. Se subió a su motonieve y, de espaldas a las compactas nubes, dirigió su amplia sonrisa al objetivo. Sin ser de una belleza despampanante, era graciosa y atractiva, con unos ojos grandes y expresivos que delataban hasta su menor sentimiento. A Klemet eso le parecía muy práctico. El policía tomó la foto mal encuadrada a propósito. Nina había llegado a la policía de los renos hacía tres meses, pero ésa era su primera patrulla. Hasta entonces había estado destinada en la comisaría de Kiruna, el cuartel general situado en el lado sueco, y luego en Kautokeino, en el lado noruego.

Harto de sus incesantes peticiones de fotos, Klemet se las apañaba para poner siempre un dedo delante del objetivo. Cuando luego Nina le mostraba el resultado, le explicaba con su amable sonrisa que tenía que procurar colocar los dedos en los lados. Como si él tuviera diez años. No soportaba su tono, pero renunció a poner delante los dedos. Ya encontraría otro recurso.

El viento soplaba ligeramente y, sumado a aquel frío, se convertía rápidamente en una tortura. Klemet echó un vistazo al GPS de su motonieve por puro reflejo, pues conocía aquellas montañas como la palma de su mano.

—Vamos.

Se subió a la motonieve y se puso en camino, seguido de Nina. Al llegar abajo de la colina, recorrió el curso de un arroyo invisible, cubierto de hielo y de nieve. Desplazaba su cuerpo para evitar las ramas de abedul y, a fin de tener la conciencia tranquila, se volvía de vez en cuando para asegurarse de que Nina iba tras él. Había que reconocer, sin embargo, que ella ya dominaba perfectamente el vehículo. Continuaron así una hora y media, encadenando colinas y valles. Al aproximarse a la cima de Ragesvarri, la pendiente era cada vez más abrupta. Klemet se incorporó sobre la moto y aceleró, con Nina detrás. Dos minutos más tarde, se hizo el silencio.

Klemet se quitó el casco, bajo el que llevaba el gorro, y sacó unos prismáticos. De pie sobre el estribo de la motonieve, con una rodilla sobre el asiento, observó largo rato los alrededores, escrutando las crestas de las colinas en busca de manchas movedizas sobre la nieve. Luego sacó un termo y le ofreció café a Nina. Ella avanzó hacia su motonieve, hundiéndose hasta

las pantorrillas en la nieve en polvo, y llegó hasta él trabajosamente. Los ojos de Klemet centelleaban con malicia, pero contenía su sonrisa. Esto por la foto, se dijo.

—Parece bastante tranquilo, ¿verdad? —constató ella entre dos sorbos.

—Sí, eso parece. Johan Henrik me ha dicho que su manada empezaba a dispersarse. Sus renos ya no tienen suficiente comida y, si cruzan el río, el testarudo de Aslak volverá a ponerse hecho una furia; conozco a ese tío.

—¿Aslak? ¿El que vive bajo una tienda? ¿Crees que sus manadas se van a mezclar?

—En mi opinión, ya se han mezclado.

El teléfono de Klemet sonó. El policía se tomó su tiempo para colocarse el teléfono debajo de la orejera de su gorro de piel.

—Policía de los renos, Klemet Nango al habla —respondió.

Escuchó un buen rato, al mismo tiempo que sostenía su taza con ambas manos y, entre sorbo y sorbo, asentía de vez en cuando con un gruñido.

—Sí, estaremos allí en unas horas. O quizá mañana. ¿De verdad no has visto ni rastro de él?

Klemet bebió otro sorbo mientras escuchaba, y luego colgó.

—Bueno, finalmente han sido otra vez los renos de Mattis los que se han largado primero. Era Johan Henrik. Dice que ha visto una treintena de renos de Mattis que han cruzado la carretera y están en sus tierras. Vamos para allá.

## 2

05.30 horas. Kautokeino

La entrada del museo había sido arrasada. La nieve se colaba por la doble puerta entreabierta. Los cristales rotos se mezclaban con los copos ya endurecidos por el viento glacial.

El haz de los faros de una motonieve que se detuvo bruscamente frente al edificio iluminó la escena.

Con torpeza, debido a su pesada vestimenta, el conductor avanzó dificultosamente hacia la entrada y se frotó de forma enérgica las mejillas tratando de ahuyentar su presentimiento.

Él y su esposa habían aterrizado en aquel espacio ignoto del Gran Norte noruego en la época anterior a la llegada del turismo. Su fascinación por los lapones y su talento como joyeros hallaron en Kautokeino un lugar donde sus dos pasiones podían florecer. A lo largo de los años, Helmut había construido pacientemente con su mujer uno de los espacios más sorprendentes del país: una decena de edificios asimétricos adosados unos a otros, con el valle a sus pies.

Helmut cogió una linterna en la entrada e inició su penoso reconocimiento. Su «ciudad prohibida», como algunos la bautizaron, había desconcertado a ciertos estetas de la laponidad y despertado el recelo de los artesanos sami. No obstante, Helmut aprendió las técnicas laponas para trabajar la plata y se convirtió en uno de los mejores expertos de la región. Gracias a ello, había dado carta de hidalguía a ese arte desperdigado por el

nomadismo y le había ofrecido un ambicioso espacio de exposición. El día en que Isak Mattis Sara, jefe de la *siida* de Vuorje, un poderoso clan lapón al oeste de Karasjok, le trajo la cuna de abedul de su infancia para que la expusiera en el edificio dedicado al modo de vida lapón, comprendió que había ganado la partida. Ahora contaba con una de las mejores colecciones del norte de Europa.

Helmut atravesó la sala siguiente, consagrada a las colecciones de Asia Central. Las joyas de plata y las cerámicas continuaban allí. Todo parecía en orden.

De repente oyó un lejano ruido de pasos sobre los cristales rotos. Debían de venir de la entrada. Se detuvo para escuchar. El eco amortiguado atravesaba las salas. Contuvo la respiración, todo oídos, e, instintivamente, cogió un puñal afgano colgado de la pared y apagó su linterna.

—¡Helmut!

Le llamaban. Exhaló un suspiro de alivio.

—¡Aquí, en la sala afgana! —exclamó a su vez.

Dejó el puñal.

Al cabo de unos segundos, vio aparecer una silueta muy abrigada que avanzaba pesadamente. Por el abombado bulto de la vestimenta, reconoció de inmediato al periodista.

—¡Por Dios, Johan! ¿Qué haces aquí?

—Me ha llamado Berit. Hará media hora, ha visto marcharse una motonieve.

Helmut siguió avanzando, confuso. No parecía faltar nada. ¿Habría roto la puerta un joven borracho? Su impresión aumentó al llegar, por fin, a la última estancia, la «sala blanca», donde se guardaban los tesoros del arte lapón, las piezas de joyería más bellas, de una plata finamente cincelada.

Helmut vio entonces la puerta del almacén. Estaba abierta, con el pomo arrancado. Alguien se había encarnizado con ella. Se le encogió de nuevo el estómago.

Una luz cruda iluminó la amplia estancia. Había cajas apiladas y numeradas en estanterías de pared. El centro estaba ocupado por unas mesas viejas de pino. Todo se encontraba en orden. Bien, bien. Su mirada se dirigió

entonces a la primera estantería. Dos cajas contenían unos camellos de cuerno esculpido fabricados en un taller de Kandahar. Perfecto. El estante de encima, sin embargo, estaba vacío. Sintió un fuerte dolor de vientre. ¡El estante no debería estar vacío! La caja había desaparecido.

Al ver el rostro del alemán, el periodista lo comprendió.

—¿Qué falta?

Helmut estaba boquiabierto y tenía una mirada de estupefacción.

—Helmut, ¿qué falta?

El director del centro lo miró, cerró la boca y tragó saliva.

—El tambor —logró articular.

—¡Joder!

## 3

11.30 horas. Laponia central

Nina iba encorvada sobre la motonieve y apretaba el acelerador a fondo. Las ramas de los abedules enanos le fustigaban el rostro. El potente vehículo ascendía por la abrupta pendiente con facilidad. La espesa capa de nieve allanaba el relieve y facilitaba el avance. Llegó al *gumpi* sólo unos segundos después de Klemet y, a media altura de una suave colina enclavada en un pequeño valle. Siempre le sorprendía que los ganaderos pudieran vivir en gumpis tan precarios durante varias semanas y en pleno invierno, con temperaturas que descendían hasta treinta y cinco grados bajo cero e incluso a cuarenta bajo cero, completamente aislados, a decenas de kilómetros del pueblo más cercano. El viento había ido en aumento y nada en aquellas montañas peladas y desérticas parecía frenarlo, aunque el *gumpi* estaba ligeramente al abrigo, en la falda de la cima.

Tras quitarse el casco, se ajustó el gorro de piel y observó el *gumpi*. Era una mezcla de caravana y de barraca de obras, pero de tamaño más reducido. De la chimenea de hojalata salía humo. De color blanco, estaba montado sobre unos grandes patines que permitían remolcarlo. Los laterales se habían reforzado con chapas de metal. Era feo, pero poco importaba la estética en medio de la tundra.

Nina contempló el batiburrillo delante del refugio: la motonieve del ganadero, un somero banco para cortar leña con una hacha plantada en uno de los troncos, bidones de hierro o de plástico, dos cajas metálicas apiladas en

un remolque de motonieve, trozos de cuerda plastificada aquí y allá e, incluso, la piel y la cabeza de un reno tirados delante del gumpi. La sangre manchaba la nieve. Las vísceras estaban esparcidas entre bolsas de basura desgarradas, sin duda, por un zorro. Nina pasó por la estrecha puerta siguiendo a Klemet, que había entrado sin llamar.

Mattis se incorporó lentamente, restregándose las mejillas.

—*Bores* —lo saludó Klemet.

Como tenía por costumbre, Klemet había aprovechado que aún había cobertura, junto al lago, para llamar a Mattis y avisarle de su llegada.

Nina avanzó a su vez y se inclinó hacia Mattis.

—Buenos días. Nina Nansen. Acabo de empezar en la policía de los renos, patrulla P9 con Klemet.

Mattis le tendió la mano grasienta y ella se la estrechó con una sonrisa.

La joven policía miró a su alrededor, impresionada por el desorden y la suciedad del lugar. El mobiliario era espartano. A lo largo de la pared, a la izquierda, había unas estanterías repletas de bidones de líquidos de colores, latas de conserva y utensilios colgados de clavos, correas de cuero y cuchillos tradicionales. Pensándolo bien, se dijo Nina, la estantería se encontraba relativamente ordenada. Esos objetos debían de ser muy importantes para el pastor. También había una litera.

A la derecha vio una estufa y un banco-arcón. Entre la litera y el banco, una mesa larga y estrecha. La cama de arriba estaba llena de bolsas de plástico de las que sobresalían prendas de vestir y latas de comida. Cuerdas, mantas, un mono de motorista, un grueso capote de piel de reno, varios pares de guantes y un gorro de piel formaban una verdadera pila sucia y desordenada. Mattis estaba tendido en la cama de abajo, medio cubierto por un grueso saco de dormir extendido sobre pieles de reno. Sobre el saco había varias mantas rasgadas y manchadas de comida y de grasa.

Una gran cacerola hervía a fuego lento sobre la pequeña estufa. A sus pies, otra marmita estaba llena de nieve que se derretía.

Colgados de una cuerda suspendida que atravesaba el gumpi, se secaban dos botines de piel de reno y varios pares de calcetines de dudosa limpieza, así como dos trozos de piel de reno a los que les habían quitado el pelo. Dos

pares de gruesas botas de invierno sobresalían de debajo de la estantería.

Nina recorría con los ojos muy abiertos el modesto gumpi. Le habría gustado tomar unas fotos, pero no se atrevía a hacerlo. Estaba sucio, daba repelús. Y era fascinante. Se dio cuenta de que acababa de poner los pies en un mundo desconocido. Aquello sobrepasaba sus entendederas. ¿Cómo se podía vivir así en Noruega, en su propio país? Le recordó un reportaje que había visto en la televisión sobre un campamento gitano en Rumanía. Sólo faltaban los niños medio desnudos. Nina se sentía incómoda, aunque no sabía muy bien por qué. En cambio, Klemet parecía a sus anchas, pero él era de esa región. Él la conocía. Eso era una de las caras del reino escandinavo. Klemet le había explicado que Mattis no vivía allí de forma permanente. ¡Pero ni por ésas! ¿Era eso Noruega? En el pueblo de Nina, en el sur de Noruega, los pescadores tenían unas cabañas sobre el agua poco más grandes que aquello. Allí guardaban su barca y sus redes. De niña, a veces iba allí a esconderse para observar los grandes barcos de pesca atracados en el pueblo y a los que su madre le prohibía acercarse. Los hombres traen el pecado consigo, le decía. Su madre veía el pecado por todas partes.

Pero en las cabañas de los pescadores no reinaba aquella pobreza. En ese gumpi tampoco, se dijo Nina unos instantes después. Allí se respiraba desamparo.

Su madre habría sabido ocuparse de aquella pobre alma. Siempre sabía qué decisión tomar, distinguir entre el bien y el mal. Nina se preguntó si Klemet se planteaba las mismas reflexiones o si su colega ya estaría curtido. O si pensaba que semejantes condiciones eran normales.

Mattis los contemplaba a los dos con incertidumbre. Tenía una mirada huidiza.

—Menudo susto que me has dado cuando me has telefoneado —le dijo a Klemet, que se instaló frente a él, en la banqueta—. Cuando me has llamado, has dicho «Policía». Vaya canguelo. Habrías podido decir policía de los renos.

Klemet se rió mientras sacaba dos tazas de su mochila.

—Es verdad —prosiguió Mattis—. Si te llama la policía, nunca se sabe en qué marrón te van a meter. Con la policía de los renos, por lo menos,

siempre se intuye que no será nada grave. ¿No es cierto?

Klemet parecía contento de su jugada. Sacó una botella de plástico que contenía un líquido transparente.

—¡Ajá! —exclamó Mattis—. ¡A mí no me la vas a pegar!

—No, esta vez es agua —aseguró Klemet.

Mattis se había distendido. Empezó a canturrear, abriendo los brazos hacia Nina, un canto gutural lacerante, entrecortado, áspero a veces, del que Nina no comprendía nada. Debía de ser un yoik de bienvenida. Klemet sonreía escuchándolo.

Nina fue a instalarse en la punta de la banqueta, salpicada de múltiples manchas.

—Antes de sentarte, trae la marmita que hay sobre la mesa —le dijo Mattis.

Nina le dirigió una mirada torva. El otro no había hecho gesto alguno de levantarse.

—Por supuesto —dijo ella sonriendo—. Pareces muy cansado. Era bonito eso que cantabas.

Nina notó que Mattis mostraba signos de ebriedad. No le gustaba ver a la gente en ese estado. Le hacía sentirse incómoda. Se quitó el gorro y buscó un sitio más o menos limpio donde dejarlo; luego se incorporó graciosamente y llevó la marmita hasta la mesa. Sin esperar, Mattis hundió su tenedor en ella y sacó un pedazo de carne que empezó a masticar; la salsa goteaba sobre el saco de dormir, del que no había salido.

—Yo también tenía un tío que era cantante de yoiks —dijo Klemet.

—Sí, es verdad, tu tío Nils Ante era un buen cantante de yoiks.

—Era capaz de improvisar un canto así allí mismo, delante de ti, para describir un lugar, una persona o algo que acababa de ver y que le había llegado a lo más hondo. Incluso cuando hablaba tenía una voz un poco desgarrada. Yo veía cómo le centelleaban los ojos cuando se disponía a cantar.

—¿Y a qué se dedica ahora tu tío?

—Es viejo. Ya no canta.

Klemet hundió un cuchillo para atrapar un trozo de carne, que puso sobre

su fiambarrera. Nina le dejaba obrar a su aire. Él estaba acostumbrado a tratar con los ganaderos. Con ellos siempre había que tomarse su tiempo, le había dicho. Nina se preguntó si Mattis tenía en verdad derecho a matar a un reno.

Klemet se inclinó sobre la fiambarrera, evidentemente sin prisa alguna por entablar conversación, y vio una tibia.

—¿Puedo? —preguntó a Mattis.

El otro asintió con un gesto del mentón mientras sacaba un paquete de tabaco.

Klemet se disponía a partir la tibia de reno de un golpe de mango del puñal cuando el móvil comenzó a sonar.

—¡Satán! —masculló.

Miró un instante el fino hueso, como si aguardara una respuesta de él. Sólo lo recubrían unos trozos de carne hervida en agua salada. Enfurruñado, se volvió hacia Mattis. El sami acababa de liarse un cigarrillo. En su barbilla relucían manchas de caldo, y un trocito de carne se había quedado enredado en su barba. Klemet hizo una mueca con el hueso y el puñal aún en mano. Entre timbre y timbre del móvil sólo se oía aquel insensato viento siberiano que helaba el Finnmark desde hacía dos días. Como si los treinta grados bajo cero no fueran bastante.

Mattis aprovechó para sacar un bidón de tres litros de debajo de su cama. Lo dejó sobre la mesa y llenó su taza.

El teléfono seguía sonando. Incluso en pleno vidda, a veces disponían de cobertura telefónica.

De repente, el teléfono dejó de sonar. Klemet miró la pantalla y no dijo nada. Nina lo contempló con insistencia. Su compañero acabó por tenderle el móvil. Nina leyó el nombre que allí aparecía.

—Llamaré más tarde —dijo escuetamente Klemet.

Era evidente que los ganaderos se ponían enseguida nerviosos y se impacientaban cuando dos manadas se mezclaban.

Mattis empujó el bidón hacia Klemet.

—No, gracias.

Miró a Nina, que le dijo que no con la cabeza y le dio las gracias con una sonrisa. Mattis vació la mitad de su taza y entornó los ojos con una mueca.

Klemet volvió a coger la tibia y la partió en dos. Se la tendió a Nina. Ya no había ni rastro de la sonrisa en la cara de la joven, que se había puesto cómoda, medio tendida sobre la banqueta, y se había abierto un poco el mono. En el gumpi reinaba una temperatura casi aceptable.

—¿Te apetece?

—No —respondió ella secamente.

Sentía que, al final, no iba a librarse de la broma favorita de Klemet.

Él se llevó el hueso despacio a la boca, observándola fijamente. Aspiró de forma ruidosa una porción de tuétano y se limpió con la manga. Le guiñó un ojo a Mattis y se volvió hacia Nina con los ojos brillantes.

—¿Sabes que esto es la Viagra de los lapones?

Con una mirada ambigua, Mattis examinaba a uno y otro policía, hasta que Klemet se echó a reír.

Nina lo contempló. Sí, pensó, ya se lo había oído por lo menos en dos ocasiones durante aquellos cuatro días de patrulla.

Mostrando una boca desdentada, también Mattis se carcajeó con una risa de loco que sorprendió a Nina. Éste tomó, a su vez, el hueso y aspiró el tuétano con avidez.

—¡Ja, ja, la Viagra de los lapones!

Reía sin poder parar, con la boca muy abierta y los dientes cariados a la vista. De su boca saltaban trozos de carne. Nina se preguntaba qué hacía ella allí, pero no dejó que ello trasluciera. Sabía que Klemet jugaba un poco con ella y esperaba que supiera no pasarse de la raya. Se sentía aún demasiado novata en ese entorno de ganaderos para decirle a Mattis lo que pensaba.

El ganadero le tendió el hueso chorreante a Nina, mientras de la comisura de los labios le caía la baba.

—¡Venga, vamos, la Viagra de los lapones!

Y se echó de nuevo a reír mientras dirigía un rápido vistazo a Klemet. Luego se lanzó a cantar otro yoik, puntuando sus efectos con la mano y con la mirada puesta en Nina, aunque cabía suponer que no la veía realmente. Klemet parecía divertirse con aquella situación. Se enjugaba los lagrimales y observaba a Mattis con una sonrisa.

Sentada aún en un extremo de la banqueta, Nina había doblado las

rodillas bajo su mentón y cruzado los brazos alrededor de las piernas. Vestida con el mono de motorista, no era algo tan sencillo. Era su posición de enfurruñada. Ponía mala cara, pero por diplomacia gratificó al ganadero con una educada sonrisa que expresaba su rechazo. Estaba claro que éste no debía de ver a menudo a mujeres por allí.

—Pues yo me siento ya en plena forma —insistió Klemet con una mirada pícara a Nina.

Y Mattis volvió a ponerse a reír palmeándose los muslos.

—Sí que es guapa, sí —exclamó.

Klemet se incorporó de repente y se sirvió un cucharón de caldo. Al verlo serio de nuevo, Mattis dejó de reír de golpe. Nina se había inclinado para servirse un café, tras rechazar el caldo de reno. Mattis contempló de reojo y con insistencia a la joven, cuyo jersey azul marino marcaba groseramente la forma de sus senos. Luego miró un instante a Klemet y bajó la vista.

Nina se sentía incómoda. Aquel ganadero, con su aire libidinoso, le repugnaba, aunque sabía que sobre todo debía inspirarle piedad.

—Resulta, Mattis, que tus renos han cruzado la carretera. ¿Sabes que están en las tierras de Johan Henrik? Nos ha llamado.

A Mattis le sorprendió el brusco cambio de Klemet. Lo examinó, nervioso, y luego a Nina, pasando de su cara a sus senos.

—¿Ah, sí? —dijo con aparente inocencia.

Se frotaba la nuca, escudriñando a Klemet de reojo.

El teléfono volvió a sonar. Klemet lo cogió sin dejar de mirar a Mattis y colgó aún más rápido que antes. Esta vez, en la pantalla se leía que la llamada provenía de la comisaría de Kautokeino. Deberían esperar.

—¿Y bien? —prosiguió Klemet.

Nina observó al ganadero. Tenía los pómulos altos y el mentón prominente, el rostro de rasgos marcados y una barba bastante poblada para un lapón. Cuando se disponía a hablar, daba la impresión de que iba a comenzar con una mueca, con los ojos entornados y el labio inferior encabalgado sobre el superior; luego abría una boca y unos ojos muy grandes. A pesar del repelús que le inspiraba aquel hombre, Nina se sentía bastante fascinada. Nunca había conocido a un personaje así. En su pequeño pueblo

del sur, a orillas de un fiordo a dos mil kilómetros de allí, no se veía a gente como él. ¡No existía!

—Pues no sé.

Klemet abrió su mochila y sacó unos mapas militares a escala 1:50 000. Apartó la marmita y las latas de judías llenas de colillas. Mattis aprovechó para apurar su taza, con una nueva mueca, y acto seguido volvió a llenarla al ras.

—Mira, estamos aquí. Esto es el río y ahí está el lago por el que tú te diriges al norte durante la trashumancia. En estos momentos, Johan Henrik tiene a sus renos aquí y aquí, en los bosques.

—¿Ah, sí? —dijo Mattis con un bostezo.

—Y los tuyos han cruzado por el río.

—El río...

Rió, hipó y volvió a ponerse serio.

—Ya, pero es que mis renos no saben leer los rastros, ¿sabes?

—Mattis, entiendes perfectamente lo que quiero decir. Tus renos no deben estar en ese lado del río. Sabes que esta primavera será de nuevo un infierno cuando tú y Johan Henrik tengáis que separar las manadas. Os pelearéis, como de costumbre. Ya sabes el trabajo que comporta separarlas.

—Y vigilarlas cuando uno está solo, en pleno invierno en la tundra, ¿acaso no lleva mucho trabajo?

—¿Dónde están tus pastos de invierno? —preguntó Nina.

La joven policía tenía aún una visión teórica de la cría de renos, adquirida rápidamente durante su formación en Kiruna. De niña, a menudo había pastoreado las pocas ovejas que su madre criaba. Lo hacía por puro placer, pues éstas apacentaban solas al fondo del fiordo. En su casa, ser pastor no era un oficio, sino, como mucho, un pasatiempo. Que uno tenga que pasar la noche en plena tormenta helada para cuidar unos renos le parecía increíble. Necesitaba basarse en datos concretos y medibles para comprender.

Mattis volvió a bostezar, se frotó los ojos y bebió un trago de aguardiente. Ignoró así la pregunta de Nina.

—¿Y por qué Johan Henrik se queja tanto? —dijo mirando a Klemet—. No tiene más que llevar sus renos hacia la colina. Él tiene gente.

—Mattis —dijo Nina—, te he preguntado dónde están tus pastos.

La joven había hablado muy tranquila. No podía imaginar que Mattis hubiera pasado por alto expresamente su pregunta.

—Sí, tiene gente —respondió Klemet—, pero de todas formas estás en sus tierras. Así son las cosas. Eres responsable de tu manada.

—¿Y qué? Esas fronteras no las tracé yo. Eso lo hacen los malditos funcionarios de la oficina de gestión de los renos, con sus bonitos lápices de colores y sus rectas reglas en sus calientes despachos.

Mattis bebió un trago, esta vez sin pestañear. Estaba enfadado.

—Me he pasado casi la noche entera vigilando la manada. ¿Crees que es divertido?

—Mattis, ¿podrías, por favor, mostrarme los límites de tus pastos?

Nina le habló con voz dulce.

—¿No tienes a nadie que te eche una mano? —continuó Klemet.

—¿Echarme una mano? ¿Quién?

—A veces te ayuda Aslak.

—Pues esta vez no. Ha sido un invierno de mierda para todo el mundo. Aún debe de estar de morros. Y encima los renos no tienen suficiente comida. No logran romper el hielo y comer el líquen. Y además estoy hartito. Y no tengo dinero para comprarles pienso. Así que mis renos van allí donde hay qué pastar. Se comen el musgo de los troncos de los árboles, en los bosques. ¿Qué puedo hacer yo?

Bebió un trago más largo.

—Pero luego iré a echar un vistazo.

Vació la taza y bostezó largamente.

—¿Quiere la señorita que le lea el futuro?

—A la señorita le habría gustado que le enseñaras los límites de tus pastos.

—Klemet te lo dirá. ¿No quieres saber el futuro? Pues en ese caso me voy a dormir.

Y, sin más cumplidos, volvió a meterse en su saco de dormir.

Klemet alzó la vista y le hizo a Nina una señal de que se marchaban.

Una vez fuera, Klemet fue a echar un vistazo a la motonieve de Mattis,

tocó el motor y permaneció un instante observando el vehículo.

—Klemet, ¿por qué Mattis no me contestaba?

—Ya te lo puedes imaginar; aquí el ambiente es muy machista. No están muy acostumbrados a ver mujeres en la tundra en pleno invierno, y menos aún de uniforme. No saben muy bien cómo comportarse.

—Vaya. Y tú sí sabes cómo comportarte.

—¿Qué quieres decir?

—Nada, nada. Y bien, ¿dónde están los límites de esos pastos? Tu amigo ha dicho que me los enseñarías.

Volvió a nevar, a pesar del frío. Klemet desplegó el mapa sobre el asiento de la motonieve y le mostró a Nina los pastos.

—En ese caso, si lo que ahora necesita es un bosque, podría llevar su manada hacia el noroeste. Allí hay un bosque grande y está en medio de su zona, lejos de Johan Henrik.

—Sí, tal vez. Quizá ya hayan estado allí. Y a lo mejor la mayor parte de su manada se ha quedado. Si quieres, podemos ir a echar un vistazo —dijo Klemet—. Y luego iremos a ver a Johan Henrik.

Volviéron a montarse en las motonieves. Algunos minutos más tarde, Klemet se detuvo en medio del lago. Sabía que en aquel sitio su teléfono tenía cobertura. El primer mensaje era de Johan Henrik. Parecía muy enfadado. El segundo mensaje, de la comisaría de Kautokeino, aún era más seco. La patrulla P9 debía dejarlo todo y regresar de inmediato. Johan Henrik debería seguir esperando.

## 4

12.00 horas. Kautokeino

Karl Olsen había dejado en marcha el motor de su *pick-up*. El área de aparcamiento, a unos kilómetros en las afueras de Kautokeino, estaba casi vacía, aparte de un remolque abandonado delante del cercado de los renos, vacío en esa época del año. No se le veía desde la carretera. Se sirvió otra taza de café, se la bebió, aunque estaba hirviendo, y miró a su alrededor. Pronto habría que comenzar a comprobar el material. Se inclinó sobre la frente su gorra verde de visera marrón con el logotipo de una marca de abono y se rascó la cabeza, suavemente, con los ojos entornados. Sí, ese año haría falta mucha cebada. Y además quería probar los tomates de invernadero. Se podían conseguir nuevas ayudas de la Unión Europea. No tendrían un mercado local, por descontado, pero productos como los tomates de Laponia siempre eran populares entre los turistas. Se rió solo.

La noticia del robo abría el informativo de las nueve. «Se trata del primer tambor tradicional sami devuelto de manera definitiva a territorio sami — explicaba el alemán por la radio—. Esos tambores los utilizaban los chamanes. Y éste tiene un enorme valor para la población local. Para ellos es un drama, pues hace años que la gente lucha para que esos tambores vuelvan finalmente a la tierra de sus antepasados».

Karl Olsen torció el gesto al escuchar la entrevista.

—La tierra de sus antepasados... Será gilipollas, ese alemán. ¿Qué va a saber él de sus antepasados?

Echó el resto de café ya frío por la ventanilla. No habían averiguado nada más desde aquella mañana, se dijo Karl Olsen. Se sirvió más café.

Unos minutos más tarde, un Volvo azul cielo estacionó junto a su *pick-up* coreana. Un hombre delgado y bigotudo fue a sentarse a su lado.

—¿Café?

—Sí —dijo el recién llegado, mientras se quitaba el gorro—. Bueno, ¿qué tienes? Rápido, que no dispongo de mucho tiempo.

—¿Sabes esa historia del tambor?

—Sí. Todo el mundo anda de cabeza.

—Mira, Rolf, conocí bien a tu padre, un buen tipo. Creo que él también me apreciaba.

—¿Y?

—¿Cuánto tiempo hace que estás en la policía, chaval?

—Diecisiete años. ¿Querías verme para hablarme de mi vida?

—¿Y hace tres años desde que volviste al pueblo?

—Un poco más, ya lo sabes.

—Mira, chaval, esta historia del tambor es una mierda.

—Sí, es un fastidio, claro que es un fastidio. ¿Y qué?

—Este asunto excitará a todo el mundo, ¿sabes?

—Ya está todo el mundo excitado.

—Sí, sí, acabo de oír al burro ese del alemán: «Un *ferdadero* drama, un *ferdadero* drama» —dijo el granjero imitando el acento del director del centro cultural.

A Rolf Brattsen tampoco le caía bien el alemán. Daba demasiada importancia a los lapones y poca a los noruegos.

Karl Olsen se volvió un poco más hacia el policía. Como sufría un pinzamiento en la nuca que lo obligaba a contorsionarse para ver a sus interlocutores, miró a Rolf Brattsen de reojo.

—Escúchame, Rolf, te voy a decir cómo son las cosas. Porque así soy yo, yo digo las cosas claras. Sabes quién soy, sabes que soy del Partido del Progreso. Y ya sabes qué pensamos de esas historias de lapones en el partido.

El policía guardaba silencio.

—No sé qué piensas tú, pero sé lo que pensaba tu padre. Y tu padre y yo

pensábamos lo mismo. Sabes que tu padre era un buen noruego, ¿verdad? Y tú también eres un buen noruego, ¿verdad, chaval?

El viejo granjero, fatigado de su posición, se echó hacia delante para orientar el retrovisor de manera que pudiera ver la mirada del policía sin tener que torcer el cuello.

—Vamos, chaval, sé que eres un buen tipo. Tu padre era un buen tipo. En nuestros tiempos, se lo pusimos crudo a los comunistas. Pues los lapones son lo mismo, ¿sabes? Una panda de rojos son esos tíos, con sus monsergas del derecho a la tierra. Yo sí sé qué es la tierra. Y la tierra decide por sí sola a quién quiere pertenecer, y es al que se ocupa de ella y a nadie más, ¿me entiendes? Y yo me ocupo de la tierra. Y ese tambor de mierda va a despertar a esos tíos. Mi tambor, mi tierra y todas esas gilipolleces. ¿Ves?, a nosotros no nos convienen sus historias. Y además eso excitará a los comemierdas de Oslo, y no necesitamos a zoquetes de la capital, ¿verdad? Estamos mejor solos, y mejor estaríamos aún sin los lapones.

El granjero calló un instante, arrojó por la ventanilla su café ya frío y volvió a servirse.

—No eres muy hablador; mira tú que habrás salido a tu padre. Ah, era un buen tipo. Sólido. Alguien de confianza. ¡Ah, cómo les dimos por el culo a los comunistas! Te pareces a él, ¿sabes? Estaría orgulloso de ti, chaval.

—Mira, Karl —dijo de repente el policía—, a mí esos cabrones de los lapones me gustan tan poco como a ti. Y no me gusta ver a los cabrones de los rusos paseándose por aquí ni a los cabrones de los pakistanís invadiéndonos. Pero soy policía, ¿entendido?

—¡Vamos, chaval, no te enfades! —dijo con una sonrisa melosa el granjero, contento del cariz que por fin tomaba la conversación—. Por supuesto que eres policía, y un buen policía. Únicamente quería que supieras que no estás solo. No es bueno que esos tipos piensen mucho. Y me digo que quizá no sería tan grave si no recuperaran ese tambor. De lo contrario, les podría dar ideas. Ya ves, si hasta tienen su propia policía...

—¿La policía de los renos? ¡La brigada ligera! ¡Unos chalados que no llegan ni a polis de pacotilla!

Por primera vez, el policía se excitaba.

—Mira tú —prosiguió Rolf Brattsen— que precisamente los de Kautokeino ahora están en casa de ese degenerado de Mattis, esa especie de idiota que se pasa el día cantando y bebiendo en lugar de vigilar sus renos.

—Ah, ¿están en su casa? —dijo el granjero, tratando de volverse hacia el policía.

Karl prosiguió inmediatamente.

—Ése sí que es un degenerado. Pero, bueno, eso es por follar entre ellos, ¿no es cierto? Porque tú conocías al padre de Mattis, ¿no?

—¿Aquel viejo loco, el que decían que era chamán?

—Eso es lo que se cree. La verdad es que el padre de Mattis era su tío, el propio hermano de la madre, ¿ves?

Rolf Brattsen meneó la cabeza.

—Bueno, tengo que volver a la comisaría. No sabía que tú y mi padre os hubierais conocido tanto —dijo el policía.

Se volvió por primera vez hacia el granjero, escrutándolo.

—Nunca me habló de ti.

—Ve a hacer tu trabajo, chaval —respondió Karl Olsen apartando la mirada—. Y no olvides quiénes son los tuyos. Y que igual no habría que darse mucha prisa en encontrar ese dichoso tambor, porque eso excitaría a esos comunistas lapones.

## 5

16.30 horas. Kautokeino

Klemet Nango y Nina Nansen llegaron por el sudeste del pueblo. Tomaron «la autopista», como la llamaban en invierno, remontando el ancho río helado que pasaba por en medio de la población, para llegar hasta el centro, donde estaba situada la comisaría. La entrada principal se hallaba junto al Vinmonopolet, la tienda estatal de venta de alcohol al detalle, y no era extraño que los clientes se equivocaran de puerta.

Hacía tiempo que los rayos del sol habían desaparecido del horizonte, pero aún quedaba un vago resplandor azulado. Klemet y Nina dejaron las motonieves en el aparcamiento; cada uno llevó una caja al garaje y luego subieron a la planta donde se encontraban las oficinas.

—Ah, llegáis en el momento oportuno. Va a empezar una reunión en el despacho del Sheriff —les dijo la secretaria de la comisaría al cruzarse con ellos por la escalera—. Con esta historia del tambor, voy muy liada.

—¿Qué tambor?

—Ah, ¿no estás al corriente? Ya te enterarás —dijo ella agitando un fajo de papeles—. Me voy.

Los dos policías fueron a dejar su material y, a continuación, se dirigieron a la sala de reuniones. Les dio la bienvenida la voz de Tor Jensen, apodado el *Sheriff* por su manera de balancear los hombros y porque cuando vestía de civil llevaba un sombrero de vaquero de piel.

El Sheriff les dejó que se instalaran. Había otros cuatro policías. Klemet

Nango se percató de la ausencia de Rolf Brattsen, el adjunto del comisario.

—En la noche del domingo al lunes alguien robó un tambor del Centro Juhl —comenzó Tor Jensen—. Ya sabéis que ese tambor es especial; es el primero que vuelve de forma permanente a Laponia. No soy lapón pero, para ellos, parece que es importante. ¿Es importante para ti, Klemet? Tú eres aquí el único lapón.

—Supongo. Vamos, no lo sé —dijo algo incómodo.

—En cualquier caso, se ha armado un buen jaleo. Los lapones gritan que han vuelto a robarles su identidad, que se les sigue discriminando como siempre, etcétera. En Oslo, como podéis imaginar, están nerviosos, sobre todo porque dentro de tres semanas se celebrará una importante reunión de la ONU sobre poblaciones autóctonas y nuestros amigos son, como bien sabéis todos de carrerilla, nuestra querida población autóctona. ¿Te han enseñado eso en la escuela de policía, Nina? Me sorprendería. En resumidas cuentas, eso pone nerviosos a los amigos de Oslo, pues les gusta ser los primeros de la clase en la ONU, especialmente con la de pasta que llegamos a darles, y no quisieran que les cayera una colleja por un tambor.

—¿Hay alguna idea ya respecto al culpable?

—No —respondió el Sheriff.

—¿Hipótesis? —prosiguió Nina.

—Antes de llegar a eso, empezaremos por el principio.

Entró la secretaria y distribuyó a cada uno cinco hojas grapadas.

—Ese tambor estaba en una caja cerrada —continuó el Sheriff—. Un coleccionista particular lo envió hace poco al museo. El tambor ha desaparecido con la caja. Aparentemente, no falta nada más. Ha habido allanamiento. Hay dos puertas rotas. La de la entrada era de cristal y está destrozada. Foto número uno. Y luego la puerta del archivo. Foto número dos. Ha sido forzada, no sabemos cómo. Hay un plano del lugar. Ya está, apañaos con esto.

Klemet hojeó rápidamente los papeles. El contenido era poca cosa. Una chapuza.

—Recordad: hay una gran presión política de Oslo, pero también de los políticos lapones de aquí. Sin contar con la extrema derecha, que trata de

ganar puntos a costa de los lapones y lo exagera todo. Chicos, id al museo a investigar esta historia. Klemet y Nina, estaréis de refuerzo para patrullar la ciudad. Parece que hay movimiento.

—¿Y las hipótesis? —preguntó Nina con una sonrisa amable.

Era la segunda vez en un día en que un interlocutor le daba la callada por respuesta, y eso empezaba a irritarla.

El Sheriff la miró un instante en silencio.

—Todo cuanto sabemos es que una vecina —echó un vistazo al breve informe—, Berit Kutsi, oyó una moto por la noche. Aunque no sea algo anormal con el ir y venir de los ganaderos a todas horas del día y de la noche, es poco habitual en ese sitio. El rastro quedó borrado con la tormenta de nieve. Ah, Rolf se ha hecho cargo del caso. Os veré mañana en la reunión.

—¿Qué tal por el vidda, Klemet? —preguntó el Sheriff una vez que se fueron los demás.

—Vuelve a haber tensiones. Es un mal invierno, muy duro para los pequeños ganaderos. Creo que asistiremos a una escalada de conflictos.

—Klemet, con esa conferencia de por medio estaría bien que no hubiera líos; imagino que ya me entiendes.

Klemet hizo un mohín.

—Cuéntale eso a los renos.

—Y tú cuéntaselo a los ganaderos, es tu trabajo. Mientras, llévate a Nina a dar una vuelta por la ciudad. Y a trabajar, Klemet, no a charlar.

—Me aburres, Sheriff.

—Te conozco, Klemet. Klemet y Nina recorrieron unos centenares de metros en motonieve a lo largo de la carretera de Alta hasta el cruce. Lo llamaban sólo «el cruce», porque era la encrucijada estratégica de Kautokeino. La carretera llegaba desde Alta, en la costa septentrional, y partía hacia Finlandia y luego hacia Kiruna, en Suecia. Los camiones de gran tonelaje la tomaban para ir de norte a sur de Noruega. A pesar de que hubiera que cruzar dos fronteras, tenía la ventaja de ser recta y evitaba pasar por la interminable carretera de los fiordos noruegos. El eje perpendicular no iba tan lejos. Por un lado, al aparcamiento del supermercado, y por el otro, a la carretera que conducía a varias empresas y, más allá, a un imponente templo

de madera que sobresalía, algo dominante.

Una decena de personas ocupaba el centro del cruce. La mayoría de ellas lucían la vestimenta tradicional sami, cuyos vivos colores resaltaban sobre la nieve. Dos mujeres ancianas sostenían una pancarta visiblemente confeccionada de prisa y corriendo y que apenas era legible. La pintura de las letras chorreaba. «Devolvednos nuestro tambor». No hace falta decir más, pensó Klemet. Un grupo se hallaba junto a un brasero. La temperatura era un poco más clemente, pues rondaba los veinte grados bajo cero. El frío, sin embargo, era muy intenso debido al viento que soplaba.

Los policías estacionaron en el aparcamiento, junto al brasero. Había poca circulación. Como de costumbre, para ser justos. Una mujer de unos sesenta años se volvió hacia ellos y les ofreció café.

—¿Qué hacéis aquí, Berit? —preguntó Klemet.

Conocía a Berit desde hacía mucho tiempo. Su piel fina armonizaba con el contorno de su cara. Sus pómulos, muy altos, estiraban hacia arriba las mejillas, que sólo se arrugaban cuando sonreía. Su rostro emanaba una gran bondad, y sus párpados, ligeramente caídos en los extremos de los ojos, acentuaban una mirada de gran empatía. Conocía a todos los manifestantes. Eran lapones, pero ninguno de ellos era ganadero de renos, aparte de Olaf, el más joven de los presentes. Éste se encontraba inclinado frente a la ventanilla abierta de un coche y conversaba con el conductor. En cambio, los otros pastores no tenían tiempo para estar allí. Permanecían en el vidda, vigilando a los renos o durmiendo para recuperarse de una helada noche en vela, como sin duda Mattis en aquel momento. Tratando de olvidar que al cabo de unas horas habría que salir de nuevo al frío, con el viento fustigador, y habría que vestirse con diversas capas de ropa, olvidar la resaca, aventurarse en motonieve por la tundra sin ninguna compañía y confiando en no sufrir un accidente. Más de una vez se había hallado a algún pastor muerto de frío no lejos de su moto, empotrada contra una roca invisible bajo la nieve. Con razón se consideraba que ser pastor de renos era el oficio más peligroso del Gran Norte.

—Mira tú, qué guapa es la chiquilla —dijo Berit riendo—. ¡Vaya elemento que estás hecho, Klemet! No se deje engatusar, chiquilla —añadió

dirigiéndose a Nina—. Klemet es un mujeriego. No lo parece, verdad, pero vigile el culo.

Nina miraba a Klemet con una sonrisa algo forzada. El policía se dio cuenta de que la joven parecía sorprendida por la franqueza de la gente del norte, lo que no concordaba con el comedimiento de los escandinavos del sur.

Klemet y Berit se conocían desde la infancia, y ella siempre le había chinchado.

—Berit, ¿has oído la motonieve delante del museo?

—Mira, ya se lo he contado todo a Rolf. Cuando la he oído, he pensado que sería un ganadero que venía del valle del norte, del otro lado de la colina, donde está el centro —precisó Berit a Nina—. En esa dirección hay manadas. Pero la motonieve se ha detenido delante del centro, cosa que nunca sucede de noche, con el motor en marcha y al ralentí.

—¿Qué hora era?

—Sobre las cinco de la madrugada, quizás, o algo más pronto. A menudo me despierto a esa hora y luego me vuelvo a dormir. Pero me ha despertado el ruido del motor al marcharse.

—¿Ha visto la motonieve o a la persona? —preguntó Nina.

—En un momento dado, sus faros han iluminado mi habitación como si fuera de día. En ese momento no he podido ver al piloto. En todo caso, no de cara. Pero al alejarse, de espaldas, me he fijado en que llevaba un mono más bien naranja, sabes, como el de los peones en las obras.

Era poca cosa. Al contrario de lo que pensaba el Sheriff, la desaparición del tambor no traumatizaba a Klemet más de lo normal, al margen del hecho delictivo. Klemet nunca había sido un lapón muy ortodoxo. Había un montón de razones para ello y no le gustaba demasiado removerlas. Y menos aún delante de personas que no eran laponas.

Berit había vuelto al cruce con otros manifestantes que impedían el acceso a la carretera que conducía a la iglesia.

Olaf, el más joven de ellos, pues debía de rondar los cuarenta años, avanzó hacia Klemet con paso firme y enérgico; sus mandíbulas eran poderosas y sus labios, carnosos bajo unos pómulos altos. La media melena ondulada de su cabello moreno contrastaba con el pelo castaño cortado a

cepillo de Klemet.

—Mira, ya está aquí la policía.

Hablaba deprisa.

—¿Qué quieres? ¿Ya has encontrado el tambor, Klemet? Señorita, buenos días —dijo a Nina con una mirada seductora.

—Buenos días —respondió ella con una sonrisa educada.

A él, en cambio, no le pareció necesario saludarlo.

—Klemet, si aún tienes algo de sangre lapona, has de comprender que el robo de ese tambor es un verdadero escándalo. ¡Una puñalada traperera! Nosotros, los lapones, no lo aceptaremos jamás. Es la gota que colma el vaso, ¿me entiendes? ¿Puedes entender esto, Klemet, o ya has olvidado que eras lapón?

—Oye, Olaf, baja el tono de voz, ¿de acuerdo?

—¿Ha visto ese tambor? —preguntó Nina.

—No. Creo que iban a exponerlo dentro de unas semanas.

—¿Por qué es tan importante? —prosiguió Nina.

—Es el primer tambor que regresa a Laponia —respondió Olaf, mirando a uno y otro policía—. Durante décadas, los pastores suecos, daneses y noruegos nos persiguieron para confiscar y quemar los tambores de los chamanes. Les daban miedo. Imagínese, permitían hablar con los muertos o curar. Quemaron cientos de tambores. Hoy quedan poco más de cincuenta en todo el mundo, en museos de Estocolmo y en otros lugares de Europa. O en manos de coleccionistas particulares. Pero no hay ninguno aquí, en nuestra propia tierra. ¿No le parece increíble? Y por fin cuando vuelve ese primer tambor, van y lo roban. ¡Es una provocación!

—¿Quién podría tener interés en hacer algo semejante? —continuó Nina.

—¿Quién?

Olaf alzó el mentón y se pasó la mano por el cabello.

—¿Quién tiene interés, en su opinión, en que ese tambor desaparezca? Aquellos que no quieren que los lapones levanten la cabeza, por supuesto.

Klemet observaba a Olaf. El pastor le ponía nervioso con sus aires de superioridad. Aunque fuera ganadero de renos, Olaf Renson siempre encontraba tiempo para participar en ese tipo de manifestaciones. Era todo un

caso. Un militante puro y duro de la causa lapona desde mediados de los años setenta. En esa época, varias empresas noruegas, chilenas, australianas y de otros países construyeron yacimientos mineros y pantanos en Laponia. Una de ellas, la chilena Mino Solo, se puso a todo el mundo en contra a causa de sus métodos poco ortodoxos y provocó unas manifestaciones en las que Olaf Renson fue una figura destacada. Allí se forjó una sólida reputación de militante y de justiciero. Regularmente lograba crearle mala conciencia a Klemet.

Dos camiones llegaron al cruce. El paso se hallaba cortado por las dos viejas laponas que, sistemáticamente, se quedaban unos segundos delante de cada vehículo y luego lo dejaban continuar. Los conductores —suecos, por las matrículas— no parecían enfadados. En el otro sentido, varios coches hacían cola. El conductor de un Volvo rojo empezó a hacer sonar el claxon y pronto lo imitó otro. Las viejecitas seguían a su ritmo y permanecían cinco segundos delante de cada vehículo.

Uno de los camiones llegó a la altura del cruce. En la cabina había dos personas. El chófer sueco parecía partirse de la risa y daba palmadas en el codo del pasajero, al que Klemet reconoció. Era Mikkel, un pastor de la zona que trabajaba para los ganaderos más ricos. El conductor bajó el cristal y a pesar del frío apoyó su brazo tatuado en la ventanilla. Klemet no estaba muy lejos y pudo oír cómo gritaba a una de las laponas un sonoro: «Eh, vieja, ¿quieres follar?».

La anciana, afortunadamente, no le entendió. Muerto de risa, el conductor chocó la mano con la de su pasajero y volvió a poner el vehículo en marcha. Klemet meneó disgustado la cabeza. Sentía vergüenza de ellos.

Entre tanto, Olaf había regresado al otro lado del cruce. Erguido, jactancioso, delante del Volvo rojo, miró al conductor de arriba abajo sin decir palabra. Volvió la vista hacia Klemet, como desafiándolo. Luego, como un gran señor, le hizo un signo al conductor para que circulara.

Johan Mikkelsen, el periodista, acababa de llegar. Tendió su micrófono a Olaf, que adoptó una pose indignada. Klemet casi podía leer en sus labios lo que decía. Olaf hacía grandes aspavientos con la mano, con esa postura encorvada que ya le conocía. Al comenzar la entrevista, llegó un minibus

tocando la bocina por la calle que había frente al supermercado. El periodista dirigió el micro hacia el claxon. Aquello constituiría un buen efecto de sonido ambiente para el informativo de las seis de la tarde. Del minibús salió un hombre de gran estatura dando voces. Era el pastor de la iglesia. Tenía una cabeza enorme de rasgos duros y, con su poblada barba rubia, parecía un vociferante leñador.

Klemet y Nina atravesaron el cruce.

—¡Despejen la calle inmediatamente! ¿Pero qué se han creído?

El pastor estaba fuera de sí. Los tres viejos manifestantes que cortaban la carretera se apartaron con amabilidad para cederle el paso. El pastor se calmó enseguida.

—¿Qué sucede, amigos míos?

—¡Ay, señor pastor, es por el tambor! —dijo uno de los hombres.

El pastor frunció el ceño.

—El tambor, el tambor. Vamos, amigos, sé que eso del tambor es un fastidio, pero ya lo encontrarán. Vamos, volved a casa y no me cortéis el camino.

Olaf llegó junto al pastor al mismo tiempo que los dos policías y el periodista, que mantenía el micro abierto.

—No es tu camino, pastor, y ese tambor no es un tambor cualquiera, deberías saberlo mejor que nadie, pues fueron tus predecesores quienes quemaron los otros.

Ante el pequeño grupo, la expresión del pastor se volvió melosa, pero se mordía los labios, señal de que se sentía responsable.

—Vamos, hijos míos. Todo eso son cosas del pasado, ya lo sabes, Olaf. Y en cualquier caso, deberías saberlo en lugar de agitar a esa buena gente.

—¿Agitarles? ¡Ese tambor es nuestra alma, nuestra historia!

El pastor estalló de nuevo.

—¡Ese maldito tambor es un instrumento del diablo! Y ustedes, los de la policía, tengan la amabilidad de despejar el acceso al templo. Espero a los fieles.

Klemet no se sentía a gusto con ese pastor. Perteneecía a la secta luterana de los laestadianos, que no eran precisamente compasivos. Aquello le

recordaba demasiado a su familia.

—Olaf, podéis seguir manifestándoos, pero desalojad la carretera, ¿de acuerdo? —le ordenó Klemet.

—Ah, el vendido da órdenes —se mofó Olaf—. Siempre del lado de la autoridad, ¿no es cierto, Nango? Al fin y al cabo, llevas uniforme. Vamos, vosotros, dejad paso al señor quemador de tambores.

El pastor lo fulminó con la mirada.

—Y usted, señor pastor, vuelva al templo y guárdese sus comentarios.

Era Nina quien había hablado, y todo el mundo la miró, sorprendido. Olaf le dirigió una sonrisa, pero la atención general ya se dirigía al cruce.

El ruido de las bocinas se había multiplicado. La cola seguía creciendo. Era la hora de la compra. Atrapado entre los otros vehículos, Karl Olsen se desahogaba haciendo sonar el claxon. El granjero estaba colorado de excitación. Vio a Berit Kutsi.

—Dios mío, Berit, díles que me dejen pasar de una vez.

—Ah, les diré que aceleren un poco —contestó Berit al reconocer al granjero.

—Oye, ¿no tenías tú que venir hoy a trabajar a la granja? —le preguntó él muy seco.

El granjero refunfuñó, aceleró con brusquedad y desapareció entre bocinazos.

—No parece muy amable —dijo Nina a Berit.

—Aquí la vida no siempre es amable. Pero los buenos corazones vigilan y soplan sobre el vidda. Id con Dios —saludó Berit al marcharse.

## 6

Martes, 11 de enero

Salida del sol: 11.14 horas; puesta del sol: 11.41 horas

27 minutos de insolación

08.30 horas. Kautokeino

El episodio de la víspera había sumergido a la patrulla P9 en el corazón de un torbellino insólito para la policía de los renos. Nina, joven licenciada de la escuela de policía, sin duda estaba mejor preparada, pues acababa de pasar dos años en Oslo, rodeada de una atmósfera en la que las cuestiones de política y de sociedad se discutían con acritud. La escena del cruce había puesto de manifiesto que, a pesar de las apariencias, incluso allí se producían tensiones. No sabía nada acerca de esas historias de los samis. Un diputado del populista Partido del Progreso se había mostrado preocupado ante la idea de que un día un tribunal sami pudiera entender exclusivamente en los casos de los samis. «Y luego qué vendrá, ¿un tribunal pakistaní?», exclamó. Ya empezaban a acostumbrarse a las salidas de tono del Partido del Progreso.

La primera visita de aquella mañana sería a Lars Johnsson, el pastor de la iglesia, de marcados rasgos y cabello rizado. El coche de los policías tuvo que abrirse paso en el cruce, aún ocupado por una docena de lapones que proseguían el ritual de la víspera; su vehículo no fue una excepción. Berit Kutsi se echó a un lado al cabo de cinco segundos y saludó a Nina y a Klemet con la mano. Este último circuló a lo largo del «camino del pastor» y detuvo

el vehículo en el terraplén situado delante de la suntuosa iglesia de madera roja. El pastor trabajaba en la sacristía.

A Klemet no le gusta ese pastor y se nota, se dijo Nina.

Los policías de Kautokeino se habían repartido los interrogatorios. El inspector Rolf Brattsen y sus hombres se encargarían de hacer la ronda de los parroquianos que solían salir el sábado por la noche. Los jóvenes desocupados se reunían alrededor del billar del pub y a menudo acababan la jornada en una nebulosa ética en medio de la cual podían cometer muchas tonterías. Según Brattsen, nunca eran cosas graves: cubos de la basura volcados, vecinos a los que despertaban, carreras de coches o de motonieves sobre el lago helado, disparos contra farolas, chicas maltratadas o a las que quizás habían forzado un poco. Interrogaría a esos inútiles uno a uno y enseguida sabría si alguno de ellos había hecho alguna trastada en el Centro Juhl. Por su parte, a Klemet y a Nina les correspondía la ronda de los otros, «los políticos», como decía Brattsen con desprecio, el pastor, los representantes del Partido del Progreso y cualquier otro sospechoso potencial.

—Buenos días, Lars, venimos por el tambor —empezó Klemet.

—Ah, el tambor. Imagino que deben de acusarme de haberlo quemado.

El pastor respiró profundamente.

—Traer tambores aquí es una mala idea. ¿Y sabe por qué, señorita? No por el tambor en sí, sino a causa de todo lo que éste conlleva. El tambor son almas errantes, es el trance y son los patinazos que lo acompañan, y el medio utilizado para entrar en trance es el alcohol, señorita. El alcohol y las desgracias que provoca. No aceptaré eso jamás —refunfuñó el pastor.

Los dos policías guardaron silencio un instante. El pastor tenía los ojos brillantes y le temblaban las mandíbulas.

—Miren, hicieron falta décadas para sacar a los samis de esa espiral maléfica. Sólo la gracia de Dios y el rechazo de las viejas creencias los salvaron. Están bien, créanme, temen a Dios y así debe ser. Un tambor supone el retorno del mal. La anarquía, los estragos del alcohol, las familias destrozadas, el fin de cuanto hemos construido aquí a lo largo de ciento cincuenta años.

Nina sentía que era demasiado ignorante en este asunto como para

discutir con el pastor, pero vio que Klemet se removía en su silla.

—No conozco a muchos sami que hoy en día sean aún adeptos del chamanismo —replicó el policía.

El pastor lo fulminó con la mirada.

—¿Y qué vas a saber tú, hombre de poca fe? ¿Desde cuándo te interesas por esas cosas, por la salvación de las almas? Tu familia, sí, pero ¿tú? En tu juventud, frecuentabas más el taller y las fiestas que la iglesia.

—Pastor —lo interrumpió Nina—, lo que queremos saber es quién podría querer robar ese tambor.

—Y quemarlo, ¿verdad? Si yo lo tuviera, lo quemaría de inmediato, ¡se lo aseguro! —De repente se calmó—. Es una imagen, por descontado. Respeto la cultura de nuestros amigos samis... Mientras sólo sea cultura, ¿verdad?...

—Habla usted de ello de forma bastante despreciativa —lo cortó Nina.

—¿Despreciativa? No, no, no se equivoque. Pero sé qué se oculta detrás. Conozco el atractivo de las fuerzas maléficas, pues las combato. Nuestro antepasado Laestadius comprendió antes que nadie cómo salvar a los samis. ¡Y no hay que mostrar debilidad!

Volvía a acalorarse.

—Lars, ¿dónde estabas el domingo por la noche?

—¡Klemet, vigila lo que dices! ¿En serio me imaginas yendo a robar ese tambor?

A Nina le pareció que el pastor trataba a su colega con demasiada familiaridad. Y altanería. No le gustaba.

—Limítese a responder —le ordenó Nina en un tono que no pretendía ser amable—. Y no olvide que le está hablando a un agente de policía.

El pastor le dirigió una sonrisa melosa.

—Después de la misa del domingo, siempre paso el resto de la tarde en familia, con mi esposa y mis cuatro hijas. Vamos a dar un buen paseo y nos llevamos zumo de arándanos caliente y pasteles de avena; es el único día de la semana en que comemos pasteles. Mi esposa los hace por la mañana. Y por la noche cenamos temprano un poco de pan con mantequilla, una vez que he acabado de corregir los deberes de las niñas. Más o menos, eso es todo. Después de cenar, leemos la Biblia y nos acostamos temprano. Y así fue

también ese domingo; mi esposa y mis hijas se lo confirmarán.

—¿Le ha parecido que la presencia de ese tambor molestara a alguien? — prosiguió Nina.

—Eso creo. Algunos de mis feligreses me hablaron de él. Tal vez no vieron los mismos riesgos que yo, y no se lo puedo reprochar. Son gentes sencillas, como es debido. Porque a Dios le gusta la gente sencilla. Yo los tranquilicé, por supuesto. Como el pastor que está obligado a tranquilizar a sus feligreses. Pero no puedo imaginar a ninguno de ellos cometiendo un delito semejante. Mis feligreses temen a Dios y respetan la ley de los hombres; respondo por ellos —acabó en un tono desafiante.

En Kautokeino no había matones que corrieran por las calles. Bastaba con sacudir a la gente por las buenas. Eso cuando no se trataba de historias de renos, por supuesto, porque en tal caso no funcionaban las mismas reglas. Kautokeino estaba relativamente al margen de historias de drogas. Como en todas partes, había droga, pero los traficantes acostumbraban a ser camioneros de paso.

Rolf Brattsén sabía dónde se daban cita sus sospechosos favoritos cuando no estaban en la escuela o en el trabajo. O sin hacer nada, en el caso de los apuntados al paro. Se dedicaban al *hip-hop* sami o a tonterías semejantes. Lo mejor, se dijo, sería poder detener rápidamente a uno de ellos. Aunque no pasara a disposición judicial. Antes de esa conferencia de la ONU, causaría un inmejorable efecto en su carrera. A diferencia de la policía de los renos, Brattsén trabajaba vestido de civil. Pero eso no cambiaba nada. Se le reconocía de lejos. El inconveniente de los lugares donde uno ha pasado mucho tiempo, se dijo. Le vino a la cabeza la reflexión de Karl Olsen acerca del número de años transcurridos en la policía. ¿Y qué había ganado? En Kautokeino, siempre saldría perdiendo frente a los samis. El Estado tenía demasiada mala conciencia respecto a su población autóctona, supuestamente maltratada en el pasado. ¡Figúrate! Resultado, uno no podía permitirse pegar muy fuerte. A un figurante, a eso había quedado reducido Rolf, a mero figurante. Detuvo su coche detrás del teatro y se alegró al ver a tres jóvenes

de pie fumando y bebiendo cervezas. Ni se movieron cuando Rolf Brattsen se apeó de su vehículo.

Los conocía a los tres. Los había detenido por algunas menudencias. Era su manera de proceder. Había que hacer sentir a esa gente que los tenía vigilados y que al menor descuido les esperaban la comisaría y la celda de desintoxicación. Mantener la presión. Que no se imaginaran que todo les estaba permitido por el hecho de ser samis.

—Qué, ¿muy ocupados?

Los jóvenes siguieron fumando sus cigarrillos liados y se miraron sonrientes. En apariencia, no estaban inquietos, observó el inspector Brattsen.

—¿Habéis pasado un buen fin de semana?

—Sí —acabó por responder uno de ellos, que, a pesar del frío, llevaba zapatillas deportivas.

—¿De fiesta?

—Sí.

—¿En qué fiesta estuvisteis el domingo?

—¿El domingo?

El de las deportivas, que llevaba un anorak Canada Goose de plumas de oca, como muchos jóvenes de allí, parecía reflexionar.

—A una a la que, en todo caso, usted no estaba invitado —contestó con agallas, lo que provocó las risas de sus amigos.

Sus ojos expresaban otra cosa. Podía haber un montón de razones para ello, se dijo Brattsen.

—Mira qué anorak tan bonito —profirió el policía.

El joven no respondió y dio una calada a su cigarrillo.

—¿Puedo echarle un vistazo?

Brattsen examinó el anorak. Tiró de una punta que sobresalía de la manga. Sacó una pluma. La estudió atentamente. Observó con igual atención las de los otros dos jóvenes, que se miraban nerviosos.

—Parece que últimamente ha habido una bandada de ocas salvajes por aquí. Y, sin embargo, no es la época de las migraciones —concluyó Brattsen.

Los tres jóvenes le contemplaban sin comprender.

—Eh, tíos, ¿me tomáis por imbécil? Vuestros anoraks son falsos. Se

habrán caído de un camión, imagino.

Su comentario fue acogido con un silencio.

—¡No he oído nada!

—No se le puede esconder nada, inspector —dijo el de las zapatillas deportivas, que había acabado de fumar su cigarrillo y se había metido las manos en los bolsillos.

—Vaya, Erik, hoy pareces decidido a calentarme los cascos. ¿En qué fiesta estuvisteis el domingo?, ¿quién os vio allí?, ¿hasta qué hora os quedasteis?, ¿por dónde volvisteis?, ¿qué otras fiestas había? Quiero saberlo todo, ¡y ahora mismo! Si no, os meteré vuestras falsas plumas de oca por el culo de una en una.

Erik miró rápidamente a sus amigos.

—El domingo sólo había una fiesta, donde Arne, en el albergue de juventud.

—¿Cerca del Centro Juhl? Mira tú por dónde. Pues vais a venir a explicarme todo eso con tranquilidad y bien calentitos a la comisaría, chavales.

Cuando los dos policías regresaron al coche, una vez que abandonaron el templo, Nina se volvió hacia su colega.

—Klemet, me ha parecido que tenías un problema con ese pastor.

El policía la miró un buen rato antes de responder. Entonces, se llevó el índice a los labios.

—Chitón. Ahora no. Me vas a estropear el momento más mágico del año.

Ella lo contempló sin entenderlo. Klemet tomó el *Finnmark Dagblad* del día y le mostró la última página, la del tiempo. Nina comprendió de inmediato y sonrió. Miró su reloj. Faltaba menos de un cuarto de hora. Klemet conducía deprisa. Pasó de largo la comisaría, siguió hasta la salida de Kautokeino y tomó un sendero que serpenteaba por lo alto de la colina que dominaba el pueblo. Finalmente, se detuvo. Ya había aparcados coches y motonieves. Algunos habitantes del pueblo habían extendido pieles de reno y se habían instalado con termos y bocadillos. Unos niños corrían y gritaban; su

madre les mandó que callaran. La gente iba abrigada con parkas, mantas y gorros de piel. Algunos daban saltos para entrar en calor. Nadie apartaba la vista del horizonte. El magnífico resplandor se reflejaba cada vez más ardientemente sobre unas pocas nubes que reposaban, indolentes, a lo lejos. Nina estaba fascinada. Consultó su reloj. Las once y trece minutos. En ese instante se veía con nitidez un halo que, de un lado a otro, alteraba el punto del horizonte que cada uno observaba. Nina tuvo el reflejo de llevarse la mano al bolsillo de su mono, pero se contuvo y no le pidió a su colega que le hiciera una foto al ver lo emocionado que estaba. Le tomó discretamente una foto y se volvió para disfrutar del instante. Los niños se habían callado y el silencio era impresionante, a la altura del momento. Nina no conocía ese fenómeno en el sur de Noruega, y, sin embargo, sentía plenamente su poder carnal e incluso espiritual. Se apoyó como Klemet en el coche para regalarse, finalmente, el primer rayo de sol. Volvió la cabeza. Klemet estaba ensimismado, con los ojos entornados. Al sol le costaba elevarse. Permanecía cerca del horizonte. Klemet parecía observar ahora su sombra en la nieve como si descubriera una magnífica obra de arte. Luego los niños volvieron a jugar y los adultos a aplaudir o a saltar con los pies juntos. El sol había cumplido su palabra. Todo el mundo estaba más tranquilo. La espera, cuarenta días sin sombra, no había sido en vano.

Tras el amanecer —y el crepúsculo—, Klemet y Nina fueron a cenar al Villmarkssenter. El nombre del restaurante, el centro de las tierras salvajes, cuadraba con su emplazamiento.

Lejos de la costa, en el interior de Laponia, la población lapona de Kautokeino contaba cerca de dos mil almas. Desde los montes que rodeaban el pueblo, a uno y otro lado del río, la vista se extendía en la distancia a lo largo del vidda, pero no lo bastante, sin embargo, como para hacerse una idea de la extensión real de esa región del tamaño de un país como Líbano. Un millar más de habitantes, también en parte ganaderos de renos, poblaban el resto de esa inmensa zona y vivían en pequeñas aldeas aisladas.

Klemet y Nina eligieron el plato del día, reno fileteado en una salsa

marrón con confitura de arándanos rojos y puré, del que ella tomó una foto antes de empezar. Durante toda la comida, hizo gala de una insaciable curiosidad acerca de la gastronomía sami. Cuando se sintió satisfecha, Klemet le dijo lo que andaba pensando desde el primer bocado.

—Nina, no trates de salir en mi defensa en un interrogatorio. Delante del pastor, aún tiene un pase, pero nunca delante de un ganadero. ¿Lo has entendido?

—No, no lo entiendo. Si alguien le falta al respeto a un policía, también me falta a mí al respeto. No puedo hacer oídos sordos.

—No se trata de eso, Nina, pero los samis tienen una relación particular con la autoridad, ya lo descubrirás, quizá. Una relación un poco... chapada a la antigua. Donde los papeles tienen su importancia.

Klemet esperaba que Nina comprendiera entre líneas, pero ella lo miraba y aguardaba a que continuara. Decidió dejarlo allí. Mads, el dueño del restaurante, acudió para servirles café y se sentó a la mesa con ellos.

—¿Cómo van los negocios? —le preguntó Klemet.

—Flojillos. Un francés, algunos camioneros, una pareja de turistas daneses viejos. Lo habitual en esta época del año. Y vosotros, ¿cómo lo lleváis?

—Menos tranquilos que de costumbre en estos meses —le dijo Klemet con una sonrisa—. No te he presentado a Nina, mi nueva colega. Es del sur, de la región de Stavanger.

—Bienvenida, Nina. ¿Te gusta esto?

—Mucho, gracias. Para mí todo es nuevo.

—Y empiezas con un caso curioso, esa historia del tambor...

—Sí, pero en realidad no es de nuestra competencia —le aclaró ella—. Sólo echamos una mano. Precisamente, esta tarde vamos a hacer atestados de renos accidentados en Masi. Volvemos a la rutina de la policía de los renos.

—Y además, Mattis aún tiene renos que se pasean por todas partes. Tenemos que llamar a los vecinos para ver cómo están las cosas. Nina, iremos también a la oficina de los renos al volver de Masi para ver el último estado de su manada.

—En cualquier caso, ¡menuda historia con ese tambor! —insistió Mads

—. La gente sólo habla de eso.

—¿Y qué dice la gente?

—Oh, imagínate, rumores. Hablan de la mafia rusa, de viejos chamanes. Si quieres mi opinión, se trata de delirios. Me pregunto sobre todo qué tenía de particular ese tambor.

—También nos lo preguntamos nosotros —dijo Klemet, haciendo la señal de marcharse.

La breve aparición del sol ya no era más que un lejano recuerdo cuando la patrulla P9 regresó a última hora de la tarde a la comisaría. Nina había cumplimentado por primera vez un atestado de accidente de reno. Le había sorprendido ver el formulario específico, que incluía el dibujo de un reno en el que había que rodear con un círculo las partes del animal accidentadas. Llevaban, además, los pares de orejas cortados con la marca del propietario, que se sumarían a otros pares de orejas en el congelador de la policía de los renos. Constituían las pruebas, pero también la garantía de que el ganadero no podría reclamar dos veces el reembolso del mismo reno.

En la oficina de los renos, les pusieron al día acerca de la situación administrativa de la manada de Mattis. No era boyante. Estaban subiendo al coche cuando sonó el teléfono de Klemet. Éste atendió la llamada y colgó rápidamente. Su mirada traslucía una emoción que Nina no le había visto nunca.

—Nos vamos ahora mismo. Al gumpi de Mattis. Han encontrado su cadáver.

19.45 horas. Laponia central

Klemet y Nina detuvieron sus motonieves y dejaron los faros encendidos. Nina no quería alejarse del calor del motor. Estaba rendida. Habían recorrido el camino de vuelta en plena noche, lo que les había obligado a redoblar la atención. Miró a Klemet. Parecía insensible al frío y a la fatiga y avanzaba hacia el gumpi, que se encontraba rodeado de un halo de luz. Alrededor del refugio había esparcidos bidones, montones de madera y cuerdas. Nina rememoró el batiburrillo que había visto esa mañana.

—Vaya, ya ha llegado la policía montada —exclamó un hombre que salía del gumpi y al que Nina no identificó al principio; llevaba un mono y un gorro y su tono no expresaba simpatía alguna. Por fin, reconoció a Rolf Brattsén.

La escena estaba iluminada con la luz de los faros de las motos. La nieve en polvo se arremolinaba en los haces, y las sombras desfilaban. Parecía una escena irreal.

—¿Ya has guardado tus renos en el corral y estabas aburrido? —continuó Brattsén.

Nina no sabía por qué, pero aquel policía parecía no tener en gran estima a su colega.

—Es así con todo el mundo —le susurró Klemet, adelantándose a su pregunta, y miró en derredor.

Ya había olvidado la fría acogida.

—Dime, Gordo, ¿desde cuándo la policía de los renos juega a polis de verdad? Aquí no han matado a un reno. ¿Qué haces aquí?

—Órdenes del Sheriff —respondió Klemet—. Quizá sea un conflicto entre ganaderos.

—¡No me vengas con conflictos de ganaderos! ¡En todo caso, un conflicto entre borrachos!

—¿Te ha llamado Gordo? —sonrió Nina mirando a su compañero.

—Nina...

—¿Sí?

Klemet no parecía sonreír.

—Trabaja.

Nina seguía sonriendo, y eso fastidió a Klemet. Continuó ignorando al otro policía.

—Es un nombre mono.

—¡Nina!

—Es broma.

Klemet avanzó más allá del gumpi. Otros dos policías trabajaban más arriba, en la ladera de la colina que resguardaba el gumpi del viento del este. El camino había sido abierto en la nieve espesa con una moto que iluminaba la escena.

—Hola, Klemet —dijo un policía al verlo.

—Hola.

—Mira esto, seguro que nunca has visto algo así.

El cuerpo estaba tendido sobre una roca grande y lisa. Habían despejado parte de la nieve.

—Dios mío —masculló Klemet con una mueca—. Dios mío.

Detrás de él, Nina se había detenido. La fría brisa tenía en ella un efecto anestésico. Por fortuna. El ganadero estaba tendido boca arriba, con el cuerpo aparentemente amoratado, a no ser que ello fuera un efecto de los faros de la moto, que esculpían unas inquietantes sombras sobre la cara, aún con los ojos abiertos, según pudo ver cuando un policía sopló la película de nieve. Nina miró el rostro. Descubrió las horribles heridas, por completo inconcebibles en aquella región tan apacible y magnífica: al ganadero le habían cortado las dos

orejas. Tenía las heridas en carne viva, pero ya congelada. El agujero del conducto auditivo estaba medio cubierto de nieve.

—No las hemos encontrado —informó un policía, siguiendo la mirada de sus colegas—. El forense aún no ha llegado, pero puede estimarse que la muerte ha tenido lugar hace menos de seis horas. Le han apuñalado. Ya veréis dentro del gumpi que está todo patas arriba. Lo han registrado de arriba abajo.

Señaló la moto carbonizada.

—El humo nos alertó. O, mejor dicho, alertó a Johan Henrik, su vecino. Hemos tenido suerte de que lo viera. Él nos ha llamado. Al parecer, había tratado de hablar contigo.

—Es evidente que le han torturado —dijo Nina—. Menuda barbaridad.

—Debéis de ser de los últimos que le han visto vivo —dijo de repente Rolf Brattsen, que se les había acercado por la espalda—. A ver si podéis servir de algo. Intentad descubrir si falta alguna cosa que recordéis.

—Cuando hemos estado aquí, ya estaba todo muy desordenado —comentó Nina.

Brattsen escupió en la nieve y no respondió.

Nina contempló el cadáver. Se detuvo en el rostro, en los ojos abiertos de Mattis. Extrañamente, el ganadero presentaba la misma mueca que Nina le había observado hacer cuando se disponía a hablar. ¿Acaso cuando le apuñalaron iba a suplicarle algo a su asesino? ¿Qué estaba a punto de decirle? Tenía las manos retorcidas. El agujero dejado por las orejas cortadas empezaba a resultar menos desagradable.

—Suerte del frío y de la nieve —dijo Klemet—. Han impedido la efusión de sangre y de olor. Aún no ha venido ningún animal a por él. Por lo general, así se localizan los cadáveres de los renos, por las aves carroñeras que los sobrevuelan.

—No me había fijado que tenía esas ojeras.

—Quizá se deban a la tortura —aventuró el otro policía—. O al frío, no lo sé. El cuerpo a veces tiene unas reacciones curiosas.

La boca de Mattis estaba ligeramente entreabierta. Podía verse que le faltaban dientes. Pero desde hacía tiempo.

—Mattis ha muerto como vivía —dijo Klemet, mirándolo—. Como un pobre. La muerte ni siquiera ha querido cerrarle la boca. Habrá tenido hasta el final el aspecto de un pobre diablo desdentado.

Klemet también observaba los ojos de Mattis. Se fijó en las ojeras. Detenidamente. Se aproximó aún más y revisó las orejas.

—El corte es bastante limpio —dijo.

—Aún no lo hemos examinado debajo de la ropa —continuó el otro policía—, pero aparentemente sólo hay otra cuchillada. Fuerte, con seguridad, y bien asestada a la primera a pesar de las capas de ropa.

Klemet tocó con delicadeza el contorno de las orejas, endurecido por el hielo. Volvió a contemplar la cara y las ojeras de Mattis y se encaminó al gumpi.

—¡Qué se vean bien las huellas! —gritó Brattsén al policía que fotografiaba el cadáver y el escenario del crimen.

Luego avanzó hacia Klemet, en la entrada del gumpi.

—Eh, Gordo, no pierdas el tiempo por aquí, ¿vale?, esto no es para ti. Será mejor que te encargues de los renos de este borracho. Van a seguir cabreando a todo el mundo, y más aún ahora que nadie los vigila.

Se puso el casco y arrancó su vehículo nerviosamente, seguido de otro policía. De súbito, la noche pareció caer sobre la escena del crimen. Sólo quedaban las motos del equipo técnico y de la patrulla P9.

—¿Qué hacemos, Klemet? —preguntó Nina—. ¿Nos ocupamos de los renos?

—Brattsén no es mi jefe —gruñó Klemet—. Dependemos de Kiruna, y eventualmente del Sheriff, si me apetece. De él, seguro que no.

—Sí, pero respecto a los renos tiene razón.

—Nos encargaremos de ellos —dijo entrando en el gumpi—. Habrá que avisar a otras patrullas de la policía de los renos, no podemos hacerlo solos. Llamaremos en cuanto lleguemos al lago.

Klemet fue a sentarse en el lugar que había ocupado por la mañana. Aunque parecía difícil, el gumpi aún estaba más desordenado. Estaba bien iluminado por una lámpara de gas. Todo lo que había cubierto la litera superior se encontraba en el suelo o lo habían echado afuera. Lo mismo

sucedía con los sacos de dormir y las mantas de la cama en la que Klemet y Nina habían dejado que Mattis se durmiera. Incluso la estufa estaba volcada. O bien había tenido lugar una pelea, o se había llevado a cabo un minucioso registro. O ambas cosas. Habían quemado la motonieve, pero no el gumpi. ¿Por qué?

—¿Ves alguna cosa, Nina?

Nina había imitado a su compañero y se había instalado en el mismo lugar de la mañana para tener una visión idéntica.

—Aún más desorden.

Su mirada inspeccionaba el gumpi. Se puso en pie y dio tres pasos.

—Parece que no han tocado la estantería.

Algunos bidones y botes de conserva estaban por el suelo, pero los cuchillos, las correas de cuero y los trozos de madera seguían allí, ordenados. Por el contrario, era difícil decir si faltaba algo.

Klemet seguía su mirada.

—Un ganadero nunca robaría un cuchillo —le dijo—. Entre los samis, puedes robar un reno, pero nunca lo que hay en un trineo. No se tocan las cosas materiales que podrían salvarle a uno la vida en el vidda. Me lo enseñó mi tío Nils Ante. Los pastores jamás cruzan esa frontera invisible.

Todos los cuchillos sami, finamente tallados, estaban allí. Al verlos, vinieron a su mente las orejas cortadas de Mattis. Le era difícil creer que semejante barbaridad pudiera ocurrir en su país. Se puso unos guantes, cogió el primer cuchillo, lo desenvainó e hizo lo mismo con los otros tres. Estaban todos limpios. Volvió a sentarse en la banqueta.

—Quizá sea conveniente tomar las huellas, a pesar de todo. Oye, Klemet, me habían dicho que la policía de los renos se dedicaba sobre todo a labores de mediación y de prevención de los conflictos. Claro que hay conflictos, pero ¿hasta el extremo de matarse a tiros? ¿Y esa tortura, lo de las orejas?

—Sí, es extraño —admitió el policía—. En otras ocasiones algunos pastores se han liado a tiros, en especial si ha habido alcohol de por medio, pero nunca había habido un muerto, por lo menos no directamente. No que sepamos, en todo caso. Pero eso de las orejas...

—¿Por qué habrán hecho eso?

Klemet permaneció un instante en silencio.

—Robo.

—¿Qué quieres decir con eso de robo?

—Todos los renos tienen las orejas marcadas. Las dos orejas. Espero que eso te lo hayan explicado en tu curso de formación en Kiruna. Y se necesitan las marcas de las dos orejas para identificar al propietario. Los ladrones se las cortan a los renos para que no se pueda saber a quién pertenecen. Sin propietario, no hay denuncia.

—Y sin denuncia, no hay investigación —completó Nina.

—Sí, y si llega a haberla, se archiva el caso al cabo de poco —asintió su colega.

—¿Será una venganza? ¿Era Mattis un ladrón de renos?

Klemet hizo una mueca.

—¿Ladrón?... Sí, un poco, según como se mire. Mattis era, sobre todo, un pobre hombre. Basta ver el gumpi, la suciedad, el desorden. Y era alcohólico. ¿Una venganza? Pudiera ser. Ésta es una mala época para todo el mundo. Tenemos que interrogar a Johan Henrik. Ése tampoco es de los que se andan con chiquitas.

—¿Crees que puede haber hecho esto?

—Mattis tenía conflictos con todos sus vecinos. Vigilaba muy poco sus animales. Estaba solo. A veces lo ayudaba Aslak. Pero, de lo contrario, estaba solo. Y en el vidda, si uno está solo, poco puede hacer.

—¿Cuántos vecinos tiene?

Klemet abrió su mono y sacó un mapa militar de la zona. Lo desplegó sobre la mesa y señaló con el dedo el gumpi de Mattis.

—Mira —dijo recorriéndolo con el dedo—, ése es el bosque donde Johan Henrik tiene sus renos, y ése es el río que han cruzado los renos de Mattis. La zona de pasto de Mattis cubre esa parte. Y la de Johan Henrik va desde ahí, desde el río, hasta ese lago. Y Aslak, al otro lado de esa montaña. Y luego hay otro más, Ailo, que pertenece a la familia Finnman.

—¿El famoso clan Finnman? He oído hablar de él —comentó Nina—. Aparentemente, su reputación ha llegado hasta Kiruna.

Al enumerarlos, Klemet se dijo que en verdad el pobre Mattis no había

tenido suerte en la vida.

Tener sus pastos de invierno entre los de aquellos tres canallas no le debía de haber puesto las cosas fáciles.

## 8

Miércoles, 12 de enero

Salida del sol: 10.53 horas; puesta del sol: 12.02 horas

1 hora y 9 minutos de insolación

Laponia central

Fue preciso que acudieran otras cuatro patrullas de Karasjok y Alta en Noruega, de Enontekiö en el lado finlandés e, incluso, de Kiruna en Suecia. Klemet dirigía las operaciones. Nina era la única mujer. El débil resplandor en el horizonte les había permitido comenzar a trabajar en unas condiciones casi tolerables.

Entre los diez policías, lograron reunir los renos de Mattis. Necesitaron para ello todo el día. Por fortuna, la manada de Mattis no era muy importante y el relieve limitaba las posibilidades de que se dispersara. De acuerdo con los ganaderos vecinos, se dirigió a los renos en pequeños grupos hacia el cercado situado a unos diez kilómetros al sur del gumpi.

Comenzaron por lo más sencillo, con la identificación del reno jefe de la manada, reconocible por su edad y su cornamenta. Se encontraba en la orilla del lago, rodeado de la mayor parte de la manada. Por experiencia, Klemet sabía que la manada de Mattis era bastante asustadiza. No sería fácil acercarse a ella sin que huyera en desbandada. Por ello, indicó a los policías que avanzaran en círculo para contener a los renos. Los animales no osaron cruzar esa frontera invisible y empezaron a dar vueltas, como hacían de

costumbre. Klemet avanzó muy despacio, dejó su motonieve a unos metros de la ronda de los renos y continuó a pie, empuñando su lazo naranja. Los renos lo evitaban, pero proseguían su zarabanda pisoteando la nieve. A veces, el haz de alguna motonieve permitía a Klemet vislumbrar los ojazos asustados de los renos, pero éstos seguían sin hacer nada por romper el cerco. Al fin, preparó el lazo y se lo lanzó al jefe de la manada. A continuación, agarró de un asta a otro reno, que empezó a debatirse furiosamente. Entre tanto, los otros animales giraban alrededor de ellos, mientras los policías daban vueltas alrededor de los renos en dos círculos perfectos. El sol no tardaría en aparecer en el horizonte por segunda vez en ese año. Klemet se aproximó con lentitud al reno que forcejeaba. Bajó la cuerda al suelo, obligó al animal a inclinarse y logró inmovilizarle la cabeza el tiempo suficiente como para quitarle el lazo. El reno se incorporó de un brinco y se unió de nuevo al círculo. Klemet tuvo que iniciar la operación de nuevo dos veces hasta atrapar al reno jefe de la manada. Era más grande, pero menos vigoroso. Y sobre todo estaba más acostumbrado a que lo trataran de aquella manera. Klemet soltó una buena longitud de lazo y tiró de él hasta la motonieve. Se puso lentamente en marcha. El reno le seguía dócilmente y los otros fueron tras él de manera natural, con lo que formaron un triángulo alargado a su espalda. Los policías rodeaban al grupo y empujaban a los rezagados y a los rebeldes. La patrulla finlandesa, que había llegado con un remolque especial, tuvo que atrapar y cargar en él a dos jóvenes renos que no lograban seguir a la manada.

A unos kilómetros del cercado, cuatro policías se adelantaron para preparar la llegada de los renos. Retiraron varias vallas para abrir el cercado y, a un lado y otro de la abertura, extendieron, a lo largo de decenas de metros, unas barreras móviles hechas con cintas anchas de tela plastificada a la altura de un hombre que formaban un amplio embudo. A medida que se aproximaban al cercado, algunos de los renos de la cola se pusieron nerviosos. Los patrulleros tuvieron que acelerar con más brusquedad para contenerlos.

Detrás de las cintas, los cuatro policías permanecían inmóviles. Si los renos se percataban de su presencia y se atemorizaban, podrían dar media

vuelta a pesar de las motos y habría que empezar de nuevo. Sin embargo, no sospecharon nada, y los policías que iban a pie corrieron pesadamente sobre la nieve con la cinta detrás de los últimos renos para cerrar la trampa. Acto seguido, los hicieron pasar a otro cercado colindante.

El día transcurrió a ese ritmo. El resto de la manada estaba dividida en cinco grupos pequeños. En cada ocasión, había que reconocer primero el terreno, observar el comportamiento de la manada, identificar los ejes por los que las motonieves deberían avanzar para empujar a los renos delante de ellas, en la dirección deseada, y ver dónde había que bloquear determinados pasos para que los animales no tomaran una dirección equivocada. Se llevó a cabo una carrera contrarreloj debido a la falta de luz, pero los prismáticos de visión nocturna permitieron a los policías trabajar. A última hora de la tarde, toda la manada se hallaba ya en el cercado.

Los diez policías se habían reunido al pie de las vallas. Habían cortado leña y cavado un hoyo en la nieve para encender un fuego. Nina estaba agotada y sentía que el frío se apoderaba de ella. Fascinada, vio cómo el cielo se animaba. Una aurora boreal pareció tomar posesión del firmamento. Unas apariciones verdosas, verticales, discretas, siempre procedentes de la misma dirección, se movían lentamente. Todo el mundo estaba en silencio. La aurora, las auroras parecían no querer detenerse. Se sucedían, serpenteaban vacilantes y alargadas. La zarabanda se acrecentaba. El cielo parpadeaba, sacudido por pulsaciones. Una cabalgata, bajo un cono estriado. El cielo entero era presa de convulsiones luminosas. Pronto el café estuvo caliente. Los pensamientos de los policías enseguida volvieron a Mattis. A buen seguro que quedaban algunos renos desperdigados, sin contar los que a ciencia cierta se habrían mezclado con las manadas vecinas de Mattis. Ésos se identificarían cuando se hiciera el recuento en primavera.

—¿Qué pasará con los renos de Mattis? —preguntó Nina.

—Los hombres de la oficina de los renos vendrán mañana —dijo Klemet—. Ahora es asunto suyo. Darán de comer a los animales y decidirán qué suerte correrán.

Mattis no tenía familia. Seguramente enviarían a los renos al matadero. Triste ironía, pensó Klemet cuando recordó las pestes que Mattis había

soltado sobre los empleados de la oficina, poco antes de morir. Los animales reunidos parecían famélicos. La manada de Mattis tenía fama de ser una de las peor mantenidas de la región. Klemet se acordó del rostro desdentado del cadáver de Mattis. Su manada era su viva imagen. El policía permaneció en silencio, soplando mecánicamente sobre su café, que ya hacía tiempo que se había enfriado. En lo alto, el mosaico de pavesas incendiaba el reino de los muertos con toda la fuerza de los fuegos del cielo.

## 9

Jueves, 13 de enero

Salida del sol: 10.41 horas; puesta del sol: 12.15 horas

1 hora y 34 minutos de insolación

09.00 horas. Kautokeino

La noche había sido corta para Klemet Nango y Nina Nansen. El Sheriff presidía la reunión de las nueve de la mañana en la comisaría. Brattsen también estaba allí. Había dos termos sobre la mesa de reuniones de los que todo el mundo se servía café. El Sheriff no parecía de buen humor. De momento no decía nada, a la espera de que todos se hubieran servido, pero Klemet lo conocía lo suficiente para saber que debían de haberle tirado de las orejas desde Oslo.

El Sheriff se incorporó de golpe.

—Bueno, tenemos un problema muy gordo.

Insistió en lo de «gordo».

—Dos casos gordos en veinticuatro horas. Eso va a hacer saltar por los aires nuestra media anual. Un robo, y no se trata de un robo cualquiera, y un asesinato, lo que estaréis de acuerdo conmigo en que es algo bastante excepcional. En Oslo se empiezan a asustar con esa historia de la conferencia, y no me extrañaría que con lo de las orejas cortadas de Mattis veamos desembarcar a periodistas de Oslo, Estocolmo e incluso del extranjero. Sobre todo después de esas historias de abusos sexuales de hace dos años. ¿Qué

habéis averiguado?

Brattsen fue el primero en tomar la palabra.

—Por lo que respecta al asesinato, hemos empezado a interrogar a los vecinos. De momento, sólo hemos podido hablar con Ailo Finnman. Aún no sabemos la hora exacta de la muerte. Finnman dice que estaba en Kautokeino. Lo estamos comprobando. Pero también están todos los otros miembros del clan. Actualmente, son cinco. Dice que no tenía conflictos de pastos con Mattis, aunque añade que no hubieran tardado en surgir dada la manera como el haragán de Mattis se ocupaba de los animales. Ha sido él quien ha utilizado ese término —se creyó obligado a precisar con una breve sonrisa.

—¿Cuándo habrás acabado de interrogar a los demás miembros del clan Finnman?

—Espero que esta tarde. Hay dos pastores en la tundra. No nos será posible hablar con ellos antes.

—¿A quién más tenemos?

—Johan Henrik y Aslak —dijo Klemet, adelantándose a Brattsen, el cual lo miró con frialdad.

—Como dice el Gordo —añadió Brattsen, e hizo una pausa expresamente—, otros dos pastores. Aún no nos hemos puesto en contacto con ellos.

—¿Alguna pista?

—No hay rastros de motonieve. La nieve lo ha borrado todo. No es imposible que hallemos algo bajo la capa de nieve, ya que es bastante ligera. Buscamos huellas. Incendiaron la moto. Se han tomado algunas muestras. No se sabe si el incendio está relacionado con el asesinato. Quizá se quemó antes de la llegada del asesino. Lo ignoramos. Lo de las orejas hace pensar en un ajuste de cuentas entre pastores. Me parece evidente. ¿Qué opina de ello nuestro experto? —añadió, sarcástico.

Klemet asintió en silencio.

—Yo creo que es bastante improbable —dijo Klemet—. Sin embargo, últimamente Mattis parecía cada vez más deprimido. Cuando lo vimos antes de su muerte, estaba bastante desesperado. Nunca lo había visto beber así.

—Sí, bueno, pero nadie creerá la tesis del suicidio, así que ¿tenéis algo

más? —prosiguió el Sheriff.

—Revisaremos todos los casos de robo de renos de los dos últimos años —dijo Brattsen.

—No estoy muy seguro de que vaya a ser de mucha utilidad — interrumpió Klemet—. En la mayoría de casos, los ganaderos no los denuncian. Saben que no sirve de nada y además prefieren resolver los asuntos entre ellos, sin la policía.

—Sí, por eso algunos nos preguntamos para qué sirves tú, Gordo —le dijo Brattsen.

—De todas formas, revisa esos casos —decidió el Sheriff—. Por algún sitio hay que empezar. En resumidas cuentas: tenemos a un ganadero torturado hasta la muerte. ¿Por qué torturarlo? Bien por venganza, o bien para que confesara algo. Una venganza ¿por qué?, ¿por un robo? ¿O por otra cosa? ¿Qué tenía que confesar? ¿Que había robado? ¿Que había robado renos o bien otra cosa? ¿Quién es ese Mattis? Klemet, quiero que investigues todo eso. Necesito respuestas, rápido. Quiero también que encuentres a los otros dos ganaderos, sobre todo a ese Johan Henrik que tenía un conflicto con Mattis. Y, por otra parte, ¿qué hay de nuevo respecto al tambor?

—Ah, sí, el amuleto mágico de los lapones —se rió Brattsen.

Otro policía tomó la palabra.

—El tambor estaba en una caja. Es una donación de un coleccionista particular. Al parecer, un francés. Y de avanzada edad. Estamos intentando ponernos en contacto con él. Según el director del museo, nadie había tenido ni el tiempo ni la posibilidad de fotografiar el tambor. El museo quería someterlo a un tratamiento primero para protegerlo, y eso era lo que iban a hacer en los próximos días. Así que no hay fotos del tambor. Por lo menos, aquí no. Y no sabemos qué dibujos tenía.

—Dios mío, es increíble —se enojó Brattsen—. ¿Estamos en una época en que en Google se escanea hasta el papel de váter y ni siquiera tenemos una foto de esa mierda de instrumento, con lo útil que sería? ¿Ni siquiera para el seguro?

—Sí, es sorprendente —reconoció el Sheriff.

—Puedo tratar de hablar con el coleccionista —dijo Nina—. Estuve de *au*

*pair* en Francia, y eso me refrescará el francés.

—De acuerdo —dijo el comisario—. ¿Qué otras pistas tenemos?

—El domingo por la noche, unos jóvenes celebraron una fiesta en la que corrió el alcohol en casa de uno de los tíos que vive en el albergue que hay cerca del Centro Juhl. Acabaron muy tarde, pero seguramente antes de las cinco de la madrugada.

—Berit no nos ha hablado de esa fiesta —apuntó Nina.

—Tal vez no, pero hubo una fiesta —insistió Brattsén—. A priori, ninguno de los chavales dio el golpe; sus explicaciones concuerdan y, a la vista de lo que dispongo sobre ellos, todo hace creer que no mienten —añadió con una sonrisa, dándoselas de enterado—. Luego, puede pensarse también en una historia de tráfico, que otro coleccionista pudo encargarse del golpe, pues al fin y al cabo se trata de una pieza rara.

—Sí, la pasta, ¿por qué no? Nina, investiga eso con el francés. Quizás habría que averiguar si se han producido más robos de otros tambores.

—Quieres decir más robos aparte de los de los pastores suecos y noruegos a lo largo de tres siglos —no pudo evitar refunfuñar Klemet.

El Sheriff lo miró, sorprendido por su toque de humor. No era propio de él. No ese tipo de humor, en todo caso. Sonrió con franqueza, observando de reojo la mueca enojada de Brattsén. Prosiguió.

—Y aquí, ¿quién tiene interés en que ese tambor desaparezca?

—Es obvio que la presencia del tambor no parecía gustarle al pastor —afirmó Klemet—. Tenía miedo a que eso despertara viejos demonios, a que le dispersara la manada. Miedo a un despertar religioso o algo semejante.

—¿De verdad te imaginas al pastor dando el golpe? —dijo el comisario.

—A él o a cualquier otro.

—¿Y por qué no a Olaf? —espetó Brattsén—. Al fin y al cabo, ese robo le viene como anillo al dedo. Le permite agitar a todo el mundo y resucitar sus historias de los derechos pisoteados, el derecho a la tierra y tantos otros. Y, casualmente, justo antes de la conferencia de la ONU. Esos tipos sólo piensan en echarnos de aquí. Le he oído en la radio hace un rato, indignado. Decía que, de todas formas, ese tambor nunca debería haber estado en un museo, pues pertenecía al pueblo lapón. Es un chalado, un rojo. Manipula a

todo el mundo. Ya lo detuvieron por la historia del atentado con explosivos en una mina sueca.

—Sabes que nunca se probó y que lo soltaron al cabo de cuatro días —dijo Klemet—. Y sabes tan bien como yo que Olaf no representa más que a una pequeña minoría.

—Tal vez, pero ese tío no es trigo limpio. Y tú sabes, como yo, que trató con el IRA en la época de las manifestaciones contra el pantano de Alta. Y no me cuesta mucho imaginármelo dando ese golpe para provocar la agitación. Una de esas provocaciones que a los comunistas les gusta hacer de vez en cuando.

11.30 horas. Kautokeino

Klemet y Nina se detuvieron en el supermercado de Kautokeino para cargar provisiones antes de salir de nuevo a patrullar en motonieve. Habían decidido empezar por ir a ver a Johan Henrik. No sólo era el vecino más próximo, sino, a priori, uno de los últimos que había estado en contacto con Mattis. Luego hablarían con Aslak.

La compra constituía un momento importante en la vida de la policía de los renos. Cuando se partía para varios días de patrulla en la tundra, durante los que se acampaba en gumpis o, en el mejor de los casos, en cabañas y se soportaba mucho frío tras un montón de horas de agotadora conducción, la comida solía ser un gran momento. Rara vez era alta gastronomía, sino que consistía en alimentos que aguantaban en el cuerpo el tiempo suficiente en caso de que se vieran obligados a saltarse una comida debido a una ronda demasiado larga. A Klemet le gustaba ese momento. Así, la elección de una bolsa de patatas congeladas bastaba para que su mente se perdiera en ensoñaciones. Con unas chuletas —cogía otra bolsa de congelados— y salsa bearnesa —tendría que coger una bolsita—, prepararía una cena excelente aquella noche, después de haber conducido durante dos o tres horas la motonieve. No había que asar demasiado las chuletas y se les tenía que poner un poquito de ajo a las patatas. Había aprendido eso de un colega que pasaba

las vacaciones en Mallorca.

—Esta noche cocino yo —anunció Klemet.

No quería correr riesgo alguno.

—Muy amable de tu parte —respondió Nina—. Debo confesar que la cocina no es lo mío.

Sin embargo, al mirar cómo se apilaban los congelados, Nina se dijo que tampoco debía de ser el fuerte de su colega.

—Pero nos alternaremos, un día sí, un día no; es nuestra regla.

Entre tanto, siguieron escogiendo los productos, consultándose cada vez. Klemet hizo también acopio de pan polar un poco azucarado, de *mesost*, el queso blando caramelizado, y tubos de salsas aromatizadas a las gambas o a las huevas de pescado para los bocadillos. Eso también era importante. Empezaba a tener hambre. De repente, tuvo prisa por marcharse. Completó rápidamente la compra con café, azúcar, chocolate, frutos secos, ketchup, pasta y latas de cerveza *light*. Dudó si pasar por la tienda estatal a por una botella de coñac y desestimó la idea. Luego fueron a poner gasolina a las motos y a llenar los bidones de reserva. Mientras Nina se ocupaba del surtidor, Klemet llenó las garrafas de agua. Comprobó, a continuación, las correas que sostenían las cajas, los bidones y las garrafas sobre los remolques.

Tomaron la autopista y ascendieron con rapidez la colina tras salir del pueblo. La cresta estaba bañada por una fuerte luminosidad. Klemet casi había olvidado que había salido el sol. Resplandecía. Buena señal, se dijo.

El intenso reflejo sobre la nieve dificultaba enormemente la conducción, sobre todo a Nina, cuyas gafas de sol no tenían suficiente protección. Se fiaba de Klemet.

Llegaron cerca del gumpi de Johan Henrik a primera hora de la tarde. El sol había desaparecido, pero aún había mucha luz. A Johan Henrik lo habían avisado por teléfono de su llegada. En épocas de tensión, como en ese momento, a los ganaderos no les gustaban las sorpresas. Johan Henrik los recibió a la puerta de su gumpi. Sólo poner Klemet y Nina un pie en tierra, uno de los hijos del ganadero, cubierto únicamente con un gorro, se marchó en su motonieve. Les saludó con la cabeza, aceleró y se alejó como un

cohete, de pie sobre su vehículo, con una rodilla doblada sobre el ancho sillín.

Johan Henrik, con un cigarrillo en la comisura de los labios y barba de varios días, fue a buscar un capote de piel de reno que había colgado en el exterior del gumpi, se lo puso sin quitarse el cigarrillo de la boca y se aproximó a los policías. Todavía sin soltar el cigarrillo, los saludó. Tenía unos ojillos astutos, la boca torcida y la nariz fina. Unos mechones sucios salían de su gorro forrado echado hacia atrás. Presentaba el rostro de rasgos marcados de quien ha soportado mucho y la expresión de quien ha aguantado demasiado.

Klemet comprendió, al ver que Johan Henrik se ponía su capote, que éste no tenía intención de recibirlos en su gumpi y que, por lo tanto, deseaba que la conversación fuera lo más breve posible. Muy propio de él, se dijo. Era un cabezota. Aunque, a diferencia de otros ganaderos lapones, Johan Henrik siempre había sido respetuoso con la autoridad, nunca había hecho el menor esfuerzo para facilitarles su labor. Un rasgo común de los ganaderos, que preferían resolver los asuntos entre ellos.

—¿Adónde va tu hijo? —empezó Klemet.

—Los renos están inquietos. Ahora mismo, entre vosotros, la muerte de Mattis y los pastores que van a llevarles el pienso a los renos, hay demasiado movimiento. Eso los inquieta. No es bueno.

Daba caladas a su cigarrillo.

—Así, ¿quieres saber si he matado a Mattis?

—Pues sí.

Los dos hombres se observaban. El pastor, que miraba al policía con los ojos entrecerrados, se tomó su tiempo para volver a encender el cigarrillo.

—¿Sabes qué pienso? —prosiguió tras aspirar una calada—. El que incendió la moto lo hizo para dar la alarma. Para que los bichos no se comieran el cuerpo. Eso es lo que pienso. Y al decir esto, he respondido a la pregunta que no me has hecho. Aparte de esto, no sé nada.

—No sabes nada.

—Nada. ¿Más preguntas?

Klemet lo miró. No le gustaba su actitud. Soplaba una brisa ligera, pero

que bastaba para clavarse en la piel de la cara. Aun así, Klemet no tenía frío. Había aprendido desde hacía tiempo a no tener frío. Desde su juventud. El frío, como la noche, hace perder la razón, despierta miedos espantosos. Ya no podía permitirse tener frío. Se lo había jurado mucho tiempo atrás. Se trataba de una vieja historia en la que procuraba no pensar, pero de la que nunca lograba deshacerse por completo. Por su parte, Johan Henrik, inmóvil bajo su capote, seguía chuperrreteando su cigarrillo, dándole caladas muy seguidas para evitar que se le apagara, con los ojos entornados. Entre tanto, Nina se sentía excluida de aquel cara a cara silencioso. Klemet lo notaba, pero no podía hacer nada de momento por su joven colega. Podía palpase la tensión. Johan Henrik era un tipo duro, uno de esos ganaderos de la vieja generación que había conocido la época en que no existían las motonieves, ni *quads*, ni helicópteros. La época en la que los pastores cuidaban de sus manadas con esquís, hiciera el tiempo que hiciera, y pasaban horas para reunir a sus animales, cuando en la actualidad bastaban diez minutos en motonieve para llevar a cabo la misma tarea.

Pensando en Nina, Klemet decidió no prolongar ese enfrentamiento que a buen seguro sería estéril.

—¿Cuándo viste a Mattis por última vez?

—¿A Mattis? Me habría gustado verlo más a menudo. Porque sus renos estaban por aquí siempre, pero lo que es él...

Klemet permaneció en silencio, a la espera de que Johan Henrik respondiera a su pregunta. Nina seguía estoica. Esta chica tiene agallas, se dijo Klemet. El frío no parecía molestarla. Sus mejillas y su nariz respingona estaban coloradas, y tenía las pestañas ligeramente heladas, pero perseveraba en su posición. Johan Henrik sujetó su cigarrillo entre dos dedos, manteniéndolo dentro de la palma de la mano, escupió sobre la nieve y le dio una calada. Pero continuaba sin decir nada. Parecía contrariado, con la boca torcida.

—¿Están bien tus renos? —preguntó de pronto Klemet.

La boca del ganadero se torció aún más. Casi un tic.

—Claro que están bien. ¿A qué viene eso?

La boca torcida de nuevo.

—No tiene nada que ver. Sólo me lo preguntaba. Seguramente tendremos faena para separar los renos de Mattis. Debe de haber ejemplares por aquí y por allá, y seguro que también se habrán mezclado con tu manada. Y como sabes, hay una investigación en curso.

—¿Y eso qué tiene que ver con mis renos?

—Oh, no me interesan los tuyos, está claro. Pero tengo que averiguar cuántos renos de Mattis hay vivos y ver en qué estado se encuentran. Todo hace pensar que detrás de esto hay una historia de robo de renos, ¿no te parece?

—¿Y por eso iban a matar a un ganadero?

—A ti te dispararon, hace diez años.

—No fue lo mismo.

—Habría que verlo. En todo caso, hemos reunido la mayor parte de la manada de Mattis, pero tenemos que examinar las manadas vecinas.

Klemet dejó pasar un instante, mientras observaba la boca torcida de Johan Henrik, el labio del que le colgaba el cigarrillo apagado. Luego prosiguió, como si pronunciara una sentencia.

—Habrá que reunir tu manada y contar tus animales, Johan Henrik.

—¡Satanás! —exclamó el ganadero, por reflejo.

A continuación, escupió el cigarrillo sobre la nieve. La colilla negruzca aterrizó sobre la sombra del policía. Éste se desplazó ligeramente. Su sombra, ni tocarla. A veces Klemet se maldecía por ser tan supersticioso. No era serio en un policía. Pero quería su sombra intacta.

—Piensa en ello, volveremos más tarde.

Klemet había decidido cocer a fuego lento al ganadero.

—No he matado a Mattis, ¿qué más quieres saber?

Johan Henrik se agitaba bajo su capote. A los ganaderos les horrorizaba que se interesaran demasiado por el número de renos que tenían. Era como preguntar cuánto dinero guardaban en el banco. El ganadero estaba acorralado, y lo sabía.

—Por supuesto, habría otra manera de hacerlo —dijo el policía para asegurarse de que Henrik había comprendido bien el mensaje.

La boca del pastor se torció de nuevo en una mueca desconfiada. Tras

haber pasado más de medio siglo en la tundra, estaba acostumbrado a las malas faenas más de lo que el policía podía imaginar.

—La última vez que vi a Mattis, francamente me preocupó —continuó Klemet—. Necesito saber cómo estaba. Sé que tenías problemas con él, pero también sé que lo conocías bien.

Johan Henrik pareció sopesar la proposición. Ahora Mattis estaba muerto. Y no le apetecía nada que los policías contaran sus renos. Ya tenía suficiente con esos quisquillosos de la oficina que le daban la murga con sus absurdas cuotas y le enviaban cartas certificadas.

—Mattis no podía con su alma. Si no le hubieran cortado las orejas, habría pensado que se trataba de un suicidio.

Johan Henrik empezó a liarse otro cigarrillo tomándose su tiempo.

—Aslak —dijo. Humedeció el papel, mirando a Klemet inquisitivamente, como si espicara su reacción—. Aslak manejaba a Mattis a su antojo. No puedes ni imaginártelo. Mattis lo consideraba su Dios, pero, por todos los diablos, Aslak también lo aterrorizaba. Sí, lo aterrorizaba. Siempre me incomodaba cuando los veía juntos.

—¿Dices que lo aterrorizaba? ¿A qué te refieres? —preguntó Nina.

Para sorpresa suya, Johan Henrik la miró a los ojos. Observó luego de reojo a Klemet, mientras acababa de liar su cigarrillo, se volvió de nuevo hacia Nina y le respondió.

—Eres nueva —dijo el ganadero.

Era una constatación, no una pregunta.

—¿Conoces a Aslak?

—No —dijo Nina, de repente intrigada.

—Seguramente lo conocerás pronto.

Ya no había sombra de desconfianza en la mirada de Johan Henrik. Era evidente que la evocación de Aslak tenía cierto efecto sobre él, por duro que fuera.

—Aslak no es un tipo como los demás. Vive retirado del mundo, en la tundra, con sus renos y su mujer. Hoy en día ya nadie vive como ellos.

Klemet callaba, pero asentía con la cabeza. Notaba la mirada de Nina sobre él. Nunca le había hablado de Aslak, a quien sin embargo conocía

desde hacía mucho tiempo, y Nina pareció intuir alguna cosa. Estaba intrigada, pero no dejaba entrever nada ante el ganadero, cosa que Klemet apreciaba. Johan Henrik dio una calada a su cigarrillo y prosiguió.

—Aslak aterrorizaba a Mattis como asusta a todo el mundo en el vidda. Yo no le tengo miedo porque lo sé. Lo he visto. Aslak es medio hombre y medio animal. Un día lo vi caminar a cuatro patas entre su manada. Es el último en el vidda que aún castra a sus renos con los dientes. ¿Sabías eso, Klemet?

Se volvió de nuevo hacia Nina.

—No encontrarás un cazador de lobos mejor que él en toda la región. Lo vi un día con mis propios ojos. Siguió a un lobo que había matado a varios de sus renos. Lo había seguido durante horas por la nieve para agotarlo. Se había deshecho de su fusil para no cargar peso y sólo tenía un palo. Cuando lo alcanzó, el lobo se abalanzó sobre él. Yo estaba lejos, al otro lado del valle, pero pude verlo con los prismáticos. ¿Sabes cómo lo mató? Cuando el lobo se lanzó sobre él con la boca abierta, extendió el puño al frente y le hundió el puño y el brazo en sus fauces, y con la otra mano le partió el cráneo a bastonazos. ¿Te das cuenta? ¡El brazo hundido en el pescuezo!

—¿Y con Mattis? —preguntó Nina.

—Quizá lo comprendas cuando veas a Aslak. Impresiona a la gente sin necesidad de abrir la boca. Y Mattis era especialmente impresionable. ¿Sabías que el padre de Mattis era chamán? ¿Klemet no te lo ha contado? Un tipo de otra época. Extraño y discreto, pero respetado. Hace tiempo que murió. Mattis siempre ha vivido en ese mundo. Pero él no tenía ningún don, ningún talento. Nada. No se va muy lejos en la vida siendo hijo de chamán. Y no puede decirse que Mattis fuera respetado. Creo que por eso bebía tanto. Vamos, eso es lo que me parece.

Johan Henrik volvió a encender su cigarrillo. Ya no soplaba el viento. Hacía algo menos de frío. Klemet se sentía entumecido, pero con sus botas de piel de reno no notaba demasiado el frío. Nina, en cambio, calzaba las botas reglamentarias de la policía, que no eran tan eficaces. Pisoteaba el suelo sin moverse del sitio para entrar en calor. La conversación se estaba alargando más de lo previsto y Johan Henrik, a pesar de su locuacidad, no se había

decidido a invitarles a entrar al calor de su gumpi.

—En cierta medida, sin embargo, Aslak estaba a buenas con Mattis. En otros tiempos, Aslak había frecuentado a su padre, Anta. Eran allegados. Y además, cada uno a su manera, ambos son unos marginados: a Mattis le habían excluido los demás y Aslak se excluyó él mismo. A veces lo ayudaba con sus renos.

—Pero no últimamente.

—Cuando Mattis estaba en esos períodos en los que bebía mucho, se cerraba y no osaba ir a pedirle ayuda a Aslak. Se avergonzaba de presentarse en ese estado ante él.

—¿Tenían conflictos de vez en cuando?

—¿Cómo decirlo?... Mattis tenía conflictos con todo el mundo, pero las cosas funcionaban. En los últimos tiempos, Mattis no daba golpe. Sé que eso había enojado a Aslak y que éste se lo había dicho: me lo contó Mattis la semana pasada. Mattis tenía miedo. No creo que Aslak pudiera hacerle daño, pero estaba tan dominado por él que bastaba con que Aslak le dijera algo para que se imaginara algo horrible.

—Y en este caso, ¿por qué dices que hay que investigar a Aslak?

—Digo, digo..., lo que digo es que no lo sé todo.

—Y del tambor, ¿sabes algo? —preguntó Klemet.

—¿El tambor?

Johan Henrik dio una calada y escupió al suelo.

—Aquí no necesitamos ningún tambor. Esa época ya se acabó. ¿Quién quiere desenterrar esas historias, aparte de algunos lapones de tres al cuarto? ¿Crees que tengo tiempo para dedicar al tambor? Dime un solo pastor que tenga tiempo de ocuparse de esas tonterías.

—Olaf se lo toma muy a pecho.

—¿El Español? ¡Anda ya! No se puede ser pastor a media jornada, eso no existe. Me pregunto cómo se las apaña. Y qué va a hacer con su tambor, si lo llegan a encontrar, ¿eh? ¡Mira tú lo que Mattis ha sacado de ello!

—¿Qué quieres decir? —se sorprendió Nina.

—Mattis estaba obsesionado con los tambores. Con lo de su padre chamán y todas esas cosas. No estaba bien de la cabeza. Le obsesionaban

esos tambores, ¿sabes?, el poder de los tambores y el poder de los chamanes, esas cosas. En lugar de cuidarse de sus renos.

De repente sacó unos prismáticos de debajo del capote y escrutó el valle. Tiró el cigarrillo.

—Tengo que irme.

—Johan Henrik, ¿dónde estabas el lunes, durante el día?

El pastor dirigió una mirada torva a Klemet y se ajustó sus guantes de piel de reno.

—Estuve vigilando a los renos con mi hijo, durante todo el día, y con Mikkel y John, dos de los pastores de los Finnman, tratamos de alejar a la manada de Mattis, que se encontraba por todas partes. Te bastará como coartada, ¿verdad?

Escupió al suelo sin aguardar la respuesta, se subió a su moto y arrancó violentamente. En pocos segundos, ya no era más que un punto en el valle.

# 10

Jueves, 13 de enero

20.00 horas. Kautokeino

El cliente acodado en la barra no parecía advertir al hombrecillo que se agitaba a su lado desde hacía un buen rato. No era muy molesto. No hacía más que gesticular, sin mostrar la menor agresividad, aunque a veces adoptaba un aspecto exasperado. Sin embargo, de pronto se echaba a reír a carcajadas y se lanzaba sobre su cerveza para beber largos tragos y volvía a gesticular junto al cliente acodado en la barra. El pub de Kautokeino acogía aquella noche a la clientela habitual de una noche entre semana, es decir, a muy poca gente. El establecimiento se encontraba en la planta baja de una casa situada justo enfrente de un gran chalet construido recientemente por los disidentes fundamentalistas de la iglesia de Kautokeino. A algunos, esa promiscuidad les parecía extraña pero, al fin y al cabo, los ultrarreligiosos y los pecadores impenitentes a menudo se necesitan los unos a los otros. El pub disponía de una sala que albergaba una decena de mesas cuadradas y redondas, bastante dispares, cosa que no impedía que transmitieran cierta armonía. Lo mismo sucedía con las sillas, todas diferentes. El suelo estaba cubierto de linóleo rojo oscuro. En las paredes de gruesos troncos colgaba una curiosa mezcla de fotos enmarcadas de coches de los años cincuenta y sesenta, de Elvis y de otras glorias del rock, así como pinturas de motivos sami, de campamentos de ganaderos, manadas de renos o auroras boreales.

Sobre la barra había astas de renos de todos los tamaños y formas. En el techo, unas bombillas rojas arrojaban una luz tamizada reflejada por la nieve fundida que relucía sobre el linóleo. Dos mesas estaban ocupadas. En una de ellas, tres hombres embutidos en monos muy gastados apuraban cervezas en silencio. Uno lucía sobre el pecho un lazo naranja y llevaba la cabeza cubierta con un gorro echado hacia atrás, del que salía un mechón pegado por el sudor. Por su vestimenta y sus rostros fatigados, se trataba de ganaderos que debían de volver de hacer guardia no muy lejos del pueblo. En la otra mesa, una mujer vestía el colorido traje lapón tradicional y el tocado local. El hombre de la barra observó que ella no bebía cerveza, sólo café. Realmente parecía que se sentía fuera de lugar y miraba con frecuencia al hombrecillo gesticulante, como si lo vigilara. La joven camarera se dirigió a ella desde detrás de la barra.

—Berit, ¿quieres que te llene de nuevo la taza?

Berit meneó la cabeza e hizo un gesto de agradecimiento con la mano.

—Oye —prosiguió la camarera—, no quiero que tu hermano espante a los clientes. ¿No puedes contenerlo un poco?

El cliente dejó la copa sobre la barra.

—No me molesta —dijo.

—Ah, ¿entiende nuestra lengua? —se sorprendió la camarera—. ¿Y habla sueco? Por su acento, sin embargo, diría que no es sueco...

—No, soy francés, pero viví en Suecia hace años.

—Oh, francés...

La camarera le dedicó una hermosa sonrisa.

—¿Otra cerveza?

—Sí, gracias.

—Por aquí hay pocos extranjeros, y menos aún que hablen nuestra lengua.

—Es posible —dijo el hombre, que mientras se llevaba la copa a los labios, se tomó su tiempo para apreciar las rotundas formas de la camarera.

Ésta se dio cuenta y le sonrió.

—¿Está aquí de vacaciones? —le preguntó.

—¡Lena! —gritó de repente uno de los ganaderos—. ¡Tráenos unas

cervezas!

La camarera alzó un instante la vista al cielo y les llevó tres cervezas más a los ganaderos. El que la había llamado, el pastor del lazo, la miraba fijamente. Ella evitó su mirada, como si no se percatara de ello. La argucia no pasó inadvertida al francés. Pero a él no le importaba.

André Racagnal rondaba los sesenta años, pero sabía que aparentaba menos edad. Aún era corpulento. Tenía un rostro de rasgos marcados que testimoniaba una vida pasada al aire libre, y llevaba su cabello moreno peinado hacia atrás. Vestía como los aventureros en la tundra: pantalón de travesía con bolsillos en los muslos, chaqueta polar y fular alrededor del cuello. En la muñeca izquierda lucía una pulsera de plata con una inscripción en caracteres en negrilla y en la otra muñeca, un reloj con correa metálica.

Lena regresó detrás de la barra y recuperó su sonrisa para el francés.

—¿Así que de vacaciones? —repitió.

—No.

El francés bebía lentamente. Sacó un paquete de cigarrillos y le ofreció uno a Lena.

—Dentro no se puede fumar, pero le puedo mostrar un lugar donde sí está permitido —dijo mirando al hombre fijamente.

Él entornó los ojos como si evaluara a la camarera, hizo un mohín con la boca para asentir y un movimiento del brazo a guisa de invitación.

—¡Lena!

El grito procedía de detrás. Era imperioso.

Lena volvió a alzar la vista al cielo. Al francés le exasperaba ese tic, pero la chica tenía unas formas que consideraba irresistibles. No se volvió y siguió bebiendo su cerveza.

A sus espaldas, oyó a uno de los ganaderos alzar la voz. Una voz fatigada, o más bien pastosa. Al tipo no parecían gustarle las monerías que Lena dedicaba a aquel «extranjero que parecía dárselas de superior». Escuchó, a continuación, a la camarera murmurar algo.

—¿Y qué más da si habla sueco? ¡Dios mío, como si eso me importara!

El francés se incorporó despacio, bebió de nuevo y apoyó las manos a uno y otro lado de la barra, cerrando los puños, de manera que fueran muy

visibles, y se quedó inmóvil, dando la espalda a los ganaderos.

El hombrecillo que iba y venía de la barra a la mesa de Berit, y que había permanecido tranquilo un rato, volvió a agitarse. Se dirigió al francés haciendo muecas. Hablaba de manera entrecortada, rápida, incoherente.

—Venga, vamos, he dado una vuelta en coche; he regresado en coche. ¿Tienes coche? ¿Me llevas? El mío tiene cuatro ruedas, cuatro, y tengo cuatro dedos...

Al decir esto, le metió bajo la nariz la mano derecha, que, en efecto, sólo tenía cuatro dedos, y la desplazó por encima de la barra mientras imitaba el ruido de un coche y trazaba curvas entre los vasos. Se carcajeó, se palmeó los muslos, se volvió hacia Berit alzando los brazos al cielo, aplaudió, rió ruidosamente, le dio una palmada en la espalda al francés, que ni se inmutó, y bebió de nuevo. Berit se puso en pie con tranquilidad, le tomó de la mano y lo llevó de nuevo a la mesa. El hombre volvió a calmarse y conservó una gran sonrisa en los labios.

—Lena, tres cervezas y unos *snaps* —gruñó el ganadero del lazo, cuya voz vaciló.

La camarera sirvió el pedido y regresó junto al francés.

—Venga, le enseñaré dónde puede fumar.

Ella cogió su abrigo largo de cuello forrado y le precedió; al pasar entre las mesas, evitó la mirada torva del ganadero, que apuraba su *snaps* de un trago.

El francés la siguió, con la copa en la mano. Al fondo del bar, un pequeño pasillo daba, un poco más lejos y a la derecha, a una segunda sala. Estaba vacía, con la excepción de un billar que ocupaba el centro. En el pasillo, a la izquierda, había una puerta, que la camarera empujó. Daba a una pequeña estancia cubierta con un techo de madera muy somero. Las paredes estaban formadas por unos paneles que en verano se desmontaban. Hacía frío.

El francés ofreció un cigarrillo a la camarera y mantuvo un buen rato sus manos regordetas entre las de ella para encendérselo, al tiempo que le acariciaba suavemente un dedo; luego encendió su cigarrillo. Lena le sonreía mientras aspiraba el humo.

—Parece que tienes un admirador.

—Bah, es un viejo amigo.

—¿Un ganadero?

Ella se rió.

—Aquí todo el mundo lo es, o casi. O si no lo es, es de familia de ganaderos, cosa que viene a ser lo mismo. Ése es hijo de una de las grandes familias de aquí, los Finnman. Tienen miles de renos en el vidda.

—Lena, ¿naciste aquí?

—Sí. ¿Y usted es de París?

Era de Rouen, pero no quería decepcionarla.

—Sí, de París. ¿Has estado en París, Lena?

—¡Oh, no! ¡Pero algún día iré!

—¿Cuántos años tienes, Lena?

—Dieciocho, cumplidos hace unos meses. Empecé a trabajar en el pub la semana de mi cumpleaños. Antes no me dejaban. ¿Cómo se llama?

—André.

André Racagnal empezaba a tener frío y se preguntaba cómo cortar aquella conversación tan tonta. Quería follarse a esa chica, eso era todo. Miró sus labios finos. Eso le molestaba un poco, prefería los labios más carnosos, recuerdo de África, aunque, por lo demás, lo que había visto en el bar le gustaba. Para tener dieciocho años, Lena no parecía muy fresca, pero sabía que las chicas de allí se maquillaban mucho desde muy jóvenes, cosa que las envejecía. Estaba avanzando la mano hacia el rostro de la camarera cuando, de repente, la puerta se abrió de golpe. Era el hijo Finnman, con su gorro aún colocado sobre la cabeza de una manera extraña y los ojos cada vez más vidriosos. André se dijo que el tipo estaba borracho y que debía andarse con cuidado. Podría dominarlo fácilmente en ese estado, pero ellos eran tres. Y, a pesar de ser cortos de talla, sabía que los ganaderos eran muy musculosos. Finnman se plantó frente al francés, que le sacaba una cabeza, y alzó la mano sobre Lena, que gritó, pero Racagnal bloqueó su movimiento. El otro puño del ganadero salió dirigido hacia el francés, pero el grueso mono que llevaba le hizo aminorar la velocidad. Racagnal lo evitó sin dificultad y se contentó con empujar vigorosamente a Finnman, que cayó sobre los otros dos ganaderos, que entre tanto habían llegado. Lena empezó a insultar a Finnman,

aunque éste ya se estaba poniendo en pie y se abalanzaba de nuevo sobre el francés, con lo que Lena abandonó con rapidez la sala. Finnman cayó esta vez pesadamente sobre la nieve que en parte cubría el suelo. Se secó la nieve en polvo del rostro y se lanzó de nuevo hacia delante. Al francés no le fue difícil esquivarlo, pues era muy patoso, pero el sami lo atacaba una y otra vez. La justa a cámara lenta se prolongaba. A fuerza de evitar con demasiada facilidad los asaltos del cabezota de Finnman, Racagnal bajó un poco la guardia. Finnman lo aprovechó para alcanzar al francés en el mentón. Otro ganadero se sumó a la pelea y le propinó una patada en la tibia al francés, que se tambaleó de dolor. El tercer ganadero se le lanzó encima y cayó hacia atrás. La nieve amortiguó su caída. André Racagnal empezó a devolver los golpes. Todo tenía lugar al ralentí. El hombrecillo de la barra se recortaba contra el marco de la puerta y gesticulaba profiriendo gritos incoherentes. De pronto, recibió un empujón de un hombre cuya voz inundó la sala nevada.

—¡Mikkel, John, Ailo, basta ya!

Para sorpresa de André Racagnal, los tres ganaderos se incorporaron y se calmaron al instante.

—Esperadme en la barra.

Los tres hombres salieron sin decir palabra.

El inspector, que se presentó como Rolf Brattsen, parecía intrigado por la presencia de Racagnal.

—¿Todo en orden?

—Sí. Las gentes del lugar están un poco nerviosas.

—Usted no es de aquí. Los samis tienen la sangre más caliente que los escandinavos. Hacen muchos aspavientos, pero no son malos. Acompañeme a comisaría; está aquí al lado y le tomaremos declaración.

—Oh, no voy a presentar denuncia por esto.

—Tal vez, pero de todas formas voy a necesitar su declaración.

Racagnal no tenía intención de decirle lo que hacía allí, pero tampoco podía permitirse ponerse en contra a la policía. Aunque ese poli parecía testarudo, sabría deshacerse de él rápidamente. Al cruzar el bar, vio que los tres ganaderos esperaban de pie, sin decir nada.

—¿Estáis orgullosos? Id a casa a dormir la mona —les dijo simplemente

el policía, como si hablara a unos niños—. Luego pasaré a veros.

André Racagnal dirigió una mirada insistente a Lena al salir, y ésta le hizo un gesto discreto con la mano. Se arrepintió de ello de inmediato, puesto que se dio cuenta de que Brattsen lo había advertido. Salieron al frío, cruzaron la calle, pasaron junto al supermercado y entraron en la comisaría, que a esa hora estaba vacía. Brattsen hizo que el francés entrara en su despacho y se sentó detrás de su pantalla del ordenador.

—¿Quiénes eran esos tipos? —preguntó Racagnal.

—Ailo Finnman, el que llevaba el lazo, es hijo de una de las grandes familias locales. Ganadero. Debe de valer por lo menos unos dos mil renos. Los otros dos, Mikkel y John, son pastores que trabajan para él cuando hay faena. El resto del tiempo, trabajan para un agricultor de aquí o hacen otros trabajos. Se han pasado el día vigilando a los renos. Estos últimos tiempos ha habido problemas por aquí.

El francés no respondió, y eso pareció decepcionar al policía.

—Vamos, cuénteme rápidamente su historia, quién es usted, qué hace aquí y todo lo demás.

Racagnal se lo contó. Era geólogo, estaba empleado en una empresa francesa y venía a hacer una prospección. Se había instalado en Villmarkssenter, pese a que los nuevos hoteles eran más lujosos. Tenía intención de quedarse allí varias semanas.

—Es raro andar por aquí haciendo prospecciones en esta época —subrayó el policía—. En principio, quienes se encargan de realizarlas llegan en verano, cuando pueden ver las rocas. ¿Qué puede ver debajo de la nieve?

El policía era escéptico. Al geólogo le daba igual, pero quería tranquilizarlo.

—Trabajé mucho en esta región hace tiempo. Varios años atrás. Conozco esto bien. En invierno, cuando está helado, se puede acceder a zonas pantanosas inaccesibles en verano. Son esas zonas las que me interesan. Y el interior del vidda está seco, no hay tanta nieve; usted debe de saberlo. Se lo aseguro, un buen profesional puede llevar a cabo excelentes prospecciones incluso en invierno.

Racagnal podía ver a las claras que el policía no estaba convencido, pero

no iba a darle una lección. De todas formas, no entendería nada.

—¿Qué busca?

—Lo habitual —sonrió el geólogo, con una sonrisa lo bastante fría como para que el policía entendiera que eso era un terreno reservado—. Como todo el mundo, supongo. Sólo espero tener más olfato que mis colegas.

—¿Pero qué busca?

El poli empezaba a irritarlo. El francés se incorporó.

—Mire usted, la ley no me obliga a decirle qué busco. He presentado mi solicitud de permiso de exploración en el ayuntamiento y todo está en regla. Busco, sencillamente. Y si llego a encontrar algo, lo sabrá enseguida.

Racagnal esperaba haberle dado un rapapolvo, pero el policía se tomaba visiblemente mal que un extranjero le diera lecciones sobre las leyes noruegas.

—¿Dónde estuvo el martes? —le preguntó de pronto Brattsén mirándolo fijamente.

# 11

Jueves, 13 de enero

20.00 horas. Laponia central

Hacía rato que había desaparecido la más mínima claridad cuando Klemet y Nina llegaron al gumpi de la policía de los renos. Aquella cabaña era un poco más acogedora que los gumpis de los ganaderos. La policía disponía de otros gumpis repartidos por Laponia, y algunos eran verdaderos pequeños chalets de montaña. Ése era muy sobrio, constató Nina. Estaba constituido de dos estancias, una de las cuales se utilizaba como cocina. Observó que Klemet tomaba posesión de la misma con autoridad. Habían vaciado las motonieves de cajas y sacos y lo habían apilado todo en la entrada. Nina tenía poca experiencia en la brigada, pero la suficiente como para saber que la llegada a un refugio seguía un preciso ritual. Se empezaba por calentar el gumpi y preparar la comida.

Salió de nuevo a buscar la leña seca que se guardaba bajo un abrigo. Era una regla de allí. Al partir en misión a la tundra, había que llevarse la propia leña para estar seguros de que en el gumpi siempre hubiera provisiones. Era una cuestión de vida o muerte para uno mismo y para los demás, en caso de que una patrulla se viera obligada a detenerse con urgencia. Nina se había acostumbrado rápidamente a esas reglas indispensables en un entorno tan hostil. Aunque fuera originaria del sur marítimo, se había criado en un pueblo situado al fondo de un fiordo donde el aislamiento, a fin de cuentas, no era

muy diferente, se decía para sí. Para hacer leña pequeña, arrancó corteza de abedul. Las llamas se alzaron rápidamente. Llenó de nieve una gran cacerola y la colocó sobre la estufa.

En la parte de vivienda del gumpi, había dos literas, una frente a otra, separadas por una mesa larga. Nina recogió una de las camas superiores contra la pared y echó su mochila sobre la otra. Encendió dos velas sobre la mesa.

Ahora se sentía bien, y por primera vez desde que patrullaban juntos, le pareció que Klemet se mostraba más accesible. Su compañero era muy reservado, en absoluto hablador. Lo lamentaba, pues en Kiruna le habían dicho que era el miembro de la policía de los renos más experimentado. Era además el único sami entre todos los policías. Él se había quejado de ello, y ella podía comprenderlo, pues el conocimiento de la lengua era una baza importante entre aquellos pastores que, por lo general, utilizaban su lengua propia para todo cuanto tuviera que ver con los renos. Le observó trabajar en la cocina; parecía relajado. Decidió aprovecharlo.

—Klemet —dijo con prudencia—, ¿de dónde viene ese apodo de Gordo? Porque no tienes ningún problema de sobrepeso. Quiero decir, a tu edad.

Nina se mordió el labio, maldiciéndose por haber metido la pata. Lo gratificó con su sonrisa más calurosa para compensar su falta de tacto. Klemet dejó de remover el plato. Se volvió hacia Nina, que se esforzaba por mantener la sonrisa para mostrar que su pregunta no era maliciosa. Klemet removió de nuevo el plato y permaneció en silencio mirándola. Acabó aliviando su azoramiento.

—Tranquila, Nina... Me da igual. De joven, sin duda, merecía ese apodo. Hoy en día, sólo me molesta cuando lo utiliza un tipo como Brattsen, porque sé que lo hace para herirme.

Nina sonrió, pero prefirió cambiar de tema.

—¿Por qué Johan Henrik ha llamado a Olaf el Español? —preguntó después de sentarse.

Klemet se echó a reír.

—¿No te has dado cuenta?

—¿De qué? ¿De que es moreno y de ojos oscuros?

—No, no es eso. Todos los lapones son morenos y de ojos oscuros. ¿Nada más?

Nina no caía en ello.

—La gente le llama el Español por sus andares. Dicen que tiene el culo altivo, como los toreros que salen en la tele. Por eso le llaman el Español.

—¿El culo altivo?

Nina sonrió al recordar al manifestante, que le había dirigido una sonrisa tan seductora. Se sentía un poco perdida en aquel mundo tan alejado de sus puntos de referencia, donde toda la gente parecía conocerse desde hacía mucho tiempo. Al salir de la escuela de policía de Oslo, unos meses atrás, no había tenido elección. Era el destino de los becarios como ella. El Estado lo pagaba todo, pero había que aceptar sin rechistar el primer destino. Y los pueblos del norte polar no estaban muy solicitados, francamente. Así que había aterrizado allí. Nina nunca había puesto los pies en esa zona antes. Como tantos nórdicos del sur, lo ignoraba todo acerca de aquellas tierras despobladas y semidesérticas del norte.

—¿Y su condena?

—Olaf es sueco. En esta región, los pasaportes y las fronteras no tienen demasiada importancia, excepto en el caso de Rusia. La gente va de un lado a otro. Aquí todos tenemos mezcla de sangres. La mayoría de nosotros, en todo caso. También yo soy sueco, por mi madre. Olaf acostumbra a vivir en Kiruna, es diputado del Parlamento sami sueco, pero sus renos tienen pastos a uno y otro lado de la frontera, como los de muchos ganaderos; además, entre Kautokeino y Kiruna, hay un trozo que pertenece a Finlandia. Olaf fue sospechoso de haber volado unas instalaciones mineras, creo que en 1995. Estuvo detenido, pero nunca pudo probarse su implicación, y el encarcelamiento de un militante lapón provocó un gran escándalo en aquella época. Lo soltaron al cabo de una semana y, por supuesto, él lo aprovechó a su favor. Eso le ayudó a salir elegido. Desde entonces ha hecho pasar las de Caín a todo el mundo.

—¿Y esas historias del IRA?

—En la época de las manifestaciones contra el proyecto de embalse en Alta, a finales de los años setenta, corrían por aquí unos tipos del IRA. En un

barco inspeccionado en un pequeño puerto cercano a la frontera rusa se hallaron a bordo armas y explosivos. Detuvieron a dos tipos. Pero la historia fue silenciada. Más tarde se supo que los dos tipos eran miembros del IRA y que su contacto era Olaf. El IRA había ofrecido su ayuda para hacer estallar el embalse, ni más ni menos. Pero, como te he dicho, el caso fue silenciado y a Olaf lo dejaron en paz.

—¿Qué es esa historia del embalse?

—Oh, entonces yo era un joven policía. Se pretendía construir un embalse entre aquí y Alta para producir electricidad. Pero eso significaba que había que inundar un valle utilizado por los samis para sus renos. Hubo manifestaciones y los ecologistas se metieron. A ellos les daban igual los samis; eran de Oslo y querían proteger la naturaleza. Pero, bueno, al final toda esa gente se reunió tras las barricadas.

—¿Y tú?

—¿Yo? Ya te lo he dicho, era policía. Fue justo antes de marcharme a Estocolmo. Y hacía mi trabajo de policía.

—Pero, al fin y al cabo, era injusto, ¿verdad?

Klemet la miró. Por más que supiera que allí los funcionarios tenían derecho a expresar su opinión, siempre vacilaba. Sentía, sin embargo, que su colega era sincera.

—Te diré que entendía a los manifestantes. Era un atentado contra su manera de vivir y contra la naturaleza. Sí, habría podido estar al otro lado, pero era policía.

El calor comenzaba a desprenderse del gran horno de leña. Klemet había empezado a asar las patatas y la carne. Nina notaba sus mejillas coloradas sin verlas siquiera, pues parecían desprender un intenso calor tras haber estado expuestas al frío a lo largo de prácticamente todo el día. Recordaba las advertencias de Berit, pero no se sentía inquieta en presencia de su colega.

—¿Conoces bien a todos los ganaderos? —preguntó.

—Conozco a muchos de ellos, sí —dijo tras unos cuantos segundos—. Es normal, pues llevo diez años en la policía de los renos.

—No, me refiero si los conoces personalmente, si, por ejemplo, ya los conocías antes de ser policía.

Klemet removía los trozos de carne. Se tomaba su tiempo.

—A algunos.

Cuando las preguntas se volvían un poco más íntimas, había que arrancarle cada respuesta.

—¿A Aslak y a Mattis?

—Sí, un poco, no demasiado. Hacía tiempo que no nos veíamos. Sobre todo con Aslak.

—¿Fuisteis amigos?

—No, amigos no.

—¿Tú también has sido pastor de renos?

Él dejó unos instantes de remover.

—No. En mi familia no éramos ganaderos. Éramos pobres.

Nina reflexionó un instante.

—Mattis era ganadero y no me dio la impresión de que fuera rico.

—Pero en casa no éramos alcohólicos. Si Mattis hubiera tenido las ideas más claras, quizás habría dejado la ganadería de renos hace ya tiempo, como mi abuelo la abandonó en su momento al no poder dar de comer a su familia. Mattis era como todos esos lapones convencidos de que no son nada si no son ganaderos de renos.

Nina guardó silencio. Consideraba a Klemet injusto con los ganaderos. Se dijo que tal vez tuviera algo de celos.

—Vamos a comer. Y luego llamaremos a comisaría.

Nina comprendió que la conversación había acabado.

—En mi pueblo no había alcohólicos —dijo Nina—. En el fiordo, todo el mundo vigilaba a los otros. Mi madre era muy practicante, evangelista. Y en el pueblo los evangelistas eran muy numerosos. A veces, cuando llegaba un barco, había pescadores que bebían y eso siempre causaba problemas. Esas noches, mi madre no estaba nunca tranquila. Recuerdo que permanecía en vela, con sus amigas, hasta que los buques se marchaban de nuevo.

—El alcohol siempre causa problemas —dijo Klemet depositando los platos sobre la mesa.

Comieron en silencio.

Una vez recogida la cocina, Klemet desplegó un mapa sobre la mesa y

colocó encima las velas. Llamó a varios ganaderos y luego al Sheriff, para lo que puso en marcha el altavoz. Klemet le hizo un rápido resumen del encuentro con Johan Henrik. No podrían ver a Aslak hasta el día siguiente, como muy pronto.

—Ahora que lo pienso, ¿tenéis alguna idea de qué sucedió con la motonieve de Mattis? ¿Por qué la quemaron? Y en ese caso, ¿por qué no incendiaron el gumpi?

—¿Para borrar las huellas? —sugirió Nina.

—En ese caso también habrían quemado el gumpi —la interrumpió Klemet.

En comisaría habían hallado el número de teléfono del coleccionista francés. No hablaba bien inglés, así que Nina tendría que echar mano de lo que recordaba de francés.

—Que le llame cuanto antes —insistió el Sheriff—. No hemos avanzado nada y los de Oslo ya me están dando la tabarra. Y ya han empezado a llegar los primeros periodistas. Aquí la gente se está poniendo nerviosa. Brattsen ha hablado con los dos pastores de Finnman. Éstos han confirmado que pasaron el día con él en la tundra. Estuvieron juntos casi todo el rato por Govggecorru. Demasiado lejos para ir y volver del gumpi de Mattis a esa hora. No nos sirve de gran ayuda.

Nina oyó refunfuñar al Sheriff. Se lo imaginó comiendo el regaliz que siempre tenía en grandes cantidades sobre su mesa de despacho. Aún masticaba cuando retomó la palabra.

—Klemet, tienes que ver a Aslak mañana, lo más temprano posible. De los vecinos más próximos a Mattis, es el último que queda. Si no tiene coartada, habrá que detenerlo. Si no ha sido él, estaremos realmente con la mierda hasta el cuello.

—Detenerlo, detenerlo... Pídele eso a Brattsen, le hará mucha ilusión. Ya sabes que ése no es nuestro trabajo.

—Lo sé, pero si hay que hacerlo, lo harás, Klemet. ¿Qué has averiguado acerca de los casos de robo de los últimos dos años?

—Aún no hemos tenido tiempo de estudiarlos. De todas formas, habrá que buscar entre los casos de los últimos diez o veinte años. Los robos de

renos provocan unas venganzas terribles. Esta noche trabajaremos en ello con Nina. ¿Se sabe algo de los análisis de las pistas del gumpi?

El Sheriff mascaba de nuevo el regaliz.

—Hay decenas de huellas, por supuesto, entre las que se cuentan las tuyas y las de Nina. De momento se estima que la hora de la muerte fue hacia las dos del mediodía. Tenemos la certeza de que la motonieve carbonizada es la de Mattis. Han tratado de obtener huellas de motonieve bajo la nieve en polvo, hasta ahora sin éxito. Y, para tu información, Olaf y sus viejos lapones siguen en el cruce. Han instalado un campamento con dos gumpis y también han plantado tiendas. Pasarán allí la noche. Es un verdadero circo, pero el pastor se ha tranquilizado.

Klemet colgó el teléfono. A continuación, salió afuera a llenar el grupo electrógeno de diésel y lo puso en marcha. Desde el interior, apenas se oía nada. Nina había instalado su ordenador portátil y ajustado la conexión por satélite. El gumpi había dejado de ser una cocina y un comedor y se había convertido en una base de operaciones. Klemet puso su teléfono a cargar al lado del de Nina, sacó también su ordenador portátil y se conectó al servidor intranet de la policía. Introdujo su contraseña, tecleó unas palabras y, acto seguido, apareció una larga lista de casos de robo de renos. Nina, sentada a su lado, secundaba sus pasos y le miraba dubitativa.

—Doscientas treinta y cinco entradas en dos años. Es mucho, ¿no? ¿Tan gordo es el problema?

Klemet permaneció un instante en silencio, frotándose la barbilla, mientras observaba los encabezamientos de los primeros casos.

—Sin contar con los robos que nunca llegamos a conocer. En mi opinión, puedes multiplicarlos por cinco tranquilamente. Eso siempre ha sido un problema aquí. Al fin y al cabo, justo por eso se creó la policía de los renos después de la segunda guerra mundial. Los ganaderos estaban hartos de que los noruegos les robaran renos. Como sabes, la gente no tenía qué comer después de que los alemanes lo hubieran quemado todo en la región durante su retirada.

—¿Y en la actualidad?

—Sigue habiendo robos por parte de los noruegos, sobre todo hacia el

otoño, cuando los renos se han estado cebando de hierba durante todo el verano. En otoño, por septiembre, antes de la trashumancia hacia los pastos de invierno, cuando la carne es más tierna. Continúa habiendo noruegos de la costa capaces de cargarse a un reno junto a la carretera para llenar el congelador. Pero no estamos hablando de esos robos. Los noruegos no vienen a la tundra en pleno invierno. Son tierras de los samis.

—Es extraño; me cuesta ver a los samis como ladrones de renos. No me imaginaba que hubiera conflictos entre ellos. Pensaba que se echaban una mano unos a otros.

Klemet hizo una mueca. Nina continuó:

—Si te he entendido bien, hay centenares de sospechosos entre los ganaderos de renos, pues las venganzas pueden remontarse a décadas atrás...

—En teoría, sí. Y no sólo hay venganzas. Si dos manadas se mezclan, un pastor puede decidir matar a los renos extraños que encuentre en su manada. Así se ahorra matar a los suyos. Un reno se identifica por las marcas en las dos orejas. Si haces desaparecer las dos orejas, no hay identificación posible y, por lo tanto, no hay denuncia posible y tampoco investigación. A menudo sucede así, aunque a la gente no le guste hablar de ello. Y, además, no les parece que sea un gran drama coger unos cuantos renos de la manada vecina. En primavera, los ejemplares jóvenes que han perdido a su madre corren la misma suerte. Una cría sin marcas hallada en mitad del bosque pertenece al bosque, es decir, a quien lo encuentra. En muchos casos, los ganaderos no consideran eso como un robo o, en todo caso, no de la misma manera que nosotros.

—¿Estaba Mattis implicado en casos así?

—Mattis y todos los demás. Aunque hay varios grados. Hay quienes roban uno o dos renos, hay quienes roban una docena y luego están los que doblan su manada en unos años. Los Finnman, por ejemplo, tienen esa reputación. Algo que nunca se ha podido probar. Pero ésa es la reputación que tienen en la región. Empezaré por seleccionar unos cuantos casos, y tú podrías llamar a Francia ahora que aún no es muy tarde.

Nina había pasado nueve meses en Francia como *au pair*. Había sido el año anterior a su ingreso en la policía. De hecho, decidió entrar en la policía tras lo ocurrido en Francia. No había hablado de ello con nadie, con una única excepción: el comisario de policía con el que hizo el examen oral de ingreso en la escuela y que después la apoyó guardando el secreto. Aún albergaba un sentimiento de vergüenza acerca del incidente, pues tenía una idea muy clara de lo que estaba bien y lo que estaba mal, según lo que le quedaba de la rigurosa educación que había recibido su madre. Sabía que lo sucedido en Francia estaba mal, y, sin embargo, se había visto arrastrada por aquella pendiente sin poder resistirse. Contra su voluntad. Después de perder su propio control. El simple recuerdo de esa pérdida de control le era doloroso. Un sentimiento de asco hacia aquel hombre y hacia ella misma. ¿Por qué no había reunido las fuerzas para persuadir a aquel hombre? ¿Por qué no la escuchó?

Miró el número de teléfono. Un número parisino. Fue en París donde aquello ocurrió. Tras ajustarse los auriculares, marcó el número. Una voz masculina le respondió rápidamente. En cuanto abrió la boca, se sorprendió al constatar hasta qué punto su francés aún era fluido.

—Buenos días, me llamo Nina Nansen.

—Buenos días, señorita —le respondió una voz educada y distinguida. Y más bien joven.

—Le llamo con relación a un tambor sami que ha donado al museo de Kautokeino.

—Sé a qué tambor se refiere, pero me imagino que querrá hablar con mi padre, pues es él quien hizo la donación. Soy Paul, su hijo.

—Ah, sí, por favor.

—El problema es que mi padre no está en condiciones de ponerse al teléfono. Está en cama y le cuesta hablar. Se siente muy débil. ¿Puedo ayudarla en algo?

—Soy de la policía noruega y llamo porque alguien robó el tambor en la noche del domingo al lunes en Kautokeino, en el museo de Juhl.

—Ah, sí, lo sé, sus colegas han telefoneado hoy y me han dado a entender que llamaría alguien que hablara francés. Qué historia tan extraña. ¿Lo han encontrado?

—No, señor, por eso querría hacerle algunas preguntas a su padre.

—Si puedo ayudarla, lo haré con mucho gusto. De lo contrario, le transmitiré a él sus preguntas.

—La verdad es que el museo aún no había abierto la caja que contenía el tambor. Por ello, no tenemos ni idea de cómo es. Quisiéramos saber qué tenía de especial, a quién podría interesarle.

—¿Puedo volver a llamarla a este número dentro de unos minutos? Voy a preguntárselo a mi padre.

Tras colgar, Nina se volvió hacia la pantalla de Klemet. Su compañero revisaba las denuncias de robo. Según los archivos de la policía, el nombre de Mattis aparecía en tres casos a lo largo de los últimos dos años. Por curiosidad, Klemet hizo una búsqueda en todas las bases de datos en las que estaban digitalizados los casos desde 1995. Había doce incidencias. De las doce denuncias, nueve habían sido archivadas por falta de pruebas. Una proporción clásica en ese tipo de casos. Generalmente, asuntos menores. La mayoría se producía entre los vecinos más próximos, bien fueran los Finnman, cosa harto divertida cuando se conocía su sulfurada reputación, o bien Johan Henrik, un caso algo más serio. No había ninguna denuncia de Aslak. Sin conocerle aún, Nina no se sorprendió. Aquello parecía corresponderse con la imagen que empezaba a hacerse de aquel hombre acerca del cual circulaban tantos rumores.

Poco más tarde, el teléfono de Nina sonó. Paul, el hijo del coleccionista, había podido plantearle unas preguntas a su padre. Al parecer, un sami le entregó el tambor en mano antes de la segunda guerra mundial, cuando el anciano se hallaba en Laponia.

—Mi padre participó en aquella época en varias expediciones a

Groenlandia y Laponia con Paul-Émile Victor. Por ese motivo me llamo Paul. Mi padre le ha profesado toda su vida una admiración sin límites. Ahora se siente muy débil, pero, por lo que he entendido, prometió devolver el tambor a Laponia una vez que llegara el momento. No ha sido más preciso. Yo lo envié al museo. Según mi padre, había algún problema con ese tambor, mas, como le he dicho, mi padre está muy flojo. No he entendido qué tipo de problema. Tendré que volver a llamarla para contarle más. Por ahora, esto es cuanto sé.

—¿Podrá preguntarle quién era ese lapón y qué había en el tambor?

Tras estas palabras, Nina colgó el teléfono.

El nombre de aquel francés, Paul-Émile Victor, no le decía nada, pero además había que contar con ese viejo lapón y ese tambor problemático.

—¿Paul-Émile Victor? No, no me dice nada —dijo Klemet cuando le resumió la conversación.

Acto seguido, envió un mensaje por radio a Aslak para avisarle de su visita a la mañana siguiente. Aslak no tenía teléfono, ni fijo ni móvil. Solo disponía de una vieja radio de un *stock* de la OTAN. Klemet no sabía si el ganadero estaba a la escucha, y partía del principio de que no le respondería. Esto era para él una razón más para darse ánimos. No le gustaba tener que vérselas con Aslak. Se puso en pie para echar leña a la estufa. El gumpi estaba ahora bien caldeado. Por la ventanilla, sólo podía verse una oscuridad compacta. Observó una vaga aurora boreal a la izquierda, verdosa, pero nada excepcional. Al día siguiente haría buen tiempo. Pensó en su tío Nils Ante. No sabía por qué, pero todas esas manifestaciones de la naturaleza siempre le recordaban a él. Su tío, que tan bien sabía describir esos fenómenos con palabras sencillas y maravillosas, mientras que él se sentía como un palurdo ante la naturaleza. Y, pensándolo bien, no sólo se sentía torpe en presencia de la naturaleza. Apartó la aurora de sus reflexiones.

Nina preparó unos cafés instantáneos. Su larga cola de caballo flotaba sobre su grueso jersey, y su fresco rostro parecía concentrado en la labor. El jersey moldeaba groseramente sus senos. A Klemet le recordaba a aquellas chicarronas sanas y sencillas que le gustaban de joven, pero que eran inaccesibles. Nunca eran para él. Se sentía demasiado diferente, demasiado...

patoso. Siempre acababa volviendo a lo mismo. Allí, en aquel gumpi, lejos de todo...

—¿Todo bien, Nina?

Ella se volvió hacia él y le dirigió una sonrisa resplandeciente.

—Sí, gracias. ¿Tres terrones de azúcar, como de costumbre?

—Sí, tres. ¿Te gusta esto?

—Mucho.

Acto seguido, sirvió el café en las tazas de plástico de colores.

—No sé por qué hay tan pocos candidatos para el norte en la escuela de policía. A mí me gusta.

—Mejor. Para nosotros es bueno contar con gente del sur. Sobre todo con mujeres. Aquí hay pocas.

Ella volvió a sonreírle, pero no dijo nada. Klemet se sintió idiota, lo que casi le puso de mal humor, pues le recordó cuando tenía veinte años. Nunca se le ocurría lo que tenía que decir o se le ocurría demasiado tarde, cuando otro ya se había llevado el botín. Se puso en pie.

—Sí, no hay muchas chicas guapas como tú por aquí. ¿Tienes intención de quedarte?

Se aproximó para coger su taza.

Nina no pareció reaccionar ante los esfuerzos de su compañero. Es humillante, se dijo Klemet. Ella siguió sonriéndole, mientras removía la leche en polvo de su café.

—Aquí estoy bien. Lo que descubro de los samis y de los noruegos me interesa. No tendría problema alguno en quedarme unos años. Hablaré de ello con mi novio —respondió con la misma sonrisa.

Dios mío, se dijo Klemet, qué gilipollas llegó a ser. Lamentaba haber iniciado esa conversación, aunque Nina no aparentó darse cuenta de ello, cosa que aún era más humillante. Se acordó de un amigo que sabía atraer a las chicas con una mirada en el momento oportuno. Él no había sabido hacerlo nunca. El teléfono lo salvó. Era el de Nina.

## 12

22.00 horas. Kautokeino

André Racagnal salió de la comisaría al cabo de una hora. Aquel tozudo policía era coriáceo. Hacía gala de ello. Coriáceo y tozudo. Racagnal sintió un escalofrío al oír que el policía le preguntaba qué había hecho el martes. Pensó a toda velocidad y revisó la película del día. No, no era eso lo que interesaba al policía. Brattsén había sido incluso lo bastante indulgente como para aclarárselo de inmediato al evocar el asesinato del ganadero de renos. Racagnal se quedó entonces de piedra, pero sintió un alivio inmenso. El policía no sospechaba nada. Luego pudo responder con mayor distanciamiento y retomó el tono cínico que adoptaba ante todo el mundo. Sin embargo, el policía insistió. No le bastó con que tuviera una coartada a prueba de bombas para aquel famoso martes. Aún le hizo un montón de preguntas sobre su trabajo en las prospecciones.

Su ausencia de Kautokeino el martes, el día en que se había cometido el asesinato del ganadero sami, tenía una explicación muy simple. Se había visto obligado a ir y volver a Alta, a una hora y media de allí, en la costa situada más al norte, y su coche se había quedado bloqueado en el taller porque el encargado lo había cerrado para ir a una manifestación del Partido del Progreso. La primera manifestación que se celebraba allí desde hacía un cuarto de siglo, ¡y tenía que pillarle a él! Una manifestación «a la que no se puede faltar», había afirmado el encargado, que se había llevado con él a sus dos mecánicos. ¡Vaya un gilipollas el encargado! Y se lo había explicado

todo: que esa manifestación era una reacción de los noruegos, que estaban hartos de los lapones que daban el coñazo con su maldito tambor, que ese tambor robado en Kautokeino los ponía a cien, que pretendían tener derechos, pero que ellos, los noruegos, tenían igualmente derechos, ¿no era cierto?, y que si se les daban derechos a los lapones, pronto habría que dárselos también a los somalís. «Dígame la verdad, ¿eh? A que eso no es posible, ¿eh?»

Menudo garrulo, pensó Racagnal. No le importaban los lapones ni los noruegos ni los somalís ni su tambor. No le importaba nadie. Quería su todoterreno. Pero lo peor era que el encargado parecía estar seguro de que a un francés le gustaría ver que los noruegos también podían manifestarse. Garrulo. Racagnal fue a comprar material y dijo que regresaría a recogerlo más tarde, y se pasó el resto del día en los pubs de Alta. Sin embargo, la ronda acabó pronto. Comenzó en el bar del hotel Nordlys; luego se dejó caer, aconsejado por el taxista, en el pub Han Steike, en el centro. El bar se volvió interesante, sobre todo a media tarde, cuando se llenó de colegialas que salían de la escuela. Las jóvenes noruegas se reían mucho. Racagnal no podía dejar de mirarlas de los pies a la cabeza. Tenía que andarse con cuidado. Una de ellas, con el cabello corto y un flequillo que le llegaba a los ojos, atrajo su atención más que las otras. No era más guapa, pero no pudo evitar pensar que aquélla, con su flequillo a ras de los ojos, lo que la obligaba a alzar el mentón para poder ver, tenía pinta de guarra. Sí, de guarrilla. Por lo general, le atraían las chiquillas de cabello rizado. Aunque esa rubita del flequillo lo había excitado. Racagnal echó un vistazo en derredor. Había una decena de clientes sentados a las mesas, la mayoría tomando un café, más tres obreros vestidos con mono fluorescente que debían de haber acabado su jornada con una cerveza en la barra. El grupo de colegialas se reía a gusto. La del flequillo sacó un cuaderno. Varias de ellas hacían los deberes en el bar. Allí era demasiado peligroso, se dijo el francés. Racagnal se concentró en su copa y en su misión. De nada sirvió. El rostro infantil se impuso, a su pesar. Una guarrilla de piel suave. Racagnal cerró los ojos. Para calmarse, recordó su última estancia en el Congo. El Congo... Las chavalitas del Kivu. No había más que agacharse. Ni siquiera había que agacharse, te las traían. Allí sería

más complicado.

De eso ya hacía dos días. La policía le dejó en paz y él pudo consagrarse a los preparativos de su misión. Se había instalado en Villmarkssenter, que durante mucho tiempo fue el único hotel de Kautokeino. Era un lugar sencillo, con un dueño de buena voluntad cuya esposa, danesa, hablaba a voz en grito, fumaba y bebía, pero únicamente en la terraza para no molestar a los clientes. Ya había estado allí hacía mucho tiempo. En los últimos años, habían aparecido tres nuevos hoteles tras la construcción de un pequeño aeródromo. El brusco desarrollo del pueblo era una consecuencia del creciente interés de las compañías mineras por la región. En principio, alrededor de Kautokeino, en el interior del Finnmark, la prospección minera sólo estaba autorizada en verano, en la época en que los renos se hallaban a varios centenares de kilómetros al norte, dispersos por los pastos localizados a lo largo de la costa. En invierno, después de la trashumancia de otoño, los renos se concentraban de nuevo en la región situada entre Kautokeino y Karasjok, donde se alimentaban de líquen. Los samis no permitían ninguna actividad que pudiera perturbar a sus animales o que pudiera hacer que éstos huyeran a las tierras de sus vecinos. Se daban raras excepciones cuando se trataba de actividades limitadas y no intrusivas. Por ello, André Racagnal había cumplimentado una solicitud en la que explicaba que iba a hacer el reconocimiento a pie en la mayoría de los casos y, como algo extraordinario, en motonieve en un perímetro delimitado, respetando una pista balizada. Había sido más sencillo en Kivu, pero Racagnal sabía que si quería trabajar allí tenía que respetar esas reglas. Mientras dichas reglas no lo frenaran de manera desmesurada, en todo caso.

Klemet Nango aprovechó la llamada telefónica para volver a su sitio. Se sentó frente al ordenador y prosiguió la lectura de los informes de los robos de renos. Sin embargo, la visión de los labios de Nina delante del teléfono, y de su jersey bellamente deformado reavivó su ensoñación. Veinticinco años más tarde, sentía la misma amargura. Cuántas ocasiones perdidas... Y, no obstante, en su juventud, Klemet había frecuentado las mismas fiestas que sus

congéneres, organizadas en los mismos graneros o en los mismos claros del bosque. Cuántas veces aguardó a la salida de los graneros, al final de las pistas forestales, apoyado con chulería en su Volvo P1800 rojo descapotable. Había instalado un magnetófono sobre el salpicadero y escuchaba *Pretty Woman*. Pero la chica nunca accedía a sus deseos. Fue en esa época cuando lo apodaron el Gordo. Y, sin embargo, hacía cuanto estaba en su mano. El cristal de su Volvo no se bajaba completamente y eso comportaba que su codo siempre estuviera en una posición imposible cuando trataba de parecer relajado. Soñaba con ser mecánico. Adoraba los coches y la mecánica. El ronroneo del motor era una maravilla, casi tan bello como los yoiks del tío Nils Ante. Para la fiesta de San Juan, cuando se plantaban los mástiles, figoneaba con el codo elevado al volante de su P1800. Pero las chicas como Nina nunca eran para él. Klemet no bebía, miraba cómo los demás se divertían, apoyado en el capó de su Volvo. No se lamentaba, pues las muchachas estaban contentas al encontrárselo al final de la noche, cuando sus caballeros estaban borrachos como cubas. El Gordo era entonces el amigo fiel con el que se podía contar, el único que permanecía sobrio. A veces pillaba un beso, jamás algo definitivo o atrevido, pero las chicas le dejaban hacer de buena gana, a sabiendas de que no iría más allá o que, por lo menos, si le decían alto, sabría detenerse. La verdad era que infundía seguridad. Y a pesar de que a menudo se sentía frustrado, estimaba que tenía lo que quería. Durante varios días, esos besos fugaces bastaban para inflamar su mente.

No obstante, desde que era policía había adquirido seguridad frente a las mujeres o, como mínimo, consideraba que su comportamiento mostraba seguridad. A otro le parecería, sin duda, que su actitud a menudo tosca ocultaba su torpeza.

Klemet recordaba como si fuera ayer el día que regresó a Kautokeino, tras años de ausencia, vestido con el uniforme de policía y no sólo tan corpulento como siempre, sino además muy en forma. Lo miraron de otra manera. Eso le produjo una gran satisfacción. De las mujeres de la región pudo obtener más que besos en la comisura de los labios, sobre todo cuando partía en misión de varios días y visitaba las granjas. Desde entonces nadie se había atrevido a llamarle Gordo. Nadie, hasta la llegada de Brattsén, a quien un alma

caritativa había puesto al corriente de ese apodo de antaño. Nadie más aparte de Brattsen se atrevía a utilizarlo, pero a veces sorprendía ciertas miradas cuando él lo provocaba, y eso lo hería. Klemet salió de su ensimismamiento cuando Nina colgó tras hablar un rato en francés.

—Era Paul. El lapón que su padre conoció trabajaba como guía para la expedición francesa. Paul vio el tambor muchas veces en el despacho de su padre; recuerda que tenía una cruz en el centro y que una línea lo dividía en dos. No se acuerda de los símbolos que presentaba, aparte de los renos.

—En resumidas cuentas, nada del otro mundo —refunfuñó Klemet—. La mayoría de los tambores samis tienen una cruz en el centro. Por lo general, simboliza el sol. Y la línea que lo divide en dos también es muy común. Separa el mundo de los vivos del mundo de los muertos. Vamos, eso creo. Es lo que decía el tío Nils Ante, si recuerdo bien. Lo mismo respecto a los renos; eso no nos permitirá avanzar mucho.

Klemet se rascó la cabeza. Ese tipo de caso era excepcional para la policía de los renos. Un robo de tambor, un asesinato. Casi sin pistas, aparte de las tensas relaciones entre los ganaderos. Pero así era siempre. ¿A quién beneficiaba la muerte de Mattis? No lo veía claro. La oficina de gestión mataría a sus renos, que, de todas formas, no se hallaban en buenas condiciones. ¿Quién se quedaría con su zona? ¿Podía ser eso una pista? Tendría que verlo con la oficina. Pero Klemet creía que no. El reparto de tierras también estaba muy controlado y respondía a una estricta lógica administrativa.

—Paul me ha dicho que su padre guardaba en un baúl viejos documentos de esa expedición.

Klemet seguía reflexionando. De repente cogió el teléfono y llamó al Sheriff. Tor Jensen descolgó de inmediato. Era tarde.

—Tor, hay que enviar a Nina a Francia para que investigue lo del tambor o de lo contrario no avanzaremos.

Nina miró a su compañero con los ojos muy abiertos por la sorpresa. Klemet ni siquiera se había tomado la molestia de pedirle su opinión. No podía oír lo que decía el Sheriff, pero a buen seguro que no sería una decisión fácil para una comisaría pequeña como la suya.

Cuando Klemet colgó, ella no tuvo tiempo ni de protestar.

—El Sheriff está de acuerdo. Al parecer, los de Oslo le están dando tanto la lata que cree que no tendrá problemas para reclamar medios suplementarios. Me parece una buena idea, ¿verdad?

—¡Habrías podido preguntármelo!

—¿Por qué?, ¿acaso tienes una idea mejor? Tienes que ir a echar un vistazo a esos papeles. De momento no tenemos ningún indicio en esta historia. Y la excitación va creciendo. El Sheriff me ha dicho que hay una manifestación del Partido del Progreso en Alta. Una manifestación contra otra manifestación.

—¡No me trates como a una niña!

Estaba furiosa. Klemet callaba, meditabundo. «Esto es por todas las noches que de joven te esperé a la salida de los bailes mientras tú besabas a todos los demás», pensó él de forma extraña. El hecho de que Nina apenas hubiera nacido en esa época ni se le pasó por la cabeza.

—Si tienes una idea mejor, dila.

Él había adoptado un aire enfurruñado.

—No estoy hablando de tu idea. Pero no me dirás que no es extraño la manera como me vuelvo invisible con tus amigos ganaderos o contigo.

—Los ganaderos no son amigos míos.

—¿Ah, no? En todo caso, parecéis entenderos muy bien. En el próximo interrogatorio, preguntales simplemente si quieren que les prepare un café. Hay un curso especial para las alumnas investigadoras en la escuela de policía de Oslo, ¿no lo sabías? Se llama «cómo ayudar a tu compañero macho a resolver los casos demasiado difíciles para ti». Se aprende a preparar un café, a sonreír, a dar ánimos. A hacerse la tonta en los interrogatorios para que brillen las preguntas del colega... ¿Ves?

Klemet seguía molesto. Sentía que quería responder, pero ignoraba qué decir. Y lo que más le indignaba era que se le ocurriría cuando ya fuera demasiado tarde y no tuviera sentido contestar. Esa muchacha le fastidiaba. Era una mocosa. Tenía treinta años más que ella y se había pateado todas las comisarías de la región, sin contar Estocolmo. Y encima se hacía la lista. Y de tanto hablar de café, le habían entrado ganas de tomarse uno. Será guerra,

la mocosa, pensó de nuevo.

Se puso en pie. La cólera de Nina pareció apaciguarse. Advirtió con satisfacción que no se había opuesto a su idea. Le ofreció un café, que ella aceptó, señal de que el incidente se daba por concluido.

Nina tomó la palabra.

—¿Piensas que pueden haber dado el golpe unos sami independentistas?

—O el Partido del Progreso. Todos tienen algo que ganar si con esta historia se provoca agitación. Dentro de menos de un año habrá elecciones municipales y legislativas.

—¿Y lo de Mattis? ¿Sería por los casos de robos de renos?

—El caso más importante en el que estuvo implicado ocurrió hará unos diez años. Fue también por entonces cuando le dispararon a Johan Henrik. Hubo varios inviernos seguidos muy malos, con unos otoños igualmente malos; un poco como este año. Nieva, se derrite la nieve y luego llega el frío y se forma una capa de hielo. Nieva otra vez y da de nuevo, otra capa de hielo. Si esto sucede dos o tres veces, los renos ya no logran romper el hielo para alcanzar el líquen. Y se organiza un buen jaleo. Todo el mundo se pone nervioso. Pueden morir de hambre cientos de renos, miles incluso. Una familia que vivía en un distrito muy afectado llegó a perder miles de renos así, pero consiguió reunir de nuevo una manada con el robo de cientos de ejemplares de sus vecinos. Mattis estuvo implicado en ello. No fue el que organizó el golpe, pero lo acusaron de complicidad. Fue condenado a unos meses de cárcel.

—Pero ¿cómo se las arreglaban para robar los animales, si tenían las marcas de las orejas?

—Cortaban las orejas.

—¿Las cortaban?

—Sí, cortaban la parte donde estaba la marca y tallaban su propia marca.

—¡Dios mío!

—Resultado: centenares de renos con unas orejas muy pequeñas. A veces, las cortaron tanto que se produjeron infecciones. Al final, todos los renos identificados fueron abatidos. Desde ese caso, incluso el tamaño de las orejas de los animales está reglamentado, ¡no pueden ser demasiado

pequeñas!

Nina estaba anonadada. Le costaba creer que algunos sami pudieran dedicarse a esos turbios manejos. Como la mayoría de los nórdicos, lo desconocía todo acerca de su modo de vida. O, más bien, sólo tenía de ello una imagen estereotipada. Y lo uno y lo otro venía a ser lo mismo, finalmente.

—¿Y los otros asuntos en los que estuvo implicado Mattis?

—Minucias. Creo que es perder el tiempo. Mattis era un pobre tipo. Y a mi parecer, la mayoría de la gente de por aquí lo veía así, como a un pobre desgraciado y no como una amenaza.

—Y en Laponia, ¿les cortan las orejas a los desgraciados?

Klemet permaneció en silencio. Nina no iba mal encaminada. Algo no cuadraba. Tampoco se mataba a alguien por un robo de renos, y sobre todo Mattis no era de los sujetos más peligrosos en ese terreno.

—¿Vivía solo Mattis?

—Que yo sepa, sí. Quizás Aslak nos lo podrá aclarar. Yo no le conocía ninguna relación. Ya has visto su gumpi, olía a viejo solterón.

—Por qué lo dices, ¿acaso se admiten mujeres en los gumpis?

—No, no quería decir eso. Los gumpis son un territorio reservado. O bien, cuando se acoge en ellos a una mujer, en contadas ocasiones es la esposa del ganadero... Pero los pastores siempre tratan de mantener cierto orden. Él se había abandonado en ese aspecto.

—Me hizo sentir incómoda cuando le conocí. Me miraba fijamente los senos.

—¿Ah, sí? ¿Eso hizo?

Klemet se esforzó por mirarla a los ojos.

—Y su mirada viciosa...

Klemet se interesó súbitamente por las puntas de sus dedos.

—Bah, le das demasiada importancia —dijo por último—. A un hombre solo en plena tundra que ve aparecer a una chica como tú forzosamente se le remueven las meninges; eso es todo, es muy natural.

—No, no es natural.

Ahora era Nina quien adoptaba un aire enfurruñado, por lo que Klemet

sintió que era mejor no insistir. Ya no sabía dónde mirar. Por fortuna, ella prosiguió su razonamiento.

—¿No tenía familia?

—Su madre murió hace tiempo. Su padre falleció más recientemente. Si tiene hermanos o hermanas, no viven por aquí.

—Digamos, pues, que era un hombre solo. Un hombre solo, un pobre tipo, sin blanca, alcohólico y al que le han cortado las orejas por alguna razón antes de acuchillarlo. Y todo eso apenas veinticuatro horas después del robo del tambor. ¿No te parece extraño?

—¡Por Satanás! ¿Pero quién ha dicho que sea normal? —se indignó Klemet—. De momento, no tenemos ninguna pista, ni el arma del crimen ni huellas ni siquiera el móvil.

—¿Y el tambor?

—¿Qué pasa con el tambor?

—No lo sé. Busco qué relación puede guardar con el caso. Al fin y al cabo, Mattis fabricaba tambores. O, en todo caso, Johan Henrik nos ha dicho que estaba obsesionado con los tambores.

—Es cierto. También yo he estado dándole vueltas, pero ¿cuál podría ser esta relación? No sabemos nada acerca de ese tambor. Era un viejo instrumento. Era...

Klemet cerró con brusquedad la tapa del ordenador portátil y apoyó las manos sobre él. Nina aguardaba. Ella debía de tener razón. El problema era que él no quería complicarse la vida. No había ingresado en la policía de los renos para eso. Había entrado allí, precisamente, porque estaba harto de las malas faenas, de los casos de un pueblecillo de la costa donde el alcohol causaba estragos, con la prostitución y el tráfico ilegal. Estaba hasta la coronilla de todo aquello, de tener que patrullar solo el sábado por la noche debido a las restricciones presupuestarias. La angustia durante cada salida. Aquello le costó, tras varios años de vivir así, una buena depresión, y conocía a muchos colegas de su generación que también se habían hundido en el pozo. ¿Qué iba a comprender ella? No tenía ningunas ganas de extenderse acerca de esa depresión que lo había inmovilizado durante meses. Los nervios le habían fallado. No había nada especial que decir. Sí, la policía de

los renos suponía la tranquilidad, el aire libre, ¡y sobre todo le permitía mantenerse apartado de las malas faenas!

Suspiró. Se disponía a hablar, pero se contuvo. Sin embargo, no podía seguir andándose por las ramas. Con las nuevas directivas de la policía, se promocionaría a las mujeres para obtener unas cuotas satisfactorias. Cuarenta por ciento de mujeres, por lo menos, en los puestos de dirección. A la vista de la ausencia de mujeres policías en el Gran Norte, Nina ascendería rápidamente si no cometía ningún error en la policía de los renos.

—Tal vez tengas razón —acabó por decir Klemet.

# 13

Viernes, 14 de enero

Salida del sol: 10.31 horas; puesta del sol: 12.26 horas

1 hora y 55 minutos de insolación

07.30 horas. Laponia central

Gumpi de la policía de los renos

A la mañana siguiente, Klemet se levantó temprano. Afuera aún era de noche. El viento se estrellaba contra la ventana, donde se acumulaban los cristales de nieve arrastrados por la borrasca. La estufa se había apagado. Se estremeció. Sentía sus piernas entumecidas en el calor del saco de dormir, pero no se lo pensó dos veces. Salió completamente del saco, se puso los botines de piel de reno y se desperezó. Nina aún dormía sobre la litera opuesta, al otro lado de la mesa. Era la primera mujer que formaba parte de la policía de los renos, y los refugios de la brigada no habían sido pensados para acoger a hombres y mujeres a la vez. No obstante, esa promiscuidad no había parecido molestar a Nina al acostarse por la noche. Mejor. Klemet no habría soportado sus quejas. El policía echó leña a la estufa y encendió el fuego. Su actividad despertó a su colega. Mientras él preparaba el café, ella se vistió rápidamente, lo saludó y salió fuera. Cinco minutos después regresó, tras haberse aseado en la nieve.

—Debo reconocer que no es desagradable —dijo, con las mejillas coloradas por haberse frotado la cara con nieve.

Klemet dejó el café y el desayuno sobre la mesa. Había tenido tiempo de

recoger su saco. Señaló la cazuela llena de agua caliente.

—Puedes acabar de asearte, si quieres. Volveré dentro de cinco minutos.

Se detuvo un instante a la puerta de la cabaña, encarando el viento helado; con la mirada fija en la oscuridad, parecía como si tratara de penetrar en ella. Se desabrochó el mono e hizo que se deslizara desde los hombros hasta las rodillas. Se obligaba a realizar ese ejercicio cada mañana, cuando aún reinaba la noche sobre la tundra. No le gustaba, pero era un ritual. Tenía que conformarse. Sus ojos barrieron la oscuridad. Se quedó inmóvil para sentir cómo el frío se apoderaba de él. Respiró profundamente y se adentró en las tinieblas. Se palmeó los hombros y luego cogió nieve, con la que se frotó la cara, el torso, las axilas y el cuello; se secó y entró en el gumpi.

Se sentaron en silencio y comieron.

—¿Cuándo vamos a ir a casa de Aslak?

—Pronto.

Klemet masticaba despacio su rebanada de pan untada de crema de huevas de pescado.

—Aslak es un tipo particular —dijo sin mirarla—. Es muy respetado en la región, y también temido. Le temen porque es diferente. No ha hecho como los demás, que se compraron casas, un montón de motonieves y coches todoterreno, que trabajan con helicópteros y que incluso a veces llegan a contratar a tailandeses para que los ayuden a pastorear los renos. Es..., es como si se hubiera quedado en otra época.

—¿Y eso le hace especial?

—Digamos que la gente ve en él una imagen del pasado. Y es una imagen por la que pueden sentir cierta nostalgia, creo.

—¿A ti te provoca nostalgia?

08.30 horas. Laponia central

Klemet y Nina habían abandonado el refugio en motonieve hacía tres cuartos de hora cuando ocurrió el incidente. Un incidente aparentemente anodino, pero que Nina no olvidaría. Como de costumbre, Klemet circulaba a la

cabeza. Aún no había salido el sol, si bien el resplandor del alba, amplificado por la espesa capa de nieve, ofrecía una visibilidad que casi bastaba para prescindir de los faros. Nina agarraba con firmeza las empuñaduras con calefacción del manillar, acunada por el potente ronroneo de su vehículo, que respondía al menor golpe de acelerador. El calor del motor contra sus muslos se diseminaba por todo el cuerpo. Ya no debían de estar muy lejos de la casa de Aslak. La visera de su casco detenía el viento frío. Sólo un hilo de aire persistente se colaba por una rendija y la molestaba como una mosca pertinaz. Estaba distraída pensando en el extraño retrato que todo el mundo parecía hacer de ese hombre y miraba sin ver los abedules enanos a su izquierda, que bordeaban lo que debía de ser un río helado. Ascendían en ese momento la suave ladera de una montaña, alejándose del río invisible cuyo curso se dibujaba claramente a medida que remontaban la leve pendiente. Circulaban despacio, a pocas revoluciones, y por una vez, se decía Nina, casi podía oírse la naturaleza mientras conducían. Se quitó el casco y conservó sólo su gorro. Aún estaba inmersa en sus pensamientos cuando un disparo brutal cubrió el ronroneo de la motonieve e hizo que se sobresaltara. Un rayo negro la adelantó por la derecha. No supo qué era hasta que vio frente a ella una voluminosa silueta sobre unos esquís que gesticulaba delante de la motonieve de Klemet. El hombre, surgido desde lo alto de los montes, se había detenido entre una humareda de nieve en polvo en mitad del camino de su colega, lo que lo había obligado a frenar en seco. Nina vio que Klemet permanecía calmado en su motonieve y alzaba la visera, mientras el otro, sí, aquel tipo, le gritaba. Nina estaba estupefacta. Ese hombre acababa de dispararles o, por lo menos, les había disparado como advertencia, pero Klemet continuaba allí sentado sin reaccionar y dejaba que lo insultaran. Nina intuyó que debía de tratarse de Aslak. Se separó las orejeras de su gorro para oír mejor lo que sucedía.

—... que en estos momentos es un infierno. Pero, Dios mío, ¿cómo hay que decirlo? No podéis pasar por aquí. Tengo a mis renos allí. Si se asustan por culpa vuestra, se largarán al otro lado, donde no hay nada que comer. Ya te digo, es un infierno. ¡Dios mío, no puede ser! Tenéis que pasar por el otro lado, no por aquí, ¿está claro?

El tono era increíblemente autoritario, amenazador, aunque no fuera necesario especificar amenaza alguna. Sin embargo, todo en la actitud del pastor transmitía fuerza, un poder envolvente. Nina tuvo la impresión de que si Aslak —pues eso cuadraba a la perfección con la imagen que se había formado de él— se lanzaba sobre Klemet, se lo zamparía de un bocado. Y, misteriosamente, en ese instante presintió que Klemet no haría nada para defenderse. Extraño, se dijo para sí.

Aslak se cubría con un capote de piel de reno como el de Johan Henrik. Pero éste le llegaba más abajo. Vestía también botas y pantalón de cuero, así como unos guantes de piel de reno. No llevaba casco, sólo un grueso gorro parecido al de los policías.

Nina no se atrevió a hacer gesto alguno. Contempló, nítida a la luz del faro de su motonieve, la silueta inmóvil de su compañero y a Aslak, cuyos ojos oscuros rodeados de profundas arrugas expresaban furor. Su rostro, de rasgos muy marcados, parecía devorado por una barba de varios días, con una mandíbula cuadrada poco habitual entre los samis, unos pómulos salientes y arrogantes, nariz grande y boca muy carnosa, casi sensual. Pero lo que más impresionaba a Nina era esa mirada penetrante. Emanaba una fuerza bruta. Aún sostenía el fusil en una mano y un bastón en la otra. Sus gestos eran lentos, si bien se veía que su cuerpo entero oscilaba con cada movimiento. A pesar de sus gruesas capas de ropa, era un hombre de sorprendente vitalidad. Nina pensó fugazmente que no iban armados, como era costumbre en la policía. Las armas estaban guardadas en un armero en comisaría. Práctico...

Al final, Aslak se volvió hacia ella. Sus ojos la examinaron detenidamente. Ella le aguantó la mirada. En la misma ya no había nada amenazador, se dijo. Sólo... una especie de inmensa fatiga. Nina estaba pensando que el interrogatorio iba a ser difícil cuando se quedó paralizada al oír un grito espantoso. Un grito largo, ronco, que expresaba un dolor atroz. Procedía de lejos. Pero ¿de dónde? Ese terror era invisible, pero el grito resonó en el valle. Luego cesó y dio paso al viento, que lo había arrastrado hasta ellos. Nina fue presa de una angustia súbita, inexplicable. Aquel grito inhumano la había dejado helada. Algo había que hacer. Se volvió hacia los dos hombres. Aslak permanecía silencioso. No transmitía sorpresa alguna.

Manténíala mirada fija en ella. Su rostro era estremecedor. Sus labios, que ahora apretaba con fuerza, habían perdido toda la sensualidad. Klemet rompió el silencio.

—¿Qué ha sido eso?

10.00 horas. Kautokeino

André Racagnal entró en la tienda de caza y pesca de Kautokeino. Casi de inmediato vio el coche de policía, que giraba y estacionaba. Del mismo salió el inspector que lo había interrogado unos días antes. Mierda, pensó. Por unos instantes, el geólogo francés se planteó la posibilidad de dar media vuelta, pero al final creyó preferible quedarse para no atraer la atención del vendedor y se fue hacia el fondo de la tienda, donde estaban los cuchillos.

Rolf Brattsen entró en el establecimiento y se dirigió hacia la pared de la izquierda, donde se exponía el material de pesca. Pareció sumirse en la atenta observación de las moscas de colores. Racagnal se volvió de espaldas y se sumergió en la contemplación de las grandes hojas, hasta que de pronto sintió una presencia detrás de él.

—Eso es para la caza mayor...

Racagnal alzó la cabeza. Ahí estaba el policía. El geólogo se esforzó para sonreírle y darle los buenos días.

—Quién sabe, tal vez tenga suerte en un día de caza. ¿Son buenos cuchillos?

—No sé nada acerca de cuchillos —respondió el policía mirándolo fijamente—. ¿Va a ir a cazar?

—Voy a salir de expedición, como sabe. En cuanto tenga la autorización municipal, que no debería tardar. Estoy acabando de comprar el equipo.

Dejó el cuchillo pues no lo necesitaba, y, dado que el policía no parecía querer marcharse, prosiguió.

—¿Ha descubierto algo nuevo en su caso?

—Estamos en ello.

Brattsen se encontraba muy cerca de él. Había perdido su aspecto de

policía. Casi tenía un aire cordial, con una sonrisa, algo helada, eso sí, pero en cualquier caso parecía hacer un esfuerzo para adoptar una expresión que no fuera demasiado enfurruñada. Lo peor era que ni siquiera eso lograba, pensó Racagnal.

El francés no tenía tiempo que perder, pero sentía que, tras el interrogatorio del día anterior, le convenía vigilar su actitud. Nada debía poner al policía sobre la pista de Alta. Racagnal recordó su visita al pub y apartó enseguida la imagen.

—¿No habrá tenido algún encuentro inoportuno? —le preguntó Brattsen.

Dios mío. Racagnal se detuvo un instante antes de responder. ¿Era posible que sospechase algo? No. Era absolutamente imposible.

—No. Tuve que renunciar a mi romance de la otra noche. Qué se le va a hacer. Pero como estaré un tiempo trabajando por aquí, no puedo ponerme a todo el mundo en contra.

—No, por descontado.

Los dos hombres permanecieron un momento silenciosos y Brattsen tomó de nuevo la palabra.

—Le gustaba la chiquilla, ¿verdad?, ya me di cuenta...

Racagnal observó a Brattsen para tratar de adivinar sus intenciones. El policía mantenía ese aire de impostada cordialidad. O quizás era cordial de verdad.

—Era... interesante.

—Un poco joven, ¿no cree?

—Creo que mayor de edad —afirmó con prudencia el geólogo.

—Por supuesto, por supuesto —respondió Brattsen, mirándole fijamente a los ojos y recobrando, sin advertirlo, su aspecto natural e irritado. Su rostro cambió de nuevo.

—¿Cuándo se va al vidda?

—En cuanto acabe de equiparme. Y sobre todo tengo que encontrar un guía, alguien de aquí.

—Claro, por supuesto, un guía. ¿A quién se va a llevar?

—Aún no lo sé. Necesito a un tipo resistente y que conozca bien el terreno.

—Para eso no tendrá problema alguno. Los tipos de aquí igual no son unas lumbreras en una oficina, pero son fuertes, y ahí fuera se encuentran en su elemento natural. Eso si no da con un alcohólico, naturalmente.

—Me han recomendado a un ganadero de origen sueco que se llama Renson; al parecer es muy astuto.

Brattsen lo interrumpió bruscamente, con aire preocupado.

—¿Renson? En su lugar me buscaría a otro.

—¿Por qué?

—Búsquese a otro, eso es todo; es un consejo de amigo. A no ser que quiera que su expedición se retrase.

André Racagnal sintió que era inútil insistir. Pero ello le planteaba un problema. En el Villmarkssenter le habían alabado los méritos de Renson. Un pastor atípico, un poco testarudo pero muy espabilado, con muchos contactos y sobre todo disponible, puesto que pertenecía a un clan poderoso que podía reemplazarlo para ocuparse de los renos en su ausencia.

—Lástima, pero ya encontraré a otro.

—Estoy seguro de ello. Y no se preocupe —le espetó el policía—, estoy convencido de que encontrará a otra chiquilla por aquí.

Dicho esto, Brattsen dio media vuelta y salió. Sin haber comprado nada ni haber mirado nada, observó Racagnal. Parecía que no había entrado en la tienda por casualidad.

# 14

Viernes, 14 de enero

10.30 horas. Laponia central

Nina no había oído la respuesta de Aslak. Ni siquiera estaba segura de que éste hubiera respondido. Sus labios no se habían movido. Se habían mantenido muy apretados, dolorosos. Con aquella mirada que era a la vez gélida y ardiente. Estaba exasperada. Aunque, por una vez, no lo dejó traslucir. No entendía nada de aquella gente, que no hacía más que callar, ni de su compañero, al que parecía que se le antojaba normal tal comportamiento. ¡Y eso que era policía! ¡Podía exigir respuestas, estaba en su derecho! Pero no, se quedaba allí, igual de silencioso. No soltaba palabra. Como si ante Aslak se quedara sin recursos. Sí, eso es, se dijo. También a él le impresionaba Aslak.

Cuando fue a presentarse al jefe de la policía de los renos en Kiruna, en territorio sueco, éste le advirtió que esa brigada no era como las demás. En principio, le había dicho el jefe, no se aceptaba a gente tan joven. Sin embargo, y dado que en la brigada solo había hombres, había que feminizarla. Pero no era un mundo de mujeres. Y, tras un breve titubeo, añadió: «Quizá ni siquiera es un mundo para nosotros, los que no somos laponos».

Había vuelto a hacerse el silencio; el grito parecía haber huido por el fondo del valle, pero Nina aún tenía la piel de gallina. La policía miró

alrededor de ella toda aquella blancura, esas montañas peladas de las que emergían algunos abedules enanos, algunas rocas, ese resplandor azulado en el cielo en el que el sol trataba de inmiscuirse. Desde donde se hallaban, en la ladera de la montaña, la vista se abría hacia lo lejos, mas no se percibía nada humano. El campamento de Aslak debía de hallarse al otro lado de la cima.

—Aslak, tenemos que hacerte algunas preguntas. Nina te seguirá y hablará contigo.

Nina se esperaba cualquier cosa menos eso. ¡No estaba previsto en absoluto! Iba a abrir boca, pero Klemet prosiguió, sin mirarla, como si evitara sus ojos. ¡Sí, evitaba su mirada! Y tampoco miraba a Aslak. ¿Qué le sucedía?

—Tengo que volver al gumpi. Ya te contaré. Avísame cuando hayas acabado y vendré a buscarte aquí. O a otro sitio, ya veremos.

La examinó brevemente y bajó la vista. Nina nunca lo había visto así. Miró a Aslak, que los estudiaba a los dos de arriba abajo.

Aslak no respondió. Alzó su fusil con un gesto rápido y miró a Klemet. Con un gesto experimentado, se colocó el fusil en bandolera y se puso en camino, deslizándose en silencio hacia la cima.

En poco tiempo llegaron al campamento, en el otro lado de la cima. Nina permaneció sentada un momento sobre la motonieve, tras apagar el motor. Estaba fascinada por lo que veía. El campamento se componía de tres tiendas cubiertas de ramas, tierra y musgo. De la mayor de ellas salía humo por una abertura situada en lo alto. Junto a la tienda más alejada, Nina distinguió un cercado, en el que a su llegada una decena de renos se habían puesto a dar vueltas en círculo. Mostraban su inquietud, sin duda poco habituados a los motores. No vio ninguna motonieve y tuvo la impresión de haber descubierto una postal de antes de la guerra, como en el libro sobre los samis que había hojeado en Kiruna. Ya no quedaban campamentos como aquél. Aunque todavía no lo hubiera visto todo, había comprobado que los pastores a los que había conocido hasta el momento no prescindían de unas mínimas comodidades. Al contrario que Aslak. Ese hombre era de otra pasta. Junto a la entrada había una especie de andamio del que colgaban cuartos de carne

secados al viento, que debían de estar duros como la piedra.

Nina sintió que iba a penetrar en un mundo del que ni siquiera había sospechado su existencia, aún más que con los otros ganaderos de renos. Iba a cruzar una nueva frontera. El viento la empujaba hacia la entrada mientras en sus oídos resonaban los gritos de Aslak dirigidos a un impasible Klemet, el disparo, aquel alarido horroroso del que intuía que pronto iba a descubrir el origen. Aslak se agachó el primero para entrar y desapareció en la semioscuridad. Luego alzó una gruesa lona que servía de puerta. Ella se disponía a agacharse cuando lo miró. Él la contemplaba fijamente, con sus ojos negros centelleando intensamente entre sus profundas arrugas, el rostro enérgico y medio oculto bajo la barba espesa. Nina no supo interpretar esa mirada inmóvil. Se agachó, avanzó y dio un par de pasos hasta hallarse frente a la chimenea. De inmediato tosió debido al picor que le produjo el humo que invadía la estancia. Vio un sitio libre a la izquierda y fue a situarse allí. A nivel del suelo, el aire era respirable. Se quitó el gorro; estaba soltándose sus cabellos rubios cuando Aslak entró. Al advertir de nuevo su mirada sobre ella, se sintió de repente incómoda por mostrar su pelo, como si estuviera enseñando algo indecente, y se apresuró a recogerse otra vez, de lo que acto seguido se arrepintió. Mientras, Aslak permanecía en silencio, a la espera de que ella se acomodara. Nina se sentía tan lejos de cuanto conocía que era incapaz de abrir la boca. Cuando sus ojos por fin comenzaron a habituarse a la penumbra, pudo distinguir, al otro lado de la chimenea, una forma que se movía. Se desplazó un poco y vio a una mujer embutida en una pesada vestimenta de piel de reno y cubierta con un gorro atado bajo la barbilla. Sus gestos eran muy lentos. Tenía el mentón algo saliente, los pómulos altos, aunque no tan marcados como los de Aslak, y unos ojos con forma de almendra que habrían sido magníficos de no haber estado tan apagados, se dijo Nina. Esos ojos vacíos eran estremecedores, pensó a continuación. Sin saber por qué, estuvo segura de que había sido ella quien había gritado hacía un rato. La mujer, que no parecía siquiera haberse percatado de su presencia, se volvió despacio, cogió un tronco y lo puso con delicadeza en la chimenea. Nina la miraba incómoda por su actitud. No parecía herida, como mucho... lejana, ausente, apartada de este mundo. De repente exhaló un profundo

suspiro. Nina contuvo la respiración, ante el temor de oír de nuevo el grito. Pero no hubo más. Su mirada fija en las llamas permanecía inmóvil.

—Es mi mujer —dijo Aslak—. No habla. Está ida.

Como si las palabras de Aslak la hubieran sacado de su sopor, la mujer comenzó a canturrear. Nina reconoció el mismo tipo de melodía gutural que Mattis había entonado. Debía de ser uno de aquellos yoiks. Incapaz de estimar su edad, la policía pensó que podía tener entre treinta y sesenta años.

—¿Es ella quien ha gritado? —preguntó por fin Nina, rompiendo aquel silencio que comenzaba a hacersele pesado.

—Ha sido ella.

—¿Por qué?

—Es su manera de habar.

Se quedó unos segundos en silencio.

—Como los niños —prosiguió Aslak con voz sorda.

Nina observó a Aslak. Parecía sopesar las palabras. Sólo les separaba la chimenea. Pensó de nuevo en el comportamiento de Klemet. Entre esos dos, Nina casi podía palpar un velo de tensión. No comprendía por qué no lograba iniciar la conversación. Allí planeaba algo indefinible, mezclado con el humo. Trató de recobrar el hilo de los pensamientos racionales, de ese caso que los conducía cada vez más lejos de las tierras conocidas. Aslak. ¿Era simplemente un vecino? ¿Tenía motivos suficientes para matar a Mattis?

—¿Tiene alguna pregunta que hacerme?

Nina sintió que no era bienvenida.

—Estamos investigando la muerte de Mattis. Ya sabe que fue asesinado, que quemaron su motonieve y registraron su gumpi. Estamos hablando con todos los vecinos. Tengo que hacerle algunas preguntas concretas como parte del procedimiento rutinario y la investigación de proximidad.

Nina se dio cuenta de que estaba dando todo lujo de detalles para justificarse, cuando no debería hacerlo. Sin embargo, la intensa mirada de Aslak sobre ella y su silencio la impresionaban y la desazonaban. ¡Y eso la enfurecía!

—¿Dónde estuvo el lunes y el martes?

—¿A usted qué le parece?

Nina observó largamente al pastor. Los labios de Aslak parecían dibujar una mueca de desdén. A pesar de ello, la policía pensó que conservaban una sensualidad salvaje. Las brasas se reflejaban en los ojos de Aslak, una mirada que Nina consideró peligrosa. Ese hombre era capaz de matar, se dijo.

—¿Dónde estuvo?

—Con mis renos.

—Con sus renos, ¿no?

Nina sintió que Aslak no haría nada por facilitar la tarea. Era evidente que ignoraba la amenaza de arresto que pesaba sobre él. Esto hizo que la policía tuviera la impresión de revivir exactamente la situación con Johan Henrik. Echó una ojeada a la mujer, cuya mirada seguía perdida en la cúspide de la tienda, absorbida por el humo que por allí se escapaba. De ella tampoco podría obtener nada.

—¿Cuándo vio a Mattis por última vez? —continuó.

Aslak se inclinó sobre la marmita. Sumergió en ella su tazón de abedul y bebió un sorbo de caldo de reno muy caliente. Acto seguido, hizo un gesto a la policía para que se sirviera. Nina hundió el tazón en la marmita.

—Le vi el domingo —respondió al fin—. El domingo. Estaba mal. Mal. Se encontraba mal siempre. No podía más. Vino a comer. Nos cruzamos al oeste, a tres cuartos de hora de aquí. Le dije que se ocupara de sus renos. Había algunos en mis tierras y también por las de Johan Henrik. Se le había escapado la situación de las manos.

Bebió un trago largo aspirando ruidosamente y prosiguió, con una mirada aún más intensa.

—Ustedes lo mataron. Ustedes. Sus reglas, sus trazados. Ya no se puede vivir de la ganadería como antes.

—Nadie le obligaba a beber —respondió Nina.

—¿Y usted qué sabe? Nadie lo ayudaba. Hacía seis meses que no había abierto una carta. Ya no se atrevía. Tenía miedo.

—¿De qué tenía miedo? —inquirió Nina.

—Tenía miedo de estar perdido. De haberse perdido. De haber fracasado en todo.

—¿Se refiere como ganadero?

—Como ganadero y como hombre. Un ganadero que no sabe ocuparse de sus renos no es un hombre.

—Por lo que comienzo a comprender de su modo de vida, un ganadero que trabaja solo no tiene ninguna posibilidad, lo que no tiene nada que ver con el hecho de ser un hombre o no —lo interrumpió Nina—. En el vidda siempre se han ayudado unos a otros, ¿no?

—¿Ah, sí? ¿Y qué sabe usted de eso? ¿Se lo ha contado Klemet? No basta con ser lapón para saber y entender lo que sucede aquí.

—Fue él quien se puso en esa situación, no el sistema —replicó la policía—. ¿Dónde estuvo usted el lunes y el martes?

Mientras formulaba las preguntas, Nina comprendió que, fuera cual fuera la respuesta de Aslak, a buen seguro sería imposible verificarla. Aslak limitaba al mínimo los contactos con la ciudad. No necesitaba ir a buscar gasolina. No tenía un teléfono móvil para que se le pudiera localizar. Estaban en un callejón sin salida.

Sintió que de nada servía tratar de presionar a Aslak como Klemet había hecho con Johan Henrik. Aslak era de otro fuste.

Tenía que trabajar de otra manera. Cuanto más avanzaba la investigación, más sensación tenía de andar a tientas. Además, tenía la impresión de que Klemet trataba con demasiada amabilidad a los ganaderos. Por no hablar de su inexplicable comportamiento ante Aslak poco antes. ¿Era demasiado allegado a ellos? Sin embargo, los samis parecían desconfiar de él. De pronto, a Nina le vino a la memoria lo que el Sheriff les había dicho poco antes de partir: detened a Aslak si no tiene coartada...

—Aslak, ¿se da usted cuenta de que al no responder a las preguntas se convierte en sospechoso?

El pastor le dirigió una mirada fría —indiferente tal vez— que Nina aguantó.

—¿Qué relación tenía con Mattis? Parece que eran allegados, pero que también tenían sus diferencias.

Aslak apretó las mandíbulas y mantuvo la mirada fija en los ojos de Nina. Ella se esforzó en sostenerla, pero se sorprendió al ver hasta qué punto sus ojos eran capaces de expresar sentimientos tan fuertes y trágicos.

Comprendió por qué impresionaba tanto a la gente. Pero no le temía.

—Mattis se había perdido. Desde hacía mucho tiempo. Sobre todo tras la muerte de su padre. Conocí a su padre. Era un verdadero sami. Sabía de dónde venimos. Oirá muchas historias acerca de él. Buenas y malas. Pero la gente lo ignora todo acerca de él. Tenía el poder. Tenía el saber. Tenía la memoria. Mattis no tenía nada de ello. Se las daba de chamán.

—¿Cómo?

—¿Le conoció antes de morir?

—Sí, ¿por qué?

—¿No trató de leerle el futuro o de venderle un tambor?

Nina recordó la escena del gumpi, con Mattis medio borracho mirando fijamente sus senos.

—Sí, lo intentó.

—Mattis era como un niño. Su padre era demasiado grande para él. Y su sociedad, su sistema no han hecho más que aplastarlo aún más. Perderlo aún más.

Nina no quería adentrarse en ese tipo de discusión. Recordó lo que Johan Henrik le había dicho sobre la excepcional resistencia de Aslak.

—¿Es verdad que usted mató a un lobo metiéndole el puño en la boca?

Aslak no respondió de inmediato. Removió las brasas. Nina observó su mano sobre la chimenea. Varias cicatrices ascendían hacia la muñeca. Las marcas dejadas por los dientes del lobo, se dijo con el corazón desbocado.

—Es cierto.

—¿Y que lo persiguió durante horas esquiando?

—Es posible.

—¿Cuántos kilómetros puede recorrer así en un día?

Aslak se había vuelto a cerrar. Nina vio que sus labios no formaban de nuevo más que una fina línea. Entre tanto, su mujer comenzó a menear despacio la cabeza, de izquierda a derecha. Un murmullo brotó de su boca, un murmullo gutural; abrió ligeramente la boca y el murmullo se hizo más fuerte.

—¡Salga! —le dijo Aslak de repente.

Nina se sorprendió ante esa súbita reacción. Se dijo que había metido el

dedo en la llaga.

—¡Salga ahora mismo! —gruñó.

¿Qué sucedía? Nina contempló a Aslak, que se puso en pie. Le pareció amenazador, pero no hizo el menor gesto contra ella. Su sola presencia ya era amenazadora, y bastaba.

Su mirada resultaba inmisericorde. El murmullo de su mujer se amplificó. De pronto Nina se dio cuenta de dónde se hallaba, en plena tundra, frente a un hombre de misteriosa reputación, rodeada por el hielo y la desolación, lejos de su compañero. Sintió frío, pero sus escalofríos significaban otra cosa que no quería confesarse. El humo le irritó los ojos. Cerró su mochila. Quería huir de aquel murmullo lacerante. Se incorporó y avanzó agachada hacia la salida seguida por Aslak, que se plantó frente a la entrada de la tienda. Iba a poner en marcha su motonieve cuando el grito terrible resonó de nuevo. Nina se volvió hacia el pastor, que estaba apartando la cortina de lona y se disponía a entrar de nuevo. El grito se prolongó. Nina olvidó de inmediato sus dudas, sus miedos. Estaba desamparada y dirigió a Aslak una mirada teñida de empatía. Éste tenía el rostro impassible, duro. Respiraba más deprisa, con el mentón alzado y desafiante, y apretaba los puños. Por la abertura, la policía vio a la mujer alzar los brazos al cielo con una máscara de extremo sufrimiento. Luego lo oyó. Y lo que oyó la persiguió a lo largo de todas las horas que duró el viaje de regreso. El grito.

# 15

Viernes, 14 de enero

11.00 horas. Kautokeino

Berit Kutsi se presentó aquella mañana más tarde que de costumbre. Temía ver llegar a Karl Olsen, pero el viejo granjero irascible no dio señales de vida. Por suerte, no lo necesitaba para llevar a cabo su tarea. Sabía muy bien qué debía hacer. Desde su infancia. Sabía cuál era su lugar. Berit había dejado la escuela con apenas once años. No guardaba un recuerdo agradable de la escuela. A duras penas había aprendido noruego. No había tenido elección. Para eso la habían llevado allí. Para aprender noruego. Cuando supo lo bastante como para apañárselas, dejó la escuela, simplemente. Sabía lo bastante para comprender cuál era su lugar en la sociedad noruega.

Entró en la granja. Tenía que ocuparse de las vacas, que pasaban buena parte del año en el establo. Había pocas vacas en el interior del Finnmark. Esos territorios salvajes no parecían aptos para otros animales que no fueran los renos. Sin embargo, algunos granjeros como Olsen habían logrado hacerse un hueco allí, aunque fueran minoritarios y los samis sólo los toleraran.

Olsen era un hombre injusto y ráciano. Berit no se fiaba de él. Además le tenía miedo. Pero Berit Kutsi pertenecía a un clan mal visto en la región. Y encontrar trabajo cuando no se pertenece a una familia que posee sus propios renos era una misión imposible.

Gracias a Dios, su fe le permitía superar esas pruebas. Dios era un amo exigente, pero misericordioso. Ella tenía confianza. Aunque no lo comprendiera todo. A veces maldecía a Olsen cuando éste la humillaba. Pero siempre lo perdonaba. El pastor siempre insistía en ello. Para entrar en el cielo, hay que perdonar al hombre y ponerse en manos de Dios. Era así de simple, le aseguraba el pastor. «Sin eso, no hay salvación», decía con firmeza.

Berit era una laestadiana fiel, confiada y temerosa. Había renunciado a su propia vida para consagrarse desde muy temprana edad a ese hermano pequeño al que Dios había puesto a prueba. Pasó detrás de las vacas, que sabía reconocer mejor que a esos hijos que no había tenido. Tras tantos años con estos animales, simplemente le costaba imaginar que pudiera comprender mejor a unos seres humanos. A veces se decía que si todos los seres humanos eran como Olsen, no debían de merecer la pena. Eran mejores las vacas. Trabajaba en aquella granja desde los doce años. Ahora tenía cincuenta y nueve.

Sin embargo, debía velar por los demás. A Dios no le gustaría que se contentara sólo con las vacas. Esa idea hizo sonreír a Berit. A veces se permitía esas libertades... Imaginar que Dios tenía una opinión acerca de sus vacas. Berit se avergonzó un poco por prestarle pensamientos tan elementales. Dios era amor, pero había que temerle.

Al pastor tampoco le habría gustado que Berit se contentara con las vacas. Necesitaba a Berit. Las vacas, sin embargo, eran más de su dominio. El pastor era un hombre muy cercano a las preocupaciones cotidianas de sus feligreses. Era amigo de Karl Olsen, y la buena marcha de los negocios de éste complacía a Dios, le decía el pastor Johnsson, porque las vacas eran criaturas de Dios, no como los renos. Berit no veía bien la diferencia y, de forma general, reprochaba al pastor que se interesara demasiado por la política, aunque ella no entendiera mucho de política. Berit pensaba que el pastor no trataba a todas las ovejas de su rebaño de la misma manera. Berit se ocupaba mejor de sus vacas que el pastor de sus ovejas. Le dijo eso un día y se enfureció. El pastor se lo repetía a menudo. «Mi querida Berit, no es culpa tuya, es más complicado, ya te lo explicaré después de la misa», tenía por

costumbre decirle. Nunca le explicaba nada. Esa historia del tambor también había puesto nervioso al pastor. El día que oyó a Olaf Renson, el diputado sami, decir en la radio que la identidad de los samis estaba amenazada por el robo de ese tambor, el mismo día que Olaf Renson acusó al pastor de «quemar tambores» en el cruce, el pastor confió toda su frustración y su cólera a Berit. «Dios no hablaba sami, Berit, ¡nunca olvides eso!» Berit lo creía a pies juntillas, pues había aprendido a leer con una Biblia en noruego.

No, Berit no se contentaba con velar por las vacas de Karl Olsen. Berit debía velar por las almas débiles del vidda. Y por las almas puras. Cuando pensaba en unos y en otros, acudían a su mente imágenes muy nítidas. Mattis y Aslak. Eran como los cabezas de fila de las cohortes de pastores, ese pueblo llano del vidda, con sus grandezas y sus miserias, sus exaltaciones y sus sufrimientos. Berit vivía al mismo ritmo que ellos. Su espíritu los acompañaba por las montañas, les daba calor durante las interminables noches en vela con mucho frío. Berit rezaba mucho por ellos. Los evangelios noruegos estaban llenos de buenas palabras para las almas del vidda, y los pastores laestadianos que les habían sucedido jamás habían desfallecido en la transmisión de la palabra de Dios. Pero al pensar en lo que sabía, Berit se estremeció. Dejó por un momento de ordeñar a las vacas. Fue a lavarse las manos, se secó el rostro y se deslizó al fondo del establo, donde un rinconcillo albergaba sus instantes de recogimiento. Se santiguó y rezó por la salvación de las almas débiles y las almas puras del vidda.

16.30 horas. Kautokeino

Cuando se encontraron de nuevo, Klemet no le proporcionó ninguna explicación a su joven colega acerca de su extraño comportamiento con Aslak. La patrulla P9 sólo se había detenido unas horas para descansar. El reglamento de la brigada prescribía una noche de descanso en un refugio si las distancias en motonieve superaban los doscientos cincuenta kilómetros, pero Nina había insistido tanto en proseguir una investigación que se estaba estancando, según ella, que Klemet se dejó convencer. Sólo cabía esperar que

a su regreso no comprobaran su GPS.

Tiene prisa por demostrar su valía, pensó el policía. Desde que la idea le había pasado por la cabeza, pensaba en esa historia de la cuota y no podía evitar considerar que, aunque él fuera el jefe de patrulla por experiencia y antigüedad, era ella quien tenía el futuro por delante. Un día será mi jefa...

De momento, tenía que hallar una estrategia que permitiera que la investigación avanzara. Y evitar encontrarse de nuevo en una situación tan embarazosa ante Aslak. Por fortuna, Nina no había insistido. ¿Habría comprendido algo? ¿Se lo habría explicado Aslak? No lo creía. No era ése el estilo de Aslak.

El Sheriff los esperaba en su despacho. Picoteaba en su bol de regalices más de lo que le convenía. Su adjunto Rolf Brattsen ya estaba sentado frente a él. Klemet sabía lo que se le pasaba al Sheriff por la cabeza: Tor Jensen se imaginaba sin dificultad que Brattsen ocuparía un día su sitio. Brattsen era ambicioso. Eso le molestaba al Sheriff; Klemet lo sabía, pues las opiniones de su adjunto, más radicales, no encajaban con el delicado equilibrio que había que tratar de preservar en aquella región. Kautokeino era una ciudad noruega con los mismos atributos que cualquier otra población noruega, pero era además una de las pocas ciudades propiamente sami, con un estatuto aparte, como el derecho de sus habitantes a utilizar el sami en la administración. La mayoría de la población era sami, y así había sido siempre. No sólo eso, sino que, además, la policía de los renos, con su jurisdicción transnacional, debía andarse a menudo con pies de plomo. El territorio sobre el que tenía competencias se extendía por la Laponia noruega y también por las regiones laponas de Suecia y Finlandia. Su cuartel general se hallaba en Kiruna, en Suecia. Por todo ello, esa policía de los renos estaba considerada por los responsables políticos como una buena práctica en la cooperación nórdica. El equilibrio, sin embargo, era precario, y Klemet lo sabía. Él mismo estaba integrado en la «cuota sueca». Había pasado por la escuela de policía sueca. Pero eso no le importaba demasiado. Sus padres eran de la región. Para los samis, esas historias de fronteras eran fútiles. Para él, respetuoso del orden, lo eran menos, pero, a pesar de todo...

—¿Algún progreso, Rolf?

El Sheriff empezó a arengar a Brattsen.

—Sabes que en Oslo ya hablan de enviar equipos del sur. Eso sería un problema. El capital de confianza con el que contamos en Oslo y Estocolmo no es muy elevado desde la historia de los pedófilos, así que sería muy conveniente por tu parte conseguir algún resultado, para hablar como en Oslo. ¿Qué habéis conseguido?

Klemet observó a Brattsen. Éste se tomó su tiempo y comenzó por echar una ojeada panorámica a la sala. Además del Sheriff, estaban Klemet, Nina y un miembro sueco del equipo científico que había llegado como refuerzo de la sede de Kiruna.

—Creo que sería interesante que Fredrik, nuestro científico en el caso, nos hiciera un resumen. Fredrik...

El sueco, procedente del cuartel general de Kiruna, era alto, rubio, de vientre prominente y con el cabello cortado a cepillo. Tras mirar a todo el mundo, se detuvo en Nina, a la que aún no conocía, y abrió una carpeta. Echó un rápido vistazo al contenido y se dirigió a Jensen, que, impaciente, mascaba sus regalices.

—De acuerdo. Primero el crimen. El informe del forense no debería tardar en llegar. Pero me extrañaría que fuera prioritario. El asesinato de un pastor lapón no se halla en los primeros puestos de la lista. Con todo, quiero verlo antes de interpretar ciertas cosas. El tipo de cuchillo utilizado y la longitud de la hoja podría darnos indicaciones importantes, las marcas de eventuales golpes y el corte de las orejas. Como sabéis, parecía muy limpio. En el gumpi hemos hallado muchas huellas. En ese aspecto no hemos avanzado mucho, puesto que hay huellas de policías y de todos los ganaderos de los alrededores. Puedo entenderlo de los ganaderos, pero tengo que decir que me ha decepcionado encontrar vuestras huellas...

El policía científico miró a Klemet y a Nina, sin añadir nada más. Pero Brattsen se encargó de restregarles la metedura de pata.

—La policía montada no está muy habituada al trabajo de policía, ¿verdad, Gordo?

—Brattsen, ya basta —lo interrumpió el Sheriff—. ¿Qué más, Fredrik?

—Volvimos al gumpi en cuanto dejó de nevar. No hará falta que os diga

las posibilidades con las que contamos de encontrar huellas en la nieve, pero como no ha nevado desde hace bastante, la capa de debajo es bastante compacta y en algunos lugares el viento la ha endurecido. Sé que parece un disparate, pero apartando esa capa de nieve en polvo en el perímetro alrededor del gumpi quizá podremos hallar alguna huella.

—Es una bobada y una pérdida de tiempo —se indignó Brattsen—. Y además, ¿de qué buscamos huellas? ¿De motonieve? También podrían ser huellas de esquís. Digo yo que lo que hay que buscar es el móvil, y ya encontraremos dónde buscar. Y el móvil está muy claro. Se trata de un ajuste de cuentas entre ganaderos.

—Brattsen —lo cortó Klemet—, sabes perfectamente que puedes tener todos los móviles habidos y por haber, pero que si no relacionas un asesinato con la observación sobre el terreno, éstos no se sostienen ante un tribunal. Y eso, figúrate, lo aprendí trabajando con el grupo Palme.

—Deja la aspiradora —prosiguió Brattsen ignorando a Klemet y dirigiéndose a Fredrik— y, si de verdad quieres encontrar pruebas, será mejor que busques rastros en los cuchillos de los ganaderos, por ejemplo. Pero no pierdas el tiempo con eso. ¿Acaso crees que tenemos tantos recursos? No olvides que en las altas esferas quieren resultados —dijo mirando fijamente al Sheriff—, así que no vamos a ir a explicarles que estamos pasando la aspiradora por la tundra, ¿no te parece?

Se hizo el silencio. Como nadie hablaba, el Sheriff se dirigió a Klemet.

—¿Y qué hay de los ganaderos?

—Hemos interrogado a Johan Henrik y a Aslak —dijo Klemet—. Nada concluyente. Henrik parece tener coartada, aunque débil para parte del tiempo, puesto que sólo pudo confirmarla su hijo. Dicho sea de paso, él no cree que se trate de un ajuste de cuentas entre ganaderos.

—Mira qué bien —exclamó Brattsen—. Claro que él puede dar lecciones. ¿Cuándo le dispararon? Hará diez o doce años, ¿verdad?

El policía soltó una carcajada.

—Todos inocentes.

—Es cierto que le dispararon, pero sabes perfectamente que el otro estaba borracho como una cuba. Aquí los conflictos no se resuelven así. La gente no

es criminal sólo por tener temperamento.

—Ya, y los disparos contra los gumpis son sólo decorativos, ¿no? ¿No son para intimidar?...

—¿Podemos seguir con Johan Henrik? —interrumpió el Sheriff.

—Pues para continuar el razonamiento de Brattsen —dijo Klemet—, no veo cuál podría ser el móvil. El robo de unos cuantos renos no basta, incluso Brattsen tendría que reconocerlo.

—Salvo si es el reno que colma el vaso o Johan Henrik estaba borracho esa noche. A cualquiera pueden írsele las cosas de las manos.

—Tal vez —dijo Klemet pausadamente—. Pero un solo móvil no basta.

—Dios mío —se enfureció Brattsen—, ahora el Gordo nos va a dar clases de metodología policial. Mira de lo que os sirvió para hallar al asesino de Palme. Dime, ¿cuántos años hace desde que mataron al primer ministro en 1986 y el asesino aún anda suelto?

—Brattsen, tus comentarios empiezan a cansarme —intervino el Sheriff—. ¿Y Aslak?

Klemet se disponía a hablar cuando Nina se le adelantó.

—También falla la coartada.

Nina se sumió un instante en sus pensamientos, rememorando el increíble encuentro con Aslak. Y esa extraña impresión, se dio cuenta entonces, de que a pesar de su lado terrorífico, poderoso y casi brutal, también conseguía que, al hablarle, uno se sintiera el centro del mundo. Tal vez era algo en los ojos.

—No hay nadie que pueda corroborarla —prosiguió Nina.

—¿Qué? —La cortó bruscamente el Sheriff descargando un puñetazo sobre la mesa—. ¿Y dónde está Aslak? Lo habréis detenido, espero.

Nina dirigió una mirada azorada a Klemet, que le hizo una señal con la cabeza.

—Pues sucedió algo muy extraño en su casa. O más bien empezó antes de llegar a su casa. Oímos un grito espantoso. Primero no supimos qué era. Y luego, al marcharnos, se oyó de nuevo ese alarido. Era su mujer, que parece un poco loca. Lanza unos gritos terribles.

—¿Estáis de guasa? —rió Brattsen—. ¿Y qué tiene que ver eso con nuestro caso? Aslak está como un cencerro, ¿y qué? Mattis tampoco era una

lumberera; normal, me diréis, con todas esas historias de incesto, ¿eh?, ¡porque ya sabéis que el padre de Mattis era su tío!

Klemet se disponía a replicar cuando el Sheriff estalló.

—¡Brattsen! ¡Te estás pasando de la raya! ¿Has olvidado que eres policía? ¿Quién me ha cargado semejante equipo, entre unos inspectores que dejan sus huellas por todas partes y otro que se divierte haciendo correr rumores? Por favor, ¿podemos ser un poco más serios?

Klemet Nango y Rolf Brattsen se desafiaban con la mirada. Nina tomó la palabra.

—Creo que en el asesinato de Mattis estamos avanzando, a pesar de todo; en todo caso, desde nuestro punto de vista de policías de los renos. Hemos descartado una serie de posibles sospechosos. De momento, sólo hemos tratado el entorno de los ganaderos, pues es el que está dentro de nuestras competencias. Me parece que sería interesante ver qué hay de los otros círculos, en los que seguramente trabaja el inspector Brattsen.

Hablaba con aplomo, animada por el silencio de los hombres.

—Respecto a la historia del tambor, y si el inspector no se opone a ello, por descontado, estoy dispuesta a viajar a Francia para entrevistarme con ese hombre. Estoy segura de que nos ayudará a progresar.

—Sí —refunfuñó Brattsen—, por lo que respecta al tambor, sin duda es buena idea ir a Francia, sobre todo si el coleccionista dispone de documentos, como indicáis en vuestro informe.

—Me parece que es una idea tan buena —añadió el Sheriff—, que quiero que Klemet y Nina se impliquen más en el caso del tambor. Para ser claro, me parece que hace falta algo más de tacto del que tú tienes, Rolf.

Brattsen lo fulminó con la mirada.

—¿De qué tacto me hablas? ¿Por qué hace falta tacto con los ganaderos? ¿Porque son samis?

Tor Jensen lo miraba con calma, y su silencio, junto con aquella sonrisita en los labios, valió por toda respuesta.

—Bueno... —prosiguió el Sheriff—. Nina, ¿cuándo te vas a Francia?

Nina se volvió hacia Klemet.

—En los próximos días.

—De acuerdo, cuanto antes mejor. Tal vez así avancemos un poco.

Antes de que Tor Jensen continuara, Nina retomó la palabra, impaciente.

—Y me gustaría insistir en esa coincidencia, en que nos hallamos ante dos historias excepcionales sucedidas en un intervalo de dos días, el robo de un tambor y el asesinato de un ganadero experto en tambores. Me parece que ambos casos están relacionados, aunque no sepa decir cómo.

—Eso es puramente especulativo, Nina —intervino Klemet—. Sólo podemos avanzar a partir de pruebas tangibles. Y no las tenemos. En el caso Palme, erramos durante años al partir de especulaciones tentadoras pero estériles.

—Klemet, en ausencia de otras pistas, quiero por ahora que sigas interrogando a los ganaderos —ordenó el Sheriff—. De momento, ésa es la pista más plausible. Pero sigue sorprendiéndome que hayas hecho gala de tanta clemencia hacia Aslak, cuando su coartada es la menos sólida o por lo menos la más difícil de verificar. Algún día me lo tendrás que explicar.

# 16

Viernes, 14 de enero

17.30 horas. Kautokeino

Al salir del despacho de Tor Jensen, todo el mundo parecía enfurruñado. Fredrik fue el primero en desaparecer, puesto que tenía que regresar a Kiruna para analizar las muestras y diversos hallazgos.

Klemet fue a buscar a Nina. Antes de regresar al vidda para investigar a los pastores, quería interrogar a Helmut, el director alemán del museo, para preparar el viaje de su colega.

Los policías lo encontraron en el almacén, donde supervisaba la apertura de unas cajas procedentes de Afganistán, y éste los condujo a su despacho, que daba al valle de Kautokeino. A esa hora de la tarde, ya hacía rato que estaba sumido en la penumbra. Helmut les dijo que nadie se había puesto en contacto con él. No había oído nada. Ni el menor rumor. Parecía sinceramente afectado por lo que le sucedía.

—¿Estaba asegurado el tambor? —preguntó Klemet.

—Sí, pero desde luego no por su valor real —confesó el director—, si es que se puede calcular su valor real. Debía tasarlo los próximos días.

—¿Quiere decir que no tenía la certeza de que fuera auténtico? —observó Nina.

—Sí, por supuesto, pero lo aceptamos según las declaraciones de Henry Mons, el francés que nos lo legó. No tengo razón alguna para dudar ni de su

manera de obrar ni de la autenticidad del tambor, pero, desde un punto de vista estrictamente financiero, no me ha sido posible obtener una tasación sólida. Y en Francia no tienen la competencia necesaria en ese terreno.

—Si he entendido bien, el tambor estaba aquí desde hacía una semana cuando lo robaron —dijo Nina—. No puede decirse que tuviera mucha prisa por verlo, y parece extraño en alguien que, como usted, es especialista en la cultura sami...

El alemán pareció azorado ante esa evidencia, como si lo hubieran pillado en falta.

—Comprendo su sorpresa, pero estamos en plena actividad con esa conferencia de la ONU que se celebrará dentro de unos días. Hay delegaciones que acudirán para visitar Kautokeino y, por supuesto, habrá delegados que vendrán aquí. Y el tambor tenía que ser uno de los centros de interés de su visita. Sin embargo, había miles de detalles prácticos por resolver antes. Estaba ocupado con todo lo demás, pero les aseguro que en todo momento pensaba en ese tambor.

—Ya —dijo Klemet—. Digamos que así era. Por lo tanto, no tiene usted ni idea de cómo es ese tambor.

De nuevo el director hizo una mueca que traslucía su embarazo.

—Conozco la reputación de Henry Mons. Fue uno de los más estrechos colaboradores de Paul-Émile Victor. Les aseguro que es un gran profesional y una excelente persona. Si alguien de ese calibre contacta contigo para decirte que tiene algo excepcional para ti, no puedes poner su palabra en entredicho. Más aún, puesto que ni siquiera había dinero de por medio. No pedía nada, como máximo que nos hiciéramos cargo de los gastos de transporte y del seguro.

—¿Y la aseguradora no hizo ninguna foto?

El director alzó las manos en señal de impotencia.

—¿Le sorprendió el ofrecimiento del francés?

—¿Y cómo no iba a sorprenderme? Te llaman diciéndote que tienen un tambor sami para ti, y es para sorprenderse, sobre todo cuando se sabe lo sucedido con esos tambores. A priori, quedan en el mundo setenta y un tambores samis. Setenta y uno, figúrense. Cientos, tal vez miles, fueron

quemados por los pastores luteranos. Y éste era el primero que regresaba al país de los samis.

—Setenta y un tambores, dice usted. ¿Formaba ése parte de los tambores conocidos? —preguntó Nina.

—A priori, diría que no.

—¿A priori?

—Algunos tambores han sido identificados, autenticados y luego han desaparecido de la circulación. La mayoría se halla en museos europeos, pero otros han desaparecido. Sin embargo, contamos con la descripción precisa de esos setenta y un tambores y copias de los dibujos sobre las pieles.

—¿Desaparecidos? Cómo, ¿robados?

—Algunos de ellos, seguramente sí. Ya saben, para colecciones privadas. Siempre hay historias de ésas.

—¿Hasta el punto de que podría existir un tráfico de tambores? —inquirió Nina.

El alemán permaneció un momento en silencio, como si reflexionara.

—Diría que no. La cultura sami no es lo bastante conocida ni está lo suficientemente extendida como para provocar esos comportamientos.

—No es que quiera insistir en ello —dijo Nina—, pero aún me pregunto por qué no se apresuró usted a ver cómo era.

—Mire usted, si un tambor así es auténtico, hay que manipularlo con muchas precauciones. Ésa es otra razón por la que no lo había visto. Esperaba a un experto en conservación para no correr ningún riesgo. Debería haber venido anteayer. Eso es todo. Y le aseguro que estoy muy frustrado y me siento realmente mal por culpa de esta historia. Tengo la impresión de haber traicionado a los samis.

Helmut parecía sinceramente afectado.

—¿Cuándo se puso en contacto con usted Henry Mons? —prosiguió Klemet.

—No hará mucho, la verdad. Podría hallar la fecha exacta si les interesa, porque me escribió. Pero a ojo de buen cubero diría que fue hará cosa de un mes. Sí, hará justo un mes; debió de ser la víspera o la antevíspera de la fiesta de Santa Lucía, porque recuerdo haberle dicho en broma a mi esposa que

podríamos celebrarlo con una Santa Lucía vestida de chamán que acompañaría sus cánticos con un auténtico tambor sami.

A Klemet esa idea le parecía extraña, pero no dijo nada.

—¿Quién estaba al corriente de la existencia de ese tambor?

El director extendió los brazos.

—Todo el mundo en la región, supongo. Se había hablado de ello en la prensa. No teníamos ninguna razón para ocultarlo. Aunque ahora me digo que deberíamos haberlo hecho de otra manera.

—¿Conoce a Henry Mons?

—Sólo de nombre. Tengo los libros de Paul-Émile Victor. ¿Usted también los tiene?

—No... ¿Quién es ese Victor? —preguntó Klemet.

—Ah..., ya veo —dijo Helmut—. Es un explorador francés muy conocido, especialista en la Polinesia y las regiones polares. Recorrió Laponia justo antes de la segunda guerra mundial.

—¿Y Mons trabajaba con él?

—Sí, era geólogo de formación, pero también etnólogo. Era de esa generación de aventureros que se interesaban un poco por todo, antes de que todo se volviera ultraespecializado. En ese tipo de expediciones contaban con todo tipo de personas de múltiples competencias, cosa que hacía que fuera más barato, supongo. Mons, sin embargo, era alguien extremadamente calificado en esos terrenos.

—¿Cómo se hizo con el tambor?

—La verdad es que desconozco los detalles. Creo que se lo dio uno de los guías samis. ¿Sería un regalo? No lo sé. Esperábamos preguntárselo a Henry Mons, pero el robo lo ha trastocado todo. De repente, ha pasado a segundo plano.

—Si tan raros son esos tambores, debió de ser un regalo excepcional, ¿verdad?

—¡Y que lo diga! ¿Pero conocía el guía sami el valor del mismo? No es seguro. La mayoría de tambores aún existentes se conservaban en un marco estrictamente familiar. Tal vez ya no se utilizaban. En esa época, los samis ya estaban ampliamente cristianizados. Pero, en cualquier caso, es muy

importante para la cultura del norte. Y de Europa, a fin de cuentas. Los samis son la última población aborigen de Europa. La manera como se los trata, y como se trata su historia y su cultura, dice mucho acerca de nuestra capacidad para aprehender nuestra propia historia.

—Sin duda, sin duda —dijo Klemet, que no estaba muy a gusto con ese tipo de razonamiento—. Eso nos aleja un poco de nuestra pequeña historia.

—Sólo usted puede decirlo, inspector.

—Supongo que Mattis Labba, el pastor que ha sido asesinado —preguntó Nina por casualidad—, no debe de sonarle para nada.

—¿Mattis? Al contrario —replicó Helmut, para sorpresa de los policías—. Incluso lo conocía bastante.

Klemet y Nina se miraron, incrédulos. Ante su aire de sorpresa, Helmut se rió.

—Menudo personaje era Mattis.

—Nos lo han descrito sobre todo como un pobre tipo, un alcohólico, un hombre que se había perdido —le dijo Nina, contemplando con insistencia a Klemet.

—Me imagino que también se le puede ver así, pero diría que Mattis era un personaje más complejo. De hecho, era muy ambicioso, pero estimaba que no estaba a la altura de sus ambiciones. Y eso le deprimía. Puedo entenderlo. Se tomaba eso muy en serio.

—¿A qué ambiciones se refiere?

—Creo que vivía bastante a la sombra de su padre. No diría que quisiera hacerse pasar por chamán, aunque estaba bastante dotado para fabricar tambores.

—¿Qué tipo de tambores?

—El mismo tipo que los utilizados por los chamanes. De hecho, ésa era la razón por la que estaba regularmente en contacto con él. Yo vendía sus tambores en la tienda del centro. Incluso aún debo de tener uno, me parece, que un cliente no ha venido a recoger. Es un trabajo importante, ya se lo imaginarán, así que Mattis sólo los hacía por encargo. Los grandes, sobre todo, los destinados a coleccionistas. Había también los que eran para los turistas, que hacía más deprisa y que, por supuesto, eran más baratos.

Nina recordó el instrumental de su gumpi. A eso dedicaba Mattis su tiempo libre cuando no cuidaba de sus renos. A eso y al alcohol. Imaginó a Mattis aislado en su gumpi, en medio de una tormenta de nieve, inclinado sobre un pedazo de madera y trabajando laboriosamente, con la vista enturbiada por el alcohol. Olvidó su resentimiento hacia el Mattis de mirada perversa que le había dado asco. Sus pensamientos flotaron con naturalidad hasta Aslak. Aslak y su mirada dura y atormentada, implacable y... turbadora.

—¿Cuándo lo vio por última vez? —preguntó Klemet.

El alemán se peinó la barba.

—Lo vi... hará por lo menos dos semanas, me parece.

—¿Qué quería?

—Oh, lo de siempre. Nos veíamos cada dos meses. A menudo, cuando necesitaba dinero, de hecho. Entonces le encargaba unos cuantos tambores. Mattis me caía bien. Forma parte de una especie de ganaderos en vías de desaparición. Ya no hay lugar para los pequeños como él. Ya no con los gastos fijos que tienen hoy en día los ganaderos y con la presión que sufren de la oficina de gestión. Pero estoy hablando demasiado, eso no es asunto mío.

—¿Cómo lo vio?

—Mattis podía ir de un extremo a otro, eso dependía de su estado...

—De si había bebido o no —completó Nina.

—Sí —dijo el alemán, molesto. Los miró a uno y otro y prosiguió—. No quiero mancillar su memoria.

—No se lo pedimos —dijo Klemet—. Continúe.

—Veo a Mattis como alguien muy sensible. No estaba hecho para este mundo.

—Nadie está hecho para este mundo —murmuró Klemet en voz tan baja que Nina le pidió que repitiera lo que había dicho.

Klemet dirigió su atención al alemán, ignorando el comentario de Nina.

—¿Lo notó diferente de otras veces? ¿Desde cuándo le conocía?

—Conocí a Mattis prácticamente cuando llegué. Era joven, trabajaba para otros ganaderos; en aquel entonces era un adolescente.

El alemán sonreía, parecía volver a ver de forma gustosa la película de aquellos tiempos.

—Conocí la época en que la mecanización llegó a la ganadería de renos —prosiguió—. Se inventaron las motos de nieve. Mattis era un loco sobre esas máquinas. Un verdadero imprudente.

Helmut sonreía, silencioso. Acto seguido alzó la vista y miró a los policías.

—Había cambiado. Siempre estaba cambiando. Estaba en una pendiente. Aunque el alcohol más o menos marcara el paso, cada vez se hundía más y más. Tengo la impresión de que algo le preocupaba. No, ésa no es la palabra adecuada. Estaba habitado. Parece una palabra muy pomposa, pero creo que había algo que llevaba dentro de él y que no lograba compartir. Eso le corroía. Eso es, le corroía. Volviendo a la última vez que vino, pasó aquí bastante tiempo. Se entretuvo en el taller. Miró lo que hacían los otros artesanos y se paseó por el centro. No había mucha gente. Estaba tranquilo; me parece que apreciaba esos momentos antes de volver al vidda, con el frío, los riesgos y ese trabajo sin fin con los renos. Creo que aquí vivía momentos de paz.

Klemet y Nina guardaban silencio. No tenían más preguntas. Ellos mismos parecían perdidos en sus propios pensamientos. Lo estaban. Por motivos diferentes. Cuando, al salir, Klemet invitó a Nina a ir a su casa, ella se sintió aliviada.

Viernes, 14 de enero

19.00 horas. Kautokeino

Cuando Nina llamó a la puerta de la casa de Klemet a las siete en punto de la tarde, tuvo una extraña sensación. Era la primera vez que iba a su casa y también la primera vez que se presentaría ante él vestida de civil. Por supuesto, no había razón alguna para que aquello pudiera parecer extraño, pero se sentía un poco más expuesta. Llevaba una parka ajustada y un gorro con un pompón rojo colgando a un lado. Al no obtener respuesta, volvió a llamar. De nuevo, nadie contestó. Se volvió y miró hacia la calle iluminada. El coche de Klemet estaba aparcado. Echó un vistazo a un lado, hacia el jardín, pero estaba demasiado oscuro. Llamó otra vez, más fuerte. Luego gritó el nombre de Klemet. Acabó por oír una respuesta.

—¡Aquí!

—¿Dónde?

—¡Al fondo del jardín!

Nina rodeó la casa, avanzó con prudencia sobre la nieve y vio un resplandor al fondo del jardín. Un resplandor que procedía del interior de lo que debía de ser una tienda sami. Alzó un trozo de tela y apareció la silueta de su colega. Nina dio unos pasos, sorprendida, y se agachó para penetrar en la tienda mientras Klemet le sostenía la tela. Al incorporarse, se quedó estupefacta. El policía había instalado en su jardín una auténtica tienda sami.

En el centro, había una chimenea en la que un fuego generoso desprendía un agradable calor, así como humo hasta media altura. El suelo estaba recubierto de pieles de reno, excepto en la entrada, alfombrada con ramas de abedul.

—Elige tu lado —le ofreció Klemet.

—¿Dónde te sientas tú?

—Enfrente, no te preocupes —dijo sin ni siquiera una sonrisa.

—No me preocupo.

Se sentó a la izquierda y miró de nuevo en derredor. A lo largo de la tienda, entre las pieles y el borde de la tienda, había unos baúles rectilíneos de unos treinta centímetros de ancho. Sobre algunos, unos cojines sedosos y tornasolados denotaban un evidente refinamiento. Frente a la entrada, detrás de la chimenea, había un baúl antiguo y barnizado, grande pero no macizo, al pie de un bonito armario tallado cuyas esquinas se habían reforzado con adornos de cobre. Mediante un sistema de cuerdecillas y maderas suspendidas, Klemet había colgado reproducciones de pinturas y de fotos que exaltaban la magnificencia del vidda, paisajes maravillosos de luz mágica y también pinturas abstractas con tonalidades a juego. Nina observaba fascinada esas imágenes veladas por el humo, lo que les añadía un rasgo misterioso. Al alzar la vista, siguió el humo que salía por la cúspide de la tienda, por una abertura que daba al exterior. En la parte superior de la tienda, entre los cuadros y la abertura, había decenas de astas de renos trabadas entre ellas con evidente cuidado, colgadas con un sistema ingenioso e invisible. Esa barrera de cuernos a través de la cual se escapaba el humo desprendía una armonía que llamó la atención de Nina, como si los pensamientos contenidos en esa tienda pasaran a través de un misterioso filtro. Todo estaba dispuesto con buen gusto y calidez. Nada en el comportamiento de Klemet había permitido imaginar semejante refugio, que la transportaba a uno a otra dimensión. Nina estaba cautivada y, a la vez, se sentía algo tímida. Esa intimidad era casi demasiado brutal, por lo que se sintió obligada a volver a algo más terrenal.

—He reservado mi billete de avión a Francia. Me voy mañana al mediodía.

—Perfecto —dijo simplemente Klemet. No añadió nada. Consciente de la atmósfera que así se creaba. Consciente también de que Nina necesitaría cierto tiempo para adaptarse—. ¿Qué quieres beber? —acabó por decir—. También hay algo de comer, si te apetece. Pero no hay tibia de reno, te lo prometo —agregó mirándola con media sonrisa.

—Klemet..., este sitio es extraordinario. Estoy muy sorprendida. Te sientes realmente transportada a otro mundo. Es tan... armonioso, cálido, mágico. Asombroso, también. Qué idea haber plantado una tienda así en tu jardín...

—¿Con o sin alcohol?

Nina miró alrededor. En apariencia, todo estaba bien ordenado. Habría visitado ya una buena veintena de gumpis y de tiendas de ganaderos desde que había empezado en la brigada, pero nunca había visto nada semejante.

—Me apetecería una cerveza.

Klemet abrió el baúl y sacó dos botellas de cerveza, unas Mack de Tromsø. Entreabrió un mueble, sacó dos vasos y tendió uno de ellos y la botella abierta a su colega.

—Hay que averiguarlo todo acerca de ese tambor, acerca de esa expedición de antes de la guerra y de ese lapón y, de modo eventual, acerca de otros coleccionistas. A pesar de lo que diga Helmut, no puede excluirse un robo por parte de traficantes de piezas. Hay que averiguar si forma parte de los tambores conocidos o no. Si el golpe lo ha dado alguien de aquí, ya sea Olaf u otra persona, tiene que haber una razón de peso.

—¿Has oído la radio nacional? Dicen que podría tratarse de la extrema derecha, incluso de laestadianos de aquí. Dicen que la extrema derecha quiere impedir que los lapones refuercen su identidad con el tambor, y los laestadianos quieren evitar que vuelvan a sentirse tentados por su antigua religión.

—Lo sé. Eso son móviles, no pruebas.

—¿Qué son los laestadianos? En el sur no hay.

Con aspecto distendido, Klemet alzó su vaso hacia Nina.

—Salud.

—Salud —dijo ella.

—Es una secta luterana. El entorno del que procedo.

Nina abrió unos ojos como platos, incapaz de ocultar su sorpresa.

—Surgió de un pastor sueco medio lapón que se dedicó a llevar a los lapones por el buen camino porque consideraba que se encontraban demasiado bajo la influencia del alcohol. Eso fue hace ciento cincuenta años. Aún hay quienes le siguen. Son muy tradicionalistas y muy estrictos. No era lo mío. Sin televisión, sin alcohol y sin cortinas en las ventanas, todo eso. En mi familia eran muy practicantes. Por eso no tuvimos buena relación. Yo nunca he podido aceptar esa mojigatería.

—¿Y tu familia? ¿Eran ganaderos?

Klemet se tomó su tiempo y bebió despacio.

—No, ya te lo he dicho: mi abuelo fue ganadero. Pero tuvo que abandonar. No pudo continuar. Aquí, en pocos años puedes arruinarte. Y eso fue lo que le sucedió a mi abuelo. Podría haberse hundido. Pero llevaba a cuestas su moral laestadiana. Se fue a trabajar de jornalero con un granjero de la región. Vivía en una granja a orillas de un lago, al otro lado de la montaña, a dos días de camino de Kautokeino. Mi padre, de niño, trabajaba con los renos de los demás y a veces, en verano, también en el campo. Pero mi abuelo nunca bebió. Mi padre tampoco. Estaban orgullosos de ello.

—Decías que eras sueco.

—Sí, mi madre era sueca. Mi padre la conoció trabajando en Suecia. Como temporero. Vivía parte del año con nosotros en Suecia y el resto en Noruega, en función de los trabajos. Yo crecí en parte en Kiruna, en Suecia, donde está la mina de hierro. Allí nací. Tenía quince años cuando vinimos a vivir a Kautokeino.

Nina se sentía un poco aletargada sorbiendo su cerveza, caliente sobre las pieles de reno, tumbada y ligera. Notaba que su colega estaba hablador. Era poco habitual.

—Klemet, ¿por qué una tienda así aquí?

Él se rió, un poco tímido.

—Me gusta esta atmósfera. Es íntima.

—¿Te habría gustado ser ganadero de renos?

Klemet no respondió de inmediato. Estaba sumido en sus pensamientos.

—No, y no digo que no sea un oficio interesante, pero creo que hay que haber nacido para ello. Yo quería tener un taller mecánico. En mi adolescencia, en Kautokeino, trabajé en un taller. Era divertido. Había todo tipo de coches, y nos ocupábamos de su mantenimiento. Estaba el coche del repartidor de helados, los de los policías o la ambulancia. Mi preferido era el de pompas fúnebres. Tenía mucha clase. Yo los conducía una vez que acabábamos el mantenimiento. Eso me encantaba.

—¿Es eso lo que siempre has deseado hacer?

—No.

Pareció incómodo.

—Creerás que es una bobada, pero me habría gustado tener un oficio que no es propio de aquí, un oficio que ningún lapón ha hecho jamás. Habría querido ser cazador de ballenas.

—Cazador de ballenas...

—Sí. Es una bobada cuando eres del interior de Laponia.

—Mi padre fue cazador de ballenas —espetó Nina.

En ese momento, fue Klemet quien la miró con ojos sorprendidos. Esperó a que ella prosiguiera, pero Nina no dijo nada más.

—¡Pues vaya!

Klemet se puso unos instantes soñador. Iba a hacerle una pregunta a su compañera cuando advirtió su aspecto sombrío. No se atrevió.

# 18

Lunes, 17 de enero

Salida del sol: 10.07 horas; puesta del sol: 12.52 horas

2 horas y 45 minutos de insolación

08.30 horas. Kautokeino

Karl Olsen entró en el ayuntamiento de Kautokeino de malas pulgas. El granjero era de natural malhumorado, pero esta vez lo estaba más que de costumbre. El pleno municipal se celebraba a mediodía y no había tenido tiempo de preparar los asuntos como deseaba. Era concejal del Partido del Progreso, minoritario en el pueblo. Sin embargo, como en todo el país el partido contaba con un veinte por ciento de apoyo de la gente, se le contemplaba con cierto respeto. Algunos opositores procuraban describirlos como un partido de extrema derecha, pero eso no tenía nada que ver con la realidad. Sólo que esos lapones se creían que todo les estaba permitido, y no se podía seguir así. Y él, Karl Olsen, tenía intención de ponerles fin. No por nada en su familia habían sido granjeros allí de generación en generación. Sí, la familia Olsen formaba parte de los pioneros, de los que habían conquistado el Gran Norte en nombre de la Corona, de los que habían desbrozado aquel desierto helado cuando los lapones no sabían ni correr detrás de sus renos. El problema era que, en la Laponia interior, los lapones, aunque fueran minoría, eran mayoritarios. Otra cosa era la costa. Allí, sin embargo, había que contemporizar. Y en eso de contemporizar, Karl Olsen era muy hábil. Había

logrado engatusar a los otros partidos y había obtenido un lugar en dos comisiones, la de asuntos agrícolas y la de asuntos mineros. Iba, por regla general, una vez a la semana al ayuntamiento. Era mucho, pero lo consideraba un deber para vigilar lo que allí se tramaba. Volvió el torso, con la nuca siempre tiesa, para saludar a la recepcionista. No le caía bien, sabía que era laborista, pero ocupaba un puesto clave: cuando la secretaria del alcalde estaba ausente, a menudo era ella quien se ocupaba de los asuntos ordinarios del ayuntamiento.

—¿Todo en orden, mi pequeña Ingrid? —preguntó con voz melosa.

—Todo en orden. He impreso el orden del día de la reunión de la comisión de asuntos mineros. Lo tiene en su casillero. Y he puesto también la lista de los invitados a la conferencia de la ONU sobre poblaciones autóctonas que visitarán el ayuntamiento.

—Gracias, gracias, querida, me marcho.

Olsen cogió el orden del día y la lista, así como algunos sobres y periódicos. Erguido como un palo, se dirigió con pasos cortos y rápidos al despacho del Partido del Progreso. Como imaginaba, no había nadie. Su compañero de lista era un inútil al que despreciaba, un presumido al que le parecía más importante pavonearse sobre su motonieve durante los días de mercado. Era patético. El chaval era propietario de la pequeña tienda de informática y sólo se había afiliado al partido porque éste quería bajar masivamente los impuestos y utilizar a espaldas el dinero del petróleo. Ese petimetre no había entendido nada de lo que allí estaba en juego, pero Karl Olsen lo necesitaba, así que lo soportaba.

Karl Olsen reflexionó en lo que estaba sucediendo durante esos días en la región. Había una gran animación. Demasiada, sin duda. En cualquier caso, eso tenía ocupados a los holgazanes de los policías. Cogió la lista de invitados a la conferencia de la ONU y, sin leerla siquiera, la arrugó hasta formar una bola y la arrojó a la papelera. Pensaba en otra conferencia mucho más importante para él, la que en breve debería conceder las licencias de explotación minera en Laponia.

Pensaba en ello mientras hojeaba con despreocupación el *Finnmark Dagblad*. Se hablaba de la manifestación de su partido en Alta. Ese asunto

estaba armando un buen escándalo. En la costa, la gente ya estaba harta de esas historias y de que los samis impusieran su ley. Muy bien, muy bien, se dijo Olsen. Continuó pasando las páginas del diario: un accidente de automóvil en Hammerfest, un barco de pesca en dificultades frente al cabo Norte, una colegiala violada en Alta, un contrabandista de tabaco detenido en Kirkenes, la renovación de la escuela de Tana Bru que al final se había aprobado. Tiró el periódico.

Las compañías mineras que trabajaban en la región ciertamente habían contribuido al desarrollo del pueblo, puesto que se había creído conveniente construir el pequeño aeródromo. Pero eso no era nada comparado con lo que iba a suceder con esa nueva ronda de concesiones de licencias. Aquello iba a ser enorme, válgame Dios. Lo sabía a ciencia cierta, pues formaba parte de la comisión municipal de asuntos mineros. Justamente para seguir eso de cerca se había hecho nombrar miembro de esa comisión y le había dejado al petimetre los puestos más codiciados, como la comisión de presupuestos. Sí, iba a ser algo enorme, sobre todo si uno sabía dónde presentar la maldita solicitud.

—Dios mío, Dios mío, Dios mío —exclamó Olsen.

Aquella maldita reunión se acercaba a toda velocidad y aún no sabía a qué puerta llamar. Estaba examinando el orden del día de la comisión de asuntos mineros cuando sonó el teléfono.

—Karl, hay un señor en recepción. Desea ver a alguien de la comisión de asuntos mineros.

—Pues no tengo tiempo para atenderle —refunfuñó—. Que vuelva esta tarde.

Olsen oyó una conversación ahogada, tras lo que la recepcionista prosiguió.

—Insiste, Karl. Es un francés. Geólogo. Dice que ha presentado una solicitud de exploración y quiere saber cómo está.

Dios mío, pensó el granjero. Debe de ser ese tipo del que me ha hablado Brattsen. Recordó entonces a toda velocidad lo que le había contado el policía cuando se habían visto dos días antes. Se habían citado por la noche detrás de su casa. Parecía cosa de conspiradores, pero para él era una manera

de poner a prueba la voluntad de Rolf Brattsen. Se decía que si podía arrastrar al policía a citas así, podría llevarlo mucho más lejos. No había que soltar a aquel muchacho. Brattsen le había hablado de aquel geólogo que podía incluso ser un sospechoso, ¿quién podía saberlo? Al fin y al cabo, su llegada a la zona había coincidido con la serie de catástrofes que se habían abatido sobre el pueblo. ¿Qué llevaría de cabeza aquel tipo? Seguramente, no sería difícil encerrarlo algún tiempo, a la espera de que todo se calmara, de que terminara esa maldita conferencia de la ONU y la tensión disminuyera. Al escuchar a Brattsen, Karl Olsen había entornado los ojos. Reflexionaba. Luego, de repente, se volvió hacia el policía.

—Pero si no es culpa tuya, chaval —le había dicho—. Ese tipo nos lo envía la providencia. ¿Lo entiendes? Es algo inesperado.

Brattsen no entendía nada.

Karl Olsen, sin embargo, tenía un embrión de idea en su cabeza. Una idea surgida de una obsesión. Tal vez había llegado el momento, se dijo frotándose la nuca. Pero no podría llevarlo a cabo solo. Nunca había confiado en los geólogos locales. Estaban demasiado próximos a las autoridades locales, consideraba. Todo el aparato económico e industrial del Gran Norte se encontraba dominado por el Partido Laborista, incluidos los geólogos; estaba convencido de ello. Eran sólo burócratas a sueldo del poder. Jamás sabrían guardar un secreto. Su lealtad jamás se decantaría hacia él. Y de repente un geólogo extranjero le había caído del cielo.

Al teléfono, la recepcionista seguía esperando. Karl Olsen reflexionaba a toda velocidad.

—Ingrid, dile que espere un momento.

Colgó. Marcó acto seguido el número de Brattsen. Cuando el policía descolgó, el concejal fue directamente al grano.

—Rolf, ¿qué más sabes acerca de ese francés, además de lo que me contaste?

Mientras atendía a lo que le decía el policía, Olsen entrecerró los ojos. De vez en cuando emitía un gruñido. Estaba escuchándole con atención cuando su mirada se detuvo en el periódico que había tirado a la papelera. Lo alisó con la mano libre y lo abrió por la página que le interesaba, la de los sucesos.

Luego le dio las gracias a Brattsen. Se frotó las manos, recortó un trozo de diario y descolgó de nuevo el aparato.

—Ingrid, dile a ese caballero que no puedo recibirlo antes de la reunión del comité. No debería tratar de obtener un favor ilícito, ¿verdad?

—Oh, no había caído en ello, Karl. Pero seguramente tienes razón. En todo caso, es muy prudente por tu parte. Si pudiera decirse lo mismo de todos nuestros concejales...

—Sí, chiquilla. Bueno, ahora tengo que trabajar, no vuelvas a molestarme hasta la reunión del comité, ¿de acuerdo?

Colgaron. Olsen se precipitó a la ventana de su despacho. El francés se subía rápidamente a su todoterreno y parecía enfurecido. Iba en un gran Volvo XC90. Miró en qué dirección se marchaba, aguardó unos minutos y luego salió, a su vez, por la puerta trasera.

Karl Olsen alcanzó sin dificultad al geólogo. Esperó a llegar a un tramo de carretera aislado y le hizo señales con los faros. Delante, éste aminoró y puso el intermitente.

—¿Quería ver a alguien de la comisión de asuntos mineros? —le dijo Olsen, con la ventanilla bajada—. Sígame.

Circularon hasta salir de la ciudad, hasta el lugar próximo al cercado de los renos donde el granjero se había reunido con Brattsen unos días atrás. Una vez allí, Olsen abrió la portezuela derecha del coche, con una mueca de dolor por su nuca, y cogió el termo de café que se había llevado de su casa esa mañana.

—¿Un café?

Racagnal se sentó en silencio. No parecía en especial sorprendido por haber sido conducido por un desconocido a un lugar desierto. Karl Olsen se dijo que, como el individuo no parecía ingenuo, lo más seguro es que estuviera habituado a las malas faenas. Tendría que estar doblemente atento. Tras volver su busto hacia la derecha, le tendió la mano, con una sonrisa que le parecía benevolente pero que no era más que un rictus.

—Karl Olsen —se presentó—. Formo parte de la comisión de asuntos mineros. No he podido recibirle por un contratiempo en el ayuntamiento, pero el mal está reparado. Así que dígame...

André Racagnal se tomaba ahora su tiempo para observar al granjero, que se esforzaba en mantenerse en su posición, medio vuelto hacia él.

—No tomo café, gracias —dijo en su sueco, con fuerte acento francés.

El geólogo parecía sopesar la situación mientras acariciaba maquinalmente la pulsera de plata que lucía en la muñeca izquierda.

—Mi empresa, la Francesa de Minerales, ha presentado una solicitud para una licencia de explotación. Me han prometido una respuesta, positiva, hoy. He pasado todos los trámites administrativos en el ministerio, la agencia minera y la región. Sólo me falta el sello del ayuntamiento.

—Y eso no debería ser un problema, ¿verdad? —dijo el granjero—. Así que nosotros no servimos de nada..., ¿eh?

—No es eso lo que he dicho. He respetado todos los criterios propios de la temporada para evitar las zonas de pasto de los renos y...

—Los renos, los renos...

Olsen hizo un gesto con la mano, como si eso no le importara.

—Ahora escúcheme bien —prosiguió.

Permaneció un momento en silencio, como si sopesara una vez más sus palabras, como si hiciera un último intento por contemplar todas las opciones.

—En estos momentos, el comité es muy restrictivo. Ha habido muchas discusiones en el pleno y algunos creen que se está yendo demasiado deprisa.

No era cierto, pero Olsen se volvió un poco para ver cómo reaccionaba el francés. Nada. No le facilitaba la tarea. Continuó.

—Ya se ha prohibido la prospección aérea, como sin duda sabe.

Eso sí era verdad. Lo miró de nuevo. Nada. ¡Dios mío!

—Su historia no pinta bien... Pero podría echarle una mano. Parece usted serio. Y conoce la región, por lo que me han dicho.

Esta vez, el francés pareció reaccionar.

—Mi buen amigo el comisario Brattsen, un excelente policía, y seguramente el próximo jefe de la policía de aquí: él me ha hablado de usted.

—¿Y?

—¿Ha trabajado ya en la región?

—Sí, durante varios años. También he trabajado mucho en África, Canadá y Australia, un poco aquí y allá, sí.

—¿Siempre para la misma empresa?

—No, también para unos chilenos, pero desde hace diez años trabajo para la Francesa de Minerales, el grupo francés más importante. Gente seria.

—Bien. Verá usted, he mirado su dossier y todo está muy bien atado, hay que reconocerlo. Qué lástima que la comisión sea ahora tan dura... Pero... Le propongo otra cosa.

El francés lo miró con intensidad.

—Verá usted, a mí también me interesan los minerales. Mucho, y desde hace mucho tiempo. Pero necesito a un geólogo. Uno bueno, un tipo que no sea uña y carne con los laboristas de por aquí. Un tipo que pueda trabajar con discreción, ya me entiende, que no tenga que darle explicaciones a nadie. ¿Sabe a qué me refiero?...

—Sí —respondió Racagnal—. Siga.

—Le propongo un trato. Sobre una mina. Una grande. Algo que nos hará ricos.

Sus ojos estaban aún más entornados, enfatizaba sus palabras, ya veía esa mina.

—Pero no sé dónde está.

—Ah...

—Pero tengo un mapa —dijo de inmediato.

—Un mapa... ¿Y no sabe dónde está? No le sigo.

—Es un mapa geológico, no hay ningún nombre indicado. Es antiguo y...

De nuevo, Olsen dejó en suspenso su frase para evaluar a Racagnal. Al hablar de un mapa geológico, éste había aumentado su atención.

—¿Un mapa de cuándo? —lo interrumpió.

—Pues no está indicado, pero por lo que me dijo mi padre antes de morir, debe de ser de justo antes de la guerra.

—¿Y qué le hace creer que existe una mina tan importante? ¿Y una mina de qué?

Karl Olsen se frotó la nuca con una mueca y avanzó un poco más hacia el francés.

—Oro —murmuró—, mucho oro.

Retrocedió de nuevo, pues la posición que mantenía le causaba dolor.

—¿Qué quiere de mí? —le preguntó Racagnal.

—Busque por mí. Tendrá el permiso para su empresa. Pero también deberá buscar ese yacimiento. Como algo prioritario. Le prometo la exclusividad. Eso lo convertirá en un hombre rico.

—¿Cómo puede estar tan seguro?

—Porque es lo que decía mi padre y porque desde hace mucho tiempo se habla en la región de ese yacimiento, pero nadie ha conseguido encontrarlo nunca. Pero nadie disponía de ese mapa.

Racagnal permaneció en silencio. Reflexionaba. Ya es algo, se decía el granjero. Por lo menos no se había echado a reír.

—Dentro de un rato habrá una reunión de la comisión, como ya sabe. Para mí no es difícil posponerla unos días. Eso le da tiempo a presentar un dossier complementario. Por supuesto, en el mismo no debe figurar mi nombre. Pero eso también implica que de inmediato hay que tener una idea más precisa del emplazamiento del yacimiento, para estar seguros de dar en el clavo. Las concesiones de licencias que se aprobarán a fin de mes para toda Laponia son las mayores que jamás se hayan otorgado en el norte y no habrá nuevos permisos de ese calibre por lo menos hasta dentro de diez años. ¡Así que es ahora o nunca!

El francés clavaba su mirada en Karl Olsen, que se frotaba de nuevo la nuca.

—Podría ser interesante. Déjeme algo de tiempo para pensar en ello y tomar algunas disposiciones.

Olsen le dirigió una mirada torva, con la nuca tiesa; se llevó con lentitud la mano a la cartera en la que había guardado el recorte del periódico y se contuvo.

—La reunión de la comisión es a mediodía. Necesito su respuesta antes. No lo olvide: exclusividad. Aquí tiene mi número. Ahora, váyase.

10.00 horas. Kautokeino

Karl Olsen estacionó de nuevo detrás del ayuntamiento y entró discretamente

en el edificio. No fue difícil. En aquel ayuntamiento se entraba y se salía como Pedro por su casa. Cualquiera podía entrar y pasar por los despachos sin que nadie se diera cuenta. Allí no se desconfiaba demasiado de la gente. Aún flotaba en el ambiente un aire de inocencia. Mejor, se rió Olsen para sus adentros. Acto seguido, se metió en el despacho del partido. No había nadie. Perfecto. Luego se dirigió a la recepción. Ingrid conversaba con varios concejales, entre los cuales se hallaba su compañero de candidatura, vestido aún con su mono de motorista.

—¿Algún mensaje para mí, Ingrid?

—No, Karl, y no he dejado entrar a nadie mientras trabajabas.

La recepcionista estaba abriendo el correo del día mientras charlaba amistosamente con todos. Faltaba una hora para que empezara la reunión de la comisión.

—Ingrid, ¿está lista la sala? —preguntó otro concejal—. El otro día el retroproyector estaba estropeado.

—Lo comprobaré.

Se levantó y se dirigió hacia el pasillo opuesto al que había utilizado Olsen. Dobló la esquina. Pasados unos instantes, se oyó un estridente grito. Todos a una, los presentes se precipitaron hacia el pasillo, donde hallaron a Ingrid con las manos en la boca y los ojos aterrorizados.

—Allá, allá —dijo, señalando con el dedo una forma sobre el suelo.

Todos miraron. La cosa, junto a una bolsa de plástico, estaba arrugada, negruzca en algunos lugares, pero el contorno de la misma no dejaba duda alguna: se trataba de una oreja humana.

# 19

Lunes, 17 de enero

10.30 horas. Kautokeino

Brattsen interrogaba a Ingrid cuando Klemet llegó solo. Nina estaba acabando de prepararse antes de ir al aeropuerto de Alta. La víspera se habían separado con cierta melancolía.

Brattsen ni siquiera le prestó atención. Un policía hacía fotos de la oreja y otro buscaba huellas. La recepcionista explicó que había encontrado la bolsa de plástico clavada con una chincheta en la puerta. Ignoraba cuánto tiempo había estado allí la bolsa. Se trataba del pasillo de las salas de reuniones, y la junta del mediodía tenía que ser la primera del día, así que no podía saberse si alguien había pasado por allí antes. Mientras Brattsen proseguía el interrogatorio, que probablemente no conduciría a nada, estimó Klemet, pues cualquiera podía entrar en el ayuntamiento como Pedro por su casa, él se acercó al lugar donde estaba la oreja, todavía en el suelo. Distinguió con claridad unos cortes en el lóbulo. Pero lo que luego vio le dejó estupefacto.

Habían cortado la oreja de Mattis, pues no cabía duda alguna de que era la suya, como si fuera la de un vulgar reno. Como cuando los ganaderos marcan a las crías con el cuchillo para establecer que son de su propiedad. Se arrodilló para tomarse su tiempo. Había incisiones en dos lugares. Una, en la parte inferior de la oreja, formaba una especie de círculo, pero un círculo incompleto, un poco como una media luna iluminada en tres cuartas partes.

La otra, en la parte superior, parecía más compleja. Recordaba un poco a una garra y, justo debajo, se veía una señal que, sin estar seguro de que formara parte del mismo conjunto, podía recordar..., quizás, a la marca producida por el movimiento de un anzuelo, un gancho. Klemet se puso en pie. Brattsen había acabado de interrogar a Ingrid, que se había marchado acompañada por un colega que la sostenía del brazo.

—¿Qué, Gordo? ¿Ya estás aquí?

Y tras decir esto, se fue. Klemet se dirigió al fotógrafo.

—Ya me harás llegar las fotos.

El policía se preguntó con qué podía asociar aquella marca. ¿Era la de un ganadero? ¿Por qué hacerle semejante señal? El descubrimiento de esa oreja y en semejante estado haría avanzar la investigación. ¿Con qué tipo de perverso se las estaban viendo?

Llegó a comisaría, se encerró en su despacho y tomó de inmediato el manual de la oficina de gestión de los renos que recopilaba las marcas de todos los ganaderos de Laponia en los tres países nórdicos. Había miles, algunas ya no se utilizaban, pero conservaban el derecho legal de seguir existiendo. Klemet se frotó la frente. Aquella marca le recordaba algo vagamente, pero una vaga idea no era de mucha ayuda. No quedaba más remedio que ponerse manos a la obra. Descolgó el teléfono, para avisar a Nina, luego cogió un bloc de notas y un bolígrafo y comenzó a hojear el manual.

11.00 horas. Kautokeino

Tras dar una buena vuelta para comprobar si en los alrededores había algún vehículo sospechoso, Brattsen iba de camino a comisaría cuando vio el coche del francés estacionado frente al pub en el que se habían encontrado la otra noche. Debería haber vuelto a comisaría para ocuparse de la investigación, pero había tenido una intuición. Estacionó junto al Volvo. A juzgar por el aparcamiento, aún no había nadie más. La gente no llegaría hasta al cabo de un cuarto de hora, para el almuerzo. Empujó silenciosamente la puerta y vio a

Racagnal en la barra, delante de una cerveza. Parecía pensativo. El policía se disponía a avanzar cuando vio a la camarera salir de la cocina e ir a la barra. No era Lena, sino su hermana pequeña, dos años menor que ella. Vio, a continuación, a Racagnal tender la mano sobre la barra para acariciarle el labio con el pulgar. Ella sonrió con timidez y le apartó la mano. Acto seguido, se volvió para dirigirse a la cocina, al fondo, mientras Racagnal giraba ligeramente la cabeza hacia la izquierda para mirarle el culo. Sus ojos estaban siguiendo naturalmente su movimiento hacia la izquierda cuando advirtió, en la sombra de la entrada, la silueta del policía. Se miraron y Brattsén avanzó hasta la barra.

—Ulrika, una cerveza, una *light*.

La joven le llevó la cerveza. Al pasar, dirigió una equívoca mirada al francés y volvió a la cocina. Brattsén alzó su vaso hacia él.

—¿Aún no se ha marchado?

—Enfilo la recta final. Ya sólo espero la luz verde del ayuntamiento.

—Ah, sí, el ayuntamiento.

Brattsén no le comentó nada de la oreja que habían descubierto. Bebió un poco de su cerveza y le dijo, bajando la voz:

—Esa sí que no tiene dieciocho años.

Racagnal no respondió.

—Pero menudo culito, ¿verdad?

El geólogo se sorprendió, pero no lo dejó traslucir. No conseguía situar al policía. Sin embargo, la evocación de las formas de la camarera le encendió los sentidos.

—Sabe, esas chavalitas no son difíciles.

Racagnal contenía la respiración y seguía mirando fijamente al frente. Sentía que el policía quería llegar a algún sitio.

—Y además están bastante acostumbradas, hasta su padre se las folla.

Ulrika salía de la cocina en ese momento. Los dos hombres la miraron. Ella apartó los ojos, bruscamente intimidada, y regresó a la cocina.

—La verdad —dijo Brattsén— es que no hay más que servirse. Su padre no pondrá ninguna objeción, se lo aseguro. Ulrika —llamó.

La joven volvió a salir.

—Ven aquí.

La joven rodeó la barra y se situó junto a los dos hombres. Racagnal tenía la respiración acelerada, pero continuaba sin decir nada. Brattsen puso la mano sobre la mejilla de ella, que pareció algo sorprendida.

—¿Qué tal, chica? —dijo. Le acarició con el pulgar, con una ternura inhabitual por su parte—. ¿Todo bien en el colegio y en casa?

Su pulgar le acariciaba ahora los labios, y contrastaba con el discurso banal que desconcertaba a la muchacha. No sabía qué actitud adoptar.

Racagnal no se lo podía creer. La joven, con la mirada algo extraviada, se dejaba hacer. El policía había echado el torso un poco hacia atrás para observar al geólogo. Éste contemplaba, fascinado, cómo el pulgar rozaba los labios de la chiquilla con una caricia que pretendía ser paternal pero que era en exceso carnal. Al final, Brattsen retiró con brusquedad la mano.

—Ulrika, serás amable con mi amigo, ¿verdad? —dijo poniéndose en pie para marcharse.

La joven adoptó un aire sumiso y se dirigió a la cocina sin volverse. Racagnal tenía la mirada ardiente y no apartaba la vista de la puerta de la cocina.

11.10 horas. Carretera 93

Nina circulaba por la carretera 93 entre Kautokeino y Alta, en dirección al aeropuerto. Tenía mucho tiempo y conducía lentamente. Debido a las nubes negras que cubrían la región, la temperatura apenas superaba los veinte grados bajo cero. Pero soplaba el viento, que provocaba remolinos de nieve. A esa hora del día ya debería haber aparecido el sol. En lugar de eso, estaba tan oscuro como de noche. El paisaje era invisible. En algunos tramos, el pavimento estaba cubierto de una capa de hielo, y Nina disminuyó aún más la velocidad. La carretera serpenteaba un poco, el viento seguía soplando y a veces la ventisca la cegaba; además, el haz de sus faros se reflejaba contra una nieve que en algunos sitios era casi compacta. Ahora descendía y pronto llegaría a la altura del lago, asiduamente utilizado en invierno por los pilotos de motonieves. Le costaba distinguir los laterales de la calzada debido a la mala visibilidad. De repente, vio una sombra que surgía de la derecha. Dio un golpe de volante, patinó y evitó la sombra. Un reno, se dijo, con el corazón en un puño. Recuperó el equilibrio tras acelerar de nuevo y patinar sobre el hielo, pero aparecieron nuevas formas que se acercaron a ella deprisa, muy deprisa. Golpeó a una de frente. El impacto contra algo blando provocó que diera un bandazo. Un camión que se dirigía hacia ella a toda velocidad le hizo señales con los faros y tocó el claxon con violencia. Nina giró y aceleró a un tiempo, dio un nuevo bandazo, patinó y fue a estrellarse contra un montón de nieve en la siguiente curva. Sufrió una sacudida brutal y oyó un siniestro

ruido cuando la aleta derecha se hundió. Luego, nada. Mantuvo las manos al volante y sintió que la invadía la adrenalina, incapaz de moverse. A continuación, se llevó la mano derecha al corazón y notó los latidos desbocados, y se volvió. No se veía nada. El camión ni siquiera se había detenido. Nina dio marcha atrás para estacionar el vehículo en una pequeña área de aparcamiento. Dejó el motor encendido y puso las luces de emergencia. Se caló el gorro y los guantes y salió con la linterna. La ventisca le cortaba la cara. Había perdido toda noción de distancia. El viento casi la cegaba y le mordía la piel. Se metía en su mono mal abrochado. El frío se apoderó de ella. Trató de orientarse con las huellas de los neumáticos, pero la ventisca lo barría todo y su linterna, a pesar de ser muy potente, no iluminaba más allá de tres metros en la nieve, que soplaba casi en horizontal. Acabó por distinguir una figura a la izquierda. El reno estaba en medio del talud de nieve, con las patas traseras sobre la carretera. Todavía estaba vivo. Le colgaba la lengua a un lado y sus ojos muy abiertos expresaban espanto. O puede que dolor. O ambas cosas a la vez. Nina aún estaba en estado de choque, ensordecida por la tempestad, estremeciéndose por el frío y la adrenalina, desamparada ante aquel animal que era evidente que tenía la pelvis rota. Frente a ella se extendía su sangre ya mezclada con el hielo. Se volvió, a punto de echarse a llorar, y lanzó un grito aterrorizada. Detrás de ella vio una silueta. Con el viento, no había oído llegar a nadie. Aslak. Su barba devorada por el hielo la aterrorizó. Tenía las mandíbulas apretadas, musculosas, y los ojos muy hundidos, inyectados en sangre: expresaban una cólera que asustó más a Nina. Sola, en medio de la tempestad y frente a aquel hombre, de repente tuvo miedo. Iba cubierto con su capote de piel de reno. De hecho, iba cubierto de los pies a la cabeza con prendas de piel de reno. Nina aún no se podía creer que hubiera surgido así de la nada, en plena tormenta.

—Pero ¿qué hace aquí?, ¿qué está haciendo aquí?

Ella le gritó, no para hacerse oír, sino para aliviar su tensión, pues no podía perdonarle que la hubiera espantado de esa manera. Aslak no reaccionó. Se apartó, avanzó y se inclinó hacia el reno. Tocó al animal y lo miró. El reno aún tenía los ojos muy abiertos, asustados, pero la presencia del

pastor pareció tranquilizarlo. Nina asistía, inmóvil, presa del frío y temblorosa a esa escena surrealista que iluminaba con su linterna. Aslak se había arrodillado en la nieve y acariciaba al animal con una ternura que ella jamás habría sospechado. A Nina le invadió brutalmente una inmensa emoción, con esa imagen que hacía revivir en ella unas imágenes muy nítidas, muy fuertes y también muy absurdas. La imagen de su padre, ese hombre herido, cuando le acariciaba el cabello por la noche, cuando ella tenía miedo de dormirse tras haber sufrido una nueva crisis. Le era difícil controlarse, pues las emociones eran muy violentas, y no vio a Aslak desenfundar un cuchillo. No se dio cuenta de ello hasta que, con un golpe rápido y seguro, mató al reno. El animal expiró enseguida. Aslak le cerró los ojos y lo acarició aún durante un rato.

—¿Se dirige a Alta?

Nina alzó la cabeza, como si esas palabras la sorprendieran.

—Sí —balbució.

—En ese caso, cargaré el reno en su coche y así lo podrá depositar en la policía. Ellos se ocuparán del papeleo.

Se agachó, cogió al animal en brazos y siguió a Nina. Una vez que lo hubieron metido en el maletero, se sentaron los dos en el coche. Ella se disponía a arrancar, pero él la detuvo.

—Me quedo. Tengo que llevar otros renos.

—¿Con esta tormenta? ¿Dónde está su moto? No lo he oído llegar...

—He venido esquiando.

—¡Está loco!

—¿Loco? Sí, es lo que dice la gente de por aquí —respondió tranquilamente.

Sus ojos ya no resplandecían con la misma furia.

—¿Era uno de sus renos? —preguntó Nina con voz triste.

—Eran dos de mis renos.

—¿Dos?

—Era una madre, una de mis preferidas, era inteligente. Llevaba a su pequeño. Debía nacer esta primavera. No olvide indicar eso en Alta.

Nina sintió cómo le ascendían unos sollozos, pero apretó los dientes y se

contuvo. Miró al frente.

—Aslak, lo siento mucho. Se los reembolsarán, ¿verdad?

El pastor permaneció un momento sin decir nada.

—Si no fuera usted policía, no habría declarado el accidente.

—Pero ¿por qué, puesto que tiene derecho a que le reembolsen? ¡La administración hará justicia!

—No creo en la justicia de ustedes.

—Se equivoca, tiene derecho a la misma justicia que cualquier otra persona aquí; tiene derecho a ser tratado como los demás.

—¿De verdad?

Había tal desengaño en la mirada de Aslak que Nina sintió una súbita piedad hacia él. Aquello le dolió. Con un gesto casi incontrolado, apoyó su mano sobre la suya y, casi de inmediato, la retiró. Estaba trastornada, no sabía qué hacer, quería que se marchara. Quería que sus ojos delataran alguna cosa, y la mirada espantada del reno se imponía, como para enturbiar su visión. Hundió su cara entre los codos y los codos en el volante. Cuando se echó atrás en su asiento, y ya empezaba a serenarse, vio la mano de Aslak tendida hacia ella. En el interior, había una bolsita de cuero.

—Dentro hay una joya de estaño que yo mismo he labrado. Cójala, y llévese con usted el alma de los renos. No se lo reproche.

Sin aguardar su respuesta, abrió la portezuela y desapareció en la oscuridad.

## 21

Lunes, 17 de enero

11.30 horas. Kautokeino

La noticia del descubrimiento de la oreja corrió por todo el pueblo e incluso más allá. Pronto empezaron a llamar periodistas desde todos los rincones del reino. Entre tanto, la barricada del cruce había sido retirada. El pastor Lars Johnsson habló con la vieja Berit Kutsi en cuanto le llegó la información.

—Qué terrible destino el de ese Mattis Labba —le dijo dulcemente—. Era un pecador, pero un pobre hombre. Vivía muy alejado de los evangelios.

—Tal vez no fuera totalmente responsable —vaciló Berit.

—Hay que poner nuestra vida en manos de Jesús, Berit, sin eso no hay salvación. Mattis aún vivía en las antiguas creencias. No podía salir nada bueno de ello, para nadie, créeme —respondió con una mirada fría que la inquietó.

Ella precipitó su marcha.

Berit Kutsi se subió a su viejo Renault 4, una atracción en el pueblo, y circuló unos minutos hasta la granja de Karl Olsen, en las afueras. Trabajaba allí, en principio, todos los días, pero el salvaje asesinato de Mattis le había afectado profundamente, más de lo que cualquiera podría imaginar. Antes de salir de su coche, que estacionó detrás de un granero, rezó una oración, con los ojos cerrados, y luego se dirigió hacia el establo para dar de comer a las vacas.

Karl Olsen acababa de hablar por teléfono con Brattsen cuando vio llegar a Berit.

—Dios mío, Dios mío, esta holgazana podría darse un poco más de garbo. Iba a salir para regañarla cuando sonó su teléfono.

—Tendríamos que hablar de las condiciones.

Olsen reconoció el acento francés.

—Venga a mi granja ahora. Pronto tendré que volver al ayuntamiento.

Olvidándose de Berit, subió de forma silenciosa a su habitación, fue hasta el fondo y abrió una puerta baja que podía simular un armario. Aunque a esa hora no hubiera nadie en la casa, se volvió, desconfiado. Entró en una pequeña estancia iluminada por una luz pálida y llena de cajas, rollos y papeles viejos. Tendió la mano hacia un pequeño baúl e introdujo aplicadamente la combinación. Sacó un sobre grande, que alisó contra su pecho, y luego, una vez que estuvo todo cerrado de nuevo, descendió. Estaba entrando en la cocina cuando vio el Volvo del francés detenerse frente a su casa.

Lo esperó a la puerta de la cocina. Cuando Racagnal llegó, lo invitó a tomar asiento. Dejó el sobre bien visible a su derecha. Satisfecho, constató de reojo que el francés no le quitaba la vista de encima.

—Eso podría provocarme un problema con mi empresa —afirmó de entrada el geólogo.

—Sabrá cómo tranquilizarlos. El premio bien vale el riesgo.

—¿Tiene el mapa?

Karl Olsen deslizó despacio el sobre hacia él. Éste sacó de dentro un papel amarillento y lo desplegó con precaución. Sin duda alguna, se trataba de un mapa geológico. Una verdadera obra de arte realizada con la aplicación de antaño, si bien el francés reconoció a primera vista que era obra de un geólogo aficionado y observó, además, las curvas, los símbolos y los colores, signos de un levantamiento atento y laborioso efectuado sobre el terreno sesenta o setenta años atrás. Aquello despertó en él numerosos recuerdos, él, que se consideraba un geólogo de la vieja escuela, que aún sabía manejar

papel y lápiz, y no como aquellos pardillos que sacaban un ordenador en cuanto veían una piedra.

—Interesante —afirmó—. Capas graníticas...

Se quedó en silencio y se concentró. Un mapa geológico representaba cientos, a veces miles de horas de trabajo sobre el terreno. Para levantar uno, había que saber leer el paisaje, pero también era necesario ir más allá de las apariencias, ver lo invisible bajo las capas de tierra, de vegetales o bajo las morrenas. Los mapas como aquél eran irremplazables, puesto que contenían multitud de detalles. Unos detalles que se eliminaban poco a poco a medida que se modernizaban los mapas y se prescindía de los elementos más específicos para concentrarse en los grandes conjuntos de rocas en función de su naturaleza. A juzgar por su aspecto, aquel mapa debía de ser fruto de la observación directa sobre el terreno, dada la multitud de puntos, manchas y llamadas que incluía. Un mapa original, constituido a partir de lo que uno o varios geólogos realmente habían visto y anotado en una zona concreta, con un inestimable lujo de detalles.

Un verdadero geólogo siempre buscaba el mapa original, el viejo, el que olía a sudor y al paso del tiempo, porque el geólogo que trabajaba sobre el terreno estaba dispuesto a anotar hasta la menor anomalía. Y eran esas pequeñas singularidades las que hacían a los grandes geólogos. De inmediato, Racagnal sintió que su instinto de cazador se despertaba, y la subida de adrenalina le envió una poderosa imagen de la joven camarera, Ulrika.

Racagnal reconoció la complejidad de los terrenos propia de aquella región aplastada por glaciares durante milenios y observó las leyendas del mapa, pero, de hecho, no había nada que le permitiera situar de forma precisa aquel levantamiento. Las esquinas y los bordes del mapa estaban desgastados, llenos de manchas. Daba la impresión de que el mapa había sido manipulado a menudo. Alguien lo había desplegado en numerosas ocasiones. Para tratar de desvelar el misterio.

—¿De dónde procede este mapa? —preguntó el francés al cabo de un buen rato.

Olsen lo miró con desconfianza. No faltaba mucho para la reunión de la comisión de asuntos mineros. Además, había muchas posibilidades de que

fuera anulada tras el hallazgo de la oreja, pero era preciso presentar aquella maldita nueva solicitud de permiso.

—Lo heredé de mi padre. Él lo dibujó.

Racagnal lo contempló de nuevo en silencio.

—¿A quién se lo ha enseñado?

—¡A nadie! ¿Por quién me toma? Mi padre me dijo en su lecho de muerte que ahí había un gran yacimiento de oro. Pero ese viejo loco olvidó que no había indicado ningún nombre de ese lugar. O bien lo hizo expresamente. Cosa que no me extrañaría. No había que esperar que el maná cayera del cielo. Pudo hacerlo expresamente, ese viejo cabrón.

Racagnal estudió el mapa.

—Hay varios sitios en la región que presentan este tipo de configuración. Dado que no hay ningún dato sobre el lugar, la única manera de averiguar su localización es salir de pesca.

—¿Salir de pesca?

—Hay que ir sobre el terreno. Ver, sentir, probar, rascar. No hay otra solución. ¿Dijo que el reconocimiento aéreo está prohibido?

—Sí, por culpa de los malditos renos. Y además me parece que, dado que la prospección de uranio está prohibida en nuestros países, no se quiere que la gente pueda hacer inspecciones aéreas para descubrir las zonas radiactivas. Aquí, todo lo relacionado con el uranio es tabú.

—¿Y a usted también le parece que debe ser tabú?

—A mí me da igual su uranio. Lo que quiero es mi oro. Así, ¿está de acuerdo, sí o no?

Racagnal contemplaba las grandes curvas que se entrecruzaban y aquellos puntitos, aquellas manchas.

—Ya lo ve, lo que mi padre marca como metales amarillos, esos puntitos donde hay oro. ¿Lo ve?

—Lo veo —dijo Racagnal.

Pero, por el tono de su voz, parecía vislumbrar algo más que eso. El granjero lo tomó como la visión de un yacimiento aún más grande.

—Entonces, ¿de acuerdo?

—De acuerdo —decidió el francés.

—Perfecto, me voy al ayuntamiento. Fírmeme este papel y cumplimente el dossier. Yo lo completaré. Hay que presentarlo a la Agencia Minera. ¿Cuánto tiempo necesitará para llevar a cabo la prospección e identificar el terreno a partir del mapa?

Racagnal lo observó con desprecio.

—¿Cree que eso se hace en un abrir y cerrar de ojos?

—Estaba dispuesto a partir, ¿no es cierto?

—Pero tengo que consultar todos los mapas geológicos de la región para ver cuáles cuadran más con el de su padre.

A Racagnal lo exasperaba el tono del granjero.

—Y además no trate de dictarme mi manera de trabajar.

Entonces fue Olsen quien lo miró con displicencia. Se acercó al francés y pegó su cara contra la de él, a pesar del dolor de nuca.

—Cree que somos unos campesinos andrajosos, unos inútiles, ¿me equivoco? —le dijo Olsen con suavidad—. Si trata de engañarme, o si no hace lo que le digo, y lo antes posible, podría pedirle a alguien que se interesara por lo que hacía usted en Alta el otro día.

Dio un paso atrás y desplegó la noticia que había recortado de un periódico en la que se relataba la violación de una colegiala en Alta.

—He sabido por un buen amigo que le gusta manosear a las chiquillas. Estuvo en Alta ese día, ¿verdad?

—¿Trata de hacerme chantaje? Fui a Alta a buscar material, eso es todo.

—¡Siéntate y cierra la boca! —gritó Olsen—. Y si no encuentras rápido ese terreno, podría ser que el testimonio de una tal Ulrika, que por lo que he comprendido aún es muy fresco, aterrizara en una mesa de despacho de la policía.

—¿Qué dice?

—Nos tomas por unos palurdos, ¿verdad? Pues ya ves que podemos ser muy rápidos. Así que ahora te pones manos a la obra. Y si manejas bien el timón, tendrás la exclusividad y te podrás tirar a todas las chiquillas que quieras. Tienes una semana. Voy a acelerar los trámites para que estén listos para la próxima reunión de la comisión. Probablemente no se retrasará más de una semana. Y, además, también me vas a firmar este papel. Pero esto

quedará entre tú y yo. Es un pequeño contrato que nos liga y en el que se explica que yo soy el propietario del terreno. Y guardaré ese pequeño contrato, muy obediente, en mi pequeño baúl, junto con el testimonio de la pequeña Ulrika y el artículo sobre Alta. Así, si me sucediera algo, llegarían hasta ti.

—Sin un guía, no creo que sea posible localizar el terreno en tan poco tiempo —aventuró Racagnal.

Karl Olsen se calmó.

—El mejor, probablemente, es un tal Aslak, aunque no será fácil convencerle. Aslak Gaupsara. Vive en la montaña. Es un salvaje, pero es cazador de lobos y un rastreador increíble. Conoce la región como la palma de su mano. En cuanto tengas el material, ven de nuevo a verme aquí.

12.00 horas. Kautokeino

Para acabar de convencer a Brattsén y que se sumara en secreto al negocio del yacimiento, Olsen tuvo que prometerle que sería el jefe de seguridad y que tendría un salario que no podía ni siquiera imaginar, ni llegando a jefe de policía. Un mal menor, se decía Olsen. A la vez, el simple hecho de contar ya con un jefe de seguridad de su mina de oro, cuando ni siquiera la habían encontrado, la hacía casi real. Olsen comenzaba a creer en ello, tras decenios de esperanzas frustradas. Pero aún había un eslabón perdido. Había ese... Dios mío, apartó el pensamiento. Y Dios mío, esa Laponia era tan vasta... Había estado tan cerca, y luego... Frenó bruscamente delante del ayuntamiento. Los policías se habían marchado. Menudos holgazanes, pensó. De nuevo le vino a la cabeza su padre. Le había dicho a Racagnal que éste había dibujado el mapa. El francés no tenía por qué conocer la verdad. No tenía por qué saber que su padre había robado ese mapa, pero que nunca logró descubrir la situación exacta del yacimiento. A lo largo de toda su juventud, Karl Olsen lo vio partir en interminables travesías con un detector de metales y aquel maldito mapa. Había encontrado alguna cosilla, pero nada que se pareciera al milagroso yacimiento prometido por los puntos amarillos

del mapa.

Los cuatro miembros de la comisión ya estaban sentados a la mesa cuando Olsen ocupó su lugar. Como imaginaba, el presidente, miembro del partido de los samis nómadas, abrió la sesión y declaró, acto seguido, que se disponía a aplazarla, a la vista de los acontecimientos.

Alrededor de él, los demás asintieron en silencio. El presidente de la comisión era un hombre respetado por los habitantes del pueblo, un viejo sabio, y su opinión tenía gran peso. Olsen lo sabía.

—Sin embargo, hay que tomar decisiones importantes. El próximo informe de la Agencia Minera tendrá consecuencias duraderas sobre nuestro municipio durante los próximos diez o quizá veinte años. Hay numerosas empresas que se interesan por la región debido a los minerales. Es la zona más rica de Europa, y buena parte de Laponia no está explotada y ni siquiera explorada. Pero no hay que taparse los ojos. Las presiones son enormes. Porque se sabe, o se cree, que hay yacimientos inmensos.

A Karl Olsen le costaba permanecer inmóvil. Volvía el busto, con discreción, para observar a los otros miembros de la comisión. Era el único que no era sami. ¿Por qué bando se decantarían? ¿Les podría el cebo de la ganancia? Así lo esperaba.

Lunes, 17 de enero

13.00 horas. Kautokeino

Klemet Nango se había pasado horas consultando el manual de marcas de ganaderos. Había revisado varias veces algunas páginas y al final tuvo que rendirse ante la evidencia: la marca tallada en la oreja se parecía mucho a una de las de Olaf Renson. Parecía insensato, pero así era.

Para estar seguro, iba a necesitar la segunda oreja. Sólo la combinación de las dos permitía identificar con certeza al propietario. Pero ¿por qué razón iba el asesino a proceder como si se tratara de un reno? ¿Por qué no bastaba una sola oreja? Porque la amputación de las orejas y el hecho de marcarlas eran rituales que remitían al mundo del reno. De modo que la segunda oreja aparecería tarde o temprano. Klemet se levantó y bajó al despacho del Sheriff.

Entró sin llamar y se sentó frente a Tor Jensen. Arrojó sobre su mesa el manual abierto en la página en la que había una imagen más aproximada. Al lado colocó una de las fotos que le habían enviado.

Tor Jensen mascaba un regaliz al tiempo que miraba la foto y los dibujos. No necesitaba las explicaciones de Klemet para comprender adónde quería ir a parar. Cogió otro regaliz, hojeó las páginas del manual, se detuvo y prosiguió comiendo regalices sin decir nada.

—¿Y crees que es eso? ¿Crees que con la marca de la oreja se pretende

conducirnos a un ganadero de renos?

—¿Qué otra cosa podría ser?

Nuevo silencio.

—Sí, me dirás, parece lógico. Salvo que..., salvo que lo que chirría es que... ¿Pretendería el asesino denunciar a alguien? Eso no lo entiendo.

Ahora era Klemet quien permanecía callado.

—Salvo que Mattis, en caso de ser su oreja, trabajara por cuenta del ganadero a quien pertenecía la marca.

El Sheriff silbó y se repantigó en su sillón. Cruzó las manos detrás de la nuca y miró con atención a Klemet Nango. Precisamente acababa de pensar en esa eventualidad y estaba reflexionando sobre lo que eso podría significar.

—En ese caso, ¿el asesinato sería una advertencia a un pez gordo? ¿Es eso lo que crees?

—No lo sé —confesó Klemet.

—Pero ¿a quién, en ese caso? Y no me quitarás la idea de que supondría un paso adelante en la escalada en los conflictos entre ganaderos, ¿no?

Dado que Klemet permanecía en silencio, Tor Jensen prosiguió.

—El pez gordo a por quien irían, más allá de la víctima, sería, en tal supuesto, Olaf Renson y, por lo tanto, habría que investigar quién tiene algún conflicto con él... Pero habría que ser un verdadero tarado para firmar así un asesinato. No puede haber muchos ganaderos con un problema tan importante con Olaf... Y además, Mattis trabajaba a veces para él, ¿con qué motivo? Klemet, tienes una idea en mente, ¿me equivoco?

Klemet ya se había puesto en pie. Salió sin decir palabra.

14.00 horas. Kautokeino

A Klemet no le entusiasmaba la idea de tener que llamar a Olaf. Sabía que el pastor y militante no lo tenía en gran estima y lo consideraba un vendido. Se conectó a la intranet. Había pocas coincidencias con su nombre, tuvo que admitir Klemet. Olaf Renson no había estado implicado en ningún caso de robo desde hacía diez años. Nada destacable. El único hecho con cierta

relación fue el atropello de dos renos por un camión, según la declaración de Olaf. No se presentaron las orejas, como exigía la ley, pero a pesar de ello Olaf reclamó una compensación. Le fue denegada. Caso cerrado. Klemet leyó cada entrada. Una historia de una empalizada arrancada por un pastor vecino irascible atrajo su atención. Sin embargo, al acabar de leer, le pareció que el caso tampoco revestía importancia. Quedaban dos entradas a nombre de Olaf cuando halló algo mucho más interesante. Olaf había sido interrogado cuando le dispararon a Johan Henrik. Klemet sintió un escalofrío al leer que el arma era de Olaf. Johan Henrik había estado a punto de morir. ¿Se trataba de una *vendetta*?

20.15 horas. París

Nina Nansen tuvo tiempo de llegar al hotel a última hora de la tarde. Henry Mons vivía en el distrito XV de París, no muy lejos del ayuntamiento, y ella había encontrado un hotelito en la plaza Général Beuret. Una vez instalada, llamó a Paul y quedó para la mañana siguiente a primera hora para hablar con su padre. Éste se encontraba mejor y estaría encantado de recibirla. Paul le dijo que incluso parecía que la visita le había dado nuevas fuerzas: se había dedicado en los últimos días a revolver sus archivos y había pasado mucho tiempo entre el despacho y el desván.

Tras colgar, se dio cuenta de que la voz de Paul había despertado de nuevo su penosa experiencia de juventud. ¿Había sido quizá demasiado ingenua? Había pensado a menudo en aquella historia, y no conseguía entender qué falta había cometido. Ese muchacho le gustaba. Aún recordaba la cadencia de su voz. La de Paul Mons provocaba en ella las mismas vibraciones. Paul tenía una voz más grave, pero el tono y la profundidad eran los mismos. La idea de pasar sola esa noche se le hacía cuesta arriba. Llamó a Klemet. Éste le explicó su conversación con el Sheriff y a ella le pareció que las conclusiones de Tor Jensen eran de sentido común. Sintió que Klemet estaba molesto de que tomara partido por Jensen.

—¿Irás mañana a interrogar a Johan Henrik?

—¡Nina, no empieces como el Sheriff! Esa oreja no es una prueba.

—¿Pero irás al menos a hablar con él?

—¡Por supuesto! Sólo que esta vez habrá que atornillarlos un poco más. Esta noche repasaré los conflictos en los que ha estado implicado. Ya veremos. De todas formas, creo que habrá que remontarse más de dos años si se trata de un ajuste de cuentas de esas dimensiones. Huele a *vendetta*. He encontrado algo que quizá le relacione con Olaf. Aún no se lo he dicho al Sheriff.

—¿Vas a ir solo?

—¿Quieres que me lleve a Brattsen?

—No os caéis bien el uno al otro. ¿Qué sucedió entre vosotros?

—Ese tipo es un racista. No tendría que estar en la policía. No hay más que decir acerca de él.

Nina sabía que no le sacaría nada más. Cuando colgó el teléfono, aún no estaba lo bastante cansada como para poder dormirse. Cogió la carpeta del caso del tambor. Contenía fotos del Centro Juhl y fotocopias de imágenes de tambores conocidos. Las observó. Esos tambores a menudo tenían forma oval. Estaban llenos de símbolos que para ella eran extraños. La joven llegó a identificar algunos, aunque resultaban muy estilizados. Reconoció los renos, por descontado, y también pájaros y otros símbolos que no podían ser más que árboles y barcos. Vio tiendas como las que había tenido ocasión de visitar, incluida la de Klemet. Y también personajes. Simplificados al máximo. De una manera casi infantil. Pero había muchos otros símbolos que no lograba situar. Podían representar divinidades o tal vez conceptos más abstractos. ¿Cuáles? Se daba cuenta de que se adentraba en un mundo que le era absolutamente desconocido. La enseñanza en el colegio acerca de los samis era muy sucinta. ¿Se debía al hecho de que fueran tan poco numerosos? Desde su formación en Kiruna, sabía que eran unas decenas de miles, ni siquiera cien mil, según lo que recordaba, a caballo entre Noruega, Suecia, Finlandia y Rusia. En cada país contaban con un Parlamento. Al pensar en eso, se acordó de Olaf, de su seductora sonrisa y su extraño apodo.

¿Cuál era el papel que desempeñaba el Español? Dios mío, qué lejos está este mundo del mío, se le ocurrió. Se tumbó y pensó en su padre. Mantenía

los ojos cerrados. Unas poderosas imágenes acudieron a su memoria. Papá, recordó. Y suavemente se puso a llorar.

22.45 horas. Kautokeino

André Racagnal no le había dicho nada a aquel maldito granjero, pero sí había un mapa, tenía que haber también un cuaderno de campo. Así era, y no podía ser de otra manera. Así trabajaban todos los geólogos. Un mapa remitía a un cuaderno de campo en el que el geólogo anotaba todas sus observaciones sobre el terreno antes de levantar el mapa. Si un viejo mapa original como el de Olsen valía su peso en oro comparado con los mapas geológicos editados por los organismos profesionales, un cuaderno de geólogo tendría el valor del Santo Grial. ¿Dónde estaría ese cuaderno? Cabía esperar que le permitiera avanzar en la localización del yacimiento de oro. En caso de que se tratase de un yacimiento de oro. El granjero se había quedado el mapa, pero Racagnal había memorizado los principales datos. Olsen no era un profesional, por fortuna. Para el granjero, el mapa era sinónimo de un tesoro, como en las viejas novelas de aventuras. Su imaginación no iba más allá de eso. Mejor. Así Racagnal le llevaba ventaja.

Pero estaba furioso con Olsen. El policía de aspecto enfurruñado había fingido simpatizar con él, cuando ya estaba confabulado con el granjero. De lo contrario, ¿cómo podría haber sabido lo de la camarera? Aquella putita. En cualquier caso, había obedecido bien. Pero ahora no podía permitirse esas gilipolleces. Pensó en la proposición de Olsen. La exclusividad en la explotación de un yacimiento, si era verdaderamente grande, podía ser de lo más tentadora. Ya no tendría que aguantar a todos aquellos burócratas de París, aquellos geólogos de salón que proyectaban sus pulcras presentaciones en PowerPoint, pero que sin un ordenador y un GPS se quedaban tirados sobre el terreno. Les haría pagar su arrogancia a aquellos ejecutivos que le habían puesto en cuarentena a su regreso del Kivu y que se habían escandalizado como vírgenes al averiguar cómo había llevado a cabo su misión en el Congo. O más bien cuando descubrieron por la prensa lo que se

había hecho en el Congo en nombre de la empresa. Porque apostaría cualquier cosa a que si los periódicos no se hubieran hecho eco de los incidentes, en la central le habrían dejado en paz. Hasta le habrían pagado su prima. Habían estado muy contentos durante los años en que pudo garantizar la seguridad de un yacimiento de coltán en una de las regiones más cutres del mundo. Cuatro años. Pasó allí cuatro años con unos milicianos locos de remate, descerebrados por el alcohol y asesinos en sus ratos libres. Recorrió la región de arriba abajo, halló el yacimiento e inició la explotación. Para permitir la extracción de ese preciado coltán que los catetos de París necesitaban para sus teléfonos móviles. Y luego le daban lecciones de moral, todo porque él, Racagnal, había tratado con esos monstruos. Le daba igual. Ah, sí, se indignaron... pero no renunciaron a sus teléfonos móviles. A tomar todos por el culo, pensó.

Cuatro años, hostia. ¿A cuántas de esas chavalillas del Kivu me follé? Un miliciano, uno de los más tarados que conoció, se creía Chuck Norris. Llevaba la barba recortada y chaleco, como el actor. Comparado con él, el auténtico Chuck era un gran intelectual. Comandante Chuck, se hacía llamar. Un verdadero tarado que estaba al mando del pelotón de seguridad del yacimiento. Racagnal le proporcionaba droga y coñac, y el comandante Chuck le suministraba chavalitas. Un buen trato. Salvo que el tipo era realmente peligroso. Un día de delirio, mató a un ingeniero de la Francesa de Minerales delante de sus narices. Por una estupidez. Y a pesar de que Racagnal le había dicho que no tenía que tocar a los europeos, pero el gilipollas del comandante Chuck se lo pasó por el forro. Así empezaron los problemas. Racagnal apartó el Kivu de sus pensamientos.

El cuaderno de campo, ¿existía? Sí así era, ¿se hallaría en la granja? Tendría que apañárselas para averiguarlo. Y si existía pero no se hallaba en la granja, ¿dónde podría estar? ¿En el ayuntamiento, en un museo local o bien en el Instituto Geológico Nórdico de Malå? En ese santuario de la geología donde se guardaban todos los archivos geológicos del Gran Norte...

Racagnal había ido allí varias veces en la época en que trabajaba en Laponia. Ese instituto era una fuente de información sin par para quien sabía descifrarla. Allí se conservaban todos los levantamientos desde hacía un

siglo. Ni siquiera los americanos eran tan buenos en eso, y tampoco tenían esos recursos en un lapso de tiempo tan largo. Había mapas, cuadernos de campo, muestras, levantamientos aéreos, todo. Clasificado y accesible. Un tesoro. Pero ¿por qué iban a estar separados el cuaderno y el mapa? Eso no tenía sentido.

## 23

Martes, 18 de enero

Salida del sol: 10.00 horas; puesta del sol: 12.59 horas

2 horas y 59 minutos de insolación

09.30 horas. Laponia central

Klemet Nango se marchó muy temprano en su motonieve. Se hizo acompañar por dos policías. Incluso teniendo en cuenta el mal carácter del pastor, no pensaba que éste pudiera oponer resistencia, pero nunca se sabía. A pesar de la oscuridad azulada, avanzaron deprisa y en el tramo final remontaron una verdadera autopista constituida por el helado río Heammojavri. Cuando estuvieron a cinco kilómetros del gumpi, abandonaron el lecho del río y ascendieron por la orilla, cubierta de espesa nieve. Tras recorrer cuatro complicados kilómetros entre rocas invisibles y algunos abedules enanos, Klemet se detuvo en lo alto del Serradas, una colina que alcanzaba seiscientos metros de altitud. Sacó sus prismáticos y, con una rodilla apoyada sobre el asiento de su motonieve, observó despacio los alrededores en busca del menor movimiento. Los motores estaban apagados. El silencio era casi total. No soplaba viento pero, a pesar de ello, el frío se colaba por el menor resquicio.

El gumpi de Johan Henrik estaba situado en la cima de Vuordnas, sobre una especie de meseta de la que emergían, hacia el norte, dos pequeños picos que sobresalían unos metros. La meseta se alzaba apenas un centenar de

metros, pero eso bastaba para convertirla en un observatorio ideal sobre la región circundante. Klemet no había querido advertir al pastor de su llegada. Durante la víspera, tras la llamada de Nina, se había volcado de nuevo en el dossier de Johan Henrik. Éste era el más joven de cinco hermanos. Siguiendo la tradición sami, había heredado la manada de su padre, la casa, el mobiliario y el derecho sobre las tierras familiares. Ésa era la manera de echarle una mano al más pequeño y recompensarle por cuidar de sus ancianos padres. Pero Johan Henrik no se contentó con hacer prosperar la manada de su padre. También empezó a dedicarse al turismo en las épocas en que los renos requerían menos atención. Organizaba excursiones de pesca y visitas a un cercado con renos y vendía artesanía sami y tal vez, incluso, tambores fabricados por Mattis, se dijo Klemet. Tendría que preguntárselo. Johan Henrik tenía también maquinaria agrícola que alquilaba al municipio en caso de necesidad, sobre todo para limpiar la nieve. Además, su mujer regentaba una pequeña cafetería junto a la carretera de Alta, donde guisaba platos a base de reno y vendía bocadillos, bebidas y repostería. En el momento de mayor faena de la temporada, trabajaba con él una quincena de personas.

Si se sumaban sus actividades, el ganadero debía de sacarse su buen dinerillo, se dijo Klemet. Nada que ver con alguien como Mattis. Johan Henrik era un emprendedor local y era también miembro del partido de los samis nómadas, el partido mayoritario en Kautokeino.

Klemet guardó sus prismáticos. Había visto pequeños grupos de renos tranquilos. Del gumpi salía humo. Una motonieve —una sola— estaba aparcada delante. ¿Estaría Johan Henrik al corriente de las sospechas de asesinato que pesaban sobre él? En todo caso, no sería por los periódicos.

—A priori, aquélla es la motonieve de nuestro hombre —dijo a sus colegas—. Parece que está solo. Dejadme dirigir la operación y que sea yo quien plantee las preguntas. Nada de actitudes agresivas. Esto no es Oslo, aquí no necesitamos vaqueros.

Seguía divirtiéndole mucho dar órdenes a policías noruegos.

Descendieron por la cara sur, atravesaron un lago helado e iniciaron el ascenso hacia Vuordnas, cuya pendiente era bastante suave por la ladera sur. Klemet llegó a la meseta y vio el gumpi a tres kilómetros al norte hacia el

final de la meseta. Se hallaba aún a medio camino cuando divisó una figura que salía del refugio. Klemet aceleró. El otro los descubrió. Klemet pudo ver cómo avanzaba lentamente hasta que, de repente, se subió a su motonieve y se alejó a toda velocidad tras rodear el gumpi y dirigirse hacia la ladera norte. Klemet soltó una maldición y aceleró aún más. A través de su casco equipado con radio dio instrucciones a los otros dos policías, que de inmediato le adelantaron mientras Klemet giraba a la izquierda y pasaba por la falda de la colina. Buscó la motonieve con la mirada y no la vio. Tenía que decidirse deprisa. Los otros dos policías no estaban habituados a la zona y lo más seguro es que el fugitivo lograría hacerles perder su pista con facilidad. Klemet aceleró hacia el lago que advirtió a su derecha y siguió flanqueando la colina, al tiempo que evitaba la maleza y las anomalías del relieve, que podían ocultar abedules cubiertos por la nieve, piedras o incluso grietas. Alzaba con frecuencia la vista para mirar hacia el lago. Tenía que llegar allí antes que la otra motonieve. Para ello, tendría que pasar por una especie de pequeño y estrecho desfiladero. Sumido por un instante en sus pensamientos, de repente Klemet chocó contra una roca y la pesada motonieve dio un bandazo. El policía se vio impulsado hacia la izquierda y sintió que la moto empezaba a hundirse en la nieve. Se lanzó hacia la derecha acelerando tanto como le fue posible y dio un salto impresionante. De esta manera, logró restablecer la dirección y en menos de medio minuto llegó al lago, rodeó la orilla hacia la derecha y se detuvo en la entrada del desfiladero. Ni rastro. La motonieve no había pasado por allí. Pero estaba llegando. Klemet se puso en pie sobre su vehículo, haciendo gestos ostensibles. Advirtió, bastante lejos, detrás, una de las motonieves de la policía. El piloto —Klemet pudo comprobar que, efectivamente, se trataba de Johan Henrik— vio que no podía pasar, aminoró la velocidad y se detuvo justo frente a la motonieve de Klemet.

—¿A qué juegas? —gritó el pastor—. ¡Déjame pasar, tengo que atrapar unos renos!

—Estoy seguro de que tu hijo será capaz de ocuparse de ello —voceó Klemet para hacerse oír por encima del ruido de los motores—. Ahora mismo iremos de vuelta a tu gumpi y hablaremos. Luego ya veremos si te dejas ir a

ocuparte de los renos.

Johan Henrik farfulló algo, puso en marcha la motonieve y se encaminó hacia su gumpi, escoltado por Klemet y el otro policía. Algo más arriba, se encontraron con su colega, que acababa de sacar su vehículo de un hoyo en el que, a juzgar por las huellas, debía de haber desaparecido la mitad de la máquina. El policía no parecía herido.

Johan Henrik entró el primero en el gumpi, seguido por un policía y por Klemet. El interior era parecido al de todos los gumpis del vidda. Una litera a un lado, un banco enfrente, una mesa en medio. Klemet señaló el extremo de la banqueta a Johan Henrik y éste se sentó con desgana.

—Para empezar, vamos a registrar el gumpi —le dijo Klemet.

Antes de que el pastor tuviera tiempo de protestar, Klemet alzó la mano.

—Quizá sepas que ayer encontramos una oreja en el ayuntamiento. Esa oreja llevaba marcas, cortes hechos con un cuchillo.

Johan Henrik lo miraba, incrédulo. Torció el gesto, pero no dijo nada. Sacó el paquete de tabaco y empezó a liarse un cigarrillo.

—¿Y eso qué tiene que ver conmigo? —dijo, enojado—. ¿Para eso vienes a impedirme trabajar?

—La marca se parecía curiosamente a la de Olaf. En todo caso era similar.

Johan Henrik no parecía afectado. Encendió el cigarrillo.

—¡Pues vaya! Una oreja más con la marca del Español.

—No me contaste que habías tenido esa historia con él.

—¿Qué historia?

—Cuando te hirieron de un disparo de fusil. ¿Teníais Olaf y tú un conflicto de pastos? Un conflicto que venía de antiguo, según me ha dicho. Mattis trabajaba para él por aquel entonces y al parecer también estuvo involucrado.

—¡Aaah! Así que te han dicho que maté a Mattis, que le corté las orejas, les grabé la marca de Olaf y dejé una oreja en el ayuntamiento. ¡Sí que sois listos los de la policía de los renos!

Torció de nuevo el gesto, ahora con una sonrisa maligna, y se rió.

—No pienso nada, Johan Henrik, nada dice que la marca te apunte a ti,

pero estamos obligados a explorar esa pista.

Mientras los dos policías registraban el gumpi, Johan Henrik se contentaba con observar a Klemet a través del humo. Al cabo de un rato, los dos policías dejaron sobre la mesa lo que habían encontrado: tres puñales y una botella de coñac llena en tres cuartas partes.

—Nos llevaremos los cuchillos, si no tienes objeción.

El pastor seguía exhalando el humo del cigarrillo.

—¿No me detienes?

—Ya conocemos el camino, volveremos —dijo Klemet, y cerró la puerta tras él.

## 24

Martes, 18 de enero

09.30 horas. París

Cuando Nina salió del hotel, llovía. Pulsó dos veces el botón del interfono situado junto al apellido Mons. Paul respondió de inmediato y abrió la puerta. El vestíbulo era señorial, y el edificio, de principios del siglo XX, y de piedra antigua recientemente pulida, estaba bien conservado. Nina subió los dos pisos a pie. Henry Mons en persona la aguardaba en el umbral. El anciano le dirigió una amplia sonrisa de bienvenida.

—Ah, señorita, la esperaba, impaciente.

Nina se sorprendió al constatar hasta qué extremo parecía vivaz, con sus gestos apresurados, casi nerviosos.

—Su visita le ha devuelto una salud de hierro —dijo Paul estrechándole a su vez la mano—. Procure, sin embargo, no cansarlo —añadió con una sonrisa.

Nina miró a los dos hombres que se hallaban frente a ella. Henry Mons tenía una cabellera blanca como la nieve y bastante espesa para alguien de su edad que peinaba hacia atrás. Su rostro era enjuto, la nariz fina y las orejas bastante grandes en comparación con el resto de la cara. Sus hombros estrechos estaban ligeramente encorvados, pero eso no disminuía su porte apuesto y elegante. Con ojos de un azul vivo, miraba a Nina con bondad. Junto a él, Paul lucía el mismo peinado, sólo que de color castaño. Era más o

menos de la misma altura que su padre, pero con un cuerpo que parecía en forma. Una barba de varios días bien recortada cubría la tez bronceada de su rostro. Nina recorrió con la mirada lo que la rodeaba. El apartamento era espacioso y estaba cubierto de cuadros, *boiseries*, tapices y recuerdos de expediciones. Ofrecía una impresión cálida, confortable y aburguesada. El olor a encerado le era extraño, pero le pareció elegante. Nina se sintió muy lejos de las casas noruegas de madera de Kautokeino con muebles de madera clara y apenas barnizados.

Ya sentados en el salón, en cómodos sillones de cuero y con una taza de té, Henry Mons, incontestable amo y señor del lugar, dirigió una sonrisa a Nina.

—Sepa, señorita, que estoy encantado de recibir la visita de tan bella representante de la policía noruega.

Nina le respondió con una sonrisa educada. En su fuero interno, pensó: palabrería. Conocía lo suficiente a los franceses como para saber que no podría evitar ese tipo de cumplidos. Adoptó lo mejor que pudo un aire satisfecho, pero tratando, a la vez, de no hacer demasiados melindres.

—¿Alguna noticia acerca del tambor?

—Aún no, señor. Hay varios equipos de investigadores que están trabajando en el caso. Seguimos diversas pistas, pero mientras no tengamos una idea más precisa acerca del tambor y de su historia, tendremos la sensación de avanzar a ciegas.

—Lo comprendo, lo comprendo... ¿Cómo puedo ayudarlos?

—Para empezar, ¿podría decirme qué hacía usted en Laponia antes de la guerra?

—Había acompañado a Paul-Émile Victor, que estaba llevando a cabo un estudio etnológico en Laponia. Fuimos con los hermanos Latarjet, dos médicos. Estuvimos allí en 1939, justo antes de la guerra. Recorrimos toda Laponia, salvo la parte soviética, por supuesto.

—Así que estaban ustedes cuatro...

—Éramos los cuatro franceses. Paul-Émile y los hermanos Latarjet eran amigos desde hacía mucho tiempo. Yo, en cierto modo, era la excusa para demostrar al Museo del Hombre, que financiaba nuestra pequeña expedición,

que nuestro viaje no era simplemente un paseo exótico. Cosa que también fue, pero eso es otra historia. Había también dos suecos y un alemán. Los suecos eran unos antropólogos de Uppsala que al principio nos parecieron encantadores; el alemán era de..., de una región del este, me parece, o más bien del sudeste, de los Sudetes o de Bohemia, no lo sé con certeza. Pero no importa, en todo caso, era alemán y geólogo. Y luego, por supuesto, estaban los guías y ayudantes lapones, que nos acompañaron a lo largo de todo el periplo.

—Dice que los suecos les parecieron encantadores... al principio. ¿Qué quiere decir?

—Paul-Émile era una persona muy comprometida, ¿sabe? Sentía un gran interés por las personas y una de sus pasiones era el descubrimiento del otro, ya fuera en Polinesia, como hizo más tarde, o en el Gran Norte entonces. Cuanto más extrañas y lejanas le parecían las cosas, más se entusiasmaba. Y llevó a cabo ese viaje a Laponia con ese espíritu de descubrimiento auténtico del otro. Al igual que yo, todo sea dicho, o los hermanos Latarjet. Pero pronto averiguamos que no era así en el caso de nuestros colegas. Me cuesta, a toro pasado, utilizar la palabra colega. Pero qué se le va a hacer; Paul-Émile y yo ignorábamos, cuando preparamos el viaje, que esos dos antropólogos de la universidad de Uppsala también formaban parte del Instituto de Biología Racial.

Henry hizo una pausa para observar si aquello producía algún efecto en Nina. Ella lo miraba con unos ojos muy abiertos que parecían significar que ignoraba la existencia de tal instituto.

—Paul, ve a mi despacho a buscar el libro que he dejado sobre el sillón.

Cuando tuvo el libro en sus manos, Henry Mons lo hojeó y luego se lo tendió a Nina.

—A este tipo de estudios es a lo que se dedicaban el instituto y esos señores.

Nina se tomó su tiempo para echar un vistazo a las páginas amarillentas, escritas en sueco. Se sentía observada. Se dijo que si el anciano lo había dejado aparte era porque le concedía una especial relevancia. Por ello había que dedicarle su tiempo a ese libro. Pero no tuvo que esforzarse mucho. Al

final del volumen había reproducciones de fotografías. Nina no necesitó mucho tiempo para comprender que esas imágenes servían para ilustrar la superioridad racial de los escandinavos y la inferioridad... de todos los demás: lapones, tártaros, judíos, finlandeses, baltos o rusos. Era aún más caricaturesco puesto que los escandinavos estaban representados por estudiantes, pastores, empresarios o médicos, mientras que los demás parecían criminales y, en realidad, en varios casos esas subrazas estaban ilustradas con fotografías de criminales. Nina alzó la vista hacia Henry Mons. Se sentía azorada.

—Esos dos investigadores suecos eran extremadamente cultivados, encantadores. Mantenían apasionadas discusiones y, a veces, hasta era divertido, pues uno de ellos era socialdemócrata y el otro conservador. En ocasiones podían estar en ligero desacuerdo sobre esas cuestiones raciales. El socialdemócrata hablaba sobre todo del Estado providencial en marcha, que los elementos asociales no debían ralentizar. El otro tenía una lógica mucho más racial. Tiene que saber que, en Escandinavia, como comprendí tras la guerra, los ambientes eran muy proalemanes. A nosotros, sus discursos nos chocaron. Por la noche, en el campamento, manteníamos discusiones muy animadas. Sin embargo, estábamos en polos opuestos. En privado, Paul-Émile los maldecía, puesto que veía cómo aquellos hombres tergiversaban la ciencia. A pesar de todo, les necesitábamos. Y además, habían estudiado mucho a los lapones. Para ellos, pertenecían a una raza inferior, condenada a desaparecer, y argumentaban acerca de ellos como hoy se hace sobre los osos blancos, figúrese. Era odioso, de verdad odioso.

—¿Y el tambor?

—Nuestras discusiones no pasaban inadvertidas a nuestros guías. Uno de ellos, en particular, era especialmente sensible a éstas porque él mismo había sido objeto del interés científico de aquellos hombres de Uppsala. Le habían medido el cráneo, como habían hecho con cientos de personas.

Henry Mons se puso en pie e invitó a Nina a seguirlo. Recorrieron un pasillo artesonado decorado con pequeños cuadros con marcos dorados iluminados por lamparillas, que representaban escenas de caza árticas. El despacho era una amplia estancia con dos paredes cubiertas de librerías en

cuyo ángulo había un pequeño diván de dos plazas. Un voluminoso armario ocupaba parte de otra pared y, casi frente a la entrada, había una mesa de despacho de caoba dispuesta oblicuamente y un ventanal a la izquierda de ésta. Henry Mons se acomodó detrás de la mesa e invitó a Nina a sentarse al otro lado. La joven vio que el anciano había preparado cuidadosamente el encuentro. A su izquierda se amontonaban muy ordenadas unas pilas de papeles. Sin embargo, comenzó por coger una foto que tenía a mano derecha. Se inclinó hacia delante e invitó a Nina a hacer lo mismo.

—Es del principio de la expedición. Paul-Émile, en el centro, por descontado; los hermanos Latarjet, a su derecha, y los investigadores suecos y el alemán, a su izquierda. Los suecos son los que están más cerca de él.

—Usted es ese de ahí —dijo Nina señalando con el dedo a un hombre de mirada franca y sonriente, a la derecha de los médicos franceses.

—Exacto. A esa edad, habría tratado de seducirla, señorita, créame —comentó Henry Mons con una sonrisa que pretendía ser pícaro—. Y luego están los tres guías, el intérprete y el cocinero —prosiguió desplazando su dedo.

La foto se había tomado en el vestíbulo de un hotel en Finlandia, por lo que podía deducirse de las anotaciones. Los personajes que en ella aparecían mostraban una expresión adusta, típica de las fotos de antes de la guerra, como si su gravedad anunciara los terribles acontecimientos que ya se esbozaban. Todos llevaban monos. Sin duda, estaban a punto de partir. Los lapones que los acompañaban vestían su traje tradicional, con mocasines de punta curvada, sujetos a las piernas con cintas enrolladas alrededor de las pantorrillas, pantalón de piel clara de reno y túnica de paño —siempre de color azul ultramar— decorada con numerosas cintas que Nina sabía que eran multicolores desde que se había cruzado en el mercado de Kautokeino con viejos samis que aún vestían así. Los variados sombreros que lucían los lapones indicaban su diverso origen geográfico. Uno llevaba un gorro de cuatro picos igual que el que lucía Aslak, observó Nina.

Henry Mons señaló de nuevo al geólogo alemán.

—El pobre Ernst. Había estado allí antes que nosotros, pero quiso sumarse al grupo para volver a visitar cierto lugar. Falleció durante la

expedición. Fue varias veces a hacer levantamientos de una zona en particular que le interesaba, y siempre se llevaba con él a uno de nuestros guías lapones. Sin embargo, un día, al regresar, sufrió una caída fatal. Fue enterrado en el cementerio de Kautokeino. Para ser alemán en esa época, Ernst era diferente. Nunca hablaba de política, ni a favor ni en contra de Hitler. Y tampoco se interesaba demasiado por esas historias que apasionaban a los dos suecos. La mayoría de las veces se mantenía al margen. Una noche lo sorprendí mientras trabajaba a la luz de una lámpara. Pude ver que estaba garabateando algo sobre un mapa geológico, pero lo tapó en cuanto llegué. No le pregunté nada. Por supuesto, eso no se hace nunca entre geólogos. Hay que respetar los secretillos de los demás.

—¿Quién es ese hombre con el gorro de cuatro picos? —preguntó Nina.

—El gorro del diablo, dirá —respondió Henry Mons con una sonrisa—. Así lo consideraban allí las gentes piadosas. El gorro del diablo. Se llamaba Niils. No recuerdo su apellido. Fue el guía de Ernst y quien nos anunció su fallecimiento. Estaba muy apenado. Como guía, creo que se sentía responsable, pues nos dijo que Ernst había muerto mientras él estaba ausente, ya que había ido a cazar un reno para comer los dos. Al parecer, Ernst cayó por una especie de falla cubierta de líquen y se golpeó la cabeza contra una roca. Sí, Niils se culpaba a sí mismo. Trabé amistad con él. Comprendí que a menudo se sentía humillado por las opiniones de los dos investigadores suecos. No se atrevía a protestar. Creo que partía del principio de que «todos hombres blancos», la expresión es suya, compartían las mismas ideas acerca de los lapones. Esa humillación se traslucía en la mirada. Veía en ella una mezcla de orgullo, de distancia y, a veces, de incomprensión, incluso de espanto. Todo eso me impresionó mucho. Al principio, no me atreví a hablar sobre este asunto con él puesto que la conversación habría de pasar a través del filtro del intérprete, pero le daba a entender, también mediante miradas, que era sensible a sus reacciones. Se dio cuenta de ello. Hacia el final de nuestra estancia, cuando sentí que podía confiar en nuestro intérprete, hablamos de ello una noche. Lo que yo había descubierto me había afectado terriblemente, pues era la prueba de una increíble injusticia.

Henry Mons hizo una pausa y Nina advirtió que tenía los ojos

humedecidos.

—Papá, creo que deberías descansar —dijo su hijo Paul, que acababa de entrar.

El anciano parecía fatigado. Fingió protestar, pero acabó por ir a acostarse. Nina debería esperar.

## 25

Martes, 18 de enero

10.30 horas. Kautokeino

André Racagnal aparcó justo frente a la entrada del ala del hotel donde se alojaba. Disponía de su propia puerta, que daba al exterior, y no tenía que pasar por recepción. Podía entrar y salir tranquilamente desde esta zona, que contaba con una habitación y un gran salón. Había guardado allí todo su material y acabó de colocarlo en las cajas. El cambio de programa no modificaba para nada sus preparativos.

Sacó su piqueta de prospección, que había dejado toda la noche en remojo en un cubo para que la madera del mango se hinchara. Era una piqueta sueca con un mango largo, muy práctica para apoyarse en terrenos difíciles. Resultaba además muy eficaz, puesto que su longitud permitía hacer más fuerza cuando se trataba de partir una roca. Comprobó de nuevo que cada instrumento se hallara en su sitio: la cámara de fotos, el GPS, aunque no fuera demasiado adepto del mismo, y la lupa. Había cogido también una brújula, una provisión de lápices de mina blanda para sus dibujos y lápices de colores.

Acto seguido abrió una caja llena de mapas. Se pasó un buen rato seleccionando aquellos que creía que iba a necesitar y que estaban a escalas diferentes, y de cada uno cogió varios ejemplares. Tomó unos sesenta. Empezó cargando una caja metálica en la parte posterior del Volvo y luego el

resto del equipo. Se llevaba lo imprescindible para dos semanas; las provisiones que había comprado para dos personas igualmente deberían bastar para ese tiempo.

Pensó un instante en pasar por el pub. Al final se dijo que era una mala idea. Lástima. De momento.

En lugar de eso, se concentró en recordar el mapa que había visto en la casa del granjero y que resultaba extremadamente detallado. Tendría que compararlo con todos los mapas que se llevaba. Sabía por experiencia que un mapa nunca representaba el terreno tal como era. Que entre los antiguos y los modernos, la visión de éste podía haber cambiado. El trabajo sería arduo, pensó, pero no era imposible. Tenía buen ojo. Era bueno. Lo sabía. Luego habría que proceder al análisis del terreno. Entonces se hallaría en su elemento. No le había dicho nada al granjero, pero el mapa parecía indicar sobre todo muestras, pedazos de alguna cosa, mas en ningún caso un yacimiento concentrado. Por supuesto, aquellos indicios, si eran serios, tenían un valor incalculable. No obstante, la presencia de restos de mineral en una roca nunca había significado que bastara cavar debajo de la piedra para dar con un yacimiento. Sólo quienes tenían una visión muy novelesca de la geología podían imaginar tal cosa. No era ése su caso. Al contrario, era conocido por contar con una temible intuición basada en una lectura infalible de la geología de las regiones que recorría y una formación enciclopédica de las estructuras geológicas gracias a sus numerosos viajes. Sabía leer un paisaje mejor que la mayoría de sus colegas.

Fue a la gasolinera a llenar unos bidones de gasolina y unas garrafas de agua y luego se dirigió hacia la casa de Karl Olsen. La verdadera cita le esperaba.

Martes, 18 de enero

13.30 horas. París

Nina había salido a tomar el aire para ordenar sus ideas. Lo que había averiguado la preocupaba. Y algunos aspectos le daban miedo. Se había criado con la idea de que los países nórdicos habían logrado desarrollar el mejor modelo de sociedad posible... Tal vez esa historia del instituto y de la medición de los cráneos fuera algo exagerada. Al fin y al cabo, sólo había leído sobre ella en uno o dos artículos, así que no debía de haber sido algo demasiado importante.

Paul le abrió la puerta unos instantes más tarde.

—Pase; mi padre ya ha descansado y tiene prisa por proseguir la conversación con usted. Creo que aún tiene mucho que contarle.

Nina fue directamente al despacho y se sentó frente a Henry, que alzó la vista del documento que estaba leyendo.

—Niils era un hombre dotado de múltiples talentos, señorita —le dijo de inmediato—. Como la mayoría de los lapones, carecía de educación. En el sentido que nosotros lo entendemos, por supuesto. Pero tenía una gran sensibilidad. Al parecer, poseía dotes de chamán. Era la primera vez que yo ponía los pies en Laponia y no estaba muy al corriente de ese tipo de prácticas. A Paul-Émile, en cambio, le apasionaban. Ya había tenido ocasión de observar a los chamanes en Groenlandia y, por descontado, estaba

entusiasmado. Pero Niils se confió a mí, como le decía. No hablaba mucho de su vertiente de chamán, puesto que, como averiguaría, un chamán auténtico nunca dice que lo es. Por el contrario, Niils estaba preocupado. A nosotros, los franceses, los discursos de los antropólogos nos indignaban, pero ellos, los lapones, que vivían allí y que allí se quedarían tras nuestra marcha, tenían verdaderos motivos de preocupación. No sabría decirle qué percepción tenían del drama que se estaba fraguando en Europa con Hitler. Nosotros mismos, al fin y al cabo, no comprendimos lo que se tramaba. Pero Niils albergaba una especie de presentimiento. Una noche, nos llevó al intérprete y a mí a un aparte. De debajo de su capote sacó un tambor. Éste, por lo que pude juzgar a la luz de nuestra lámpara de aceite, era magnífico. Y estaba en buen estado. Tenía forma redonda y su superficie estaba llena de pequeños símbolos que me costó distinguir.

»Le pregunté a Niils qué era y me dijo que aquel tambor le pertenecía. No me dijo de dónde procedía, sólo que le pertenecía. Fue un instante muy solemne y sentí que no era el momento apropiado para adentrarme en una conversación científica, como deseaba ardientemente. Estaba aún más excitado, pues sabía que estaba cumpliendo uno de los sueños de Paul-Émile. Debía contenerme. Niils me explicó entonces que aquel tambor se hallaba en peligro. Le dije que no le entendía. Y me contó que con las ideas que circulaban en esos años, todo cuanto se encontraba relacionado con su pueblo estaba amenazado. Traté de tranquilizarlo, pero vi que se sentía realmente inquieto. Y debo decir que aunque yo procuraba poner buena cara, no podía contradecirle. Fue entonces cuando me pidió que cuidara de ese tambor, que me lo llevara a Francia para ponerlo a salvo. Me dijo que podría retornar el tambor el día que yo juzgara oportuno. Confiaba en mi decisión. Debo confesarle, señorita, que esa muestra de confianza me azoró sobremanera. De repente me había convertido en depositario de un tesoro de la civilización lapona.

Henry Mons hizo una pausa. Había hablado con cierta grandilocuencia y estaba visiblemente emocionado. Nina le sonrió y apoyó una mano sobre su antebrazo. El anciano le devolvió la sonrisa, como agradeciéndole que le permitiera recuperar el aliento. También Nina estaba emocionada. Por

diferentes razones. Ese extranjero estaba haciendo que tuviera conciencia de una realidad de su país que ignoraba casi por completo. Le era difícil tomar partido respecto a esa nueva situación. Por fortuna, podía aferrarse a la investigación. La mañana llegaba a su fin. Henry Mons le pidió a su hijo que volviera a prepararles té. Mientras, sacó algunas instantáneas tomadas en el curso de la expedición. Eran unas buenas fotos, que mostraban la vida cotidiana de las gentes con las que se habían cruzado por el camino. Se veía a familias samis en su tienda o, a veces, delante de ella. En otras, se contemplaba a una madre sosteniendo a una criatura envuelta en mantillas. Algunos samis posaban junto a un reno; sin duda, el jefe de la manada, el favorito. Al observar las fotos, Nina vio a una población que estaba vigilante, y un detalle acabó impactándola: prácticamente nadie sonreía. O cuando alguien sonreía, parecía tan forzado e incluso fuera de lugar que resultaba casi incómodo. Nina pasó de prisa las fotos y examinó otras en las que los miembros de la expedición posaban entre los samis.

—¿Sabe usted que Laponia es una tierra apasionante por sus minerales? En esa época, ya había numerosas minas, en particular la mina de hierro de Kiruna, que, por cierto, interesaba mucho a los alemanes. El hierro de Kiruna sirvió para fabricar armas nazis. Pero recuerdo que además corrían muchos rumores acerca de un enorme yacimiento de oro. Por la manera en que mucha gente hablaba de él, parecía casi una leyenda. Eso nos sorprendió, pues teníamos la impresión de que los samis sentían poco apego por las riquezas materiales. En aquellos tiempos, aún vivían esencialmente como nómadas. Sin embargo, ahí estaban los rumores acerca de un yacimiento extraordinario. Cuando me entregó el tambor, comprendí que guardaba alguna relación con dicho yacimiento. Pero Niils se puso muy... serio al evocarlo. Me dijo que pesaba una maldición sobre ese yacimiento, que ese yacimiento había traído muchas desgracias a su pueblo. Y que por esa razón, también, el tambor debía ponerse a buen recaudo lejos de allí. Para que la verdad sobre el yacimiento no cayera en manos de personas indeseables.

—¿A qué maldición se refería?

—Me recriminará que no fuera nada curioso, pero no hice ninguna pregunta. Estaba cautivado por la solemnidad del instante, por el sentimiento

de que nos hallábamos a las puertas de un cataclismo político, por ese ambiente a la vez siniestro e hipnotizador, a la luz del farol, rodeado de una naturaleza negra y hostil, de un viento aturdidor, lejos de la civilización, con ese hombre de rostro inquietante, tocado con su gorro de cuatro picos. Era muy impresionante, se lo aseguro.

—¿Y qué cree usted?

—Deduje que debía de tratarse de la historia de ese yacimiento de oro, y en cuanto a la maldición, no sé mucho más. ¿Qué impacto pudo tener ese yacimiento en su pueblo? Lo ignoro. ¿Se vieron los samis privados de pastos que les pertenecían o de tierras importantes para su trashumancia? ¿Provocó la pérdida de manadas?, ¿hubo renos que murieron de hambre? ¿O bien alcanzó la maldición directamente a los samis? Me pregunté todo eso y más.

—¿Me ha parecido comprender que no hay ninguna reproducción de ese tambor?

—Es muy posible, aunque en realidad lo ignoro. Lo que es seguro es que yo no tengo ninguna. Si alguien tiene una, no lo sé.

—Puesto que tanto le impresionaron los dibujos, debe usted de acordarse de ellos.

—Sobrestima usted mi memoria, señorita —dijo Henry Mons con una sonrisa—. Pero veamos...

Cerró los ojos y los mantuvo cerrados un buen rato.

—Una línea horizontal lo dividía en dos. Esa línea estaba situada en la parte superior del tambor. Recuerdo que en esa parte había renos estilizados y uno o varios personajes bastante simples, también estilizados. Diría que eran cazadores, pero no estoy seguro de ello. Creo que había árboles y tal vez montañas, a menos que se tratara de tiendas, no me acuerdo.

Nina tomaba notas rápidamente en su cuaderno mientras observaba a Henry Mons, que permanecía con los ojos cerrados.

—En la parte inferior, es más complicado. En medio de esa parte había una cruz, con diversos símbolos en cada brazo de la cruz, así como también en el centro, dentro de un pequeño rombo. ¿Qué más? En los bordes había otros símbolos. Creo que eran, de nuevo, personajes estilizados, bastante simples, pero también otros más elaborados. Tal vez divinidades. Y luego

había peces y un barco. Un signo que me llamó la atención y que recuerdo bien era una serpiente grande. Creo que también había árboles, más montañas y luego algunos símbolos difíciles de interpretar. Siempre me prometí que los investigaría, y luego ya sabe lo que pasa, me vi acaparado por otras mil cosas. Y respeté la voluntad de Niils: no le enseñé el tambor a nadie. Por esa misma razón tampoco hice una foto. Paul-Émile me lo echó en cara, por supuesto. Pero sé que igualmente respetó mi integridad.

—¿Recibió usted peticiones de gente que deseaba ver el tambor?

—Por supuesto —exclamó—. Una pieza así despierta la envidia. Por descontado, no se trata de arte precolombino ni de vestigios egipcios, pero al fin y al cabo creo poder afirmar que ese tambor es una buena pieza desde todos los puntos de vista: es único y está asociado a una historia dramática, igual que todos esos tambores, como seguro que sabe usted.

Nina no hizo gala de su ignorancia.

—¿Quién se puso en contacto con usted?

—Hubo un museo alemán de Hamburgo, creo que trabajan con el Centro Juhl en Kautokeino. Querían ver el tambor y tasarlo.

—En ese caso tomarían algunas fotos —preguntó Nina, esperanzada.

—De hecho, no vinieron, puesto que entre tanto me puse en contacto directamente con el Centro Juhl. Si la memoria no me engaña, a lo largo de los años, dos personas más se pusieron en contacto conmigo: alguien de otro museo de Estocolmo y un caballero que no se presentó, pero que me pareció que era un intermediario, sin duda para algún coleccionista. No sé cómo averiguaron que poseía ese tambor. Como nunca he tenido intención de venderlo, esas peticiones no fueron a ninguna parte.

—¿Tiene los nombres de ese museo y de ese intermediario?

Henry Mons consultó una de las pilas de documentos y, tras rebuscar durante unos instantes, halló la información, que anotó con una pluma en una pequeña hoja de papel. Nina la leyó rápidamente. El museo era el Museo Nórdico de Estocolmo. El nombre del intermediario le pareció noruego.

—¿Quién estaba al corriente de su existencia?

—Poca gente —respondió el anciano tras reflexionar un momento—. En todo caso, hasta que lo confié al Centro Juhl.

El francés le permitió a Nina llevarse las fotos y algunos documentos relativos a la expedición. En el momento de partir, se detuvo un segundo en el rellano, frente a la puerta.

—¿Qué fue lo que le decidió a devolver el tambor precisamente ahora?

—En primer lugar, mi edad —dijo con una sonrisa fatigada—. No quiero que ese tambor se pierda para los samis tras mi muerte. Así que me pregunté si devolver el tambor ahora iría contra la voluntad de Niils. Me pareció que no. No cabe la menor duda de que los ideales de la época ya no tienen cabida en Escandinavia desde hace mucho tiempo. Espero no haberme equivocado...

Martes, 18 de enero

15.30 horas. Kautokeino, carretera 93

André Racagnal se detuvo frente al cuerpo principal de la granja de Karl Olsen. El granjero, que lo había visto llegar, lo esperaba en el umbral. No conseguía calarlo. El tipo era totalmente plano. No era posible saber qué tenía dentro del cráneo. Aparte de que le gustaban las chiquillas jóvenes. No se dejaba manipular con tanta facilidad como Brattsén. Cualquiera otro habría protestado ante tamaña acusación y se habría indignado. Él no. Dios mío, y además lo observaba con un rictus irónico.

El viejo mapa geológico se hallaba sobre la mesa de la cocina. Racagnal fue directamente a cogerlo.

—No lo olvide —le dijo Olsen—. Es urgente presentar la solicitud ante la Agencia Nacional de Minas para que luego pueda ser examinada por la comisión municipal de asuntos mineros. Por lo que respecta a la agencia, puede ir rápido porque allí trabaja gente de forma permanente, pero la comisión municipal sólo está disponible cuando nos reunimos. Debemos tenerlo a punto para la reunión, que se ha aplazado, o será demasiado tarde para la atribución de licencias. Es ahora o nunca.

Racagnal no respondió, y eso inquietó al granjero. Olsen desplegó otro mapa, un mapa de la región. Señaló con el dedo.

—Aslak está ahí. Es un tipo extraño, pero es el mejor. Estoy seguro de

que usted sabrá manejarlo —dijo volviendo el torso hacia el francés.

Éste seguía guardando silencio mientras se contentaba con observar los dos mapas. Los dobló, miró a Olsen y dio media vuelta.

16.30 horas. Carretera 93

Racagnal se dirigió hacia el norte y luego giró al este, por el camino que conducía a Karasjok. Por allí se encontraba Aslak. Las advertencias del granjero le eran indiferentes. ¿Era Aslak un tipo extraño? ¿Acaso un granjero tan cateto podía pensar en serio que un tipo como Aslak, por raro que fuera, podía ser más raro que el comandante Chuck? Era obvio que aquel palurdo nunca había salido de su madriguera. Vio una pequeña cafetería junto a la carretera. El rótulo anunciaba Renlycka, la suerte del reno. Menudo programa. Ya la había visto, era la única entre Kautokeino y Alta, justo en el cruce con la carretera 92, que giraba hacia el este. Se detuvo. Una vez que la tomara, tendría que dormir de cualquier modo en gumpis, refugios o en su tienda. Esto no lo preocupaba, pero para la pequeña sesión de trabajo que tenía en mente estaría mucho mejor en el bar. No había ningún cliente. Una mujer de unos sesenta años salió de una pequeña habitación situada al fondo y se puso detrás de la caja, sin decir nada. Esperaba. Era una lapona, con un delantal que reproducía los colores vivos de las túnicas tradicionales. Racagnal fue a sentarse junto a una mesa larga dispuesta en la esquina de la barra, cerca de las ventanas. Había una decena de mesas de madera clara, con sillas del mismo tipo. Unos pequeños tapetes bordados las decoraban. Representaban escenas de la vida de los lapones: el momento de marcar a los renos, las caravanas a la antigua, la selección en los cercados. En cada mesa había una velita redonda en unos candelabros de cristal. La mujer se acercó para encender la que se hallaba en la mesa de Racagnal. En una vitrina cerrada se exponían objetos de artesanía, muñecas laponas, unos tamborcillos cubiertos de figuritas simples y adhesivos. El francés podía ver la carretera que pasaba al pie de una pequeña colina y, al volver la cabeza, adivinó las vastas extensiones semidesérticas en las que pronto se adentraría. El entorno

parecía apacible debido a la nieve, que todo lo adormecía. Pero él sabía que, sin duda, eso no iba a durar.

Sacó sus mapas y se dirigió hasta la caja donde la lapona lo contemplaba con la mirada extraviada. Estaba esperando. Racagnal tomó un bocadillo y un café. Pagó. La mujer le dio las gracias.

—¿Conoce a Aslak? —le preguntó.

La mujer lo observó primero un buen rato.

—Sí.

Aguardaba de nuevo.

—¿Se le puede encontrar fácilmente?

—No.

—¿Podría explicarme cómo dar con él?

Nuevo silencio.

—No.

A Racagnal no le gustaban las sorpresas. La miró fijamente y le dirigió una mueca. La mujer bajó la vista. El francés le volvió la espalda y regresó a la mesa. Desplegó finalmente el viejo mapa geológico del granjero y sacó los mapas que había seleccionado. Se encontraba en su elemento. Había que actuar con rapidez, puesto que la nueva reunión de la comisión de asuntos mineros tendría lugar a la mañana siguiente. Olsen le había prometido que conseguiría que se aprobara la solicitud. Racagnal iba a hacer que aquel maldito mapa hablara.

18.00 horas. Kautokeino

Nina llegó tarde por la noche a Alta. Klemet fue a recibirla. Esto le gustó.

—Esperamos mañana el informe del forense —comenzó Klemet—. Ya era hora. ¿Qué tal por París?

Durante la hora de trayecto que siguió, Nina le hizo un fiel resumen de lo que había descubierto en casa de Henry Mons. Cuando pasaron por el lugar donde ésta había atropellado al reno la víspera, ella le explicó brevemente — y sin los pormenores— su accidente, así como la extraña actitud de Aslak,

que le había dado la pequeña joya. Como Klemet no reaccionó, Nina continuó describiéndole su encuentro con Henry Mons.

—Esas historias de biología racial son una locura, es increíble —dijo Nina.

—Pues sí.

—¿No te indigna?

Klemet conducía, concentrado en la carretera. Volvió la cabeza hacia ella, sin decir palabra, y luego miró de nuevo al frente. Se aproximaban a la entrada de Kautokeino, sumida en la oscuridad.

—Vamos a casa a tomar un café.

No era una pregunta. A Nina no le desagradaba volver a la misteriosa tienda de Klemet. Cuando el coche se detuvo, él le señaló la bolsa.

—Coge tu equipaje.

Nina lo miró con la cabeza ligeramente ladeada, interrogativa, como desconcertada ante la proposición de su colega.

—Lo digo por los documentos de París.

—Oh, claro —respondió.

Hubiera apostado a que ella se había sonrojado. Remató la faena.

—¿Te apetece darte una ducha?

Nina se detuvo. No sabía si su colega se estaba riendo de ella o no. Educadamente, rechazó la invitación. Klemet avanzó sobre la nieve y alzó la falda de la tienda para dejar pasar a la joven. A continuación, echó leña al fuego, casi apagado. Las llamas se reanimaron enseguida. Nina se sintió bien de nuevo. Miró alrededor con satisfacción.

—Klemet, ¿me haces una foto delante del fuego?

Él le dirigió una sonrisa forzada mientras ella le tendía la cámara. Klemet sabía cómo tomar la foto, y enfocó a las llamas. Nina le dio las gracias, comprobó el resultado y exhaló un suspiro.

—Klemet, estoy muy oscura. Sabes, cuando se hace una foto con una fuente de luz así detrás, hay que...

—Dame rápido tu cámara, por favor.

Le sacó otra foto, casi sin moverse. Ella pareció conformarse. Guardó la cámara y sacó la carpeta. Le pasó la primera imagen que Henry Mons le

había enseñado y describió a las diversas personas que aparecían en ella.

—¿Quién tomó la foto? —preguntó Klemet.

Nina lo miró en silencio, como si la hubieran pillado en falta. No sabía la respuesta.

—¿Qué te apetece beber?

—Una cerveza sin alcohol.

Klemet sacó dos. Se sirvió también una copa de coñac de tres estrellas. Era una vieja costumbre que había conservado de su educación laestadiana. En la rama laestadiana dura, que era la de su familia, el alcohol estaba estrictamente prohibido. Sólo había una excepción, y era un coñac de tres estrellas en caso de enfermedad, como medicamento. A Klemet eso siempre le había divertido y le era fiel a ese coñac, su propia manera de no renegar del todo de sus orígenes. Se bebió la mitad de la copa y dio un trago a la cerveza.

Nina se encontraba esta vez al lado de él, tendida sobre las pieles de reno. Miraba las fotos, pensativa. Le daba vueltas a la pregunta de Klemet. Sacó las otras imágenes que Henry Mons le había confiado. Había una cincuentena. La mayoría representaba escenas de la vida lapona. Había también otras quince en las que aparecían los miembros del equipo en diversas etapas de la expedición. Separó las fotos en las que aparecían los miembros de la expedición de las de los samis. El equipo de investigadores y de guías estaba presente en todas ellas, aunque no siempre se hallara al completo. Aparte de la imagen que los inmortalizaba en el hotel finlandés, sin duda el punto de partida de la expedición, todas las demás estaban tomadas en el exterior, bien en medio de la tundra o bien delante de las tiendas de su campamento. En ellas no posaban, señal de que el viaje no debía de ser puramente recreativo.

—Ahí, un hombre que no aparecía en la primera foto.

Nina descubrió a un hombre más bien bajito comparado con los investigadores suecos y el alemán, pero que no tenía aspecto de lapón.

Salía en otra foto. Su presencia era extraña. Parecía hallarse ligeramente al margen, como si se hallara fuera de lugar. Tenía una nariz estrecha y el bigote le cubría las comisuras de la boca.

—Sí —observó Nina—. Le preguntaré a Mons.

A continuación, examinó las otras fotografías y lo localizó en una más.

Las extendió todas entre ellos dos, en varias hileras. La luz mortecina apenas le permitía verlas. Continuó bebiendo su cerveza, al igual que Klemet, mientras las contemplaba. Klemet tomó una y le dio la vuelta. Encontró lo que buscaba: la fecha.

—Ordenémoslas cronológicamente —propuso.

Una vez hecho eso, volvieron a concentrarse en su estudio.

—¿Qué buscamos exactamente? —preguntó Nina al cabo de un rato.

—No lo sé —confesó Klemet—. Pero algo ocurrió durante esa expedición con ese tambor y esos hombres. Qué, no lo sé. Pero algo ocurrió.

Klemet se sirvió un poco más de coñac.

—Bueno, dado que seguimos el tambor, parece lógico seguir a Niils. Aparece en las primeras fotos y en las últimas.

—No en las del medio —completó Nina—. No aparece en ellas porque se había ausentado con el geólogo alemán.

Nina le dio la vuelta a la última foto en la que Ernst y Niils aparecían con el grupo, y luego a la siguiente, en la que ya no se les veía.

—Ésta está fechada el 25 de julio, y ésta, el 17 de julio. Ernst y Niils partieron, pues, durante la última semana de julio. De 1939.

—Y ahí —dijo Klemet señalando con el dedo una de las últimas fotos—, Niils está de regreso. Solo, por supuesto, dado que Ernst había fallecido.

Se incorporó para volver la foto.

—7 de agosto. Y la foto precedente en la que está ausente es del... 4 de agosto. Niils regresó, por lo tanto, entre esas dos fechas.

Volvió a dejar la foto y se echó hacia atrás, contra el pequeño baúl cubierto de cojines.

—Niils regresó atormentado de esa misión con el geólogo alemán. Y al cabo de poco, se confió a Mons y le entregó el tambor.

Klemet dejó su copa y cogió la carpeta que contenía documentos relativos a la expedición. Había algunas cartas oficiales, listas de material, cartas de recomendación, recibos de gastos, billetes de transporte: un montón de papeles amarillentos sin más interés. Klemet buscaba alguna mención del tambor. Acabó por encontrar una referencia en un documento de aduanas. En el apartado de descripción, una mano había añadido en sueco: «Artesanía de

pacotilla». Y donde debía indicarse el valor, se leía simplemente «Nulo».

18.00 horas. Carretera 93

André Racagnal saltaba de valle en valle a merced de las curvas geológicas que bailaban ante sus ojos. Había extendido cinco mapas frente a él. Volvió a concentrarse en el del granjero. Podía imaginar con facilidad las horas que ese geólogo habría pasado sobre el terreno para reconocer las formaciones geológicas, buscar fósiles y trazar los límites de afloramiento allí donde eran visibles los diversos terrenos. Racagnal se tomaba su tiempo, aunque no le sobrara. El mapa antiguo parecía describir un plutón granítico de orogenia careliana. Podía fecharse, pues, en unos mil ochocientos millones de años atrás. Esos terrenos del Gran Norte europeo se contaban entre los más antiguos que había tenido ocasión de estudiar. Cuando no se hallaba embarrado sobre el terreno, el estudio de esos mapas era lo único que le permitía olvidar sus demonios. Y eso que tenía que andarse con cuidado de que alguna curva no fuera demasiado provocativa. Racagnal reseguía los contornos y se hablaba para sus adentros. La roca plutónica se había formado en unas rocas encajantes que formaban parte de un cinturón de esquistos. Se sentía en su elemento. Estaba compuesta de cuarzo, dioritas y granitos. Era coherente. En un terreno así se podía encontrar oro, sobre eso no había duda alguna. La pregunta, como de costumbre, era otra. ¿Habría oro suficiente? ¿Se hallaría a una profundidad razonable? ¿Justificarían las perspectivas del mercado lanzarse a la explotación de una mina en el Gran Norte en condiciones humanas y climáticas difíciles? Había muchas cuestiones a las que era imposible responder en sólo una semana. Incluso los buenos geólogos, sobre todo los buenos geólogos, y él se consideraba uno de los mejores, necesitaban sentir el terreno, pisarlo con sus propios pies, dar libre curso a su intuición, aunque eso volviera locos a los jóvenes y a los burócratas, que requerían que todo encajara en los modelos. Pero éstos no podrían comprender jamás cómo funciona el cerebro de un tío como yo, pensaba Racagnal. De igual manera, nunca podrían entender que le gustaran

las chiquillas muy jóvenes. Esa imagen tan bella de la pureza. Él solo pensaba en mancillar esa imagen. A sus ojos, era el único comportamiento racional. Esa pureza le angustiaba, le hacía sentirse diferente. Se sentía más a gusto con personas ambiguas como aquel palurdo calculador o como ese policía tan testarudo. Era gente que lo tranquilizaba, que le reconfortaba en su idea de que el mundo era gris, injusto y cambiante.

Los granitos fueron erosionados por los glaciares que durante mucho tiempo recubrieron Escandinavia. Los últimos glaciares se retiraron tan sólo dos mil años atrás y dejaron las cimas desnudas y rodeadas de lagos. Podía leer sobre aquel mapa unos terrenos eruptivos que formaban muchos pequeños filones. El autor del mapa describía también unos conglomerados de cantos de cuarzo. Había bastantes factores concordantes, estimó Racagnal, concentrado de nuevo en el mapa.

En el aspecto geológico, Laponia era una región estable. Formaba parte del escudo escandinavo, aunque hubiera algunas fallas. Para los geólogos como Racagnal, esas fallas eran particularmente interesantes. Y ese mapa describía una de ellas.

Tomó los mapas geológicos que había traído y se puso a pensar en ello. La mayoría de los detalles presentes en el mapa antiguo se encontraban ausentes. Por no hablar de la diferencia de escala. Había que saber leer entre líneas. Su índice comenzó a reseguir las curvas del mapa. Eso pronto le evocó las de Ulrika. Aquella putita había tenido que entrometerse. No era grave. Si daba con lo que pensaba encontrar, vendría a él arrastrándose, con su carita de ángel. Y el granjero también tendría que arrastrarse ante él.

19.20 horas. Kautokeino

Antes de acompañar a Nina a su casa, Klemet la retuvo unos minutos más.

—Ándate con cuidado con Aslak —le dijo.

Nina iba a protestar, pero él le puso un dedo sobre los labios.

—No digas nada.

Ella malinterpretó su gesto. Se equivocaba.

—Hace un rato me has preguntado en el coche por qué no me había indignado al explicarme lo de los investigadores suecos. En la granja de mis padres, sólo hablábamos sami. Cuando empecé el colegio, a los siete años, me encontré en un internado en el que sólo había niños lapones. Teníamos prohibido hablar sami. El profesor era sueco y sólo hablaba sueco. De forma expresa. Era preciso convertirnos en pequeños suecos. Se había producido un progreso respecto a la época que Henry Mons te ha descrito. En esa época, se trataba de ver morir a la raza lapona y documentarla en nombre de la ciencia. En mi época, había que asimilarnos. Totalmente, a garrotazos. Si hablábamos en sami, nos pegaban una paliza, incluso durante el recreo. ¿Ves esta cicatriz aquí? —dijo mostrándole la sien—. Tenía siete años, Nina. Tenía siete años y no podía hablar en mi lengua, no podía hablar en absoluto. Así que, si hablas de rebelarse, Nina, yo...

Estupefacta, Nina observó que la mirada de su colega se enturbiaba. Jamás lo había visto así. No acabó la frase y salió, sosteniendo la cortina de la entrada para que ella pudiera pasar. Cuando la cortina cayó de nuevo, el tiempo de las confidencias había terminado.

19.30 horas. Carretera 93

La vieja lapona seguía detrás de la caja, inmóvil, muda. Tendría que haber cerrado ya hacía un buen rato, pero esperaba. En la hora transcurrida, sólo había entrado un cliente. Se trataba de un camionero que había dejado el motor de su vehículo en marcha en el aparcamiento.

—Qué, lapona jamona, ¿te diviertes detrás de la caja? ¡Si te aburres, no tienes más que subirte a mi cabina, tía buena!

La lapona lo contemplaba sin decir nada, sin mostrar reacción alguna.

El camionero era sueco, constató André Racagnal, que lo miró un segundo y advirtió los numerosos tatuajes de sus antebrazos. El sueco se echó a reír y se volvió hacia Racagnal, convencido de que su sentido del humor tenía que ser contagioso. El geólogo lo observó un instante y volvió a sumergirse en sus mapas.

—Ah, el caballero está muy ocupado. Vamos, vieja, ¿están ya mis bocatas? Eh, espero no haber interrumpido un rollito entre vosotros, ¿verdad?

El camionero se echó a reír solo. Ya no se ocupaba de Racagnal. Tamborileaba con los dedos sobre la caja, mientras esperaba sus bocadillos, al ritmo de una música muda. Debía de ser un cliente habitual, se dijo el francés, pues no había precisado de qué tenían que ser los bocadillos.

La mujer reapareció con dos bocadillos envueltos y dejó también una botella de Pepsi junto a la caja. Sacó un cuaderno y lo anotó todo.

—¡Ay, vieja, cómo me excitas con ese cuadernito! Me voy a zampar los bocatas pensando en tus tetas, gorda. Joder, tendrías que mandar a la mierda a tu marido, ya te lo he dicho. Lo bien que lo íbamos a pasar tú y yo. ¡Anda que sí! Y tú —dijo dirigiéndose a Racagnal— no toques a la lapona, porque es mía. ¡Hasta la vista, *baby*! —se despidió al cerrar la puerta, sin dejar de canturrear y de llevar el compás con su mano libre.

La lapona había cerrado su cuaderno. Meneó la cabeza dos segundos y retomó su aire indiferente detrás de la caja.

Racagnal, por su parte, había progresado. Quedaba mucho por hacer, pero tras cotejar la información e identificar estructuras geológicas, sentía que se estaba acercando a algo.

El autor del mapa parecía haberse concentrado en la parte central, mucho más anotada. Creía saber el porqué. Había esas famosas marcas de metal amarillas, inscritas así en el mapa. Racagnal, sin embargo, estaba más interesado en una sección geológica situada en la parte superior derecha del documento. Se trataba de una formación terciaria que parecía reunir bastantes gravas, bloques, donde predominaban elementos esquistosos. Ahí también era donde se rozaban dos zócalos de edades diferentes. Era la famosa falla, sobre la que el geólogo desconocido había situado unos signos que indicaban mármoles. La presencia, aunque fuera reducida, de mármoles en ese lugar preocupaba a Racagnal, que tamborileaba sobre el mapa con su lápiz, pensativo. Decidió dejar eso para más tarde y centrarse de nuevo en las marcas amarillas, que innegablemente señalaban la abundancia de oro. Tras una hora más de cálculos y comparaciones, Racagnal se dijo que ya había delimitado la zona donde debería buscar. Extendió el mapa delante de él y lo

dobló varias veces. Tenía que ser eso. El mapa antiguo presentaba, por supuesto, discordancias y anomalías, pero las mismas podían considerarse fruto de la diferencia de perspectiva, de medios, sin duda, y también de profesionalidad. Si se hacía abstracción de todos esos parámetros, era allí donde había que explorar. Racagnal sabía que idealmente habría que extraer muestras y efectuar perforaciones exploratorias. No tendría tiempo para ello. Debería recurrir a todo su ingenio. Pero necesitaría a ese Aslak, a la vista del poco tiempo de que disponía. No tenía ni un minuto que perder. El instinto de cazador se apoderó de nuevo de él y sintió una descarga de adrenalina. Lástima que la vieja no fuera una chiquilla, se dijo. Como si leyera en su pensamiento, la mujer le dirigió por primera vez una mirada prolongada que no le quitó de encima hasta que él salió al frío y la noche.

## 28

Miércoles, 19 de enero

Salida del sol: 09.54 horas; puesta del sol: 13.07 horas

3 horas y 13 minutos de insolación

08.00 horas. Kautokeino

El anuncio en la radio del descubrimiento de la segunda oreja no sorprendió a nadie, aunque sí se llevó un susto terrible la mujer de la limpieza que la encontró detrás de una puerta del pasillo de entrada del anexo de la oficina de gestión de los renos en Kautokeino. Eran apenas las siete de la mañana y aún no había llegado nadie. En principio, esa puerta permanecía siempre abierta y la mujer sólo la había cerrado para pasar la aspiradora por detrás. La oreja podría haber permanecido allí varios días y nadie se hubiera dado cuenta, ya que la aspiradora sólo se pasaba una vez a la semana. Como la primera oreja, ésta también estaba marcada. El rumor corrió rápidamente por el pueblo, y más aún debido a que la mujer de la limpieza no logró ponerse en contacto con la policía. Desamparada, llamó a su vecino, Mikkelsen, el periodista. Éste seguramente sabría qué hacer. Mikkelsen llegó al cabo de un cuarto de hora y se apresuró a entrevistar a la mujer. Por supuesto, no tocó nada, pero tomó fotos desde todos los ángulos. Era una primicia excepcional. La policía había procurado ocultar que se había hallado el cadáver de Mattis sin orejas, pero Mikkelsen conocía el rumor. La oreja, tan ennegrecida, constituía, en su opinión, una prueba de peso de que se trataba de un caso muy gordo y no de

un simple asesinato. Le quedaba poco tiempo para el informativo de las ocho de la mañana. Y luego tendría que subir la foto de la oreja a la página web del periódico. Iba a ser un día movido.

El despacho de Tor Jensen estaba lleno y el Sheriff parecía especialmente malhumorado. Aún no había comenzado a picotear en su bol de regalices. Eran apenas las ocho de la mañana y todas las personas presentes acababan de oír las noticias. Circulaba el café y ya se habían acabado dos bandejas de bollos. Brattsen estaba en un rincón, al fondo, y parecía enfurruñado. Nina charlaba con Fredrik, el representante de la policía científica que había llegado la noche anterior de Kiruna en compañía del médico forense, en esos momentos sumergido en la lectura de su informe. Fredrik parecía muy interesado por Nina y le hablaba al oído. Había otros dos policías del equipo de Brattsen. Esperaban aún a Klemet. Éste había ido a depositar en el congelador de la policía de los renos, instalado en la sala de mapas, la segunda oreja, que de esta manera se sumaba a una singular colección de pruebas que incluía varias orejas de renos, algunas ocas de Siberia y otros animales cazados ilegalmente. Ahora se contaba también con dos orejas humanas.

Klemet entró en el despacho con varios documentos en la mano. El Sheriff le hizo una señal.

—La primera oreja es de Mattis Labba, sin la menor duda —comenzó el policía científico.

—Y seguramente también ésta lo será —añadió Klemet—. El mismo tamaño, el mismo corte y el mismo tipo de incisiones, aunque los motivos sean diferentes.

—¿Así que eso apunta a un ganadero? —lo interrumpió el Sheriff.

Klemet Nango se tomó su tiempo para servirse un café.

—De hecho, ahora estoy mucho menos seguro —espetó—. Si interpretamos un poco libremente las marcas de ambas orejas, podríamos orientarnos hacia el clan de Olaf y hacia Olaf en persona.

Al fondo de la sala, Brattsen dio un brinco.

—Ah, siempre he pensado que ese tipo estaba implicado de una manera u otra. Os digo yo que ese tío no es trigo limpio. Estoy seguro de que lleva un

buen peso en la conciencia.

—Brattsen, deja acabar a Nango.

El policía se sentó, torciendo el gesto.

—Vamos, Gordito, sorpréndenos —dijo.

Klemet, como de costumbre, lo ignoró.

—Estoy hablando de una interpretación, lo que distorsiona un poco los signos, si se considera la precipitación con que debieron de hacerse esas marcas, y que han pasado varios días y las orejas están atrofiadas. Sin embargo, forzando bastante las cosas, puede verse un parentesco con la marca del clan de Olaf. Pero con dos orejas estoy menos seguro, porque si me atengo a una comparación estricta... éstas no corresponden a ninguna marca del manual.

Un pesado silencio acogió la explicación de Klemet. El Sheriff le hizo una señal al médico.

—Estimado doctor, espero que tendrás muchas cosas que explicarnos, porque la verdad es que en estos últimos días no has estado muy parlanchín.

El médico dirigió una amplia sonrisa a Tor Jensen.

—El procedimiento, comisario, el procedimiento. Sobre todo en este caso, pues con esta brigada transnacional aún es más importante seguir el procedimiento para evitar cualquier malentendido entre nuestras puntillosas administraciones. Y el procedimiento dice que no puede divulgarse nada por teléfono o...

—Conozco el procedimiento, doctor. Sólo que me habría gustado que por una vez hubiéramos sido un poco más prioritarios, pero en Kiruna esto ni os ha inmutado.

—Klemet ha resumido lo concerniente a las orejas, pero volveré sobre ello más adelante. Sólo una precisión acerca de las incisiones. Aún no he examinado la segunda oreja, pero me imagino que la observación ofrecerá el mismo resultado. Las incisiones, es decir, las marcas realizadas en el lóbulo y en la parte superior de la oreja son limpias. Me refiero con ello a que quien manejó el cuchillo no titubeó. La carne está seccionada limpiamente, no está desgarrada. No hay múltiples tajos que pudieran indicar, por ejemplo, que quien sostenía el cuchillo habría cortado varias veces.

El médico forense abrió una carpeta.

—Y ahora la causa de la muerte. El examen de las carnes muestra que Labba recibió un golpe violento propinado con un objeto puntiagudo y cortante, con una hoja que tenía un ancho máximo de entre 3,5 y 3,8 centímetros. Probablemente, uno de esos cuchillos del tipo Knivsmed Strømeng utilizados por los ganaderos, pero que también puede encontrarse en las tiendas de artículos de caza y pesca y que los turistas compran. Aunque la herida no es muy profunda, puede estimarse la fuerza de la cuchillada, dado que tuvo que atravesar la ropa. El asesino era corpulento, pues le bastó un solo golpe. Labba vestía un mono, dos chándales, uno de ellos bastante grueso, camisa y dos camisetas. Todas esas capas de ropa explican también que se encontrara poca sangre en el escenario del crimen, puesto que toda fue absorbida por las telas. Sin embargo, la cuchillada es lo bastante profunda como para haber provocado una herida renal. Si se toma la anchura de la hoja, la longitud correspondiente sería de diecisiete centímetros, lo que equivale a la profundidad necesaria para atravesar las capas de ropa y alcanzar el riñón.

El médico forense hizo una pausa. Todo el mundo lo escuchaba con atención.

—Una herida renal no es mortal, como podría ocurrir con una herida en el corazón, por ejemplo. A eso quiero llegar. Esa cuchillada no mató a Labba. Con un tiempo normal, es decir, si la temperatura hubiera sido moderada o él se hubiera hallado en un interior, por ejemplo, habría logrado sobrevivir quizás unas seis horas. Pero Labba se encontraba a unos veinte grados bajo cero. Por supuesto, estaba vestido y la ropa le protegió, pero eso no evitó una rápida hipotermia. Su agonía fue mucho más acelerada. Y por ello sitúo su fallecimiento, aproximadamente, una hora después de recibir la cuchillada.

El médico dejó que los policías asimilaran la información.

—Pero eso no es todo. Vuelvo sobre las orejas.

Al médico le gustaba crear efectos.

—Quizás algunos se sentirán decepcionados... La amputación de las orejas no fue un acto de tortura, puedo afirmarlo.

En ese momento todo el mundo lo contempló con sorpresa e impaciencia.

—Simplemente porque, cuando se las cortaron, Mattis Labba ya estaba muerto desde hacía por lo menos dos horas.

Los policías se miraban unos a otros. Un murmullo invadió el despacho. Incluso Brattsen parecía incrédulo.

—Casi no sangró por las orejas, apenas unas gotas, porque ya había una vasoconstricción muy importante. Después de la muerte ya no se sangra, pues no hay circulación cardíaca. Si hubiera estado vivo en el momento de cortárselas, habríamos podido constatar el sangrado, y no hemos observado nada semejante. Además, el efecto del intenso frío se añadió a esto. Labba había empezado a congelarse cuando las seccionaron. Eso explica, sobre todo, la orientación de las carnes.

—Si tus constataciones son ciertas, ¿significaría eso que el asesino pasó... tres horas en el escenario del crimen, tras acuchillar a Labba, mientras buscaba algo, y luego le cortó las orejas y se marchó?

Todos estaban sumidos en sus reflexiones.

—A menos —interrumpió Klemet—, a menos que nos las veamos con dos personas diferentes...

10.30 horas. Laponia central

A André Racagnal no le fue difícil localizar el campamento de Aslak Gaupsara. Olsen le había hecho una señal precisa en el mapa y no había echado en falta las explicaciones de aquella buena mujer tan desabrida. El geólogo francés estacionó en una pequeña área de aparcamiento. Miró de nuevo el mapa. Podía aproximarse un poco más aún en coche por un camino que según el granjero debía de estar despejado y luego debería seguir en motonieve. La pista que tenía intención de tomar no estaba vedada; se había asegurado de ello. No podrían molestarlo. En cambio, le planteaba más dudas cómo abordar a ese ganadero. Las advertencias del granjero no le habían impresionado particularmente. No era un hombre que pudiera perder los papeles frente a un tipo marginado de inquietante reputación. Al contrario, sabía a la perfección cómo manejar a esa clase de personajes. Continuó

avanzando por el camino que se adentraba en dirección a un lago helado, como todo lo demás alrededor de él. Tras unos kilómetros de lenta progresión, llegó a orillas del lago. Allí había algunos chalets que en verano ocupaban los pescadores que vivían en Alta o en los alrededores, pero en esa época del año estaban deshabitados. Aparcó el Volvo y descargó la motonieve, enganchó el remolque y cargó el material. Consultó una vez más la lista de su inventario. En ese tipo de expedición no había margen para el error, mas él era muy precavido. Extremadamente precavido. Odiaba el azar. Era una cosa en la que sus colegas se equivocaban a menudo. Dado que se fiaba de su instinto para buscar minerales, lo tomaban por alguien indiferente, incluso poco serio. Era al revés. Sólo confiaba en su instinto cuando había comprobado hasta el menor detalle, cuando había eliminado cualquier incertidumbre que pudiera aparecer en su mente. Únicamente entonces se ponía en marcha con todos los sentidos en alerta, más cazador que nunca.

Echó un último vistazo al paisaje que había a su alrededor. Necesitaría menos de dos horas para llegar al campamento del ganadero. Se detendría en el camino para dormir en un refugio que había visto en el mapa y así llegaría al alba. Siempre era bueno sorprender a la gente un poco adormilada.

Aslak Gaupsara respiraba de forma regular y profunda mientras avanzaba con un movimiento monótono. Sus esquís se deslizaban casi sin hacer ruido alguno. Le faltaba comprobar un último valle para asegurarse de que una pequeña manada de renos que se había adentrado allí el día anterior aún tuviera qué comer. A Aslak le gustaba sentir que su cuerpo respondía sin rechistar a las exigencias cada vez más radicales a las que lo sometía. No tenía prisa. Casi había terminado su jornada. No se inquietaba demasiado por sus renos. Eran la imagen de él. Duros en la tarea, capaces de sobrevivir en las condiciones más extremas, insensibles al frío y resistentes como ninguno. Podían encontrar líquen hasta a dos metros de profundidad, debajo de la nieve, o caminar varios días sin comer hasta llegar a un pasto. Y, sin embargo, no había en el vidda otra manada tan disciplinada y atenta a su pastor. Aslak tenía tres perros que lo ayudaban, y también eran de la misma

pasta: sabían encontrar a los renos jóvenes extraviados, poner en el buen camino a los renos rebeldes, cortarles el paso en los senderos peligrosos u oler antes que nadie los peligros del vidda. Todos vivían en perfecta armonía con la naturaleza que les rodeaba. Aslak no había estudiado. No era como los jóvenes con los que a veces se había cruzado en el mercado de Kautokeino, que idealizaban esta vida. No había nada que idealizar. Era su vida. Había comprendido que era diferente de los demás. Y también había comprendido que, viviendo como siempre lo había hecho, como habían vivido los suyos antaño, a menudo suscitaba reacciones violentas. Solían preguntarle por qué rechazaba el progreso. Aslak no entendía muy bien lo que éste significaba. Veía a otros ganaderos que hacían el mismo trabajo que él con motonieves, *quads* e incluso helicópteros, así como con collares electrónicos equipados con GPS. Para pagar todo ese material necesitaban grandes manadas, que a su vez requerían territorios enormes para pacer. Y todo ello provocaba conflictos entre ganaderos, bajo la maliciosa supervisión de las autoridades, que disponían así de un medio ideal para mantener la presión sobre los samis y hacer con ellos lo que querían, so pretexto de mantener la paz en el vidda. ¿Era eso el progreso? ¿Convertirse en esclavo de unas declaraciones que había que cumplimentar, rendir cuentas a gentes que nada sabían acerca de su manera de vivir? A pequeños pastores como Mattis, que habían pretendido vivir con tranquilidad, sin armar revuelo, no les habían dejado elección. Aslak se detuvo un instante y se apoyó en sus bastones. Cerró los ojos y apretó los puños, protegidos por los guantes. Un observador externo habría pensado que se recogía, pues parecía ensimismado con una intensidad tal que resplandecía a pesar de su humilde aspecto. Mattis, pensó incorporándose. Pobre alma. Y se puso de nuevo en camino.

Algunos años, los renos de Aslak podían estar delgados, pero nunca famélicos. Mantenían siempre una prestancia que los diferenciaba de las bestias abandonadas a su suerte por pastores que se levantaban demasiado tarde o que tenían prisa por volver al calor de su gumpi. Aslak se detuvo en la cresta. Casi no veía nada, pero sabía qué buscaba. Su perro, infalible, le guiaba. Un cuarto de hora más tarde, vio al viejo reno. Era uno de sus jefes de manada más resistentes y también uno de los más cabales. Un animal que

siempre conducía a su grupo a donde era mejor, aunque fuera al precio de tremendos esfuerzos. Aslak confiaba en él. Si estaba allí significaba que aún había una cantidad suficiente de líquen. Se acercó a él despacio. Su perro sabía, y permanecía a una buena distancia. Sabía que cuando su dueño se acercaba al gran reno, tenía que mantenerse alejado.

Al aproximarse Aslak, el gran reno alzó la cabeza, coronada con unas pobladas y graciosas astas. Dio unos pasos para alejarse, con lentitud, y lo miró de nuevo de arriba abajo. Aslak echó un vistazo alrededor. Los renos que vislumbró estaban excavando en la nieve, que en aquel pequeño valle no había caído en abundancia. Parecían acceder al líquen fácilmente. Aún podrían quedarse allí varios días. Su gran reno había elegido bien el emplazamiento. Satisfecho, Aslak dio media vuelta, seguido por su perro, y retomó el camino del campamento. Su mujer pronto iba a necesitarlo. Como todos los días, como siempre. Redoblando sus fuerzas, se impulsó con los bastones, insensible al aire helado que se le metía por la garganta.

Miércoles, 19 de enero

10.30 horas. Kautokeino

Las revelaciones del médico y la hipótesis lanzada por Klemet —dos sospechosos en lugar de uno— habían provocado una animada conversación entre los policías. Si había un asesino y otro sospechoso como autor de la amputación de las orejas, el caso daba un nuevo giro. Si había un par de sospechosos, se multiplicaban por dos las posibilidades de hallar pistas e indicios. Tenía que haber algo más. Algo se les había escapado.

El Sheriff reclamó silencio y, para que todo el mundo se serenara, pidió a Nina que informara de su visita a Francia. Klemet escuchó a su colega enumerar con precisión los principales puntos planteados, incluido el telón de fondo político con la sombra de los científicos suecos.

—Por una vez que los suecos estaban en lo cierto —rió Brattsen—. Es broma, claro —añadió al ver la expresión exasperada del Sheriff.

—¿Qué sabemos de esa gente que trató de hacerse con el tambor?

—El Museo Nórdico lo intentó, pero dejó el tema cuando Henry Mons se puso en contacto directamente con el Centro Juhl. Queda la persona que contactó con Henry Mons, que, como es evidente, era un intermediario. Parece que llamó desde un número de teléfono de Oslo. Pronto tendré la información.

Tor Jensen picoteaba de su bol de chucherías y daba la impresión de estar

muy nervioso.

—¿Qué hemos obtenido de la escena del crimen? —preguntó a Fredrik, el hombre de la policía científica.

El policía, procedente del cuartel general de Kiruna, ni se tomó la molestia de abrir la carpeta que tenía frente a él. Se incorporó y sonrió a Nina.

—Pues me parece que la limpieza de la tundra que hicimos con aspiradora no fue un disparate —dijo mirando a Brattsen—. Hemos podido encontrar huellas bastante nítidas de una motonieve que no corresponden a la de Labba y que se superponen a las huellas de su vehículo, señal de que llegó después. Y hay algo más. Las huellas son profundas. Y, en mi opinión, eso indica que en esa motonieve iban dos pasajeros. Ello es bastante evidente al examinar los lugares donde la motonieve tuvo que aminorar la velocidad, porque se hunde mucho más. Así que dos pasajeros. Les dejo que deduzcan lo que quieran.

—¿Has podido ver si también se marcharon los dos juntos? —preguntó Klemet.

—Diría que sí.

—¿Hay alguna manera de identificar la motonieve? —preguntó el Sheriff.

—No. Evidentemente, para llevar a dos personas por el vidda, se necesita una máquina potente, pero aquí eso es algo muy frecuente. Por otra parte, en el capote de Labba he hallado unas manchas de grasa. Por lo que me han dicho acerca de esta prenda, la heredó de su padre y la cuidaba mucho, lo que contrastaba un poco con el resto de su equipo. Por eso me interesé por esa mancha de grasa, pues estaba claro que era reciente. No excluyo que procediese del mono del asesino y que éste manchara a Labba al apuñalarlo. Como decía el doctor, la cuchillada fue fuerte y quizás utilizó el peso de su cuerpo para reforzar el golpe. Aún no tengo el resultado del análisis de esa grasa. En cualquier caso, no se trata de grasa animal.

—Bien, bien —masculló el Sheriff—. Si no hay nada más, ya podéis desaparecer.

Klemet alzó la mano.

—El GPS —dijo—. El GPS de Mattis. ¿Se ha podido sacar algo de él, a

pesar del incendio? Podríamos averiguar cuáles fueron los últimos trayectos que hizo.

El Sheriff se volvió hacia Fredrik, que sonrió como si lo hubieran pillado en falta.

—Estamos en ello, por supuesto. Dentro de unos días sabremos algo, hay que tener paciencia.

Todo el mundo comprendió que Fredrik no había pensado en examinar el GPS.

La reunión había concluido. Al pasar frente a él y al verlo avergonzado, Klemet no pudo contenerse y le dijo al oído que Nina ya tenía novio. A Klemet no le gustaban los aires de Casanova del policía de Kiruna.

Al salir del despacho del Sheriff, Klemet retuvo al médico forense de la manga y le hizo una señal para que lo siguiera. Los otros ya se dispersaban por el pasillo. Klemet cerró la puerta e invitó al médico a sentarse.

—Tengo una pregunta..., no estoy seguro de que sea muy importante, pero...

—¿Querrás decir que preferías no hacerla en presencia de Brattsén para que no se riera de ti?

Klemet lo miró en silencio, pero con una expresión que delataba sus pensamientos.

—Klemet, te aseguro que en Kiruna se sabe perfectamente cuál es tu situación a causa de Brattsén. Pero por eso aún es más importante que estés aquí. Brattsén tiene aliados en la jerarquía. Parece que a los noruegos no les molesta tener a un tipo como él en un lugar como éste, pero te aseguro que en Suecia se piensa que, vistas las circunstancias, estás haciendo un trabajo formidable.

—Y eso significa que nadie va a mover un dedo para que lo trasladen...

—No seas injusto, Klemet. Dime, ¿cuál es la pregunta?

—Al examinar el cuerpo de Labba, ¿has visto algo en sus ojos?

—¿En sus ojos?

El forense parecía sorprendido ante la pregunta. Reflexionaba.

—¿Estás pensando en algo en concreto?

—No estoy muy seguro, pero tuve la impresión de que el contorno de los ojos parecía más oscuro. Un poco azulado o grisáceo. Recuerdo que Nina dijo que tenía unas ojeras muy marcadas. Y no sé qué pensar.

—Lo miraré en cuanto regrese a Kiruna. Y esta vez será prioritario, te lo aseguro.

Al salir de la comisaría para ir a comprar al supermercado, Nina Nansen se encontró con Berit Kutsi, que dirigió una bondadosa sonrisa a la joven.

—Dime, ¿ese cabezota de Klemet te trata bien?

Nina le devolvió la sonrisa. La lapona tenía patas de gallo en los ojos y siempre parecía dispuesta a bromear.

—Es un compañero agradable, no se preocupe. Pero le aseguro que no me olvido de sus consejos —afirmó la policía, con lo que se obligó a adoptar un aspecto serio.

—Qué divertido —prosiguió Berit—. Conocí a Klemet de jovencito, ¿sabes? Acababa de llegar a Kautokeino. Entonces aún no era policía. Estaba loco por la mecánica y los coches. Y no tenía mucha mano con las chicas. Fue un comisario de aquí quien le propuso hacer una sustitución de verano un día en que les faltaba personal. Klemet era un chico serio, que no bebía. Aquí eso bastaba. Y así empezó Klemet. A principios del verano, conducía el coche fúnebre y, al acabar el mismo verano, ya tenía el uniforme y el coche de inspector. No lo enviaron a la escuela de policía de Suecia hasta más adelante. Creo que a su regreso, musculado bajo su elegante uniforme, se vengó un poco de ciertas personas. Quizás hubo algunas multas algo exageradas. Pero eso se le pasó enseguida. Luego lo trasladaron a todos los pueblos de la región. Ya sabes que en pueblecillos como éste, en esos tiempos, no era difícil ser policía.

De repente meneó la cabeza, con una mirada apesadumbrada.

—Es tan espantoso..., cuando pienso en el pobre Mattis.

—¿Lo conocía usted bien? —preguntó Nina mientras atraía suavemente a Berit hacia la entrada de la tienda para ponerla al abrigo del frío.

—A todos esos chiquillos los conozco desde su infancia. Mattis era un loco y...

—Berit —dijo Nina bajando la voz—, tengo que preguntarle una cosa. Pero esto tiene que quedar entre nosotras, por favor.

Berit contempló a la policía y la invitó a hablar con la mirada.

—Corren rumores sobre Mattis. Parece que era un poco, un poco, cómo decirlo, simple. Algunos dicen que es..., que..., vamos, que sus padres eran parientes.

Nina se sentía muy incómoda por hacer circular así los rumores que hacía correr Brattsén.

Berit la miraba con tristeza. Tomó la mano izquierda de la joven entre las suyas con mucha ternura.

—Nina, hija mía, Mattis era un buen chico. Un muchacho bueno. Me gustaría poder decir lo mismo de otras personas de aquí. Así que déjame decirte: lo que has oído, es falso. Conocí al padre de Mattis y también a su madre. Yo la ayudé a dar a luz a Mattis. ¿Te dice eso algo acerca de mi relación con el chico? Ya que no te atreves a emplear las palabras, y no te lo echo en cara, querida, te lo diré: Mattis no es fruto de un incesto, pues eso es lo que dice ese rumor abominable. Incluso ha llegado a oídos de nuestro pastor. Y he escuchado a Karl Olsen difundir ese bulo. Lo sé, trabajo en su casa. Y te voy a decir algo más, Nina, pues veo en tus ojos que no tienes ningún prejuicio acerca de nosotros, ni malos pensamientos. Hoy en día, aún hay mucha gente que sigue tratando de humillarnos. No sé por qué tiene que ser así, no sé por qué tiene que ser tan duro vivir juntos, cuando hay tanto sitio en el vidda. Pero así es. Le rezo al Señor a diario, pero todos los días veo rencor, celos y mezquindad.

Nina, a su vez, había puesto su mano derecha sobre las de Berit. Las dos mujeres ofrecían así un espectáculo sorprendente a la puerta del comercio, aunque estuvieran un poco apartadas, cerca de la máquina para el reciclaje de las botellas. Parecían ajenas a cuanto las rodeaba, al paso de los carritos de la compra, a los clientes apresurados que salían con los brazos cargados de bolsas y a los chavalillos que armaban jaleo.

—Dios nos bendiga —dijo Berit.

Nina le dirigió una última sonrisa y luego entró en la tienda mientras Berit la seguía con la mirada.

18.00 horas. Kautokeino

Tras dejar al médico forense, que debía regresar a Kiruna con Fredrik, el Casanova de la policía científica, Klemet se fue a su casa, a la de obra. Era allí, a fin de cuentas, donde se encontraba en su hogar, mucho más que en una tienda sami que también para él era algo exótico. Klemet no venía de una familia de ganaderos, aunque su familia tuviera marcas de renos. El mundo de los samis era complicado. Una jerarquía bastante clara situaba a los ganaderos en la cúspide. La idea de la tienda se le ocurrió primero como una bravata, y no se lo pensó dos veces, ante ciertos ganaderos que lo miraban con menosprecio porque procedía de una familia que había abandonado aquel mundo. La mayoría de los pastores, por suerte, no eran así. Sabían a ciencia cierta lo duro que resultaba aquel oficio para no guardar rencor a quienes, por diversas razones —clima, desgracia, enfermedad o predadores—, se veían obligados a abandonarlo. Sabían que eso también podía ocurrirles a ellos. No obstante, había gilipollas como Olaf Renson que le trataban de vendido, pero Klemet sabía que su aparente desprecio sólo era político. No tenía nada que ver con el hecho de no ser de casta de ganaderos. En cambio, Johan Henrik era un pastor de la vieja escuela, un tipo duro y retorcido, pero no le debía nada a nadie y siempre estaba tenso porque sabía que su oficio colgaba de un hilo. Aunque Klemet no lo apreciaba particularmente, lo respetaba. Otra cosa era Finnman, el altanero hijo de buena familia que no desperdiciaba ninguna ocasión para mostrar el desprecio que sentía hacia el policía. Por ello, Klemet se decidió un día a construir aquella tienda en su jardín, para hacer rabiar a pretenciosos como Finnman. Al principio, a los vecinos les pareció extraño, pero luego hasta lo vieron como una idea interesante. Además, Klemet descubrió otra ventaja cuando se dio cuenta de que esa misteriosa tienda, cuya reputación como elegante y cómoda pronto corrió por la región, atraía también la curiosidad de las mujeres. Sólo más adelante la presencia de esa

tienda comenzó a despertar en él vagas reminiscencias de un pasado lejano que únicamente había conocido por las historias que le contaban su madre o el tío Nils Ante.

Klemet iba pocas veces a la tienda cuando estaba solo. Esa noche se quedó, pues, en la casa. A la gente le parecía más apropiada. Algunos visitantes se encontraban en ella más cómodos. El hecho de distinguirse de los demás con una tienda en el jardín podía causar la impresión de que se sentía diferente de los otros. Y sentirse diferente de los demás significaba sentirse superior. Y allí eso era un pecado, un pecado muy gordo.

Klemet fue a la cocina a buscar un vaso de leche y untar unas rebanadas de pan con margarina y queso. Acto seguido, encendió el pequeño televisor situado junto al horno microondas y vio las noticias locales. El asesinato de Mattis ocupaba, por descontado, buena parte del informativo, pero no dijeron nada que Klemet no supiera. Las especulaciones y las suposiciones seguían creciendo. Un ganadero decía, amparándose en el anonimato, que lo que sucedía era consecuencia de varios años de deterioro del clima entre los ganaderos y las autoridades, que cada vez era más difícil sobrevivir en aquel oficio y que eso empujaba a la gente a la exasperación. El ganadero anónimo hablaba de varios casos en los que se habían producido disparos de aviso contra gumpis. Eso no hacía más que empeorar con el cambio climático, explicó un experto. Normalmente, en la región había poca nieve. Los renos podían cavar en ella con facilidad para buscar el líquen. Con el calentamiento, sin embargo, se sucedían la nieve y las lluvias. La lluvia se helaba. Las capas de hielo se apilaban. Los renos no lograban romperlas. Corrían peligro de morir de hambre. Y el acceso a los buenos pastos provocaba crecientes tensiones.

A continuación, el informativo incluía una entrevista a Helmut. El alemán hablaba del tambor desaparecido y mostraba a la cámara los tambores que tenía en sus vitrinas. Mostró uno en particular de muy bella factura. «Éste lo construyó Mattis Labba, y quien lo encargó no ha venido a recogerlo. Lo conservaremos aquí, en recuerdo de Mattis», decía Helmut.

Klemet oyó al periodista preguntarle a Helmut si las antiguas creencias samis aún estaban vigentes en Laponia.

—No, que yo sepa —respondió con prudencia—. Por el contrario, todo el mundo siente un gran respeto por lo que eso representa. Mattis tal vez creía en cierto poder que emanaba de los tambores. En todo caso, eso no le salvó la vida.

El reportaje concluyó con esas palabras de Helmut, que le provocaron morriña a Klemet. Vació el vaso y se levantó. Tras un titubeo, cogió la botella de coñac tres estrellas del armario de la cocina. La descorchó, detuvo el gesto, volvió a cerrarla y se preparó primero un café. El informativo continuaba con los últimos preparativos de la conferencia de la ONU. El tema de esa noche era lo que supondría para la región la aportación económica de la visita de unos doscientos delegados durante varios días. El programa finalizó al mismo tiempo que Klemet se acababa el café. De nuevo, abrió la botella de coñac y se sirvió una generosa copa. Dejó la taza de café y el coñac sobre la mesa de la cocina y apagó la televisión. Se quedó un momento reflexionando, con la taza de café en la mano. Pensaba en el reportaje, así como en el reproche de Nina acerca de su negativa a contemplar en serio, a falta de pruebas, la relación entre Mattis y el robo del tambor. Klemet admitía su obsesión por relacionar cualquier suposición que tuviera un indicio material. Sorbió otra vez el café y luego dio un trago de coñac. Nina no se imponía esas obligaciones. Ésa era la ventaja, quizá, de haber cursado estudios, se dijo. Uno no teme pensar con la mente más abierta, investigar una pista, equivocarse y volver a empezar. Klemet no era así. No era así en absoluto, pensó. Para nada. Ése era el precio que tenía que pagar por sus orígenes. No deseaba ni podía permitirse el menor error. Tenía que demostrar su valía a cada paso. Tenía miedo, de hecho, de que se rieran de él si se sacaba de la manga suposiciones demasiado disparatadas. Pero ¿quién se creía que era el mecánico? Eso era lo que le daba miedo. Un rato antes, él mismo se había sorprendido al lanzar la hipótesis de los dos sospechosos. Nunca se lo confesaría a nadie, pero se había sentido orgulloso cuando nadie se había reído de él. ¡Ni siquiera Brattsén, que ya era decir! Apuró la copa de coñac. No le faltaba mucho para la jubilación y se lamentaba de su destino

como una vieja. A su edad, aún tenía ramalazos adolescentes. Klemet, eres patético. Miró la copa, bebió café y se puso en pie para servirse más coñac. Le sentaba bien. El calor lo invadía. No tenía costumbre de beber y empezaba a sentir esa ligera ebriedad que, por lo general, le bastaba y le indicaba que ya había tomado su dosis.

¿En qué estaba pensando? Ah, sí, Mattis y el tambor. Pobre Mattis. Alzó la copa y brindó en silencio a la salud del pastor mientras pensaba: «¿Qué sabía yo de Mattis? ¿Del padre de Mattis? No lo conocí. ¿Un chamán? Ése no era mi mundo».

Él se había criado en una familia laestadiana. Los auténticos, los puros, los duros. Los que sólo bebían coñac cuando estaban muy enfermos. Llenó su copa de coñac y brindó.

—¡Por los laestadianos!

Se bebió la copa de un trago. Ahora se sentía verdaderamente bien. Notaba esa ligera ebriedad tan agradable. Estaba contento de conocer sus límites. Durante sus patrullas había visto a muchos borrachos. No le gustaba ser testigo de cómo otros hombres se ponían en ese estado. Menos aún si se trataba de mujeres. Pero tampoco los hombres. No era digno. No comprendía por qué era tan difícil conocer los propios límites. ¿En qué estaba pensando? Ah, sí, en los laestadianos. Los laestadianos, la élite de los luteranos. Estaba hasta el gorro de los laestadianos. Debía de ser el único de su familia que no asistía a los encuentros anuales de Lumijoki y que no seguía los preceptos. Por descontado, sus parientes se lo tomaban muy en serio. Al fin y al cabo, su bisabuelo fue bautizado por Lars Levi Laestadius en persona. ¡Y eso bastó para marcar a toda una familia durante generaciones! Sin alcohol, sin bailar, sin mantener relaciones sexuales antes del matrimonio, sin practicar deporte en la escuela y sin ver la televisión. Y así se había encontrado el Gordito, a sus veinte años, ¡mirando a los otros bailar y morrear la noche de San Juan! ¡A la salud de los laestadianos!

De pronto, oyó llamar a la puerta. Miró el reloj, pero no lo encontró. Se puso en pie y tuvo que apoyarse en la mesa. ¡Ja, ja!, se rió, suerte que he sabido detenerme a tiempo. Avanzó lentamente hasta la puerta, diciendo que ya iba. No tenía ni idea de qué hora era. No era grave. No era tarde. No

estaba cansado. Ah, sí, los laestadianos y su tambor. Menuda historia. Abrió la puerta. Una guapa rubia estaba frente a él. Y además le sonreía.

—Siento molestarte, Klemet. He pasado por la tienda y no te he encontrado. He vuelto a mirar las fotos de Henry Mons y creo que he descubierto algo, y... ¿Te encuentras bien?

—¡Hooooola, Nina!

Apoyándose firmemente en la puerta con una mano, Klemet avanzó hacia Nina. Y le dio un beso en la boca. Al cabo de un segundo, recibió un tortazo. Un segundo más tarde, ya sólo vio la espalda de Nina, que se alejaba.

## 30

Jueves, 20 de enero

Salida del sol: 09.47 horas; puesta del sol: 13.14 horas

3 horas y 27 minutos de insolación

08.15 horas. Laponia central

Aslak había echado leña y el fuego había prendido de nuevo e iluminaba el interior de la tienda. Su mujer aún dormía. Mejor así. Cuando dormía parecía que no sufría. El sueño le sentaba bien, pero no dormía mucho. Calentó su desayuno habitual, una botella de sangre de reno. Mucho tiempo atrás, Mattis, cuando aún estaba en sus cabales y no tenía miedo hasta de su propia sombra, lo había invitado a su casa a tomar café y comer pan. A Aslak no le gustó. Por fortuna, el reno le daba todo cuanto necesitaba. Desde siempre. Había nacido durante una trashumancia, mucho tiempo atrás. La primera vez que mamó del pecho de su madre estaban a cuarenta bajo cero. Su madre murió a causa de ello. Así que lo alimentaron con grasa de reno fundida. El reno era un buen animal si se lo sabía cuidar. Proporcionaba ropa y comida. Los más hábiles podían transformar sus astas en estuches o en mangos de cuchillo, incluso en joyas. Aslak también sabía hacerlo. Además trabajaba la plata, el metal noble de los nómadas lapones, ese metal que se transmitía de generación en generación, de trashumancia en trashumancia. Dominaba todo eso y sabía que, después de él, todo se perdería. Miró a su mujer. Ella era joven cuando la conoció. Entonces no sufría. En todo caso, no como ahora.

No como desde hacía tanto tiempo. Pero el mal se había apoderado de ella. Y con el mal llegó la desgracia.

Aslak comía lentamente. Pronto tendría que volver a salir para vigilar a los renos. Como siempre, ignoraba cuánto tiempo tendría que estar fuera. Los pastos dictaban su ley. El reno seguía. Y el pastor seguía al reno. Así era. No se preocupaba por su mujer. No se dejaría morir de hambre. Siempre había lo suficiente para ella, para varias semanas incluso. No sabía vivir, pero sí sobrevivir.

Aún dormía cuando Aslak oyó aproximarse una motonieve. La radio había estado en silencio. Nadie había avisado de que fuera a ir hasta allí. Aslak acabó de preparar sus cosas. Estaba listo para sus renos. La cortina de la tienda se alzó y entró el hombre de la motonieve. Éste se arrodilló y se puso frente a Aslak. Le dirigió una sonrisa.

Aslak no le devolvió la sonrisa. Miró un buen rato al hombre, apretando las mandíbulas. Y vio que el mal había vuelto.

08.30 horas. Kautokeino, Suohpatjavri

Klemet Nango se despertó en un estado lamentable. La noche anterior se había quedado dormido en el sofá de la sala. Salió de la ducha, miró las noticias en la televisión y, mientras bebía un café más fuerte que de costumbre, leyó el *Finnmark Dagblad* que le habían dejado en el buzón. No tenía dolor de cabeza. Ésa era la ventaja del coñac de buena calidad. Pero se sentía sobre todo despreciable. No se podía creer que hubiera besado a su colega. Era francamente la última cosa que podía hacer, aunque recordaba que esa idea se le había pasado por la cabeza unos días antes en el gumpi.

Ahora tendría que enfrentarse a la mirada de Nina y seguir trabajando con ella. ¿Iba a dar su colega parte del incidente? Si eso llegara a oídos del Sheriff o, peor aún, de Brattsen, podía esperar lo peor. Por una cosa así no lo expulsarían de la policía, pero podrían trasladarlo a una pequeña comisaría de mala muerte donde debería retomar las patrullas en solitario por los bares de los pueblos de la costa. Se frotó la cara, maldiciéndose por su estupidez.

Trataba de recordar el incidente de la víspera, de seguir el hilo de los acontecimientos. De repente, olvidó sus remordimientos. Mattis y el tambor. Nils Ante. Tenía que hablar con su tío. Éste ya era mayor, pero no veía qué otra persona podría aclararle algunas cuestiones acerca del tambor. ¿Y Nina? En principio, tendría que acompañarlo. No veía cómo podría enfrentarse a ella de inmediato. Se le pasaría, lo sabía. Los escandinavos estaban acostumbrados a las fiestas de empresa, en las que el alcohol ligaba íntimamente a los colegas por una noche y en las que todo el mundo, según una regla tácita bien establecida, sufría una amnesia colectiva al día siguiente. El lado pragmático de los escandinavos, se dijo Klemet. Tenía sus ventajas, lo reconocía. Decidió, sin embargo, que dejaría pasar unas horas antes de ponerse en contacto con Nina. Iría al Centro Juhl con ella, que comprendería que hubiera ido solo a ver a su tío. Sí, así lo haría. No quería prevenirla directamente. No quería tener que excusarse. Llamó a comisaría y le pidió a la secretaria que dejara una nota sobre la mesa de Nina diciéndole que tenía que comprobar una cosa y que pasaría por la tarde.

Veinte minutos más tarde, ya estaba delante de la casa de su tío Nils Ante. Según las normas nórdicas, Nils Ante era un original o, para los más mojigatos, un ser asocial. O un marginado. En resumidas cuentas, alguien diferente, inclasificable, y por esa misma razón, inquietante en una sociedad campeona del mundo de la clasificación. El tío Nils Ante siempre había representado para Klemet ese espíritu de libertad que su educación laestadiana le había negado. Le abrió las puertas de un mundo extraordinario. A Klemet le faltaba una pizca de locura para cortar los puentes con su entorno, pero el tío Nils Ante había sembrado en él una semilla que a veces florecía. De manera inconsciente, se dijo, esa idea de plantar una tienda en medio del jardín debía de venir de él. En cambio, su decisión de entrar en la policía podía ser vista como una victoria de su educación. En su oficio también había reglas estrictas. Si bien para los laestadianos la ley era demasiado laxa y permisiva. Sin embargo, el tío Nils Ante había dejado en él su impronta.

Vivía en una casa modesta de madera antaño pintada de amarillo, a una decena de kilómetros de la salida de Kautokeino, junto a la carretera que

llevaba al sur. La aldea, que contaba nueve habitantes, se llamaba Suohpatjavri. Nils Ante, además de esta casa, disponía de un granero pintado de rojo de Falun, de un cobertizo para las herramientas y de un último edificio, que consistía en una tienda cónica tradicional de madera, cubierta de musgo y tierra, con una puerta maciza cerrada con candado. No salía humo de ninguna chimenea.

Nils Ante vivía solo, y eso también lo distinguía de sus parientes laestadianos y sus numerosas familias. Pensándolo bien, se preguntaba cómo le habían dejado sus padres pasar tanto tiempo con ese rebelde. Se dijo que seguramente debieron de arrepentirse de ello al ver que Klemet no había sido capaz de fundar una familia para vivir en armonía con las Escrituras.

La nieve era de un blanco immaculado y, en algunos lugares, alcanzaba los alféizares de las ventanas. Unas pequeñas velas eléctricas decoraban cada ventana. En el patio, delante del edificio principal, había aparcado un viejo Chevrolet Break, otra de las ideas de su tío que lo colocaban al margen de la familia. Klemet sonrió al ver el coche que tantas veces había reparado a lo largo de esos veinte años. No había podido hacer nada contra el óxido, pues la chapistería no era su especialidad, pero aún aguantaba. Al igual que su tío. Klemet hizo sonar el claxon dos veces. El tío Nils Ante empezaba a hacerse viejo: no le gustaba mucho que le dieran sorpresas y el teléfono no era su estilo. Nadie abrió la puerta. Volvió a hacer sonar el claxon en vano. Nils Ante, con los años, se había vuelto duro de oído.

Klemet se abrió paso por la nieve espesa, que no había sido apartada. Se sacudió los pies, abrió la puerta y entró. Se descalzó y examinó todas las habitaciones, una tras otra. No había nadie en la planta baja, pero había dos tazas de café sobre la mesa de la cocina. Sin embargo, Klemet no había visto ningún otro coche. Llamó a su tío y por último se decidió a subir al primer piso. Finalmente oyó voces, pero en una lengua que no conocía. Qué extraño. Avanzó con prudencia hacia la habitación de la que procedían las voces y empujó la puerta. Allí estaba Nils Ante, sentado de espaldas a la puerta. Su anciano tío, con unos grandes auriculares en las orejas, se agitaba frente a un ordenador. Llevaba el compás y obviamente escuchaba música. A su derecha, de espaldas a la puerta, al igual que él, había una mujer sentada. Hablaba,

también con unos auriculares. La imagen gesticulante de otra mujer invadía la pantalla de su ordenador.

Klemet no se esperaba encontrar semejante espectáculo en casa de su tío, al que imaginaba con un pie en la tumba. Ni él ni su acompañante lo habían oído llegar. Klemet se aclaró la voz. No quería provocarle un ataque al corazón al anciano. Primero se volvió la mujer y, sin mostrar sorpresa alguna, le dio unos golpecitos en el hombro a Nils Ante. Éste miró a la mujer y al fin se volvió. Al ver a Klemet, su rostro se iluminó con una amplia sonrisa. Se quitó los auriculares y se puso en pie enseguida para dar un caluroso abrazo a su sobrino.

—Señorita Chang, dile a tu abuela que la llamarás más tarde. Quiero presentarte a mi sobrino predilecto.

Nils Ante se colocó frente a la cámara y saludó con la mano a la abuela diciendo unas palabras que Klemet no entendió. Ésta le respondió con una gran sonrisa. Cuando la comunicación a través de Skype se interrumpió, Nils Ante hizo las presentaciones.

—Klemet, te presento a la señorita Chang. La señorita Chang es esta persona increíble que me ha salvado la vida evitando que me convirtiera en un viejo chocho. Y, Klemet, tú, que me conoces, sabes que iba en camino de ello.

—No exageres, tío, ya sabes que tú...

—No me vengas con monsergas, Klemet. Así son las cosas. Pero esta señorita es una joya. Su energía vale por dos, por suerte. La señorita Chang es china, como habrás comprendido. Llegó el año pasado con un grupo de campesinos chinos del valle de las Tres Gargantas para recoger bayas. Se endeudaron para venir y, como es evidente, les tomaron el pelo. Ya sabes cómo explotan aquí a los pobres recolectores de bayas. Se celebró entonces un concierto de solidaridad con ellos, la vi y... aquí nos tienes. No fue fácil conseguir el permiso de residencia, pero lo logramos.

Nils Ante besó a la joven, que debía de tener cincuenta años menos que él, y le acarició cariñosamente el cabello.

—A la señorita Chang ya sólo le queda su anciana abuela en China. Tiene un vecino que está muy al día, por fortuna, y que le ha podido instalar un

pequeño ordenador, barato y sencillo, con Skype.

La señorita Chang le tendió la mano a Klemet.

—Ha sido mi abuela quien le ha visto llegar con la cámara —dijo riendo, en un noruego casi impecable.

—Y tú, Nils Ante, ¿qué estabas haciendo?

—Estaba con Spotify. Changuita me lo descubrió. Escucho lo que hace la competencia —dijo con un guiño—. Hay algunos chavales que no lo hacen mal. Y ya sabes que tengo olfato —añadió mientras mostraba las estanterías que recubrían la habitación, repletas de centenares de cintas de grabaciones de yoiks.

Nils Ante adoptó de repente un aspecto severo.

—Pero, dime, ¿acaso había carroñeros rondando mi casa para que te hayas dignado acordarte de mí, sobrino indigno?

—No me parece que necesites que me ocupe de ti —dijo Klemet mirando a la joven china, que seguía pegada a su tío y le acariciaba el pecho—. ¿Puedo hablar contigo?

—Ven, vamos a tomar un café. Señorita Chang, dale un beso de mi parte a tu abuela y dile que pronto habré acabado su yoik.

Acto seguido, se llevó a Klemet del brazo.

—¡Qué chica! —dijo mientras preparaba el café—. Me imagino que últimamente debes de estar muy entretenido.

—Por eso he venido a verte. Esa historia del tambor me preocupa. Buscamos algún vínculo entre la muerte de Mattis y la desaparición del instrumento. Pero no sabemos mucho acerca de ellos. He pensado que quizá...

—Te seré sincero: los tambores no son mi fuerte. Soy cantante y poeta, todo lo que tú quieras, pero la religión no me va.

—Le sé, lo sé, no te enfades. Por eso mismo eres el único de toda la familia con quien se puede tratar.

Klemet se pasó el cuarto de hora siguiente resumiéndole la situación. Nils Ante conocía a casi todo el mundo. El policía le dio también los detalles que Nina había logrado averiguar en Francia, procurando no omitir nada. Una vez que hubo acabado, bebió un sorbo largo de café y aguardó.

—Escucha, Klemet: acerca de la muerte de Mattis, espero que encuentres a quien lo haya hecho. A él no lo conocía mucho, pero sí conocí a su padre. Un hombre increíble. Demasiado obsesionado por su misión para ser un buen poeta. Le faltaba un tornillo.

—¿A qué misión te refieres?

—Tenía una vertiente de predicador, copiada sin duda de los pastores contra los que combatió toda su vida. Porque ya sabes que el proselitismo no es cosa de lapones. No en el chamanismo, por lo menos.

—Sí, sí, sí, todo eso ya lo sé, el gran chamán respetado, el hijo que no le llega a la suela del zapato al padre y todas sus consecuencias, pero...

—Déjame terminar. De lo que me has dicho, hay otra cosa que me intriga y que me interesa. Es esa especie de maldición de la que hablaba Niils.

—¿Te refieres a la maldición asociada a un yacimiento de oro?

—Eso es lo que he dicho. No te repitas como una vieja chocha. Hay historias que corren por el vidda desde hace mucho tiempo.

—Escucha, Nils Ante, no me vengas con viejas leyendas, por favor. Ya no me chupo el dedo.

—Y tú no seas insolente. Bien que escuchabas mis historias cuando eras pequeño.

—Y mañana también las escucharé de buen grado, pero tengo una investigación policial entre manos. Necesito pistas, pruebas, y no una historia que circula por el vidda desde hace siglos.

—Quizá, pero tendrás que admitir, te guste o no, que los samis sólo empezaron a escribir hace medio siglo. Antes, todo se transmitía mediante relatos y yoiks.

Klemet se calló. Si su tío se ponía a hablar de yoiks, la mañana iba a alargarse mucho. Al ver que su sobrino no respondía, Nils Ante comenzó a entonar un cántico.

A pesar de su impaciencia, Klemet quedó de inmediato cautivado por el cántico. Recuperó de repente sus emociones de juventud. Nils Ante tenía un talento incomparable para llevarlo a uno más allá de las montañas, sumergiéndolo en el ballet magnífico de una zarabanda de auroras boreales. Lo más fascinante, pensó Klemet, era que incluso quienes no eran samis e

ignoraban su lengua quedaban encantados por esas melopeas. El cántico de Nils Ante hablaba de una casa maldita y de un forastero maléfico que echaba un conjuro funesto sobre los habitantes, que perdían la capacidad de expresarse. Klemet, perdido en sus pensamientos, fue súbitamente presa de un extraño pensamiento. Miró a su tío, ensimismado en su cántico, preguntándose si éste podría leer en su mente. El yoik despertaba en él un recuerdo doloroso. La investigación acerca del robo y del asesinato le parecía muy remota. Pero la visión que brotaba de su lejana juventud le turbó. Escuchó los sonidos guturales de su tío y, frente a él, se le apareció la silueta indefinida de Aslak.

# 31

Jueves, 20 de enero

08.20 horas. Laponia central

Racagnal no esperó a que lo invitaran para sentarse frente a Aslak. Conservaba la sonrisa, pero ésta se le había helado en un rictus. Aslak observó cómo se operaba semejante transformación en el rostro del extranjero. Éste se esforzaba por parecer simpático, pero a él no podía engañarlo: Aslak había reconocido al mal. Miró a su mujer. Cuando dormía, disfrutaba de los pocos instantes de paz del día. No se había despertado. Aslak respiraba profundamente, con calma. Aguardaba, apretando la mandíbula y con la mirada fija.

—Me llamo André. Soy geólogo. La gente con la que trabajo aquí me ha dicho que eres el mejor guía de la región. Necesito tus servicios sólo por unos días. Y pagaré bien.

El extranjero había hablado en mal sueco. Había adoptado de nuevo su aspecto simpático, pero Aslak veía su verdadero rostro tras la fachada afable. Aslak podía leer esas cosas. El extranjero abrió una mochila, sacó un salmón ahumado y pan negro y se lo tendió todo a Aslak, invitándole a que se sirviera. Aslak dejó a un lado el pan y cortó el salmón, que comió, callado. El extranjero cogió a su vez el salmón y cortó una rebanada de pan negro. Se mantuvo también en silencio. No parecía tener prisa. Su mirada cobró una nueva intensidad cuando advirtió un movimiento junto a Aslak. Su mujer

acababa de volverse y mostraba su rostro aún adormilado a la luz de la lumbre. Aslak observó al extranjero y éste volvió a mirar a Aslak.

El pastor ya había trabajado de guía en el pasado. La petición no era extemporánea. Pero Aslak estaba muy ocupado con los renos. Tenía que vigilar sin descanso su territorio para evitar que otros animales se mezclaran con los suyos. Estaba solo. Y ese hombre, podía sentirlo, encarnaba el peligro. Aslak no conocía el miedo. Si se lo hubieran preguntado, habría hecho un gesto de incompreensión. Mattis se lo preguntó una vez. No sabía qué significaba. ¿El miedo? A Aslak no le gustaban las preguntas sin sentido. Podían preguntarle si tenía hambre, si tenía sueño o si tenía frío. No si tenía miedo. Aslak sabía lo que tenía que saber. El miedo no le servía de nada. Así que lo ignoraba. Pero era capaz de reconocer el peligro. Por instinto de supervivencia. Ya viniera de un lobo o de una tempestad. O de un hombre.

—En este momento no es posible —dijo Aslak.

Era evidente que el extranjero no se esperaba una negativa. Aslak vio que los ojos se le habían empequeñecido. Era un zorro acorralando a su presa. Masticaba lentamente. Parecía hacer inventario

—Insisto —prosiguió el geólogo con calma—. Es muy importante y te pagaré bien.

Aslak meneó la cabeza y ni se tomó la molestia de abrir la boca. Para indicar que ya había acabado con el extranjero, dejó el salmón y se sirvió una taza de caldo de reno. La bebió a pequeños sorbos sin apartar la vista del geólogo. Éste miraba a Aslak y movía despacio la cabeza. Luego pareció decidirse. Recogió sus cosas y se puso en pie; medio cuerpo desapareció entre el humo.

—Te aconsejo que te lo pienses. Aquí estás solo. Sería una desgracia que tu reno jefe de manada sufriera un accidente. O tus perros... O alguna persona a la que quieras.

El extranjero ya no hacía esfuerzo alguno por parecer simpático, y su mirada caía pesadamente sobre la mujer dormida.

—Tengo cosas que hacer, pero volveré dentro de dos horas.

Salió. La mujer de Aslak abrió los ojos en ese momento, completamente despierta. Aslak vio en su mirada que ella también había percibido el mal.

09.15 horas. Suohpatjavri

—Tal vez no lo sepas, querido sobrino, pero no todas las leyendas que corren por el vidda son acerca de la caza, la pesca, la trashumancia, el amor o la poesía.

—Nunca he oído otra cosa de tu boca —dijo Klemet.

—Es cierto. Tengo debilidad por las cosas bellas.

—Has dicho que esa historia de la mina o de la maldición te recordaba algo.

—Más que eso. En el vidda no faltan historia extrañas. ¿Sabes, por ejemplo, que en otros tiempos, cuando nos invadieron los carelianos y trajeron consigo la maldición...?

—Vaya, tío, ¿no te remontas un poco lejos? ¿Los carelianos? ¿Los rusos? ¿Hablas de mafia?

—Cállate, inculto. Te hablo de antes de los escandinavos. Hace más de mil años. Tal vez dos mil años, qué sé yo, eso no es lo más importante. Cuando nos invadieron, no éramos fuertes, pero sí astutos. Atraíamos a esos carelianos crueles y estúpidos al borde de los precipicios. Algunos lugares se conocen como acantilados rusos porque las rocas o los líquenes son rojos debido a la sangre de esos monstruos carelianos.

Klemet decidió guardar silencio. Respiró profundamente para calmarse. Sabía que su tío debía contarle su dosis de la historia antes de escucharle.

—Espero que no le cuentes esas historias de carelianos a la señorita Chang, o la vas a asustar.

—¿Bromeas? Conoce historias mucho más abominables. Pero deja de interrumpirme, que no tengo toda la vida por delante. Sí, existe una leyenda. Un yacimiento extraordinario, un reino secreto, invisible, riquísimo pero terrible, peligroso, incluso mortal. Esa leyenda es un poco como la historia del acantilado de los carelianos pero al revés. Hubo pueblos samis que fueron diezmados con astucia por un mal terrible traído por los blancos.

—¿Los blancos?

—¡Klemet, haz un pequeño esfuerzo! ¿Hasta qué extremo estás corrompido por el uniforme que vistes? Los blancos, los suecos, los escandinavos, los colonos, los invasores, llámalos como quieras, pero en cualquier caso nos traen un mal misterioso.

—¿A nosotros? ¿De qué época me hablas?

Nils Ante hizo una mueca, como si reflexionara.

—Claro que es una leyenda, pero se remonta a la época en que Laponia fue colonizada por sus riquezas. El siglo XVII.

—Pero eso no se sostiene por ningún lado. ¿Cómo podría un yacimiento diezmar a los pueblos samis? ¿Y qué relación guardaría con ese tambor, con el robo o con el crimen?

—A mí qué me cuentas, tú eres el poli de la familia.

Klemet sintió de repente el efecto de los últimos vapores del coñac, por lo que tomó más café. Eso le hizo pensar en que debería enfrentarse a Nina.

—Pero es un hecho que existe la leyenda del yacimiento —prosiguió Nils Ante—. No olvides, además, que en esa época a los samis los enrolaron a la fuerza para extraer hierro de las primeras minas. Hasta entonces habían tenido poco contacto con los extranjeros.

—No veo la relación.

—¿Sabes qué pasó con los indios? Fueron diezmados por enfermedades que desconocían.

Klemet exhaló un largo suspiro. Esas historias legendarias lo apartaban de su investigación, de las pruebas. Las pruebas, a eso tenía que remitirse. Sin embargo, Nils Ante lo desconcertaba.

—¿Qué relación habría entre esa leyenda y ese tambor?

—Tienes a ese guía lapón que en 1939 confió un tambor al francés. Tienes ese yacimiento, esa maldición. ¿Qué le ha dicho el francés a tu joven colega?

—Sólo hacía suposiciones. También pensaba que había un yacimiento de oro, pero que la maldición podía estar ligada a la desaparición de los pastos o de las rutas de trashumancia, lo que habría provocado la muerte de las manadas.

—Y en esa época, la muerte de las manadas habría supuesto la muerte de

los samis.

—De acuerdo. ¿Pero qué interés podría tener hoy en día ese tambor?

—Habría que tenerlo a la vista para decirlo.

—¡Mierda!

Klemet no había podido evitar maldecir a voz en grito. Su tío lo miró sorprendido y divertido a la vez. La señorita Chang asomó la cabeza por la puerta para asegurarse de que todo iba bien y acto seguido desapareció. Klemet respiró de nuevo profundamente.

—Dios. Lo había olvidado. No tengo fotos del tambor, pero sí tengo del chamán.

Klemet salió corriendo y regresó al instante con un sobre. Extendió varias fotos delante de su tío y señaló con un dedo al guía.

—Se llamaba Niils. No sabemos su apellido.

—No le des más vueltas. Labba. Niils Labba.

—¿El padre de Mattis?

—Su abuelo. Niils Labba. El padre de Mattis se llamaba Anta. Es divertido, porque sus dos nombres conforman el mío. En mi opinión, Niils es el abuelo al que Mattis no conoció.

El tío de Klemet se sumió en cálculos.

—¿Qué edad tenía Mattis, unos cincuenta?

Klemet sacó su cuaderno.

—Cincuenta y dos años. Nació en 1958.

—Eso es. Creo que el abuelo murió durante la guerra o poco después. En cuanto a Anta, el padre de Mattis, falleció hará... cinco o diez años, más o menos.

—Sí, más o menos.

Klemet pasaba el dedo sobre los otros personajes que aparecían en la foto.

—Ésos son los franceses, y éstos los investigadores suecos de Uppsala; éste es un alemán que murió durante la expedición, y los demás son de la región. Me imagino que la mayoría debe de ser de Finlandia, pues de ahí partió la expedición.

—Sí, es probable, aunque las distancias largas nunca les han dado miedo a los de aquí. Mira, el fin de semana pasado fui de compras a Ikea. Encontré

una silla perfecta para sentarme frente al ordenador.

Klemet sabía que la gente de Kautokeino se había vuelto como niños con zapatos nuevos desde que habían abierto un Ikea en Haparanda, en la frontera entre Suecia y Finlandia. Estaba a más de cuatrocientos kilómetros, pero, como decía su tío, en el Gran Norte las distancias no tenían importancia. Se recorrían cien kilómetros para ir a buscar cigarrillos como otros van a la esquina.

—Ése, sin embargo, me parece de por aquí.

Nils Ante señalaba con el dedo a un hombre de nariz estrecha y con un bigote que le cubría la comisura de los labios. Klemet recordó que Nina y él se habían preguntado quién sería ese hombre que parecía un poco apartado del resto del grupo y que no salía en algunas fotos. No era ni sami, ni francés, ni científico.

—Pero no lo sitúo exactamente.

Nils Ante tomó la imagen y se inclinó hacia ella. Se incorporó.

—¡Changuita!

La joven china llegó en unos instantes.

—Mi dulce perla de ámbar, ¿puedes ir a buscar la lupa? Debe de estar sobre mi mesa.

La señorita Chang le llevó la lupa y la dejó sobre la mesa de la cocina tras darle un delicado beso a Nils Ante en la frente. Éste la contempló alejarse con satisfacción.

—Un ángel ha entrado en mi vida, Klemet. Y tú, ¿aún nada en serio?

—Querías examinar un detalle, ¿no? —respondió el policía tendiéndole la lupa a su tío.

Nils Ante meneó la cabeza y tomó la lupa.

—No consigo recordar su nombre. No podría jurar que es alguien de aquí, pero tiene algo familiar.

Klemet tomó a su vez la lupa y examinó a cada una de las personas. Volvió sobre el desconocido de fino bigote. Entonces descubrió que llevaba a un lado, en bandolera, un aparato del que sólo se distinguía una parte, pero que era semejante a los que se utilizaban para buscar metales.

Decididamente, se dijo, el interés de esa expedición de 1939 parecía ir

más allá del simple descubrimiento de los usos y costumbres de los samis.

10.05 horas. Laponia interior

La calma era impresionante. Eso que se llama una quietud ensordecedora. Hacía días que no oía semejante silencio, se dijo André Racagnal. Quizás incluso años. El menor sonido llegaba hasta muy lejos.

André Racagnal observaba de lejos a Aslak calzarse sus esquís. Casi podía oír cómo rozaban la nieve helada. No se había imaginado que convencer a Aslak pudiera ser una tarea tan fácil. Nunca apostaba por el éxito de buenas a primeras. Por principio. Era pragmático. Si a fin de cuentas siempre lo lograba era porque siempre estaba dispuesto a tomar las medidas necesarias para alcanzar su objetivo. Sabía retroceder cuando era preciso. El orgullo nunca había sido para él un lastre como para tantos otros que perdían los papeles ante el primer tropiezo. Racagnal enfocó de nuevo los prismáticos. Gestionar a gente como Aslak era, en definitiva, bastante sencillo: todas sus decisiones eran a vida o muerte, pues éste no poseía nada superfluo. No era víctima de la sociedad de consumo como otras personas. Engañar a gente que tenía hipotecas no era un problema en sí, sólo algo más sutil y técnicamente avanzado. Con Aslak, era una cuestión más primitiva. Todo lo que se arriesgaba a perder podía tener consecuencias directas sobre su supervivencia. Sobre la de su manada. Y la de su mujer. Era tan sencillo como eso.

No había necesitado mucho tiempo para preparar un plan. Ésa era la ventaja con Aslak. Tenía su vida entera ante los ojos. No había cuentas bancarias ocultas, ni segundas residencias. Sus renos pacían a lo lejos. Allí estaban el campamento y su mujer. Y sus perros. Estaba casi seguro de que no se equivocaba en ello. Sería un choque, pero permitiría establecer una comunicación. Racagnal no quería perderse ese instante. No dejaba de observar a Aslak con los prismáticos. La luz era escasa, pero más duro había sido al alba, en la oscuridad, dar con uno de los perros que se habían quedado de guardia. Tuvo que proceder con discreción, sin provocar el pánico ni hacer

ruido. Ahora, se dijo Racagnal. Por desgracia, Aslak le daba la espalda en ese momento. Pero el pastor se había quedado inmóvil. Acababa de descubrir el cuerpo de su perro. O, más exactamente, su cabeza.

Racagnal decidió dejar transcurrir treinta segundos: el tiempo suficiente para que el pastor asimilara el golpe y se diera cuenta de la enorme pérdida que suponía la muerte de ese perro; el tiempo necesario también para que relacionara esa muerte con su visita. Pero no más de treinta segundos, de modo que no se pudiera recobrar y pensar qué hacer tras ese descubrimiento. Ahora. El geólogo descolgó la radio y llamó a Aslak. El crepitar procedente del interior de la tienda era casi audible desde el escondite de Racagnal. Tras unos instantes de vacilación, Aslak entró. Unos segundos. Descolgó.

—El perro es una advertencia —dijo Racagnal sin esperar—. Para mostrarte que somos serios. Necesito tus servicios. Si sigues negándote, mataremos al reno jefe de manada. Si persistes, mataremos a tu mujer. Si me acompañas, reemplazaré el perro. Tendrás tres perros nuevos, los mejores. Ahora iré a verte. Y nos marcharemos los dos juntos. No mucho tiempo. Si hay algún problema, mi equipo se ocupará de tus renos. Si has entendido lo que te he dicho, sal de la tienda y quítate el gorro.

Racagnal cortó la comunicación. Estimó el tiempo de reacción de Aslak en unos quince segundos. Tomó de nuevo los prismáticos. No se movía nada. El silencio era total y sintió que se le entumecían los dedos. Al fin, la tela de la tienda se movió. Se había equivocado. Veinte segundos. Aslak salió. Se quedó un momento inmóvil, escrutando alrededor. Al cabo de otros quince segundos que a Racagnal le parecieron una eternidad, el pastor se quitó el gorro.

Jueves, 20 de enero

11.30 horas. Comisaría de Kautokeino

Klemet Nango se dio cuenta al mirar el reloj de que no podía quedarse más rato en casa de su tío. Había retrasado tanto como le había sido posible el momento de encontrarse de nuevo con Nina, pero la huida no era una opción. Le prometió a Nils Ante que volvería antes que los carroñeros, saludó a la señorita Chang, que le recompensó, alegre, con un saludo, y se encaminó hacia la comisaría circulando a una velocidad anormalmente razonable.

Respiró profundamente antes de llamar a la puerta de Nina y entró en la oficina con la primera frase en la punta de la lengua, pero lo que vio lo dejó boquiabierto. Nina estaba allí, de pie, con las manos en los bolsillos de su pantalón de faena azul marino de uniforme, pero había transformado su despacho. Las fotos que había traído de Francia colgaban de la pared opuesta a su mesa. Una docena de reproducciones de tambores estaban pegadas a las ventanas con cinta adhesiva. Las fotos de todos los protagonistas entrevistados hasta el momento estaban clavadas con chinchetas a un tablón de contrachapado que reposaba sobre un caballete. Había ambientado el espacio hasta tal punto que sonaba música sami en el ordenador. Nina había transformado la habitación en un centro de operaciones.

—Te perdono —le dijo Nina de inmediato, sin darle tiempo a balbucir sus excusas—. Pero la próxima vez te daré un puñetazo. Ahora, mira esto.

Sacó una mano del bolsillo y lo condujo hasta la pared donde colgaban alineadas las fotos de Henry Mons. Klemet estaba desconcertado. Tanto por el trabajo realizado por su colega como por su reacción. Ella había conservado el control de la situación tomando la iniciativa. Y, una vez más, él se había quedado mudo, incapaz de estar a la altura.

—Nina, de todas maneras quisiera...

—Por favor, no compliques más la situación. Y ahora, observa estas fotos.

Klemet obedeció a Nina. Al fin y al cabo, no le desagradaba hacerlo. Se concentró en las fotografías, sobre todo en las quince instantáneas de los miembros de la expedición.

—¿Qué ves?

Nina parecía muy excitada; debía de haber encontrado alguna cosa. Eso seguramente explicaba sus prisas para olvidar el incidente de la víspera.

—No lo sé aún —respondió Klemet, deteniéndose en cada foto—. Estoy pensando. Pero ya puedo decirte una cosa, y es que ese hombre de aquí, el del gorro de cuatro picos, Niils, se apellida Labba. ¿Te suena?

—¿Era el padre de Mattis?

—Su abuelo.

Nina abrió unos ojos como platos. Parecía reflexionar a toda velocidad.

—Así que el abuelo de Mattis era quien tenía el tambor que setenta años más tarde alguien ha robado y que quizás haya sido la causa de la muerte de su nieto.

—No simplifiquemos, Nina.

—De acuerdo, no simplifiquemos, pero reconocerás que llama la atención. El tambor permanece en Francia setenta años y, unos días después de su retorno, el nieto de su propietario es asesinado. Klemet, ¿sigues creyendo en un ajuste de cuentas entre ganaderos de renos?

El policía permaneció unos instantes en silencio. Mientras reflexionaba, examinaba las fotos.

—¿Qué me dices? —insistió ella al verlo concentrado en las fotos.

Klemet volvió a pensar en el detalle que lo había sorprendido.

—Se ve material de detección de minerales. Así que creo que la historia

del tambor o de la expedición tal vez está ligada a la existencia de una mina de oro.

—Es muy probable. ¿Estaba Mattis relacionado de alguna manera con la búsqueda de minerales?

—No, que sepamos.

—Sigue buscando en las fotos.

Los ojos de Nina brillaban de tal manera que Klemet se sintió aguijoneado. Se concentró aún más. Pensaba en voz alta.

—Vimos que el geólogo alemán se marchó... el 25; no, entre el 25 y el 27 de julio de 1939, acompañado de Niils.

Consultó su cuaderno.

—Y que Niils regresó solo entre el 4 y el 7 de agosto.

—Sí, ¿y...?

—Y los otros permanecen allí y continúan su expedición, porque todos aparecen en las fotos siguientes.

—¿Sí?

—Sí, los franceses, los dos investigadores suecos, el intérprete, el cocinero, el...

Klemet pensó en su tío. Si no hubieran hablado del hombre de nariz estrecha y con el bigote que le cubría las comisuras de los labios, lo habría olvidado, pues parecía casi borrado de las fotografías.

—Falta otro. El del bigote.

—¡Bingo!

—Mi tío, al que he visto esta mañana, me ha dicho que le recordaba vagamente a alguien, pero no conseguía acordarse de a quién. ¿Pero por qué ése no aparece en las fotos siguientes?

—Aún no lo sé. Pero tenemos un muerto y un tambor en 1939, y otro muerto y sin duda el mismo tambor en 2011. Entre esos dos muertos, tenemos un vínculo, la familia Labba.

—No sabemos si la muerte de Mattis está relacionada con el tambor —la interrumpió.

—¡Vamos, Klemet!

Nina pareció súbitamente exasperada.

—Reconozco que aún no tenemos ninguna prueba, pero de todas formas está delante de nuestras narices.

—¿Y qué me dices de las orejas cortadas, Nina?

Nina Nansen no quería dejarse influir por la prudencia de su colega. Cuando un cuarto de hora más tarde los dos se presentaron ante el Sheriff, estaba decidida a aumentar su ventaja. Ese caso desbordaba las competencias tradicionales de la policía de los renos y había que pensar de otra manera. Paradójicamente, Klemet arrastraba un lastre por su experiencia no tanto en la policía de los renos como por sus años en el seno del grupo Palme. Durante su estancia en Kiruna, antes de ser destinado a Kautokeino, sus colegas suecos habían mostrado un enorme respeto por esos años dedicados al caso Palme. Se trataba de la investigación más importante llevada a cabo por la policía sueca, si bien los colegas noruegos y finlandeses sólo veían en ella motivo de burla. Pero en la carrera de un policía sueco tenía valor de medalla, aunque el fracaso fuera innegable, dado que la única persona juzgada y condenada había sido finalmente absuelta tras el recurso de apelación. Esa obsesión por las pruebas impedía a Klemet proyectarse.

Tor Jensen recibió a los miembros de la patrulla P9 sin su sempiterno bol de regalices. Les señaló la cafetera y les invitó a servirse. Permanecía en silencio, cosa que no era un buen augurio. Nina ignoraba si el motivo era la ausencia de regalices o una mala noticia.

—¿Y bien?

Tor Jensen tenía prisa. Nina sabía que su puesto era políticamente sensible. Las tensiones entre samis y noruegos eran frecuentes, sobre todo desde que el Partido del Progreso, como buen movimiento populista, había soltado la lengua a muchos noruegos. Nina acababa de descubrir esas tensiones, pero su sentido del bien y del mal le sugería que los samis no se hallaban en el origen de ese enfrentamiento. El testimonio de Henry Mons la había estremecido. No la habían preparado para que los noruegos o los suecos fueran los malos de la película.

Había otro aspecto que la incomodaba. La maldición y los investigadores suecos sumían aquel caso en una atmósfera inquietante. Ya no era un simple suceso.

El Sheriff se impacientaba y Klemet titubeaba. Nina se hartó de la prudencia de su jefe de patrulla y de su religión de las pruebas.

—El robo del tambor y el asesinato de Mattis tienen que estar relacionados por lógica —espetó—. ¿Qué posibilidades hay de que dos acontecimientos tan excepcionales tengan lugar con veinticuatro horas de diferencia en un sitio como éste?

—Continúa —dijo el Sheriff.

—Dos personas visitan a Mattis, buscan algo. ¿Han ido para hablar o en busca de algo? ¿El tambor? Sería lógico. Brattsén habla de un ajuste de cuentas entre ganaderos. Pero no hay nada hasta el momento en nuestra investigación que corrobore esa versión, aunque sea la más tentadora. Añado que a algunos les iría como anillo al dedo hacer creer que los ganaderos se matan unos a otros o están en guerra abierta. Eso justificaría que se reforzara el control sobre ese entorno supuestamente mafioso e incestuoso. Porque de eso es de lo que estamos hablando, ¿verdad?

Klemet permanecía en silencio. Nina casi podía adivinar sus pensamientos. Estaba desconcertado por el hecho de que se adentrara en semejante terreno.

—Sé que aún no tenemos pruebas, pero creo que estamos pasando algo por alto. Estoy convencida de que los crímenes actuales están ligados a los sucesos de 1939. El tambor, un yacimiento. Muertos, un robo.

—¿Y las marcas en las orejas? —la interrumpió el Sheriff.

Nina miró de reojo a Klemet. Su compañero le había respondido lo mismo. ¿Y las orejas? Klemet permanecía en silencio. No se mostraba hostil. Pero sí silencioso. La pelota se hallaba sobre el tejado de Nina. Tor Jensen esperaba.

—Las orejas son el principal eslabón que nos falta. No es el único, pero es el que nos aportará la respuesta definitiva al enigma o a una parte de él.

Klemet reflexionaba.

—El planteamiento de Nina es imparable, incluso a pesar de las lagunas —acabó por decir—. Creo que tenemos que explorar esa historia de la mina. Mi tío Nils Ante también me ha hablado de una historia parecida. Tengo horror a los rumores, pero debo admitir que hay un vínculo.

—Bien, en tal caso id a Malå y aclarad esa historia.

—¿A Malå? ¿Qué hay allí? —preguntó Nina.

—Es una pequeña ciudad del norte de Suecia, en la región del Västedrbotten, y ahí se halla el Instituto Geológico Nórdico y sus archivos. Creo que son los archivos más antiguos del mundo. Traedme algo.

11.00 horas. Laponia central

André Racagnal detuvo su motonieve a cinco metros de Aslak y se quedó unos instantes observando al pastor. Para ser lapón, el hombre tenía una altura imponente. Su rostro de mandíbula cuadrada no se movía. Frente a él, Racagnal tenía a un hombre decidido. Antes de avanzar hacia Aslak, se acercó al remolque a buscar la radio. Micrófono en mano, se dirigió a un interlocutor desconocido, de manera que el pastor le oyera.

—Estoy en la zona con nuestro hombre, que está dispuesto a ayudarnos. Si no recibís un mensaje cada dos horas, ya sabéis qué hacer.

Colgó sin esperar respuesta. Se acercó finalmente a Aslak.

—¿Sabes leer un mapa?

—Sí.

—Entremos.

Racagnal y Aslak se pasaron las dos horas siguientes estudiando los mapas. Racagnal estaba atento, pero el pastor no parecía tener intención de rebelarse; no obstante, él no era tan ingenuo como para imaginar que un tipo duro como Aslak fuera a rendirse tan fácilmente. Sabía, además, que los personajes primitivos y aislados no presentaban las reacciones de los hombres avezados a las pequeñas intrigas de la vida urbana. Tal vez éste se había convencido de que no tenía elección o quizá la promesa de la sustitución de su perro le bastaba. Cuando se vivía en situaciones tan extremas, se aceptaba el destino; no se combatía a los demonios, sino que se los soportaba doblegando el espinazo, en la esperanza de que se marcharan lo antes posible, y se trataba de olvidarlos una vez que se habían ido, si bien se vivía con el temor de que reaparecieran.

El geólogo entendió por qué el granjero había insistido en aconsejarle que se llevara a Aslak de guía. Este último no sabía descifrar los símbolos geológicos, pero conocía las curvas y sabía sentir y describir un lugar con todo lujo de detalles. No obstante, Racagnal tenía que considerar un doble margen de error: por una parte, porque Aslak podía equivocarse y, por otra, porque ignoraba hasta qué punto podía fiarse del viejo mapa geológico. Su autor no había indicado apostá ningún topónimo y, de la misma manera, podría haber introducido trampas para engañar a los indeseados que consultaran el mapa. Racagnal no podía excluir eso.

Aslak enrolló sus bártulos en unas pieles de reno que ató firmemente. Luego se acercó a su mujer. Ella podría apañárselas una semana, pero él no podría ausentarse mucho tiempo más. Lo sabía. Ella aguantaba cualquier sufrimiento, como Aslak lo había soportado todo a lo largo de su vida. La ausencia de su madre. La muerte de su padre, cuando aún era muy joven, debido al frío sufrido un día en que había ido en busca de un grupo de renos que se habían adentrado en territorio finlandés. En aquella época, la legislación era implacable. El padre de Aslak se arriesgaba a recibir una multa muy elevada si los guardias finlandeses los encontraban. No se lo podía permitir. Se marchó deprisa, demasiado deprisa, demasiado ligero. Lo sorprendió una tormenta de nieve como pocas veces se veían. Su cuerpo había sido hallado dos meses después. Y luego se había abatido sobre ellos el drama de su mujer. Era joven entonces. Vivían juntos desde hacía tres años. Aslak la miró y le puso la mano sobre la cabeza. No se hablaban desde hacía mucho tiempo. Los ojos bastaban en los raros momentos en que ella parecía compartir su vida. El pastor se puso en pie. Ella se incorporó y él mantuvo la mano sobre su cabeza. Lo miró intensamente. Una de esas miradas que, por lo general, anunciaban un ataque. Pero de su garganta no brotó grito alguno. Al otro lado de la chimenea, Racagnal se impacientaba. Ella lo contempló fijamente y luego volvió la vista hacia Aslak. Su mano izquierda sostenía la de Aslak sobre su rostro. Pero con la otra mano, sin que el geólogo pudiera verlo, dibujó sobre la pequeña superficie de tierra, junto a la chimenea, un

motivo que le heló la sangre a su marido.

Jueves, 20 de enero

15.00 horas. Kautokeino

Para llegar a Malå, la patrulla P9 tenía que recorrer casi setecientos kilómetros en dirección al sur. Había unas diez horas de carretera.

Decidieron partir a última hora de la tarde y relevarse al volante para llegar a la mañana siguiente. Dormirían unas horas en uno de los refugios de la policía de los renos.

Antes de ir a descansar, Klemet y Nina fueron a almorzar al Villmarkssenter. Sólo tenían que cruzar la calle principal. Al salir de la comisaría, Nina se detuvo un instante para contemplar las luces anaranjadas que se disgregaban en el horizonte absorbidas por la masa oscura e implacable de la noche polar. Desde su llegada a Laponia, Nina había descubierto luces aún más vivas y magníficas que las de su fiordo. Y le causaban más impresión aún debido al frío que se apoderaba de ella. Unas temperaturas a las que tampoco estaba muy acostumbrada. Allí de donde venía, la corriente del Golfo aseguraba una temperatura soportable durante todo el año. De pronto, una ráfaga de viento azotó los rostros de los policías. Agacharon las cabezas. Nina se llevó el brazo delante de los ojos y la boca, pues el frío se había vuelto súbitamente agresivo. Aceleraron el paso hasta el restaurante. Nina resbaló en la subida helada y casi se echó a reír al ver a Klemet precipitarse en su ayuda y resbalar a su vez. Recorrió los últimos

metros casi patinando. Los postreros reflejos del sol habían desaparecido por completo, devorados por las nubes que cubrían aquella parte del cielo.

Ya había pasado la hora del almuerzo, pero Mads les preparó una mesa y les sirvió el plato del día, salmón al eneldo con patatas hervidas y una salsa blanca. Como no tenía otros clientes, fue a sentarse con ellos. Las nubes habían pasado y el viento había despejado el cielo. El hotel restaurante estaba encima de la carretera y disfrutaba de una vista sobre todo Kautokeino. A esa hora, sólo se veían las luces que serpenteaban en una suave curva a lo largo del río Alta.

—¿Ya habéis pillado al cerdo que ha matado a Mattis? —preguntó Mads.

—Aún no.

—¿Y a qué esperáis? La gente ya empieza a hacerse preguntas. Todo el mundo se está poniendo nervioso.

Klemet asintió.

—¿Aún tienes huéspedes?

—No, los viejos daneses se han marchado; los camioneros van y vienen como de costumbre, y el geólogo francés se marchó ayer.

Klemet y Nina se miraron.

—¿Qué geólogo?

—¡Pues el francés! Ya llevaba aquí un tiempo. Pero se ha largado con sus bártulos. Mira que tiene un montón de trastos, el tío. Va a buscar no sé qué mineral. Esas cosas siempre son secretas, ya sabéis. Por lo que me ha dicho, tenía todos los papeles en regla. Maldecía el tiempo que le había hecho perder la comisión de asuntos mineros. Pero eso se ha arreglado.

—¿Se ha marchado solo?

—Que yo sepa, sí.

—¿Y cuánto tiempo dices que llevaba aquí?

—Oh, llegó... Fue antes de todos estos asuntos, así que diría que fue..., sí, fue el día en que empezó el colegio, el 3 de enero, un lunes. Lo recuerdo porque insistió en ayudar a Sofía, que tenía deberes de francés. Está en segundo de ESO y ha empezado con el francés.

—¿Y adónde se ha ido?

—Oh, eso tendrás que preguntarlo en el ayuntamiento.

Klemet consultó su reloj. Tenían tiempo de pasarse por allí.

Se tomaron el café rápidamente.

—¿Cómo era ese francés?

—Era un buen tipo que parecía aburrirse porque tenía que esperar a la autorización. Explicaba un montón de historias de África increíbles. Y habla sueco, ¿sabes? Ya había trabajado tiempo atrás en prospecciones geológicas en Laponia. Pero si te interesa, habla con Brattsen, pues él lo interrogó. El francés estaba hecho una furia.

Klemet miró a Nina. Ella abrió unos ojos como platos, sorprendida, para señalarle que, al igual que él, acababa de enterarse de eso en aquel mismo momento. ¿Por qué Brattsen no había dicho nada acerca de aquel interrogatorio? Aquello suscitaba de repente muchas nuevas preguntas. En ese momento, Sofía entró en el restaurante. Llevaba su mochila y regresaba del colegio. Dirigió un saludo a los comensales con una amplia sonrisa. Fue a darle un abrazo a Klemet y le estrechó la mano a Nina.

Klemet y Nina se pusieron en pie para marcharse.

—Apunta las dos comidas en mi cuenta, Mads. Tengo que hacerme perdonar una cosa...

Nina sonrió.

—Ya estaba perdonado.

Sofía ya había sacado sus cuadernos en una mesa vecina.

—Qué, Sofía, ¿has avanzado en francés? —preguntó Nina.

El rostro de la chiquilla cambió de repente.

—¿Por qué preguntas eso? —respondió con un tono airado que sorprendió a todos.

—Por nada, por preguntar —replicó Nina—, parece que tuviste un profesor particular durante unos días.

—¿¡Ese cerdo!?! ¿Ese asqueroso que me metió mano? Cinco minutos duró, cinco minutos.

Mads se quedó pasmado.

—¿Dices que te metió mano? ¿Pero por qué no dijiste nada? —preguntó a su hija.

—Pues lo digo ahora, y basta, ¡dejadme en paz!

La chiquilla recogió sus cosas de golpe y salió de la sala del restaurante, enfurecida.

Mads se quedó sin palabras.

Nina fue la primera en reaccionar. Corrió detrás de Sofia. Al cabo de cinco minutos, Nina volvió. Parecía enojada, pero adoptó un tono sereno y metódico con Mads.

—No ha pasado nada grave en el aspecto físico —lo tranquilizó de inmediato—. Supo decir no..., y hacerse obedecer.

Nina hizo una pausa y tragó saliva. Sólo duró medio segundo, pero Klemet advirtió su embarazo.

—Sin embargo, mi consejo es que presente denuncia, a pesar de todo, por acoso sexual —continuó diciendo—. Creo que para ella es importante. Este tipo de cosas hay que tomarlas muy en serio, al menor gesto, desde el principio. Y tenemos que demostrarle que estamos con ella.

—Claro, claro...

Mads estaba conmocionado y parecía darse cuenta, poco a poco, de que había alojado al francés durante dos semanas junto a su familia, que vivía en un ala del hotel.

—Todo irá bien —prosiguió Nina—. Es menor y todo será muy discreto, y si fuera necesario, puede consultar a un especialista.

—¿Crees que es tan grave? —preguntó Klemet.

Nina lo fulminó con la mirada.

—¡Sí, es muy grave! ¡Y ya va siendo hora de que los hombres se den cuenta! —dijo saliendo a buen paso, seguida de inmediato por su colega.

15.45 horas. Ayuntamiento de Kautokeino

Klemet se presentó solo en el ayuntamiento para no darle un carácter excesivamente oficial a la gestión de la policía. Mientras, Nina empezaría a redactar el atestado para Sofia. Ingrid, la recepcionista, le dio la bienvenida a Klemet con una gran sonrisa.

—Buenos días, benditos los ojos que te ven —susurró—, creía que habías

desaparecido. Hace tiempo que no me invitas a tomar una copa en tu tienda.

Klemet se apoyó en el mostrador y susurró a su vez:

—Deja que acabe con estas historias y te prometo una velada para ti y para mí solos.

Ingrid se echó a reír, pero se puso de nuevo seria en cuanto vio a un concejal del Partido del Progreso que entraba vestido con su mono de motonieve nuevo, el cabello engominado y la tez bronceada de solárium. El colega de Olsen, al que éste apodaba el Guaperas, apenas saludó a la recepcionista laborista y al policía sami, de quien sospechaba que tenía las mismas simpatías políticas.

—Menudo gilipollas —dijo Ingrid—. A su lado, el viejo hipócrita de Olsen casi me cae simpático. Bueno, pero si lo he entendido bien, no venías a invitarme.

—Al parecer, ha venido por aquí un francés a ver a los de la comisión de asuntos mineros. Me interesa él, pero con discreción. No quiero que se arme un revuelo, ¿me entiendes?

—Te entiendo, guapo, y me acuerdo del francés. ¡Un tipo apuesto! Con aspecto de ser un tío un poco peligroso, como a mí me gusta... La última vez que vino estaba furioso, quería ver a alguien de la comisión. El viejo Olsen era el único que estaba en el ayuntamiento, pero no pudo recibirlo. No sé qué ocurrió luego.

—¿Está Olsen?

—No, debe de estar en su granja. Normalmente pasa por aquí por la tarde, salvo que haya reunión.

—¿Cuándo fue la última reunión?

—Estaba prevista para el lunes. Vino ese día. Oh, Dios mío, fue el día en que encontré esa horrible oreja, ¿cómo voy a olvidarlo? El lunes. Y no he vuelto a ver al francés.

—¿Vino mucho antes de que descubrieras la oreja?

—No, quizás unas horas antes.

—¿Pasó mucha gente por aquí desde que él llegó y hasta que encontraste la oreja?

—Por este lado, no. No había motivo. Pero todo esto ya se lo he

explicado a Brattsen, ¿sabes?

—Brattsen, de nuevo.

—¿De nuevo? ¿Qué quieres decir?

—Nada, pensaba en voz alta. ¿Hay aquí algún otro miembro de la comisión?

Ingrid consultó rápidamente una lista.

—No. ¿Por qué? ¿Qué te interesa?

Klomet se acercó un poco más a la recepcionista.

—Querría saber dónde tenía intención de ir a excavar el francés. Y rápido, porque esta noche me voy con Nina a Malå a seguir la investigación.

—Ah, sí, la pequeña Nina; no lleva aquí mucho tiempo, pero ya se habla mucho de ella. Por lo que se ve, es una chica lista. Y guapa, ¿verdad, Klomet? Dime, ¿ya la has invitado a tu tienda?

—Ingrid, por favor, realmente necesito saber adónde ha ido el francés. ¿Recuerdas que estoy investigando un asesinato?

—Eso significa que ya ha visitado tu tienda, ¿me equivoco? —respondió, picajosa.

Lo miró en silencio unos segundos, como si lo juzgara.

—Y, además —prosiguió—, por lo que decía Brattsen, es él quien se ocupa del asesinato. Qué poco te quiere ése. Menudo cabrón. No te fíes de él.

—Gracias, Ingrid. ¿Y bien?

—Debo de ser la más tonta del pueblo, pero me imagino que no se trata de documentos confidenciales. En principio, y si se trata de solicitudes de exploración, no hay nada secreto, pues es una información pública. Y, además, una solicitud de exploración no es una solicitud de explotación; los solicitantes pueden ser tan vagos en su descripción como deseen. Bueno, espérate aquí e iré a ver ahí detrás.

Ingrid se puso en pie y desapareció por un pasillo. Klomet la contempló con cierta añoranza. Aún la recordaba con veinte años.

Una chica magnífica, con una sonrisa cautivadora y una frescura irresistible. No quedaba gran cosa de su belleza de antaño. En aquel entonces le había

dado calabazas. Como tantas otras chicas. Klemet no se lo reprochaba. No demasiado. No fue cruel. Sólo le dijo que no riéndose, como las demás. Con sólo un besito rápido en la boca, sin consecuencias para ella. Había soñado con ella, como con tantas otras. Klemet sufrió, pero sin duda lo peor era que había dado por sentado que ese beso era a lo único a lo que tenía derecho. Y nada más. Acabó por aceptar esas migajas.

Cuando lo trasladaron de nuevo a Laponia, tras haber pasado unos años en la policía criminal de Estocolmo, saboreó durante un tiempo el cambio de actitud de las mujeres hacia él. Como Ingrid. Estaba aún tan obnubilado por los reveses de su juventud que entonces las veía como si tuvieran veinte años. Hoy en día, las veía como eran. Unas mujeres castigadas por la vida, que luchaban por mostrar buena cara y reclamaban su derecho a la simple felicidad. Se habían vuelto como él. Sabían contentarse con un beso. Habían tenido que pasar treinta años para hallarse en igualdad de condiciones.

Al fin, Ingrid regresó. Klemet le sonrió. Llevaba una carpeta en la mano.

—Te llevarás una decepción si buscas algo muy preciso, pero mira esto...

Ingrid lo invitó a que pasara al otro lado del mostrador de la recepción para evitar mostrar el contenido de la carpeta a todo el mundo.

Klemet ojeó rápidamente el formulario. André Racagnal, fecha de nacimiento y dirección, Francesa de Minerales. Período de exploración. Y, por último, las precisiones geográficas.

—¿Puedes fotocopiarlo?

—Klemet, por favor, eso no; me temo que sería ir demasiado lejos.

Klemet no insistió y sacó su cuaderno. Las regiones de prospección eran vastas. Y, como advirtió, había dos dosieres.

—¿Por qué se necesitan dos dosieres?

Ingrid los miró.

—Simplemente porque se trata de dos regiones diferente. Ves, ése es un enorme territorio al noroeste de Kautokeino. La solicitud es del otoño pasado y fue aprobada por la comisión el miércoles por la tarde. Y ésta... también aprobada el miércoles... La solicitud es del... miércoles por la mañana. Mira tú que por una vez los trámites han ido deprisa.

—¿Por qué dices eso?

—Oh, no lo sé. No son más que autorizaciones de reconocimiento de terreno, pero las atribuciones de licencias de exploración se deciden el 1 de febrero. Ya hemos recibido bastantes solicitudes. Por lo general, es complejo preparar esos dosieres. Éste se ha hecho muy deprisa, sólo quería decir eso.

Klemet tomaba notas y guardaba silencio. Trataba de ordenar las piezas del rompecabezas. Cuando tuvo cuanto necesitaba, avanzó hacia Ingrid. Le tomó la cara con ternura con una mano, la miró un segundo y le dio un beso en la frente. La recepcionista le sonrió y le hizo un gesto con la mano.

—Llámame —le dijo cuando Klemet salía del ayuntamiento.

16.00 horas. Laponia interior

André Racagnal disponía de poco tiempo para llevar a cabo una proeza. El hecho de que aquel maldito palurdo le hubiera exigido que descubriera el yacimiento de oro tan rápido sólo se explicaba por su ignorancia del oficio.

Limitar el campo de la exploración a tres zonas, como había logrado gracias al estudio en solitario de los mapas y luego con ayuda de Aslak, ya era algo casi imposible en tan escaso tiempo. En una cuestión el cabezota del granjero había tenido razón: Aslak parecía conocer la región como la palma de su mano.

El pastor de renos viajaba tendido en el remolque, entre las bolsas y las cajas. A Racagnal le preocupaba poco Aslak, pero lo necesitaba, por lo que se obligó a no ir demasiado rápido para evitar sacudidas demasiado violentas. A esa velocidad, el francés debería conducir unas tres horas hasta llegar al primer punto que quería observar. Se habían puesto en camino justo después del paso de una depresión que había cubierto el horizonte durante un buen rato. El cielo se había despejado de nuevo. Un cielo de aurora boreal, se dijo Racagnal. Ignoraba el motivo, pero la visión de una aurora era el único espectáculo que podía conmoverlo. Emocionarlo de verdad. No de excitarlo, como podía ser el caso de una colegiala. Se dio cuenta de ello durante su primera estancia en Laponia, años atrás. La loca danza de las auroras boreales adquiriría el aspecto desesperado de su propia vida. Veía la belleza efímera, el

vigor irresistible y la visión caótica.

Según el mapa, Racagnal tendría que seguir el curso de un río a lo largo de esa primera etapa. La conducción era más sencilla gracias a ello. Había pocas colisiones y pocos relieves. El viento había despejado el cielo y permitía que la intensa luna iluminara el camino. Conducir resultaba fácil y Racagnal pensaba en la mina. Sus primeras observaciones no le permitirían hacerse una idea precisa. Tendría que sumar varias para ser capaz de determinar si coincidían con el mapa. Racagnal no creía en la suerte. Había sido preservado de tamaña ingenuidad. Su credo era muy simple: la vida no es más que una suma de elecciones. Eso era lo que lo había salvado hasta el momento. No dejar nada al azar. Prevenirlo todo. Y asumir sus decisiones. Todas sus decisiones. Ese credo lo convertía en uno de los mejores geólogos del momento, puesto que lo que algunos celosos tomaban por un instinto excepcional se basaba en un trabajo de hormiga. Esa manera de hacer las cosas le permitía también llevar su vida sexual con relativa tranquilidad. Era consciente, sin embargo, de que en pocos días había cometido errores. El paleta y el policía lo habían calado. Tendría que hallar una solución a esa anomalía en su historial. Se concentró de nuevo en el lecho del río. La luminosidad de la luna disminuía en función de las curvas. No podía permitirse relajar la vigilancia. Aminoró un instante la velocidad para volverse y asegurarse de que el sami seguía detrás, y luego prestó de nuevo atención a la conducción. El único relieve lo constituían unos arbolillos que apenas se alzaban del suelo. La vista alcanzaba hasta muy lejos, a pesar de ser de noche. Circulaba por la meseta alta y el relieve formaba suaves valles. Llevaba más de una hora de camino y no se había cruzado con la menor luz. A la salida de un pequeño valle, se detuvo, aprovechando que había un terreno despejado. Apagó la motonieve y los rodeó un silencio total. En cuanto se apartaba del calor de la moto, el frío calaba de nuevo. Alzó la vista un instante. Las auroras aún no habían aparecido. Sacó la radio y envió un mensaje. Se volvió acto seguido hacia el sami. No alcanzaba a adivinar la expresión de sus ojos a causa de la oscuridad. Pero vio, en todo caso, que el hombre no volvía la cabeza.

17.30 horas. Kautokeino

Nina y Klemet se encontraron a la hora acordada en la comisaría de Kautokeino. Estarían fuera por lo menos dos días. El Sheriff les había pedido que pasaran a verlo antes de partir. A Tor Jensen le gustaba tener a sus miembros bajo control.

El bol de regalices había reaparecido. Klemet saludó con un gesto de la mano al Sheriff. Éste le tendió el bol, pero Klemet lo declinó, al igual que Nina. Tor Jensen se enfurruñó y dejó el bol en el otro extremo de su mesa, lo más lejos posible de su alcance.

A continuación, deslizó una carpeta hacia Klemet.

—Aquí tienes la foto de ese Racagnal y los pocos datos que hemos logrado reunir acerca de él. No hay gran cosa. ¿A qué viene ese interés?

—Sospecha de acoso sexual, pero resulta que el tipo además trabaja en la industria minera, y eso lo hace doblemente digno de interés.

Tor Jensen torció el gesto.

—¿No te parece un poco traído por los pelos?

—Lo del acoso, no —intervino Nina con firmeza.

El Sheriff se percató de su tono, pero no dijo nada.

—Bueno, y en cuanto a Malå, ¿cómo están las cosas?

—Una vez examinadas las fotos de 1939, creemos que puede guardar relación con una historia de una mina de oro —respondió Klemet—. Tenemos que quedarnos con la conciencia tranquila.

El Sheriff volvió a torcer el gesto. No parecía convencido. Se inclinó hacia delante, acercó el bol y cogió tres regalices a la vez.

—Ya sabéis que la conferencia de la ONU se nos está echando encima —dijo con la boca llena.

Klemet y Nina respondieron con un movimiento de la cabeza.

—Me han dado a entender claramente que estos casos tenían que estar resueltos antes. ¡Así que no me añadáis otro más! A la vuelta, deteneos en Kiruna. Me han prometido que estarían los resultados de los últimos análisis.

Jensen los miraba.

—¿Qué? ¿Aún no os habéis marchado?

Klemet vacilaba.

—En este caso estamos trabajando muchos, pero me da la impresión de que no tenemos todas las cartas en la mano. Por ejemplo, hasta hace un rato, ignorábamos que Brattsen había interrogado a ese francés hace una semana. ¡Una semana! ¡Y no hemos sabido nada de ello hasta ahora!

—Pues vamos a preguntárselo. ¿También tú lo compartes todo, supongo?

—Evidentemente. Todo aquello de lo que estamos seguros, en cualquier caso.

El Sheriff pulsó una tecla de su teléfono.

—Rolf, ¿puedes venir un momento, por favor?

En los segundos siguientes reinó el silencio. Tor Jensen cogía regalices del bol.

Brattsen entró al cabo de dos minutos. Ni siquiera saludó a Klemet y a Nina y dirigió una mirada interrogativa a Tor Jensen.

—¿Estás al corriente de la presencia de un tal... Racagnal? —le preguntó Jensen tras leer el nombre de nuevo en sus papeles.

—¿Racagnal? ¿Un francés? Sí, lo interrogué hace unos días.

—¿Y por qué no comentaste nada a la policía de los renos?

—¿Y por qué iba a hacerlo? Fue por una simple pelea en el pub. No tenía nada que ver con nuestros casos. No quería sobrecargar a la policía de los renos con más información —añadió Brattsen con un tono expresamente irónico.

El Sheriff parecía evaluar la situación.

—¿Qué fue exactamente lo que ocurrió?

—Una pelea de bar, ya te lo he dicho. Entre ese tipo y Ailo Finnman. John y Mikkel también estuvieron involucrados. Nada grave. El francés ni siquiera quiso presentar una denuncia. Tuve que insistir para tomarle declaración.

—¿Así que el francés era el demandante? —preguntó Klemet, decepcionado.

—Sí, ¿por qué? ¿Te extraña? Fueron los ganadores los que se le echaron encima. Ailo. Los otros le siguieron, como de costumbre.

—¿Por qué motivo? —preguntó el Sheriff.

—Los pastores llevaban unas cuantas cervezas. Con eso les basta para hacer tonterías, te lo aseguro.

—¿Dónde está ahora el francés? —quiso saber Klemet.

—¿Cómo lo voy a saber? —contestó, enojado, Brattsen—. Ha venido a hacer prospecciones, así que debe de estar haciendo prospecciones.

—¿Solo?

—Ni idea. Conoce la región. Imagino que debe de ser capaz de irse solo.

—Se le vio por el ayuntamiento pocas horas antes de que Ingrid descubriera la primera oreja —insistió Klemet.

—¿Y qué?

Rolf Brattsen miró a Klemet con suspicacia.

—¿Qué es esto, un interrogatorio o qué?

—Tenía que verse con Olsen —prosiguió Klemet—. Quizá tú sepas si al final lo vio.

—No, no lo vio —espetó Brattsen.

—¿Cómo lo sabes? —replicó Klemet en el mismo tono.

—Creo que no lo vio —rectificó Brattsen—. No lo sé. Y, de todas formas, ¿qué más da que lo viera o no?

Jensen exhaló de repente un profundo suspiro y alejó el bol medio vacío hasta el extremo de su mesa. Brattsen adoptó un aire malhumorado. Klemet miró al Sheriff, que le señaló la puerta con el mentón.

Klemet conducía la *pick-up* Toyota de la policía de los renos desde hacía ya más de una hora. Había cargado un montón de material inútil para una misión como aquella, como sacos de dormir, una cocina de *camping* y provisiones para dos días. Era un viejo reflejo, dijo en respuesta al comentario de Nina.

—En la policía de los renos —le explicó Klemet mientras conducía—, no se puede trabajar mirando el reloj. No tiene sentido. Tres cuartas partes de nuestro trabajo están ligadas a conflictos de la ganadería de renos que ocurren a distancias enormes. A veces te llaman y no regresas hasta al cabo de cuatro días.

Nina miraba por la ventanilla. Era noche oscura. Los faros sólo iluminaban los taludes cubiertos de nieve y unos pocos abedules enanos. La carretera estaba helada, pero gracias a la gravilla que la cubría y los neumáticos de clavos, Klemet podía mantener una velocidad de noventa kilómetros por hora. Además, como la carretera era recta en tramos largos, pese a aquella oscuridad se veía venir de lejos a los vehículos. Desde que habían partido de Kautokeino, se habían cruzado sólo con un coche y dos camiones, que habían levantado tras ellos torbellinos de nieve.

Atravesaron la parte finlandesa y luego entraron en Suecia. El termómetro indicaba una temperatura exterior de veinticinco grados bajo cero. Klemet aminoró la velocidad y estacionó en un área de aparcamiento en la cima de una colina. Dejó el motor en marcha y propuso preparar un café.

Nina salió del vehículo para desentumecer las piernas. Llevaba su mono de más abrigo sobre el uniforme, el gorro y guantes gruesos. Estaba en silencio y miraba hacia el cielo.

—Con este frío, ¿será posible ver una aurora boreal esta noche?

—El frío no influye en nada —respondió Klemet—. Para ver una aurora, hace falta un cielo despejado. Y en invierno, el cielo despejado significa frío.

—¿De dónde vienen esas auroras?

—Oh, no lo sé a ciencia cierta. Tienen que ver con el sol. Aquí se decía que eran los ojos de los muertos y, por esa razón, no había que señalarlas con el dedo.

Tendió una taza de café a Nina.

—Los ojos de los muertos... —repitió Nina—. Parece que esta noche los muertos están ciegos.

## 34

Viernes, 21 de enero

Salida del sol: 09.41 horas; puesta del sol: 13.20 horas

3 horas y 39 minutos de insolación

07.30 horas. Laponia central

André Racagnal y Aslak Gaupsara sólo habían dormido unas horas en un refugio de pastor, tras lo que se habían puesto de nuevo en camino rápidamente. Todo estaba muy oscuro debido a las nubes bajas que cubrían la escasa luminosidad que debería haberse dado a esa hora. No se habían dicho palabra. Racagnal había dormido con un ojo abierto, atento a los movimientos del sami. Estaba dispuesto a dejarlo inconsciente si era necesario y de ir incluso mucho más lejos si éste le provocaba demasiados problemas. Tenía una visión muy clara de lo que estaba en juego y no vacilaría en tomar las decisiones que fueran necesarias. Si el sami debía morir, moriría. Eso complicaría su labor, por descontado, y le impediría, con toda probabilidad, llevar a cabo su misión en el plazo impuesto por el granjero, pero sería capaz de hallar la mina. Quizá la Francesa de Minerales estaría dispuesta a encubrirlo si descubría un yacimiento magnífico.

Sabía que el modus operandi sería aberrante a ojos de cualquier profesional. El geólogo más novato podría predecir que su expedición estaba condenada al fracaso. Ya oía a los jóvenes, que le sermonearían, que le hablarían de levantamientos geofísicos aéreos, de muestras de morrenas, de

perforaciones, de análisis de laboratorio, de estudios de mapas (antiguos y nuevos), de investigación en los cuadernos de campo de los geólogos o del estudio de los informes sobre el terreno. Un trabajo penoso, riguroso: una mezcla de laboratorio, de archivos, una alquimia de la que la gente de su profesión se enorgullecía. Y que él estaba dejando de lado. Si sus jefes supieran cómo estaba procediendo, sin duda empezarían a preguntarse si no había llegado el momento de una jubilación anticipada. Pero debía correr ese riesgo. Todo o nada. Si se quedaba con las manos vacías, era mucho lo que perdía. Si llegaba a ganar...

Se volvió y comprobó que el sami aún estaba en el remolque. Seguía sin verle los ojos, pero adivinaba su mirada clavada en él. En el paisaje, los valles eran más marcados que el día anterior, pero la vegetación no había cambiado. Ni un abeto, sólo algunos abedules enanos encogidos y de troncos retorcidos. No debía de hallarse lejos del primer punto de observación que se había fijado, puesto que el grosor de la nieve comenzaba a disminuir. Gracias al haz de los potentes faros de la motonieve podía incluso ver la tierra medio descubierta allí donde el viento había levantado la nieve. Esa parte del Finnmark bien merecía su reputación de desierto, pues las precipitaciones eran escasas.

Racagnal aún condujo más de media hora y luego buscó un lugar donde establecer el campamento. Lo halló sobre el recodo de un río. Para la gente como él, los ríos eran amigos muy preciados. Laponia estaba constituida por grandes masas de granito. Había que buscar la falla, ya que allí era donde se colaban los fluidos que transportaban los minerales. Y un río era una falla. Un punto débil en una roca fracturada que un río había aprovechado para excavar su lecho.

Le explicó a Aslak lo que pretendía hacer. Éste construyó un somero refugio y extendió sus pieles de reno sobre el suelo. Se marchó a cortar leña y pronto ya estaba saliendo humo del refugio. Todo tenía que estar a punto antes de los primeros rayos de sol, puesto que no se podía perder ni un segundo de luz. Racagnal vigilaba el cielo. Las nubes se dispersaban. El cielo comenzaba a despejarse. Con un poco de suerte, al cabo de una hora sería casi de día y podría empezar la exploración. Examinó de nuevo el mapa

geológico del terreno donde se hallaba y lo comparó con el documento antiguo. El autor de ese último se había esforzado mucho en ocultar el emplazamiento exacto. Era a la vez sutil y burdo. Racagnal se dijo que el autor debía de haber hecho ese mapa rápidamente. Quizá de forma precipitada. Pero los detalles que contenía indicaban a la vez que había pasado muchas horas laboriosas analizando fragmentos de roca y trasladándolos al papel.

El francés se bebía el café a pequeños sorbos. El geólogo que había trazado aquel mapa comenzaba a obsesionarlo. Quería desvelar su secreto. Descubrir quién era aquel hombre. ¿Qué tipo de mujeres le gustaban a aquel individuo? ¿O quizá le gustaban los hombres? ¿Tenía una sexualidad insustancial o también era un aventurero en ese terreno? Él se veía a sí mismo como un explorador, un hombre al que no le daba miedo experimentar, que podía franquear las fronteras de lo convenido.

Racagnal pensaba que la sexualidad de los hombres decía mucho acerca de su capacidad para descubrir en nuevas tierras baldías. Se volvió hacia el sami, que permanecía tumbado en un rincón del refugio, extasiado con la contemplación de las llamas. Pensó, a continuación, en la mujer a la que había vislumbrado en su tienda. Había visto a numerosas mujeres como ella la primera ocasión que había estado en Laponia y se había divertido con algunas de ellas. Eran más feroces que las escandinavas. Se preguntó si también a los samis les gustaban las chiquillas jóvenes. A todo el mundo debían de gustarles, se dijo. El cielo empezaba a despejarse. Racagnal cogió su material, tendió el suyo al sami, que lo tomó sin decir palabra, salieron al frío y comenzaron a remontar lentamente el lecho del río.

10.00 horas. Malå (Suecia)

Tras pasar la noche en un refugio sueco de la policía de los renos, la patrulla P9 prosiguió su camino hacia el sur. El paisaje lo configuraban de forma casi continuada vastas extensiones de espesos bosques, abetos y abedules en su mayoría, que ya nada tenían que ver con los abedules enanos del vidda.

Seguían, sin embargo, en las tierras interiores de Laponia y muy al norte. Mientras recorrían las carreteras rectilíneas que atravesaban el bosque, pasaron junto a pequeños lagos y anchos ríos que se transformaban en rápidos para luego recuperar un curso más plácido. Nina estaba descubriendo por primera vez esa parte del norte de Suecia. Parecía apenas un poco más poblada que la Laponia noruega, pero más explotada. Había caminos que se adentraban en los bosques, que, en algunos lugares, eran objeto de un cuidadoso mantenimiento y estaban visiblemente replantados. Con cierta frecuencia, unos carteles anunciaban la presencia de minas. Otras veces, unas altas torres que sostenían gruesos cables eléctricos surgían entre los abedules y los abetos, con lo que cortaban el camino para abrirse paso de nuevo a través de profundas heridas en el bosque y así llevar electricidad al reino. Nina y Klemet cruzaron varias aldeas de casas de madera pintadas de rojo de Falun organizadas alrededor de la gasolinera y ultramarinos. Finalmente, después de recorrer más monótonos kilómetros de abetos y abedules, llegaron a Malå.

La sede del Instituto Geológico Nórdico se hallaba a la salida de la pequeña ciudad. Algunos archivos seguían aún bajo la administración nacional pero, por razones prácticas, los países nórdicos habían reunido en él cuanto concernía a Laponia, cuya geología era bastante particular. Esa pequeña ciudad, únicamente comunicada mediante la carretera que la unía a la costa sueca del golfo de Botnia, a varios cientos de kilómetros hacia el sudeste, recibía regularmente la visita de compañías mineras del mundo entero que iban a preparar sus campañas de exploración en la región. Los suecos habían instalado allí su instituto desde hacía más de un siglo y disponían, por esa razón, de archivos únicos, en particular de los resultados de las perforaciones llevadas a cabo a partir de 1907.

Nina y Klemet se presentaron en la recepción del edificio administrativo. El despacho de la directora daba directamente a la entrada. Ésta los recibió y los llevó a un rincón del vestíbulo que se utilizaba como cafetería. Eva Nilsson trabajaba desde hacía veintisiete años en el instituto, los últimos cinco años como directora, un puesto que, si todo iba bien, ocuparía hasta su jubilación, al cabo de dos años. Por ello, Eva Nilsson esperaba que esos

policías no fueran a perturbar su tranquilidad. La mujer parecía malhumorada. Tenía una poblada cabellera gris rizada de una manera extraña. No se preocupaba por peinársela. Unos magníficos ojos de un azul claro intenso iluminaban su rostro fino y enérgico.

—¿Qué desean exactamente? —les dijo en un tono poco amable y mascando un chicle—. Nuestro director del departamento de comunicación está en Uppsala y no tiene ni la más remota idea del trabajo que tenemos aquí. Ya le convendría levantar el trasero de la silla de vez en cuando. Me ha dicho que debía recibirles, así que aquí me tienen, pero les aviso: no me gustan las preguntas indiscretas. Aquí tenemos muchos visitantes a los que les gusta la discreción. Forma parte de nuestra reputación, ¿me entienden? La gente sabe que aquí puede trabajar con total confianza. Muchos de nuestros clientes son empresas que cotizan en bolsa en América o en Asia, ya se lo imaginarán. Acuden aquí para hacer prospecciones y eventualmente para invertir mucho dinero. Y no les gusta que haya ruido. Así que a los policías de uniforme, aunque sean amables como ustedes, les pedimos que actúen con discreción, sobre todo desde que nuestras queridas administraciones tutelares nos han reclamado que seamos rentables, o sea, que ganemos dinero a cuenta de nuestros clientes en lugar de cargarlo todo gratis al bolsillo del contribuyente. Pero tienen ustedes suerte, porque hoy es un día tranquilo —acabó diciendo mientras encendía un cigarrillo, con lo que se saltó ostensiblemente la prohibición de fumar en edificios públicos.

Klemet y Nina no se esperaban semejante recibimiento. Esta última se preguntó cómo una mujer así, tan poco diplomática, había podido llegar a aquel puesto y se había mantenido en el mismo. Eva Nilsson pareció leer sus pensamientos.

—Ni siquiera he tenido que acostarme con nadie, guapa. Pero, mira, te diré un secreto: yo era la mejor. Durante mucho tiempo no quisieron darme la menor responsabilidad porque era muy buena. Me necesitaban como geóloga sobre el terreno. Un buen día me harté de ver a todos esos inútiles a los que hacían jefes porque había que colocarlos en algún sitio. Así que me enfadé y decidí ser jefe. Y ya ves, también en eso fui la mejor —concluyó mientras apagaba el cigarrillo.

Nina la miraba con incredulidad y Klemet con aire divertido. Reconocía el carácter fuerte de las mujeres del norte, que no se andaban por las ramas.

—¿Qué les trae, pues, por aquí? ¿La policía de los renos? ¿Qué es eso? Nunca había oído hablar de ella.

—Con un poco de imaginación, podrá suponer para qué sirve —replicó Klemet—. Lo que tiene que saber es que estamos trabajando en un caso de asesinato. Y que albergamos razones para creer que podría tener algo que ver con una historia de una mina.

—Y en particular, con una historia que se remontaría a una expedición que tuvo lugar en Laponia en 1939 —prosiguió Nina—, con una especie de maldición en torno a un yacimiento de oro, un yacimiento que provocó muchas desgracias al pueblo sami, y...

—Ah —intervino la directora mientras encendía otro cigarrillo—. Continúe, me encantan las historias de viejos mapas del tesoro. Así es como me metí en este oficio.

Klemet se pasó los quince minutos siguientes haciéndole un resumen de la situación a esa sorprendente mujer: el robo del tambor, la muerte de Mattis, las sospechas en el mundo de los ganaderos, la expedición de 1939, la leyenda de la mina de oro, los rumores acerca de una maldición y todo lo demás. Eva Nilsson no se perdía ni una sola palabra. Se entusiasmaba, se indignaba o se entristecía al ritmo de la historia. Klemet cuidaba su relato, y la propia Nina se sorprendió por estar tan atrapada por las palabras de su colega.

Eva Nilsson se quedó un buen rato en silencio. Luego se levantó de golpe, fue a su despacho y volvió con una botella de Petit Chablis muy frío y tres copas.

—Vamos a celebrar nuestra colaboración. Porque aunque aún no me hayáis pedido nada, queréis dar con esa mina misteriosa, ¿no es cierto? —dijo ella a la par que descorchaba la botella.

Acto seguido, vació de un trago su primera copa bajo la mirada fascinada de Nina.

Media hora más tarde, una vez que se terminaron la botella —había más en el frigorífico, aseguró la directora, que se había bebido sola tres cuartos de la misma—, los dos policías y Eva deambularon hasta un hangar situado al otro lado de la calle. Varios edificios inmensos albergaban decenas de miles de cajas planas de madera, cada una de las cuales contenía diez testigos de un metro de longitud y unos centímetros de diámetro. Eva se sentó sobre una de las cajas.

—Como pueden ver, todos los testigos están numerados. Éste es una serie de U —dijo señalando los códigos—. U de uranio. ¡Esto te calienta el culo! —explicó, y se echó a reír con su voz cascada de fumadora.

Encendió otro cigarrillo y exhaló una nube de humo que se mezcló con el vaho. En aquel hangar hacía mucho frío.

—Si tuviera dos dedos de frente, no fumaría aquí, sentada encima de uranio. Este mineral emite un gas muy perverso, inodoro, incoloro e insípido: el radón. Se encuentra en estado natural, pero se trata de un gas radiactivo que se acumula en espacios como éste o, peor aún, en una mina. Provoca cáncer de pulmón. Aquí se ventila un poco, por lo menos. Lo peor, sin embargo, es respirar ese gas y fumar al mismo tiempo. En ese caso, se produce un verdadero estropicio... Pero, bueno, resumamos —continuó la directora—. El tambor robado podría contener indicaciones acerca de ese yacimiento. Pensáis que el geólogo alemán andaba tras esa pista. Y os preguntáis si ese geólogo francés podría estar también sobre la pista, ya que su aparición coincide con los acontecimientos recientes. ¿De qué disponemos para identificar esa mina?

Su pregunta fue recibida con un profundo silencio.

—Ya veo —dijo Eva—. Ya sabéis que Laponia tiene una superficie de unos cuatro mil kilómetros cuadrados. Es más grande que Finlandia o Japón.

—Lo único que conocemos son las tres zonas que el geólogo francés quiere explorar.

Eva se dirigió hacia un despacho situado en un rincón del hangar. Encendió un ordenador e introdujo la información en la base de datos.

Observó los mapas que aparecían en pantalla y fue a buscar a un mueble especial los mapas en cuestión a una escala legible. Los desplegó sobre una mesa muy grande.

—Éstos son los sitios a los que el francés pretende ir a pasear. ¿Va a hacerlo solo?

Eva se inclinó sobre los mapas, pasó el dedo sobre los símbolos y resiguió las curvas mientras emitía gruñidos y hablaba para sí misma.

—Veis, cuando un geólogo dibuja un mapa, anota una multitud de detalles observados en el terreno. Los mapas que tenemos ante nosotros están simplificados y se han realizado a partir de mapas originales. Cuando alguien quiere hacer una exploración, empieza por visitar nuestra web en internet para ver mapas geológicos como éstos. Luego hay, además, una lista de informes sobre las zonas contempladas. Éstos son los archivos que conservamos aquí, así como los testigos que nos rodean. Y nosotros proporcionamos esos informes a quienes los solicitan. Algunos se remontan a antes de la segunda guerra mundial.

—Las fotos de la expedición —sugirió Nina.

Sacó su ordenador portátil y le mostró a Eva las imágenes que había escaneado.

—Se trata de una expedición que tuvo lugar en el verano de 1939. La organizaron y participaron en ella unos franceses, así como investigadores suecos, un geólogo alemán y...

—¿Cómo se llamaba ese alemán?

—Ernst, sólo sabemos su nombre de pila y que era originario de los Sudetes —indicó Klemet.

Eva hizo una mueca, pero anotó el nombre en un papel. Los policías permanecieron en silencio durante los minutos siguientes, tratando de descifrar las expresiones del rostro de la directora. Ésta había encendido otro cigarrillo y se tomó su tiempo para detenerse en cada foto. Se quedó un buen rato mirando aquellas imágenes en las que aparecía el alemán.

Al final, Nina rompió el silencio.

—Creemos que también tenían material de detección de metales.

Eva dio una calada lenta a su cigarrillo.

—De detección de metales, sí, y no sólo eso. Lo que veis aquí es un contador Geiger, el primer modelo portátil, aunque debía de pesar veinte o veinticinco kilos.

—¿Un contador Geiger? ¿Y eso qué significa?

—Oh, sé en qué estáis pensando, pero no nos precipitemos. En esa época no se buscaba uranio, pues no se sabía nada acerca de él. En 1939 aún no había bomba atómica.

—Pero la primera bomba se lanzó durante la guerra, así que necesitaron uranio para la investigación y para fabricarla —observó Nina.

—Sí, lo sacaron de una mina en el Congo. Pero no creo que eso tenga nada que ver con el caso.

—Sea como sea, ¿para qué querrían un contador Geiger?

—Antes de la guerra, el uranio era un producto que sólo interesaba por su color amarillo. En esa época, se interesaban, de hecho, por el radio como componente de pinturas fosforescentes para esferas de relojes u otros instrumentos y también para aplicaciones médicas. Como es evidente, hoy esto hace que la gente ponga el grito en el cielo, pero por entonces no se conocían los efectos de la radiactividad. Marie Curie, la madre de todos nosotros, trabajaba con mineral procedente de Joachimsthal, en Alemania o en Checoslovaquia, no lo sé exactamente.

—¿Es posible entonces que el geólogo alemán buscara radio? —preguntó Nina.

—De hecho, los alemanes ya se habían interesado por el radio en esa época. Con ese material, ese geólogo estaba en condiciones de identificar las zonas donde había radio. Eso no quiere decir que fuera específicamente en busca de radio. Podía buscar, como la mayoría de los geólogos, varios minerales a la vez. A la buena de Dios. Volviendo al radio, no hay que olvidar que la radiactividad existe por todas partes en estado natural a nuestro alrededor. ¡Coged cualquier bloque de granito y pasadle un contador Geiger y veréis el resultado!

Eva se concentró de nuevo en el examen de las fotos y abandonó a los policías para reflexionar.

—Quizás el alemán trataba de localizar esa milagrosa mina de oro. En

todo caso, sé dónde desapareció el geólogo alemán —les dijo de repente.

Klemet y Nina la miraron con tal cara de incompreensión que Eva se echó a reír.

—¡Si vierais vuestra expresión, pardillos! Y ahora mirad y escuchad. Las últimas fotos en las que Ernst está presente se tomaron en el lado noruego. Observad esa cima detrás de ellos, ahí, con una especie de nariz ganchuda, y justo detrás, un lago con forma de vela de Optimist. No cabe la menor duda.

Eva se levantó y volvió con un mapa de la región.

—Ahí está el lago y aquí la montaña ganchuda. Por el ángulo y las distancias, diría que la foto se hizo... ahí —dijo señalando con el dedo. Cogió un lápiz rojo y trazó una cruz—. Eso por lo que respecta a la última foto en la que aparece Ernst. Habéis dicho que venían de Inari, que está aquí. A la vista de los medios con que contaban, diría que pasaron por aquí. Y ahora veamos la foto en la que reaparece el guía sami.

Eva se sumió en el estudio de la imagen en la que Niils salía de nuevo.

—Dada la dirección seguida, ahí está ese campamento sami. Actualmente se encuentra abandonado. Dormí allí en mi juventud. Pero se hallaba en una vía de trashumancia de los renos, con ese río y ese delta bastante singular para la región. Así que —concluyó blandiendo el lápiz rojo—, la foto fue tomada... ¡aquí!

En algún lugar entre aquellos dos puntos, Ernst había muerto mientras buscaba una mina. O quizá la había encontrado.

—Y ahora —continuó Eva—, veremos si podemos adivinar el radio en el que se desplazaron Niils y Ernst. Contando que iban a pie, ¿verdad? No sabemos cuántos días anduvieron para llegar al lugar al que Ernst quería ir, ni cuántos días permanecieron allí.

—Pero sí sabemos que Niils tuvo que ir y volver —dijo Nina.

Eva se había sumido de nuevo en el estudio del mapa. Primero se desplazó a lo largo de la gran mesa para observar los tres mapas geológicos que correspondían a las zonas que Racagnal tenía intención de explorar. A continuación volvió al pequeño despacho y se sentó frente al ordenador. Escribió algo, miró la pantalla, descolgó el teléfono y habló en inglés con su interlocutor. Esperó un buen rato, en silencio. Luego su interlocutor le habló

de nuevo. Eva anotó una dirección de correo electrónico en un trozo de papel y colgó.

—Conecta el ordenador a la wifi del instituto —indicó Eva a Nina—. Envía las fotos del alemán a esta dirección. En el mensaje escribe sólo cuál es el tipo al que queréis identificar en la foto.

La directora hablaba en un tono que no admitía réplica:

—La dificultad es que ignoramos si el alemán de 1939 y el francés de hoy van tras la misma mina. Y vosotros mismos tampoco sabéis si andáis tras otro yacimiento. Así que, ¿hay una mina, dos o tres?

—Para retomar tu expresión, creo que andamos tras la misma mina que Ernst —respondió Klemet—. Por una vez, confiaré en mi intuición. Ese yacimiento maldito... Niils estaba al corriente. El tambor, de una manera u otra, hablaba de él.

—¿Y el francés? —preguntó Nina—. Todo lo que sabemos es que va a explorar diversas zonas con los permisos necesarios. Eva, ¿ves parámetros comunes en las tres zonas, algo que pueda ofrecernos una pista?

La directora se aproximó de nuevo a los tres mapas y se quedó en silencio. Tuvo tiempo de fumarse dos cigarrillos más, sin decir palabra.

—Mirad —dijo finalmente a los policías—. Un primer punto en común es el aspecto general del río principal que atraviesa el mapa. En todos los mapas, arrancan más o menos al noroeste, se dirigen hacia el sur, remontan hacia el este y descienden de nuevo hacia el sudeste.

Klemet torcía el gesto, pero Nina asentía con la cabeza.

—Luego, el relieve —prosiguió Eva—. Las altitudes son diferentes, las superficies son diferentes, pero en los tres casos hay de una manera bastante clara zonas más elevadas, de altiplanicie, un lago hacia el sudeste y zonas en apariencia muy fracturadas hacia el noreste.

Nina asentía vigorosamente con la cabeza. Klemet conservaba la mueca.

—No toméis lo que digo como la descripción quirúrgica del cuadro de un maestro flamenco. Hablo de pintura impresionista, de bloques de colores, de difuminados. Veo grandes similitudes. Y aún no he hablado del tercer nivel de comparación, el análisis geológico.

—Vale, admitamos que tienes razón —interrumpió Klemet—. Por lo que

entiendo, el francés no sabe con exactitud adónde va, pero busca una región que corresponde a las indicaciones que otro le ha dado. A partir de ellas ha deducido un tipo de geografía bastante preciso y ha localizado zonas coincidentes en este aspecto.

—Creo que has dado en el clavo —exclamó Eva—. Es un profesional como la copa de un pino para identificar esas tres zonas. Apostaría a que ninguna otra zona de la región reúne esos parámetros. Las áreas cubiertas por los tres mapas geológicos representan terrenos muy vastos. Si hubiera que explorar todas esas zonas de manera precisa se requerirían semanas, tal vez meses. Ahora creo que sería interesante que echaras un vistazo al correo —le sugirió a Nina.

Ésta leyó un mensaje en inglés de un tal Walter Müller.

—Ernst Flüger —anunció—. El geólogo alemán se llamaba Ernst Flüger. Se formó a mediados de los años treinta en la escuela de minas de Viena.

—Excelente escuela —comentó Eva—. Lástima que toda esa gente trabajara luego para los nazis. Pero ése no fue el caso de Flüger. Murió antes.

—Sí pudo haber trabajado para ellos, porque los nazis llegaron al poder en 1933 —observó Klemet.

—Me sorprendería —lo interrumpió Nina, que prosiguió la lectura del correo electrónico—. Flüger no acabó sus estudios. Fue expulsado al acabar el primer curso. Era judío.

La información les cayó como un jarro de agua fría y se quedaron en silencio, sin saber cómo reaccionar.

—Tal vez tuvo suerte al morir de una caída en Laponia —espetó Klemet poco después.

Nina tuvo una intuición. Llamó a Francia y estuvo unos minutos al teléfono.

—A Henry Mons el nombre de Flüger le suena. Flüger y su guía se marcharon hacia el norte. Y por lo que Niils le contó al regreso, anduvieron dos o tres días y plantaron un campamento, donde se quedaron dos días antes de que Flüger se cayera.

Eva retomó el mapa general.

—Eso aún nos deja dos posibilidades. Aquí y... allá. Si partimos del

principio de que el yacimiento de oro se halla en algún lugar por allí, aún hay grandes zonas por explorar. Ah, si supiéramos si ese geólogo levantó un mapa...

—Sí lo hizo —dijo Nina—. Henry Mons lo vio. Pero el mapa ha desaparecido.

—Ah, así, las cosas cambian por completo. Flüger debió de llevar un cuaderno de campo. Los geólogos siempre llevan un cuaderno de campo a partir del cual levantan los mapas.

Con paso decidido, fue a sentarse frente a la pantalla y esperó, dando caladas nerviosas al cigarrillo.

Viernes, 21 de enero

12.30 horas. Laponia central

Racagnal había remontado el lecho del río a lo largo de más de un kilómetro, seguido por el pastor sami. Como había esperado, en esa parte del vidda había poca nieve y afloraban numerosas rocas. Sus primeras observaciones del terreno confirmaron las informaciones consignadas en el mapa más reciente. Pero saber si éstas también coincidían con las del viejo mapa geológico resultaba más arduo. Suponiendo que tuviera la inmensa suerte de haber dado con el lugar correcto a la primera salida, se requería mucha imaginación para ver en la zona que atravesaban la zona dibujada sobre el viejo mapa.

Una luz azulada cubría el lecho del río y las colinas peladas que los rodeaban. El geólogo golpeó una roca cuya forma le interesaba. Recogió la sección resultante, muy limpia, pero no cedió a la tentación de lamer la piedra helada, a riesgo de dejarse en ello un trozo de lengua. La iluminó con su linterna frontal y luego la tiró. A continuación, remontó el río hasta llegar a un recodo. Entre la orilla helada del río y lo alto del talud, el desnivel de dos metros le permitió leer la geología del lugar: roca vieja, sin sorpresas; una capa de granito, granates sin alterar, gneis más mesocrático, una ranura arcillosa de cinco centímetros que ascendía en un ángulo de quince grados. Más abajo distinguió una matriz areno-arcillosa. Anotó sistemáticamente sus

observaciones en el cuaderno, pero no pudo ser tan preciso como era habitual en él por falta de tiempo. Llamó a Aslak y le pidió que le pasara un pequeño aparato que estaba envuelto en una manta de lana. Racagnal dirigió esta especie de pistola hacia la roca. La máquina emitió algo parecido a un chillido de poca intensidad. Acto seguido, Racagnal volvió a dirigirla a diferentes niveles. Las variaciones eran débiles. Apenas cien por segundo. Apagó el aparato y se lo dio de nuevo a Aslak, que lo guardó en la manta. Continuaron la progresión sobre la gruesa capa de hielo que cubría el río hasta que Racagnal vio una roca situada en la orilla. Tenía una bella forma redondeada y manchas de líquen de varios colores, del verde oscuro al amarillo. Racagnal tomó de nuevo la piqueta y arrancó un trozo de la piedra para observar su textura y estrías. Tiró el trozo y siguió caminando. Una pequeña pila de guijarros se había acumulado en un rincón del río. Se arrodilló y les dio la vuelta uno a uno. Sacó una lupa y se tomó su tiempo para examinarlos. Les envolvía una bonita luz y el reflejo de la nieve los iluminaba intensamente. Eso no iba a durar mucho rato, aunque el tiempo de insolación se alargara cada vez más. Un destello más vivo llamó su atención. Aproximó la lupa y vio que se trataba de una partícula de oro. Un aficionado habría saltado de alegría. Racagnal sabía que eso no significaba nada. Sólo que en esos parajes había oro, cosa nada sorprendente. Todo el mundo lo sabía. Decenas de empresas buscaban oro en la región. Los canadienses, en particular, estaban muy presentes, puesto que la geología de la región se parecía a la de su país. El geólogo se puso en pie, ascendió el talud y miró con lentitud alrededor de él. Los montes pelados se extendían más allá de donde la vista abarcaba. Echó una ojeada al mapa y reanudó el camino. Quedaba mucho por hacer. Mucho por ver. Y seguramente había muy pocas posibilidades de éxito.

14.20 horas. Malå

Eva Nilsdotter llegó a una gran sala poco iluminada y con dos paredes cubiertas de estanterías repletas de clasificadores y de cajas de archivos.

—Bueno, empecemos por ahí —anunció al tiempo que señalaba una pequeña serie de clasificadores situados en lo alto y a la izquierda de la pared principal.

Tomó un primer clasificador de cubiertas amarillas.

—Si he entendido bien —resumió a continuación—, el mapa de Flüger desapareció al mismo tiempo que él. Imagino que alguien se lo quedaría. A menudo he oído hablar de historias de maldiciones a lo largo de mis estudios y de mis propias investigaciones, cuando conocí a viejos samis. Se contaba esa historia de un yacimiento fabuloso que había provocado varias desgracias. Nunca nadie logró identificarlo. Es evidente que tu querido tío, Klemet, no sabía mucho más acerca del mismo. Y, sin embargo, a su manera, también sabía algo. Extraño, ¿verdad?

—¿Qué quieres decir? —preguntó Nina.

—Hice parte de mi carrera en el extranjero, como todos los geólogos. Estuve mucho en Asia. Las historias de minas suelen acabar de la misma manera, ya os lo podéis imaginar. Los habitantes de un lugar cuentan poco frente a los Estados que quieren explotar sus recursos.

Eva se subió a una estantería alta para sacar una caja de archivos y bajó de nuevo.

—Tened, coged esto —ordenó a los policías.

La caja estaba llena de sobres de papel kraft. Tomó uno, leyó las referencias y lo dejó. Examinó el contenido y dio con lo que buscaba.

—Sentaos —dijo mientras abría el sobre.

Extrajo un cuaderno. Con precaución, lo dejó frente a ella. Esperó a abrirlo.

—Éste es el cuaderno de campo de Ernst Flüger. Sólo hay uno, cosa bastante rara. Los geólogos suelen tener colecciones de cuadernos que a menudo son verdaderas obras de arte. Por lo menos, eso es lo que yo opino. ¿Cómo llegó éste hasta aquí? Lo ignoro. Deberíais interrogar a vuestro viejo amigo francés acerca de ello. Pero me parece que no exagero si digo que este cuaderno no se ha abierto desde la muerte de Flüger. Debieron de encontrarlo entre sus efectos personales y en ese momento juzgaron que había que depositarlo aquí. Y fue olvidado. Así sucede con gran parte de lo que

tenemos archivado. La mayoría de las parcelas de tierra o de rocas han sido exploradas pero, por razones propias de la época, los análisis no se consideraron interesantes en su momento. Sin embargo, sí pueden ser de interés un siglo más tarde, con la evolución de las técnicas o las necesidades. Y en esos casos se rebusca entre esos viejos tesoros.

A Klemet y Nina les costaba disimular su impaciencia. Eva les dirigió una sonrisa y abrió la tapa de cuero acartonado.

Descubrieron una caligrafía pequeña y apretada. El cuaderno contenía datos extremadamente detallados de hasta la menor observación llevada a cabo sobre el terreno. Los policías observaron fascinados los gráficos y los cortes geológicos, las minuciosas representaciones de los relieves, a escala, plumeadas con diferentes texturas para señalar uno u otro tipo de roca. El texto estaba escrito en alemán. Eva tradujo algunos fragmentos al azar.

—Ese Flüger era un hombre preciso y riguroso. Durante su año de formación adquirió una técnica excelente para redactar sus informes —dijo.

A continuación, hojeó el documento hasta el final. La última página estaba fechada el 1 de agosto de 1939. Se quedó un rato en silencio.

—Tengo que decir que este cuaderno es muy poco habitual. Para alguien que sabe de ello, en todo caso. En algunos aspectos, describe como cabe esperar la presencia de minerales, los cortes geológicos, la datación de las rocas, la manera en que se encabalgan entre ellas, la historia probable de la parcela observada o propuestas de búsquedas ulteriores.

—¿Pero...? —preguntó Klemet en un tono que ya no disimulaba su impaciencia.

—Pero también incluye anotaciones de algunos gráficos o levantamientos en unos pocos lugares de una manera fascinante y... misteriosa. Flüger ya había estado en la región, y la mayor parte del cuaderno se refiere a esa primera visita. Una cosa muy extraña para un documento de este tipo es la ausencia de coordenadas precisas. Es muy sorprendente. Visto el rigor de Flüger en todos los otros aspectos de la cartografía geológica, no puede tratarse de un olvido o de un error. Tal vez indicó todo eso en el mapa geológico que levantó a partir de las informaciones del cuaderno. Es altamente probable. Pero prosigamos...

—Eva, has hablado de anotaciones misteriosas. ¿Cómo cuáles, por ejemplo?

Nina también empezaba a perder la paciencia.

—En principio, un cuaderno de campo de geólogo es bastante insulso, muy técnico. Hay que ser del oficio para captar su poesía. Algunos estetas llegan a hacer florituras, unos croquis que constituyen auténticas obras de arte, pero los escritos en sí son muy parcos, técnicos, como os decía, y utilizan abreviaturas y una jerga incomprensibles para los no iniciados. En cambio, Flüger hace breves comentarios que no están claramente relacionados con la geología. Hay que prestar mucha atención para hallarlos, puesto que se ocultan entre múltiples observaciones. En un primer momento no los he detectado. Son incongruentes. Flüger efectuó una primera visita, y sabía que tendría que regresar para concluir su investigación. Eso explica su presencia en la expedición de los franceses en el verano de 1939. Tenía en mente un objetivo. Ese yacimiento. No tengo la menor duda de ello.

Eva siguió leyendo en silencio. Cogió un papel y lo llenó de notas.

—Cuando uno sabe lo que tiene que contener un cuaderno de geólogo, aquello que no debería figurar en el mismo le salta a la vista —explicó—. Es como si hubiera citas en ruso en un texto en sueco. Flüger sólo pasó unos días sobre el terreno. Sus observaciones caben en pocas páginas. En cinco, para ser exactos. Y lo que quiere decir aparece así, en dos frases, con dos páginas entre medio: «La puerta está en el tambor» y «Niils tiene la llave».

—¡El tambor de Niils! —gruñó Klemet.

—La localización exacta de la mina debe de hallarse en el tambor de Niils —exclamó Nina—. Por eso Niils quería hasta ese extremo que estuviera a buen recaudo. Y quien lo robó lo sabía. ¡Lo sabía, es evidente! Klemet, hemos seguido falsas pistas desde el principio. Ese tambor no es un tambor clásico, ¡sino la llave de esa mina de oro!

Nina parecía muy excitada y el propio Klemet se estremeció ante aquella súbita evidencia: el tambor era la llave.

—Esperad —dijo de repente Eva—. Yo no he hablado de una mina de oro.

—¿Pues de qué has hablado, entonces? No entiendo qué quieres decir —

insistió Nina, un poco irritada.

—Flüger no habla de oro en ningún sitio. Todo está pensado para dar esa impresión mediante pequeñas pinceladas. Tal vez se trate de oro. Pero no habla de oro. Habla de mineral amarillo, de bloques negros alterados. Dice que cree estar cerca de algo enorme, increíble. Pero no estoy segura de que él mismo supiera qué estaba a punto de descubrir. Y no olvidéis que no había acabado sus estudios. Aunque tiene un gran dominio de la técnica cartográfica, que imagino que debió de estudiarla al principio de su formación en Viena; sin duda, no estaría aún cualificado para identificar rocas. Como es lógico, debería haber profundizado en esta materia a medida que avanzaba en los estudios. No hay manera de cambiarlo: la teoría siempre va antes que la práctica. Una buena experiencia no se adquiere hasta después de años y años de reconocimiento de terrenos muy diversos, y el pobre Flüger, a mitad de sus estudios en los años treinta, seguramente no tuvo tiempo de adquirir esa competencia. Flüger pudo equivocarse o dudar al identificar los minerales.

Klemet se volvió hacia Nina.

—Recuerda que Niils no quería que se descubriera ese yacimiento. Me pregunto si acompañaría a Flüger sólo para vigilarlo, para asegurarse de que no descubriera el yacimiento.

—En ese caso —dijo Nina—, ¿crees que Niils pudo matar a Flüger y que luego habría mentido? Flüger conocía la existencia de ese tambor, puesto que lo menciona. Debió de oír hablar de él al propio Niils. Y si es así, ¿por qué lo habría matado Niils?

—Eva, ¿podrías dejarnos un momento a solas, por favor? Necesito hablar con mi colega.

—Ningún problema, amigos de la pasma, voy a poner a enfriar otra botella de vino blanco. Venid a mi despacho en cuanto acabéis. No os quedéis mucho rato sentados sobre los testigos de uranio; podéis pillar hemorroides —dijo al marcharse.

Klemet y Nina se miraron sin saber si se reía de ellos o lo decía en serio.

—Qué mujer tan rara —constató Nina una vez que se hubo marchado—. Ha debido de incomodar a más de uno con sus maneras. Me gusta.

—El problema —continuó Klemet, sin comentar nada más al respecto— es que seguimos sin saber el aspecto que tiene ese maldito tambor. En mi opinión, debe de parecer un tambor tradicional, de lo contrario habría llamado la atención. Aún tenemos la pista del anticuario de Oslo que debías localizar, ese que quería comprar el tambor.

Klemet dejó que Nina llamara a Oslo. Abandonó el calor del pequeño despacho y comenzó a recorrer los pasillos de tierra batida donde se apilaban las cajas de testigos. Las más altas debían de estar a seis o siete metros de altura. Se detuvo frente a una caja y cogió una muestra.

—¡Eh, no toques nada! —gritó una voz.

Eva Nilsson regresaba con una botella de vino blanco y tres copas en una cesta. Llevaba su gorro un poco ladeado, lo que le daba un aire travieso.

—Las muestras siempre deben estar en su lugar dentro de las cajas. El menor cambio equivale a modificar las fechas de nacimiento de los antepasados en el árbol genealógico: todo deja de tener sentido y se vuelve inutilizable. Ten, no quería esperar sola. Tómate una copa.

—Sólo un dedo. Luego tendremos que conducir de vuelta a Kiruna.

—¡Salud! —dijo Eva, que se había llenado la copa a ras, tras dejar la botella sobre una caja—. Esto es oro —dijo sonriendo, mientras daba pequeñas palmadas a los testigos.

Klemet mantenía un poco de vino en la boca para calentarlo. El alcohol, incluso en dosis muy pequeñas, conseguía producirle una vaga sensación de bienestar en aquel gélido almacén.

—A primera vista no lo parece —dijo Klemet tras observar los testigos.

—La mayoría de las rocas ocultan sus atractivos. Sucede un poco como con las mujeres de cierta edad —respondió ella con una sonrisa—. Ni te imaginas la masa increíble de mineral y de trabajo, de transformación y de energía que se necesita para extraer un kilo de oro...

—Pero parece un disparate que aún no se haya encontrado esa famosa mina de oro, tan increíble que la leyenda corre por el vidda desde hace decenios...

—¿Un disparate? No. En primer lugar, en cada época se buscan determinados minerales. Nuestros archivos están llenos de tesoros insospechados. El interés por ciertos minerales, pero también los progresos técnicos y los costes de explotación, son factores que harán que un día se vuelvan a consultar estos archivos y que se lean de una manera diferente. Y luego está el hecho de que ciertos minerales son más hábiles a la hora de ocultarse.

—Antes hablabas del radio.

—Ése es muy pillo y en extremo radiactivo. Se esconde en los minerales de uranio, imagínate si es astuto. Hace años, era muy buscado por sus cualidades luminiscentes. Como os he dicho, se usaba en las agujas de los relojes o de otros aparatos hasta los años cincuenta. En particular, lo utilizaron los pilotos de aviones de caza en la segunda guerra mundial. El radio es blanco, pero si lo pones al aire libre, se camufla, ennegrece. Astuto, ¿verdad? Como su primo el uranio. Es igual de perverso. El uranio es negro bajo la forma de uraninita. Sin embargo, alterado da productos amarillos como el pastel amarillo y, además, se puede encontrar pastel amarillo en estado natural. Negro, amarillo..., juega a ser un camaleón.

—Eva, nos has ayudado mucho y te lo agradezco, pero de verdad que tenemos que encontrar rápidamente esa mina, puesto que todo nos hace pensar que ese geólogo francés se dirige hacia allí. Y además nos da la sensación de que si la localizamos, daremos también con muchas respuestas a los otros asuntos que tenemos entre manos. No debería hablarte de ello así, pero se trata más de intuición que de hechos.

—No te inquietes por eso, querido poli, ya sé qué es la intuición. Mi trabajo se basa en un ochenta por ciento de suerte e intuición. Quien te diga lo contrario, es un mentiroso. Me dirás que la intuición se alimenta de cosas vistas y vividas, de trabajo y de experiencia, pero en buena medida es pura cuestión de olfato —dijo mientras olía su copa de vino blanco, tras lo que bebió un trago.

Klemet le sonrió.

—Si tu intuición te lleva un día a Kautokeino, tienes que venir a visitarme a mi tienda, Eva; siempre tendré una botella de vino blanco para ti.

—¿Una tienda sami con vino blanco frío? Suena a una invitación que no se puede rechazar —respondió ella alzando la copa en dirección al policía—. Bueno, volviendo a tus actuales quebraderos de cabeza, a mi parecer, la única solución para situar el lugar consiste en localizar el mapa geológico que debió de acompañar al cuaderno. Como es evidente, no se encuentra en nuestros archivos. ¿Aún existe? Lo ignoro. La presencia aquí de sólo el cuaderno es un misterio.

—Encontrar el mapa geológico... Si no está aquí, es una misión imposible.

—No te lo niego. La única vía que se me ocurre es intentar seguir la pista de los participantes en la expedición de 1939.

—Tienes razón, en parte —reconoció Klemet tras un instante de reflexión—. Es la única pista lógica. El problema es que la mayoría de ellos han muerto. Podríamos localizar a sus familiares, solicitar que nos permitieran acceder a sus archivos, pero... francamente...

—Francamente, tu intuición te dice lo mismo que la mía, querido poli, ¿verdad? Aún está verde, pero en tu trabajo y en el mío, la paciencia es la mejor arma.

—Lo sé, pero esta vez no tengo tiempo.

—Sólo me queda desearte buena suerte...

Eva estaba alzando de nuevo su copa en dirección a Klemet cuando Nina, con los ojos brillantes, salió del pequeño despacho e hizo entrar a su colega, tras disculparse con la directora.

—Primero he llamado a un compañero de Oslo. El anticuario en cuestión tiene una tienda entre el ayuntamiento y el Parlamento, en una zona muy distinguida. Está especializado en literatura polar y científica, flora y fauna y ese tipo de cosas. Vende en su tienda y por internet, pero trabaja también por encargo para sus clientes.

—¿Por qué a ese anticuario podría interesarle un tambor sami?

—No era para él. Él era únicamente el intermediario. Su especialización lo convierte en un interlocutor válido. Los samis son, a fin de cuentas, un pueblo ártico. Además, según mi amigo, el anticuario se ha visto involucrado en algunos asuntos turbios.

—Alguien a quien uno se dirige para una petición un poco especial.

—Así que le he telefoneado. No me ha negado en ningún momento que hubiera llamado a Henry Mons. Luego todo se ha complicado un poco. Ha invocado el secreto profesional para no revelar el nombre de su cliente, y con razón, ya que el asunto no se cerró porque Henry Mons no quería vender el tambor.

—¿Cómo supo que Henry Mons lo tenía?

—Por lo que me ha dicho, su cliente le habló de esa expedición de antes de la guerra. Al anticuario no le fue difícil hacer algunas averiguaciones. Uno de los compañeros de Paul-Émile Victor publicó un libro sobre la expedición en plena guerra. Sin dar detalles, puesto que no sabía nada, evocó el tambor entregado a Mons. Sin más. Pero al anticuario le fue sencillo seguir la pista.

—¿Quién pudo hacerle el encargo?

—Alguien que conocía la existencia del tambor antes de que saliera en los periódicos.

—Alguien que pudo codearse con los expedicionarios en su época...

—O el descendiente de uno de los participantes —completó Nina.

—¿Mattis? No me imagino a Mattis dirigiéndose a un anticuario de Oslo, y tampoco a los otros samis, sobre todo teniendo en cuenta que la mayoría de ellos seguramente procedía de Finlandia. Los franceses están al margen de las sospechas. Flüger murió.

—Quedan los dos investigadores suecos —continuó Nina.

—Y el del bigote y nariz estrecha que desaparece poco después de Flüger y no vuelve a aparecer.

—Y al que tu tío creyó reconocer.

—¿Qué ha dicho sobre todo ello tu explorador francés?

—Acerca de los dos suecos, nada; se perdió el contacto y, además, la guerra estalló casi justo después del final de la expedición. Uno de ellos pasó dos años en Alemania al empezar la guerra, donde colaboró con el Instituto Káiser Guillermo de Antropología, Herencia Humana y Eugenesia de Berlín. Le hicieron volver a Uppsala en 1943.

—Sí, cuando a los alemanes empezaron a ponérseles las cosas feas. Neutralidad de geometría variable. Un clásico en Suecia. Una cosa que

siempre me ha dado vergüenza.

—Pasó unos años en la dirección de asuntos sanitarios y sociales — prosiguió Nina— y murió a mediados de los años cincuenta en un accidente de coche. El segundo sueco hizo carrera como médico. Acabó siendo profesor de geriatría en el Instituto Karolinska y miembro del comité Nobel. Murió a finales de los ochenta.

—Queda el del bigote.

—Ése era de la región, del Finnmark —dijo Nina—. Un noruego, un local, una especie de apoyo logístico.

—Si era de la región, o bien se marchó, o hace tiempo que murió; de lo contrario estoy seguro de que Nils Ante lo habría identificado.

—Habrá que volver a verlo para asegurarse de ello. En todo caso, es la única pista sólida con la que contamos.

Viernes, 21 de enero

16.55 horas. Laponia central

Desde hacía varias horas, Aslak seguía al extranjero en silencio. La noche era muy oscura, pero un retazo de luna bastaba para hacer centellear los brillos del vidda y de la nieve suspendida de los arbustos. Aslak obedecía sin rechistar. Observaba. Desde el momento en que ese hombre había entrado en la tienda, había comenzado a pensar en cuál sería la mejor forma de matarlo. Podría haberlo hecho en el acto. Sabía manejar el puñal mejor que nadie. Su padre le había regalado su primer puñal cuando tenía cinco años y estaba impaciente por tener un cuchillo propio. Pudo así empezar a tallar juguetes en madera de abedul, como uno de sus tíos, que esculpía figuritas, renos o trineos. Su padre no se burló de él. Le había regalado un puñal de hombre pese a tener sólo cinco años. Para un sami, eso era importante. Aún lo conservaba. El mango de madera de abedul estaba impregnado de grasa y la vaina de hueso de reno finamente esculpido se encontraba rota en algunos sitios. Pero la hoja aún estaba casi perfecta.

Aslak tenía otros cuchillos, pero llevaba a cabo todos los gestos importantes con ése. Así honraba a su padre. No había conocido a su madre, por lo que no sentía nada hacia ella. Nunca la había echado en falta. Mattis se lo preguntó una vez. ¿Cómo vas a echar en falta a alguien a quien no has conocido? No comprendió el sentido de la pregunta de Mattis. Pero Mattis

era raro a veces. Mattis había perdido el norte. Tenía ideas extrañas. La única dulzura que Aslak había conocido era la de las pieles de reno sobre el trineo, como en ese momento. Era una dulzura agradable. Daba calor cuando hacía falta. Podía salvarle a uno la vida. Cuando Mattis osó hablarle de dulzura, un día en que había bebido, también evocó la falta de cariño. Otra idea extraña que demostraba hasta qué punto Mattis había perdido el norte. Una piel de reno no da cariño. Y el cariño no le salva a uno la vida. Una piel de reno sí salva la vida. Su padre le había enseñado a tratarlas. Cómo extraer de ellas la dulzura. Era lo más importante en la vida que le había transmitido. Nunca le habló, sólo para decirle que respetara al reno y que nombrara a los jefes de manada. Su padre se marchaba a menudo. Y a menudo lo seguía. Pero, de todas formas, con frecuencia estaba ausente. Y un día no regresó. Su padre era un hombre que temía a Dios, pero lo mataron los hombres. Aslak lo sabía. Los hombres no traían nada bueno. Ninguna dulzura. Pensó un momento en su mujer. Tenía qué comer, madera y suficientes pieles de reno. Quizá podría aguantar. Si los ataques no eran muy violentos.

Ya había aguantado mucho tiempo.

A veces podía gritar sin interrupción durante horas. Se desgañitaba. En los ataques más graves, alzaba los brazos al cielo y chillaba, chillaba. Aslak sabía que nada podía hacerse. Había que dejarla gritar y demostrarle que él estaba allí. Acababa por calmarse cuando su mirada se cruzaba por fin con la suya, tras haber errado mucho rato por el cielo. Como si hallara de nuevo el camino. Pero, por lo general, la mirada de su mujer pasaba a través de él. Eso le provocaba una sensación extraña, pues Aslak se sentía entonces invisible, y ella gritaba, con los brazos alzados al cielo. Él sabía por qué gritaba. Comprendía por qué gritaba. Tenía que gritar.

Un día, un funcionario de la oficina de gestión de los renos que hacía la ronda trató de hablar sobre ello con Aslak. Era un buen tipo, un sami que había conocido a su padre. Le preguntó a Aslak si no creía que a su mujer tendría que verla un médico. Por respeto a la amistad que había unido a aquel hombre y a su padre, Aslak respondió que pensaría en ello. El hombre pasó varias veces por la tienda, pero comprendió que de nada serviría volver a hablar de ello. El grito de la mujer de Aslak se había convertido en una

leyenda del vidda, al igual que el misterioso yacimiento que hacía que los hombres se inquietaran tanto.

Aslak miró a su alrededor. Se hallaban sobre el lecho de un río helado. Se anunciaba la puesta del sol, pero la luminosidad aún era cegadora debido a la nieve. Una delgada capa de nubes muy bajas casi se confundía con la montaña situada a su izquierda. Con los reflejos del sol, apenas se veía una masa gris clara. Sólo las rocas desprovistas de nieve permitían distinguir la montaña del cielo. El viento había despejado parcelas de tierra paralelas a la cresta. Al pie de la montaña, unos delgados troncos desnudos retenían la nieve más espesa en ese lugar. Entre tanto, unos cuantos renos bastante indiferentes a su presencia excavaban en el manto blanco en busca de líquen. Alzaban la cabeza para mirarlos y volvían a agacharla para seguir escarbando. Sus cuerpos desaparecían casi por completo. La montaña se deslizaba hacia el río con una suave inclinación. En la ladera había esparcidas grandes rocas. El geólogo dejó el lecho del río para ir a ver esas más o menos imponentes piedras. Las observó con atención, las golpeó con la piqueta y les pasó por encima el extraño aparato. Le interesaban particularmente esas grandes rocas. Tomó notas y consultó un mapa. El extranjero le hizo pensar a Aslak en un zorro: olisqueaba, con todos los sentidos alerta, dispuesto a morder y a huir. Como había hecho con él. Morder y tomar distancia. Refugiarse detrás de una amenaza invisible. Recordó el signo que había trazado su mujer.

Ese hombre era un zorro. Pero Aslak era un lobo. Los había frecuentado tanto que se parecía a ellos. Había seguido tanto el rastro de los animales y estudiado su comportamiento que ya no podía verlos como extraños. Y un lobo podía morder y no soltar presa. Sólo aguardaba el mejor momento. Tanto tiempo como fuera preciso. El lobo era mucho más paciente que el zorro. El zorro se desanimaba si no obtenía satisfacción rápidamente. El lobo, no.

—Vamos, ¡espabila! —le gritó el extranjero—. Necesito la bolsa, ahora. ¡Pronto se hará de noche!

Aslak se apresuró, pero con tanta agilidad, casi sin moverse, sacando pecho, con el brazo a lo largo del cuerpo, que conservaba su inquietante

prestancia. El extranjero se hallaba arrodillado junto a una roca redondeada del tamaño de un reno dormido. De la bolsa sacó algo de material, que utilizó para rascar la piedra y ponerle unos productos líquidos encima. De vez en cuando dirigía miradas recelosas a Aslak, pero éste no le daba de qué sospechar. Lo miraba con expresión ausente, lo que parecía irritar al hombre: su boca formaba un rictus, con la comisura de los labios que se elevaba hacia la mejilla en una mueca extraña.

El extranjero se quitó las gafas de nieve para observar con lupa un fragmento de roca. Parecía decepcionado. Maldijo en una lengua desconocida y guardó el material. Acto seguido, envió un breve mensaje por radio del mismo tipo que los precedentes. Con ello demostraba a Aslak que la amenaza aún pesaba sobre él.

—Volvamos al campamento. Mañana seguiremos junto al río. ¡Vamos, mueve el culo, joder! Ya casi no se ve nada. Volvemos ahora mismo, que aún tienes que ir a por leña y preparar algo de comer. ¡Muévete, joder!

Aslak dio media vuelta tras cargarse la bolsa al hombro. Esos veinticinco kilos no le pesaban mucho. Podía, si era necesario, transportar a hombros renos de cincuenta o sesenta kilos a lo largo de distancias importantes. Los pastores que habían sido testigo de ello y que se consideraban hombres fuertes se habían quedado impresionados. Aslak caminaba delante del extranjero, guiándose fácilmente mientras anochecía, y le oía maldecir a sus espaldas. No entendía lo que decía, pero sentía que cuanto más maldijera, más serviría a sus fines.

17.50 horas. Kautokeino

Berit Kutsi se santiguó. Había acabado la jornada en la granja del viejo Olsen. El granjero estaba nervioso y se estaba mostrando aún más desagradable que de costumbre. Berit había pasado mucho rato ocupándose de las vacas. Eran menos ariscas que los renos y se dejaban acariciar con facilidad. También se las podía hablar, contarles cosas que no osaba confesarle al pastor. Sí, esas vacas eran buenas compañeras.

En esa época del año, el trabajo en el exterior era escaso. Olsen inspeccionaba y reparaba su maquinaria agrícola y, los días en que su espalda se lo permitía, limpiaba los caminos con la máquina quitanieves. Pero maldecía de la mañana a la noche. Rara vez le pedía a Berit que pasara un trapo por el interior de la casa. Aunque el viejo era un maniático de la limpieza, Berit tenía la impresión de que se lo mandaba cuando él no tenía otra cosa que hacer y únicamente porque disfrutaba regañándola. Berit se arrepentía de semejantes pensamientos, pero Dios sabía que no era mala mujer.

Siempre se santiguaba antes de salir del establo. Así sus compañeras conservaban algunos pensamientos divinos. Las vacas no eran criaturas de Dios, bien lo sabía Berit, pero su bondad merecía una pequeña recompensa. Un día, le confió al pastor Lars que seguía ese ritual, y él se enfadó mucho.

Sin embargo, en la siguiente ocasión decidió mentirle por primera vez. Cuando éste le preguntó si continuaba rezando por sus vacas, ella le aseguró que no. Se arrepintió, claro está, y desde entonces temía los encuentros cara a cara demasiado prolongados con el pastor. Temía que una mirada hiciera que lo confesara todo. Con su aspecto severo, el pastor era capaz de ello.

Berit había temido igual a su padre, un laestadiano de estricta obediencia. No recordaba haberlo visto reír ni una sola vez. Llevaba la sotabarba de los creyentes de viejo cuño y la camisa blanca abotonada hasta el cuello. Era severo, pero justo.

La madre de Berit se convirtió de adulta. Evidentemente, antes de ello ya era creyente y había sido educada en la fe protestante, pero había descubierto tarde la verdadera fe. Le confió a Berit que antes de su conversión siempre se había preguntado si su fe resistiría ante la muerte. Una amiga le había dicho que conocía a un hombre que tenía una fe así. Se trataba del padre de Berit. Tras su conversión y su matrimonio, no volvió a dudar. Los seis hermanos y hermanas de Berit eran todos laestadianos. Y la fe de su madre no se resquebrajó por la muerte de dos de ellos. Parecía que las pruebas le daban nuevas fuerzas. Berit creció impresionada por la luminosidad de su madre. Su sonrisa, pues sonreía, jamás era excesiva, siempre estaba mesurada, y sabía contener la risa. Una mujer admirable que les había dejado demasiado pronto.

Le había explicado a Berit que la fe laestadiana también la atrajo porque no sólo aceptaba el perdón de los pecados. Esos pecados también podían confesarse. Como entre los católicos, le aseguró el pastor Lars. Por supuesto, los católicos no eran un ejemplo a seguir en muchas cosas, todo el mundo estaba de acuerdo en ello, pero el perdón de los pecados y la confesión eran formidables dones de Dios que permitían a las personas débiles y temerosas como Berit soportarse y mantenerse a razonable distancia de las llamas del infierno.

El pastor Lars siempre le había dicho que, para que una persona llegara a la fe, primero debía sentir el pecado. Quien no ha matado a Jesucristo su Creador no necesita la salvación, le dijo un día, agitando el dedo. Y quien no acudía arrepentido a suplicar la salvación del Señor nunca sería un buen protestante.

Durante un tiempo, el padre de Berit acarició la idea de que el pastor Lars pudiera ser un buen esposo para su hija. El destino decidió otra cosa. Un día, el pastor regresó con una finlandesa poco locuaz. Durante el primer embarazo de su esposa, el pastor le insistió varias veces a Berit sobre la necesidad de sentir el pecado para alcanzar la fe. Ella mostró a su madre su inquietud y ésta, con cara de pocos amigos, se quedó en el templo después del servicio dominical y mantuvo una breve conversación con el pastor. Berit ignoraba de qué habían hablado, pero el pastor no volvió a decir que Berit necesitaba sentir el pecado.

Desde la llegada de la finlandesa a la vida del pastor, no había aparecido ningún otro pretendiente para Berit, la cual tuvo que dedicar mucho tiempo a su hermano disminuido mental y vio pasar las ocasiones, temerosa de la palabra de Dios y sumisa ante la mirada de sus padres. Y, sin embargo, en Berit ardía un fuego ardiente, pero nunca pudo exteriorizarlo. Ni siquiera después de la muerte de sus padres. Llevaba la vida espartana de los laestadianos, alejada de las modas, del consumo y de la televisión. Las gentes a las que frecuentaba y apreciaba, granjeros en su mayoría, sin ser de forma necesaria laestadianos practicantes, eran personas que tenían que ganarse la vida duramente y que a veces vivían en la miseria. Como Aslak.

Berit cerró los ojos y luego se santiguó una vez más.

Estaba saliendo finalmente del establo en el momento en que llegó un coche. Reconoció al policía al que no le gustaban los samis y vio que entraba deprisa en casa del viejo Olsen. En los últimos tiempos, Brattsen había ido a ver al viejo Olsen a menudo. Y el viejo parecía cada vez más agitado. Berit se preguntó si tendría problemas con la policía. No veía por qué iba a tenerlos. Pero había muchas cosas que ella no entendía.

18.05 horas. Kautokeino

—Ya están allí. He recibido un mensaje de radio del francés. Parece que ha logrado convencer a Aslak para que lo acompañe.

Olsen reflexionó un momento y se frotó las manos.

—¡Al final nos habrá tocado la lotería con ese pájaro! —dijo.

—Es posible, pero no cantes aún victoria. En la comisaría he tenido que decir que el francés seguramente se había ido solo. Y Nango sabe que ibas a verte con él. He tenido que asegurar que no lo habías visto.

—Bueno, bien hecho, chaval. Al fin y al cabo, no lo he visto oficialmente, ¿no es cierto? Y no te hagas mala sangre. Entre ese francés y Aslak podrían saltar chispas y acabar por explotar.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Brattsen, que no entendía adónde quería ir a parar el granjero.

—Me dijiste que la primera vez que viste al francés fue por una pelea en el pub.

—Sí, ¿y qué?

Karl Olsen se impacientaba, pero trataba de disimularlo.

—Tú mismo me dijiste que lo primero que te vino a la cabeza fue la sospecha de que podía tratarse del asesino de Mattis.

—Sí, es cierto.

—Entonces, ¿no lo ves?

—Pero luego pensé en un ajuste de cuentas entre ganaderos.

—Bravo —exclamó Olsen enfáticamente—. Tú eres el policía, sabes más que yo de esas cosas. Yo no soy nada más que un granjero, nada más. No sé

qué es la intuición. Sólo conozco el color y el olor de la tierra. Sólo digo que sospechaste de nuestro francés, seguiste tu instinto y eso te condujo a esas historias de chiquillas. Ves, tenías razón.

—Es verdad —admitió Brattsen.

—Así actúan los buenos policías, ¿no es cierto?

—Sí, sí —respondió Brattsen con prudencia, sin entender adónde quería ir a parar Olsen.

El granjero hizo una mueca de dolor al volverse despacio hacia el policía.

—Ahora tu instinto te dice que este asunto está relacionado con un ajuste de cuentas entre ganaderos samis.

—Sí, pero la policía de los renos cree que el francés podría estar implicado. Debido a esa historia de la mina y del tambor. Y el Sheriff parece decidido a seguir tras esa pista.

—¡Eso son tonterías! —estalló el granjero.

Se calmó de inmediato.

—A tu padre, en la época de la caza de comunistas, trataron de conducirlo a menudo detrás de pistas falsas. Pero a él no lo engañaban. A esos tipos los olía a una legua y siempre los pillaba. Y recuerdo que siempre decía que tenía un sexto sentido para descubrir a esos cabrones. De tal palo tal astilla: tú también eres un buen sabueso, ¿no es verdad? Contigo no pueden andarse con historias. Ves que esto es un caso de ganaderos. ¿Sabes lo que te quiero decir, chaval?

Rolf Brattsen miraba a Olsen con su aire obstinado. Eso no significaba que no le comprendiera, pero Olsen tenía que asegurarse.

—Mira, chaval, en mi opinión, sería una lástima que la policía perdiera tiempo y recursos persiguiendo a ese francés. Y no sería bueno para mis asuntos. Ni para los tuyos. ¿Me entiendes, muchacho?

Brattsen parecía reflexionar, pero Olsen estaba seguro de que ya había captado lo que quería decir. El granjero observaba el rostro atormentado del policía y se decía que éste tenía el mismo aspecto de cazurro que su padre. Casi no lo había conocido, pero lo llevaba escrito en la cara.

—Creo que lo entiendo —acabó por decir Brattsen—. Pero mis posibilidades son limitadas. El Sheriff desconfía de mí.

—Así que el problema es el Sheriff.

—En cierta medida, sí. La policía de los renos hace lo que le dicen que tiene que hacer, y punto. Pero el Sheriff está recibiendo muchas presiones debido a la conferencia de la ONU.

Karl Olsen se sumió en sus pensamientos.

—Y si al Sheriff, a Jensen, lo relevaran de sus funciones, ¿qué sucedería?  
—preguntó súbitamente.

—¿Relevarlo de sus funciones?

—Me has oído bien.

En ese momento fue Brattsen quien se sumió en sus pensamientos hasta que, de repente, su rostro se iluminó. Casi tenía un aire infantil. Qué cara de tonto, pensó Olsen, pero sonrió con amabilidad al policía.

—Creo que las cosas podrían arreglarse.

—Bien, chaval. Ves, tu padre estaría orgulloso de ti. Creo que tengo una idea. Habrá que hacerlo deprisa, pero creo que podría funcionar.

19.00 horas. Carretera 93

Nina estaba dormida en el asiento del pasajero, enroscada como una bola, rígida en su mono y con la cabeza apoyada sobre un cojín. Su cabellera rubia desaparecía bajo el gorro. La calefacción estaba al máximo. En el exterior, el frío seguía siendo glacial. Se había levantado de nuevo el viento procedente de Siberia. La joven era resistente, pero se había tumbado complacida en el coche al salir del Instituto Geológico Nórdico. Klemet había puesto de inmediato rumbo hacia Kiruna, al norte. A la patrulla P9 la esperaban al día siguiente en el cuartel general de la policía de los renos. También la comisaría central de Laponia interior estaba situada en la ciudad minera, perdida en medio de la tundra. Klemet había nacido en esta población y vivido allí algunos años más tarde. Le gustaba la silueta tripona y regular de la montaña, con sus niveles escalonados. Desde los años sesenta, se estaba llevando a cabo su explotación bajo tierra, de forma invisible, en un dédalo de cuatrocientos kilómetros de caminos y gracias a una tecnología cada vez

más perfeccionada. Para los samis de los alrededores, la mina había significado un trastorno de sus costumbres, con rutas de trashumancia cortadas, ruidos molestos y pastos perdidos.

En algunas épocas de su vida, el padre de Klemet había trabajado en la mina, sobre todo cuando las tareas en la granja en la Laponia noruega exigían menos mano de obra. Muchos mineros eran temporeros como él. En Laponia no era raro que la gente tuviera varios empleos en función de las estaciones y temporadas. Las grandes distancias no asustaban a nadie. La trashumancia debía de correr por las venas de las gentes del Gran Norte. Klemet quiso combatir esa tendencia. Se le había pasado por la cabeza la descabellada idea de ser cazador de ballenas, como le había dicho a Nina, pero nunca había ido más lejos. No había osado confesarle a su colega que lo más cerca que había trabajado del mar había sido en una fábrica de pescado en las islas Lofoten durante dos veranos seguidos. El trabajo estaba bien pagado, pero no era muy atractivo. Le habían dado a entender que no era un empleo para un lapón. Pero ¿era en verdad un lapón? Un lapón, uno verdadero, tenía que ser un pastor con renos. Su padre, en cualquier caso, nunca le había metido en la cabeza que era un sami.

El mundo de los samis estaba muy compartimentado. Los ganaderos aparte, y en la cúspide la aristocracia. Las grandes familias, los propietarios, los que hacían y deshacían a voluntad, los que podían imponer su número de renos a la oficina de gestión sin temer represalias. Venían luego los jóvenes que habían decidido estudiar. Ésos eran pocos, y el fenómeno era reciente. Pero empezaban a verse algunos abogados y médicos samis. Y a continuación, los batallones anónimos. Que ya no sabían muy bien si eran samis, suecos, noruegos o finlandeses. Aquellos a quienes el mundo de la ganadería había rechazado se hallaban en el escalafón más bajo y trataban de sobrevivir. Los fracasados. Los parias. Los hundidos. Como su abuelo. Klemet se preguntaba para quién había sido más duro. ¿Para su abuelo, que había tomado una decisión tras reflexionar mucho porque ya no podía dar de comer a su familia y que con tanto ardor se había dedicado al oficio de granjero y pescador a orillas del pequeño lago donde Klemet había pasado sus primeros años de vida? ¿O para su padre, que de niño se había criado

llevando la vida libre de los nómadas, con sus renos y su orgullo y que, de repente, sin comprender por qué, se vio privado de todo ello y sufrió las pullas de los adolescentes de su edad? Degradado. Cuando Klemet tuvo edad, su padre insistió para que fuera a la escuela y aprendiera noruego. Quería hacer de él un auténtico noruego. Que no sintiera vergüenza. Que pudiera vivir lejos de aquel entorno de ganaderos que se burlaban de ellos. No fue fácil. En el internado, se encontró con los hijos de los ganaderos nómadas. Allí conoció a Aslak.

Klemet sintió que la fatiga se apoderaba de él. Se estaban aproximando a Kiruna. Ya podía ver las familiares luces de la mina, que recortaban su silueta a lo lejos.

Le gustaban aquellas luces, que le recordaban cuando, de niño, llegaba de la granja familiar, situada al otro lado de la montaña, en Kautokeino, después de horas de marcha o de barco, según la estación. Tras horas extenuantes e inquietantes en una espesa oscuridad, siempre aparecía la magia.

Iban a llegar justo a la hora en que cada noche tenían lugar las explosiones en las entrañas de la mina. Nina seguía durmiendo. Se dirigió hacia el refugio que la policía de los renos poseía en esa zona de la ciudad y, una vez allí, despertó delicadamente a su colega. Apenas llevaban unos minutos en la cama cuando el refugio tembló ligeramente. El negocio de la mina seguía viento en popa.

Sábado, 22 de enero

Salida del sol: 09.35 horas; puesta del sol: 13.27 horas

3 horas y 52 minutos de insolación

09.00 horas. Kiruna (Suecia)

Los miembros de la policía de los renos estaban acostumbrados a horarios muy extraños. Y a veces incluso lograban convencer a sus colegas para que se adaptaran a sus necesidades. Su cuartel general estaba situado en el antiguo cuartel de bomberos, un original edificio con una bonita torre, todo de madera pintada de blanco, cerca de la vasta iglesia en madera roja que era el orgullo de Kiruna.

Muchos miembros de la policía de los renos estaban ausentes, ya se encontraban de patrulla por toda Lapponia o de permiso. Klemet había preparado café y dispuso los termos en la sala de reuniones, cuyas ventanas daban a la iglesia que estaba previsto desmontar en unos años para trasladarla a la ciudad y así evitar que frenara la explotación del mineral de hierro que había bajo sus pies. Nina hacía fotos desde la ventana, «con una exposición larga», explicó. Aunque se hallaban a cientos de kilómetros al sur de Kautokeino, a esas horas Kiruna aún estaba sumida en la noche polar. El forense llegó a las nueve en punto. Parecía muerto de frío, arrebujado en una enorme parka forrada de piel. Había resbalado sobre una placa de hielo justo antes de entrar y cojeaba y maldecía.

—Tendrías que ponerte los crampones que te regaló tu abuela —le sugirió Klemet.

—Klemet, el día en que comprendas que alguien nacido en Estocolmo no puede rebajarse a ciertas cosas, me ahorrarás tus burradas —respondió con una mueca de dolor.

A Klemet le caía bien el forense. Lo había conocido en Estocolmo en la época en que estaba destinado en el grupo Palme. Pocas veces se había encontrado con alguien con tan pocos prejuicios. Habían tomado juntos unas cuantas cervezas en el Pelikan y en Kvarnen y el médico había intentado que se hiciera seguidor del club de fútbol de Hammarby. A Klemet no le interesaba el fútbol y el médico pronto se dio cuenta de ello. Pero, en su presencia, Klemet no necesitaba ponerse a la defensiva. Por eso para él valía la pena hacer grandes sacrificios y hasta pasar algunas veladas viendo partidos en una pantalla gigante en medio de tipos, incluido el doctor, que vociferaban envueltos en bufandas verdes y blancas.

Fredrik, el representante de la policía científica, no llegó a la hora, aunque eso no sorprendió a Klemet. Había aceptado ir allí a regañadientes, y era propio de él hacer gala de su descontento llegando tarde.

—Ahí está Fredrik —anunció Nina, y lo saludó con la mano desde la ventana.

Klemet consultó su reloj. Apenas cinco minutos de retraso. Cobarde, pensó. Entró y, con un gran gesto teatral, se quitó la bufanda de cachemira y su gorro de piel de camello. Iba muy bien rasurado, olía a loción para después del afeitado de buena calidad y le dirigió una sonrisa seductora a Nina.

—Podemos empezar —dijo, enojado, Klemet mientras miraba un buen rato su reloj—. Aún tenemos mucho camino hasta Kautokeino.

—Oh, ¿no os quedáis esta noche? ¡Qué lástima! —preguntó Fredrik sin apartar la vista de Nina—. Ya han llegado varios grupos para la conferencia de la ONU y esta noche hay un concierto en el centro cívico.

Nina le sonrió educadamente y se volvió hacia Klemet. El forense tomó la palabra.

—Bueno... —dijo al tiempo que abría la carpeta—. Vayamos al grano. Mattis falleció alrededor de una hora después de haber sido apuñalado con un

cuchillo de este tipo —deslizó una foto sobre la mesa— y le cortaron las orejas aproximadamente a las dos horas de su muerte. En eso no ha cambiado nada. La segunda oreja, como era previsible, es de Mattis. He hecho unas ampliaciones para que podáis ver las marcas —continuó mientras tendía otras fotos a los policías—. ¿Habéis avanzado en su identificación? —preguntó.

Klemet hizo una mueca.

—La verdad es que había avanzado mucho con una sola oreja. Pero las marcas de la segunda me alejan de la primera pista.

—¿Podrían corresponder a dos ganaderos distintos? —preguntó el forense.

—En principio, las marcas de ambas orejas sirven para identificar a un único propietario —dijo Klemet.

—Pero, en principio, a los ganaderos no se les cortan las orejas, así que tal vez no haya que leer esas marcas desde la óptica tradicional —observó Fredrik, contento de poder poner a Klemet en su sitio.

—Exacto —replicó Klemet sin mirarlo—. La marca de la segunda oreja no nos pone realmente tras la pista de un ganadero en particular, como sí era el caso de la primera oreja, cosa que me hace pensar que tal vez esas marcas no estén relacionadas con el mundo de los ganaderos.

—A propósito de ganaderos y de marcas, tengo los análisis de los cuchillos requisados en el domicilio de Johan Henrik. Hay restos de sangre en todos ellos. Sangre de reno, salvo en un cuchillo, en el que he hallado sangre humana, pero que no pertenece a Mattis.

Deslizó unos papeles frente a Klemet.

—¿Y el GPS? —preguntó este último, impaciente.

—Ah, sí, el GPS —dijo Fredrik incorporándose—. Os lo he puesto todo ahí. He logrado recuperar parte de los datos. Creo que he hecho un buen trabajo.

—¿Qué datos has recuperado? —insistió Nina.

—A grandes rasgos, el registro de las posiciones, que permite reconstruir sus itinerarios a lo largo de los seis últimos meses. Os he impreso el de la semana precedente a su muerte. Si necesitas más, Nina, dímelo.

—Imprime una semana más —dijo Klemet, irritado porque el tipo de la

policía científica le ninguneara para dirigirse a su colega—. Y hazlo ahora mismo para que podamos marcharnos de inmediato.

Klemet pudo ver cómo a Fredrik se le ponían las orejas coloradas y se sintió doblemente satisfecho al comprobar que obedecía en el acto y abandonaba la sala.

Sin más dilación, Klemet y Nina se sumergieron en el examen de los documentos. Los datos registrados por el GPS eran someros. El mal estado del aparato no había permitido obtener los mapas, pero sí, por lo menos, los archivos de datos en bruto, de los que se podían aislar las coordenadas y los horarios. Sería un trabajo largo y laborioso. Nada aseguraba que las coordenadas estuvieran completas, y no se podrían hacer una idea hasta trasladar las mismas a un mapa. Fredrik regresó al cabo de cinco minutos con varias hojas grapadas, que arrojó sobre la mesa.

—Ah, me olvidaba: el capote de Mattis. Lo he peinado de arriba abajo. Encontraréis de todo. La lista está en la carpeta, con el resto de documentos. Os interesaba esa mancha de grasa. Se trata de aceite de motor, pero no es el que utilizaba para su motonieve. Y, si no tenéis más preguntas, me retiraré.

Fredrik estaba mosqueado y no lo ocultaba. El código de buena conducta sueco habría exigido que Klemet hiciera un gesto, se excusara, pero la verdad era que no tenía ganas de hacerlo. Los tipos arrogantes y pagados de sí mismos como Fredrik lo exasperaban. Dejó que se marchara sin decir palabra y que Nina se despidiera de él.

En cuanto se hubo marchado, el forense sonrió ampliamente.

—Menudo cabezota eres —le dijo a Klemet—, no cambiarás nunca.

—Ese tipo ni siquiera se da cuenta de cómo se comporta. Para él es algo natural, figúrate. Y menudos aires se gasta. Hasta parece que sea de Estocolmo...

—Ah, ahora sale la mala baba —replicó el forense—. No le hagas caso, Nina —añadió—, ya veo que a ti también te parece que tu compañero exagera, pero tiene cuentas pendientes con cierto tipo de personas.

—¡Qué dices! —se indignó Klemet—. ¡No tengo cuentas pendientes con nadie!

—¡Pues vaya! —exclamó el forense—. En cualquier caso, Nina, tienes

que saber que trabajas con un pedazo de policía, un obseso de esos pequeños detalles con los que se resuelven los grandes casos, un monje soldado de la prueba. Klemet, ¿recuerdas las ojeras bajo los ojos de Mattis? Me pediste que las examinara...

—Es cierto —intervino la policía—, a mí también me llamó la atención al ver su cadáver. Esas señales bajo los ojos daban la impresión de que había sido martirizado.

—No eran ojeras, Nina —dijo el forense mirando fijamente a Klemet—, sino restos de sangre.

09.30 horas. Laponia central

Aslak y Racagnal salieron al alba en la misma dirección que el día anterior. Racagnal seguía enviando sus mensajes por radio a intervalos regulares. Esa mañana, tomó el fusil que el propietario del Villmarkssenter le había prestado. Se dijo que uno de los renos que había visto la víspera podría alegrarle el día, a falta de algo mejor.

Antes de partir, examinó un buen rato el mapa y le preguntó a Aslak acerca de un accidente del relieve o del río. El sami tenía, en efecto, un conocimiento casi enciclopédico de la región. Su capacidad de observación era tal que podía, con las pocas palabras que empleaba, describirle la forma de ciertas piedras y su color. Para un geólogo eso no reemplazaba la observación sobre el terreno, pero a Racagnal le había permitido limitar un poco su campo de búsqueda.

Desde que habían abandonado el campamento, Aslak seguía igual de silencioso, pero al francés le traía sin cuidado. Racagnal caminaba como un astronauta. Llevaba un grueso mono forrado y botas de travesía. Su rostro prácticamente desaparecía tras una bufanda. Al igual que solía hacer cuando se iba de expedición, hablaba solo, en voz alta, y veía en Aslak a un público perfecto. El tipo escuchaba y asentía a todo.

—¿Nos zampamos un pequeño reno esta noche, eh, lapón? Nos chuparemos los dedos, ya verás. Sabes, cuando salgo a hacer prospecciones

me marchó dos, tres o cuatro semanas. Ya te imaginarás que no me llevo comida para un mes. Un verdadero geólogo sabe apañárselas. A mí, dame una caña de pescar y le doy de comer a un pueblo entero. Pero un pequeño reno nos sacará del apuro. No te molesta, espero. ¿No dices nada? Así está bien. Mira ese clasto. ¿Te molesta si lo rasco un poco? ¿Ves?, voy a coger mi piqueta. ¿Sabes qué es una piqueta sueca? (Luego le daré un buen golpe en todos los morros, toma, cerdo, y listos). Di, lapón, ¿lo has visto? Ese clasto se ablanda enseguida, ¿eh? Ah, ya veo que no sabes qué es un clasto. Pues un clasto es un bloque de roca lleno de minerales, ¿ves? No, no lo ves. Sí, lo ves. Bueno, mira, basta con que me escuches. En todo caso, eso de ahí es un hermoso bloque de roca magmática. ¿Ves cómo brilla? Es cuarzo. Te da igual, ¿no es cierto? Tienes razón, no vale nada. Es bonito, pero no vale nada. Pero el oro de ese cabezota de paleta se encuentra en cuarzos como éste. Así que muévete, seguimos. Quiero continuar hasta ese recodo del río y rascar un poco en los alrededores. No nos queda mucho día por delante.

Ahora Racagnal se sentía bien. Se encontraba en su elemento, como el rey en su reino. De caza. Con todos los sentidos al acecho. Recorría hasta los menores rincones de la memoria para obtener la clasificación de una roca, un accidente geológico observado en otro lugar, veinte años antes, cuyo recuerdo le permitiría interpretar lo que tenía ante los ojos y que ningún otro geólogo podría ni siquiera sospechar. Todo ello dado que él, Racagnal, tenía una memoria infalible. Así, era capaz de rememorar todas sus conquistas femeninas. Llevaba un inventario de las mismas con tal precisión que podía reconstruir hasta con el más mínimo detalle la sucesión de sus aventuras, la textura de la piel, la suavidad de los cabellos, las curvas rollizas de un muslo o el nacimiento de un seno. Y la mirada. Los ojos. Racagnal había observado una gran cantidad de miradas. ¡Qué galería!, pensó. Veía desfilar esos ojos intimidados, sumisos, extraviados, derrotados. Rebeldes. Suplicantes. Aterrorizados. Derrotados. Siempre derrotados.

Por fin llegaron al recodo del río.

—Toma —le dijo a Aslak tendiéndole la piqueta—. Rompe el hielo ahí. Vamos a echar un vistazo.

Por su parte, él preparó un refugio somero para protegerse del frío y

extendió sobre el suelo las pieles de reno que Aslak había transportado. Sacó su hornillo y calentó agua, lo que difundió un poco de calor en el refugio. El día sería duro. El frío devoraba la energía a una velocidad increíble. Racagnal deslizó en sus guantes unos nuevos calentamanos, salió del refugio y miró alrededor. En aquel sitio el río no era muy ancho. Hacia el este, el campo estaba despejado a lo largo de varios centenares de metros y cubierto de una nieve aparentemente fina, pues hasta sobresalían los menores montículos y los brezos cristalizados por la helada. Racagnal casi podía contar los arbustos que había, pues eran poco numerosos y delicados. Un poco más lejos, ocultaba el horizonte una pequeña montaña, a cuyo pie debía de haber un lago, dada la extensión blanca uniforme y regular que se veía. El paisaje era suave, plácido, ligeramente ondulado, y centelleaba en aquellos momentos bajo el sol naciente. Aunque eso no bastaba para entrar en calor, marcaba el inicio de la jornada de exploración. Tenía los días contados, pero cuantas más vueltas le daba Racagnal, más se decía que de una manera u otra tenía que llevar a cabo esa misión insensata. Simplemente, no podía permitirse ser objeto de una investigación. De lo contrario, todas aquellas miradas derrotadas podrían volverse acusadoras.

Sábado, 22 de enero

09.55 horas. Laponia central

Klemet y Nina no se quedaron mucho tiempo en Kiruna. La ciudad se hallaba en plenos preparativos para acoger a parte de las delegaciones de la conferencia de la ONU. Se estaban instalando vastas tiendas samis que albergarían exposiciones o seminarios. Unos obreros descargaban un equipo de sonorización en el vestíbulo del hotel Ferrum. Klemet y Nina pasaron junto al ayuntamiento de obra vista coronado con una torre metálica. Nina iba descubriendo la capital de la Laponia sueca con los ojos muy abiertos. Ya había estado allí con motivo de su incorporación a la policía de los renos unas semanas antes, pero la llegada del sol le añadía una dimensión incomparable. Consiguió arrancarle una foto a su compañero delante del ayuntamiento, si bien éste no parecía muy en forma esa mañana. Tuvo que pedirle tres veces que repitiera la foto hasta obtener una instantánea más o menos encuadrada donde se la veía a ella, el ayuntamiento y, al fondo, la mina.

En cuanto salieron de la ciudad, la tundra volvió a imponerse. El sol brillaba, sin las nubes de la víspera. El resol era intenso allí donde uno miraba, y saltaba de colina en colina. Laponia ofrecía un rostro centelleante hasta donde alcanzaba la vista. Con esa luz, Laponia parecía inmensa. Y su horizonte, infinito. Muy diferente de lo que Nina había conocido en el fondo de su fiordo encajonado, con los abruptos acantilados que caían en picado

sobre el mar, los retazos de landas y prados suspendidos sobre el oleaje. Había que ir hasta la entrada del fiordo, frente al mar, para sentir una grandiosidad semejante a la que Laponia ofrecía. Nina se preguntó si la tundra tendría secretos, puesto que había aprendido que el mar los ocultaba. Durante su juventud, no había sospechado nada parecido hasta que su madre evocó los problemas de su padre. Desde que había descendido al fondo del mar no era el mismo. El mar, en apariencia tan previsible, tan entregado, escondía unas fuerzas invisibles que a punto habían estado de matar a su padre.

Nina sacó de su mochila la carpeta que contenía el informe sobre el capote de Mattis.

—Aceite de motor, pero no de la motonieve de Mattis —dijo en voz alta.

—Sí, podría ser de la otra motonieve. Tendremos que ponernos con eso a la vuelta. Habrá que coger una lista de todas las motonieves y de los carburantes y aceites que cada una utiliza. Visitaremos las gasolineras de los alrededores. Quizás así sea más rápido.

—Klemet, ¿qué piensas de eso de la sangre debajo de los ojos?

El policía parecía absorto en la carretera helada y brillante.

—Sangre debajo de los ojos... Orejas cortadas... Cada vez más, parece un crimen ritual, pero...

Klemet dejó la frase en suspenso. Nina comprendió que también él estaba desbordado, como ella.

—¿Has dicho ritual? ¿Tan diferentes son las costumbres de los samis de las de los escandinavos? ¿Hay ritos tan salvajes entre los samis? Siempre me han dado la impresión de ser excesivamente pacíficos.

—Lo son. En general. Me sorprende, incluso, que ninguno de ellos no te haya dicho aún que la palabra guerra no existe en la lengua sami.

Pasaron las horas. Klemet y Nina se relevaban al volante. Tras una pausa, encendieron la radio. Aunque en ese momento se hallaran en Finlandia, la emisora que captaban era noruega. No tardarían en emitir las noticias regionales de la NRK para el Finnmark. Nina sirvió café para los dos.

El presentador comenzó con el parte meteorológico y prosiguió con la noticia de un dramático accidente de circulación en Alta en el que había

habido dos muertos, uno de ellos un joven de Kautokeino.

Nina miró a Klemet, que meneó la cabeza al oír el nombre de la víctima.

—Un joven ganadero. Un buen chaval. Menudo drama para su familia.

El presentador de la NRK continuó. Una noticia importante sobre Hammerfest, el puerto gasístico de la región, donde se había realizado una cuantiosa inversión que crearía un centenar de puestos de trabajo. Luego venía la información acerca de los preparativos de la conferencia de la ONU. En paralelo a la misma, tendrían lugar actividades culturales por toda la región. Las asociaciones que querían hacer oír su voz también iban a organizar actos.

—Es difícil imaginar tantas actividades con esta tundra desértica delante —dijo Nina.

Un retazo de cielo comenzó a adquirir un tinte azul ultramar de una rara intensidad. La voz del presentador también cambió de tono al anunciar la siguiente noticia:

«Acaban de comunicarnos que el comisario de Kautokeino ha sido apartado de sus funciones y se le ha convocado con carácter de urgencia en la sede regional de la policía en Hammerfest».

Klemet frenó en seco y Nina derramó su café. Ni siquiera prestó atención al líquido que resbalaba por su mono. Toda ella era oídos, como Klemet, ante ese inusitado anuncio.

«Como informa nuestro corresponsal en Kautokeino, Johan Mikkelsen, esa convocatoria con carácter de urgencia es del todo inhabitual. Al parecer, la dirección regional de la policía ha decidido intervenir debido al robo del tambor de Kautokeino, que aún no ha sido recuperado, a las puertas de la inauguración de la conferencia de la ONU. La exposición de ese tambor tenía que ser el mejor símbolo de la manera en que los Estados nación se reconcilian finalmente con sus poblaciones aborígenes. Y les recuerdo que tampoco se ha esclarecido el reciente asesinato de un ganadero, Mattis Labba, ocurrido también en Kautokeino. Se trata de un crimen espantoso, que ha conmocionado a la población, pues se sabe que la víctima fue torturada y que le cortaron las orejas. Por lo tanto, es comprensible que cada vez sean más las voces que en la región se lamentan de la lentitud policial, y el comisario Tor

Jensen es, por supuesto, el primer blanco de esas críticas. Según nuestras fuentes, esa convocatoria anuncia, de hecho, su destitución».

10.00 horas. Kautokeino

Berit Kutsi disimuló su sorpresa. Karl Olsen la había llamado antes de lo previsto cuando se hallaba en el establo. Los sábados sólo solía ir allí un par de horas para asegurarse de que el ordeño se desarrollara sin problemas y de que las vacas dispusieran de todo lo necesario. Apenas había acabado de ordeñar cuando el viejo Olsen la llamó a gritos. Berit se apresuró a asomarse a la puerta del establo. Hacía mucho frío, pero la calefacción del establo estaba puesta al mínimo para ahorrar gastos. Berit vestía una vieja túnica de lana azul marino encima del mono. No era una vestimenta muy ortodoxa, aunque sí muy práctica para ocuparse de las vacas con aquel frío. Vio salir del granero a John y a su inseparable amigo Mikkel, vestidos ambos con monos de mecánicos. Los dos jóvenes pastores se sacaban un dinero extra arreglando las máquinas de los agricultores de la zona. Se subieron a una camioneta y se marcharon de la granja.

—¡Por Dios, Berit, a ver si te das prisa! —gritó el granjero.

La pobre Berit corrió hasta la entrada de la casa. Se trataba de un edificio rectangular consistente en un solo bloque de madera amarilla con los marcos de las puertas y las ventanas pintados de blanco. La entrada estaba protegida por un tejadillo de madera moldeada. Berit, que estuvo a punto de resbalar sobre el hielo con sus botas de piel de reno, recuperó el equilibrio como pudo, subió los peldaños de la entrada y cruzó la puerta, feliz de poder refugiarse al calor de la casa. Se quitó las botas y fue hasta la cocina. Olsen la esperaba sentado en su silla habitual.

—¡Cuánto has tardado! ¿Crees que tengo toda la vida por delante? Hay que limpiar todo esto. Espero visitas. Y limpia también arriba, hace años que no has repasado esa parte. Tiene que estar todo listo antes de las cinco. ¡Vamos, no te quedes ahí plantada!

Berit dio media vuelta y fue a la habitación que había detrás de la cocina

a buscar la escoba, los cepillos y los productos de limpieza. La vieja casa de madera de Olsen no era muy grande, pero estaba bien cuidada. El parquet y los muebles de la cocina y de la sala eran de madera clara. Las manchas de color las proporcionaban unas alfombras largas y estrechas tejidas por las viejas del pueblo y que se vendían en el mercado. La planta baja era impersonal. No había ni recuerdos ni evocaciones familiares. Los pocos objetos presentes estaban relacionados con las actividades de Olsen: herramientas, materiales, revistas profesionales o piezas que se habían de reparar. El viejo Olsen no solía recibir visitas, y su sala de estar servía más de taller que de salón. De hecho, cuando lo visitaba alguien, hacía que su invitado se sentara en la gran cocina, donde él mismo pasaba la mayor parte del tiempo.

Pronto la limpieza estuvo acabada. Berit ordenó un poco la sala, pero no osó tocar las herramientas ni las piezas desmontadas, pues sabía que el granjero se pondría furioso si movía algo de su sitio. Apiló las revistas y algunos panfletos del Partido del Progreso junto a la televisión.

Berit mostró mayor curiosidad al limpiar el primer piso. Sólo había puesto los pies allí una vez en diez años, por orden expresa de Olsen. Fue poco después del fallecimiento de su esposa. Olsen le pidió que fuera a buscar la ropa de su mujer e hiciera con ella lo que quisiera. «Quémala, si quieres, pero quítala de ahí», gruñó. No era un secreto para nadie en el pueblo que la pareja había roto más de treinta años atrás. Marido y mujer dormían en habitaciones separadas desde que se había marchado su único hijo. Éste se había ido a estudiar ingeniería en Tromsø y nunca había vuelto para instalarse en el pueblo.

La vieja Olsen aún era más huraña que su marido, una verdadera tigresa, por lo que se decía, intratable, más dura y moralista que una pandilla de predicadores laestadianos en misión redentora. Berit vio entonces algunos retratos familiares y fotos de parientes desconocidos, aunque no por mucho tiempo, de hecho, puesto que Olsen llenó de inmediato una caja con aquellos retratos de rostros severos. «¡Esa vieja zorra ni siquiera quería ver a mi familia en las paredes! —exclamó—. Decía que estaban perdidos para la fe auténtica. ¡Decadentes, los llamaba!» Subió la caja a la buhardilla. «Que se

ahoguen todos ahí», espetó al cerrar la puerta.

Berit se acordaba bien de aquel día. Desde entonces no había vuelto a ver nada. Su curiosidad se despertó al constatar que el pasillo de la primera planta y las habitaciones volvían a estar decoradas con algunos cuadros. Éstos no tenían nada que ver con los que recordaba. Se trataba de paisajes de la región. Aunque tenía prisa, se detuvo delante de cada uno de ellos. En algunos reconoció ciertas tierras de Olsen: campos regulares y bien cuidados que eran el orgullo de su propietario. En lo alto de la escalera, identificó también la primera cosechadora que había comprado el granjero. Berit limpió el polvo de los marcos. Acto seguido, entró en el dormitorio de la mujer de Olsen. Apenas asomó la cabeza. La habitación estaba casi vacía. Sólo había un colchón en el suelo y una pila de cajas en un rincón. Aunque se encontraba desocupada desde la muerte de la esposa de Olsen, parecía limpia. Berit se santiguó y cerró la puerta.

—¿Aún no has acabado? —voceó el granjero desde abajo.

—Ya va, ya va, sólo me queda su cuarto.

Berit recorrió el pasillo y empujó la puerta de la habitación de Karl Olsen. El viejo granjero vivía sobriamente y su dormitorio no era la excepción. Nada más abrir la puerta, Berit se topó con la cama de Olsen, imbricada en un mueble de pared a la antigua. Descansaba sobre cajones y se cerraba con una cortina. Los laestadianos tenían prohibidas las cortinas en las ventanas, pero el viejo Olsen había encontrado la manera de eludir las prohibiciones de su esposa con aquella cortina en la cama que lo protegía de la luz del sol que resplandecía sin interrupción durante todo el verano. A Berit no le sorprendía que, tanto tiempo después de la muerte de su esposa, el granjero aún no hubiera cambiado esa costumbre. Era propio de él. Todo por no gastar. El mueble cama estaba pintado y decorado con motivos folclóricos. Berit pasó la bayeta y el paño por el amplio armario de madera clara en el que Olsen guardaba su ropa. Prestó atención a los ruidos de la casa y entreabrió el armario. Los estantes estaban medio vacíos. Algunos jerséis gruesos, camisas de felpa y pantalones vaqueros. Todo estaba bien doblado. A continuación, Berit echó un vistazo rápido a la habitación. Miró en derredor y vio unas fotos enmarcadas en las otras dos paredes. Se aproximó y las examinó.

Formaban parte de una galería de retratos o de instantáneas de grupos. Debía de ser la familia Olsen, se dijo, mientras recordaba cómo el granjero había guardado, enfurecido, las fotos de la familia de su esposa dentro de una caja en el desván. Una imagen de su hijo mostraba al chico en la fiesta de fin de curso del instituto. Berit no vio ninguna foto más reciente. Otras instantáneas más antiguas debían de ser de los padres de Olsen. Una pareja también estricta, con el padre que lucía un extraño sombrero de vaquero muy poco habitual para un campesino de la zona. Berit no los había conocido personalmente. Él había sido un extravagante, por lo que se contaba. En otras reproducciones aparecían los abuelos. Berit limpió el polvo de los marcos.

—¡Berit, pedazo de...! ¿Aún no has terminado?

Berit aceleró sus gestos. En cuanto hubo terminado con los marcos y con una estantería que contenía unos pocos libros, miró a su alrededor. Al fondo advirtió una puerta baja que parecía de un armario. Nunca antes se había fijado en ella. Aguzó el oído, se aproximó a la puerta y tiró de ella, sin hacer ruido. Dentro estaba oscuro. Buscó un interruptor. Cuando se hizo la luz, bajo la pálida iluminación descubrió una pequeña estancia. Una mesa muy pequeña y una silla en mal estado arrimada a la misma constituían el único mobiliario de aquel cuartucho. El reducido espacio estaba lleno de cajas, rollos y periódicos viejos. Berit comenzó a limpiar el polvo. Al apartar los rollos, vio un pequeño cofre. Se dijo que el viejo Olsen no debía de fiarse de los bancos. Le pasó la bayeta y siguió limpiando, intrigada por aquel diminuto cuarto. No osó abrir los rollos ni las cajas por temor a que el granjero apareciera silenciosamente. Y eso que no hago nada malo, pensó Berit. ¿Por qué tendría que tener miedo? Se encogió de hombros y continuó limpiando; a continuación, cerró la pequeña puerta. De pronto, vio una silueta que se alzaba frente a ella. Sobresaltada, ahogó un grito: Olsen se hallaba a dos metros. Gracias a sus gruesos calcetines, el hombre había subido en silencio. El granjero la miraba sin decir nada, sólidamente plantado, con las piernas abiertas y las manos colgadas.

Sábado, 22 de enero

14.00 horas. Kautokeino

La *pick-up* de la patrulla P9 descendía por la calle principal de Kautokeino. El sol se había puesto, pero el resplandor, de un azul intenso, se aferraba aún a las cimas de las montañas bajas que rodeaban la pequeña ciudad. La aglomeración urbana seguía las curvas del río Alta, dormido bajo el hielo. En el lado por donde el sol acababa de desaparecer y el azul oscuro del cielo aún se mantenía, la pendiente entre el lecho del Alta y la cima de la montaña ascendía más limpiamente. Esa ladera más abrupta acogía el Centro Juhl, el Villmarkssenter, la nueva escuela superior y la estación de servicio. En cambio, la otra orilla del río ofrecía un territorio más vasto que se elevaba con una suave pendiente hacia la cima opuesta, más alejada y ya sumida en la oscuridad. Ésta había cubierto la iglesia y las villas acomodadas diseminadas por esa ladera. También la granja de Olsen se alzaba en un extremo de esa orilla. La gente decía que la granja de Olsen ocupaba el sur y la iglesia el norte. Los samis, que desde hacía mucho tiempo habían habitado sobre todo la otra orilla, también se habían trasladado hacia el este.

Una tarde de sábado normal, la comisaría debería haber estado vacía. El presupuesto de la policía no permitía la presencia continua de los agentes, y los horarios de apertura del puesto eran parecidos a los de cualquier otra dependencia administrativa: se abría de las nueve de la mañana a las cinco de

la tarde, y de lunes a viernes. En verano, era habitual que el viernes por la tarde ya no hubiera mucha gente por allí. Y durante las temporadas de caza del alce o de la perdiz, el ausentismo aumentaba brutalmente. Cuando Klemet empujó la puerta, la comisaría estaba abierta. La noticia de la convocatoria de Tor Jensen en Hammerfest debía de haber caído como una bomba entre el pequeño equipo. Klemet conocía bastante a Johan Mikkelsen, el periodista local y corresponsal de la NRK en Kautokeino, para saber que seguramente no se había equivocado al hablar de destitución. Mikkelsen era un sabueso, conocía a todo el mundo y gracias a sus amistades en el seno del Partido Laborista, que dominaba la región, le llegaban ecos de todas las intrigas. Había pensado llamarlo, pero se contuvo. Vio a la secretaria de la comisaría. Parecía abatida y al verlo le cayeron unas lágrimas.

—Oh, Klemet, Klemet...

Y sollozó. Klemet la abrazó y le palmeó el hombro.

—¿Qué sucede?

—Oh, Klemet —dijo la secretaria con un sentido lamento—, oh...

Y el llanto le cortó de nuevo las palabras en la garganta.

Klemet le dio otra vez unas palmadas en el hombro y avanzó por el pasillo. Nina abrazó a la secretaria y siguió a Klemet. Abrió la puerta del despacho del Sheriff. La estancia estaba vacía, al igual que el bol de regalices. Oyó ruido de voces procedentes de la cocina. Varios policías conversaban. Al ver a Klemet se callaron. Iba a preguntarles algo cuando la puerta de la cocina se abrió de nuevo. Entró Rolf Brattsen con paso rápido, echó un vistazo a la sala y vio una cafetera humeante. Se estaba tomando su tiempo. Klemet desconfiaba de él. Brattsen parecía muy seguro de sí mismo. Los otros policías no retomaron su conversación. Un silencio pesado se había abatido sobre la habitación. En la gran mesa cubierta con un mantel plastificado amarillo había tazas y cajas de galletas. En un plato sólo quedaban unas migajas de bollos que algunos agentes picoteaban. Nina rompió el silencio.

—¿Qué le ha sucedido a Tor?

Brattsen, de pie, sostenía su taza con las dos manos y soplaba ligeramente por encima, pero sus ojos iban de uno a otro. Uno de los policías, tras mirar

de reojo a Brattsen, alzó la cabeza hacia Nina.

—Pues parece que ha empezado aquí. Me refiero a que ha empezado en Kautokeino, no en la comisaría —precisó enseguida, mirando a Brattsen, que seguía soplando el café de la taza que sostenía con ambas manos—. Tor se ha marchado esta mañana a Hammerfest. Al parecer, todo ha ocurrido muy deprisa. Le han llamado a primera hora de la mañana y el jefe de Hammerfest le ha ordenado que se presentara de inmediato. Por lo que ha dicho, el tono era imperativo. Según cuentan los colegas de Hammerfest, detrás hay un tema político. Sucedió ayer tarde durante una reunión del consejo regional. Fue totalmente imprevisto. Ni siquiera figuraba en el orden del día. El Partido Conservador, el Partido del Progreso y el Partido Demócrata exigieron explicaciones al Sheriff acerca de la increíble lentitud de la policía en el tratamiento de los casos excepcionales que están mancillando nuestra región antes de la conferencia de la ONU. Es la expresión que parece que utilizaron: «Esos casos excepcionales que mancillan nuestra región» —repitió imitando a un político en la tribuna de oradores.

Calló al ver la mirada de Brattsen.

—¿Los partidos políticos? Pero ¿por qué se meten en esto? —preguntó Nina.

—Se meten en las cosas que les incumben —intervino Rolf Brattsen con un tono seco y dejando bruscamente su taza sobre el mantel amarillo—. En estos dos casos no hacemos más que dar vueltas y más vueltas. Y teniendo en cuenta la conferencia de la ONU, es inevitable que los políticos se pongan nerviosos. Es lo que he tratado de decir desde el principio. Somos demasiado blandos en estas situaciones. Nos andamos con demasiadas contemplaciones con los samis. Somos policías, Dios mío, y no una especie de etnólogos, vigilantes de zoo o mediadores, como algunos tratarían de hacernos creer... ¡Así que habrá que dar un empujón a estos asuntos!

—¿Qué pretendes decir? —continuó Nina—. A mí me parece que sí que estamos progresando, aunque aún no hayamos detenido a nadie.

—¿Ah, sí, estáis progresando? Primera noticia. Todo el mundo se ríe de nosotros, ésa es la verdad.

—¿Y qué propones? —replicó Klemet, que no había apartado la vista de Brattsen—. Porque estoy seguro de que te ronda una idea por la cabeza, ¿no es cierto, querido Rolf?

14.30 horas. Kautokeino

El silencio del viejo granjero inquietó a Berit más aún que uno de sus coléricos arrebatos, de los que era especialista. La examinaba de arriba abajo y Berit se sentía transparente, como si Olsen estuviera tratando de penetrar en su alma o en sus intenciones. Bajó la vista al suelo.

—Justo he terminado —dijo con una vocecilla.

Pasó apresuradamente frente a Olsen y éste la siguió con los ojos sin mover el resto del cuerpo. Súbitamente, él pareció despertar y volvió la cabeza para continuar mirándola, hasta que sintió un doloroso pinzamiento en la nuca.

—¡Dios mío, qué tonta eres! ¡Lárgate ahora mismo, y ni se te ocurra volver a limpiar aquí! ¡No te necesito!

Berit no quiso discutir y descendió precipitadamente las escaleras. Estaba cruzando el umbral cuando Olsen bajó. Refunfuñaba, pero no se detuvo. La vio marcharse en coche y se fue a la cocina.

Esperaba la visita de Rolf Brattsen para tener noticias frescas. La tarde anterior había tenido que echar mano de todos sus contactos. Incluso había conseguido hacerle entender al Guaperas que remover un poco esa historia era una buena oportunidad para su partido. Le había sugerido insistentemente que se pusiera en contacto con su buen amigo del Partido Conservador allí y en Alta, y que aprovechara la sesión en curso en el consejo regional para tratar el caso. No había dudado en dramatizar un poco, además de halagar al Guaperas como era debido, dejándole entrever que, a las puertas de las elecciones municipales, tal vez él no pensaba en encabezar la lista de Kautokeino. El otro entendió el mensaje y empezó a hablar con autoridad, como si fuera ya alcalde de Kautokeino. Habla, habla, pensó Olsen mientras se obligaba a escuchar sus vacías propuestas con fingido entusiasmo. Sin

embargo, antes de que el otro se lanzara al teléfono para echar mano de sus contactos, le había recomendado que fuera prudente. Lo ideal, había sugerido con firmeza, sería que la pregunta en el consejo regional la presentara el Partido Conservador. Evidentemente, el Guaperas no había entendido por qué debía avanzar a hurtadillas. Olsen no esperaba tanto de él. «Así verás las reacciones que provoca. Si reacciona en nuestro favor, sacas la artillería pesada y estarás en primera fila para ponerte los laureles, porque aportarás una solución».

Olsen a punto estuvo de quitarse su máscara afable cuando el Guaperas lo contempló con su mirada boba y extraviada. «¿Una solución?, pero ¿qué solución?», le preguntó en tono de súplica.

«Ya te lo explicaré más tarde —replicó, evasivo, Olsen—. Pero si fracasa, la opinión pública se lo echará en cara a los conservadores, ¿lo entiendes? ¡Y tú salvaras el pellejo!»

El otro lo entendió de inmediato. Sobre todo la parte que se refería a salvar el pellejo. Y Olsen tenía que reconocer que el Guaperas había reaccionado acto seguido con eficacia y como un rayo. Supo transmitir el mensaje y, al llegar al turno de preguntas, antes de concluir la reunión, se lanzó la flecha. Dio en el blanco incluso con mayor puntería de lo que Karl Olsen había esperado. El viejo se frotó las manos, satisfecho, durante más de media hora, solo en la cocina, después de colgar el teléfono. Se reía solo y se masajaba la nuca. Le habían dicho que el tipo del Partido Conservador se había encendido en la tribuna con mayor virulencia aún, puesto que media hora antes un concejal laborista le había desairado por la historia de la financiación de una asociación. El resto se había sucedido a las mil maravillas. Ahora había que pasar a la segunda parte del plan. Se frotó la nuca con mayor vigor y consultó su reloj, maldiciendo por el retraso del burro de Brattsen.

18.30 horas. Kautokeino

Klemet se había quedado con las ganas. Le habría gustado averiguar qué

ocultaba realmente Brattsen en su interior. Qué tenía en verdad en mente para resolver el asunto, como decía él. Brattsen se hizo el indignado y se marchó de la cocina. Luego todos volvieron a sus casas. Habría que esperar al lunes por la mañana para tener noticias. Klemet y Nina tenían todo el fin de semana libre. Retomarían la investigación el lunes, una vez que todo se hubiera aclarado con el Sheriff. Klemet quería invitar a Nina a hacer algo para cerrar esa intensa semana, pero aún no se sentía listo para invitarla de nuevo a su tienda. No tras el patinazo de la otra noche.

—Nina, ¿te apetece ir a comer algo al Villmarkssenter?

—Estoy muy cansada, Klemet. Esta noche, no. Me voy a ir directamente a dormir. Me llevo una parte de los datos del GPS y te dejo la otra. ¡Hasta el lunes!

Klemet se encontró solo en la comisaría. Estaba acostumbrado a ello. Desde su juventud. Con el paso de los años, había transformado la dureza de la soledad en fuerza. Había comprendido. Sólo podía contar con él mismo. No con los demás. Llevaba el timón de su vida. Los otros le tomaban por un solitario, como una especie de oso. Él no se veía así. Incluso creía ser más bien sociable. Hablaba con la gente. Pero no le suponía un problema que se tuviera esa imagen de él.

Pensó a quién podría llamar esa noche para tomar una copa en la tienda. Pensó en Eva Nilsson. No para invitarla, le quedaba demasiado lejos. Sólo para charlar un rato con ella. Menuda mujer. ¿Quién más había? Apagó la luz de su despacho y se quedó un instante en el pasillo. Abrió la puerta de enfrente que daba a la sala de mapas y al congelador donde se acumulaban las pruebas recogidas durante las patrullas. Abrió un cajón. Las dos orejas congeladas de Mattis estaban cada una en su bolsa de plástico, etiquetadas y atadas la una a la otra con una cuerda. No era probable que las confundieran con las orejas de reno que se apilaban por docenas, se dijo Klemet. Las sacó y las examinó desde diferentes ángulos, pensativo. Las guardó de nuevo en el congelador y salió de la habitación. Volvió a su despacho y cogió de la estantería el manual de marcas de ganaderos. Sería una buena lectura para el domingo. O quizá para esa misma noche. Estaba cansado. No llamaría a nadie.

El resplandor azulado había desaparecido completamente del cielo cuando Klemet cruzó la carretera a pie. Sobre el fondo negro opaco de la bóveda, unos destellos verdosos flotaban ligeramente en la zona de la iglesia. No estaban a mucha altura y parecían surgir de la montaña. Quizás allí la noche sería agitada, se dijo Klemet.

Unos minutos más tarde, ya estaba abriendo la puerta del Villmarkssenter. Había dudado si ir allí solo, pero quería charlar un rato con Mads para tener noticias de su hija. El restaurante se hallaba bastante concurrido, como era habitual los sábados. En el lugar más alejado de la caja, la mesa grande estaba ocupada por una veintena de hombres. Klemet reconoció a los obreros de una cantera situada a lo largo de la frontera finlandesa. La cena de los sábados siempre era la misma, lonchas de reno con rebozuelos y patatas. Otras dos mesas, dispuestas junto al ventanal que daba a Kautokeino, estaban ocupadas por familias samis. Todas las generaciones se habían vestido con el traje tradicional. Otros clientes ocupaban las mesas restantes. Unos músicos preparaban los instrumentos y el equipo. Mads salió de la cocina y saludó a Klemet en cuanto lo vio. Klemet fue a sentarse a la mesa más próxima a la caja. Aparte de los obreros de la cantera, conocía a todo el mundo. Las dos familias procedían de una misma *siida* al oeste del pueblo. Tres generaciones ocupaban la misma mesa. Se trataba de una comida festiva, puesto que los hombres habían regresado sólo para pasar la tarde antes de retornar al vidda. Volvían para ducharse, poner gasolina en la motonieve y rellenar los bidones y hacer las compras para la semana que pasarían de nuevo en el gumpi. Para saludar a su mujer. Dar un beso a los críos. Klemet miraba a los chavales. Dos de ellos tenían, aproximadamente, la misma edad que tenía él cuando había comenzado el internado en Kautokeino. Siete años. Cuando lo sumergieron en un mundo desconocido en el que gente desconocida le hablaba en una lengua desconocida. Miró por el ventanal. Las luces de Kautokeino brillaban a sus pies. El pueblo se extendía por el valle. La iglesia, a su derecha, aparecía resaltada por unos proyectores. Desde allí no podía verse el internado. Se hallaba justo debajo, detrás del centro del pueblo, cerca de la orilla del Alta. Klemet, sin embargo, no necesitaba tenerlo presente para poder ver cada rincón.

Mads le sacó de sus pensamientos. El dueño del hotel restaurante deslizó un plato de lonchas de reno ante él. Puso dos cervezas sobre la mesa y se sentó frente al policía. Los dos hombres brindaron en silencio. Klemet dejó la copa sobre la mesa y empezó a comer y a saborear las setas, que se derretían en su lengua. Meneó la cabeza. Mads tendió su copa hacia él para devolverle el saludo.

—¿No está Sofia?

—Está en su habitación.

—¿Cómo se encuentra?

Mads reflexionó, cabeceando ligeramente a derecha e izquierda, como si sopesara su respuesta. Tenía un poblado bigote castaño, atributo raro en la región, el rostro redondo y era calvo. Se rumoreaba que quizás uno de sus abuelos era italiano.

—Creo que está algo mejor. ¿Qué día vinisteis? Hoy es sábado..., así que fue...

—El jueves.

—Sí. Se pasó todo el día encerrada, no comió nada. Dios mío, Klemet, ni por asomo sospeché que...

—Lo sé.

—Ayer por la mañana, lo mismo. Me pregunté si tendría que mandarla a la escuela o no. Pensé que quizás era mejor mandarla al colegio y que no se quedara aquí viéndolo todo tan negro.

Klemet asintió con la cabeza mientras masticaba.

—Bien hecho —dijo con la boca medio llena.

—Eso creo. Al volver por la tarde ya se encontraba mejor. Y luego se pasó toda la tarde en casa de una amiga del cole, y esa misma amiga se ha pasado hoy todo el día con ella. Por lo que se ve, hablan mucho. Parece que se cuentan sus secretos, pero hablan.

—Eso es bueno.

—Y al tipo ése..., al francés..., ¿lo habéis pillado?

—No, aún no. Está en algún lugar del vidda, haciendo prospecciones, pero no sabemos exactamente dónde. Le estamos buscando. Acabaremos por atraparlo. Aunque prefiero prevenirte. Nina se ha indignado y por descontado

tiene razón, pero si el tipo dice que no pasó nada, no podremos hacer gran cosa.

Mads meneó la cabeza y bebió un trago de cerveza. Los primeros acordes de guitarra resonaron en la sala. Klemet apartó el plato vacío.

—¿Puedo ir a saludar a tu hija?

Mads se puso en pie, cogió el plato de Klemet y las copas. Llevó a Klemet a la cocina. La mujer de Mads estaba vaciando un lavaplatos. Klemet también vio a Berit pelando patatas. La saludó al tiempo que pensaba que el lunes tendría que ir a verla. No le pareció conveniente prevenirla. Era inútil preocuparla. Entraron en la parte privada del edificio. Mads llamó a una puerta. No se oyó respuesta alguna. Llamó más fuerte. La puerta se abrió y Sofia asomó la cabeza con aspecto de estar molesta y luego pareció desconcertada al ver a Klemet.

—Hola, Sofia.

—Hola.

—Sólo quería saludarte.

Sofia seguía en el umbral de la puerta, asomando la cabeza. Sonrió.

—Vale. Ya está. ¿Puedo volver con mi amiga?

—¿Puedo hablar un minuto contigo?

Sofia exhaló un suspiro.

—¡Vale, vale!

Se volvió.

—Regreso en un minuto.

Aparentemente, no atrajo la atención de su amiga, que debía de escuchar música, porque gritó de nuevo:

—¡Ul-ri-ka! ¡Vuelvo en un minuto!

Luego Sofia salió al pasillo. Conservaba la mano en el pomo de la puerta y la mantenía entreabierta.

—¿Es la hermana pequeña de Lena, la que trabaja en el pub? —preguntó Klemet.

—Sí. ¿Qué quieres?

—Sólo quería saludarte.

—Os dejo, si queréis —dijo Mads—. Vuelvo al comedor.

Sofia vio cómo su padre desaparecía por el pasillo.

—¿Ya han atrapado a ese cerdo?

—Aún no, Sofia, pero estamos tras su pista. Está en el vidda y, como puedes imaginarte, no es fácil localizarle. Pero daremos con él para interrogarle.

—¿Para interrogarle?

—Sí, para oír su versión.

—¿Por qué? ¿No les basta la mía?

—Bueno..., no, tenemos que escuchar a todo el mundo, y luego decidimos. Vamos, que es el juez quien decide. Y claro está, eso si la cosa llega hasta el juez. Pero..., cómo decírtelo..., tienes que saber que este tipo de casos... son un poco complicados.

—No veo qué es tan complicado —lo interrumpió Sofia—. Ese tipo es un cabrón. No sé dónde está la complicación. Francamente.

—Sofia, la justicia es así. Sólo prefiero prevenirte. Nos tomamos muy en serio este caso, te lo aseguro. Nina está tan furiosa como tú.

—Ah, ¿y usted no? —dijo Sofia con aspereza.

—Sofia, escúchame, sólo temo que, para un juez, el hecho de que te manoseara no baste para que vea en ese tipo a un cabrón al que hay que condenar.

Sofia cambió con brusquedad de expresión. Miró rápidamente de reojo hacia la habitación y cerró la puerta con suavidad. Estaba ahora justo debajo de la nariz de Klemet. Con el mentón casi en horizontal para mirarle justo a los ojos.

—Ese tipo es un cabrón. ¡Un cabrón! Tienen que atraparlo y meterlo en la cárcel.

Se volvió sobre sus talones y desapareció en su habitación. La puerta se cerró de golpe. Klemet se quedó atónito. Y perplejo. ¿Había obrado con poco tacto? Klemet nunca se sentía cómodo en ese tipo de casos, tenía que admitirlo. Quizá debería decirle a Sofia que también él se lo tomaba muy en serio. Puso la mano en el pomo. Titubeó. ¿Tenía que disculparse o no? A Klemet no le gustaba disculparse. Pero era una chiquilla. Podía hacer un esfuerzo. Ningún adulto sería testigo de ello. Inspiró profundamente y apretó

el pomo. Titubeó de nuevo. ¿Se lo habría contado todo Sofia? ¿Habría llegado el francés más allá de sobarla? ¿Sería Ulrika quien la había encendido? Klemet aflojó despacio la presión de la mano. Miró el pomo. Hablaría de ello con Nina.

Volvió al restaurante. Una melodía folclórica llegaba desde el comedor. Berit seguía pelando patatas. Trabaja de la mañana a la noche, se dijo Klemet. No era mucho mayor que él, pero pertenecía a una generación sacrificada que no había tenido acceso a la educación. Berit debió de sentir su mirada en la nuca, porque se volvió. Vio al policía, lo miró, lo saludó con un gesto de la cabeza y siguió pelando patatas.

Klemet atravesó la sala. Mads recogía la mesa de los obreros. Los hombres miraban a los músicos y hablaban entre risas. Los chiquillos daban palmas. Klemet cogió su parka en la entrada y salió a la calle.

Un grupo de jóvenes que estaba entrando apresuradamente en el restaurante en el mismo momento lo empujó. El policía se pegó contra la pared para dejarles pasar. Debían de ser una decena. Con ellos iban algunas chicas que decían pestes del frío. Klemet vio que llevaban minifaldas, pese a la inclemente temperatura, debajo de las parkas. Se quitaron las botas forradas y se calzaron unas botas cortas de piel. Los hombres eran en su mayoría jóvenes ganaderos. Ailo Finnman, que parecía liderar el grupo, se llevó a una de las jóvenes a la pequeña pista, justo enfrente de la orquesta, y empezó a bailar, lo que provocó los aplausos de los demás. Klemet vio también a Mikkel. Recordó que quería decirle algo, pero ya no se acordaba de qué era. También estaba allí John, inseparable de él, y además los acompañaban dos jóvenes a los que nunca había visto con ellos; uno se estaba quitando su abrigo de piel, y el otro, su mono manchado de mecánico. Tuvo una iluminación al ver los tatuajes de uno de ellos. El camionero que había hablado como un maleducado a una vieja sami en el cruce. Se acercó a Mikkel, que acababa de quitarse el mono, y lo llevó del brazo a un lugar apartado.

El pastor se sobresaltó; sus ojos no dejaban de mirar la mano con la que Klemet le agarraba del brazo.

—Mikkel, ¿ese tipo del tatuaje es amigo tuyo?

—Eh, bueno, no mucho, sólo lo conozco un poco, nada más.

—Si es colega tuyo, le dirás amablemente que vigile su lenguaje la próxima vez que se dirija a personas mayores.

Mikkel pareció tranquilizarse.

—¿Por qué?

—El otro día ibas en su camión, ¿verdad? ¿Tu colega es camionero sueco? El día de la manifestación... ¿No recuerdas qué le dijo a la vieja?

El otro se puso colorado como un chiquillo al que lo hubieran pillado en falta.

—Me gustaría que no le dejaras decir esas cosas. ¿Se lo habrías permitido si se hubiera tratado de tu abuela?

—Se lo diré, Klemet, puedes contar conmigo; te lo juro, no volverá a hacerlo.

Se sintió aliviado de que aquello acabara así; estaba dispuesto a prometer cualquier cosa.

—Eso es, prométemelo, júramelo. Y no te burles de mí, ¿de acuerdo?

Klemet se puso el gorro y salió. En cierta manera, Mikkel le había hecho pensar en Mattis. Pastores marginados que no lograban salir adelante y que en cualquier momento podían venirse abajo. No eran buenos tiempos para ese tipo de ganaderos. Antes de subir a su coche, alzó la vista para ver la aurora boreal. Había ganado volumen y oscilaba sobre la mitad del cielo. Dibujaba motivos extraños. Mensajes enviados desde el espacio, se dijo Klemet. Y tan indescifrables como las orejas de Mattis, pensó al poner en marcha el coche.

## 40

Lunes, 24 de enero

Salida del sol: 09.24 horas; puesta del sol: 13.39 horas

4 horas y 15 minutos de insolación

08.15 horas. Kautokeino

Tor Jensen, alias *el Sheriff*, era un jefe popular que escuchaba a sus hombres, y su marcha en unas condiciones tan poco claras desconcertó a sus subordinados.

Nadie había tenido noticias de Tor Jensen, y su teléfono móvil estaba apagado o fuera de cobertura. A priori, aún no había regresado de Hammerfest. Todo el mundo había sido convocado antes que de costumbre para unos anuncios urgentes en «interés del servicio». Klemet había pasado parte del domingo revisando una a una las marcas de orejas de los ganaderos de la región y su frustración había ido en aumento. Había probado las combinaciones más disparatadas y al final había terminado por arrojar el manual al otro extremo del salón. Ni siquiera le había apetecido descansar en la tienda.

Nina había empezado a establecer el trazado de las posiciones del GPS de Mattis. La tarea era laboriosa e iba a necesitar aún varias horas. Klemet acababa de explicarle su visita a Sofía la víspera cuando entró Rolf Brattsen.

Todos se dieron cuenta de que llevaba una bandeja de pastas secas.

—Todos presentes —constató con tono de satisfacción—. Bien.

Era evidente que disfrutaba de la situación y se regodeaba de ello mientras cogía una pasta y bebía un sorbo de café. La tensión era palpable en la cocina, donde se apelotonaban una quincena de policías y empleados de la comisaría.

—El comisario Jensen ha sido convocado en la dirección regional en Hammerfest, como ya sabéis. En estos momentos sigue allí informando a la dirección y a los responsables políticos. Eso llevará tiempo. Ésa es la versión oficial.

Bebió otro sorbo de café y se comió otra pasta.

—¿Nadie quiere una? —preguntó, algo receloso.

Brattsens sabía que no lo tenían en estima. Nunca había entendido el porqué. Era brutal, despreciativo, vulgar, rencoroso, partidista, racista, y Klemet podría haber añadido más adjetivos a la lista. Pero Brattsens se veía sólo como alguien directo, tal vez demasiado franco, como admitía de buen grado, pero en todo caso eficaz. Alguien que, llegado el momento, sabía tomar decisiones difíciles. Verdaderamente, le dijo un día a Klemet, la única vez en que habían mantenido una conversación tormentosa, no entendía por qué la gente lo miraba con mala cara. Brattsens era demasiado tozudo para entender esas cosas. Cogió otra pasta.

—Ahora os diré la verdad. A Jensen le han apartado de sus funciones. *Out. Bye bye. Time out.* Vacaciones. A tomar viento fresco. Unas buenas vacaciones. Y merecidas. Oh, ya veo vuestras caras..., pero volverá, podéis estar tranquilos. Pero una vez que se haya cerrado este caso. ¿Lo pilláis? Esta historia colea desde hace demasiado tiempo. Y nos hemos andado con demasiados miramientos con esos tipos de la tundra. Eh, ¿quién hace las leyes, ellos o nosotros? Seguimos estando en Noruega, ¿no es verdad?

Brattsens aprovechó para dirigirle una mirada burlona a Klemet.

—¿Eh, Klemet? Estamos en Noruega, ¿verdad? ¿O me he perdido yo un capítulo? Qué es esto, ¿un simulacro?

Klemet hervía. Brattsens lo provocaba abiertamente, pero no quería darle satisfacción. A su lado, Nina se agitaba. Fue ella quien hizo estallar la

situación.

—No tienes derecho a decir eso, Rolf. Hacemos nuestro trabajo tan bien como vosotros. Hemos investigado por toda la región y hemos recorrido miles de kilómetros. Pero el mundo de los ganaderos es complejo y los samis tienen una cultura diferente de la nuestra. Tenemos que respetarla. Y estamos avanzando. Tenemos motivos para pensar que ese geólogo francés presenta un interés para la investigación y vamos a partir en su búsqueda. Además, es objeto de una denuncia por acoso sexual...

—Acoso sexual... Ah, sí, he hojeado eso. Apasionante. Un caso muy sólido. Los fantasmas de una adolescente agitada por sus hormonas que ha creído ver una mano que la sobaba. Vamos a llegar muy lejos con eso. ¿Qué coño es este delirio? ¿Tenemos un asesinato entre las manos, el robo de ese tambor de los cojones, y venís a darnos la paliza con una chavala de catorce años a la que le han tocado la rodilla, y quizá por casualidad?

Nina se puso colorada de rabia. Se levantó de un salto.

—No digas eso. Eres injusto, Rolf, y además tu comportamiento no es igualitario. A esa muchacha hay que tomarla en serio.

Brattsen la dejó hablar con una leve mueca, como si estuviera contento de haber logrado sacarla de sus casillas. Klemet no vio en ello un buen presagio. Nina prosiguió su discurso.

—Y además no se puede considerar a los samis como vulgares delincuentes. Están protegidos por la Constitución y tienen unos derechos específicos que debemos respetar.

—Muy bien, Nina, veo que asististe a las clases en Kiruna y que estuviste muy atenta; formidable: todo eso nos va a ser de gran ayuda...

Los policías se miraban, sin entender adónde quería llegar Brattsen. Klemet sentía que éste prolongaba su placer, pero que había preparado cuidadosamente su discurso y los efectos del mismo. Bastaba ver la manera como marcaba sus pausas. Y la paciencia no era su fuerte.

—Avanzamos, Rolf, avanzamos. Pero se trata de un caso que remite a hechos que ocurrieron hace mucho tiempo, quizá relacionados con una historia de una mina y...

—¡Y bobadas! —la interrumpió Brattsen, frunciendo súbitamente el ceño

—. ¡No estamos aquí para escribir un tratado de antropología o yo qué sé qué otra gilipollez! Olvídate de esa historia de la mina y del geólogo, ¡por Dios! Hay que ser ciego para no ver que se trata de un ajuste de cuentas entre ganaderos. Johan Henrik y Olaf están metidos en ello hasta el cuello de una manera o de otra; está más claro que el agua. Así que escuchadme todos: en Hammerfest quieren resultados rápidos, ahora mismo —prosiguió—. Los responsables de Oslo, pobrecillos, están muy nerviosos. Así que vamos a arrear una buena patada a esas ratas. ¿Qué os parece? Hoy es lunes. Antes del miércoles, quiero a Johan Henrik y a Olaf Renson detenidos en esta comisaría y listos para ser interrogados, y que estén aquí los periodistas cuando los traigan.

Llegados a este punto, Klemet sintió que era demasiado. Se puso en pie y descargó un puñetazo sobre la mesa.

—No puedes decidir detener a la gente de esta manera, ¡y menos cuando nuestra investigación nos lleva en una dirección opuesta!

Brattsen ya no lograba disimular su mueca. Disfrutaba de la situación y adoptó una voz melosa.

—Ah, por cierto, he olvidado precisar... Quizá debería haber empezado por ahí, claro... Un olvido. En Hammerfest se ha nombrado a un nuevo comisario interino. Yo mismo. Así que soy yo quien decide, Klemet. Y también decido que, a partir de este momento, la policía de los renos ya no se ocupa de los casos del asesinato y del robo. Evidentemente, superan vuestras competencias. Volveréis a la tundra a contar renos, Klemet, ¿está claro? Y como soy bueno, te voy a ahorrar incluso tener que ir a detener a tus amigos ganaderos.

Ya está, se dijo Klemet. Debía de estar planeando este momento desde el principio. Klemet estaba incluso seguro de que Brattsen había estado dándole vueltas a la mejor fórmula con su mente malvada. Observó su aspecto obstinado. Un puñetazo en los morros, sólo una vez, pensó. Pero se esforzó en no dejar traslucir nada. No darle la menor satisfacción a ese cabrón. Sin embargo, sintió, sin ver a Nina, que ella estaba indignada y que debía de estar a punto de estallar, conociendo su temperamento espontáneo.

La sala permanecía en silencio. Los policías se miraban y observaban de

rejo a Klemet. Brattsen podía ser el adjunto del Sheriff, pero eso no lo convertía en su sucesor natural. Su puesto de adjunto significaba, sobre todo, que estaba a cargo de ciertas cuestiones de orden puramente público. Sabían que habría sido lógico que fuera Klemet quien asumiera ese puesto de forma interina. Era respetado y competente. Algo había ocurrido. Brattsen aprovechó el momento. Cogió la bandeja de pastas secas.

—Estimados colegas, ¿una galletita antes de volver al trabajo?

Varios policías vacilaron y picotearon en la bandeja antes de salir, para gran satisfacción de Brattsen. Klemet se quedó solo. Brattsen le miró de arriba abajo. Luego, al marcharse, tiró las últimas pastas en la papelera.

Nina estalló en cuanto Klemet se reunió con ella en su despacho.

—¡Por Dios, Klemet! ¿Cómo has podido quedarte sin decir nada? ¡Nos ha humillado! ¡Y nos ha quitado el caso! ¿Y te quedas ahí callado? ¡Parece que estés de acuerdo!

—¡Nina! No te permito que...

—Escúchame, Klemet, desde que empezó este caso me da la impresión de que avanzas como los cangrejos. Como si no te atrevieras a lanzarte.

—Eres injusta, Nina. Yo avanzo sobre hechos. Y eso lleva tiempo. Si quieres acción, vete con Brattsen; él es menos puntilloso que yo. Primero detiene y luego pregunta. Lo confieso, tengo cierta tendencia a tomarme las cosas de otra manera.

—Nunca te he desaprobado, Klemet, pero prefiero decirte las cosas con toda franqueza. Me pregunto si no estarás desmotivado. Y puesto que no quiero callarme nada, me pregunto si en el fondo no te sentirás más a gusto con las historias de ganaderos mientras no se compliquen y no perturben tu tranquilidad.

Klemet se quedó sin aliento ante el ataque de Nina. La colega simpática, sonriente y divertida le lanzaba dardos envenenados. Primero Brattsen y luego ella. ¿Tendría que justificarse ante esa niña mimada que no entendía nada, que lo descubría todo con sus ojazos azules y se permitía juzgarle a él, que se había pateado durante más de treinta años todas las comisarías de la

región y había bregado con el caso Palme? Se volvió sobre sus talones y salió del despacho dando un portazo.

## Laponia central

Aslak Gaupsara seguía los pasos del geólogo francés por la ladera de la montaña helada. El extranjero a veces le tiraba muestras de rocas después de numerarlas y él las guardaba en su mochila. El francés se encarnizaba con las piedras y las golpeaba con odio, maldecía a menudo en su lengua y emitía nubes de vaho. Perdía los estribos con frecuencia. Ese hombre estaba atormentado. Desde hacía mucho tiempo, Aslak sabía que los extranjeros se interesaban por las piedras de su país. No era ése el primero al que acompañaba. Sólo que parecía más nervioso. Aslak había hecho de guía mucho tiempo atrás. También conocía a otros ganaderos a los que algunos extranjeros habían contratado. Hablaban de piedras, de minerales y de minas. Hablaban de riquezas. Hablaban de progreso. Por lo general, esperaban provocar el entusiasmo de los ganaderos samis y se solían sorprender al hallar sólo rostros adustos. No lo comprendían. Allí donde ellos veían minas y lo que llamaban el progreso, los ganaderos veían otra cosa. Veían carreteras que les cortarían sus pastos, camiones que asustarían a sus renos y accidentes cuando los animales tuvieran que cruzar las carreteras.

Los extranjeros se encogían de hombros. Hablaban de dinero. Decían que, por cada reno perdido, el pastor recibiría dinero. Pero la mayoría de los ganaderos mantenían el rostro adusto. Entonces los extranjeros se enojaban. Decían que los lapones no entendían la suerte que tenían, que se arriesgaban a perderlo todo, que de todas formas las minas se excavarían.

A menudo, cuando los ganaderos se encontraban para reunir y seleccionar los renos, en primavera u otoño, hablaban de ello. Aslak llegó incluso a recibir la visita de algunos de ellos en su tienda. Olaf fue hasta allí. Y Johan Henrik también. Mattis iba a menudo. Él no lo entendía. Iban a verle pese a que quizás él era el menos afectado por el asunto. Los demás lo sabían. Ésa era la razón por la que iban a verle. Se lo dijo. Tenéis demasiados renos. Por

eso necesitáis pastos más grandes. Y por eso hay tantos conflictos. Pero le respondían que se necesitaban muchos renos para pagar los gastos, las motos, los *quads*, los coches, el camión matadero o el alquiler del helicóptero. «No lo entiendes, Aslak —le decían—: tú apenas tienes doscientos renos».

Aslak se los quedaba mirando y decía: «Tengo doscientos renos y vivo. Tengo doscientos renos y no necesito pastos inmensos. Tengo doscientos renos y los vigilo. Siempre estoy con ellos. Las hembras me dan la leche. Me conocen. Mis renos se quedan a mi lado cuando me acerco a ellos. No necesito pasar días y días buscándolos por todas partes por la tundra. Mis esquís y mis perros me bastan. ¿Soy peor pastor porque tengo menos animales o porque no tengo motonieve?».

Al decir esto, Aslak veía a menudo un velo triste que ensombrecía el rostro de los otros pastores. Se quedaban en silencio. Los más veteranos recordaban que también ellos habían conocido esos tiempos. Los más jóvenes decían que también les gustaba su motonieve. Que les gustaba poder ir a pasar una noche en el pueblo, el sábado, cuando trabajaban de firme. Que en esos casos la motonieve les iba bien. Aslak meneaba la cabeza. Guardaba silencio. Los jóvenes pastores también guardaban silencio. A veces, sin embargo, volvían a verle. Simplemente para entender cómo eran las cosas antes. Algunos lo temían. Y a pesar de ello iban a visitarlo. Ésos se quedaban a distancia. Pero Aslak veía que lo observaban de lejos cuando esquiba con sus renos. Se quedaban mucho tiempo, hasta que el frío los expulsaba del lugar.

## Kautokeino

Alguien estaba llamando a su puerta. Nerviosamente.

—¿Qué sucede? —gritó Klemet, que seguía de mal humor.

Nina entró, se plantó frente a él con las piernas abiertas, las manos en las caderas, el ceño fruncido y la mirada decidida. Se había vestido con el mono y llevaba su mochila y otra bolsa en bandolera. Parecía preparada para salir.

—¿Te vas a sumar a Brattsen o vas a perseguir renos? —le preguntó él

con tono de reproche.

—Coge tus cosas, Klemet, todo; nos vamos de misión. No tenemos por qué quedarnos aquí con Brattsen vigilándonos. Date prisa. Te espero en el garaje.

Salió tan deprisa como había entrado. Klemet levantó la vista al cielo. Justo había empezado a repasar los últimos conflictos entre ganaderos, algo que había dejado de lado tras el robo del tambor y la muerte de Mattis. Más por rutina, para recuperar el aplomo, que por un verdadero deseo de volver a dedicarse a esos asuntos. Pero estaba indeciso. Despreciaba a Brattsen, mas éste había logrado maniobrar con agilidad. Klemet tecleaba en su ordenador. Con demasiada agilidad incluso para un tipo como Brattsen. Klemet pensó por un instante en prevenir a Johan Henrik y a Olaf. Pronto cambió de opinión. Eso no haría más que agravar su situación. Y también la suya. Klemet descargó unos puñetazos a ambos lados del teclado. De todas formas, era inútil quedarse allí plantado sin hacer nada. Nina tenía razón. Era mejor ir a trabajar sobre el terreno, puesto que ésa era la orden que les habían dado.

Recogió sus cosas y, diez minutos más tarde, se reunió con Nina en el garaje. Ella no había perdido el tiempo. Había llenado las garrafas de agua, ordenado el maletero del coche y cargado material limpio para dormir. ¿Qué tenía en mente? Nina le señaló el asiento del pasajero sin decir palabra, subió al vehículo y arrancó de inmediato y de forma nerviosa con una marcha atrás. Afuera el sol brillaba de nuevo. La luz era muy viva. Klemet cerró los ojos. Sintió el aire frío que le daba en la mejilla derecha por una rendija de la ventanilla, pero dejó que la gélida corriente le agrediera. La iniciativa de Nina le gustaba porque le permitía escapar de Brattsen. Su ausencia pasaría inadvertida. Era propio de la policía de los renos patrullar permanentemente, lejos de la base. Esa semana tendrían que haber estado de descanso, pero todos los horarios se habían visto trastocados. Podían partir de misión sin problemas durante varios días y contentarse con enviar un anodino mensaje de vez en cuando. Con un poco de suerte, Brattsen no se daría cuenta. Estaría demasiado ocupado. Nina estacionó en el aparcamiento del supermercado y apagó el motor. Estaba pensando en lo mismo que él.

—La cuestión es cómo evitamos tropezar con los equipos que mandará

Brattsen —dijo ella—. De lo contrario, es capaz de ponernos en cuarentena.

—Brattsen pondrá toda la carne en el asador con lo de las detenciones. Lo conozco. Es un jabalí. Se lanza al frente sin más. No se toma la molestia de seguir otras pistas al mismo tiempo. Además, sueña con meter en cintura a los samis. Ese gilipollas de mierda debe de estar en el nirvana.

Nina nunca había oído a Klemet hablar así. Debía de estar muy dolido.

—Lo que no entiendo es cómo ese tipo puede llevar aquí tanto tiempo si no soporta a los samis. Me pregunto a quién detesta más, si a los samis o a los pakistanís.

—¿No exageras? Sé que en Suecia se es muy severo con esas cosas, pero...

—¿Exagerar? Ese tipo podría ser el portavoz del Partido del Progreso. Ni siquiera lo disimula. Dios mío, ese partido ha adquirido tanto peso desde hace tanto tiempo con su veinte por ciento en el Parlamento que a la gente ya no le llama la atención. Están adormilados porque se bañan en el dinero del petróleo.

Klemet suspiró sonoramente.

—¿Crees que la destitución de Tor es una cuestión política?

—¿Si lo creo? Estoy convencido. Pero pronto sabré más al respecto, puedes estar segura. En el fondo tienes razón, Nina. Me estaba durmiendo un poco. Me imagino que es porque se acerca la jubilación. Pero no puedo dejar que Brattsen destruya todo cuanto hemos construido. Y además debemos concluir la investigación de esos casos.

Klemet vio que Nina estaba radiante. A pesar de su apariencia sencilla, esa chica era una luchadora.

—Vamos a necesitar un nuevo cuartel general —reflexionó Klemet.

—Se me ocurre uno: ¡tu tienda! Y si no recuerdo mal, incluso tienes unas cuantas botellas que nos darán fuerzas para la tarea. Si aún quedan, por supuesto.

La amplia sonrisa de Nina iluminó su rostro. Le tendió la mano a Klemet, que se la estrechó y le devolvió la sonrisa.

La preparación de las provisiones para la acampada, así como tener que ir a buscar el remolque, las motonieves y las reservas de gasolina, les llevó la tarde entera. Dejaron el coche y el remolque frente a la casa de Klemet y fueron directamente a la tienda. Klemet echó leña y el fuego ardió con rapidez. Aún hacía frío en la tienda, pero Nina ya se sentía bien allí. Klemet había logrado crear una atmósfera verdaderamente cálida. Ella se instaló a la izquierda y sacó de inmediato sus documentos. Klemet se sentó junto a ella y sacó sus papeles. La tienda era lo bastante amplia como para estar cómodos. Klemet sacó almohadas y cajas y organizó unas superficies de trabajo. Conectó su ordenador en un enchufe discretamente oculto. Nina le sonrió, sin decir nada.

—Comencemos por los datos del GPS —propuso Klemet.

Ambos cogieron la carpeta que contenía sus coordenadas. Él extrajo de su mochila un fajo de mapas a escala 1:50 000 y los desplegó frente a ellos. Las dos horas siguientes transcurrieron en silencio. Llenaron los mapas de puntos y trazos rojos. Uno y otro estaban absortos en su tarea y daba la impresión de que habían redoblado sus fuerzas desde que los habían apartado del caso. Y la novedad era que, por primera vez, parecía unirlos una verdadera complicidad.

Lunes, 24 de enero

20.10 horas. Kautokeino

Klemet fue el primero que sintió escalofríos en el espinazo. Ordenar los datos había sido más laborioso de lo que imaginaba. El archivo del GPS había sido destruido por el fuego y en parte estaba dañado. Pero había logrado dar finalmente con una cierta lógica y, sobre todo, había podido establecer una lista cronológica de los datos. Luego todo fue bastante rápido. Sólo fue necesario trasladar los datos restantes a los mapas. Klemet se había asegurado de que Nina siguiera el mismo proceso y, en media hora, obtuvieron un trazado a grandes rasgos, pero claro. Klemet introdujo a continuación los datos en el programa de posicionamiento geográfico de que disponía la policía. Después de todas las horas que se habían pasado, entre el domingo y el lunes, manipulando aquellas cifras, era súbitamente emocionante imaginarse a Mattis de carne y hueso sobre su motonieve durante los últimos días y horas que habían precedido a su muerte.

La mayoría de las líneas rojas que aparecían indicaban que Mattis había permanecido en los alrededores de su gumpi, sin duda vigilando a los renos. Los numerosos rastros dibujaban unas ondas que alcanzaban los territorios de todos los vecinos, con estancias más prolongadas en el gumpi.

—Para ser un ganadero que tenía problemas con sus vecinos, Mattis pasaba mucho tiempo en su gumpi —observó Klemet—. Demasiado tiempo.

Dejaba a sus renos sin vigilancia la mayoría del tiempo; en todo caso, así fue en los días precedentes a su muerte. No es de extrañar que sus vecinos estuvieran hartos.

Nina, la primera, descubrió un trazado que no debería existir. Por lo menos, no en aquel momento.

—¿No dijo Berit que oyó la motonieve hacia las cinco de la madrugada? —dijo.

—A eso de las cinco, sí. Los faros de la motonieve iluminaron su habitación. Y el piloto vestía un mono de trabajo naranja. Y ahora mira de cuándo es el último dato.

Nina amplió el mapa.

—Las cuatro y veintisiete. La última vez que Mattis deja su motonieve frente al gumpi —observó Nina—. Dijo que había estado parte de la noche vigilando los renos.

—Así es —corroboró Klemet—. Así que no pudo estar a la vez en su gumpi y delante del Centro Juhl a las cinco de la madrugada, pues por lo menos hay dos horas de trayecto entre un sitio y otro.

—En tal caso...

—Es tal caso, ¿qué significa esa ida y vuelta a Kautokeino? El domingo por la tarde...

—Por la tarde, o la noche del robo.

—Sí, la motonieve salió de allí a la una y cincuenta y dos, así que le llevó dos horas y media volver. Teniendo en cuenta la tempestad de esa noche, no sería extraño que hubiera tardado más.

—Conclusión —prosiguió Nina—, eso significa que no pasó la noche cuidando de los renos, como nos dijo.

—Y eso explica que estuviera tan cansado.

Los dos policías observaron de nuevo las rutas.

—¿Y no podríamos considerar que él hubiera dicho la verdad, que otra persona hubiera tomado prestada su motonieve?

—¿Una persona que habría estado antes en el gumpi?

Klemet hizo un mohín.

—A fin de cuentas —apuntó Nina—, tenemos la segunda motonieve con

dos personas. No sabemos a qué hora llegaron. Ni cuáles eran sus intenciones. Tal vez fueran ganaderos que habían ido a echarle una mano a Mattis para reunir sus renos. Y se podrían haber peleado por algún motivo.

—Mattis no mencionó ayuda alguna, recuerda, dijo que había trabajado solo toda la noche. ¿Por qué iba a ocultar que recibió ayuda? No tiene sentido. No, sólo veo una explicación...

Klemet miró a Nina y vio que ella lo sabía, pero le costaba formularlo.

—¿Te refieres a que Berit se equivocara de hora?

—A que se equivocara o mintiera deliberadamente.

—¿Berit? ¿Mentir? ¡Imposible! ¡Pero quizás oyó otra motonieve a las cinco! La del ladrón.

—Es una hipótesis, es cierto —admitió Klemet—. Pero reconocerás, sin embargo, que la motonieve de Mattis, pilotada o no por él mismo, llegó a los alrededores del Centro Juhl, y, por lo tanto, de casa de Berit, el domingo alrededor de las diez de la noche. Y no se movió de allí en toda la noche. Todo eso plantea muchas preguntas.

Klemet consultó súbitamente su reloj.

—Las ocho y media. Nina, creo que aún tenemos tiempo de hacerle una rápida visita a Berit.

Diez minutos más tarde, Klemet y Nina llegaron a casa de Berit. Los dos policías permanecieron un instante en el coche. El pequeño edificio de madera amarilla se hallaba a unas decenas escasas de metros de la entrada del Centro Juhl. Se veía luz. Berit se acostaba temprano, pero aún estaba despierta. Desde su casa, asomándose a la ventana, se veía bien la entrada del centro, y con claridad. Estaba completamente oscuro, como a las cinco de la madrugada de la noche del robo. También se veía el albergue de juventud, al otro lado de la pequeña carretera. El mismo en el que esa noche se había celebrado una fiesta en la que había corrido mucho alcohol.

Había pilas de nieve junto a los costados del edificio. Parte de la nieve había resbalado del tejado. No obstante, el resplandor de las farolas iluminaba una espesa capa de nieve sobre éste. Berit había despejado la entrada, pero no

alrededor de la casa, y la nieve casi llegaba a la altura de las ventanas. Su coche estaba aparcado bajo un diminuto tejadillo que protegía también la leña de abedul. Los policías vieron una silueta que pasaba lentamente frente a la ventana de la cocina. Unos rastros paralelos se hundían en un montón de nieve bajo una ventana. Los pasos de Nina y Klemet crujían sobre la nieve cristalizada. La temperatura debía de haber bajado de nuevo alrededor de los treinta grados bajo cero. Klemet llamó a la puerta. Oyeron unos ruiditos y la puerta se abrió.

Berit los recibió, sorprendida. Miró al uno y a la otra y en su rostro acabó por dibujarse una sonrisa al reconocer a Nina.

—No os quedéis aquí; entrad, que dentro se está caliente, o el frío os va a matar.

Los policías entraron y se descalzaron. Berit los condujo directamente a la cocina y les indicó que se sentaran a la pequeña mesa de abeto. Vestía una bonita túnica acampanada de paño azul ultramar. El bajo de la prenda estaba formado por una banda de terciopelo rojo ondulado, como el telón de un teatro. Un fino ribete amarillo la separaba de la tela. Berit llevaba sobre los hombros un fular de colores tornasolados, los colores tradicionales samis: rojo, amarillo, verde y azul. Éste le cubría también el busto y estaba cerrado con una joya formada por pequeños discos huecos ensamblados en un motivo regular. El gorro de lana roja, bordeado también con ribetes de amarillo dorado, iluminaba su rostro arrugado y sus ojos marrones, que los párpados cubrían a medias. Berit permanecía de pie, con una mano sobre la otra y una mirada interrogativa.

—¿Café?

Sin esperar su respuesta, se volvió y preparó la cafetera. La cocina estaba modestamente amueblada, al igual que la casita. Klemet adivinó que en la planta superior debía de haber dos habitaciones, como mucho. El salón debía de tener el tamaño de la cocina, o apenas poco más. Un lavadero, sin duda detrás de la puerta, a la izquierda del viejo refrigerador, completaba la distribución de habitaciones. El suelo estaba cubierto de linóleo marrón y los muebles de la cocina eran de abeto barnizado. Los raros utensilios visibles estaban guardados en un lugar que, a buen seguro, les había sido asignado

mucho tiempo atrás. Aparte del paquete de café y de un pequeño cesto con dos manzanas, no se veía más comida. Sobre la mesita, un hule encerado hacía las veces de mantel. El hule estaba combado y tenía numerosas señales de cortes. Berit vivía en una pobreza que habría despertado la admiración de la madre de Nina. La débil iluminación ni tan sólo transmitía la impresión de una calurosa intimidad, sino que amplificaba en Nina un sentimiento de tristeza y abandono. Berit era una mujer a la que la vida no le había regalado nada y que se contentaba con lo estrictamente necesario. Sin embargo, esa miseria no se explicaba sólo por su situación. Su convicción laestadiana no invitaba a hacer ostentación de las riquezas.

Berit les sonrió de nuevo y sacó dos tazas. Cogió un cuchillo y cortó las dos únicas piezas de fruta que tenía en finas láminas, que dispuso sobre dos platos, delante de cada uno de los policías. Encendió una vela y la colocó en medio de la mesa. Se sirvió un vaso de agua. Klemet y Nina habían permanecido en silencio, respetando la solemnidad del instante. Pero sin decir nada, cada uno examinaba también a la anciana, tratando de descifrar, en esa triste cocina, aquel rostro arrugado y bondadoso rodeado de los tornasolados colores de su túnica.

Berit fue la primera en romper el silencio.

—¿En qué puedo ayudaros? ¿Tenéis alguna novedad respecto al asesino de Mattis?

—La investigación avanza —respondió Klemet—. Y espero que puedas ayudarnos, Berit. De hecho, estoy seguro de que podrás ayudarnos.

Berit sonrió, con las manos entrelazadas.

—Lo haré con mucho gusto, si Dios quiere.

Klemet asintió. Con aplomo, sacó un mapa de su mochila. Berit se aproximó con su vaso de agua.

—Mira, Berit, nos dijiste que oíste la motonieve del ladrón hacia las cinco de la madrugada del lunes. Pero no hemos hallado ningún rastro que nos lo confirme. Es extraño. En cambio... hubo ahí otra motonieve unas horas antes, Berit.

Klemet se detuvo un instante. Berit mantenía una sonrisa atenta, pero él tuvo la impresión de que apretaba con más fuerza el vaso de agua.

—¿Ah, sí? ¿Estáis seguros?

—¿Sabes que hubo una fiesta en el albergue de juventud? —intervino Nina por primera vez.

—¿Una fiesta?

—¿Recuerdas qué tiempo hacía esa noche? —añadió Klemet, sin dejarle a Berit tiempo para responder.

La mujer parecía ahora desamparada, zarandeada por la rápida sucesión de preguntas. Puso una mano sobre el respaldo de la silla que tenía frente a ella, como para asegurar el equilibrio.

—Una fiesta, el tiempo... No entiendo nada. Por favor, ya estoy mayor.

Con sus párpados caídos y su aire súbitamente extraviado, daban ganas de apiadarse de ella.

—Berit, dijiste que te despertó el ruido de la motonieve —insistió Klemet—. ¿Has oído llegar nuestro coche esta noche?

—Yo..., sí..., no, no lo sé, creo que no he prestado atención, estaba guardando cosas.

—Berit, esa noche había una tormenta. El viento soplaba muy fuerte. No pudiste oír la motonieve porque la tempestad ahogaba el ruido.

La anciana se agarraba al respaldo, sin responder. Hacía unos extraños movimientos con la boca, como si se mordiera el labio inferior. Pero no respondía. Klemet juzgó que había llegado el momento de ponerla entre la espada y la pared.

—Otra cosa, Berit, sabemos que la motonieve de Mattis estuvo aparcada aquí buena parte de la noche. En concreto, entre las diez de la noche del domingo y las dos y veinte de la madrugada. ¿No te parece raro? También son raras esas huellas de motonieve sobre la pila de nieve, como si alguien hubiera chocado ahí por no haber podido detenerse a tiempo. Es todo un poco extraño, ¿no crees?

—Oh, Dios mío, Dios mío... —se estremeció Berit, mientras depositaba, temblorosa, el vaso de agua sobre la mesa, sin poder evitar derramar algunas gotas.

Nina se puso en pie y asió a la anciana de los hombros. Apartó la silla y la ayudó a sentarse. Berit se dejaba ayudar.

—Berit —le dijo Nina, sosteniendo la mano derecha de la vieja sami entre sus manos—, ¿fue Mattis a tu casa la noche del domingo al lunes?

—Oh, Dios mío, Dios mío..., Dios todopoderoso.

Berit miraba, desesperada, a Nina. La joven trataba de animarla con la mirada y una sonrisa. Berit la miró y miró a Klemet, que se había inclinado sobre la mesa para aproximarse a ella, y volvió a mirar a Nina, que seguía muy atenta.

—Oh, Señor, ayúdame —dijo de repente, y se echó a llorar.

Las lágrimas le brotaron de golpe y abundantemente, y no hizo esfuerzo alguno por contenerlas. Lloraba e invocaba a Dios, meneando la cabeza y apretando la mano de Nina sin darse cuenta. La joven policía se arrodilló junto a ella y le estrechó la mano entre las suyas. Klemet buscó con los ojos un rollo de papel, pero no vio nada más que un trapo y se levantó para cogerlo y tendérselo a la anciana. Ésta aún sacudía la cabeza, llorando y sollozando. Nina tomó una esquina limpia del trapo y le enjugó los ojos con delicadeza, con lo que Berit pareció volver a la realidad. Su rostro empapado de lágrimas se iluminó por un instante. Sonrió con tristeza y pasó su mano temblorosa por la mejilla de Nina, mientras sorbía los mocos. Luego miró a Klemet.

—Sí, Mattis estuvo aquí esa noche. Fue la última vez que lo vi.

Estalló de nuevo en profundos sollozos. Los dos policías se miraron. Nina estaba emocionada por la reacción de la mujer. Sus ojos estaban ligeramente húmedos. Klemet le hizo una señal con la cabeza para darle ánimos.

—Cuéntanos, Berit —dijo Nina.

La sami cogió el trapo y se sonó largamente.

—Oh, Señor, Señor...

Su voz ya empezaba a calmarse. Meneaba un poco la cabeza de izquierda a derecha.

—Ese pobre Mattis nunca tuvo suerte. Esa noche estaba desesperado. Y había bebido. Dios mío, lo que había llegado a beber.

—¿Qué sucedió? —preguntó Klemet—. ¿Por qué había bebido?

Berit se enjugó los ojos.

—Es ese tambor, Klemet, ese tambor. Ya sabes cómo le obsesionaban los

tambores. Pero con ese tambor del Juhl todavía era peor. Ése era de verdad. Y alguien le metió en la cabeza que podría recuperar el poder del tambor y convertirse en un chamán aún más importante que su padre. Oh, Dios mío, Klemet, Dios sabe que traté de hacerle entrar en razón. Pero esa noche se había dado a la bebida y..., y se marchó. Lo vi de nuevo más tarde. Llevaba una manta que cubría algo y subió al primer piso, a una de las habitaciones. Lo oí cantar, gruñir, gritar y cantar yoiks otra vez. Y se enfadó. Oí el ruido de una botella al romperse y luego llantos. Eso debió de durar dos horas. Era horrible, y no se acababa nunca. En un momento determinado, empecé a preocuparme de veras y subí. Ni siquiera osé abrir la puerta. Miré por la cerradura. ¡Oh, Dios mío, qué visión! Bajé de inmediato —dijo, azorada—. Volví a sentarme aquí y recé, recé mucho.

Berit bebió un trago de agua. Su rostro se serenó. Ya no lloraba.

—Finalmente, bajó. El pobre. Parecía tan desgraciado, tan desesperado... Tenía la mirada extraviada. Creo que nunca lo había visto así. Vino a la cocina y aún estaba medio lloroso. Siguió llorando contra mí, como un niño. Y luego, de repente, se incorporó y me dijo: «En todo caso, si lo quiere recuperar, le va a salir muy caro». Sólo dijo eso. Pero pareció tomar una decisión. Recogió sus cosas y se marchó.

Berit agarró el trapo y se lo llevó a la boca. De nuevo fue presa de la emoción.

—Y no lo volví a ver —dijo a continuación bruscamente, con un nudo en la garganta, antes de estallar otra vez en sollozos.

Los policías la dejaron llorar. Nina le tomó de nuevo la mano.

—¿A qué hora se marchó Mattis? —preguntó Klemet.

Berit recuperó la calma.

—Debió de ser cuando has dicho, hacia las dos o las dos y media. Estaba muerta de cansancio.

—Así que se ausentó brevemente hacia medianoche —prosiguió Klemet—. ¿Sabes adónde fue?

Berit lo miró.

—Ya lo sabes, Klemet. Fue al centro, y fue él quien robó ese maldito tambor cuyo poder le habían prometido. Oh, Dios mío, toda esa noche trató

de controlar el tambor, yo lo entendí. Quería que lo obedeciera y el pobre no lo consiguió, evidentemente. Estaba destrozado por no estar a la altura.

—¿Sabes de quién hablaba al decir «si lo quiere recuperar, le va a salir muy caro»?

—No, no lo sé. ¡Pero sí sé que eso le mató!

Lunes, 24 de enero

21.50 horas. Kautokeino

Las nuevas órdenes de Rolf Brattsen se ejecutaron con ejemplar celeridad. Brattsen había sido muy claro. Nada de retrasos. Acción rápida e impactante. Se requerían resultados. ¡A por ellos! De haber podido, habría armado a sus policías, pero consideró que eso sería llevar las cosas demasiado lejos. Según las informaciones reunidas, Olaf Renson aún se hallaba en Kiruna. A Brattsen le pareció inútil alarmar a sus colegas suecos. Eso no haría más que complicar las cosas, y él odiaba la burocracia y a los burócratas casi más que a los samis y a los pakistanís. Sería mejor esperar a que Renson volviera a Kautokeino. La sesión del Parlamento sami había terminado ese lunes por la tarde. Brattsen se informó discretamente. Renson, por lo tanto, estaría de vuelta en Kautokeino a la mañana siguiente.

Dos equipos habían ido a tomar posiciones para estar en condiciones de atrapar a Johan Henrik al día siguiente, antes de que se marchara al vidda. Habían acampado lo más cerca posible de sus tierras y estarían al pie del cañón por la mañana. Se imponía la discreción. De todas formas, Brattsen no esperaba que los ganaderos ofrecieran resistencia. Contaba con el respeto de los samis a la autoridad. El único que podría causar problemas sería Renson. Ese cabezota sería capaz de alertar a los medios de comunicación y de adoptar su pose indignada, como tan bien había sabido hacer cuando en su

momento se le había arrestado por el atentado con explosivos en un yacimiento minero en Suecia.

Si todo salía bien, Rolf Brattsén podría poner entre rejas a los dos samis el martes. Antes de lo previsto. Eso es un buen trabajo, se dijo. El viejo Olsen no se había equivocado. Y si todo seguía como estaba previsto, si allá en la tundra el francés y Aslak trabajaban con tanta eficacia como él, pronto sería rico...

## 22.10 horas. Laponia central

Aslak y el extranjero regresaron a su campamento tras aquella nueva jornada, más larga que de costumbre. El francés se había aislado en un rincón de la tienda y observaba las piedras que había traído. Tomaba notas en un cuaderno, consultaba los mapas, hacía marcas en ellos, hojeaba un libro, observaba las piedras con lupa, las medía, anotaba más cosas y no dejaba de maldecir ni un momento.

Aslak no conocía la ciencia de las piedras como aquel hombre poseído, pero sabía cuáles eran lo bastante blandas como para ser esculpidas. Sin embargo, prefería trabajar el hueso de reno. Lo había aprendido de su abuelo, que los acompañaba en las trashumancias. Entonces el anciano ya no era capaz de ayudar en el trabajo con los renos. Se pasaba el día en el campamento, cubriendo a diario dos etapas de distancias muy variables, a voluntad de los animales. La familia llevaba a cabo esas trashumancias dos veces al año: en primavera, cuando las manadas abandonaban el vidda, la Laponia interior, tras el nacimiento de las crías, para remontar hacia el norte, hacia la costa, hacia los verdes y ricos pastos de las islas del Gran Norte. Los renos huían del calor del vidda y de los mosquitos, que los volvían locos. El viaje tras los renos podía durar un mes. El camino a la inversa se recorría en otoño. Los pastos de verano estaban agotados y la manada encontraba naturalmente el camino hacia el vidda. La pitanza de invierno era escasa. Liquen. Aceptable para los renos sólo porque estaba empapado de nieve.

Aslak recordaba haber vivido durante esas largas y lentas trashumancias

en un estado que no había vuelto a experimentar desde que se había hecho un hombre. Uno de los jóvenes pastores que a veces iban a verlo utilizó la palabra felicidad. Aslak no entendió qué quería decir. Sólo sabía que de niño había aprendido del abuelo todo cuanto es importante en la vida de un hombre.

Su anciano abuelo tenía grandes dificultades para caminar, pero durante los largos días de espera en el campamento, cuando los pastores vigilaban a lo lejos las manadas en los pastos de la etapa, el abuelo daba a veces cortos paseos. Un día, se llevó a Aslak a la cumbre de una montaña. No era muy elevada. Su cima era plana. Pero desde lo alto se podían ver las otras montañas hasta donde la vista alcanzaba. Aslak aprendió a quererlas ese día, cuando su abuelo le dijo: «Ves, Aslak, esas montañas se respetan las unas a las otras. Ninguna trata de ser más alta que las otras para hacerles sombra o para ocultarlas o para decir que es más bonita. Desde aquí podemos verlas todas. Si vas a la montaña de allá abajo, será igual, también verás todos los montes alrededor». Su abuelo nunca había hablado tanto. Su voz era tranquila, como siempre. Un poco triste, tal vez. «Los hombres deberían hacer como las montañas», dijo. Aslak no respondió nada. Miró a su abuelo y contempló el paisaje que se extendía en esa zona. Las lánguidas montañas de Laponia nunca habían sido tan bellas. Las infinitas extensiones de brezos, con sus tonos de fuego, sangre y tierra, centelleaban y crepitaban llenas de vida bajo los rayos del sol. Su abuelo cogió un asta de reno que se había encontrado por el camino. Sacó su cuchillo y empezó a tallarla. Se quedaron en silencio durante horas en la cima de esa montaña. Al fin, le mostró el asta a Aslak. Había grabado sus iniciales y la fecha de ese día. Luego clavó el asta entre dos grandes piedras. Estaba cansado. Antes de descender hacia el campamento, tomó a Aslak de la mano y le dijo: «Así, cuando haya muerto, los hombres podrán decir que pasé por aquí este día con mi nieto».

Kautokeino

Klemet y Nina se habían retirado al salón. Creían la versión de Berit. La

granja y el gumpi de Mattis habían sido registrados y no se había encontrado el tambor. Al volver a la cocina, les aguardaba café recién hecho y una nueva vela. Berit se había secado las lágrimas. Tenía los ojos hinchados. Klemet la conocía lo bastante como para saber que debía de estar atormentada. Se acercó a ella y la tomó de los hombros.

—Berit, ¿por qué dijiste una hora falsa a la policía? Sabes que está mal mentirle a la policía...

Berit lo miró con unos ojos inmensamente tristes.

—Mattis era como un hermano pequeño para mí. Cuando yo era jovencita, ayudé a su madre a traerlo al mundo. Nuestras familias se criaron juntas. Cuando estaba en su gumpi, en el vidda, a veces venía a mi casa a tomar un bocado. Dormía en la habitación de arriba. Era más práctico para él que volver a su granja, que cae muy lejos. Le lavaba la ropa. Le daba de comer. Lo escuchaba. Sabía que yo no lo juzgaría. Aquí encontraba un poco de paz.

Klemet asintió con la cabeza.

—Berit, nos gustaría saber exactamente a quién vio Mattis durante los días precedentes a su muerte. Esto podría ser importante para dar con la persona de la que habló justo antes de marcharse.

Nina extendió el juego de fotografías que había traído del despacho. Seleccionó las de los protagonistas de los dos casos, que ahora, con toda certeza, ya no eran más que uno. El ladrón había sido identificado. Quedaba por saber si Mattis había actuado solo. Nina extendió las imágenes; los rostros se sucedían. Mattis. Ailo. John. Mikkel. Johan Henrik. Olaf. El pastor. Helmut, del Centro Juhl. La propia Berit. Y Aslak. Faltaba aún una foto de Racagnal. Nina había añadido un retrato de Sofia. Y para ser exhaustiva, también de la mujer de Aslak y de Johan Mikkelsen, el periodista de la NRK.

Berit contempló las fotos en silencio un rato. Klemet y Nina espiaban sus reacciones, pero la anciana parecía sobre todo triste. Tocó la de la mujer de Aslak.

—Pobre mujer...

Siguió mirando las fotos. Meneó la cabeza.

—No sé qué decir. Mattis conocía a todo el mundo. A Helmut, para el

que a veces hacía tambores pequeños para los turistas. Ya veis, siempre los tambores. No lo podía evitar, el pobre. Qué decir del pastor: Mattis no era practicante y aún menos creyente, pobre. Y mira que eso lo habría ayudado. Vivía en su mundo, creía que todas las cosas tenían un alma, hasta la roca más pequeña, los árboles, todo.

Berit se santiguó, por reflejo. Apartó las primeras fotos y siguió con las otras. Guardó el retrato de Aslak deslizándolo lentamente, sin quitarle la vista de encima. Cogió el de Olaf.

—Con Olaf no se trataba mucho. Creo que Olaf despreciaba un poco a Mattis. O que le parecía demasiado..., demasiado lejano. Mattis participó un día en una reunión política de Olaf. Esas cosas le interesaban, esas historias sobre Laponia, sobre la autonomía y sobre los valores lapones. Eso le gustaba, me lo dijo. Creo incluso que votó a Olaf en las elecciones al Parlamento sami. Pero Olaf necesitaba que Mattis repartiera panfletos en los mercados, y Mattis casi siempre se olvidaba de ir. Olaf se hartó. Empezó a criticarlo, a decir que, contentándose con sus tambores, hacía el juego a los políticos que querían recluir a los samis en un parque de atracciones cultural para turistas. Recuerdo la expresión, porque me pareció una maldad.

Guardó la foto de Olaf sobre la de Aslak y tomó la siguiente, Ailo. Antes de que empezara a hablar de nuevo, Nina le sujetó la mano.

—Berit, no has dicho nada sobre Aslak... Y, sin embargo, eran bastante próximos, ¿no?

Berit puso cara de niña pillada en falta y sus párpados cayeron un poco más sobre sus ojos.

—Oh, Aslak, sí, por supuesto, se conocían. Se respetaban. Se veían en el vidda, eso es todo.

Volvió a coger la foto de Ailo, como si quisiera abreviar sus comentarios acerca de Aslak. Nina se sorprendió, pero la dejó proseguir.

—Habría sido mejor si, a ése, Mattis no lo hubiera frecuentado tanto. Con los otros dos, que siempre andan juntos. Ailo Finnman. Él y su familia... Se creen que todo les está permitido. Amenazan a todo el mundo en el vidda, se abren camino a codazos.

—¿Mattis los frecuentaba?

—Frecuentarlos es una manera de hablar. A veces hacían pequeños negocios entre ellos. También les echaba una mano para la selección. Yo le decía a Mattis que no frecuentara a ésos, pero él solía hacer lo que le venía en gana. Los otros le vendían tambores en negro. Y también traficaban con mercancías. Nunca quise saber más. Pero tú debes de estar al corriente, Klemet, del trapicheo con esos grandes camiones que permanentemente cruzan Laponia entre Noruega, Finlandia y Suecia.

—¿Sabes dónde estuvo Mattis el domingo, antes de ir a tu casa? Según el GPS, esa noche estuvo en Kautokeino desde las diez. Pero a tu casa no llegó hasta más tarde, ¿verdad?

—Sí, es posible. Ya no recuerdo exactamente la hora. Si esa máquina dice eso, pues será verdad. Pero no sé a quién vio, si vio a alguien. Lo que es seguro es que cuando llegó ya había bebido. No es extraño. Sabía que en mi casa no hay alcohol y que no quiero que se beba aquí. Pero, Dios mío, esa noche... Oh, Dios mío, había bebido y bebido...

Klemet y Nina le dieron las gracias a Berit, que dejó las últimas fotos sobre la pila. Su mirada se desplazó al montón contiguo que Nina había dejado a un lado, con las imágenes de Henry Mons de la expedición de 1939.

—Vaya —dijo—, ¿qué hace ése ahí? —se sorprendió Berit.

Los policías se inclinaron sobre la foto y la aproximaron a la vela.

—¿De quién hablas? —preguntó febrilmente Nina.

—De ése, el del bigote.

—¿Lo conoces? —insistió Klemet.

—No, pero el otro día, al limpiar en las habitaciones de la casa de Olsen por primera vez desde hacía mucho tiempo, vi unos cuadros en su cuarto. Y vi esa cara, que bien podría ser su padre.

El padre de Karl Olsen. Eso explicaría la presencia de aquel hombre en la expedición. Olsen padre ya debía de ser granjero en esa época y debió de haber proporcionado al equipo parte del material, quizá los vehículos o los animales, caballos o asnos. Eso, sin embargo, no permitía comprender su desaparición de las fotos poco tiempo después de la marcha de Niils Labba y de Ernst Flüger, el geólogo alemán. Aunque Karl Olsen aún no había nacido en esa época, quizá su padre le hubiera hablado de la expedición.

—Iremos a visitarle —dijo Klemet—. Ya veremos. ¿A qué hora se le puede encontrar en la granja?

—Oh, por la mañana seguro, porque Mikkel y John van a trabajar en sus máquinas. Van por la mañana, y al viejo Olsen le gusta tenerlos vigilados para comprobar que hacen bien su trabajo.

—¿John y Mikkel? ¿Hace tiempo que trabajan para Olsen? Creía que sólo hacían algunos encargos extra en el taller.

—Ésos están por todas partes. Ya hace años, sí, años, que rondan también por casa del viejo Olsen —respondió Berit—. Y Mattis iba a verlos a veces a la granja para hacer de mecánico con ellos. Mattis tomaba prestadas herramientas del viejo. Imagino que allí harían sus trapicheos.

El teléfono móvil de Klemet sonó. En la pantalla apareció el nombre de Tor Jensen. El retorno del Sheriff. Klemet se fue al salón y atendió la llamada. Sólo duró unos minutos. El Sheriff estaba en Kautokeino, de regreso. No de incógnito, pero casi. Había sabido que se había apartado del caso a la policía de los renos. Quería ver a Klemet esa misma noche. El tono no engañó a Klemet. El Sheriff estaba de regreso y eso le complacía.

Al volver a la cocina, vio que Nina sonreía, resplandeciente. Una sonrisa con destellos de malicia. Y de intensa satisfacción. Sobre la mesita de la cocina, una forma oscura y redondeada descansaba sobre una manta. Klemet lo comprendió a primera vista. Tenía ante sus ojos el tambor, el que Mattis había robado. El que había causado su muerte.

Lunes, 24 de enero

23.30 horas. Kautokeino

El regreso hasta la tienda de Klemet se desarrolló en un ambiente de excitación. Nina le explicó que de repente se había dado cuenta de que no le habían planteado aquella pregunta tan simple a Berit. ¡Mattis lo había dejado en la habitación para que ella lo cuidara! Y Berit lo guardó en el armario de la cocina. Los policías se marcharon de inmediato con su tesoro. Exigieron con firmeza a Berit que no dijera nada a nadie acerca del tambor, puesto que la investigación aún seguía su curso. Al ser culpable de falso testimonio y de receptación, no fue difícil convencerla.

—¿Qué vamos a hacer con el tambor? —espetó Nina—. En principio, ya no trabajamos en el caso. Se supone que deberíamos estar en plena tundra controlando las manadas.

—Lo sé, pero no nos va a amargar un dulce tan pronto, ¿verdad? No tengo ninguna intención de darle el tambor a Brattsen.

—Pero va a detener a los ganaderos.

—Los va a detener por el asesinato de Mattis, no por el robo del tambor. A no ser que espere resolverlo todo con unos pases mágicos y su redada. Tendrá que ser muy convincente.

—Pero ¿cómo vamos a ocultar el descubrimiento del tambor? Además, ya sólo faltan unos días para la conferencia de la ONU.

—Lo sé, Nina, pero tenemos que blindar nuestra posición. Tenemos que saber más acerca de lo que este tambor nos pueda contar. Y dejar que Brattsen se hunda. Luego, todo volverá al orden.

—No sé, no me gusta mucho todo esto —respondió ella con un mohín, como Klemet adivinó por su voz—. ¿Tienes intención de contárselo al Sheriff?

Klemet aún no se había decidido. Tor estaba de su parte, pero prefería ver qué tenía en mente su jefe de Kautokeino.

—Luego lo veremos, cuando se pase por la tienda.

—¿Y qué hacemos con el tambor? ¿No tendríamos que protegerlo? El director del Centro Juhl dijo que quería que lo trataran antes de exponerlo. Si provocamos desperfectos por descuido, nos arriesgamos a pagarlo muy caro.

—Mañana iremos a ver al tío Nils Ante a primera hora. Seguro que sabrá qué hacer.

Al llegar a la tienda, se abalanzaron sobre el tambor. Las llamas del fuego provocaban unas sombras extrañas sobre las paredes de la tienda. Daba la impresión de que hacían cobrar vida a los motivos que aparecían sobre el instrumento. Una línea lo dividía en la parte superior, como en el recuerdo de Henry Mons. Y se veían, en efecto, algunos renos estilizados, un poco a la manera de las pinturas rupestres. Y allí estaba la cruz, pero era mucho más que una cruz.

Nina tuvo el reflejo de sacar su cámara fotográfica para inmortalizar el tambor y conservar su huella. Luego se puso de nuevo a estudiar la piel tensada y resquebrajada de éste.

Reconoció unos renos en las dos partes del tambor. Y también peces y dos pájaros oscuros que podían ser cuervos, pero era ilusorio pretender determinar la especie. Había además una gran serpiente, muy grande en cuanto a sus proporciones respecto a los otros animales. Las proporciones, sin embargo, tenían sin duda poca importancia, reflexionó Nina, puesto que los pájaros y los peces eran del mismo tamaño que los renos. Vio signos que, sin saber muy bien por qué, pensó que eran casi indios, y también copas de

abeto, un sol, o tal vez fuera un personaje dentro de un sol. Abajo, a la izquierda de la cruz, observó una especie de barco dentro de un círculo. Debajo del trazo de separación, había un dibujo parecido a una reja. Luego había también unos rombos apoyados sobre la línea. En el lado derecho, unas olas extrañas ribeteaban el tambor. A Nina la sorprendió la asimetría de los motivos y su delicadeza. Trató de convencerse de que todo aquello podía tener un significado para ciertas gentes. Pero ¿en qué lenguaje?, pensó. Su mirada se detuvo en la cruz. Era ancha, del doble de grosor, y su centro estaba formado por un rombo. Cada brazo de la cruz tenía un símbolo diferente, y en el centro del rombo había otro más. Nina miró a Klemet, confiando en captar en los ojos de su compañero un destello de comprensión.

—¿Qué te parece?

Klemet estaba perdido. No pensaba confesarlo. Aún no. Pero al descubrir ese tambor ilegible se había dado cuenta del abismo que le separaba de la cultura sami. Que siempre le había separado de ella. Decenas de investigadores habrían matado a su propia madre por tener ese tambor en las manos. Y, en cambio, Klemet era incapaz de ver nada en él. Brutalmente, comprendió que se había criado al margen de la cultura sami y que era tan ajeno como Nina a aquello que, sin embargo, representaba el corazón de esa civilización. Y de esa historia. De golpe, le vinieron a la memoria algunas palabras de su tío. Los samis habían sido víctimas de una guerra de religión. De una verdadera guerra de religión. Y perdieron. Klemet era un ejemplo clarísimo de ello. Frente a un tambor que habría debido despertar en él unos profundos sentimientos, se quedaba indiferente.

Klemet miró de nuevo el instrumento. El trazo de separación estaba en la parte alta. La cruz se encontraba en la parte más grande de las dos zonas delimitadas por este trazo y estaba ricamente decorada. ¿Era algo inusual? Klemet habría sido incapaz de decirlo. Podía identificar renos, peces, pájaros, quizás abetos, también montañas y, sin duda, tiendas samis. Ni siquiera estaba seguro de ello. «No trates de dártelas de experto —se dijo—. ¡Menudo sami estás hecho!»

—Hay que llamar a Tor —le recordó Nina.

—Sí. Mejor ponerlo al corriente. Pero, dime, Nina, tú que no eres sami y

no conoces esta cultura, ¿qué ves en este tambor? Un ojo inocente tal vez vea mejor ciertas cosas...

La policía ya había superado el primer momento de absoluta sorpresa y ahora comenzaba a impregnarse de los signos.

—Sí —dijo—, es verdad; me imagino algunas cosas, pero ya estoy influida por la historia que arrastra este tambor. Veo muchas tiendas samis. ¿Por qué? No lo sé. En esa frontera, o esa separación, podría ver un límite entre lo que hay sobre el mar y lo que hay debajo. En los rombos podría ver icebergs. La parte submarina es mucho más importante. ¿Un lago que oculta algo? ¿Un pueblo sumergido? Durante la construcción de un pantano. Klemet, dijiste que viniste a trabajar por primera vez en la región cuando hubo las manifestaciones en Alta. ¿No eran protestas contra la construcción de un embalse?

Klemet se incorporó y tomó el tambor. Lo hizo girar y lo observó desde diversos ángulos.

—Buena teoría. Ves, me había dejado llevar tanto por los vagos recuerdos de mi tío, con esas historias de fronteras entre el reino de los vivos y el de los muertos que... Un pueblo sumergido. Un pueblo o una mina sepultada...

—¡O ambas cosas!

—O ambas cosas...

—Esa especie de reja a caballo de la línea podría ser como una escalera entre los dos lados del nivel del agua.

—Una escalera. ¿Por qué no?

—Ahí, un tipo estilizado que sostiene dos cruces: ¿será un pastor? Y aquí hay una cruz que quizá simboliza el sol, pero si lo miras de otra manera, como lo que decías del reino de los muertos... Si eso no tuviera nada que ver con el sol... A mí me parece ver más bien una especie de brújula o de rosa de los vientos. Y ese círculo, otra brújula —sugirió Nina.

—¿Por qué dos brújulas?

—¿Por qué? No lo sé. La persona que dibujó este tambor quizá tenía muchas cosas que ocultar.

—O que explicar —murmuró Klemet, sombrío.

El Sheriff llegó diez minutos más tarde. No parecía en absoluto fatigado.

Ya de vuelta de Hammerfest, se había vestido con un pantalón gris con bolsillos en los costados y un chaquetón azul marino. Estaba de un humor visiblemente combativo. Hacía lustros que Klemet no lo veía sin uniforme. El régimen a base de regalices dejaba huellas. El traje le quedaba un poco ajustado. ¡Pero qué importaba eso! Klemet se dijo que su jefe, o ex jefe, quería tomarse la revancha.

Klemet, que había escondido el tambor dentro de un baúl, le ofreció una cerveza al Sheriff.

—¿Qué ha pasado en Hammerfest? —le preguntó.

—¡Hammerfest! ¡Menuda pandilla! La región está plagada. O te encuentras laboristas hasta en el armario...

—Como tú mismo —precisó Klemet con una sonrisa.

—No me toques los cojones... O bien el Partido del Progreso mueve los hilos y manipula a los conservadores. Así van las cosas en Oslo, y puedo asegurarte que ocurre lo mismo en esta región perdida del Finnmark. ¡La gente se ha vuelto tan gilipollas como en la capital!

Nina parecía sorprendida al oír hablar así al comisario. Tor Jensen no le prestó atención a ello.

—¿El Partido del Progreso?

—No me sorprendería. Cada vez tiene más presencia en la región. ¡Incluso aquí, en el norte rojo! Le apoya el *lobby* de las motonieves.

—¿El *lobby* de las motonieves?

El Sheriff se volvió hacia Nina, molesto por la pregunta.

—¿No deberías estar al corriente de ello en la policía de los renos? ¡El *lobby* de las motonieves, joder! Klemet, explícaselo, es tu trabajo.

—Los usuarios de motonieves quieren pasear por las montañas cuando tienen vacaciones, como durante el fin de semana de Pascua, que es uno de los fines de semana más bonitos en la región, aún con mucha nieve por todas partes y mucho sol. Los noruegos de la costa salen en familia en motonieve durante tres o cuatro días para ir a su pequeña cabaña en la tundra, junto a los ríos. Pero ésa es la época en que las hembras de los renos dan a luz, y no hay que molestar a las manadas, pues de lo contrario las hembras pueden abandonar a sus crías y eso ocasionaría enormes pérdidas a los ganaderos.

Así que se producen conflictos. No sólo hay esas historias de motonieves, pero resume cómo es esa gente.

—Y esa mierda de *lobby* de las motonieves es muy poderoso en las ciudades de la costa. El Partido del Progreso recoge allí votos a carretadas, sin esfuerzo alguno.

—Ocurre igual en el lado sueco, en Kiruna —precisó Klemet—. Allí también hay un poderoso *lobby* de las motonieves. Gente que no quiere renunciar a sus distracciones, paseos en familia, caza o pesca, sean cuales sean las razones invocadas.

—No hay que dejar, de ninguna de las maneras, que Brattsen la fastidie —se indignó de nuevo el Sheriff.

Klemet permaneció en silencio un momento, observando cómo las llamas iluminaban el rostro encolerizado de Tor Jensen. Volvió la cabeza hacia Nina, sentada sobre sus talones, se miraron unos segundos y, a continuación, ella lo animó con un gesto de la cabeza. Klemet se decidió.

—Tengo una buena noticia y una mala noticia.

—No juegues con mis nervios, Klemet. ¡Te aseguro que no es el momento más apropiado!

El policía fingió no haberlo oído.

—Primero la buena noticia: hemos hecho un progreso importante en la investigación. Un progreso capital. Mucha gente va a suspirar aliviada. Ahora, la mala noticia: eso puede hacer que se paralice el resto de la investigación. O, para ser más precisos, nuestra jerarquía se va a contentar con las detenciones ordenadas por Brattsen para declarar que el caso está cerrado la víspera de la inauguración de la conferencia de la ONU.

—¿Habéis encontrado el tambor?

—Está en el baúl, detrás de ti.

Tor Jensen se dio la vuelta precipitadamente.

—Con cuidado —indicó Nina—. Es muy frágil.

El Sheriff sacó la manta y la abrió con delicadeza. Se quedó un buen rato mirándolo.

—Jamás había visto algo así.

Klemet le explicó cómo habían dado con el instrumento. El Sheriff

meneó la cabeza.

—De todas formas es cómplice de receptación. ¿Quién más está al corriente?

—Nadie.

—Bueno... —gruñó el Sheriff cogiendo de nuevo el tambor—. ¿Y qué cuenta este maldito tambor? ¿Lo habéis descubierto?

El rostro adusto de los policías le dio la respuesta.

—Vamos a ver... Aquí hay muchos animales... Una serpiente, al parecer algo peligroso. Ahí, unas focas...

—Me ha parecido ver pájaros, tal vez cuervos —dijo Nina.

El Sheriff torció el gesto.

—Focas, cuervos... En cualquier caso, animalillos. A la derecha, pájaros o montañas. Ahí, a la izquierda, tiendas, al igual que sobre la cruz. Y diría que eso es un trineo tirado por un reno. Esos puntos sobre el trineo, qué podrían ser, ¿niños? O mosquitos. O no, ¿tal vez mineral de hierro? ¿Qué os parece? Y esos personajes estilizados, parece que lleven... pistolas.

El Sheriff exhaló un largo suspiro.

—¿Habéis encontrado alguna explicación?

—No. De momento sólo una teoría, de Nina.

Klemet invitó a su colega a explicarla.

El Sheriff escuchó a la joven meneando la cabeza.

—Una mina o un pueblo sepultado. No es ninguna tontería. Puede que se sostenga. La pregunta que ahora podemos hacernos es si ese tambor sólo cuenta esa historia o si también ofrece indicaciones del emplazamiento de ese pueblo o de esa famosa mina sepultada. ¿Qué relación tiene con el asesinato de Mattis?

—Mattis quería el poder del tambor, el dinero no le interesaba —respondió Klemet.

—El dinero no le interesaba mientras se tratara sólo de pequeñas sumas, que eran su única perspectiva, con sus tamborcitos para los turistas y la carne de algunos renos. Pero la perspectiva de mucho dinero puede transformar a la gente, Klemet, incluso a aquélla aparentemente menos interesada, créeme. Al menos, de momento tenéis el tambor, y eso ya es formidable. El caso aún no

está resuelto del todo, pero la recuperación del tambor calmará los ánimos.

—No habíamos pensado en entregarlo de inmediato —rectificó Nina.

Tor Jensen miró a la joven con incredulidad y, acto seguido, a Klemet, que al parecer ratificaba sus palabras. «Lo dicen en serio», daba la impresión de pensar.

—Nina tiene razón —explicó Klemet—. La reaparición del tambor y la detención de los ganaderos marcarán el fin de la investigación y todo el mundo estará muy contento de acabar con esta historia a las puertas de la conferencia. Y sabemos que no es así. Necesitamos tiempo. Y te necesitamos a ti.

—Pero, Dios mío, si ya no pinto nada y vosotros no lleváis el caso, ¿lo habéis olvidado?

—Es todo o nada —replicó Klemet—. Si perdemos, perdemos un poco más, eso es todo. Pero si logramos resolver los casos, el beneficio también recaerá sobre ti. Se dirá que asumiste tu responsabilidad incluso en la adversidad, que tomaste decisiones arriesgadas y valientes, y todo el mundo estará tan contento del resultado que todas esas pequeñas irregularidades pronto quedarán olvidadas.

—Sí, pero si fracasa...

—Si fracasa, te enviarán a Spitsbergen y además sin la prima por ir a una zona tan apartada.

El Sheriff miró de nuevo el tambor. Acarició el contorno.

—Me voy. No he visto este tambor. Y vosotros tampoco. Os conviene mantener callada a Berit. Mañana traeré el dossier que he reunido sobre el geólogo francés. Klemet y Nina, tenéis tres días. Ni uno más.

Martes, 25 de enero

Salida del sol: 09.18 horas; puesta del sol: 13.45 horas

4 horas y 27 minutos de insolación

Gumpi de Johan Henrik, Laponia interior, y Kautokeino

La detención de Johan Henrik se produjo de buena mañana y sin mayores problemas, tal como Rolf Brattsen había previsto. Sin duda el pastor contempló la idea de darse a la fuga, pero los policías habían bloqueado las potenciales vías de escape. Eso provocó, además, problemas inesperados, puesto que aún hacía más frío que en días precedentes. Aparte de unas pocas nubes, el cielo estaba inmaculado y el termómetro había caído hasta cerca de cuarenta grados bajo cero. De todas formas, la huida de Johan Henrik habría durado poco. Con semejante frío, incluso los pastores dudaban en salir. Uno de los policías sufría sabañones y los otros, debido a la larga espera, estaban helados. Por fortuna para ellos, Johan Henrik, al ver las salidas cerradas, ni siquiera probó suerte. El pastor maldijo, escupió, amenazó y aseguró que haría responsable a la policía si su manada se mezclaba con las de los vecinos. Sin embargo, y siguiendo escrupulosamente las instrucciones, los policías se mantuvieron imperturbables. Con ganas de acabar cuanto antes mejor, sólo permitieron que Johan Henrik avisara a su hijo para que organizara la vigilancia de sus renos durante su ausencia.

La detención de Olaf Renson fue más complicada, pero en ese caso

Brattsen se lo esperaba. Renson estaba curtido en cuestiones mediáticas y disponía de una buena red de contactos, a los que podía movilizar rápidamente. Por ello, Brattsen supervisó personalmente la operación, aunque permaneció algo apartado. El viejo Olsen le había aconsejado que no figurara demasiado para poder retirarse en caso de necesidad. «Si las cosas salen como está previsto —le dijo el viejo granjero—, siempre estarás a tiempo de dar un paso al frente y ponerte las medallas. Nuestros amigos sabrán agasajarte». El viejo Olsen pensaba en todo.

Renson estaba desayunando en el hotel Thon cuando se presentaron ante él los policías. Uno de los agentes le notificó la orden de arresto. Como era de prever, Renson se indignó y empezó a proferir gritos escandalizados delante de testigos como el personal del hotel y algunos clientes que estaban sentados en aquellos momentos a las mesas. Invocó su calidad de electo y exclamó que aquello era un escándalo y un caso de discriminación. Brattsen había dado instrucciones a los policías: firmeza, pero nada de violencia. Y menos aún comentarios. No era cuestión de darle argumentos. Los policías no pudieron hacer nada cuando Renson pidió al personal que avisara a la prensa. Luego retrasó con habilidad su partida, aunque sin oponer una resistencia directamente condenable, hasta que llegó Mikkelsen, el periodista de la NRK, y algunos colegas de éste. Una vez reunidos los periodistas, Renson se dejó detener mientras gritaba que era un error judicial, acusaba a los policías de incompetencia y de racismo y censuraba la ausencia de verdaderos policías samis que pudieran hacer reinar una justicia sami en territorio sami: «De nada nos sirven unos cuantos samis que colaboran con el sistema noruego. Soy víctima de una intolerable injusticia que ilustra, una vez más, hasta qué punto es crucial nuestra necesidad de mayor autonomía».

Brattsen estuvo encantado. Por propia iniciativa, Renson había hecho recaer la responsabilidad de su arresto en Klemet Nango. El viejo Olsen estaba en lo cierto. Si el caso acababa mal, Nango aparecería fácilmente como responsable ante los ojos de la población.

Nina y Klemet acababan de oír en la radio las airadas declaraciones de

Renson sobre los samis vendidos cuando el coche personal de Klemet, un viejo Volvo rojo, se detuvo frente a la casa de su tío Nils Ante, en Suohpatjavri. Los dos policías habían actuado con discreción. Habían dejado el uniforme en casa. La señorita Chang, que había oído llegar el automóvil, los recibió en la puerta, envuelta en una manta polar.

—Hola, Klemet, ¿es tu novia?

—Mi colega —sonrió el policía, divertido ante la rápida familiaridad de la joven china—. ¿Está mi tío?

—Pasa, está desayunando.

El pequeño grupo entró en la cocina, de donde procedía la música de unos instrumentos que Klemet no logró identificar.

—Son instrumentos chinos. Su sonoridad es formidable —exclamó Nils Ante—. He tratado de combinar eso con un yoik que he escrito para la abuela de Changuita. ¡Ah, aquí está por fin tu novia!

—Nina es mi colega. Patrullamos juntos.

—¿Y vienes a patrullar hasta en mi casa?

—Tengo que hablar contigo de una cosa.

—Bah, primero escucha el principio de mi yoik.

Nils Ante apagó el aparato y empezó a entonar un melodioso canto gutural, con las manos tendidas hacia su compañera.

*Qué largos son los días  
si no puedo ver a aquella  
a quien le he dado mi corazón.*

Nils Ante soltó unos largos gorgoritos, repitiendo las mismas palabras y modulándolas sin fin. La señorita Chang le sostenía la mano con ternura, embelesada por el hechizo de sus palabras. El ejercicio duró tres largos minutos y Klemet empezó a perder la paciencia.

—Se trata sólo de la primera estrofa, claro —dijo Nils Ante—. ¿Qué te ha parecido? ¿Te gusta?

—Es muy bonito, como siempre —espetó Klemet—. La última parte es

un poco melancólica, pero muy bonita.

—Y a ti, Nina, ¿qué te ha parecido?

La policía estaba boquiabierta.

—Pues no he entendido nada —dijo, y se echó a reír.

La señorita Chang se echó a reír a su vez y pronto la siguió Nils Ante.

—¿Este yoik es para tu amiga o para su abuela?

Nils Ante le respondió con un guiño.

—Espera lo que viene luego. Bueno, ¿y a qué se debe esta segunda visita en tan poco tiempo? ¿Se acercan ya los buitres?

Klemet le hizo una señal a Nina, que depositó la manta sobre la mesa de la cocina.

—¿Sabrá la señorita Chang guardar un secreto?

—Como si mi vida fuera en ello. ¿Qué es?

Nina alzó un lado de la manta. Nils Ante saludó la aparición del tambor con un largo silbido. Se puso las gafas y se acercó. Antes de observar los signos, apreció la curvatura, el contorno y la textura. Observó el dorso del instrumento, las costuras. Entre tanto, meneaba la cabeza, con gestos de conocedor.

—No sabía que fueras especialista en tambores —comentó Klemet.

—Y en ese caso, ¿por qué vienes a verme, sobrino inculto? Esperas que pueda decirte algo, ¿verdad? No puedo certificar la autenticidad de este tambor, si eso es lo que deseas. De todas formas, parece que respeta todas las reglas de la producción. Sería necesario un análisis más detallado para determinar los componentes, como la tinta, por ejemplo. Pero es de muy bella factura. Supongo que es el que desapareció del Centro Juhl.

Klemet asintió en silencio.

—Pero los dibujos que tiene son fascinantes. No sé mucho acerca de ello. Como sabes, lo mío son los yoiks, pero veo dos o tres cosas. La parte superior es bastante sencilla. Es una escena de caza, con ese hombre que tensa su arco. Está cazando dos renos. Se encuentra rodeado de abetos robustos. Una escena de caza feliz, prolífica. Y esos triángulos con puntos en medio...

—Son icebergs, con la parte sumergida y la parte que emerge, ¿verdad?

—Bobadas. Son tiendas samis, está muy claro, y los puntos simbolizan a sus habitantes. Esas tiendas están muy pobladas. Ahí tienes un campamento sami con numerosos habitantes y mucha caza, y abetos robustos que también representan la abundancia. Eso que vemos ahí es una escena feliz.

Nina escuchaba con los ojos muy abiertos, mientras que Klemet estaba igual de fascinado al ver aparecer el significado oculto del tambor en pequeñas pinceladas.

—Y seguro que os habéis dado cuenta de otra cosa, ¿verdad? Esa escena feliz que describe una vida de pueblo armoniosa se concentra en una parte minúscula del tambor, arriba de todo. Ese trazo, como sabes, Klemet, separa el mundo de los vivos del de los muertos...

—Habíamos imaginado que podía ser otra cosa, como el nivel del mar o de un lago, que habría sepultado un pueblo o una mina...

—... que separa el mundo de los vivos del de los muertos —prosiguió Nils Ante, como si no hubiera oído nada—, con un mundo de los muertos enorme; no recuerdo haber visto nunca uno tan grande en ningún tambor. Os lo repito, no soy especialista, pero hay una pista muy significativa. Debajo de las tiendas, con los puntos que simbolizan los habitantes, encontramos las mismas tiendas invertidas, pero esta vez vacías. Como si sus pobladores las hubieran evacuado. O como si estuvieran muertos. Y ese mundo de los muertos asusta por su tamaño. El chamán debió de tener trabajo con todo esto. Los tiempos debieron de ser muy duros para esos pobres...

—¿Qué quieres decir? —preguntó Klemet.

—Un tambor mágico incluye un montón de figuras, y a través de todos esos signos el chamán expresa la filosofía de la existencia y la vida de los hombres. Y éste es muy lúgubre. Esa serpiente, por ejemplo, me inquieta. Debe de simbolizar el mal, pues ya sabes que en Laponia no hay serpientes. Y ves esas figuritas, ahí...

—¿Te refieres a esas tiendas?

Nils Ante suspiró.

—Son diosas, sobrino doblemente inculto. Pero si son las que creo, me sorprende, puesto que en principio siempre son tres y ahí sólo hay dos...

—¿Y...?

—Te daré el nombre de alguien que podrá ayudarte. Ve a verle de mi parte. Es un tipo un poco raro, pero ha dedicado toda su vida a esos tambores.

Nils Ante garabateó un nombre sobre un pedazo de papel y buscó el número de teléfono en su móvil.

—Hurri Manker. Si aún vive, te dirá algunas cosas interesantes, estoy seguro. Vive en Jukkasjärvi.

—¿Ahí donde está el hotel de hielo? —preguntó Nina.

Jukkasjärvi no estaba muy lejos de Kiruna, en la Laponia sueca. Antes de adquirir renombre gracias al hotel de hielo que recibía a miles de visitantes del mundo entero, el pueblecito de Jukkasjärvi había sido un centro esencial para el comercio sami. Estaba situado junto al río, lo que facilitaba los intercambios en una época en que no había carreteras.

—Llámale —le aconsejó Nils Ante—; a menudo anda de un lado a otro de la región. Y luego ven a verme. Quizá ya habré acabado mi yoik.

En cuanto salieron de casa de Nils Ante, tras darse varios abrazos con la señorita Chang, Klemet llamó al número de teléfono. Respondió una voz temblorosa. Klemet le explicó lo que quería en pocas palabras, sin entrar en demasiados detalles. Tuvieron suerte. Hurri Manker iba a estar de visita en Karesuando todo el día. Si se daban prisa, podrían verse por la tarde, antes de que regresara a Jukkasjärvi.

Klemet y Nina se pusieron de inmediato rumbo al sur. El tambor aún tenía muchos secretos que desvelar. Habría que dejar la visita a la casa del viejo Olsen para más tarde. Klemet recordó también las indicaciones que les había proporcionado Eva Nilsson. Identificar los potenciales lugares en el plazo de tiempo del que disponían iba a ser una misión imposible.

Martes, 25 de enero

Laponia interior

André Racagnal estimó que ya había pasado bastante tiempo en el primer emplazamiento. Había hecho descubrimientos interesantes. Tendría que considerar ir a Malå para comprobar los datos y ver qué datos podían aportar los testigos, si existían, de los lugares que le interesaban.

La dificultad con el oro, bien lo sabía Racagnal, estribaba en que el hombre llevaba buscando ese metal precioso desde hacía miles de años. Por ello, los especialistas partían del principio de que todos los grandes yacimientos de oro ya habían sido descubiertos desde tiempos inmemoriales. Si hubiera un yacimiento así en Laponia, causaría sensación en el mundo de la industria minera.

Racagnal y su guía lapón se pusieron en camino aquel martes por la mañana. Racagnal le explicó adónde quería llegar y qué tipo de falla buscaba. Circularon durante casi dos horas agotadoras y con una visibilidad casi nula. Por increíble que pudiera parecer, aquel diablo de sami, con su gorro de fieltro azul de cuatro picos, le condujo exactamente allí donde esperaba llegar. La nieve era en ese momento azul con pavesas de color de fuego. El sol tenía que salir hacia las nueve y cuarto de la mañana, pero sus reflejos en el cielo ya inflamaban el horizonte entero. El contraste de colores era brutal. A Racagnal le gustaba esa acidez de los tonos. Se correspondía mejor con su

visión del mundo.

El geólogo se detuvo frente al cielo rojo. Todo el horizonte, cuanto abarcaba su mirada, estaba formado por montañas achatadas cubiertas de nieve y desnudas. La luz del sol rebotaba de cima en cima. La tundra entera se estaba despertando. La región que se extendía a sus pies era esencialmente granítica. Racagnal sacó un mapa. Debía de haber muchos filones de granulita y de cuarzo de orientación oeste-sur-oeste hacia este-norte-este. Valía la pena examinar algunos de los indicados en el mapa. En consecuencia, consultó el viejo mapa del granjero. Una fractura más o menos nítida e irregular en el granito. ¿Qué escondía? El autor del mapa, a pesar de ser muy puntilloso, había hecho minúsculos levantamientos de cortes geológicos referidos a puntos precisos. Ese tipo de cortes era muy poco usual en un mapa geológico. El cuaderno de campo debía de ser aún más exacto. Ese corte indicaba granulita rellena de una arcilla de caolinita y de trozos de rocas diversas. Aparentemente, había autunita diseminada en forma de chispas y conglomerados. Racagnal estaba dubitativo. Las cosas no avanzaban mucho en lo relativo al yacimiento de oro. Los viejos mapas de Malå y los cuadernos que debían de acompañarlos habrían sido, con toda seguridad, de enorme utilidad. Pero por lo menos necesitaba cuarenta y ocho horas para ir al Instituto Geológico Nórdico. Una eternidad. Y no tenía tiempo.

Nina descubrió de día el trayecto entre Kautokeino y Karesuando, que había recorrido de noche unos días atrás, cuando habían ido al Instituto Geológico Nórdico en Malå. Esa parte de Laponia estaba deshabitada, desolada. Era inhumana, pensó Nina. Su mirada se volvió soñadora. Sin saber el porqué, ese paisaje duro y magnífico la llevó a su padre. Él poseía esa noción innata del bien y del mal que tanto parecía encajar con aquel relieve sin matices. Debía de ir aparejado con los genes en esos pueblecillos de los fiordos noruegos. Y, sin embargo, aquello no había evitado que su padre..., ¿qué, de hecho? ¿Que destrozara su vida y la de su familia? Nina se negó a profundizar en la cuestión. Se removió en el asiento.

—¿Estás cansada? —preguntó Klemet.

—No, estoy ejercitando las neuronas —sonrió ella con una tristeza que Klemet no advirtió.

—Sí, extraña historia, ¿verdad? Tengo curiosidad por conocer a ese Hurri Manker.

Cada uno permaneció extraviado en sus pensamientos durante un momento. El frío transformaba la humedad del coche en cristales, a pesar de que la calefacción estaba puesta al máximo. En la carretera, el sol producía reflejos azules sobre el hielo. Los neumáticos de clavos permitían devorar los kilómetros sin tener la impresión de arriesgar la vida a cada curva. Habían entrado en Finlandia.

—Por ahí se fue el padre de Aslak en busca de sus renos, que habían cruzado al otro lado de la frontera.

—Temía una multa, ¿no?

—Sí. El trazado de las fronteras fastidió la vida de los ganaderos de renos, puede decirse así —dijo Klemet—. No estoy seguro, porque en casa era un tema tabú, pero creo que eso contribuyó también a que mi abuelo se viera obligado a dejar la ganadería.

—Pero ¿por qué las fronteras?

—Antes, Laponia era una única tierra donde los samis estaban solos. Luego, los ganaderos finlandeses se vieron acorralados: privados de pastos de verano a lo largo de la costa noruega y privados de los pastos de invierno que tenían en lo que hoy es el norte de Suecia. No tuvieron más remedio que empezar a alimentar a sus renos. Así fue como los finlandeses montaron granjas de cría de renos. En su país, la ganadería ya no tiene nada que ver con lo que se conoce en Noruega y Suecia. Acabaron con su ganadería tradicional y por eso fueron tan estrictos con los pastores suecos y noruegos que dejaban corretear a su manada al otro lado de la frontera.

—Qué raro que hicieran eso.

—El padre de Aslak perdió la vida por temor a una multa que no habría podido pagar. Mi abuelo tuvo que dejar la ganadería por las mismas razones, seguramente porque su ruta de trashumancia se vio cortada por esas malditas fronteras. Y las manadas quedaron concentradas a uno y otro lado de las

fronteras. Así empezaron muchos conflictos. Si quieres mi opinión, esas fronteras han matado a muchos ganaderos.

15.30 horas. Karesuando (Laponia sueca)

Hurri Manker era un curioso personaje que despertaba el escepticismo de mucha gente. Los más negativos pensaban que se aprovechaba vergonzosamente de los turistas haciéndoles creer que era chamán y sirviéndoles una especie de caldo *new age* con ingredientes chamánicos. Habían visto carteles publicitarios y su página de internet, donde prometía una actuación extraordinaria. Decían que amenizaba con leyendas terribles y descabelladas sus excursiones a las tierras de sus antepasados, que se suponían sagradas. Sin embargo, otros afirmaban que poseía poderes reales, evidentemente misteriosos, así como que era capaz de hacer milagros. Razón de más, susurraban, para desconfiar de él.

La verdad radicaba en que Hurri Manker era un sami de ciudad, uno de los primeros samis que habían cursado una formación universitaria completa. Siguió los pasos de un tío suyo, un reputado etnólogo sueco que había sido el primero en estudiar sistemáticamente los tambores, y de él tomó su apellido. Hurri Manker tenía un doctorado, era miembro de varias asociaciones ilustradas y siempre le invitaban a conferencias. Ese auténtico erudito también estaba considerado por los museos y por la academia como el mejor especialista mundial vivo en tambores chamánicos, una notoriedad que había adquirido con muchos viajes, investigación y estudio.

Su fama de alborotador procedía, sobre todo, de sus años de militancia juvenil, de la época en que, como estudiante, se había sumado apasionadamente a la primera batalla política de los samis, en los años setenta. En ese universo mayormente tradicional y conservador, se granjeó numerosos enemigos encarnizados que lo culpaban de todos los males izquierdistas de la creación. A Hurri Manker, a quien le gustaba hacer gala de su mala fe y de su cinismo, le divertía como un loco esa inmerecida reputación, pero no hacía nada en absoluto por desmentirla. Muy al contrario:

a merced de los encuentros, disfrutaba exagerándola, seguro de que su reputación saldría de ello aún más deformada y acrecentada.

La patrulla P9 encontró a aquel hombrecillo medio calvo y que llevaba discretas gafas redondas en el presbiterio del modesto templo de Karesuando, iluminado por la luz de las velas. La iglesia de piedra y madera se hallaba totalmente cubierta de hielo, y los árboles que la rodeaban estaban muy curvados bajo el peso de la nieve. El pueblo, de cuatrocientos habitantes, a caballo entre las fronteras sueca y finlandesa, sólo contaba con algunas granjas, donde toda vida parecía paralizada por el frío. Salía humo de las chimeneas. Unos débiles resplandores oscilaban aquí y allá en las ventanas. No había ni una sola cortina, por supuesto, en aquel feudo del laestadianismo. El predicador Lars Levi Laestadius había vivido allí varios años, desde donde había llevado a cabo su cruzada contra el pecado y el alcohol y había partido a la conquista de las almas samis. En semejante lugar, olvidado del mundo, en los confines de todo, el visitante pronto comprendía que uno sólo podía volverse alcohólico o místico. Karesuando era un pueblo que no admitía matices. Allí el gris estaba condenado. Negro o blanco, había que decantarse por uno u otro.

El pastor se había marchado de viaje. Hurri Manker los recibió como si fuera su casa. Vestía una gruesa parka verde caqui, un pantalón de mono y botas de piel de reno. Una bufanda le cubría media cara. Tras saludarlos, Manker volvió a ponerse su gorro de piel de zorro. Llevaba guantes finos para poder pasar las páginas de los registros, y a menudo se frotaba las manos para calentárselas. El pastor había bajado la calefacción al marcharse y la temperatura no superaba los diez grados. Hurri Manker se quitó las gafas y sus ojillos maliciosos observaron a los policías de los pies a la cabeza.

—La policía de los renos —dijo con una voz divertida—. He oído hablar mucho de ella. Por fin tengo el gusto. ¡Me siento muy honrado!

Los policías no sabían si hablaba en serio o no.

—Hemos venido a verle en el marco de una investigación criminal y le pedimos su absoluta discreción —precisó de entrada Klemet—. Todo cuanto hablemos es estrictamente confidencial.

—Lo entiendo —aseguró Manker al tiempo que exhalaba vaho—. Me

han hablado de un tambor sami que estaría en sus manos y, para comenzar, les diré que soy extremadamente escéptico. Extremadamente —insistió, quitándose las gafas—. Conozco todos los tambores samis que existen. Si no los he visto de forma personal, he estudiado todos los documentos relacionados con ellos. No hay ninguno perdido por esos mundos de Dios.

—Se trata del tambor que robaron en el Centro Juhl —completó Nina.

—¡Y lo han encontrado! ¡Felicidades! Pero sigo siendo de la misma opinión. Desde el principio he sido muy escéptico respecto a ese tambor de Kautokeino que parece haber surgido de la nada.

Decididamente, el investigador estaba acorde con el lugar. No admitía matices.

—Pero, a pesar de todo, aceptará echarle un vistazo, ¿verdad?

—¡Pues claro! Tal vez tenga derecho a una segunda Navidad, ¿quién sabe? Y, además, las historias de tambores, auténticos o falsos, me apasionan. Vamos, muéstrenme ese pequeño tesoro.

Nina abrió con delicadeza la manta sobre la maciza mesa del presbiterio. Hurri Manker había vuelto a ponerse las gafas. Klemet y Nina contuvieron la respiración como una pareja primeriza que esperara el veredicto del médico ante la primera ecografía. Manker exhaló vaho y observó el tambor con atención. No dijo nada. Su silencio era insoportable. Sacó una lupa de su viejo maletín y se concentró en los signos trazados sobre la superficie. Mojó un dedo y lo pasó sobre un símbolo, y acto seguido se lo llevó a la boca. Tocó la piel del tambor. Tomó un fino escalpelo y cortó un minúsculo trocito de cuero. Hizo lo mismo con un pedacito del marco de madera.

—Ahora vuelvo —dijo.

Nina y Klemet se interrogaron con la mirada. No sabían qué pensar. Hurri Manker volvió enseguida. Dejó una pequeña caja sobre la mesa y de la misma extrajo un microscopio electrónico portátil.

—Está usted muy bien equipado —observó Nina—. Es el modelo que utiliza nuestra policía científica.

—Cuando se trabaja en regiones como Laponia o Siberia, como es mi caso, uno no puede permitirse olvidar algo en el laboratorio o decir que ya volverá por la tarde con el material adecuado. Cuando voy de misión,

siempre llevo conmigo mi laboratorio móvil. ¡Les cuesta una fortuna a los contribuyentes!... Tenga, sosténgame esta lámpara así, por favor —le pidió a Nina.

A continuación se sumió en el estudio del trozo de cuero. Tomó unas notas en un cuaderno.

—Ahora vuelvo.

Salió de nuevo. Klemet meneó la cabeza, exasperado. Nina también estaba muda, impresionada por aquella atmósfera glacial y tensa. Hurri Manker regresó con otra caja, más voluminosa. Estaba llena de material aislante. Cogió un bastoncillo de algodón y frotó uno de los símbolos. El algodón se coloreó ligeramente. Repitió la operación varias veces. Preparó unos tubos y sumergió los bastoncillos en diversas soluciones. Conectó también un aparato electrónico. Varias esferas y unas luces minúsculas se iluminaron.

—Esperemos unos minutos. ¿Qué dirían de un buen chocolate bien caliente con pastelillos de canela?

Hurri Manker desapareció sin aguardar su respuesta. Parecía divertirse prolongando el placer, jugando con los nervios de los policías. Volvió con una pequeña bandeja. La dejó sobre la mesa y observó los tubos y el aparato.

—¿No le interesan los símbolos? —preguntó Klemet, hastiado.

Hurri Manker le respondió con una sonrisa burlona. Se lo estaba pasando bien.

—Por supuesto, me interesan. Y me interesarán aún más cuando sepa más acerca del tambor. ¿Debo considerarlo un objeto auténtico o no? Me dirán que puede ser interesante aunque sea falso. Pero, en este caso, no puede analizarse de la misma manera. Y no se puede esperar lo mismo. Así que hay que saber con qué materiales fue realizado, qué madera, qué tipo de piel y qué tinta. Esperen, esperen..., siempre hay que guardar lo mejor para el final, ¿no creen?

Klemet le dirigió una sonrisa crispada.

—Primero la madera. Madera de abedul. Un buen comienzo, ¿verdad? El tambor fue tallado en gran parte en un nudo. Un método tradicional, que denota buenos conocimientos. ¿Ven?, luego vaciaron el nudo en forma de

cuenco y lo completaron con una banda de madera sobre la que se tensó el cuero. Es una buena piel, la piel depilada de una cría de reno de un año, aproximadamente. Hembra, según todos los indicios, en la más pura tradición. Nuestro fabricante respetó todas las reglas del oficio. Puedo decirles que procede de la región de Lahpoluoppal, entre Kautokeino y Karasjok. Ahora la tinta. También se trata de un trabajo a la antigua. El color sangre, el sabor y los resultados de los primeros análisis a partir de mis reactivos dejan pocas dudas: con un noventa y cinco por ciento de probabilidades, estamos ante una tinta constituida por savia de corteza de aliso mezclada con saliva. Eso también es bastante tradicional. A veces se utilizaba también sangre de reno, en función de lo que se tenía a mano. Sería necesario un examen más a fondo, pero estoy seguro de que se trata de una textura tradicional.

—¿Es auténtico? —insistió Nina.

Hurri Manker contempló a la joven policía y luego a su colega. Había dejado de lado su mirada burlona. Se concentró entonces en los símbolos. Cuando alzó la vista, los dos policías vieron por primera vez una profunda emoción reflejada en su rostro. Cuando por fin habló, tenía un nudo en la garganta.

—Estamos ante un tambor auténtico. Y no se trata de un tambor cualquiera. De los cientos o miles de tambores que han existido en Laponia, hoy en día sólo quedan en el mundo setenta y un tambores, setenta y un tambores conocidos, censados, inventariados y autenticados. Los conozco todos, de memoria. Algunos están en manos de coleccionistas, otros en museos y otros han desaparecido. Pero, a pesar de ello, tenemos descripciones precisas de los mismos. Y puedo asegurarles —dijo en un tono pausado y solemne— que nos hallamos en presencia de un septuagésimo segundo tambor.

Alzó la cabeza, y los policías vieron lágrimas en sus ojos.

Martes, 25 de enero

Kautokeino

La comisaría de Kautokeino se hallaba en plena efervescencia. No disponía de una celda de seguridad de verdad, como las que tenían todas las comisarías de la costa, donde las más frecuentadas eran aquellas en las que los juerguistas del sábado por la noche dormían la mona bajo la plácida vigilancia de los policías. La última vez que se había utilizado la celda en Kautokeino había sido el verano anterior, cuando dos turistas, un alemán y un finlandés, se pelearon por una chica que no acababa de decidirse con cuál se quedaba. A la espera de que la vaciaran de los bidones y las pilas de leña que la invadían, se recluyó a Olaf y a Johan Henrik en la cocina. Los policías iban allí con regularidad a tomar un café y a conversar. Johan Henrik estaba abiertamente enfurruñado y se negaba a hablar, mientras que Olaf Renson seguía furioso y maldecía a los agentes.

Frente a la comisaría se había formado un pequeño corrillo. Dado el intenso frío, no había muchos valientes. De todas formas, habían instalado un brasero. Un puñado de partidarios del Español se relevaba de vez en cuando junto a éste. Habían elaborado dos pancartas apresuradamente, con cierta torpeza. En ellas se leía «Libertad para los ganaderos» y «Justicia para los samis».

Otros partidarios se calentaban en la puerta de la tienda de venta de

alcohol, cuya entrada estaba situada al lado de la comisaría. Se turnaban cada diez minutos para poder resistir el frío. Johan Mikkelsen ya había ido a entrevistarlos y se había emitido un primer reportaje. También empezaban a circular fotos por internet y, como de costumbre, éstas se acompañaban de comentarios cargados de odio.

Brattsen fue a ver a los dos ganaderos a la cocina. Se esforzó por ocultar su júbilo, pero no lo logró.

—Vuestros aposentos estarán listos en unos minutos —dijo con una amplia sonrisa—. Por fin podremos alojaros como es debido, en una buena cárcel, como a todo buen noruego. No querréis un trato de favor, ¿verdad? ¿O quizá preferís una celda con forma de tienda?

Se echó a reír, de lo que fueron testigo los dos policías encargados de su vigilancia en la cocina.

—Está cometiendo un grave error y lo pagará muy caro —gritó Olaf Renson—. No tiene nada contra nosotros. Esa historia de las orejas es ridícula. El asunto por el que discutimos está olvidado desde hace tiempo, todo el mundo lo sabe.

—Déjate de palabrería. Es bien sabido que vuestras historias no se acaban nunca. Son como un cáncer. Se propagan. Uno cree que se han extinguido y resurgen bajo una nueva forma. Pero esta vez iremos hasta el fondo del asunto. Vuestros amigos de la policía de los renos nos han aclarado muchas cosas. Vamos a utilizar todo eso.

—¡No son amigos nuestros!

—¿Ah, no? —dijo Brattsen en un tono falsamente inocente—. Creía que en la tundra se los consideraba como una policía sami...

—Vete al diablo, Brattsen. Sois todos iguales. Pero nosotros cambiaremos eso. Ya hace demasiado tiempo que en esta región hacéis lo que os viene en gana.

—Cómo tiemblo —ironizó el policía al salir de la cocina—, pero es cierto que no te andas con chiquitas a la hora de utilizar métodos poco convencionales...

Karesuando

Hurri Manker permaneció en silencio un buen rato.

Se ha vuelto a ensimismar, pensó Klemet, al observar la postura del universitario sami. Daba la impresión de meditar. Por fin alzó la cabeza y los ojos. Su mirada se había serenado.

—Es la primera vez que se localiza un tambor auténtico desde la segunda guerra mundial.

—¿Está absolutamente seguro de que es auténtico?

—Sí, absolutamente. Me reservo aún decir la fecha exacta, pues no tengo aquí el equipo necesario para ello. Puede ser antiguo y estar admirablemente conservado o bien ser más reciente y haberse creado con métodos y materiales antiguos.

—¿Conoce a alguien capaz de hacer hoy en día esos tambores a la manera antigua?

—Conocía a uno. Lo asesinaron hace dos semanas.

—¿Mattis Labba?!

—Mattis, sí. Un ser de mente atormentada, pero con unas manos admirablemente dotadas. Trabajé mucho tiempo con él para aprender las técnicas ancestrales de producción. Pero estos últimos años bebía demasiado. Ya no podías confiar en él.

—¿Habría podido crear Mattis un tambor como éste?!

—Oh, en estos últimos años ya no; por desgracia, ya no tenía ese nivel. Pero había sido capaz. Y antes que él, su padre y su abuelo y su bisabuelo.

—¿Qué quiere decir?

—Quiero decir que pertenece a una familia que transmitió de generación en generación un conocimiento excepcional para la cultura sami. No transmitieron únicamente esa habilidad manual, sino también el conocimiento simbólico y el poder de los signos. Pero Mattis tendió a malinterpretar ese poder. Esperaba demasiado del mismo. Se crió muy temprano, sin padre. Anta se había apartado un poco de su hijo. Creo que no lo consideraba a la

altura de la tarea. Y Mattis sufría mucho por ello. Aunque eso es otra historia. Para volver a la familia Labba, su tradición se remonta a lo largo de varios siglos.

—¿Así que Niils Labba también tenía ese don?

—Sí, su abuelo lo tenía. Como les decía, así fue a lo largo de generaciones. En su familia, al igual que en dos o tres más en Laponia, se transmitía ese saber. Hablo de un aspecto de la tradición sami extremadamente desconocido y que es probable que inquietara a mucha gente si adquiriera notoriedad pública. Pero algunas familias actuaron en realidad como guardianas de tradiciones que se habían vuelto secretas debido a la fuerza de las cosas, a causa de las persecuciones llevadas a cabo por las tropas reales y los pastores a partir del siglo XVII.

—¿Y este tambor?

—Me imagino que también forma parte de las cosas que se transmitieron de generación en generación. Simplemente para protegerlas.

—¿Y los símbolos?

Hurri Manker meneó la cabeza.

—La separación entre los dos mundos otorga un lugar enorme al mundo de los muertos. Enorme.

—Con una escena de caza y de vida en un pueblo habitado, con árboles robustos, signo de abundancia, arriba, y el mismo pueblo vacío debajo.

—Exacto. ¡Ustedes no me necesitan, si ya lo saben todo!

—Me temo que nuestros conocimientos acaban ahí.

—Sí, ese pueblo vacío es un primer signo inquietante. Los símbolos de esa naturaleza no son sorprendentes en sí mismos. La religión sami precristiana se apoyaba en numerosos dioses de la naturaleza y en fenómenos naturales. Para los samis, todas las cosas tenían alma. La propia naturaleza tenía alma, estaba viva. Y el poder que se expresaba a través de los fenómenos naturales era objeto de un culto particular. Esa gran cruz con un rombo en el centro representa el sol. Es un símbolo clásico en muchos tambores. Se llama Beaivi. Resulta muy útil para alejar a los malos espíritus y

las enfermedades. Ahora, miren lo que lleva el sol en los brazos. Arriba, tenemos una divinidad.

—¿No se trata de una tienda?

Hurri Manker sonrió amablemente.

—Es una divinidad, como las dos de la izquierda, pero volveré sobre ello más adelante. La que está sobre el sol se llama Madderakka. Es muy importante. Se encuentra en el origen de todas las cosas. Es el antepasado, la mujer jefe. Recibe el alma humana. Tiene una facultad esencial, puesto que forma en su cuerpo los niños que deben nacer. Pero una cosa me inquieta enormemente... y son esos puntitos sobre su cabeza.

—¿No figuran habitualmente?

—No, y esos puntos, por desgracia, sólo pueden significar una cosa: la fatalidad. Tenemos aquí una Madderakka malvada. Esos puntos pueden utilizarse para indicar la peligrosidad. Y en ese caso, eso arroja una sombra muy negra sobre ese reino de los muertos. Y no me sorprende al ver el resto.

—¿Qué resto?

—Volvamos a esas dos diosas de las que les hablaba, esas dos de ahí, a la izquierda del tambor. A veces se hallan en otros lugares, según las tradiciones y las regiones de Laponia. Por lo general hay tres. Esas tres diosas son las hijas de Madderakka, la mujer jefe. Entre los samis, el alma de una persona viajaba en varias etapas, de diosa en diosa. La de más a la derecha es Sarakka. Se trata de la primogénita. Se dice también que es la más distinguida. Sarakka es la que primero recoge el alma entregada por su madre. Permite, a continuación, que esa alma se convierta en un feto. Antaño, las mujeres samis daban a luz en las tiendas o en chozas de turba, en cuyo centro había un hogar.

—Aún ocurre así —observó Nina.

Hurri Manker, ensimismado en su explicación, ni siquiera oyó la reflexión de la policía.

—Y Sarakka habitaba en el hogar de las tiendas, razón por la que la llamaban la madre del fuego. Se le otorga el papel de guardiana de las mujeres. Incluso, después de la cristianización forzosa de los samis, en algunas ocasiones se llevaba a casa a la criatura bautizada en el templo y se la

bautizaba otra vez con un nuevo nombre en honor a Sarakka.

—¿Qué sucedía luego con el alma? —preguntó Nina.

—Luego estaba esa diosa que se encuentra a la izquierda de Sarakka. Se la llama Juksakka. Es la diosa del arco. Por lo tanto, se la reconoce fácilmente por su arco. Siento debilidad por ella, figúrense, porque transforma a las niñas en niños.

Nina abrió unos ojos como platos, sorprendida.

—Sí, para los samis, todas las criaturas son al principio niñas, en el vientre de su madre. Los futuros niños pasaban por ella. Inspector —le dijo a Klemet—, usted y yo le debemos mucho.

—Lo recordaré llegado el momento —prometió el policía—. Pero ha hablado de tres diosas.

—Sí, y miren los árboles que las rodean. Se ve que se ha dejado un lugar para la tercera diosa. Miren dónde está situado el árbol de la izquierda.

—Sí, exacto —constató Nina.

—Falta una diosa. La tercera chica. Se llama Uksakka. Uksakka vive exactamente en la puerta de la tienda o de la choza, de hecho justo en el umbral. A veces se la llama la mujer de la puerta. ¿Y saben cuál era su papel? Vigilaba la entrada y la salida. Aseguraba la protección de la madre y de la criatura después del nacimiento. Las protegía de la enfermedad y permitía que la criatura creciera. Vivía simbólicamente en la entrada, delante del hogar, para evitar que los críos cayeran al fuego. Y sólo veo una manera de interpretar esa ausencia.

Los policías guardaron silencio.

—Quieren darnos a entender que la gente está desarmada ante el peligro. Y si se suma la ausencia de Uksakka y la maldad de Madderakka, la mujer jefe, tendremos todos los ingredientes para una historia fuera de lo común. Este tambor es único porque parece contar una historia. Volvamos al sol, a los símbolos en los otros brazos del sol. Son fáciles de leer. A la izquierda, hay un soldado: ese con un arco en cada mano. A la derecha, con dos cruces, tenemos un pastor. Y debajo hay el símbolo del rey, ¿ven?, con su corona. Un soldado, un pastor y un rey dominados por una Madderakka malvada.

Nina frunció el ceño. Reflexionaba con intensidad.

—¿Serían el soldado, el pastor y el rey los instrumentos de esa famosa catástrofe?

—No está mal visto —exclamó Hurri Manker, sinceramente impresionado—. Pienso que ha dado con algo esencial. Sí, lo más seguro es que tenga razón. Y para que Madderakka, la reina madre, estuviese confabulada con todos los símbolos del poder terrestre de los invasores, la catástrofe debía de ser de grandes dimensiones. Y mire, hay dos grandes cuervos justo encima de Madderakka, entre ella y las diosas. Pero observemos el resto, ahora. Tenemos ese pueblo vacío. Algo ha sucedido. Quieren hacernos comprender eso, porque está justo debajo del pueblo habitado. Ese contraste debe llamar nuestra atención. Y a la derecha del pueblo está ese signo que me sugiere una puerta. Esa puerta tiene un aspecto simbólico que se me escapa.

El profesor alzó la vista hacia los policías, en busca de ayuda, pero a éstos no se les ocurrió nada.

—Supongamos que se trata de una puerta. O un edificio. O un monumento. Dejémoslo, de momento. Vayamos a lo de debajo. Miren esos motivos tan regulares. Sorprendente, ¿no les parece? Aún más sorprendente, puesto que, sin duda, representan una especie de alucinación. Pero de nuevo estamos en el terreno de lo sombrío, ya que esa alucinación nos conduce a unos ataúdes. Cuatro ataúdes. La muerte. Muchos muertos. Tenemos una explicación para ese pueblo vacío. La gente ha muerto. Pero ¿por qué esa alucinación?, ¿de dónde surge?

Hurri Manker estaba preocupado.

—Debajo de los ataúdes hay incluso un barco funerario. Miren ese barco invertido con una cruz. Y esos personajes, al lado del barco funerario, también están invertidos. Seguramente son muertos. Son los mismos personajes que vemos del derecho, a la derecha de la puerta o del monumento. Han pasado de la vida a la muerte. ¿Quiénes son?

—Llevan un arma en la mano —observó Nina—. ¿Qué tipo de arma?

—Sí, un arma. Un hacha. ¿O quizás una pistola?

—¿Una pistola? —intervino Klemet, con una mueca—. No es un arma muy frecuente en Laponia. Y menos en un tambor antiguo.

—En todo caso podrían ser soldados —sugirió Nina.

—Pero a los soldados se los simboliza con un arco, ¿no? —respondió Klemet al tiempo que interrogaba a Hurri Manker con la mirada.

—Es cierto, aunque cabe imaginar a los soldados representados de diversas formas, y encontraremos representaciones distintas según los autores de los tambores. Pero la verdad es que un mismo autor por lo general utiliza siempre la misma simbología. Siempre dibujará a los soldados de la misma forma.

Hurri Manker se sirvió una taza de chocolate y dio un bocado a su pastelillo de canela. Tenía la nariz colorada por el frío, pero no se quejaba. Con la boca medio llena, siguió paseando su dedo helado por la parte derecha del tambor.

—Un reno que tira de un trineo. Es la primera vez que veo eso. Y estos puntos sobre el trineo. ¿Será un trineo malvado? No se sostiene por ningún lado.

—Alguien ha sugerido que podrían ser piedras —indicó Klemet.

—Ah, sí, en todo caso es más lógico. Un trineo para transportar piedras.

Hurri Manker permaneció en silencio. Meneaba la cabeza. Parecía sopesar varias hipótesis. Su memoria debía de estar funcionando con toda la energía posible para pasar revista a los cientos de símbolos que había visto en otros tambores. Y para establecer correlaciones.

Al fin abrió la boca, pero pareció cambiar de opinión. Se sumió de nuevo en sus cavilaciones.

—Si esos personajes llevan efectivamente un arma, ya se trate de un hacha, de una pistola, de un fusil o de otra cosa, algo les sucede y mueren —dijo Klemet—, cabe pensar que son los mismos.

—Salvo si los que están invertidos han perdido una batalla frente a los que se hallan al otro lado —rectificó Nina.

Hurri Manker seguía en silencio, como si fuera sordo a los comentarios de los policías, con los ojos entornados detrás de sus gafitas redondas.

—La mente que ha dibujado este tambor me fascina —acabó por decir Hurri Manker—. Creo que debe leerse a varios niveles. Seguramente pretendía ocultar alguna cosa, por si el tambor caía en malas manos, pero a la

vez quería transmitir un mensaje importante.

—Y los otros símbolos, ¿qué le parecen? —lo animó Nina.

—Tiene razón, procedamos por eliminación. Ahí, ese cuadrado coronado con dos cruces, es un templo. No hay duda. Cabe señalar que está situado opuesto a los cuervos, en relación con el sol. ¿Es eso un signo? No lo sé. Abajo, a la derecha del tambor, hay un sector que parece diferenciado del resto. Esos conos ahí abajo. Al principio he pensado que podría ser un campamento sami, pero me inclino más por unas montañas, y luego entre las otras dos montañas más a la izquierda hay un puerto o bien un sol que sale o se pone. Y a continuación, un reno muy visible, así como dos peces y una barca. Y en medio de esa parte, una cruz. Es muy sorprendente.

—¿Una cruz como símbolo religioso o una cruz que señala un emplazamiento? —preguntó Nina.

—Bingo —respondió Hurri Manker—. ¡Una vez más, ha tenido una intuición genial! ¿Y por qué no?

—Nada más fácil —comentó Klemet—: una cruz entre dos montañas, la encontraremos enseguida...

—Pero están esos peces y ese barco —prosiguió Hurri Manker—. Así que se trata de un lago donde hay muchos peces.

—Formidable, eso limita las posibilidades a un centenar de lagos. ¡Va a ser muy sencillo!

—Y tal vez el reno indica un pasto o una ruta de trashumancia —continuó Hurri Manker.

—¿Y le parece que eso va a ser de mucha ayuda? —insistió Klemet.

A espaldas del profesor, Nina miró con severidad a Klemet, que le respondió con un suspiro silencioso.

—Dejemos eso de lado —cortó Hurri Manker—. A mí me parece que progresamos. Queda ese círculo abajo, a la izquierda del sol. También es muy extraño. Hay un personaje en medio y otras cuatro figuritas situadas en el círculo. Tres de ellas son humanas. Pero una tiene puntos encima de la cabeza.

—¿Un ser malvado? —susurró Nina.

—Sí, con toda seguridad. Y el animal que hay a su lado es un lobo. Un

lobo al lado de los humanos para acompañar a ese otro personaje.

—Entre los samis —le dijo Klemet a Nina—, se habla a menudo del hombre como un lobo sobre dos patas.

—Exacto —observó Hurri Manker—. Quizás eso es precisamente lo que significa este dibujo. Unos hombres malvados como lobos.

—¿Y el de en medio? —preguntó Nina.

—Lleva esquís, como pueden ver, y un bastón de esquí. Los samis sólo esquían con un bastón. El esquí simboliza el invierno, pero también el movimiento. En la otra mano parece llevar la misma arma que los demás, pero invertida.

—¡Un desertor! —exclamó Nina—. O un soldado que se niega a disparar. ¡O a ejecutar una orden! ¡Y que trataría de huir!

Hurri Manker la miró de nuevo, admirado.

—No sé si se trata de eso, pero la interpretación es magnífica. Tendré que pedir que la policía le conceda unas semanas de excedencia para que examine mis otros tambores. Aún nos quedan por ver dos signos. Esa serpiente, en primer lugar. Me intriga, pues en Laponia no hay serpientes, ¿no es cierto?

—Es evidente —respondió Klemet—. ¿Y qué?

—La ausencia de serpientes en Laponia no impide que el creador del tambor pueda haber sabido que tal animal existía. Podría ser la marca de una intervención exterior. O quizás haya que buscar el significado en la forma de esa serpiente, en su orientación. Me inclinaría por relacionarla con la parte de mapa del tambor.

—¿La parte de mapa? ¿Qué quiere decir con eso? —preguntó Nina.

—Cuanto más avanzamos, más convencido estoy de que este tambor no sólo es auténtico, sino que además es extraordinario en el sentido de que no desempeña un papel clásico. Y tengo la certeza o, seamos modestos, tengo casi la certeza de que, de hecho, hay dos tambores en uno. De ellos, uno nos explica una historia terrible y el otro nos indica un lugar.

—¿El lugar de la catástrofe?

—Apostaría un termo gigante de chocolate muy caliente a que sí.

—¿Y qué serían esos signos que hay a lo largo del lado derecho del tambor, esa especie de olas? —prosiguió Klemet—. ¿Quizás una cadena

montañosa, la frontera entre Noruega y Suecia? Eso podría ayudarnos a situar la cruz, si indica un emplazamiento.

—Sí, pero sigo creyendo que el autor sólo utiliza símbolos. Las montañas se hallan a caballo del borde del tambor, eso no es neutro. Cuando habla de olas, está más cerca de la verdad de lo que cree...

—¡Auroras boreales! —exclamó Nina.

Hurri Manker la miró con el aire satisfecho del maestro que sabe que su alumno favorito no le decepcionará.

—Cabe preguntarse qué hacen ahí —intervino Hurri Manker—. Sobre todo a la vista del lugar destacado que ocupan en el borde del tambor. No creo que sean sólo decorativas. En este tambor todo tiene sentido. ¿Hay que relacionarlas con esa alucinación? No lo creo. Es tentador, pero las auroras están demasiado alejadas.

Klemet adoptó un aire soñador.

—Mi abuelo, al que conocí poco, me explicaba historias fantásticas sobre las auroras. Tuvo que... abandonar la ganadería de renos, pero decía que las auroras le servían de compás durante las trashumancias.

—Ah, eso es muy interesante —afirmó el profesor.

—Sí, decía que las auroras siempre iban de este a oeste.

Hurri Manker alzó la mano para pedir silencio. Acababa de tener una idea. Cerró los ojos y volvió a abrirlos.

—En ese caso, esta aurora nos indica una dirección. El norte, simplemente.

Hurri Manker reía, feliz de su descubrimiento.

—¡Vaya con el chamán! Se habría podido colocar el tambor delante de uno en el sentido de la altura y decir que el norte estaba arriba. ¡Pero no! Para situarse, hay que girarlo noventa grados. ¡Hay que quitarse el sombrero ante el artista! Esa aurora nos indica en qué sentido hay que coger el tambor. Y el movimiento de este a oeste nos dice cómo situar el este y el oeste en el tambor y, por lo tanto, el norte. El mapa empieza a dibujarse. Evidentemente, aún es demasiado vago para mí.

—Pero quizá no para nosotros —murmuró Klemet.

El policía pensaba en las evaluaciones geográficas realizadas con ayuda

de Eva Nilsson, la geóloga jefe del Instituto Geológico Nórdico. Ésa sería una curiosa Madderakka...

Martes, 25 de enero

Carretera 93

Los policías iban hacia el norte en el viejo Volvo de Klemet. El tambor estaba cuidadosamente envuelto en la manta.

—¿Has pensado en lo mismo que yo? —preguntó él.

—¿En la maldición evocada por Niils Labba al entregarle el tambor a Henry Mons en 1939?

—Sí. Todo cuadra. Me pregunto si fue Niils el que creó el tambor o bien uno de sus antepasados.

—Tendremos que esperar a los análisis complementarios de Hurri Manker.

—Sí, aunque me parece que para nosotros la datación exacta del tambor no es primordial. Eva Nilsson nos habló de ese yacimiento fabuloso que trajo la desgracia, pero que nunca nadie ha podido identificar.

—¿Y recuerdas el cuaderno de Flüger acerca del yacimiento que buscaba? «La puerta está en el tambor». Y «Niils tiene la llave».

—Sí. Lástima, me gustaba tu idea del pueblo o de la mina sepultados.

—El tambor explicaría esa maldición. Pienso en el reno que arrastra las piedras, así que debe de tratarse de mineral. Se utilizaban renos para transportar el mineral.

—La mina..., pero, en ese caso, esa famosa puerta podría ser la puerta o

la entrada de la mina, y no la de un edificio. La puerta simbolizaría la mina, Nina, tiene que ser eso. Y además, el reno que transporta el mineral sale de esa puerta, con los hombrecillos con el arma en mano. Unos guardianes, tal vez.

—¡O unos mineros! ¡Con picos! ¡No son armas, Klemet! Recuerda lo que ha explicado Hurri: el autor de un tambor siempre utiliza el mismo método para dibujar sus símbolos. En ese tambor, el soldado está representado con dos arcos, como el símbolo en uno de los brazos del sol. Estoy segura de que son mineros. Y los que están invertidos, son los mismos mineros, pero muertos. Y en ese círculo hay otro minero que trataba de huir con esquís y ha sido capturado.

La mirada de Nina resplandecía con una intensidad que Klemet no le conocía. La joven tenía frente a ella el tambor, que orientaba para exponerlo mejor a la pequeña lamparilla del techo. Klemet la miraba de reojo. Luego se concentró de nuevo en la carretera, sumida en la oscuridad. Permanecieron en silencio el resto del trayecto. Sólo se cruzaron con tres camiones, amenazadores como monstruos surgidos del abismo, con las lucecillas con que decoraban las cabinas y sus potentes faros, los cuales barrían la tundra y creaban inquietantes sombras que se apagaban de inmediato a su paso. Dejaban en su estela nubes de nieve sobreexcitada, como si los copos manifestaran su cólera por haber sido molestados.

Nina se adormiló. Klemet rememoró los acontecimientos desde el inicio del caso. ¿En qué historia se había visto mezclado Mattis? Todo hacía pensar que había sido manipulado. Habían abusado de su buena fe. Y de su ingenuidad. ¿Mattis, heredero de un linaje de chamanes guardianes de secretos samis? A Klemet le costaba ver al sencillo pastor en ese papel. Si Mattis hubiera sido consciente de que tenía que interpretar ese papel y que no tenía la capacidad para ello, habría contado con una buena razón para hundirse en la desesperación. Quizá yo habría reaccionado como él, pensó Klemet. ¿Qué habría hecho yo en el lugar de mi abuelo, cuando tomó la decisión de abandonar la ganadería de renos? Quizá me habría aferrado a ella y habría acabado por hundirme, como Mattis. Tal vez. Klemet no estaba seguro. Su padre no se hundió. Vivió una vida errante, pasando de un

trabajillo a otro, entre la granja del vidda y la mina de Kiruna.

Al aproximarse a Kautokeino, en mitad de la noche, Klemet se detuvo en Suohpatjavri. Pensó en despertar a Nina, pero dejó el motor en marcha, subió un poco la calefacción, cogió el tambor y entró sin llamar en la casa de su tío. En cuanto se cerró la puerta, oyó su voz melodiosa procedente del primer piso.

*Chang de los ojos negros de Suohpatjavri,  
es dueña de todos los tesoros,  
es joven, rica y bella,  
tiene dos mil renos que la aman,  
y los verdes pastos bailan para ella.*

Klemet esperó en silencio en el umbral. El yoik, que repetía los mismos versos sobre melodías guturales a veces diferentes, duró varios minutos. Nils Ante cantaba en medio de la estancia, bajo la mirada encantada y emocionada de la señorita Chang, sentada junto al ordenador. La pantalla estaba orientada hacia su tío. En una esquina de la pantalla, Klemet vio a la abuela de la señorita Chang, conectada por Skype. Se preguntó qué hora debía de ser en China. La anciana se puso a aplaudir y a hablar a la vez. De repente, la señorita Chang se levantó con brusquedad y rodeó a Nils Ante para ir a tomar a Klemet de la mano.

—Mi abuela te ha vuelto a ver e incluso te ha reconocido —exclamó, satisfecha.

—Decididamente, estáis mejor protegidos que con un sistema de alarma —bromeó Klemet tras saludar con la mano a la abuela china, que le respondió en el acto, con gestos entrecortados al ritmo de la conexión de internet—. Veo que el yoik se va concretando —le dijo a su tío.

—Ah, ya te lo dije, ahora empiezo a meterme en el meollo del asunto. Creo que será una buena pieza. La probaré en YouTube e intentaré presentarla en el festival de Pascua. Vamos a tomar un café.

Los dos hombres se despidieron de la china con la mano y bajaron.

—¿Dónde está tu encantadora colega?

—Duerme en el coche, con la calefacción puesta. Volvemos de Karesuando. Hurri Manker estaba allí.

—¿Y bien? —se impacientó Nils Ante, tras lo que cogió una cafetera que llevaba varias horas sobre una placa calorífica y llenó dos tazas.

Klemet le explicó los eruditos hallazgos de Hurri Manker: Madderakka, la madre maléfica con los puntos sobre la cabeza; Uksakka, la gran ausente; el rey, el soldado y el pastor; la alucinación; el pueblo desierto; el transporte de mineral; la aurora boreal. Evocó también sus propias suposiciones: tal vez unos mineros, un desertor o un prófugo. Entre tanto, Nils Ante bebía su café a pequeños sorbos sin perderse ni una palabra de las explicaciones de su sobrino. Cuando Klemet hubo acabado, Nils Ante había tenido tiempo de servir el café dos veces. Hizo más café y se sumió en el examen silencioso del tambor, apoyado sobre la manta en la mesa de la cocina. Estaba emocionado y abstraído. Al igual que Hurri Manker unas horas antes.

—¿Sabes en qué me hace pensar la historia que parece describir el tambor? En la de la colonización de nuestro país.

—Vaya. Explicate.

—Los reinos escandinavos empezaron a interesarse en Laponia por el comercio de pieles y, poco a poco, por sus riquezas naturales: la madera, el agua, los minerales.

—Lo sé, el Español siempre nos da la lata con todo eso y clama que los samis son víctimas de un saqueo, como los indios de América.

—No se equivoca, el Español. Pero lo que al parecer ignoras son algunos episodios verdaderamente trágicos de esa colonización. Cuando empezó, en el siglo XVII, no había ningún camino en Laponia. Era una tierra ignota. El comercio se practicaba a lo largo del curso de los ríos, en verano. Cuando el reino de Suecia empezó a buscar minerales para pagar sus guerras y fabricar armas, organizó expediciones de exploración y envió a cartógrafos. Se explotaron pequeñas minas. En unas condiciones que ya puedes imaginarte en esa época, en el fin del mundo, lejos de todo. Debió de ser espantoso. ¿En qué condiciones debían de trabajar? Me estremezco sólo al pensar en ello. Los suecos reclutaban a samis a la fuerza y utilizaban renos para transportar

el mineral hasta los ríos. Ésa es la historia. A los samis que se negaban los apaleaban o los encarcelaban. Ya ves sobre qué reposa la riqueza de esos bellos reinos nórdicos. Por supuesto, eso no funcionó. Todas esas pequeñas minas cerraron una tras otra. Hubo samis que perdieron la vida. Y hubo campesinos escandinavos que obtuvieron tierras a buen precio con la bendición de la Corona, contenta, a su vez, de que se domesticara Laponia. Hasta entonces, sin embargo, fueron hechos de reducidas repercusiones. Pasaron doscientos años hasta que los suecos volvieron con fuerza, esta vez con el tren.

—¿Ocurrió igual con el lado noruego y finlandés?

—Es lo mismo; en esa época todo estaba mezclado. Las fronteras llegaron a Laponia más tarde. Todos trataron de llenarse los bolsillos a costa de los samis. El tambor explica la historia de una de esas minas. Pero seguramente no se trata de una mina cualquiera. Ese relato de muertos, del pueblo del que fueron desalojados sus habitantes y de la maldición me recuerda una canción que narra una historia semejante. Sabes que los yoiks fueron, durante siglos, nuestro medio para transmitir la historia. Esos ataúdes son horribles. Y esos cuervos. Y esos muertos. Hasta ese pueblo. Klemet, el tambor nos habla de un pueblo sami exterminado. Siempre he esperado que esa leyenda fuera falsa, pero no veo otra explicación. Todo cuadra al contemplar este tambor. Y la causa no son sólo los soldados. Ese símbolo de la alucinación no está ahí por casualidad, a la entrada de la mina. Eso es lo que mata. Los diezmó un mal desconocido. Tienes que descubrirlo, Klemet, antes de que vuelva a matar si ese yacimiento sale de nuevo a la luz...

## 48

Miércoles, 26 de enero

Salida del sol: 09.13 horas; puesta del sol: 13.50 horas

4 horas y 37 minutos de insolación

08.45 horas. Kautokeino

Un ligero aire primaveral soplaba en Kautokeino. Con una rapidez habitual en Laponia, el clima se había suavizado. Las nubes mantenían una temperatura clemente de diecisiete grados bajo cero. El aire era respirable y el frío ligeramente soportable. Frente a la comisaría, el grupo de manifestantes había crecido. Una docena de samis estaban reunidos alrededor del brasero. Las pancartas también eran más numerosas. Las reivindicaciones eran las mismas, pero el tono se había vuelto más duro: «Una justicia de vergüenza», «Alto a la persecución de inocentes». Los dos ganaderos detenidos habían pasado su primera noche en la celda.

Conforme a las instrucciones de Klemet, Nina no se detuvo en la comisaría. Pasó frente a la misma y fue directamente a la tienda de Klemet tras comprar el *Finnmark Dagblad* y el *Altaposten*. Su colega ya había preparado café.

No les había llegado noticia alguna acerca de la localización del geólogo francés. Tendrían que partir en su busca. Nina pensaba en la advertencia de Nils Ante, que Klemet le había explicado al acompañarla a casa la noche anterior. Había que actuar con rapidez, antes de que el yacimiento provocara

muertes de nuevo. Previamente, los policías tendrían que visitar con discreción a Karl Olsen para ver si éste podía informarles acerca de su padre.

El coche del Sheriff llegó casi al mismo tiempo que el de Nina a la casa de Klemet. Tor Jensen vestía aún su uniforme y ya estaba totalmente repuesto. A pesar de las nubes, la luminosidad era intensa, por lo que llevaba unas gafas de sol que acentuaban su aspecto marcial. Se las quitó al entrar en la tienda, donde dejó caer dos carpetas sobre las pieles de reno.

—Racagnal y su empresa. En la segunda carpeta he puesto cosas sobre la compañía que lo empleó aquí durante su primera estancia.

Klemet le sirvió una taza de café y abrió la primera carpeta. Había una copia del informe que el Sheriff le había dado unos días antes. Racagnal trabajaba desde hacía doce años para la Francesa de Minerales. Había recorrido el mundo entero y, a lo largo de los años, sólo había puesto sus conocimientos al servicio de tres empresas. Había empezado su carrera en una empresa francesa que, según el informe, cerró sus puertas en los años noventa. Mientras, Racagnal había entrado a formar parte de una sociedad chilena, Mino Solo, para la cual llevó a cabo misiones en Latinoamérica y Europa. Era el único dato nuevo respecto al primer informe que le había entregado el Sheriff. Durante su trabajo para Mino Solo, había residido varios años en Laponia, entre 1977 y 1983, y se había dedicado a varios proyectos mineros y de embalses.

—¿Y bien? —preguntó Nina.

—Nada extraordinario —respondió Klemet—. Aparte de esas precisiones acerca de Mino Solo, la empresa que lo había contratado en Laponia en el pasado. Pero no puedo creer que sea únicamente una coincidencia. Ese tipo, un especialista, surge de la nada y el tambor desaparece al cabo de poco tiempo. Y apuñalan a Mattis.

—Lee el segundo dossier antes de quejarte —le aconsejó el Sheriff.

Klemet sacó unas hojas. Contenía un informe policial y algunos recortes de periódico. Esa parte era nueva. Los documentos hablaban de la empresa chilena Mino Solo. En concreto, acerca de la presencia de la misma en Laponia entre los años 1975 y 1984, antes de que se la obligara a abandonar la región. Dos casos de corrupción. Abusos de poder. Varios informes

medioambientales chapuceros. Amenazas. Denuncias de los vecinos. Daños anónimos. El informe policial era muy duro, pero en la mayoría de los casos no se había podido aportar ninguna prueba. Los artículos de prensa daban cuenta, de todas formas, de una fuerte tensión, con diversas manifestaciones. En una foto, Klemet reconoció a Olaf Renson, muy joven, portando una pancarta en la que podía leerse: «Viva el río. Fuera Mino Solo». Se describía a Mino Solo como la empresa minera responsable de todos los perjuicios de la industrialización de Laponia y que había traído consigo una ola de problemas. Varios centenares de obreros y de ingenieros noruegos y extranjeros de varias compañías habían invadido en esa época los pequeños pueblos samis. Hubo multitud de conflictos y todo el mundo suspiró aliviado cuando acabaron las obras. Klemet dejó la carpeta, con la mirada fija en un punto invisible.

—¡Un río!

El Sheriff y Nina lo miraron sin comprender.

—Un río. ¡La serpiente es un río! Mierda, ¿cómo he podido estar tan ciego? Nina, trae el tambor, rápido.

Nina acabó por comprenderlo. Klemet había dado en el clavo. En cambio, el Sheriff parecía aún perdido. Los tres se inclinaron sobre el tambor.

—Como es evidente, la mina pasa junto a un gran río. Es lógico. Había que transportar el mineral. Incluso con renos, no debía de ser fácil trasladar el mineral a grandes distancias en este tipo de entorno.

Klemet se volvió hacia un baúl de madera, del que extrajo un juego de mapas de la región a escala 1:50 000. Extendió algunos sobre las pieles de reno y encendió unas luces para completar la iluminación de las llamas.

—Por el ayuntamiento, sabemos que ese geólogo francés ha ido a explorar tres zonas repartidas en un perímetro que se extiende al este y sudeste de Kautokeino hasta la frontera finlandesa. Eva Nilsson, la jefa del Instituto Geológico Nórdico, descubrió que estas tres zonas se parecían. Esto hace pensar que el francés busca a partir de descripciones precisas. Debe de ir, pues, tras la pista de un yacimiento en concreto descrito en un documento específico. Nuestra hipótesis es que se trata del mismo yacimiento que el geólogo alemán buscaba en 1939.

—¿Por qué? —lo interrumpió el Sheriff.

—De momento, no es más que un cúmulo de coincidencias, nada en concreto, tienes razón. Pero nuestra suposición se basa, sobre todo, en el estudio de las fotos de 1939. Eva Nilsdotter pudo eliminar una de las tres zonas al estimar la distancia recorrida por Flüger en 1939. Tenemos también el hecho de que en esas zonas, incluso en la eliminada, hay un río que sigue más o menos el mismo curso. Arranca al noroeste, se dirige al sur, remonta hacia el este y desciende de nuevo hacia el sudeste. Y ahora, mirad: si se coge el tambor y se gira en función de las auroras boreales, que indican más o menos el norte, eso cuadra casi a la perfección. La serpiente sigue exactamente ese curso. Eso ya es algo más que una coincidencia, ¿no te parece?

—Fascinante —tuvo que reconocer el Sheriff.

—Eso significa —dijo Klemet— que ese geólogo francés va en busca de la mina del tambor...

—¡Sin haber visto el tambor! —completó Nina.

—El viejo mapa geológico del que hablaba Eva debe de existir. Quizá tuvo noticia del mismo. En el Instituto Geológico Nórdico nos habló de un altiplano, de un lago hacia el sudeste y de zonas muy fracturadas hacia el noreste. Eso también parece cuadrar si observamos los elementos de relieve del tambor, con las montañas y un lago. Mira el mapa. Si lo orientas así... tienes el curso del río, un lago ahí y unas montañas más elevadas a cada lado. Y aquí —exclamó Klemet señalando el mapa con el dedo—, el yacimiento, indicado en el tambor por la cruz. Se halla en algún lugar en ese perímetro. ¡Y ahí daremos con el geólogo francés!

## Laponia interior

André Racagnal había descartado más rápidamente la segunda zona. A pesar de ello, había tomado algunas muestras. En medios profesionales, tenía fama de ser el mejor rastreador de bloques, esas rocas arrancadas de un filón por los glaciares y desplazadas a merced del avance de los mismos. Seguir la

pista de bloques interesantes podía conducir a yacimientos. En la primera fase, cuando se trataba de partir a la aventura, al azar, la observación paciente era su mayor virtud, su fuerza. Los colegas más antiguos que le habían observado en esa fase le pusieron el mote de Bulda, el buda de los *boulders*, como se conoce en inglés a los bloques. ¡Eran unos tipos muy graciosos! Pero ellos mismos advirtieron cómo se transformaba en cuanto identificaba un bloque que podía llevarlo hasta un yacimiento prometedor. Bulda se convertía en Bulldog. Era un juego de palabras fácil, pero les divertía. Y en cierta medida, no se equivocaban. Cuando olfateaba la pista de un buen bloque, olvidaba cuanto le rodeaba. En esa segunda zona explorada, sólo había podido sacar a relucir el lado Bulda de su personalidad. Se había quedado algo frustrado. Pero pronto se consoló. Dispondría de algo más de tiempo para esa tercera zona, a la que por fin estaba llegando.

Sin aquel viejo mapa geológico, no habría podido avanzar tan rápidamente. Desde ese miércoles por la mañana, había recorrido muchos kilómetros. Ahora ya le daba igual no respetar las autorizaciones para la motonieve. Si tuviera algún problema con eso, el viejo paleta se las apañaría para resolver el asunto con el gilipollas del poli. El cielo estaba nublado, pero la luminosidad era intensa. Racagnal echó un vistazo al mapa y luego al paisaje que lo rodeaba. Se había adentrado en un valle castigado y desnudo, con la excepción de algunos arbustos retorcidos a ras de suelo. La nieve era poco abundante y pudo vislumbrar numerosas rocas que afloraban y salpicaban de manchas oscuras la extensión blanca. El geólogo francés examinó una veintena de rocas. Como en las otras dos zonas observadas, constató la presencia de cuarzo en gran cantidad, de micas interesantes y de feldespatos de un rosa que le emocionó. Se hallaba en una zona muy granítica y eso era, precisamente, lo que buscaba. Sólo su experiencia le permitió advertir la importante presencia de cuarzo. Desde aquella mañana, había empuñado a menudo su larga piqueta sueca y partido numerosas rocas. Los fragmentos eran reveladores. A veces sacaba su lupa, pero a simple vista ya había podido identificar aquellos cuarzos que tenían el aspecto de trocitos de cristal de lustre graso.

Eran las once y doce minutos cuando por primera vez Racagnal tuvo la

impresión de progresar seriamente. Le gustaba la precisión y anotó la hora en su cuaderno de campo. Pero esa progresión le llevaba en una dirección por completo inesperada. Desde el principio, y por influencia del viejo granjero, obsesionado con su mina de oro, Racagnal había seguido la pista del metal amarillo. Hallar oro en estado natural, en cantidad suficiente, se había vuelto algo excepcional. Encontró el metal precioso en esquirlas. Hasta que a las once y doce minutos, Racagnal descubrió aquel nuevo bloque, medio hundido bajo la nieve, no muy grande. Su forma muy redondeada indicaba que el glaciar lo arrastraba desde hacía mucho tiempo. La roca era negruzca, y eso era lo que le había intrigado. Cuando blandió la piqueta para romper el bloque, ya no sentía el frío. Aparecieron unas asperitas amarillentas. Eran muy brillantes. Racagnal contuvo la respiración. «Cálmate, Bulldog», se dijo en voz baja, al notar que le invadía la adrenalina. Llamó a su guía y le ordenó que preparara un refugio con las pieles de reno en el suelo. Racagnal era meticuloso. Respiró profundamente para contener la adrenalina, como a menudo lograba hacer. Observó cómo el sami instalaba el material y sacó la cocina portátil para preparar un café. Le gustaba ese ceremonial. Igual que con las zorritas a las que pillaba. Cuando uno creía estar a punto de conseguir algo, lo más importante era no precipitarse. Tomarse su tiempo. Sentir. Gozar de la adrenalina que saturaba su alma. Y daba igual si no se trataba más que de una falsa alarma. Las rocas podían decepcionarle o las zorritas escapársele. Por eso era aún más importante disfrutar de esos instantes preliminares. Sacó por fin la lupa y se deleitó con el amarillo intenso que surgía de la roca negra. Hasta tuvo ganas de mostrárselo al lapón.

—Mira —le dijo, simplemente.

El sami se aproximó. Su mirada no expresó nada que Racagnal pudiera identificar. El geólogo se encogió de hombros y observó de nuevo el amarillo intenso de la roca. Dio unos pasos hasta el remolque de la motonieve y cogió un aparato de medición, un SPP2, una especie de pistola de un kilo de peso que funcionaba con pilas. Enganchó la correa de cuero del aparato y cambió las pilas. Con ese frío, consumía el triple que en África. Su SPP2 empezó a hacer ruido a cien pulsos por segundo. Pero los bloques de granito que lo rodeaban aumentaban el ruido a trescientos pulsos. Se trataba de la radiación

natural, engañosa. El oro podía hallarse en esos entornos de fallas, entre rocas magmáticas. Había que saber ir más allá de los chirridos del SPP2.

Desde hacía casi una semana, había utilizado, por lo menos, una treintena de pilas. Su SPP2 había medido radiactividades normales para la región, a veces hasta cuatrocientos pulsos por segundo. En tres ocasiones había medido pequeñas puntas que rondaban los quinientos pulsos por segundo. Esas mediciones constituían una simple rutina para cualquier geólogo. Esta vez, sin embargo, era diferente. Por primera vez tuvo que cambiar de escala. La medición superaba los quinientos pulsos por segundo. Pasó a la escala siguiente, que podía alcanzar hasta los mil quinientos pulsos. El SPP2 chirrió aún más fuerte e indicó más de setecientos pulsos por segundo. Racagnal observó de nuevo el bloque. No era sólo granito: se trataba de un bloque alterado, atravesado por una fisura. Respiró profundamente y miró a su alrededor. Las colinas peladas y cubiertas de nieve guardaban su secreto, pero Racagnal sabría hacerlas hablar.

—Quédate aquí —le dijo a Aslak.

Desenganchó el remolque y se subió a la motonieve, provisto únicamente del SPP2 y de la piqueta. «Vamos, Bulldog, busca», espetó para sí mismo arrancando con brusquedad. No tuvo que recorrer mucho trecho. Avanzó sólo un centenar de metros por la ladera de la montaña, aplastando a su paso algunos abedules enanos, y se detuvo cerca de una oquedad. Había varias piedras grandes esparcidas, pero sólo una le interesaba. Era un poco más grande que la anterior. Sacó el SPP2 y lo encendió. El aparato chirrió de nuevo tan fuerte que Racagnal tuvo que cambiar otra vez de escala. Pasó a cinco mil. La medición hizo que el corazón le diera un brinco. El SPP2 arrojaba, en ese momento, un resultado de cuatro mil pulsos por segundo. Racagnal dejó de prisa el aparato, empuñó la piqueta y, profiriendo un grito de leñador, la descargó sobre la roca. Cogió un fragmento y observó el mismo amarillo intenso de la roca negra.

—¡Joder! —musitó lentamente—. No es oro. ¡Es uranio!

Alzó la cabeza y miró alrededor. El sami estaba sentado sobre las pieles de reno, vuelto hacia él. Desde la ladera de la colina donde se hallaba, veía el valle que, a sus pies, se prolongaba a lo lejos. El sol era muy fuerte, aunque

velado por las nubes. Centelleaba sobre la nieve brillante, de la que sólo surgían aquí y allá algunas ramas desnudas de abedules que conformaban unas manchas oscuras e impresionistas sobre aquella extensión inmaculada que se extendía ante él, bordeada en el horizonte por algunas suaves montañas de un gris azulado. Racagnal sintió un delicioso estremecimiento.

—Ese campesino viejo y gilipollas cree estar buscando oro, y su jodido yacimiento es un jodido yacimiento de uranio —dijo alzando el tono de voz.

De pronto, sonrió un poco.

—¡Ah, pero eso lo cambia todo! Eso ya no es cosa de risa, viejo...

Súbitamente, se echó a gritar a pleno pulmón, a pesar del frío.

—¡Qué gilipooollas! ¡Es uranio! ¡Qué gilipooollas!

Y se puso a reír como un loco, blandiendo la piqueta con un gesto de desafío, vuelto hacia el sol enclaustrado detrás de la bruma.

A lo lejos, el pastor sami no se perdía detalle de aquel espectáculo. Aunque no lo comprendía todo, hubo al menos una palabra que no se le escapó.

Klemet aparcó el Volvo delante del establo. Para que la visita fuera menos protocolaria, dado que la policía de los renos estaba oficialmente al margen del caso, Nina y Klemet decidieron que este último iría solo a casa de Karl Olsen para tratar de interrogarle acerca del retrato del que Berit Kutsi les había hablado.

Mientras, Nina haría la ronda por las estaciones de servicio de Kautokeino. Tenía que informarse con discreción acerca de los aceites utilizados por las motonieves de la región para seguir la pista del que se había hallado en el capote de piel de reno de Mattis.

Klemet llamó a la puerta. Oyó pasos. El viejo Olsen, con la cabeza un poco ladeada, le abrió. Tras un instante de sorpresa, que rápidamente desapareció, lo miró con suspicacia.

—¿La policía de los renos? ¿Y además de civil? ¡Qué cosas!

—Buenos días —lo saludó Klemet con educación.

—¿Qué pasa? —lo interrumpió Olsen, colérico.

—Sólo quiero enseñarte una foto —respondió prudentemente el policía.

—¿Tiene relación con el tambor o con la muerte de Mattis? —replicó el viejo granjero, furioso.

—No, creo que no —eludió Klemet.

—Porque me ha parecido entender que ya no trabajáis en eso, ¿verdad? ¿No me habrás venido a visitar sin motivo o bien desobedeciendo las órdenes, por casualidad? —insinuó Olsen, suspicaz.

—Jamás haría algo así —contestó Klemet—. Es por curiosidad, porque mi anciano tío ha creído reconocer en una foto que ha encontrado a alguien a quien podrías conocer.

Sin darle tiempo a Olsen de protestar, Klemet le mostró la imagen ampliada del hombre del bigote.

—¿Y qué? —refunfuñó el granjero, con un gesto de desconfianza.

Klemet permaneció en silencio y tendió la foto hasta las narices de Olsen.

—Es mi padre —acabó por reconocer el granjero—. El viejo hace tiempo que murió. Catacrac. Rotura de aneurisma. Catacrac. Se acabó. Pero la foto es antigua. ¿De dónde ha salido?

—Estaba entre un grupo de personas que recorrieron Laponia justo antes de la segunda guerra mundial.

—Ni idea. No estoy al corriente. No tengo nada que ver. ¿Y a qué viene eso? ¿Por qué estás aquí?

—No tienes por qué preocuparte, Karl —sonrió Klemet para calmarlo—. ¿A qué se dedicaba tu padre?

—¿Pues era agricultor! Menuda pregunta...

Klemet meneó la cabeza silenciosamente.

—¿Te habló de esa expedición con extranjeros justo antes de la guerra? ¿Te habló quizá también de una historia de una mina?

—El viejo no explicaba nada. Nada. No hablaba. ¿Historias de minas? ¿Y por qué no historias de *trolls*? Vamos, deprisa, lárgate. El viejo trabajaba la tierra. Y luego, catacrac, rotura de aneurisma. No hay nada más de qué hablar.

Klemet comprendió que no podía insistir o despertaría aún más sospechas en Olsen. Le dio las gracias silenciosamente, lo saludó con la mano y se

marchó. En el umbral de la puerta, sin embargo, se detuvo.

—Un geólogo francés se pasea por aquí desde hace un tiempo. Ha obtenido los permisos de la comisión de asuntos mineros. ¿No sabrás por casualidad si ha evocado un viejo mapa geológico de la región, que estaría en sus manos?

—No, no conozco a ese tipo. Quiso hablar conmigo, pero no lo conozco. Y nunca he oído hablar de un mapa así.

Klemet le dio las gracias con un gesto de la cabeza. Cuando arrancó el coche y pasó frente a su casa, vio a Olsen en la cocina hablando por teléfono con gestos nerviosos.

Las siguientes horas fueron de las más agitadas que Racagnal había vivido desde tiempos inmemoriales. Prosiguió sus investigaciones en la zona. Consultó a menudo los diversos mapas, el antiguo y los modernos, llenó su cuaderno de notas y de dibujos, tomó muestras y blandió a diestro y siniestro el detector de centelleo para medir la radiactividad. Avanzaba lentamente y maldecía el día, pues oscurecía demasiado deprisa. Pero ya había llegado a una conclusión.

Cuando el sol se hubo puesto y el campamento estuvo listo para pasar la noche, se instaló frente a la radio. El sami estaba hirviendo carne de reno. Racagnal se había concedido un pequeño placer para celebrar su descubrimiento: con el fusil que le había prestado Aslak, había cazado un reno unas horas antes, que el lapón se había encargado de despiezar y preparar. Los trozos de carne estaban dispuestos en los árboles enanos, que se doblaban bajo su peso.

Racagnal llamó primero a Brattsen. El policía le pidió que aguardara unos instantes para poder aislarse y luego lo atendió. Racagnal fue breve.

—Puede decirle a Olsen que he encontrado algo. Algo muy gordo si lo que creo se confirma. Pero no es lo que él pensaba. Prepárese para llevarse una buena sorpresa.

—¿Qué ha encontrado?

—Aún no se lo puedo decir, no por radio. Todavía necesito unos días.

Pero dígale a Olsen que es posible que tengamos una fortuna.

Brattsen estaba muy excitado. Racagnal pudo oírlo y se regodeó al imaginar la impaciencia de los dos noruegos. Dio su posición e indicó su plan para los días siguientes.

—¿Está usted seguro? —se inquietó Brattsen.

—En eso puede estar tranquilo. Solo no podría hacerlo, aunque sea muy bueno. Y esté tranquilo, seré discreto.

Racagnal terminó la conversación.

A continuación, se puso en contacto con la central de logística operativa de su empresa. Cerca de París, en el rascacielos de la Défense, ocupado por la Francesa de Minerales, un departamento especial permanecía las veinticuatro horas del día a la escucha de las decenas de equipos diseminados por el mundo entero. Se identificó y explicó que quería ponerse en contacto inmediatamente con el geólogo jefe de guardia. Le pasaron enseguida a un hombre acostumbrado a tomar decisiones rápidas. Podía parecer paradójico en un entorno en el que se interesaban por la evolución de la Tierra, donde los plazos se medían en decenas de millones de años, donde las exploraciones a veces se alargaban durante años. El mundo de la industria minera, sin embargo, estaba sometido a las reglas más capitalistas que puedan imaginarse, y el tiempo se medía al ritmo de las bolsas. El menor anuncio a veces podía tener consecuencias fabulosas o bien aterradoras en la cotización de las acciones. Esa realidad imponía decisiones rápidas que podían ser muy fructíferas.

El geólogo jefe conocía a Racagnal desde hacía años. Conocía también todos los aspectos de su personalidad, incluso los más controvertidos, pero desde hacía tiempo había decidido que no era de su incumbencia si prefería a las adolescentes en lugar de a las mujeres más maduras. De inmediato se dio cuenta del rigor de su informe y, al igual que él, adivinó el enorme potencial que tenía. Le concedió todas sus peticiones.

—Te mandaré a Brian Kallaway —dijo el geólogo jefe—. Es un chico muy brillante. El mejor glaciólogo con el que contamos. Es canadiense. Y la geología de Canadá y la de Laponia se parecen como dos gotas de agua, como bien sabes. Puede partir mañana temprano y en el curso del día estará

ahí contigo. Haré que efectúe el vuelo a la baja altitud que se requiere para la prospección radiométrica. ¿Qué método prefieres sobre el terreno? ¿Eléctrico, electromagnético o magnético? ¿O un estudio geoquímico?

—No hay tiempo para ello.

Racagnal se dio cuenta de que, para su empresa, el factor tiempo no tenía importancia. Se corrigió.

—Dentro de unos días habrá una concesión de licencias. Tengo que cerrar esto de inmediato o nos lo quitarán en las narices. Ya hay por aquí unos noruegos. Envíame a ese Kallaway, que haga sus mediciones aéreas al llegar sobre la zona que te he indicado. Pero que sea discreto. Recuérdale que en los países nórdicos está prohibida la explotación del uranio y que todo lo relacionado con ello es un tema muy sensible.

Racagnal colgó. Esa noche iba a saborear aquel reno. Sólo le faltaba una chiquilla, como aquella Sofia que le había rechazado. Pero pronto no podrían negarle nada.

Karl Olsen esperaba a Rolf Brattsen en el aparcamiento habitual del cercado de renos. El viejo granjero se masajó la nuca vigorosamente. En esos últimos días, el dolor había ido de mal en peor, a medida que la excitación se apoderaba de él. Habían pasado dos semanas desde el primer encuentro y se habían aprovechado bien, tenía que reconocerlo.

Se sirvió una taza de café muy caliente y bebió un sorbo aspirando ruidosamente. La destitución de Tor Jensen había provocado tensiones. Los laboristas se habían visto acorralados. El gobierno laborista de Oslo exigía resultados, y ése era justo el argumento que la oposición de la derecha había utilizado en el ámbito regional. Para salvar las apariencias, el consejo regional del Finnmark, en manos de los laboristas, había declarado que Jensen había sido destinado de forma provisional a la coordinación de la seguridad de la conferencia de la ONU, pero nadie se lo había creído. Olsen se había asegurado de ello. Imaginaba que, en cuanto acabara la conferencia de la ONU, los laboristas pasarían cuentas. Pero le daba igual. Vio llegar el coche del policía. La puerta del pasajero se abrió.

—He recibido la visita de tu *cowboy* de la policía de los renos. Hacía preguntas, como si nada. Con una foto antigua de mi padre que ni siquiera yo había visto nunca. No me gusta. Vamos, que no me gusta en absoluto.

—¿Nango?

Brattsen se enfurruñó. Parecía contrariado.

—Me has dicho por teléfono que tenías algo que contarme... —prosiguió sin hacer una pausa Karl Olsen, volviéndose dolorosamente hacia el policía.

—Parece que el francés ha encontrado algo enorme.

—¿¡Qué!?! ¿Ya? ¿Lo ha conseguido?

—Eso parece. Me ha dado la impresión de que estaba muy seguro de sí mismo. Tiene que hacer venir a un especialista de París para confirmarlo.

—¿Un especialista de París? No me gusta. ¿No crees que ese cabrón tratará de engañarnos?

—No es un santo.

—No me gusta —repitió el granjero.

—Me ha dado su posición.

—¿Ah, sí?

—Está a unos ciento cincuenta kilómetros de aquí, hacia el sudeste.

El granjero se frotó la nuca mientras reflexionaba. Arrojó el café frío por la ventanilla y se sirvió más. Bebió a pequeños sorbos y luego dejó la taza sobre el salpicadero.

—Vamos hacia allí. Ya encontrarás algún pretexto para ir. Quiero tener a ese tipo vigilado.

—No sé si es muy prudente. Los dos ganaderos están detenidos. Se espera que yo dirija el interrogatorio. Y a algunos les sorprende que Aslak no esté en la comisaría con Renson y Johan Henrik.

—Razón de más para ir tras Aslak. ¿Ves? Todo se arregla, ya tienes tu excusa. Y los interrogatorios pueden esperar. Tendríamos que marcharnos de inmediato.

—Puedo retrasarlo un poco, pero no más allá de la conferencia. Tengo que interrogar a los ganaderos mañana. Podría ir allí el viernes o el sábado.

—¿Ves? ¡Es perfecto! Yo me marcharé esta tarde a Alta. Diré que me voy unos días a hacer unas compras. Y me reuniré contigo.

El policía asintió con la cabeza. Olsen vio en su expresión que Brattsen estaba un poco desbordado.

—Pronto todo habrá acabado, chaval —lo tranquilizó—. La concesión de licencias es inminente, y luego ya nada podrá detenernos. Sólo hay que asegurarse de que el francés encuentre nuestra mina de oro. Y que no haga tonterías. Pero tú sabrás ocuparte de él, ¿verdad? A fin de cuentas, eres el futuro jefe de seguridad de la mina...

Miércoles, 26 de enero

18.40 horas. Kautokeino

Nina regresó a última hora de la tarde de su ronda por las estaciones de servicio de Kautokeino. Estaba totalmente oscuro debido a las abundantes nubes. Hacía más frío que durante el día. O quizá lo notaba más debido al cansancio, se dijo Nina. Fue directa a la tienda de Klemet. Apartó la cortina y se agachó junto al fuego. Se quitó los guantes y se frotó un buen rato las manos. Klemet se hallaba al otro lado de la chimenea y hojeaba los informes.

—El aceite hallado en el capote de Mattis no procede de una motonieve —dijo ella mientras seguía frotándose las manos sobre las llamas.

Klemet cerró la carpeta. Esperaba la continuación.

—He comprobado todos los componentes en los bidones que se venden en las estaciones de servicio y he hablado con gente que iba a poner gasolina y con los empleados de las gasolineras. No hay duda alguna. Las motonieves no utilizan ese tipo de producto. Tampoco los coches. Ese aceite se utiliza para los tractores, la maquinaria agrícola o los camiones. Es de una marca que no conocía.

Nina se llevó la mano a la parka y sacó su cuaderno.

—La marca es Arktisk Olje. El nombre del aceite es... Big Motors Super Winter Oil.

—¿Y dices que se trata de un aceite especial para tractores y maquinaria

pesada, como las máquinas agrícolas?

—Sí, y para camiones.

La cortina se apartó y entró una corriente de aire frío. El Sheriff fue a sentarse al lado de Klemet. Se desabrochó con un suspiro de alivio la parka y su uniforme de faena azul marino, demasiado ajustado.

—Bueno, ¿y qué planes tenéis ahora? Vuestro coche patrulla lleva aparcado delante de tu casa demasiado tiempo. No deberíais quedaros mucho más por aquí.

—Lo sé —lo interrumpió Klemet—. ¡Pero Dios mío, estamos siguiendo cien pistas a la vez y a siglos de distancia! Y todo ello a espaldas de Brattsen en un territorio inmenso donde todo se sabe en un periquete.

—Tenéis el tambor y sabéis quién lo robó. Eso es formidable, Klemet.

—He estado hace un rato en casa de Olsen y me ha parecido muy suspicaz.

—¿Olsen, el concejal del Partido del Progreso?

—Sí. El tipo del bigote de la foto de Henry Mons era su padre. He notado que le costaba decírmelo.

Nina alzó la cabeza al oír la noticia.

—¿Su padre? —continuó el Sheriff—. ¿Así que el padre de Olsen y el abuelo de Mattis formaron parte de la misma expedición en 1939? Qué curiosa coincidencia.

—No tan curiosa si lo piensas; se ha transmitido a través de las generaciones. Mattis trabajaba a veces en casa de Karl Olsen —recordó Nina—. Berit nos dijo que se reunía allí con otros dos ganaderos, John y Mikkel, que trabajaban de mecánicos...

—... con los tractores y la maquinaria agrícola del viejo Olsen —completó Klemet, con la mirada súbitamente fija en los ojos de su colega, que también acababa de comprenderlo mientras articulaba las palabras.

Todas las luces de la granja de Karl Olsen estaban apagadas cuando el Volvo rojo de Klemet se aproximó lentamente. El policía se había asegurado de que nadie pudiera verlo antes de avanzar por el camino. Le habría sido muy difícil

justificar su presencia allí, sin una orden judicial y vestido de civil, cuando se suponía que tenía que estar en la tundra «contando renos». Klemet aparcó detrás del granero. Una llamada trivial a Berit, oficialmente para comprobar que seguía a su disposición para eventuales preguntas, bastó para que ésta le dijera que el granjero acababa de marcharse varios días a Alta. John y Mikkel tenían que ir a hacer algunas labores de mantenimiento, pero no antes de la mañana siguiente. Berit no iría hasta la próxima tarde a ocuparse de las vacas.

La idea de una visita nocturna e ilegal a la casa del granjero no le gustaba mucho al Sheriff. Nina aún fue más categórica: ni hablar de ello, simplemente. Klemet masculló algo inaudible y el Sheriff concluyó diciendo que a la mañana siguiente hablaría con el juez de Tromsø y obtendría la correspondiente autorización judicial. Se separaron tras tomar esta sabia decisión.

En cuanto sus colegas se hubieron ido, Klemet entró en su garaje, llenó una bolsa pequeña y, asegurándose de que la calle estaba despejada, se marchó. Tardó quince minutos en llegar a la granja, tras dar varios rodeos. Aparcó en un camino secundario que pasaba detrás del edificio. Así podría acceder al mismo andando sólo un centenar de metros y evitaría el camino principal.

Se quedó un par de minutos sentado en el coche, con el motor apagado. Había abierto la ventanilla para poder oír el menor ruido sospechoso y el frío lo atenazó rápidamente. Se maldijo por haberse equipado con tan poca ropa.

Sacó una pequeña linterna de luz discreta y avanzó hacia el granero. Recorrió con lentitud la distancia y fue deteniéndose de forma regular. Llegó a la entrada del granero. La puerta estaba abierta. El granero era muy vasto. Había dos tractores y, por lo menos, tres máquinas destinadas a cultivar los campos. En todas las paredes había tablones de los que colgaban herramientas o material ligero, así como estanterías. Había una impresionante colección de cuchillos. Por precaución, Klemet se puso unos guantes ligeros para observar las hojas una por una. No había ningún cuchillo del modelo utilizado para apuñalar a Mattis. Eso no quería decir nada. En una granja había muchos posibles escondrijos. Pero Klemet no había ido allí en busca de eso. Examinó todos los rincones del granero y acabó por encontrar lo que

buscaba. Varias latas de cinco litros de aceite alineadas junto a un viejo armario y unos bidones abollados de fuel. Las latas eran de varios tipos, pero dos de ellas eran de la Big Motors Super Winter Oil, de la marca Arktisk Olje.

Satisfecho, Klemet se encaminó hacia la puerta, asomó la nariz y observó alrededor. Vio, unos cientos de metros más abajo, la carretera principal, con las farolas que iluminaban los pocos automóviles que pasaban. Se disponía a salir cuando oyó que un camión se aproximaba por el acceso principal. Pronto los faros barrieron el amplio patio de la granja. Klemet retrocedió con rapidez. ¿Quién podía ir a casa de Olsen en su ausencia? Cerró suavemente la puerta del granero y se escondió en un rincón. El camión se detuvo y el motor se apagó. Enseguida se abrió una puerta y Klemet oyó como si algo abultado golpeará contra el suelo. Luego escuchó ruido de pasos y un silbido. El conductor del camión silbaba una canción pop. Parecía que iba solo. Klemet trató de atisbar entre dos tablones separados, pero no logró ver nada. Oía al hombre dar saltitos, sin duda para entrar en calor, mientras seguía silbando. Los segundos transcurrían, interminables. Klemet se dio cuenta de que estaba intentando identificar qué canción silbaba. De repente, el ruido quedó ahogado por el de otro vehículo que entró en la finca. Una camioneta diésel, pensó el policía. Los faros iluminaron el patio y, a continuación, se apagaron, al igual que el motor. Se cerraron dos puertas. Los tres hombres se abrazaron al encontrarse. Klemet reconoció fácilmente la voz de Mikkel, uno de los ganaderos que trabajaban para Ailo Finnman y, en ocasiones, en el mantenimiento de la maquinaria del viejo Olsen. ¡Qué putada!, pensó. Va a entrar en el granero. Buscó con la mirada, en la penumbra, un lugar donde ocultarse mejor, pero los pasos no se aproximaron a la entrada. Los tres hombres permanecían en el patio. Uno de ellos acababa de abrir la puerta del camión y Klemet estimó que otro estaba abriendo la puerta trasera de la camioneta. Los dos vehículos se encontraban uno al lado del otro. Oyó a un hombre manipular el montacargas del camión. Los hombres jadeaban. Aparentemente transportaban cajas o mercancías de un vehículo a otro, lo más seguro que del camión a la camioneta. Klemet sintió que el frío se apoderaba de él. Así transcurrieron por lo menos cinco minutos. Había dejado

sus guantes gruesos en el coche y le empezaban a doler las puntas de los dedos. Afuera, los tres hombres por fin se detuvieron. Cerraron las puertas de los vehículos. Encendieron unos cigarrillos. Hablaban de mercancías. Klemet aguzó el oído. Sus sospechas se confirmaron. Los tres hombres se dedicaban al contrabando. Un hombre, probablemente John, dijo que necesitaba enseguida un nuevo cargamento de cigarrillos. Acto seguido, debió de pasar un papel, pues aquel a quien Klemet identificaba como John precisó a su interlocutor que la lista de alcoholes estaba en el papel. El otro respondió que tenía que volver al cabo de tres días. Era un sueco. Alguien silbó y chasqueó los dedos. Luego se saludaron. Al subir a la cabina del camión, el sueco dijo: «¡Hasta la vista, *guys!*», y cerró la puerta. La camioneta arrancó primero. Giró en el patio y sus faros iluminaron la cabina del camión. Con el ojo pegado a la rendija, Klemet vio durante un segundo al camionero sueco del tatuaje.

Jueves, 27 de enero

Salida del sol: 09.08 horas; puesta del sol: 15.56 horas

4 horas y 48 minutos de insolación

Kautokeino

Frente a la comisaría de Kautokeino, la multitud había crecido. Los manifestantes se habían organizado. Empezaba a formarse un verdadero pequeño campamento que se desbordaba ya hacia parte de la plaza del mercado, frente al ayuntamiento. Algunos ganaderos habían remolcado sus gumpis. Tres braseros proporcionaban calor a la treintena de manifestantes reunidos. Algunos pasaban por allí de buena mañana, antes de ir a trabajar. Aparecieron nuevas pancartas.

Brattsen se abrió paso, refunfuñando, mientras empujaba a un ganadero que portaba una pancarta en la que se leía, en grandes letras dibujadas a mano: «Alto a la colonización». Su aspecto malévolo era el habitual de las grandes ocasiones. Habría insultado gustosamente a aquel tipo del sombrero azul de cuatro picos, pero tenía que contenerse. Ahora era jefe de la policía de Kautokeino. Le habían aconsejado que se comportara. Aparentemente, la función también incluía un papel de representación. ¡Representación! ¡Menuda mierda! ¡Vaya con los burócratas! El viejo Olsen le había dicho que estaban muy cerca de la meta y que había que andarse con pies de plomo. El viejo granjero no dejaba de hablarle de su padre y de recordarle su futuro

puesto como jefe de seguridad de esa mina milagrosa. El salario sería muy alto y Brattsen ya no tendría que vérselas con los samis y demás parásitos de la sociedad. Al llegar a la puerta de la comisaría, el policía se volvió y miró desafiante a los manifestantes, agrupados en arco a una decena de metros. El enfrentamiento fue silencioso.

Brattsen dio media vuelta y entró sin saludar. Se sirvió una taza de café y bajó al sótano. Pidió al policía de guardia que abriera la celda. Los dos ganaderos samis aún no habían tenido ocasión de asearse esa mañana. Brattsen los miró de arriba abajo.

—¿Y bien? Vaya caras que tenéis hoy, verdaderas caras de culpables — se rió—. Vamos a charlar los tres, ¿verdad?

Renson se puso en pie y miró fijamente a Brattsen.

—Guárdate tu arrogancia, Renson. Aquí no te va a servir de gran cosa.

Brattsen se volvió al oír unos pasos. Tor Jensen se había plantado ante él con una extraña sonrisa en los labios. Le seguían un hombre vestido con traje y un policía.

—Sigue con tu trabajo, Brattsen —le dijo el Sheriff sin dejar de sonreír—. Su señoría el juez y yo vamos a ir a hacer un pequeño registro. Nada que merezca la pena importunarte en pleno interrogatorio.

—¿De qué va esta historia? —espetó Brattsen.

—Su señoría tiene mucha prisa. Si es necesario, ya te lo contaremos más tarde —dijo el Sheriff—, como no podría ser de otra manera tratándose del gran jefe de la policía de Kautokeino, ¿verdad, su señoría?

Brattsen lo maldijo disimuladamente tras su taza de café, pero sabía que no obtendría respuesta alguna del juez, pues estaba al tanto de su obediencia al Partido Laborista. Apretó los dientes y dio media vuelta.

—Volveré a interrogaros cuando tengáis menos aspecto de delincuentes —exclamó Brattsen mientras desaparecía por la escalera.

Entre tanto, Nina y Klemet esperaban al juez y al Sheriff en la entrada del camino que llevaba a la granja de Olsen. Conducían el Volvo rojo del policía y preferían ir vestidos de civil. Tenían que partir en busca de Racagnal, pero

Klemet quería llegar hasta el final.

El juez procedió con rapidez. Unos policías tomaron muestras de aceite de motor. Los agentes trabajaban a conciencia y hacían fotografías. Envolvieron las latas de aceite y las guardaron en una camioneta. Requisaron también los cuchillos y registraron el granero minuciosamente.

El juez se hallaba ya frente a la casa de Olsen. Un policía abrió sin problemas la puerta. En Kautokeino, la gente no tenía necesidad de instalar cerraduras complejas. Mientras el Sheriff y el juez examinaban la planta baja, Klemet subió directamente a la primera, seguido de Nina. Los dos policías hallaron la habitación del viejo granjero, con su olor ácido. Reconocieron sin dificultad al padre de Karl Olsen en las fotos. En su mayoría, eran retratos familiares, pero también podía verse al padre de Olsen en la naturaleza, en sus campos o posando a veces con otras personas, sobre todo empleados suyos. En esas fotos se le veía como alguien dominador y cuya actitud era muy paternalista. Los empleados —de aspecto sumiso— se hallaban a menudo con una rodilla en el suelo, frente al fotógrafo, mientras que él aparecía, triunfante, detrás, apoyando una mano en el hombro de ellos.

—Éste es el intérprete de la expedición de 1939. Por lo que parece, se quedó a trabajar con Olsen. La foto es de 1944 —observó Klemet.

—Y ahí está Karl Olsen con su padre —continuó Nina—. Es la única instantánea en la que se les ve juntos. En ella no es muy mayor. Debe de tener menos de diez años, diría. Incluso es más pequeño que el detector de metales que su padre lleva en bandolera.

—Parece que a Olsen padre le dio la fiebre de los minerales cuando participó en la expedición de 1939. Después de ésta, prosiguió por su cuenta.

—Cuánta razón tienes —dijo Nina, que acababa de descubrir el minúsculo cubículo.

Echó un vistazo al interior y vio el cofre, los viejos mapas y los periódicos y las cajas. Todo olía a moho. La policía hojeó algunos papeles.

—Deben de ser los mapas que utilizaba el padre de Olsen —supuso—. Se llamaba Knut.

Los policías continuaron su examen de las fotos.

—Berit ha dicho que las otras fotos debían de estar guardadas en el

desván —observó Klemet—. Vamos a ver si logramos hacerlas hablar.

Subieron por la estrecha escalera que conducía a un desván visiblemente poco utilizado. Era bastante grande y estaba ordenado, salvo un rincón donde había unas cajas viejas colocadas sin orden ni concierto. Klemet dio con las cajas de las que había hablado Berit. Contenían las fotos de familia de su esposa. No parecía gente muy divertida. Le recordaban a su familia laestadiana por su mismo aspecto severo.

—Klemet, tendrías que ver esto —le gritó Nina desde el otro extremo del desván.

Detrás de dos cajas, Nina, en cuclillas, señalaba con el dedo dos aparatos, uno al lado del otro. El primero de ellos era el detector de metales que habían visto en la foto del dormitorio. Nina le mostró el segundo aparato, y, en concreto, su marca. De inmediato llamó la atención de Klemet.

—Un contador Geiger —exclamó el policía—. El contador Geiger de 1939.

—Sí. Creo que Flüger no murió de una caída —dijo Nina en un tono súbitamente grave mientras apuntaba con el dedo el extremo del aparato.

En la caja del contador Geiger aún eran visibles unas manchas oscuras. Ambos tuvieron la misma idea: ¿y si se trataba de manchas de sangre?

Brian Kallaway saltó del helicóptero que acababa de dejarlo cerca del campamento de Racagnal. La Francesa de Minerales había hecho bien las cosas, como era habitual cuando se oían un descubrimiento de peso. En esos casos, era capaz de movilizar todos los medios necesarios. Al aterrizar, el helicóptero depositó una enorme red que había transportado debajo durante el vuelo. El palé de madera envuelto en la red contenía una motonieve, bidones de gasolina y cajas de material y de provisiones.

Racagnal observó al joven canadiense con sus gafitas redondas y se formó en el acto una opinión acerca del glaciólogo que la empresa le había enviado: un Mickey, un Mickey con un montón de títulos disfrazado de aventurero. Uno de esos tipos jóvenes que no sabían partir a una expedición sin rodearse de toneladas de chismes para parecer profesionales. Lucía una

gruesa parka con múltiples bolsillos de revestimientos especiales, botas de expedición para el Polo Norte y unas gafas para glaciación a la última moda colgadas del cuello. Se veía que su barba de tres días estaba cuidadosamente cortada. En la manga tenía un bolsillo especial para un GPS en miniatura. Llevaba en un lado, como un arma, su piqueta Estwing ultraligera. Racagnal contó, al menos, dos dosímetros en su mono, cosa que no le sorprendió ni por asomo. Muchos de los jóvenes geólogos se rodeaban de excesivas precauciones. En cambio, el francés recordaba los tiempos en que los bloques de uranio se transportaban en las mochilas y se exponían en el propio despacho sin temor alguno a sufrir radiaciones. Desde hacía unos diez años, todas esas muestras radiactivas habían sido relegadas a un almacén. Se consideraban demasiado peligrosas. Todo se había vuelto demasiado arriesgado. Kallaway desplegó sus captadores solares portátiles para alimentar sus aparatos electrónicos. Racagnal se rió abiertamente al descubrir la panoplia ultramoderna que el canadiense llevaba consigo. Pero Kallaway no comprendió por qué su colega se reía de aquella forma. Sólo le habían dicho que Racagnal era un profesional de la vieja escuela, un poco arisco.

—Las dos y veinte —anunció Kallaway tras consultar su reloj, con aire satisfecho—. No creo que hubiera sido posible hacerlo más deprisa. Por suerte, hacía buen tiempo, porque de lo contrario el piloto no habría querido despegar.

Racagnal meneó la cabeza. Aquel tipo llevaba, además, ¡un reloj Polimaster PM1208 con un contador Geiger en miniatura! No cabía la menor duda, era un superMickey. Esperó a que el helicóptero alzara el vuelo, en dirección a Alta, y se volvió hacia él.

—¿Y los levantamientos aéreos? —preguntó, muy seco.

El canadiense pareció decepcionado al no escuchar palabra alguna de simpatía por la eficacia con la que había logrado llegar a los confines de Laponia, con todo el material necesario, menos de veinte horas después de haber recibido la orden de partir en misión. Había conseguido realizar algunas mediciones aéreas. En la mayoría de los casos, las primeras mediciones de exploración se efectuaban desde el aire, en el caso del uranio. Eso permitía cribar grandes extensiones. Por supuesto, ese procedimiento era

aleatorio. Si el mineral de uranio estaba a un metro de profundidad, o debajo de un lago, el aparato no detectaba nada. Sin embargo, eso permitía a menudo determinar regiones susceptibles de ser interesantes.

Brian Kallaway fue a estrechar la mano de Aslak, que se la tendió sin mediar palabra, y acto seguido acercó un aparato a la mesa plegable que éste había dispuesto. Extendió un mapa al lado.

—Esta parte contiene varios focos —anunció Kallaway—. ¿Dónde ha encontrado los bloques?

Racagnal señaló sus hallazgos sobre el mapa del canadiense.

—Bien —dijo éste—, empiezo enseguida. Empezaré por explorar esta parte de aquí. Y usted continúe por allí. Luego avanzamos siguiendo ese eje y nos cruzaremos con ese otro eje que sigue el río. No debería llevarnos más de un par de horas.

Después de que el Sheriff y el juez regresaran a comisaría, Nina y Klemet fueron al domicilio de este último, donde tenían el material y sus uniformes, que no vestían desde hacía varios días. Entre tanto, se enviaría el contador Geiger inmediatamente a analizar para asegurarse de que las manchas oscuras eran de sangre. El juez había ordenado también que se extrajera una muestra de ADN del cadáver de Ernst Flüger, enterrado en el cementerio de Kautokeino. Si era necesario, pediría igualmente un examen del cráneo del geólogo alemán.

Klemet y Nina acabaron de ajustarse sus pantalones de faena grises y los gruesos chaquetones azul marino.

—Me parece —dijo él tras un largo rato de silencio— que ese intérprete, del que te habló Henry Mons, debió de irse de la lengua. Debíó de explicarle a Knut Olsen lo que Niils Labba le había dicho al geólogo alemán, esa historia del tambor, de la mina y del mapa. Eso debió de excitar su imaginación.

—En todo caso, eso explica por qué desapareció poco después de la marcha de Ernst Flüger y de Niils Labba —recalcó Nina—. Simplemente, los siguió. Y debió de esperar a que Niils Labba se ausentara para enfrentarse

con el geólogo alemán. Quizá lo amenazó. Y el otro tal vez se defendió. Entonces Knut Olsen debió de golpearlo con el contador Geiger.

—Sí. No encontró el cuaderno, pero es posible que diera con el mapa, el famoso mapa del que Eva hablaba.

—¿Tardará mucho en llegar de Malå?

Klemet consultó su reloj.

—Debería estar aquí dentro de dos o tres horas.

—¿De verdad crees que ese viejo mapa geológico está en ese cubículo de la casa de Olsen?

—Ella nos lo dirá, espero. Le he dado también los indicios del tambor para que pueda integrarlos en su análisis de los mapas —contestó Klemet, a quien no le disgustaba que Eva Nilsson se desplazara a Kautokeino.

Por otra parte, él mismo había constatado que el embarazoso incidente del beso a Nina parecía olvidado. Ella no era rencorosa. Era, eso sí, extremadamente parca en comentarios acerca de su novio, aquel pescador del sur. Klemet no conocía al afortunado, pero le caía simpático, aunque sólo fuera porque le había permitido desairar al pretencioso policía de Kiruna con aires de grandeza. Lo que a Klemet no le había pasado inadvertido es que Nina había parecido turbada tras su último encuentro con Aslak, en vísperas de su marcha a Francia, diez días atrás, cuando éste le había ofrecido una joya después del accidente del reno. El recuerdo de su último encuentro con el pastor, cuando éste los interceptó esquiando mientras atravesaban su territorio, aún era doloroso para Klemet. ¿Por qué siempre tenía que asociar la imagen de Aslak a un sentimiento de malestar? El policía lo sabía perfectamente. Lo sabía y no lograba acostumbrarse a ello.

Klemet miró a Nina, que acababa de abrocharse la chaqueta azul marino del uniforme. En la manga lucía el distintivo de la policía de los renos. Nina palpó el chaquetón, en cuyos bolsillos guardaba diversos objetos. Sacó un cuaderno, lo hojeó y volvió a guardarlo en su lugar, en el bolsillo del pecho. Como le costaba meterlo, rebuscó en el bolsillo para ver qué se lo impedía. Sacó una bolsita. Pareció recordar algo y se sonrojó ligeramente. El regalo de Aslak. Vio que Klemet se había percatado.

Abrió la bolsita.

—Ni siquiera la había abierto —comentó para justificarse, un poco azorada.

Klemet no dijo nada. Repasó sus cosas, cogió las bolsas y salió para terminar de cargar el coche. Hizo dos viajes más y consideró que ya estaba listo. Esperó a su colega en el umbral de la puerta, pero Nina, sentada a la mesa del salón, parecía ocupada.

—Nina, vámonos.

—Un momento —le dijo ella.

Klemet suspiró y avanzó hacia la cocina. Iba a servirse un vaso de agua y, al pasar detrás de Nina, echó un vistazo a lo que hacía. Había sacado una hoja de papel y garabateaba una especie de dibujos.

—¿Crees que es un momento oportuno? —se enojó Klemet.

La policía le tendió el papel y el objeto de Aslak. Se trataba, a primera vista, de un colgante. Era de estaño, sin duda, un metal comúnmente utilizado por los samis. Klemet no pudo reconocer las formas. Eran más bien redondeadas y el conjunto era muy asimétrico. Dos especies de bolas coronaban el conjunto. En la parte inferior, algo parecido a una pierna, a la derecha, se oponía a una figura curva que serpenteaba a la izquierda. Las curvas eran armoniosas y, aunque Klemet no veía qué representaba, tuvo que admitir que el objeto desprendía cierta belleza. El colgante estaba suspendido de un cordón de piel de reno trenzada. Nina le acercó más el papel. Había dibujado varios esbozos y, para acabar, había reunido las letras G, P, S y A. G y P arriba, S y A debajo.

—No ha sido muy difícil —dijo la policía con una sonrisa—. Mi padre solía hacer cosas así para calmarse. A partir de nuestro apellido o de su nombre de pila, o del mío, o de cualquiera. Cogía las letras y las deformaba para darles un aspecto artístico, a veces casi como un sello. Se hizo un anillo así, con las iniciales de su nombre y de su apellido y las de mi madre. Mi madre no se lo puso nunca; creo que le parecía vulgar. Mi padre, sin embargo, sí lo llevaba a menudo. ¿Ves?, ha tomado las primeras y las últimas letras de las dos partes de su nombre compuesto, Gaup y Sara.

Al mirar de nuevo el colgante, esta vez Klemet reconoció las formas redondeadas. Con un pequeño esfuerzo, las letras se volvían evidentes. Nina

sonrió, satisfecha de sí misma, recogió la joya y tomó la hoja de papel, que dobló.

—Bueno, ahora ya podemos marcharnos —dijo alegremente.

Sorprendida, abrió unos ojos como platos cuando Klemet, que no se había movido, la retuvo. Estaban pegados el uno al otro. Klemet tendió la mano hacia ella.

—Dame el colgante, por favor...

Nina dio un paso atrás y sacó la bolsita. Le tendió la joya a Klemet tratando de sonreír. El policía la tomó entre los dedos y no dejó de mirarla. Cerró los párpados, volvió a abrirlos e hizo girar el colgante delante de Nina, divertida en ese momento por el comportamiento de su colega. Finalmente, cogió la joya con dos dedos.

—La ese, Nina. Mira bien la ese.

Nina seguía sonriendo. De repente, se le heló la sonrisa. Se llevó la mano a la boca y se sentó de golpe en la silla.

—¡Oh, Dios mío! —gritó—. ¡Esa ese! ¡Esa forma! ¡Dios mío, es uno de los signos... en una de las orejas de Mattis!

Jueves, 27 de enero

Laponia interior

El glaciólogo canadiense desplegó toda la técnica y el conocimiento de que era capaz. Trabajaba de prisa. En dos horas pudo identificar dos nuevos bloques. Resultaba innegable que la concentración de uranio de los mismos era más que interesante. Excepcional. Según las mediciones de su SPP2, los bloques eran muy prometedores.

—Tengo anomalías a ocho mil pulsos con producto amarillo —declaró con entusiasmo.

El glaciólogo de la Francesa de Minerales pertenecía a esa categoría de especialistas a los que la gente como Racagnal sólo requería en contadas ocasiones. Era una cuestión de orgullo. En el peor de los casos, los bloques podrían haber sido arrastrados a lo largo de veinte kilómetros y sería casi imposible remontar hasta su origen. En esa situación, un tipo como Kallaway sería un mal necesario. No obstante, éste había saltado de alegría al descubrir, a dos kilómetros y medio, aproximadamente, un bloque mucho más anguloso, señal de que había circulado menos. ¡Así que se acercaban al origen!

Kallaway se pasó varias horas llevando a cabo los primeros análisis y, sobre todo, estudiando los mapas del perímetro. Antes de partir, el servicio de documentación había descargado en su ordenador portátil todos los informes disponibles sobre la zona. Instalado en el refugio, bastante protegido del frío,

introdujo los datos en el ordenador y al tiempo se ajustaba con frecuencia sus gafitas redondas y profería regularmente exclamaciones de entusiasmo. Ya había renunciado a comunicarse con el guía sami, que parecía tan lejano y cerrado como su colega francés. Pero no le importaba. Le necesitaban, e iba a dar lo mejor de sí mismo y lo antes posible; a buen seguro que la empresa estaría satisfecha de sus servicios. Sin embargo, tenía que admitir que, hasta el momento, aquel patán francés había hecho gala de una intuición excepcional. Cuando Racagnal le reveló en qué momento había iniciado la exploración sobre el terreno, le costó creerle. A primera hora de la tarde, al volver de su expedición inicial, ya muy fructífera, se puso en contacto con la sede y le pareció oportuno elogiar el hallazgo de su colega Bulda. Sin embargo, en cuanto colgó, Racagnal se acercó a él y le soltó un formidable tortazo, lo que lo dejó medio noqueado y, sobre todo, completamente desconcertado.

—Jamás se te ocurra volver a llamarme Bulda, pedazo de gilipollas, y no digas nada por radio, a nadie, acerca de lo que puedas encontrar.

Klemet y Nina no perdieron ni un segundo más. El descubrimiento de la marca de la oreja de Mattis había sido sensacional, pero creaba nuevas dificultades. Mientras circulaban hacia el centro de Kautokeino, Klemet trataba de ordenar sus ideas.

—A Mattis le asesinaron porque se había apoderado de ese tambor que señala el emplazamiento de una mina. ¿Por qué murió? Porque lo había robado o porque no quería entregarlo. Alguien le hizo creer que podría recuperar el poder del tambor y abusó de su debilidad. ¿Aslak?

—¿Ves a Aslak deseoso de hacerse con una mina? No cuadra con el personaje...

—No, pero ¿no podría querer el tambor por su poder?

—¿Quieres decir que Aslak sería una especie de chamán?

—Aslak, un chamán...

—Por lo que me parece haber entendido —prosiguió Nina—, los verdaderos chamanes no andan voceando a los cuatro vientos que son

chamanes. ¿Y por qué no podría serlo él? Tiene esa aura misteriosa, ¿no? Y parece que los samis lo respetan mucho.

Klemet meneaba la cabeza. De forma inconsciente, había aminorado la velocidad.

—No sé... Es... Es que no me cuadra con la imagen que tengo de él.

—¿Qué imagen, Klemet? —se enojó de repente Nina—. ¿La que te hizo huir con una falsa excusa cuando tenías que interrogarlo? Siento una enorme curiosidad por saber qué imagen tienes exactamente de Aslak, Klemet. Yo he jugado limpio contigo. Podría haberme callado la historia de la joya; te aseguro que para mí habría sido menos embarazoso. Y decidí hablarte de ello.

El policía permanecía en silencio, concentrado en la carretera helada. Abrió la boca. Pero volvió a cerrarla. Había estado a punto de explicárselo, pero cambió de opinión.

—Los que andan tras el tambor buscan una mina —prosiguió Klemet—. Manipularon al pobre Mattis. Ese Racagnal busca la mina indicada en el tambor, ahora lo sabemos. La cuestión es saber si el francés ha actuado solo. ¿Fue él quien apuñaló a Mattis para que confesara dónde estaba el tambor?

—Pensaba que sospechabas de Mikkel y de John —objetó Nina.

—Pero no hemos comprobado si el viejo, Henry Mons, conocía a ese Racagnal. Podrían ser cómplices, al fin y al cabo.

En ese momento fue Nina quien guardó silencio.

—No —dijo por último—. Y, si están relacionados, seguro que Henry Mons no está al corriente. También pudieron manipularlo. Pero no lo creo. Mons sentía un profundo respeto por Niils Labba. Estaba sinceramente emocionado al evocar su historia. Me intriga más el papel que pudo desempeñar Knut Olsen, el padre del granjero.

—En todo caso, no puedo imaginar que Aslak haya podido cargarse a Mattis —insistió Klemet—. Hay algo en las relaciones entre Aslak y Mattis que se me escapa. Quizá Johan Henrik podría aclarárnoslo, pero ahora mismo es imposible ir a verlo por culpa de Brattsen.

—Tal vez Berit sepa algo —sugirió Nina—. El otro día me pareció muy esquiva cuando le mostramos la foto de Aslak.

Klemet rememoró la escena y recordó con claridad el aspecto distante de Berit, que, sin embargo, no pudo disimular cierto azoramiento. Miró por el retrovisor, puso el intermitente y dio un amplio giro para ascender hacia el Centro Juhl. Aparcó en la carretera que había encima del centro. Un minuto más tarde, Klemet llamaba a la puerta de Berit.

Ella mismo abrió. No pareció sorprendida al ver a los dos policías y les hizo pasar a la cocina una vez que se descalzaron. Tenía los ojos hinchados. A buen seguro, había llorado mucho. Klemet le hizo un signo con el mentón a Nina.

Nina tomó a Berit de la mano y miró de reojo a Klemet. Éste asintió.

—Berit, tenemos motivos para creer que Aslak podría..., que quizá fue el que apuñaló a Mattis —dijo Nina rápidamente—. O, en todo caso, quien le hizo los cortes en las orejas.

Berit se volvió con brusquedad hacia Nina, liberó su mano y se la llevó a la boca, pero no pudo ahogar su grito. Su mirada agitada se dirigió a Klemet, que aún meneaba la cabeza en silencio. Se echó a llorar y ocultó su rostro entre las manos.

—Oh, Dios mío —sollozaba, sin poder contenerse.

Nina la tomó de los hombros, tratando de consolarla.

—Berit, sabemos que tenías a Mattis en gran estima, lo sentimos mucho. Pero tenemos que...

Berit alzó súbitamente la cabeza, con la mirada trastocada y transformada por una llama trágica.

—No sufro por Mattis, ahora —lloró, casi gritando—, ¡es por Aslak! ¡Oh, Dios mío, Aslak, mi Aslak! —dijo hundiendo de nuevo la cabeza oscilante entre sus manos.

Klemet y Nina se miraron, ambos asombrados.

—Berit, ¿qué quieres decir con eso? —la zarandeó con afecto Nina.

—¡No ha sido él, no ha sido él!

Berit sollozaba, con la desesperación reflejada en sus ojos, como si su mundo se estuviera desmoronando.

Brian Kallaway y André Racagnal se disponían a partir de nuevo. Iban a explorar más lejos. Aslak se quedaría en el campamento. Racagnal no temía que el sami escapara. El geólogo francés seguía enviando cada dos horas un mensaje de radio aparentemente anodino y no comprometedor a Brattsén. La amenaza de represalias contra su campamento parecía bastar. Sin embargo, pensándolo bien, Racagnal ya no estaba seguro de ello. La mirada que le dirigía el pastor cada vez que pasaba a su lado le inquietaba. No estaba preocupado. Y menos aún tenía miedo. El sami sí debería haber tenido miedo. O dar muestras de temor. Pero nada. Nunca tenía prisa, nunca decía nada. Lo miraba. No le quitaba la vista de encima más que en contadas ocasiones. Aún se alimentaba de sus provisiones a base de reno y dormía en su rincón. Nunca se había hallado en situación de depender de Racagnal para nada. A menudo se quedaba medio tumbado, apoyado en una piel de reno enrollada, observándolo. Cual león que acecha a su presa. Y que sabe que no se le escapará. En eso me hace pensar ese lapón de mierda... Racagnal acababa de descubrir algo evidente. El sami se comportaba como un predador que tenía el tiempo a su favor. Un lobo que sabía que su presa no escaparía.

—¿Qué te pasa, gilipollas? —le gritó el francés—. ¿Quieres que te pegue un puñetazo en todos los morros?

Brian Kallaway pareció sorprendido ante la brusca cólera de su colega, pero no se atrevió a decir nada. Acabó de equiparse, se puso el casco y bajó la vista cuando Racagnal lo miró con aspecto furibundo.

Nina se había puesto en pie. Mientras Berit Kutsi seguía sollozando, vio que Klemet pensaba lo mismo que ella. Y que los dos se negaban a creerlo. ¿Habría podido cometer Berit lo inconcebible? ¿Ella? ¡No! ¡Ya nada cuadraría! Sería una locura. Nina apoyó ambas manos sobre los hombros de Berit y la zarandó con energía.

—Berit, tienes que decírnoslo. ¡Es muy importante!

Al final la sami se volvió y mostró un rostro implorante a los dos policías.

—Aslak —empezó, recuperando poco a poco el control de su emoción—. Aslak. Fue..., oh, Dios mío, Señor...

—¿Qué fue, Berit?

Inspiró profundamente.

—Fue mi único amor.

La revelación provocó la estupefacción de ambos policías. Se esperaban una confesión de peso, pero nada les había preparado para semejante secreto. ¡Berit y Aslak!

Berit se sonó vigorosamente. Nina se sentó a su derecha y Klemet acercó una silla a su izquierda. Incluso la vela pareció temblaquear, acorde con las confidencias.

Berit miraba fijamente la frágil vela, situada en el centro de la mesa, la única luz de la estancia, y no dejó de mirarla a lo largo de la media hora siguiente. Los policías no la interrumpieron en ningún momento.

Nunca ocurrió nada carnal entre los dos, aseguró Berit. Aslak tampoco había sabido jamás que Berit languidecía de amor por él. Sus impulsos se quedaron en ilusiones que ella trataba de absolver con oraciones desenfrenadas. Más de una vez había ido a observar a escondidas a Aslak mientras éste guiaba a sus renos por un valle. Cuántas veces lo había admirado al verlo lanzar el lazo o agarrar en brazos a un reno en el cercado para marcarlo o castrarlo de un mordisco. Cuántas veces se había estremecido con sensaciones desconocidas y violentas, luminosas y extenuantes. Y cuántos sueños. Y cuántas noches agitadas. Berit ya no quería ocultar nada. Explicó aquel sueño recurrente. Seguía mirando la pequeña vela, débil pero intensa. Ese sueño siempre tan real en el que ella caminaba a cuatro patas en medio de una manada de renos, en el que ella era un reno. Y en el que Aslak la atrapaba con el lazo.

Sus mudas esperanzas se volatilizaron el día en que Aslak conoció a la que sería su esposa, Aila. Entonces Aila era muy joven. Apenas tenía quince años cuando la prometieron a Aslak. El padre de Aslak ya había fallecido. Anta Labba, el padre de Mattis, fue el que cerró el acuerdo. La futura esposa procedía de su familia. Aila tenía quince años y era fina y alegre; preparaba bien las pieles y era una hábil artesana. Berit no tuvo ninguna oportunidad.

Deseó morir. Pero la necesitaban en su casa. Su joven hermano disminuido ocupó sus pensamientos y sus actos. En sus sueños, sin embargo, siempre fue de Aslak. Aquél fue el destino de Berit Kutsi. Por un lado, los sospechosos tejemanajes del pastor Lars Johnsson, que quería que ella sintiera el pecado para responder mejor a la llamada de Dios, y, por el otro, su pasión silenciosa por quien consideraba como el mejor sami que Dios había puesto en el mundo. Eligió la vía del recogimiento y de la dedicación a los demás.

Berit calló un buen rato; tenía las manos cruzadas delante de ella, la cabeza ligeramente inclinada y contemplaba, soñadora, la pequeña llama en la penumbra de la cocina.

—No le hagáis daño a Aslak —acabó por decir para romper su silencio.

Tras haberse confiado, pareció aliviada. Los policías aguardaron la continuación, puesto que intuían que la historia no terminaba ahí. Klemet se dio cuenta de que él y Nina estaban en la misma longitud de onda, y eso lo complació. El silencio no les daba miedo. Los segundos se sumaban a los segundos. Daba la impresión de que Berit estaba viviendo una lucha interior. Pero Klemet sabía que ella ya había hecho lo más duro y que bastaba esperar. Esperaron. La vela temblaba y su intensidad disminuía. Berit la miraba. La penumbra se cernía sobre ella.

—Dios sabe que nuestra religión no tiene santos —empezó la anciana—, pero si hubiera uno, éste sería Aslak. Todo lo que ha llegado a hacer por su mujer...

—¿Qué quieres decir? —preguntó Nina.

—¿Conocéis a Aila?

Nina asintió.

—En ese caso, habréis visto que no está bien de la cabeza. Ya os he dicho que era muy guapa. Cuando se conocieron, ella tenía quince años. Él tenía veinticinco. Y Mattis, Dios mío, Mattis tenía veinte años. Fue en 1983. Eran tiempos agitados en el vidda. Fue unos años después de esa historia del embalse que la gente quería impedir que construyeran sobre el río Alta; tú igual te acuerdas, Klemet... La gente estaba amargada.

Nina recordó los recortes de periódico en los que se hablaba de las manifestaciones. Y recordó la foto en la que se veía a Olaf Renson, joven

militante contestatario.

—Aslak estaba al margen de todo eso. La política nunca le ha interesado. Vivía en otro mundo. Algunos se lo han reprochado, pero así es. Tiene tanta integridad que finalmente la gente le ha dejado en paz. Hasta se ganó el respeto de algunos. En todo caso, el embalse se construyó. Quizá lo recuerdes, Klemet, o quizá ya te habías marchado o aún no habías vuelto, no lo sé, pero la región fue invadida por cientos de trabajadores extranjeros. Y pasaron... cosas. Ese año, en 1983, uno de esos extranjeros atacó a la joven mujer de Aslak. Sucedió en uno de esos túneles que construían para el embalse. Una noche, cuando no había nadie. La violaron allí, en el túnel. ¿Lo sabías, Klemet?

Por primera vez, Berit alzó la cabeza. Klemet meneaba la suya. No, no lo sabía. No podía apartar a Aslak de su mente. Sintió que la emoción se apoderaba de él. Movi6 la cabeza para indicarle a Berit que siguiera.

—Casi nadie se enter6. Y quienes lo supieron no hicieron nada. ¿Qué era una pobre lapona frente a aquellos extranjeros tan importantes para el embalse? Un policía lo supo y no hizo nada. Ahora ya está muerto. Rogué por su alma. A Aila la violaron. Tenía quince años. Estaba prometida a Aslak. Tenían que casarse cuando ella cumpliera dieciocho años. Ella sabía que estaba prometida a Aslak. No quería decepcionar a su tío, Anta Labba. Sobre todo, no quería perder a Aslak. Estaba desesperada. No sabía que yo estaba enamorada de él. Y un día vino a verme. Dios mío, qué guapa era. Pero, Dios, su desgracia... Se llevó las manos al vientre y comprendí. Me suplicó que la ayudara. De rodillas, Señor, me suplicó que la ayudara a suprimir aquella criatura.

Berit se cubrió el rostro con las manos. Su pecho se agitó. Sollozaba entrecortadamente. Controló su emoción.

—No pude. No podía. Aila se marchó. Estaba tan desesperada y lloraba tanto, como una niña de quince años que no era capaz de entenderlo. Oh, Dios mío, esas lágrimas y esos gritos; aún puedo verla frente a mí, agarrándose la cabeza, gritando y llorando.

A Berit se le hizo un nudo en la garganta. Se echó de nuevo a llorar, sacudida por unos enormes gemidos desgarrados. Cuando se incorporó, su

voz se había vuelto lejana, extraña, como si otra persona hablara por su boca. Ya no miraba la vela. Miraba a lo lejos, por la ventana de bordes helados. Hablaba muy despacio.

—Lo supe luego. La criatura nació. Un niño. Aila lo trajo al mundo sola. Luego lo llevó a lo alto del embalse un día en que el embalse estaba abierto. Vio..., ella vio..., vio el cuerpo de la criatura rebotar contra las rocas. Y después de eso perdió la razón.

Berit se detuvo un buen rato. La vela estaba a punto de consumirse del todo.

—Después de eso, Aila ya nunca ha sido la misma. A veces gritaba «*lapset, lapset*», «niño, niño», como un animal herido, y extendía las manos en el vacío por encima de ella. Como si quisiera atrapar algo. Nunca volvió a hablar.

La vela se apagó por completo y soltó una última y pequeña voluta de humo. La penumbra pronto fue invadida por el halo de la luna. Una claridad muy suave dibujó los rostros de Berit y de los policías.

—¿Cómo lo supiste? —preguntó Nina.

—Aslak. Fue la última vez que nos hablamos. Después de eso, ya nunca volví a atreverme a dirigirle la palabra. Pero Aslak no repudió a Aila. Se ocupó de ella. Como un santo.

Nina advirtió la sombra en el rostro de Klemet. Éste meneaba la cabeza en silencio. Parece comprender, pensó ella.

Berit se quedó sola en la cocina a oscuras mientras los policías se ponían en pie para marcharse. Cuando Nina y Klemet se acercaron a la puerta, la voz débil y casi irreconocible de Berit llegó hasta ellos dificultosamente, surgiendo de la penumbra en la que desaparecía.

—No le hagáis daño a Aslak...

Jueves, 27 de enero

Laponia interior

André Racagnal observaba a Brian Kallaway. Mickey no había vuelto a llamarle Bulda. Sin embargo, el francés seguía sin fiarse de él. Para asegurarse de que no se fuera de la lengua, solía quedarse a su lado cuando el joven tomaba la radio. El otro se sentía espiado. Se estaba poniendo nervioso. Pero su nerviosismo tenía también otra causa. Después de pasar de nuevo muchas horas haciendo hablar a las rocas, midiéndolas con su SPP2, examinando los mapas, cotejando sus hallazgos con el viejo mapa geológico, extendió con manos temblorosas un mapa delante de Racagnal.

—Es ahí... —dijo balbuciendo—. Estaremos encima mañana por la mañana. Seguro. He constatado anomalías a ocho mil pulsos con producto amarillo. Es increíble. Nos dirigimos hacia algo enorme.

—Así que eso es lo que ese tipo dibujó en el mapa —dijo Racagnal para sí mismo—. Lo más probable es que no supiera lo que había descubierto, pero vio rocas amarillas y creyó que era oro. No comprendió que se trataba de uranio.

—Seguramente tiene razón: ese mapa parece bastante antiguo y el uranio no despertó ningún interés antes de la segunda guerra mundial. Pero hoy en día es otra cosa. Es formidable, ¿se da cuenta? Habrá que llevar a cabo aún muchas mediciones y perforaciones, pero si el yacimiento está a la altura,

como indican nuestros hallazgos y como se supone por el mapa, la Francesa de Minerales será líder del mercado mundial del uranio. ¡Es enorme!

—Sí, tú lo has dicho —concedió Racagnal—. Pero te recuerdo nuestro trato, chaval. De momento, cierras bien el pico, ¿está claro?

—Sí, por supuesto —farfulló el canadiense, que había confiado en que la inminencia de un descubrimiento importante suavizaría a su colega.

Vaciló un segundo y continuó.

—De todas formas, hay una cosa que me preocupa.

—¿Ah, sí?

—No es que me preocupe, pero digamos que me fastidia.

—Vamos, suéltalo ya...

—Según mis diferentes cálculos, las proyecciones, los cotejos con el mapa antiguo, las comparaciones que he hecho, los...

—¡Sé breve, joder!

—Ese enorme yacimiento de uranio podría estar al lado del río Alta. Su explotación, si se demuestra comercialmente rentable, sería limitada. Requeriría unas condiciones de seguridad máximas, pues el riesgo podría resultar enorme. Me parece que para nosotros no sería un problema, ya que tenemos una experiencia probada. Pero no me cuesta imaginarme lo peor si una pequeña empresa se hiciera con el proyecto antes que nosotros. Las consecuencias podrían ser verdaderamente dramáticas. Imagínese las toneladas de residuos radiactivos que irían a parar directamente al Alta. No hace falta que se lo explique, supongo. Toda la región estaría condenada, todas las poblaciones junto al río tendrían que ser evacuadas. Y me imagino que también comportaría el fin de la ganadería de renos. Por suerte, sabremos evitar todo eso, ¿no es cierto? Costará mucho dinero, pero merece la pena.

—¿Has acabado con tu conferencia? ¿Podemos continuar? Vamos a recogerlo todo y a trasladar el campamento para estar listos mañana al alba. Mañana hay que hacerlo todo, ¿entiendes?, porque termina el plazo de presentación de solicitudes de licencia. Es nuestra última oportunidad. Y la tuya también, si quieres tener algún futuro en este oficio, ¿está claro? Así que ya puedes ponerte las pilas para mañana.

Racagnal se volvió al notar la mirada del sami en la espalda. Lo apuntó

con el dedo. Aunque éste no había entendido ni una palabra, como sospechaba el francés, no le quitaba los ojos de encima.

—Y tú —le gritó sin dejar de señalarlo—, recoge el campamento. Nos marchamos dentro de una hora.

El francés se equivocaba sólo en una cosa. Con su hueso de reno entre los labios, que mordisqueaba con tranquilidad, Aslak no seguía sus ojos. Miraba de nuevo lo que colgaba de su muñeca, aquella pulsera de plata que había visto por primera vez en su tienda. Y que su mujer había reconocido.

Eva Nilsson acababa de llegar de Malå. La directora del Instituto Geológico Nórdico se encontró con los policías de la patrulla P9 en la comisaría. Rolf Brattsen hacía tiempo que no había vuelto por allí. Una vez finalizados los interrogatorios de los dos ganaderos samis, se había marchado, pues, como había dicho, iba a verificar algunos elementos sobre el terreno. Nadie osó preguntarle qué iba a comprobar. Aparentemente, estaba muy agitado, a la vez que excitado, agresivo y entusiasmado. Nadie sabía cuándo regresaría.

Delante de la comisaría, los manifestantes no cejaban en su empeño. La prolongada detención de los dos samis comenzaba a provocar reacciones en cadena. Los dos hombres eran militantes y algunos partidos del Parlamento noruego empezaban a inquietarse ante lo que sucedía en el Gran Norte. Su preocupación era creciente, ya que, según los reportajes de la NRK, habían empezado a aparecer pancartas en las que se leía «Laponia para los lapones».

Eva Nilsson encontró a los policías en el despacho de Nina. La geóloga parecía muy concentrada.

—Amiguitos —les dijo de entrada—, sin saberlo habéis pescado algo muy gordo. En primer lugar, ninguno de los mapas antiguos hallados en el cuartucho de ese granjero corresponde al cuaderno de campo de Flüger que encontramos y examinamos en Malå, pero se nota que ese tipo se interesó mucho en algo. Por otra parte, he examinado con más detalle vuestro caso y los indicios procedentes del tambor, y los he cotejado con la ayuda de mi equipo. Recordad lo que os dije. Flüger hablaba de minerales amarillos, de

bloques negros alterados. Hemos consultado también los levantamientos aéreos de antes de la moratoria del uranio y ahí nos aparece una zona radiactiva con granito donde hay esquisto de alumbre, un tipo de esquisto a partir del cual puede producirse uranio. No me miréis como besugos. Eso significa que potencialmente hay un yacimiento de uranio en esa zona. Si eso cae en manos de unos descerebrados, con sólo que intenten hacer sondeos con explosivos para tomar muestras más profundas, sin esperar la llegada de los equipos adecuados para la extracción de testigos, provocarán una contaminación y una catástrofe ecológica de padre y señor nuestro, puesto que el río pasa justo al lado. Por no hablar de los riesgos del radón. Ya os lo expliqué. En un yacimiento minero de uranio bien hecho, eso no sería un problema. Si la gente lleva los equipos adecuados y se cuenta con la ventilación adecuada, se puede trabajar. Pero sin eso, el radón provoca, casi con toda seguridad, cáncer de pulmón. Y si además fumas, la diñas seguro. Ese radón es una verdadera porquería. Me pregunto si no fue eso lo que diezmó a la gente del tambor. Enseñadme la foto del tambor.

Klemet le tendió una foto ampliada.

—Mirad las alucinaciones o lo que sea. De la mina al ataúd. Directamente. No sé de cuándo debe de ser el tambor, pero es muy posible que a esos mineros se los cargara el radón. Hoy en día aún hay minas, en África o en otros sitios, donde no se previene a la gente de los peligros. Si además los mineros fuman, se mueren muy deprisa. Pero es algo insidioso. El radón es inodoro. Estoy segura de que los samis en esa época fumaban como chimeneas. Y además, con toda probabilidad bebían. Los suecos debieron de engatusarlos con tabaco y alcohol, como se hace en todas partes para domesticar a los salvajes. En la mina del tambor, esas gentes no sabían qué era el uranio, como es evidente. Podían interesarse en el producto amarillo porque en esa época se utilizaba en las cortes reales para decorar porcelanas o vidrio. Si el mineral transportado era efectivamente uranio, es indiscutible que en una pequeña mina de mala muerte y sin ventilación, donde el radón quedaría suspendido en el aire, ésa sería la causa de una carnicería entre la población de mineros.

Rolf Brattsen y Karl Olsen se encontraron en el desvío de Maze, en la carretera 93, a medio camino entre Alta y Kautokeino. El comisario interino parecía enfadado. Dejó su coche en un lugar discreto y se reunió con el viejo granjero en su *pick-up*. El último mensaje recibido por el geólogo francés era acuciante. Pero Olsen no se fiaba de él. Y cuantas más vueltas le daba, más temía que aquel diabólico francés lo engañara, pues cabía la posibilidad de que, si realmente daba con ese fabuloso yacimiento, fuera a declararlo a sus espaldas. Y en ese caso, él, Karl Olsen, que toda su vida había ido en pos del sueño de su padre, sólo podría echarse a llorar. Y no era cuestión de llorar. No después de todo lo que había organizado con tanta paciencia. Dificultosamente, el granjero se volvió hacia Brattsen con una mueca de dolor a causa de su pinzamiento en el cuello. Éste no le traía buenas noticias. Sus colegas parecían sospechar algo debido a su actitud con respecto al geólogo francés. Y encima, la cólera iba en aumento debido a esos dos malditos lapones. Con sus redes dignas de las de los comunistas, estaban armando un buen jaleo. La posición de Brattsen se había debilitado.

Olsen no podía contar con aquel burro redomado. Decididamente, su aire ceñudo sólo ocultaba su inmensa memez. Sin embargo, el granjero comenzaba a entrever una solución. Quizá podría preservar la posición de Brattsen, pues aún lo necesitaría en el futuro, y sobre todo asegurarse de que el yacimiento no se le escapara de las manos.

—¿Tenemos la posición del francés? —preguntó Olsen con los ojos entornados.

—Sí, eso por lo menos lo tenemos. Está en un lugar completamente abandonado. No hay ningún pasto en los alrededores. Allí no va nunca nadie y se encuentra en el fin del mundo.

—En tal caso, es fácil —dijo el viejo—. No te preocupes, todo se arreglará, chaval. Vamos a ir a ver a ese francés, a lo lejos. Nos acercaremos a él. Y en cuanto estemos seguros de que ha encontrado lo que tiene que encontrar, te lanzarás sobre él, ¿lo has entendido? Tú lo detendrás. Los demás no podrán decirte nada. ¿Lo captas, chaval?

—Sí, de acuerdo. Pero eso no impide que su empresa pueda presentar el

informe.

Olsen no dejaba traslucir nada. Conocía la respuesta. Pero quería que Brattsen llegara por sí solo a la conclusión que se imponía.

—Sí, claro, y puede que hable más de la cuenta —fingió apenarse.

—Sí, puede que explique lo que ha hecho para usted —respondió Brattsen, azorado.

—Oh, ni siquiera había pensado en eso —replicó el viejo Olsen—. Pensaba en que podría explicar que fuiste tú quien le puso entre las garras a la pequeña Ulrika, recuerdas, la camarerita de quince años... —añadió, y observó con satisfacción el brusco cambio de expresión del policía.

Viernes, 28 de enero

Salida del sol: 09.02 horas; puesta del sol: 14.02 horas

5 horas de insolación

07.30 horas. Laponia interior

Racagnal y Kallaway partieron muy temprano. La noche fue corta, fría y agitada. Kallaway estaba agotado debido a la tensión. Mientras desayunaban, le explicó detalladamente a Racagnal lo que había que hacer. Gracias a los bloques, había podido determinar el camino que el glaciar había recorrido. Ese glaciar podría haberse desplazado a un metro por día. Siguiendo esa línea, y tras el estudio de los mapas geológicos, podrían llevar a cabo la aproximación. Y el estudio del mapa geológico antiguo que Racagnal se había procurado, sin que quisiera decir cómo, no dejaba ninguna duda: estaban, según los cálculos de Kallaway, a menos de trescientos metros de un yacimiento de uranio de primera magnitud.

—¿Podemos ponernos ya a trabajar? —lo interrumpió Racagnal, apoyado en su piqueta sueca de geólogo.

El sol aún no había salido pero, gracias a la nieve, la luminosidad pronto sería suficiente. No tenían tiempo que perder. Había que cumplimentar la licencia como muy tarde el lunes para la reunión de la comisión de asuntos mineros que se celebraría el martes 1 de febrero.

Kallaway había cargado la motonieve y había comprobado la radio. Ya se

veía anunciando la noticia en París. Iba a ser un acontecimiento. Sonreía solo, sin darse cuenta de que Racagnal le observaba. El canadiense hizo un gesto con la mano al guía sami.

Kallaway estaba muy contento. Seguido por el francés, recorrió rápidamente los pocos centenares de metros que lo separaban de la ladera de la montaña. Nunca se había sentido tan febril. Para la última aproximación, se calzó unas raquetas de fibra ultraligeras. Llegaron siguiendo la cresta, cuya pendiente se acentuaba en las cercanías de la cima. Kallaway casi alcanzó la zona de mayor altura y se detuvo. Justo detrás de la cima plana, parte de la montaña desaparecía en una especie de tobogán. Avanzó un poco por la cresta para poder disfrutar de una vista lateral del tobogán. Se quedó mirando fijamente. En medio de aquel desnivel vio una sombra, o quizás era un extraño desprendimiento, algo imposible de averiguar a menos que uno lo tuviera justo delante. Llevaba consigo una potente linterna y enfocó hacia allí. La sombra desapareció y dejó paso a una oscuridad. Descendió prudentemente a lo largo del tobogán y llegó hasta aquel agujero.

—¡Racagnal! —gritó—. ¡Venga aquí, rápido!

El francés, que lo seguía de cerca, se aproximó apoyándose en su piqueta y lo vio.

—La entrada de una antigua mina...

Kallaway avanzó. La entrada de la mina era minúscula. Había que agacharse mucho para poder meterse. Kallaway enfocaba su linterna, con un nudo en la garganta. Se volvió y topó con el aliento de Racagnal.

—Continúa —le dijo éste—, yo te cubro.

Kallaway no las tenía todas consigo. Encorvado, penetró a través del estrecho cuello tratando de no resbalar. Éste medía apenas dos metros y formaba un ligero codo. Desembocaba en una pequeña sala de unos cinco por tres metros. El techo se hallaba apenas a un metro veinte del suelo de roca. Las paredes habían sido repicadas de manera irregular. Algunas partes de las paredes rocosas estaban más excavadas que otras y mostraban los filones que los mineros habían seguido.

Kallaway silbó.

—¿Se da cuenta? Hubo gente que vino hasta aquí en busca del mineral.

Cogió su piqueta Estwing y golpeó la roca. Parecía pechblenda, el mineral natural del uranio.

—¿De cuándo cree que debe de ser esta mina?

—Ni idea. Sólo sé que hubo unos tíos que ya hicieron prospecciones en Laponia en 1600. Podría ser perfectamente de esa época. Pero no vamos a hacer una clase de historia ahora. Enfoca la linterna hacia aquí.

Kallaway desplazó el haz de su linterna. Racagnal encendió su SPP2. Lo reguló a mil quinientos. El chirrido del aparato ascendió al máximo de inmediato. En el espacio cerrado, el ruido se volvió insoportable. Kallaway se tapó los oídos. Racagnal no reaccionó. Giró el botón a cinco mil y puso en marcha la medición. El chirrido alcanzó la máxima intensidad en un cuarto de segundo. Kallaway, que había bajado las manos, las levantó, raudo, con una mueca de dolor. Racagnal daba señales de nerviosismo. Ajustó el SPP2 a quince mil. Sólo dos veces en toda su vida Kallaway había tenido que ajustar su SPP2 a esa frecuencia, la frecuencia máxima. Había sido unos días antes, en un bloque y en el curso de una misión en la mina de Cigar Lake, en Canadá, donde había la mayor concentración de uranio del mundo, con doscientos kilogramos por tonelada de mineral, lo que era doscientas veces más que en la mayoría de los yacimientos del planeta.

El chirrido aumentó de nuevo muy rápidamente y llegó otra vez al máximo. ¡Quince mil pulsos por segundo! Kallaway miró a Racagnal con unos ojos como platos detrás de sus gafas redondas. A todas luces, el yacimiento de Cigar Lake acababa de ser superado.

09.00 horas. Kautokeino

La patrulla P9 se disponía finalmente a partir cuando Klemet, nada más sentarse en el coche, vio a su tío Nils Ante dirigirse a la entrada de la comisaría. Se quedó estupefacto. Debía de ser la primera vez que veía a su tío tan cerca de una dependencia policial. Las comisarías eran uno de los lugares que, junto con las iglesias, siempre había tratado de rehuir. Klemet lo saludó con la mano. Sin embargo, aún lo sorprendió más que a su tío lo acompañara

Hurri Manker, el especialista en tambores. ¿Qué hacía tan lejos de Jukkasjärvi? ¿Qué hacían juntos? Klemet maldijo. Lo más urgente era ir a detener a Racagnal antes de que se produjera una catástrofe. Todavía no sabía a ciencia cierta adónde tenía que dirigirse, exactamente, y era una preocupación suplementaria que de forma gustosa se habría ahorrado. Además se vería obligado a recoger pruebas y seguir rastros. Por fortuna, el tiempo ayudaría. En invierno, sobre la nieve, era más difícil disimular las huellas. Mientras esperaba a su tío, que se encaminaba hacia él, Klemet miró preocupado el cielo. El sol despuntaba en ese instante y la magia operaba de nuevo. Pero también había en el cielo signos inquietantes. A media tarde, podían llegar tormentas y, en ese caso, ya podrían despedirse de las huellas...

—Hola, sobrino. ¿Ya vistes de nuevo de uniforme? No te sienta bien, ¿sabes? Tengo algunas cosillas que contarte. ¿Nos quedamos aquí helándonos o vamos a tu casa? Mi amigo Hurri, a quien no había visto desde hace años, se ha quedado desconcertado con esa historia del tambor y ha insistido en venir a hablar de ello conmigo. Ha hecho el viaje ex profeso.

—Nina —dijo Klemet a su colega, ya sentada en el automóvil—, vamos cinco minutos al garaje. Nils Ante, de verdad, tenemos mucha prisa.

El pequeño grupo descendió al garaje de la policía, cuya puerta estaba abierta. Klemet señaló un rincón donde había dos sofás, uno frente al otro, desfondados. En medio, una silla vieja de madera aún podía sostener el peso de dos ceniceros medio llenos. Se trataba del rincón de los fumadores de la comisaría. Todos tomaron asiento. Excepto Nils Ante. Klemet no se lo podía creer cuando su tío empezó a cantar un yoik. Unos policías que pasaban por el garaje se detuvieron, estupefactos. Al ver a Klemet y a Nina en compañía del cantante de yoiks, se encogieron de hombros y prosiguieron sus tareas.

—Ese yoik me recuerda algo —reflexionó Nina.

Pero Klemet se levantó, exasperado, y fulminó a su tío con la mirada.

—¿Para eso me haces perder el tiempo? —estalló—. ¿Para cantarme la versión definitiva del yoik dedicado a tu chinita? ¡Vamos, Nina, nos largamos!

Dio dos pasos y advirtió la mirada maliciosa de Hurri Manker, que lo retuvo de la manga.

—Escucha a tu tío; me parece que te interesará lo que va a contar.

—No es el yoik de la señorita Chang —recalcó Nils Ante, ofendido—. No me has escuchado cuando lo he cantado. Y te ruego que te muestres más respetuoso con ella: no es mi chinita, es mi Changuita.

Klemet exhaló un suspiro, irritado.

—¿De qué se trata?

—El yoik. Hay un yoik —explicó Hurri—. Al principio no me fijé en el símbolo, porque todo lo demás era muy rico. Y, sin embargo, ocupa un lugar capital, en medio del sol, ¿recuerdan?, esa cruz en la que están Madderakka, el rey, el soldado y el pastor. No estaba seguro de que eso pudiera tener alguna importancia, pero he querido quedarme con la conciencia tranquila y he ido a ver a tu tío. Es una persona maravillosa, y tiene una increíble memoria enciclopédica de los yoiks. Pero la idea genial de tu tío ha sido establecer la relación con Mattis y con uno de los yoiks de Mattis.

—El yoik que cantabas, Nils Ante, es el mismo que cantaba Mattis cuando fuimos a verlo, justo antes de su muerte —exclamó Nina.

—Y Mattis cantaba el yoik de su padre, que a su vez cantaba el yoik de su padre —continuó Nils Ante, satisfecho al haber podido dejar sin palabras a su sobrino—. He encontrado ese yoik entre mis viejas grabaciones. Fuera del contexto del tambor, te da la impresión de hallarte ante un yoik como tantos otros. Un yoik lúgubre, incluso muy lúgubre, pero hay otros así. También evoca un territorio preciso. Habla de un torrente que desemboca en un lago, de la orilla del lago en forma de cabeza de oso y de un pequeño islote en ese lago.

—Creo —prosiguió Hurri Manker— que ese yoik, con todas sus precisiones, servía para indicar el lugar donde se hallaba el tambor. Ésa es mi convicción. Y el yoik también decía que esa historia no había que olvidarla nunca, había que recordarla de generación en generación. El creador de ese tambor, que data de finales del siglo XVII, ahora estoy seguro de ello, tenía que asegurarse de que ese mensaje se transmitiría. Ya sabéis que los samis, en esa época, no sabían escribir. Éste sabía hacer tambores y componer yoiks. Nunca sabremos qué fue de él, por desgracia. Pero gracias a su yoik se aseguró de que alguien descubriera un día su tambor y el secreto que

guardaba. Y canta: «Andtsek hizo café en la ladera oeste. Salió el sol. Sus manadas se habían mezclado, de cada lado del valle. El otro Jouna estaba al otro lado del valle». Creemos que aquí da el dato preciso que falta en el tambor. ¿Decíais que dudabais entre dos zonas de búsqueda?

Klomet sacó los dos mapas que llevaba en el bolsillo del pantalón y los desplegó sobre las rodillas. Su tío se inclinó junto a él.

—El valle de dos vados y dos pastos. Es aquí —dijo Nils Ante, señalando con el dedo un punto en uno de los mapas.

Viernes, 28 de enero

Cruce de las carreteras 93 y 92. Cafetería Renlycka

El coche de la patrulla P9 circulaba muy rápido por la carretera 93, en dirección al norte. Racagnal debía haber pasado forzosamente por allí para llegar a los territorios que tenía previsto explorar. La aceleración de los acontecimientos esos últimos días, hasta descubrir el tambor y descifrarlo, había sumido a Klemet en una especie de euforia en un primer momento, pero cuanto más se impregnaba de esa historia, más lúgubre se sentía. ¿Podría reproducirse en la actualidad el drama que había diezmado a varios pueblos samis en el siglo XVII? La movilización de samis como Olaf Renson en los años ochenta contra empresas del tipo de Mino Solo demostraba, en todo caso, que la situación había cambiado. Un poco. Los samis no debieron de rebelarse en aquella época. Pero los sucesos más recientes demostraban, igualmente, que todo podía cambiar de nuevo. Incluso aunque el peligro fuera enorme, ¿sabría la gente resistirse a la explotación de una mina de uranio?

Klemet puso el intermitente para detenerse frente a la cafetería Renlycka, que pertenecía a la esposa de Johan Henrik. Éste seguía detenido, pero el juez, que se había quedado en Kautokeino, le había dicho a Klemet que Johan Henrik y Olaf podrían salir esa misma tarde. Dado que la conferencia de la ONU se inauguraba el domingo por la noche con una recepción, a todo el mundo le parecía una excelente idea la liberación de los dos pastores. Sin

embargo, el juez aún quería retenerlos un poco más, hasta atrapar a Mikkel y a John. La detención de los otros dos pastores podía dar a entender que se estaba persiguiendo a los samis, pero por lo menos esta vez había pruebas tangibles, gracias a los restos de aceite.

En el aparcamiento había dos camiones estacionados. Uno con matrícula rusa y el otro, sueca. Klemet y Nina entraron en la cafetería. La esposa de Johan Henrik estaba detrás de la caja. En una mesa situada en un rincón, había un hombre sentado solo. Se saludaron con la cabeza. Los policías se acercaron a la caja. Pidieron un café. La mujer de Johan Henrik no pareció alegrarse mucho de verlos.

—¿Has visto pasar a este hombre? —le preguntó Klemet mientras le mostraba una foto de Racagnal.

—Sí —respondió ella sin titubear—. Estuvo sentado en el mismo sitio que el camionero ruso, en la esquina, con un montón de mapas. Pasó mucho rato aquí.

—¿Recuerdas qué día fue?

Se quedó un instante pensativa.

Un silbido alegre llegó desde los servicios, al mismo tiempo que tiraban de la cadena.

—Debió de ser un viernes, o un martes. Lo recuerdo porque el camionero que está silbando se detiene aquí todos los martes y viernes. Es su ruta habitual. Y me acuerdo porque discutió con el hombre de la foto.

—¿Y sabes hacia dónde iba?

—Lo único que sé es que quería ir al campamento de Aslak. No dijo nada más.

—¿Ha vuelto a venir por aquí después?

—No.

Klemet pagó los cafés; Nina y él iban a sentarse cuando se abrió la puerta de los servicios. El segundo camionero salió silbando y chasqueando los dedos.

—Cariñito, prepárame mis bocatas. Vuelvo en cinco minutos. Luego tengo que largarme. Igor —le gritó al conductor ruso—, ¡no te aproveches para echarle los trastos a mi novia!

El camionero ruso se rió y lo saludó con la mano. El otro salió silbando. Klemet acababa de reconocer al camionero sueco, el de los tatuajes, el contrabandista. Se lo susurró a Nina al oído. Los dos policías siguieron con la mirada al sueco. Éste se puso un mono de trabajo acolchado y abrió un compartimento metálico instalado debajo del remolque. Klemet dejó su taza de café sobre la mesa. Afuera, el camionero sueco sacó una lata. Una lata de aceite de la marca Arktisk Olje. El mismo que había en el garaje del viejo Olsen. Nina también lo había comprendido.

El camionero vació el contenido de la lata con un embudo y fue a tirar la lata vacía a un contenedor. Acto seguido, volvió hacia la cafetería silbando al tiempo que se limpiaba enérgicamente las manos pringadas de aceite en su mono ya sucio.

Brian Kallaway no había estado tan excitado en toda su vida. ¡Qué éxito! El yacimiento que acababa de descubrir o, mejor dicho, de redescubrir, convertiría a la Francesa de Minerales en líder mundial del mineral de uranio. Y él, Kallaway, ¡había seguido la pista del yacimiento! Gracias también al instinto de cazador de Racagnal, evocó. Kallaway estaba loco de alegría. Habían vuelto junto a las motonieves. Se sentía levitar. Eufórico. Estaba eufórico. Incluso olvidó el mal carácter de Racagnal y le palmeó el hombro, riendo. Feliz, estaba feliz.

Descolgó la radio, que estaba en el maletero de la motonieve, y llamó a la sede de la Francesa de Minerales en la Défense. Necesitaba compartir imperiosamente aquella noticia extraordinaria. Se volvió, con una gran sonrisa, hacia Racagnal.

—Sin ánimo de ofender, André, ya sé por qué le apodan Bulldog. Ha hecho un trabajo alucinante.

El canadiense se volvió hacia la radio para ajustar el set y establecer comunicación. No oyó a Racagnal cuando éste le preguntó quedamente qué tenía intención de decir por radio. Sumido en la alegría de la noticia que se disponía a dar, tampoco lo oyó cuando le advirtió que no tendría que haberlo llamado Bulldog. Lo último que vio fue el movimiento rápido de una sombra

larga y delgada sobre el suelo, frente a él. Apenas tuvo tiempo de sentir un dolor fulgurante cuando la piqueta sueca de Racagnal le partió la cabeza.

La detención del camionero sueco no fue fácil. El joven se debatió chillando como un pajarraco e insultando a los policías. Finalmente, Klemet se sentó sobre él, y Nina le esposó las manos a la espalda. Ahogado por el mono, que en esa posición le comprimía el pecho, el sueco se quedó sin fuerzas para gritar. Poco a poco se calmó, pero eso no impidió que siguiera diciéndoles groserías. Klemet lo dejó bajo la vigilancia de Nina. Llamó a la comisaría y el Sheriff le prometió que llegarían refuerzos en menos de quince minutos.

Afuera, Klemet se puso los guantes y abrió la puerta del pasajero del camión. Subió a la cabina y se instaló, tras lo que miró a su alrededor. Registró sistemáticamente la cabina, la litera y los armarios. Lo revolvió todo. Dejó de lado las revistas porno y de motor, los cartones de cigarrillos y las botellas de vodka abiertas. Al final, encontró lo que buscaba. El sueco no se había esforzado mucho. El pesado puñal colgaba en su vaina de un ancho cinturón de cuero suspendido dentro de un estrecho ropero, situado detrás del asiento del conductor. Klemet lo cogió con delicadeza y extrajo la hoja. La observó y envainó de nuevo el cuchillo, tras lo que se lo llevó a la cafetería. El sueco seguía tendido en el suelo, con las manos a la espalda, a los pies de Nina. Ésta, que acababa de pedirle la identificación al camionero ruso, fotografió sus documentos y dejó que se marchara. Klemet le mostró el cuchillo a Nina y se lo restregó delante de las narices al camionero sueco, el cual puso cara de pocos amigos y escupió.

—Me parece que tienes algo que contarnos, antes de que te hundas ya del todo... —le dijo Klemet.

A lo lejos se oían las sirenas. Si Brattsen hubiera estado allí, habría bromeado acerca de la llegada de la brigada ligera. Los refuerzos de Kautokeino invadieron el pequeño aparcamiento de la cafetería Renlycka. Entre tanto, la mujer de Johan Henrik permanecía impassible, con su pequeño delantal, detrás de la caja.

—¿Qué me dices? —prosiguió Klemet, mostrándole de nuevo el arma.

—Qué pasa, ¿nunca has visto un puñal lapón? —se pitorreó el sueco, burlón.

Su sarcástico rostro palideció en el acto. La puerta de Renlycka acababa de abrirse para dar paso al Sheriff y a cinco policías de Kautokeino que escoltaban a dos pastores de rostros demacrados y mirada huidiza. Mikkel y John.

John parecía agobiado.

—Era la primera vez que nos reuníamos delante del granero del viejo Olsen. Te lo prometo, Klemet. Lo que viste, fue la primera vez. Fue una tontería, pero se trataba sólo de un poco de alcohol y cigarrillos; no es para tanto.

—No es de eso de lo que quiero hablar, sino de la muerte de Mattis...

John abrió unos ojos como platos, asustado. Miró al sueco y luego a Mikkel, que parecía a punto de estallar.

—No fui yo —gritó de repente—, no fui yo. Sólo teníamos que conseguir el tambor, nada más, nada más. ¡Lo juro! ¡No fui yo!

—¿Para quién? —espetó de inmediato Klemet, a tres centímetros del rostro de Mikkel.

—¡Para el viejo Olsen! —gritó Mikkel, aterrorizado—. Y Mattis no lo tenía. Estaba borracho. Mattis estaba completamente borracho. Pero nunca le habría hecho daño. No quería ir allí solo, pero no fui yo, no fui yo. ¡Lo juro! Ni siquiera tenía puñal. No fui yo —dijo entre sollozos—. Yo sólo quemé su motonieve.

—¿Y qué hacía Aslak contigo? —gritó de nuevo Klemet.

—¿Aslak? ¿Aslak? Aslak, no. ¡Aslak no estaba allí! —lloró Mikkel—. Sólo estaba yo y...

En el suelo, el sueco no decía palabra. Sólo escupió en dirección a Mikkel.

Viernes, 28 de enero

Laponia interior

Aslak vio al francés regresar solo al campamento. Su ropa estaba sucia. Tenía el rostro adusto, excepto por un detalle: sus pupilas estaban muy dilatadas. Sostenía su piqueta ensangrentada. No hacía nada por ocultarla. Tomó la radio. Habló como un autómatas cuando se puso en contacto con otro hombre, un noruego. Le dio una posición.

—No está muy lejos de nuestro yacimiento. Vengan rápido, antes de la tormenta. Quedarán satisfechos.

A continuación, apagó la radio. Aslak no le quitaba la vista de encima. El mal. Recordó a su mujer. ¿Qué estaría haciendo? Ya no debía de tener nada que comer. ¿Qué haría? Aslak tenía que marcharse. Si los hombres de la radio se dirigían hacia allí, quizá ya no habría nadie que pudiera amenazar a su mujer. Aslak llevaba su cuchillo en la bota de piel de reno. Nunca se separaba de él. El hombre de la piqueta creía que Aslak aceptaba su ley, pero un hombre como Aslak no acepta el mal.

Rememoró el signo que su mujer había dibujado. Comprendió que tenía que hacer algo; quizás así su mujer hallaría de nuevo la paz. Quizá no la razón, pero sí la paz. Había sido demasiado desdichada para esperar poder ser feliz de nuevo. Era sólo desgracia. Y sufrimiento. Y gritos.

Al ver llegar al geólogo con la piqueta manchada, Aslak comprendió. El

cielo se estaba cubriendo de nubes de un gris oscuro. Se acercaba la tormenta. Como el día en que su abuelo se había marchado. Se marchó solo una noche de tormenta, como hacían los viejos que se habían convertido en una carga para el clan. Se iban solos a la tundra y no se los volvía a ver. Aslak miraba las nubes. La misma tormenta que cuando tenía siete años, en el internado de Kautokeino. Su abuelo se marchó. Y él también se largó. Saltó. A los siete años. En la tormenta. Sin volverse.

Pensó en su manada, en los perros. Había fracasado. Un buen pastor jamás abandona a sus animales. Miró al hombre, inmóvil a diez metros de él. Y pensó en Mattis. Pensó en el cadáver de Mattis, que encontró alertado por el humo de la motonieve al arder. Recordó lo que dijo. Las leyes de los hombres habían matado a Mattis. Sus reglas y su deseo de querer tener siempre más. La gente como el hombre que tenía frente a él había provocado la perdición de los ganaderos. Mino Solo trajo la desgracia. Y él, el hombre de la piqueta, había traído la desgracia dos veces. Y lo pagaría dos veces.

Detrás de la caja, la mujer de Johan Henrik no se había perdido detalle de la escena cuando el sueco fue traicionado por Mikkel. Se acercó a Klemet.

—El viejo Olsen ha pasado esta mañana. En coche. Muy temprano. Ha venido a llenar el termo de café. En su coche iba también vuestro colega, ese que se dedica a la caza de los samis. Y se han ido por allí —dijo, señalando la dirección de la carretera 92, hacia el noreste, donde se acumulaban las nubes.

Klemet y Nina no perdieron ni un instante y partieron, seguidos por una patrulla de refuerzo de Kautokeino. El Sheriff tenía que avisar al juez para que hiciera abrir el cofre del viejo Olsen. Quizás encontrarían cosas interesantes. Tras circular hasta el cruce, Klemet hizo detener al grupo. Los policías se pusieron rápidamente manos a la obra, en silencio, pues ya sabían qué tenían que hacer. Unos minutos más tarde, las cuatro motonieves se abrían camino siguiendo una falla que bordeaba un montículo cuya ladera de nieve dura y centelleante estaba cubierta de arbustos esqueléticos y retorcidos. Siguieron junto a un río helado que serpenteaba y lo dejaron unos kilómetros más adelante para iniciar la ascensión de la meseta. Klemet vio a

lo lejos el campamento de Aslak. La aparente calma lo inquietó. No se veía humo. Aceleró. ¿Qué podía haber llevado a Aslak a cometer semejante acto con Mattis? Klemet sabía a ciencia cierta que Aslak era capaz de cosas increíbles, de actos que nadie en el mundo se atrevería a llevar a cabo. Las cuatro motonieves aminoraron la velocidad al aproximarse a las tiendas de Aslak. Los hombres desenfundaron las armas que el Sheriff les había traído de la comisaría a la cafetería. Ese contacto era extraño. Era la primera vez, desde que Klemet había ingresado en la policía de los renos, que salía armado. Dos policías rodearon las tiendas. No se oía ruido alguno. Klemet le indicó a Nina que aguantara la cortina de la tienda principal. Sostenía, nervioso, la pistola. Nina apartó de golpe la cortina y su compañero se abalanzó hacia delante. En el acto, se detuvo. Nina lo siguió y comprendió de inmediato. Klemet permanecía de pie, con el arma contra la pierna, mirando el cuerpo de Aila. Nina se arrodilló. La anciana tenía el rostro amoratado. Sin duda estaba muerta desde hacía varios días. De frío. El fuego no se había alimentado desde hacía mucho tiempo. Estaba tendida boca arriba. Con los brazos aún tendidos al frente, como si hubiera querido retener algo que se le había escapado.

De rodillas, Nina avisó a Klemet. El policía siguió su mirada. En un rincón de tierra batida, cerca de la chimenea, alguien había trazado con el dedo las letras MOSO. MOSO correspondía a MinO Solo.

—Las marcas de las orejas... —murmuró Klemet.

Viernes, 28 de enero

Laponia interior

André Racagnal observaba al lapón. Aquel tipo no le había quitado la vista de encima desde el principio. Aún lo miraba, con su gorro de cuatro picos y el lazo en bandolera. Pero ya no lo necesitaba. Ahora todo se arreglaría. Se aseguraría de que el cabrón del granjero cumpliera su parte del contrato. Con tipos así, todo iría bien. Iba a explotar aquella maldita mina y la gente iba a estar a sus putos pies. Y al volver se iba a cepillar a unas cuantas putitas, una tras otra. Se había levantado el viento y a su alrededor revoloteaban copos de nieve. ¡Qué frío hace, joder! Se pasó su mano enrojecida por la cara. Tenía calor. Y ese hijoputa no deja de mirarme. Alzó la piqueta y se dirigió hacia el lapón. El hijoputa no se movía. Racagnal ya no lo necesitaba. Se acabó el lapón. Ya había servido para lo que lo quería. Podía deshacerse de él. Siguió avanzando. El otro no le quitaba la vista de encima. Joder, no me gusta este tío. Avanzaba despacio. El lapón acabó por incorporarse. Veía sus ojos, su mandíbula tensa, la nariz arrugada. El lobo espera su momento.

—Venga —dijo—, hay que recoger el campamento. Nos vamos al siguiente valle. El otro nos espera un poco más lejos. Ya estamos llegando al final. Pronto podrás volver a casa y verás a tu mujercita. Y tendrás tus perros.

Se aproximó más. Señaló la SPP2 al lapón.

—Ten, guárdala en la caja —dijo depositándola sobre la mesa.

Aslak tendría que volverse ligeramente para coger el aparato. Durante un cuarto de segundo, Racagnal no estaría dentro de su campo de visión. El lapón se incorporó y tendió prudentemente la mano hacia el aparato.

Estaba a sólo un metro. Racagnal desplegó toda su brutalidad. La piqueta sueca surcó el aire y cayó con un fuerte golpe. Se oyó un crujido espantoso. Pero aquel hijoputa de lapón debía de haber anticipado su golpe. Racagnal sólo le había dado en el hombro. Seguramente, la clavícula se le había hecho pedazos bajo la fuerza del impacto. Sin embargo, la sorpresa por no haberle dado en el cráneo hizo que Racagnal perdiera la templanza durante apenas tres segundos. Tres segundos de más. El lapón se sacó de la bota un gran puñal con el mango impregnado de grasa. Lo que ocurrió entonces tuvo lugar casi al ralenti. A pesar de su hombro destrozado, Aslak se le echó encima. Sin la distancia suficiente para golpearlo una segunda vez, Racagnal trató de empujarlo con la mano libre. Pero no comprendió qué sucedía cuando el otro abrió su enorme mandíbula y le atrapó la mano entre los dientes. Gritó en el acto. Aquella mandíbula era peor que un cepo. En el instante siguiente, sin que le fuera posible hacer nada más que sentir cómo de pronto el miedo se apoderaba de él, el lapón le cortó la mano con el puñal. Racagnal soltó de golpe la piqueta para agarrarse la muñeca ensangrentada. Aulló de dolor mientras la nieve se teñía de rojo. El lapón lo amenazaba con el cuchillo, pero no lo remataba. Se agachó, sin perderle de vista, hacia la mano, que estaba sobre la nieve. Pero lo que le interesaba no era la mano. Recogió la pulsera de plata que se le había caído de la muñeca. El lapón se incorporó.

—Mino Solo —dijo únicamente—. Mino Solo.

Los policías comunicaron en la comisaría su descubrimiento. El Sheriff envió de inmediato un equipo hacia la granja de Olsen. El juez dirigió el registro, esta vez a fondo, y se pudo abrir el cofre. Acabaron por hallar los documentos que demostraban la relación entre Olsen y el geólogo francés, así como un borrador de un contrato de trabajo para Brattsen como jefe de seguridad de una mina. Y además la carta de una chiquilla de quince años del pueblo en la que explicaba cómo la había violado Racagnal.

Los policías se pusieron de nuevo en camino. El cielo cada vez estaba más cubierto. La visibilidad aún era bastante buena, pero el tiempo no tardaría en volverse infernal. Nina se inquietaba. ¿Cómo iban a encontrar el lugar indicado en medio de aquella tormenta? A pesar de las nubes, cada vez hacía más frío. Deberían regresar, dejar la persecución para más tarde.

Klemet la tranquilizó. Llevaba la montaña dentro de sí. Más que nunca. Tenía en mente los detalles del tambor, del yoik y de los mapas. Prosiguieron el camino. Klemet guiaba a los policías, casi sin aminorar la velocidad. Nina tenía razón. El tiempo apremiaba. Había que ser un piloto experimentado para abrirse paso a través de la tundra con semejante clima. El viento soplaba casi horizontal. A pesar del casco, Nina sentía que el aire gélido se colaba a la altura de su sien izquierda. Tenía la sensación de que le estaban clavando la punta de un cuchillo en la sien. Habría deseado llevarse la mano al casco para detener un instante aquel dolor, pero no se atrevía a soltar el manillar de su motonieve por miedo a perder el control de aquel vehículo tan pesado. Veía que lo peor aún estaba por llegar. El sol todavía no se había puesto y delante unas nubes negras cubrían el horizonte.

Klemet incrementó la dificultad al elegir un atajo por un valle escarpado. La mayoría de los ganaderos lo evitaban, pero él se aventuró por allí sin titubear, a sabiendas de que así ganaría un tiempo precioso. Los otros policías lo seguían valientemente. Al final, desembocó al otro lado del valle. Descendió por una ladera de suave pendiente hasta el lecho de un río de meandros retorcidos; al salir de una curva, estuvo a punto de atropellar a un hombre que permanecía arrodillado casi en medio del riachuelo. Éste, con el rostro cubierto de sangre y contusiones, pareció aturdido al ver que la motonieve se detenía a menos de dos metros de él. ¡Olsen!

El viejo extendió los brazos y señaló una motonieve accidentada y medio hundida en la nieve en polvo. El piloto no había visto una gran roca sepultada por la nieve. Un cuerpo yacía un poco más lejos. Inanimado.

—¡Ay, nos habéis salvado! —exclamó Olsen, con la esperanza dibujada en su rostro, a pesar del dolor en la nuca que le arrancaba una mueca—. Ese inútil no sabe conducir. Quería llevarle tras la pista de un peligroso malhechor y...

Perdió el aplomo cuando Klemet lo empujó a un lado y le dio la vuelta al cuerpo de Brattsen, que había perdido el conocimiento. Klemet dejó que los otros dos policías los detuvieran y se ocuparan de ellos y continuó el camino, seguido por Nina y adentrándose en la tormenta.

Racagnal meneaba la cabeza. De dolor e incomprensión. Gemía. Pero el otro no parecía querer matarlo. Recobró cierta esperanza cuando el lapón cogió su lazo y lo ató. Apretaba fuerte. Y luego tiró de él. Tiró de él y se puso en camino, siguiendo las huellas de la motonieve de Racagnal.

Anduvieron una eternidad. Racagnal trastabillaba, se hundía en la nieve. Gritaba de dolor a cada caída. El frío se encarnizaba en su muñón y el sufrimiento era insoportable. Transpiraba bajo el frío que se abatía sobre ellos. La tormenta anunciada había empezado y el cielo comenzaba a desaparecer. El viento soplaba con fuerza y lo barría todo. Caminaban envueltos entre copos que revoloteaban en todos los sentidos. Gritaba e insultaba al lapón. Pero éste lo arrastraba hacia delante, insensible a la tormenta y a su propio dolor, que era creciente. Continuaron caminando y pronto el viento amainó. Reconoció el tobogán. El lapón había podido seguir las huellas hasta allí. Tiró de él brutalmente, se cayó, gritó y maldijo.

Luego, de golpe, se encontró frente a la entrada de la mina. El lapón tiró de nuevo de él, lo que lo obligó a agacharse. Lo arrojó en medio de la cueva, a oscuras, y le obligó salvajemente a ponerse en pie. Notó que el lapón hacía algo con él, pero no podía ver nada. Se dio cuenta de repente, cuando ya era demasiado tarde. La cuerda le ataba hombros, brazos y piernas. De pies a cabeza. Cayó, incapaz de moverse. Ya no podía agarrarse el muñón. Gritaba como un loco, de rabia, de dolor y de miedo. Iba a morir allí. Chillaba. De repente, sintió que el otro le metía algo en la boca. Se resistió, pero tuvo que rendirse. El lapón se la estaba llenando con mineral de uranio. Con la boca llena de aquella porquería, ya no podía gritar. El lapón le arrancó el fular que llevaba al cuello y se lo ató sobre la boca. Con la débil claridad que salía del túnel de la mina, Racagnal, agotado, vencido, vio incorporarse la silueta del lapón.

—Mino Solo. Por Aila.

Klemet reconoció el valle a pesar de no haber estado nunca allí, y con Nina, encontró el campamento abandonado. La motonieve. La piqueta ensangrentada. La tormenta había esparcido los objetos y los papeles. Una mesa había rodado más lejos. El viento lo barría todo. Klemet y Nina permanecían en silencio. El cielo se había oscurecido mucho aunque no eran ni las dos de la tarde. Nina señaló a su compañero unas vagas huellas que se dirigían hacia la tormenta. Era imposible ver a más de diez metros. El horizonte estaba cubierto por completo. Volvieron a subirse a las motonieves y siguieron la pista; evitaban avanzar demasiado despacio, para no hundirse en la nieve, pero tampoco iban muy rápido, para no chocar contra algún obstáculo. Klemet tenía miedo. No se lo confesaría a nadie, pero tenía miedo. Durante toda la vida había tratado de vencer su temor a aquellas terribles tempestades que asolaban la tundra. Pensaba que lo había logrado con la fuerza de la mente, exponiéndose solo a la negrura amenazadora y glacial de las tormentas. Pero el miedo retornaba al acercarse a Aslak. Lo sabía. Aslak había hecho algo horrible y tenía que pagar por ello. Klemet tenía que detenerlo. Si aún estaba vivo. Continuaban avanzando lentamente. Las huellas eran cada vez más difíciles de seguir. La nieve se volvía hostil, la tormenta se cernía sobre ellos. Klemet había visto dos veces unas huellas rojas a la luz de los faros.

El temporal... El mismo, exactamente el mismo. Repudiaba la imagen, pero ésta se imponía a él. Él, de chaval, con siete años. En el alféizar de la ventana del internado de Kautokeino. Con una pequeña bolsa con las provisiones que con paciencia había acumulado a lo largo de varios días. Provisiones para dos. Para llegar hasta su granja. Para huir de aquella escuela en la que a él y a su amigo les pegaban cuando hablaban en sami. Estaba en aquel alféizar de la ventana, frente a la noche oscura, helada, y frente a la tormenta. Treinta kilómetros a través de la noche, a treinta grados bajo cero. En la oscuridad más absoluta. A los siete años... Pero era la misma tormenta que ese día, lo sabía. Su soplo zumbaba en los oídos de Klemet. Le costaba,

pero se obligaba a continuar. El viento se burlaba de su mono y se le metía por todas partes. La misma tormenta, el mismo espanto. Se le insinuaba en los recovecos de la memoria. Llegó a un lugar de la montaña donde las huellas se dividían en dos direcciones. Hacia la izquierda, partían hacia abajo, a una especie de tobogán. Pero no se veía nada detrás debido al temporal. Puso su motonieve en dirección a la otra pista, que ascendía hacia la cima. Las huellas eran mínimas. Las de un hombre solo. Alzó su rostro, crispado por la tensión. Siguió el haz de los faros que hurgaban en el viento entremezclado de nieve que soplaba horizontalmente. Allá arriba, casi ahogado por la violenta borrasca, bajo su gorro de cuatro picos, con un hombro hundido, le aguardaba la silueta de Aslak.

Klemet respiró profundamente. Se volvió hacia Nina. A través de la tormenta, ella vio el conmovedor rostro destrozado de su colega.

—Espérame aquí —gritó simplemente la voz rauca.

Klemet retomó el avance. Aquellos últimos metros le acercaban al corazón de la tormenta. Sabía que esa confrontación era inevitable. Incluso Nina lo había comprendido. Se detuvo frente a Aslak. El pastor parecía agotado. Sus rasgos se habían vuelto muy marcados. Su capote de reno estaba empapado de sangre a la altura del hombro. Sufría, aunque no lo dejaba traslucir. Tenía las manos vacías, pero los puños apretados. Klemet respiraba hondo. La primera palabra tenía que decirla él.

—¿Por qué, Aslak? ¿Por qué Mattis? —le gritó para que le pudiera oír, pese a la tormenta.

El rostro de Aslak había perdido su dureza. El sufrimiento y la fatiga suavizaban sus rasgos. Tenía el rabillo de los ojos un poco caído. Aslak meneó la cabeza, conteniendo una mueca de dolor. Tenía la cara azotada por el viento y la nieve, y las pestañas y la barba devoradas por el hielo.

—Mattis ya estaba muerto cuando llegué —gritó Aslak a su vez—. Lloré, Klemet. Por primera vez en mi vida, lloré.

Klemet vio que era sincero. Y que no le costaba confesar aquello.

—De niño, no lloraba. Por Aila, con la criatura, no lloré. Mattis fue víctima de los hombres. De las reglas. De la oficina de los renos. De esas empresas. Mino Solo era la peor. Tienes que saberlo. Todos fueron culpables.

El ayuntamiento. Los que daban los permisos. Supieron lo de Aila y no hicieron nada por ella. Por eso lo de las orejas. La gente tiene que saber.

—¿Por qué no viniste a verme? —gritó el policía con los ojos entornados para protegerse de los cristales helados que le agujoneaban el rostro.

—No creo en tu justicia, Klemet.

—¿Y esa sangre debajo de los ojos de Mattis? —le preguntó.

—Nuestros antepasados, Klemet. El primer día del regreso del sol..., tras la larga noche de invierno, se sumergía un anillo de madera en sangre, Klemet. Se miraba al sol del primer día a través del anillo para ayudar a los que habían perdido la cabeza.

Aslak se quedó en silencio. Sus ojos estaban fatigados. A Klemet le pareció ver en ellos cierta humanidad por primera vez en su vida.

—Mattis había perdido la cabeza —le explicó—. Por culpa de todo esto. Le puse el anillo. Murió el día del regreso del sol. Pero ha recuperado la cordura en el más allá. Está en paz.

Aslak tendió un puño hacia Klemet. Abrió la mano. Contenía la pulsera ensangrentada de Racagnal.

—Tómala. Dásela a Aila. Ella comprenderá.

Klemet miró a Aslak y su respiración se aceleró. La pulsera llevaba las letras de plata MO-SO. Sintió que la emoción se adueñaba de él y cogió la joya.

—Aslak...

Klemet meneó la cabeza. En sus ojos, las lágrimas comenzaban a mezclarse con la nieve. Ya no sentía el azote de la nieve en la piel. Seguía gritando para hacerse oír entre el viento.

—Aslak..., Aila ha muerto. La hemos encontrado hace un rato. El frío la ha matado.

El policía vio que el lapón cerraba brevemente los ojos. Sus dos puños, hasta ese momento apretados, se relajaron. Como si acabara de tomar súbitamente una decisión que lo liberaba. Su silueta estaba cada vez más difuminada por la tormenta mientras el cielo seguía oscureciéndose. El halo de los faros se contraía sobre él. Aslak se acercó a Klemet hasta casi tocarlo. Ya no gritaba.

—Klemet, cuida de que mi manada no sufra.

Los dos hombres se miraban. Klemet trataba de dominar el miedo a la oscuridad que se cernía sobre él. Tenía que decir algo, pero se sentía paralizado. Aslak comenzó a dar media vuelta.

—¡Aslak! —gritó el policía—. ¿Dónde está el francés? ¡Tengo que detenerte, Aslak!

El lapón se volvió. Vio la mirada de Klemet.

—Voy al encuentro del mundo justo de las montañas —le gritó.

Luego se arrimó de nuevo a él.

—¿Tienes miedo? —le preguntó entonces Aslak, cuyo rostro emanaba por primera vez una extraordinaria dulzura.

Klemet lo miraba sin decir nada, henchido de emoción.

—No tienes por qué tener miedo —dijo aún más quedamente.

—¡No sabes qué pienso! —exclamó de repente Klemet.

—Sé qué es lo que pensabas.

—¿Sabes qué? —gritó Klemet, cuyos ojos se llenaban de unas lágrimas que le dolían—. ¡Teníamos siete años! ¡Por Dios, sólo siete años!

—Pero teníamos que hacerlo juntos, Klemet. Lo habíamos prometido.

El policía ya no pudo contener su emoción. Cayó sobre su motonieve llorando, llorando como un niño, sin poder contenerse.

Nina, más abajo, asistió, impotente, a la escena. Vio a Aslak volverse y alejarse mientras el cuerpo de su colega se sacudía sobresaltado. Pero no movió un dedo.

Cuando Klemet alzó la cabeza, Aslak había desaparecido en la noche polar.



OLIVIER TRUC. Nacido en 1964 en Dax, Francia, es un periodista de extensa trayectoria. Afincado en Estocolmo desde 1994, ha trabajado para distintos medios, entre ellos el periódico *Libération*. En la actualidad, es corresponsal de *Le Monde* y del semanario *Le Point* para los Países Bálticos. Sus artículos abarcan temas políticos, económicos y realidades sociales como la situación de la inmigración o los refugiados. Es autor de varios documentales para la televisión. En ellos ha reflejado la realidad de los pescadores del Mar del Norte «La última inmersión», las historias de niños de padre alemán nacidos durante la Segunda Guerra Mundial y el neonazismo en Suecia. Su último trabajo documental retrata al grupo especial de policías noruegos que patrullan las tierras del norte. «El último lapón» es su primera novela publicada.